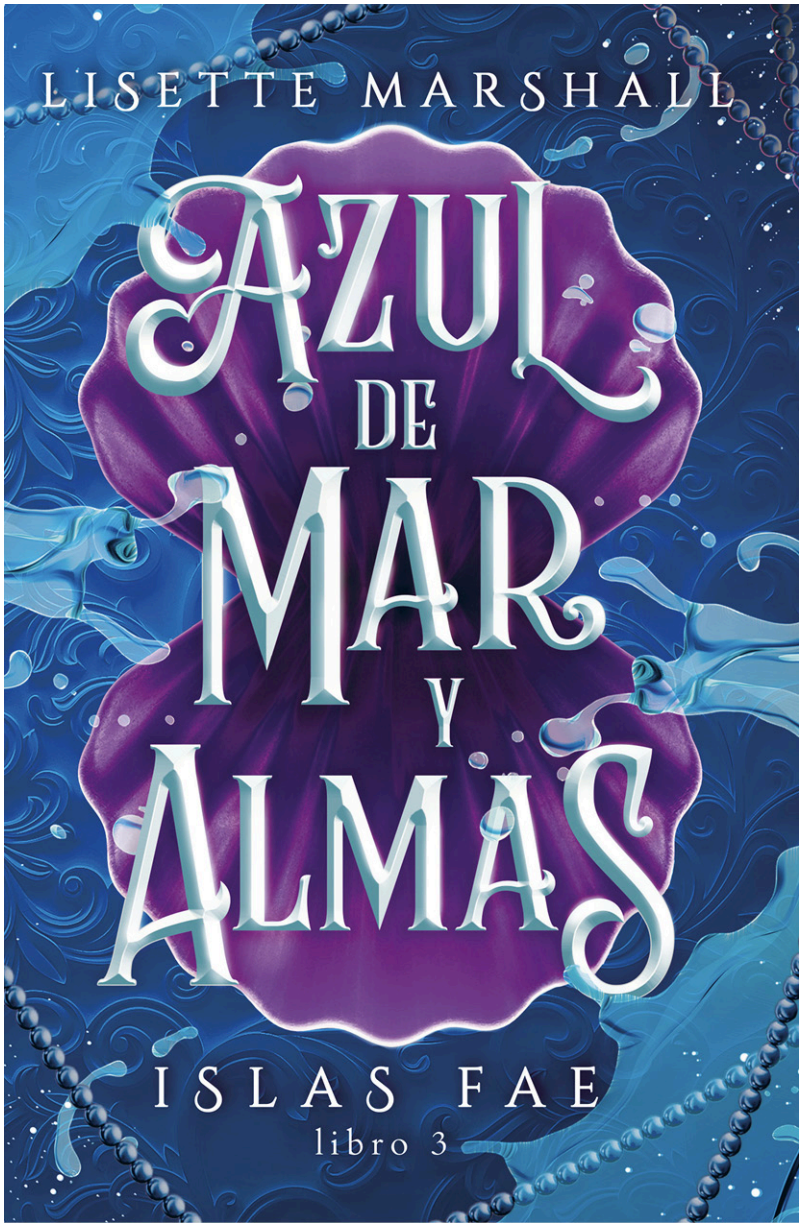
LISETTE MARSHALL

AZUL DE MAR Y ALMAS

ISLAS FAE

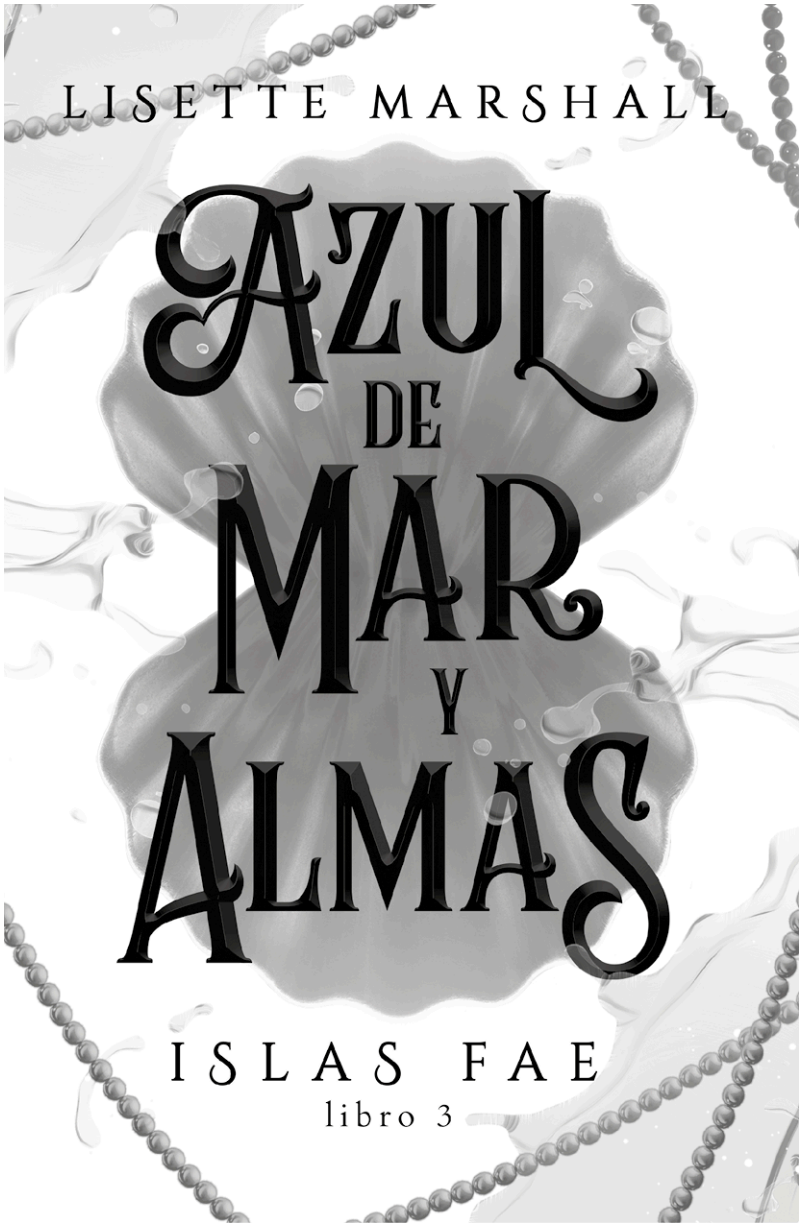
libro 3


LISETTE MARSHALL
AZUL DE MAR Y ALMAS
ISLAS FAE
libro 3



ISLAS FAE

libro 3


LISETTE MARSHALL
AZUL DE MAR Y ALMAS
ISLAS FAE
libro 3

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Dirección de arte: Lara Peces
Coordinación gráfica: Mireia Rey
Cubierta: Saint Jupiter

Título original: *Ruins of Sea and Souls*

© del texto: Lisette Marshall, 2023
© de la traducción del inglés: Ana Hernández de Deza, 2026
© Ediciones SM, 2026
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ISBN: 978-84-1011-629-0

Coordinación técnica: Equipo SM
Digitalización: ab serveis

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Steph, que es, evidentemente,
la única diosa que importa en esta historia.



Capítulo 1

Me había vuelto a quedar dormida en la biblioteca.

Cuando desperté, reinaba un silencio ominoso en la estancia. Los orbes parpadeantes que flotaban sobre las mesas eran la única iluminación de las interminables estanterías de libros, y los campos que se extendían al otro lado de los ventanales estaban envueltos en la oscuridad. Tardé un instante en darme cuenta de que me había quedado dormida con la mejilla pegada al libro –los dioses sabían hacía cuánto tiempo–; notaba cómo me picaba la saliva seca en la comisura de los labios.

Se me escapó un gemido somnoliento. Gracias al misericordioso corazón de Zera, mi almohada improvisada no era ningún manuscrito raro y antiguo. De ser así, Lyn me arrancaría la cabeza por haberlo babeado.

Solo entonces, descartado aquel peligro inmediato, fui consciente de los dedos que me agarraban el hombro.

Pestañeé y distinguí la silueta alada de Creon que se alzaba sobre mí. La confusión del sueño se resistía a abandonarme, y la realidad se abrió paso lentamente: montañas de apuntes, dedos manchados de tinta, consultas frenéticas a pergaminos y tomos encuadernados

en cuero. Sala oscura. Dedos. «Solo voy a consultar algo rápido en la biblioteca», le había dicho. «Volveré antes de que se apaguen las luces».

—Ay —murmuré, con la voz pastosa—. ¿Qué hora es?

Los dedos de Creon se apartaron de mi hombro.

Tarde, signó con un gesto seco.

Lo fulminé con la mirada.

—Eso ya lo había deducido, muchas gracias.

Dejó escapar una carcajada silenciosa.

¿Vienes a la cama?

Con una imprecación ahogada, me enderecé lentamente, haciendo una mueca de dolor. Notaba el cuello rígido, los hombros entumecidos, la columna dolorida. Horas y horas encorvada en esos rígidos taburetes habían empezado a pasarme factura. Ante mí, las páginas abiertas de mi cuaderno continuaban dolorosamente vacías.

Quizá hubiera debido dormir más de cinco horas la noche anterior.

—Terminaré en un minuto —murmuré, agarrando la pluma con dedos torpes—. Solo tengo que acabar este último resumen, y luego...

Em. Se arrodilló a mi lado: la Muerte Silenciosa, de rodillas. Ya no era una visión novedosa, pero aún bastaba para dejarme sin palabras. Rodeó con firmeza mi rodilla con la mano izquierda mientras trazaba signos con la derecha, dando forma a las palabras; sus ojos eran tan oscuros como la noche tras los ventanales, y brillaban con lo que solo podría describir como una ternura incisiva.

Hora de dormir. Ya has hecho bastante.

—Estoy a punto de acabar —repliqué, con menos convicción de la que hubiera querido. En cuanto las palabras brotaron de mis labios, me asaltó el desagradable recuerdo de que le había dicho lo mismo la noche anterior, y la anterior, y la de antes.

Casi había terminado, sí, pero la definición de «terminado» iba cambiando una y otra vez, como un pez escurridizo que se me escapara entre los dedos.

Estás entrando en pánico, me informó Creon.

El hecho de que tuviera razón me molestaba más que el problema en sí.

–Se supone que debes mantener las barreras. Naxi se enfadará si vuelves a husmear en mis emociones.

Mis barreras están perfectamente. Una sonrisa torcida se asomó a sus labios. *Pero te estás torturando a ti misma; lo único que haces es leer más y más textos en lengua fae. No necesito sentidos demoniacos para saber que algo va mal.*

Me reí. Maldito fuera...

–No es que algo vaya mal. Es que no estoy segura de que tengamos bastantes datos como para convencerlos.

O es suficiente o no lo es, Em. Retiró la mano de mi rodilla y se acomodó en el borde del escritorio. Sus alas negras se agitaron con inquietud, formando un escudo contra el mundo y ocultándonos en un refugio de penumbra. El único orbe plateado que flotaba por encima de nuestras cabezas apenas mantenía a raya las sombras.

Nada de lo que hagamos en las últimas horas supondrá ninguna diferencia.

Aquello debería haber sido un consuelo, si no fuera por la desagradable sospecha de que estaba condenada a fracasar. Faltaban solo unas horas. Entonces, nuestros amigos y aliados se reunirían de nuevo en el Ala de los Errantes para conocer los planes y la información reunida en las últimas dos semanas...

Y yo tendría que hacer mi propuesta.

Mi desesperada e imposible propuesta.

Ya lo había pospuesto dos veces. Un mes atrás, me había dicho que no había leído lo suficiente, que aún no podía descartar la posibilidad de que hubiera más información en otra parte. Dos semanas antes, consideré que mis argumentos no eran lo bastante convincentes. Nadie me tomaría en serio si planteaba un revoltijo de problemas. Al menos, la maraña debería estar mínimamente estructurada.

Así que lo había ordenado y planificado todo, argumentado y contraargumentado hasta que la cabeza empezó a darme vueltas. Aun así, no me parecía ni remotamente suficiente.

Supongo que no vas a coincidir conmigo de pronto en que no hace falta que les informemos de nada, ¿verdad?, indicó Creon, leyéndome la mente como de costumbre.

—No podemos hacer eso —repuse bruscamente. Ojalá hubiéramos podido... Dioses, cuánto lo deseaba—. Ya sabes lo mucho que dependen de mí. Si desaparezco de repente...

Se encogió de hombros. *Volverás.*

—No tendrían forma de localizarnos. ¿Qué harán si pasa algo mientras tanto?

Era una posibilidad muy real, y ambos lo sabíamos: las historias que Beyla nos contaba durante el desayuno resultaban cada día más alarmantes. Los esbirros de la Madre estaban visitando las islas humanas, y se sucedían las amenazas de muerte ante el menor indicio de traición. Los álfar de las islas del norte se estaban armando. Entraban convoyes mágicos en el Subterráneo para negociar nuevas alianzas. Podrían faltar semanas para que la Madre atacara —o días, si la suerte no nos sonreía— y, si nuestras investigaciones de las semanas anteriores se acercaban a la verdad, quizá la Alianza me necesitara más de lo que creía.

Escabullirme en esas circunstancias... Ni siquiera la promesa que había hecho valía tanto.

Lo sé, signó Creon antes de que pudiera expresarlo con palabras. *Quieres consultárselo. No digo que sea mala idea. Solo que...* Vaciló, buscando la forma menos ofensiva de expresarlo. *Ten presente que, aunque estén en desacuerdo, eso no significa que haya que dar por zanjado el asunto.*

Porque difícilmente podían encadenarme a la cama. Porque siempre podíamos hacer caso omiso de las opiniones de nuestros aliados y marcharnos de allí; podíamos engañarlos, aunque la guerra estuviera cada vez más cerca.

—Sería un lío, en todo caso —dije, con un resoplido que pugnaba por convertirse en maldición—. Es mejor no arriesgarnos. Terminaré este último resumen y luego...

Me cerró el libro de un manotazo.

—¡Eh! —Me incorporé de golpe—. ¡No podéis mandarme a la cama como a una niña desobediente, Alteza!

No te estoy mandando que te vayas a la cama. Su sonrisa se curvó con expresión lupina bajo la luz fría y las sombras cortantes.

Abrió las alas con un perezoso despliegue de terciopelo iluminado de plata. *Te estoy tentando. Es completamente distinto.*

Contuve una carcajada y apoyé los codos en el escritorio.

−Me estás tentando, pero a que te dé un puñetazo en la nariz.

Su boca dibujó una sonrisa.

Eso cuenta como preliminares, ¿no?

−Canalla. −La palabra me salió un poco ronca−. Deja de estorbarme. Estoy haciendo esto por ti, por si se te había olvidado.

No se me ha olvidado ni por un instante, signó mientras se le borraba la diversión de la cara. *Y ya sabes lo agradecido que estoy. Si mañana lo intentas y no están de acuerdo, seguiré estando mucho más agradecido de lo que nunca podré expresar con señas.*

Señas. No palabras. Porque, si fallaba...

Maldición. No era el momento de pensar en eso.

−Entonces, ¿por qué no me dejas terminar esto? Te prometo que me iré a la cama en cuanto acabe.

Vaciló y se frotó la cara con una mano, mientras apretaba el borde de la mesa con la otra. Había restos de algo oscuro bajo sus uñas: sangre seca, deduje con un nudo en el estómago. Tal vez debería haberme preocupado más de que entrenara con Edored, aunque el álfar había jurado y perjurado que no le haría ningún daño permanente al insufrible fae alado que me había salvado la vida durante la batalla de la Corte Dorada.

−Solo quiero ir lo más preparada posible −mascullé débilmente−. No quiero que rechacen de plano la idea y quedarme con la sensación de que podrían haber aceptado si me hubiera esforzado más.

Lo mejor que puedes hacer para ir preparada es dormir. Levantó una mano, interrumpiéndome. *Em, llevo haciendo esto más tiempo del que tú has vivido: maquinar, trazar planes, calcular todas las variables de una estrategia y los posibles problemas. Y la falta de sueño no ha aumentado nunca mis posibilidades de éxito*.

Intenté decirle que no estaba tan cansada, pero al abrir la boca tuve que reprimir un bostezo. Se apoyó en el escritorio y enarcó una ceja.

¿Y bien...?

Su mirada hizo que la perspectiva de continuar leyendo interminables textos en lengua fae se volviera mucho menos atractiva. Por todos los dioses, ¿realmente necesitaba ese maldito resumen? Ya había leído cinco veces los capítulos sobre la etapa final, en la que el continente seguía siendo habitable. Y él también. Si Creon consideraba que no necesitábamos más notas exhaustivas, ¿quién era yo para oponerme?

Y en su cama me esperaban suaves mantas, brazos fuertes y el titilar tranquilizador de las luces fae.

—Si Lyn o Tared o el maldito Agenor me piden más información sobre el estudio de Sophronia acerca de la plaga, y yo no sé qué contestar, la culpa será tuya —gruñí, levantándome del taburete.

Aquella amenaza no pareció disuadirlo.

Te prometo que te pediré perdón de forma muy convincente.

Intenté darle un puñetazo.

Ni siquiera me esquivó. Nunca lo hacía, por rápida que fuera yo; me atrapó la muñeca y detuvo mis nudillos a dos dedos de su afilado pómulo. Me rodeó la cintura con la otra mano y me empujó contra él mientras me acariciaba la muñeca cautiva con círculos lentos de su pulgar, provocándome un cosquilleo por todo el brazo.

No había sido mi mejor jugada, tuve que admitir, mientras sentía una oleada de calor en cada punto en que su duro cuerpo se encontraba con el mío.

—¿No se suponía que querías que durmiera? —logré murmurar.

Me soltó la cintura, pero continuó sujetándome el antebrazo con una presa de acero.

Se me ocurrió que esta sería una forma más amable de conseguirlo. Soltó una risilla muda. *Pero si prefieres que te saque a rastras de la biblioteca mientras pataleas y gritas, dímelo.*

—¿Así que de nuevo vas a recurrir al secuestro? Típico de un fae.

Es un arte sutil que pocos saben apreciar. Se las ingenió para adoptar una expresión humilde mientras signaba, hazaña tan imposible como si un toro intentara aparentar debilidad*. Te alegrará saber que eres mi víctima favorita con diferencia.*

Resoplé mientras se desmoronaba el último resto de mi resistencia.

—Adulador...

Me alzó en brazos como respuesta y me acunó contra su duro pecho. Fue tan veloz que ni siquiera me dio tiempo a soltar un chillido de sorpresa. Sus brazos eran como una jaula, una fuerte y segura que me obligaba a rendirme, a dejar los libros en la mesa y concentrarme en el latido constante de su corazón bajo sus costillas y en la calidez de su aliento cuando se inclinó para besarme en la frente.

Una peligrosa rendición... Aun así, con la respiración entrecortada, aflojé los músculos y me abandoné entre sus brazos.

Plegó las alas, avanzó entre el laberinto de estanterías y salió de la estancia sin que crujieran lo más mínimo los goznes de la puerta. Atravesó el vestíbulo desierto y salió de la biblioteca al Subterráneo. Las mortecinas luces álfar apenas mantenían a raya la oscuridad aterciopelada.

Creon no hizo un solo ruido. Aunque cargara con mi peso, sus pies se deslizaban sobre la piedra tan silenciosamente como las zarpas de un gato, yendo de sombra en sombra con una facilidad que parecía instintiva. Segura entre sus brazos, apoyando la cabeza agotada contra su pecho, me daba la sensación de estar flotando entre jirones de oscuridad. Éramos tan invisibles como la brisa. A unos cuantos pasos había un ruidoso grupo de álfar, y un vampiro pasó por delante con un reguero de sangre de cabra goteándole por la barbilla. Nadie reparó en nuestra presencia. De haber querido hacerles daño, no se habrían dado cuenta hasta que los cuchillos de Creon les atravesaran las costillas.

Incluso allí, rodeado de aliados en la relativa seguridad del Subterráneo, aquel era su papel natural: un cazador solitario que merodeaba en la noche, sin rendir obediencia a ninguna reina ni corona.

Me llevó en brazos hasta la puerta cubierta de runas de la casa de la familia Skeire, me depositó en el suelo y sacó la llave que Tared le había entregado de mala gana cuando regresamos al Subterráneo, tres meses atrás. El salón estaba a oscuras, y los mapas de Beyla y los libros de Lyn sobre la mesa dejaban claro que yo no había sido la única en prepararme para la reunión del día siguiente. Nada se

movía en las sombras, pero la amenaza constante de que apareciera un álfar hizo que caminara de puntillas un par de pasos por detrás de Creon.

Solo me atreví a seguirle después de echar una mirada cautelosa por encima del hombro. Hasta donde yo sabía, Lyn continuaba siendo la única que sabía dónde pasaba yo las noches. Y si quería tener alguna esperanza de que me escuchasen al día siguiente, ese era el peor momento para que los demás se enteraran.

Em, signó Creon, mirándome fijamente. *No te dejes llevar por el pánico.*

—No estoy haciendo nada por el estilo —susurré, con un nudo en la garganta—. Es que sería muy inoportuno que apareciera Edored justo cuando te estoy devorando la boca.

Te puedo garantizar que ha visto cosas peores en su vida. Su postura era engañosamente despreocupada, apoyado contra la pared, con las alas caídas tranquilamente. Su sonrisa era casi convincente. Pero había trazado las señas demasiado rápido, y ya habíamos mantenido esa conversación demasiadas veces como para que yo creyera que le resultaba indiferente. *De todos modos, acabarán enterándose más tarde o más temprano. Esperar no va a mejorar las cosas.*

—¡O quizá sí! —No era la primera vez que se lo decía, prácticamente suplicándole que lo entendiera. Podrían cambiar un montón de cosas en los meses que teníamos por delante. Para entonces, quizá ya hubiéramos concluido nuestra peligrosa misión, o renunciado a ella. Quizá nuestros aliados confiaran más en él, o tuvieran un poco más de fe en mi buen juicio.

Tal vez hubiese terminado la maldita guerra, y al menos el destino del mundo ya no descansaría sobre mis patéticos hombros.

Creon tensó los suyos al observarme. Sabía lo que estaba pensando, aunque no hubiera abierto la boca. Ya me había dicho que le odiaban, que nada iba a cambiar, y que deberíamos dejar de complicarnos la vida cuando el resto del mundo estaba encantado de hacerlo por nosotros.

No quería pensar en aquello en ese momento. No cuando se cernía sobre mí la pesada losa de lo que me esperaba a la mañana

siguiente.

—¿No deberíamos irnos a dormir? —resoplé—. Querías que descansara. Ya hablaremos de esto en mejor momento.

Suspiró, pero me sostuvo la puerta.

La habitación era tranquilizadoramente familiar, una mezcla de anodina arquitectura subterránea, mobiliario álfar y toques recientes de magia fae. La mayor parte de los muebles permanecía igual que cuando regresamos meses atrás: madera tosca y telas bastas. Sin embargo, los orbes álfar habían desaparecido. En su lugar, un resplandor sereno se filtraba por las vidrieras que Creon había incrustado en la bóveda, bañando el cuarto de matices de índigo ahumado y gris tórtola. En un rincón reposaba un impresionante arsenal de armas meticulosamente ordenadas, y el escritorio y los sillones estaban cercados por las pilas de libros y pergaminos que habíamos estudiado durante semanas.

Tragué saliva, sintiendo otro nudo de nerviosismo en la garganta. Tanto trabajo... y tal vez no sirviera para nada.

Creon no reaccionó de inmediato al notar la sensación: aquello era un cambio reciente. Sus barreras seguían alzadas, y eran lo bastante fuertes para mantener mis sentimientos fuera, a pesar de la escasa distancia. Sin embargo, su escudo solo me salvó durante un par de segundos: en el momento en que cerró la puerta y se volvió hacia mí, entornó los ojos al notar la tensión en mi rostro.

¿Sigues sin fiarte de mi infinita sabiduría?, signó.

Solté una carcajada.

—¿La misma sabiduría infinita que hizo que decidieras entrenar precisamente con Edored?

Eso ha sido una salvaguarda. Se encogió de hombros, pasó a mi lado y empezó a desabrocharse la camisa con la mano izquierda mientras trazaba gestos con la derecha, tan rápidos que la tinta de sus cicatrices tatuadas parecía ondular bajo su piel*. Pongo en duda que se presente mañana en la reunión.*

Lo miré fijamente.

Creon, sin alterarse, continuó desabotonando la camisa negra por delante; después, pasó a soltarla por debajo de las alas y se desprendió de ella por los hombros. En cualquier otro momento, la

visión de aquel torso pecaminosamente esculpido habría bastado para distraerme de cualquier discusión, pero el pánico que sentía y la sensación de alarma que me asaltaba ante cualquier cosa que implicara a Edored me cegaron por un instante y ni me fijé en las montañas de músculos surcadas de tinta.

–¿Qué?

No voy a permitir que tú hagas todo el trabajo, añadió secamente mientras arrojaba la camisa sobre el sillón cercano.

–Tú le... –jadeé con incredulidad–. Le provocaste para que entrenara contigo para... ¿para qué? ¿Para romperle la cabeza?

Enarcó una ceja llena de cicatrices con diversión.

Soy más sutil que eso.

–Para herirlo de forma sutil –me corregí, cayendo en la cuenta a medida que hablaba–. Pero lo bastante desagradable como para que bebiera demasiado para amortiguar el dolor, como siempre hace, ¿no? Para que durmiera como un tronco y no se despertara a tiempo mañana... Dioses míos, Creon.

Su sonrisa hizo que recordara al instante por qué los adultos hechos y derechos del exterior temblaban al oír su nombre. La Muerte Silenciosa se había puesto en acción de nuevo. Debí haberlo supuesto... Creon no había sobrevivido ciento treinta años desbaratando los planes de la Madre delante de sus preciosas narices para quedarse de brazos cruzados cuando un puñado de álfar irascibles amenazaba con arruinar meses de trabajo.

–En fin... –Me dejé caer en el borde de la cama, le dediqué una sonrisa irónica y empecé a soltarme la trenza a tirones–. Un oponente menos del que preocuparse. Fingiré que eso justifica tus cuestionables métodos.

Nunca he afirmado que tuviera una moral intachable, indicó, acuclillándose para sacarse los cuchillos de las botas antes de desatarlas. Durante unos instantes, tuvo las manos ocupadas. Después, añadió con gestos amables: *Pero si te sientes muy culpable por el pobre bastardo, siempre puedes despertarlo mañana temprano con un huevo frito y té de jengibre.*

Contuve una carcajada.

—Tendré el detalle compasivo de llevarle un té de jengibre cuando se despierte a mediodía y ya hayamos zanjado el asunto. ¿Has encadenado a alguien más en su habitación, o quizá has dejado inconsciente a alguien?

Suspiró y negó con la cabeza, arrojando el calzado a un lado y tensando las alas.

—Qué amable por tu parte —dije.

No hubo nada amable en el brillo de sus ojos negros.

No te engañes pensando que es una cuestión de amabilidad. Si no acudiera la mitad de la gente, tendría que responder preguntas.

—Ajá —dije, asintiendo con seriedad—. Y si no fuera por ese frío cálculo, acabarías con todos ellos sin pensártelo dos veces por el bien de nuestros planes, ¿verdad?

Por supuesto. Se sentó en la cama a mi lado, cruzó las piernas y me miró. En sus ojos se mezclaban la diversión y una sinceridad amarga. *A veces pienso que no te tomas en serio ni la mitad de lo que deberías la profunda depravación de mi alma, cactus mío.*

Ladeé la cabeza, con el pelo destrenzado en una maraña de mechones sueltos.

—Ah, sí. ¿Tu corazón de piedra, incapaz de amar o sentir emoción alguna? Qué tonta soy; lo había olvidado.

No sonrió.

No puedo negar que soy un miserable canalla.

—Por supuesto. —El vestido ahogó mis palabras mientras me lo sacaba por encima de la cabeza; la tela verde olía ligeramente a tinta, sudor y al té que había derramado en mi escritorio aquella mañana—. Y, sin embargo, juraría que te reíste con los chistes que soltó Hallthor durante la cena. No lo niegues, que lo he visto con mis propios ojos.

Dejó escapar una risa muda, pero carente de humor.

Debo admitir que su imitación de Naxi es inquietantemente precisa.

—Cierto. Y no me mientas: algunos te caen bien, por mucho que intentes negarlo.

Cerró los ojos.

¿No íbamos a dormir?

–Es verdad –admití, quitándome la ropa interior y arrojándola a un rincón–. Bueno, ¿necesitas ayuda para quitarte los pantalones?

No la necesitaba, pero me producía un inmenso placer despojarlo de la gruesa tela negra, revelar centímetro tras centímetro de sus musculosos muslos y pantorrillas e ir besando las zonas en que se destacaban las venas y los tendones. Cuando le quité la última prenda, su miembro se había hinchado en una erección plena.

Al ver sus ojos entrecerrados, noté que se atenuaba un poco mi nerviosismo.

¿Dormir?, signó mientras me subía a su regazo, a horcajadas sobre él.

–¿Estás seguro? –murmuré.

Me besó.

Hicimos el amor rápido, de forma desordenada, y no sé cómo terminé limpiándome su esencia del ojo izquierdo mientras nos dejábamos caer en las mantas entre risas y jadeos. Por unos instantes, el resto del mundo dejó de tener importancia, e incluso la posibilidad de fracasar pasó a ser tan irrelevante como una nota al margen.

Entonces, Creon oscureció las luces con unos cuantos gestos rápidos y, en la penumbra, volvió a asaltarme un temor que penetró hasta la médula de mis huesos.

Estaba familiarizada con el contacto de su cuerpo entre mis brazos, con el movimiento de su pecho al respirar contra mí, con la suavidad satinada de su piel, la aspereza de sus cicatrices, las ondulaciones de sus músculos cuando se movía bajo las mantas. Estaba habituada a la forma en que me envolvía con su ala, manteniéndome a salvo del mundo exterior, encerrándome para siempre entre sus brazos.

Pero, sobre todo, estaba acostumbrada a ese silencio.

En la oscuridad no podía ver los signos de sus dedos, y Creon volvía a ser completamente mudo: nada, al margen de su suave respiración y el contacto de sus manos, podía decirme lo que ocurría en esa mente fulgurante, tan rápida como un relámpago. Claro que nunca se quejaba; por supuesto, me decía todo el tiempo que no me preocupara. Jamás me había repetido aquella confesión que se le

había escapado tres meses atrás en la bahía de la Piedra Solar, cuando admitió que echaba de menos su voz de forma feroz y desesperada. Pero todo lo que no decía resonaba en las sombras de la noche, y yo no lograba conciliar el sueño, a pesar de que hacía ya tiempo que su respiración se había vuelto lenta y apacible. Mi cabeza daba vueltas, repasando una y otra vez mis planes y argumentos.

Podrían decirme que me preocupaba sin necesidad.

Podrían decirme que ninguna de mis teorías tenía sentido.

Podrían...

Era demasiado tarde y estaba agotada. Un peso mullido sofocó mis pensamientos y me arrastró al reino de los sueños; me dormí con mis planes inconclusos, y me deslicé sin querer hacia la mañana que podría hacer añicos mi promesa.



Capítulo 2

Incluso después de meses de reuniones –y de haber movido cielo y tierra para obtener el permiso del Consejo, y que Agenor estuviera presente en la celebración de mi cumpleaños–, seguía siendo extraño verle en el espacio familiar del Ala de los Errantes, con Oleander enroscada a sus hombros, sobre su camisa de seda finamente confeccionada. Cuando Beyla nos hizo pasar a Creon y a mí a la luminosa sala de reuniones, Agenor estaba hojeando un cuaderno de viaje. No se veía por ninguna parte a Thorir, que lo había traído de la Corte Dorada. Lo más probable era que hubiera regresado rápidamente al castillo para vigilar a los demás álfar que estaban apostados allí.

–Buenos días, Em –me saludó Agenor con una sonrisa tan agotada como sincera, con una pizca de ternura que me dejó confusa y sin saber adónde mirar. Sin embargo, se le borró de inmediato en cuanto se volvió hacia Creon, a quien no concedió más que un seco asentimiento con la cabeza.

–Buenos días –dije–. ¿Cómo van las cosas con los barcos?

La flota de la Luna de la Madre había aparecido en la costa de la Corte Dorada en plena noche, unas tres semanas atrás, y había

sitiado la isla. Ningún nuevo aliado había logrado llegar al castillo desde entonces, y sospechábamos que ese era justo el objetivo de aquel asedio silencioso; tal y como habían predicho tanto Creon como Agenor, la flota no había hecho ningún intento de atacar directamente el castillo.

Todavía.

—Siguen tan tranquilos como siempre —respondió Agenor, encogiéndose de hombros como si la docena de naves de guerra que lo cercaban no fuera nada preocupante—. El principal desafío es evitar que nuestros álfar los ataquen. ¿Qué has estado haciendo estas semanas?

—Entrenar. Leer. —«Averiguar cómo romper ataduras», pensé, pero se enteraría en unos minutos: no había motivo para adelantarlo. Tal vez mi mayor baza fuese el asombro que provocarían mis planes—. Nada fuera de lo común.

Noté que estaba a punto de decir algo, pero, en ese momento, Naxi entró bailoteando en la sala, como un torbellino de polvo rosado y chillidos agudos, y Agenor pasó a mi lado dedicándome tan solo un breve apretón en el hombro. Lyn y Tared aparecieron un momento después, acompañados por Cas, un joven fénix desgarbado y pecoso de unos veinte años. A juzgar por cómo me miraron, sospeché que habían estado hablando de mí, pero ni la rápida sonrisa de Tared ni el radiante saludo de Lyn revelaron el motivo.

Se me heló la sangre. ¿Habría pasado algo por alto?

Parecía un momento terrible para preguntarles nada, delante de las narices de la mayor parte del Gobierno no oficial del Subterráneo. Me tragué los nervios desbocados y me senté junto a Creon tras la mesa de mapas. Él se arrellanó en la silla, con el aire de indiferencia que mostraba cada vez que lo arrastraba a una estancia en la que estuvieran Tared o Agenor: una fachada de invencibilidad indolente en la que rebotaban todas las miradas desdeñosas y los comentarios irónicos.

Valeska entró en la sala, con el cabello púrpura arremolinado en torno a sus pequeños cuernos de ninfa. Nenya la siguió medio minuto después, vestida con su corsé negro de cuero y encaje,

como de costumbre, pero más tiesa de lo habitual. Un destello de suspicacia atravesó los ojos de Creon mientras la seguía con la mirada, algo que sugería que sus hombros rígidos escondían un problema más grave... Pero antes de que pudiera preguntarle nada, Naxi le dio un golpe con la manga lanuda de su jersey y siseó:

—¡Esos escudos!

Creon puso los ojos en blanco, y ella se rio a carcajadas y le propinó una colleja condescendiente en la nuca. Fue como si un corderito se burlara de una elegante pantera negra, aunque el destello afilado de la sonrisa de Naxi no tenía nada de desvalido.

—Nada de holgazanear —le regañó alegremente—, pero sí, está tremendamente disgustada por algo —añadió en voz baja.

Volví a mirar a Nenya, que no parecía disgustada sino más bien rabiosa, como si se estuviera tragando la furia mientras contemplaba en silencio las paredes cubiertas de mapas. Detrás de ella, Lyn dejó de cuchichear con Tared y Cas para encontrarse con mi mirada. No le hacía falta poseer poderes demoniacos para darse cuenta de que pasaba algo raro.

—¿Empezamos? —dijo en voz alta, interrumpiendo la cortés conversación que mantenían Valeska y Agenor junto a las estanterías.

Nenya se sobresaltó, como si la hubieran despertado de golpe.

—¿No esperamos a Edored?

Edored había brillado por su ausencia durante el desayuno, para mi entera satisfacción, y ni siquiera Tared parecía sospechar nada cuando rezongó algo sobre el exceso de hidromiel y las pocas ganas que tenía de arriesgar el pellejo despertando a primos borrachos. Nenya, sin embargo, parecía haberse tragado un limón. Apretó los labios de color rojo brillante con tal fuerza que se le marcaron los colmillos.

—¿Tienes malas noticias? —preguntó Lyn con cautela.

—Eso me temo.

El resto del grupo tomó asiento rápidamente: Naxi y Valeska al lado de Creon, Agenor y Beyla junto a mí, y Lyn, Cas y Tared al otro lado de la mesa.

Nenya lanzó una última mirada a la puerta, como si Edored pudiera aparecer inesperadamente, y luego dijo:

—Anoche regresé de Ubrit.

Una de las islas remotas habitadas por comunidades vampíricas; una de las pocas cuyo gobernante había accedido de inmediato a unirse a la lucha contra el imperio, a pesar de los riesgos y el temor a las represalias. Pero lo siguiente que dijo Nenya sonó como una exhalación ronca:

—El rey tiene dudas, después de todo.

Se hizo un silencio helado.

—Ni siquiera tenía pensado reunirme con él —confesó, cerrando los ojos mientras se hundía en la silla—. Pero los últimos tres días he estado visitando otras islas, como me pedisteis, y de pronto todas se mostraban reticentes a darnos su apoyo, mucho más que hace una semana. Así que me pregunté...

—¿Ha intervenido la Madre? —preguntó Lyn, con el rostro pecoso fruncido en una mueca de preocupación.

—No. Bakaru.

Los demás se tensaron al mismo tiempo. Demonios, incluso Agenor se puso rígido. Bakaru... No me sonaba de nada ese nombre que Nenya había pronunciado como si fuera una maldición.

—¿Quién? —dije, sintiéndome irritantemente joven.

—Su Majestad Bakaru Sefistrim, rey de reyes y gobernante tácito de todos los dominios vampíricos. —Nenya esquivó mi mirada—. Además de ser, casualmente, mi legador.

—¿Tu qué...?

—El que me convirtió en vampiro —aclaró ella con impaciencia.

—Ah —murmuré. El tono de su voz sugería que esa relación no era motivo de demasiada alegría.

«Tremendamente disgustada», había dicho Naxi. ¿Cuál sería el auténtico problema? ¿Las complicaciones para la Alianza, o la implicación de Su Majestad en persona?

—Así que sigue vivo —murmuró Agenor, y Tared refunfuñó algo que se parecía sospechosamente a «por desgracia».

Nenya los fulminó a ambos con la mirada.

—Ha pasado los últimos siglos en Gar Temen. La mayor parte del tiempo, no se preocupa por asuntos mundanos. No esperaba que tuviera ninguna opinión sobre el tema.

—¿Y qué es exactamente lo que le molesta? —preguntó Cas con precaución.

—No tengo ni idea. En Ubrit fueron muy vagos; solo repetían que habían recibido información nueva y que tenían que reconsiderar sus compromisos con la autoridad superior. Tal vez Bakaru está descontento con los planes, o puede que le moleste que no hayamos acudido a él primero.

—No es culpa tuya —masculló Lyn, frotándose los ojos—. Si hubieras hablado primero con él, te habría echado la bronca por hacerle perder el tiempo. No había forma de predecir que esto le interesaría, en vista de que ignoró la guerra anterior.

Miré a Agenor. Oleander había levantado su elegante cabeza negra de su hombro, y metía y sacaba la lengua mientras seguía la conversación con los ojillos brillantes.

—Si no estuvo involucrado en la guerra —dije—, ¿cómo es que lo conoces?

Agenor se encogió de hombros; el gesto le valió un siseo molesto de la serpiente.

—Ya estaba consagrado a Korok antes de que yo naciera. Posiblemente mucho antes de que yo naciera.

Por todos los dioses... La vida ya era bastante complicada sin la existencia de un caprichoso rey vampiro consagrado a un dios, más viejo incluso que el fae más anciano que yo conocía. Un rey vampiro, por cierto, poco dispuesto a ayudarnos en una batalla que necesitábamos ganar desesperadamente.

Vi que Creon examinaba a Nenya con atención; Naxi no le pidió que controlara sus poderes.

—Entonces, ¿qué hacemos? —suspiró Lyn.

—Necesitamos a los vampiros —concluyó Cas, encorvando sus huesudos hombros hasta adoptar su postura habitual de torpeza e incomodidad. Tenía el tipo de cabello pelirrojo que hacía que incluso un adulto pareciera un niño, y nunca se lo había visto tan

desgreñado como en aquel momento–. Los ancianos fénix siguen siendo... Cómo decirlo...

–¿Jodidamente inútiles? –sugirió Tared, echándome un vistazo sin que yo supiera por qué.

Cas siguió su mirada y me dedicó una sonrisa tímida.

–Supongo que eso lo resume, sí.

Estaba claro que habían estado hablando de mí, malditos fueran. Me eché hacia atrás en la silla y estallé:

–¿La falta de ayuda tiene algo que ver conmigo, o me miráis tanto porque os gusta mi cara bonita?

–Em... –murmuró Lyn, pero su sonrisa era demasiado cautelosa y parecía contener algún secreto inconfesable.

–Ah –exhaló Valeska mientras se le iluminaba el rostro–. Dioses míos, ¿la Madre ha estado difundiendo la misma historia entre los fénix?

Tared se giró en redondo.

–¿Qué? ¿También entre las ninfas?

–¿*Qué* historia? –exclamé en un tono demasiado estridente–. ¿He hecho algo que no debía?

–No –dijo Lyn sombríamente–. O... Bueno, nada que pudiera evitarse, supongo. Los emisarios de la Madre han estado contando por ahí... –Sus ojos se clavaron en Creon, calibrando el peligro antes de mirarme–. Se han dedicado a recordarle a todo el mundo que no eres más que una chiquilla ingenua prácticamente humana, que estás sometida a la traicionera influencia de la Muerte Silenciosa, y que, por mucho que les disguste el imperio, ¿de verdad creen que mejorará si lo gobierna su hijo?

La miré fijamente.

¿Creon gobernando?

Ay, dioses. Y los pobres incautos se habían creído esa historia, ¿no? Yo también la habría aceptado sin cuestionarla un año atrás. Por supuesto: todo el mundo creía que la Muerte Silenciosa era lo bastante ruin como para traicionar a su propio pueblo con tal de satisfacer sus crueles impulsos. ¿Quién iba a negarlo? Y todo lo que sabían de mí...

La pequeña y tonta Emelin, amante de un fae. ¿Cómo se les iba a pasar por la imaginación que yo pudiera *pensar* por mí misma?

Cas se encorvó en su silla, como si esperara que alguien le gritara. Nenya, a juzgar por su expresión, estaba dispuesta a arrancar cabezas a mordiscos. Tared parecía contenerse tan solo por la presencia de Lyn; se le veía deseoso de desenvainar y retar a un duelo a su antiguo enemigo en defensa de mi honor. Pero cuando me volví hacia Creon, consciente de todos los ojos pendientes en nosotros, él ni siquiera se había tensado; sus ojos fríos y oscuros recorrían la estancia, evaluando a la compañía.

Ningún intento de defensa. A juzgar por la leve mueca de satisfacción en sus labios, parecían haberle hecho un cumplido.

—Hay muchísimo alboroto en las islas de las ninfas —comentó Valeska al ver que él permanecía inmóvil. Jugueteó con sus mangas, mirándose las manos—. No han olvidado cómo mataste a la reina de Tolya hace veinte años.

Creon se volvió hacia Agenor, con una ceja enarcada en señal de desafío.

—Ejem... —Mi padre tuvo la decencia de parecer un poco avergonzado mientras se aclaraba la garganta—. Puede que yo tenga la culpa de ese incidente en particular. No creo que suponga ningún consuelo, en todo caso.

Por un momento, pensé que Naxi iba a morderle.

—Al menos tú no fuiste a cortarle los dedos, y todo lo demás después... —comentó Valeska con amargura.

Gracias a los dioses, Creon había aprendido a aislarse de mis emociones, porque no me hubiera gustado que percibiera el escalofrío que me recorrió. Cas parecía a punto de vomitar. Los rostros de Beyla y Tared eran máscaras similares de fría furia álfar, reflejadas en el gélido brillo de los ojos de Nenya.

¿Cortar en pedazos a la pobre reina? ¿Cuánto le habría costado absorber ese dolor?

—Bueno; sea quien sea el culpable, tendremos que hacer algo —repuso Lyn con firmeza; era obvio que intentaba distraernos para que nadie ahondara en el tema de los dedos cortados de la ninfa—. Si todos nuestros aliados potenciales deciden que prefieren sufrir la

tiranía del imperio antes que correr el riesgo de unirse a nosotros, no tenemos ninguna oportunidad de triunfar. ¿Deberíamos pedirle a Gish que vaya a hablar con Bakaru, o...?

—Por favor, no habléis con Gish —terció Nenya secamente—. Sospecho que es la principal fuente de Bakaru sobre el Subterráneo. Es mejor que no le demos más munición, si podemos evitarlo.

Agenor murmuró una imprecación.

—Supongo que estamos hablando de Gishkim. ¿No deberíamos tomar alguna decisión al respecto, si le está pasando a Bakaru información que no queremos que tenga?

Una pregunta muy razonable, pensé; desafortunadamente, Lyn puso mala cara.

—Gish siempre ha sido leal a nuestro bando. Lo que ocurre es que también es leal al bando de los vampiros, pero ese no es motivo para echarlo. Somos una alianza, no un reino.

—Lo cual me parece muy poco práctico —valoró Agenor, enarcando una ceja.

—La alternativa me parece muy poco ética —replicó ella—. Hay que escoger.

Agenor, inteligentemente, cerró la boca.

—Iré yo —se ofreció Nenya, con la mandíbula tan apretada que se le tensaron las cicatrices del rostro—. No os preocupéis por Gish. Si Bakaru sabe que estoy involucrada, querrá verme, así que... no tiene sentido retrasarlo.

La mirada que cruzaron Lyn y Tared sugería que les parecía muy sensato retrasar aquella visita, preferiblemente para siempre. Pero antes de que pudieran objetar nada, Cas murmuró:

—¿Y los fénix? Drusa ha estado preguntando por ti, Lyn. Tal vez podrías...

—Drusa puede irse a la mierda —gruñó Lyn, palideciendo un poco.

En ese momento me di cuenta de que no tenía ni la más remota idea de cuál era el pasado de la fénix; incluso después de haber pasado meses bajo el mismo techo, no sabía cómo había acabado en la Alianza, por qué se había mudado al Subterráneo y, a todos los efectos, se había unido a una familia de álfar del otro lado del

archipiélago. Al parecer, yo era la única que lo ignoraba; incluso la sonrisa apagada de Agenor mostraba un atisbo de comprensión.

—Si no hay ninguna objeción que pueda haber pasado por alto... —comenzó Agenor, mostrando a las claras que no le parecía haber pasado absolutamente nada por alto—, quizá yo podría ayudar.

Cas parpadeó.

—*¿Tú?*

Agenor se encogió de hombros, haciendo caso omiso de la mirada torva de Oleander.

—He hablado con Drusa unas cuantas veces. Puede que no me tenga demasiado aprecio, pero creo que sabe que yo jamás participaría en ningún intento de llevar a Creon al trono..., sin ánimo de ofender.

¿Qué dirás entonces cuando sí quieras ofender?, escribió Creon en su cuaderno.

—Hytherion —intervino Tared con hosquedad—, ¿tengo que recordarte que tendríamos muchos menos problemas si no te hubieras forjado a pulso esa reputación tuya?

Contuve un bufido.

—Tendríais muchísimos más problemas si Creon se hubiera negado a ejecutar las órdenes de la Madre y hubiera muerto hace un siglo. ¿También me vas a culpar a mí por haber sobrevivido como una simple humana inútil?

—¡Parad ya! —estalló Lyn, levantando las manitas—. Esto no nos lleva a ninguna parte, por el amor de los dioses. Creo que Drusa te respeta lo suficiente, Agenor, así que, si estás dispuesto a sufrir su cháchara interminable por una buena causa, adelante. En cuanto a las ninfas... —Hizo una mueca al encontrarse con la mirada de Valeska—. Me temo que no sería muy buena idea que vaya un fae.

—¿Por qué no va Em? —sugirió Beyla, con una voz tan inquietante y etérea como el brillo de sus ojos y su cabello de plata—. No se le da mal mostrar astucia, y sería la forma más sencilla de convencer a las ninfas de que ningún fae la tiene a su merced.

Mi corazón dio un vuelco. «Que Zera me ayude...», rogué para mis adentros. No me iban a enviar a una misión diplomática justo en ese momento, ¿verdad?

–Bueno...

–Pues es una buena idea, la verdad –declaró Lyn, con los ojos brillantes–. ¿Te parece bien, Em? ¿Y si Naxi o Valeska te acompañan?

–Ah, conmigo no contéis –exclamó Naxi alegremente–. No se fían ni un pelo de mí.

–Mirad –la corté, con una opresión de alarma en el pecho–, comprendo que todo esto es muy urgente y me encantaría ayudar, por supuesto, pero he estado investigando un par de asuntos por mi cuenta y creo... –Suspiré. Había llegado el momento. Era la hora de la verdad–. Me temo que puede que tenga cosas más importantes que hacer en este momento. Si no os importa.

Aquello acalló en el acto todas las sugerencias sobre misiones diplomáticas.

–Ajá –asintió Tared con una chispa de diversión en la voz, pasándose la mano por el cabello rubio al tiempo que se arrellanaba en su asiento–. ¿Por fin me voy a enterar de por qué has intentado saltarte el entrenamiento dos veces esta semana?

–Solo fue una –repliqué indignada–. Y el motivo fue que me habías destrozado los bíceps en la sesión anterior, no que estuviera desesperada por leer más libros. Pero sí. He estado investigando las ataduras.

Agenor se volvió hacia mí. Yo aún no le había hablado de mi investigación, y lo había hecho deliberadamente; no necesitaba que le diera vueltas y llegara a la conclusión de que Creon era el único motivo de mi interés.

–¿Las *ataduras*? –repitió, con un matiz de desconcierto en su voz grave.

–Sí.

Reprimí el impulso de mirar a Creon en busca de apoyo, de aprobación, de ayuda. Habíamos discutido la estrategia. Yo iba a presentar aquel plan y exponer el argumento, porque una parte nada despreciable de nuestro público sospecharía que él actuaría por motivos egoístas y confiaría con mayor facilidad en mi defensa del interés general.

—He estado investigando —proseguí— y, a juzgar por lo que he descubierto..., creo que podríamos tener un problema mayor de lo que pensábamos.

Ojos entornados. Puños apretados. Nenya sofocó una carcajada y murmuró:

—Menuda sorpresa.

—¿Podrías explicarte, Em? —pidió Lyn, apoyando los bracitos regordetes en la mesa y descansando la barbilla encima.

—Si lo he entendido todo bien... —Me encogí un poco en la silla y, de pronto, me invadió una serenidad súbita. Al cuerno con todo: lo había entendido perfectamente. ¿A quién pretendía engañar con mi falsa modestia?—. Hasta ahora siempre hemos supuesto que las ataduras simplemente protegían a la Madre, ¿no? Vuestra magia no puede dañarla, así que nadie salvo yo puede irrumpir en el salón de huesos y achicharrarla... En teoría, es muy sencillo.

Aguardaron en silencio, sin confirmar ni objetar nada.

—He aquí el problema —continué—: Ophion sobrevivió a la magia demoniaca de Creon en la Corte Dorada. Lyn me dijo que intentó lanzarle una ráfaga de fuego a la cara en cuanto lo vio, pero no le hizo ningún daño. Pensó que fue fruto del agotamiento, así que terminó lanzándose contra él y montándose a su espalda, y de ese modo me salvó. Pero si a eso le sumamos que la magia de Creon no le afectó...

—... es razonable suponer que nuestras ataduras también protegen a Ophion —terminó Lyn lentamente, con los ojos ambarinos tan entornados que casi parecían cerrados.

—Creo que protegen a todos y a todo lo que está lo bastante cerca de la Madre como para que le afecte. Creo que la definición de «no dañarla» es más amplia de lo que pensábamos. —Me armé de valor y me volví hacia Agenor. Sus dedos reposaban sobre el esbelto cuerpo de Oleander—. ¿Has intentado usar magia contra sus aliados cercanos desde que te rebelaste contra ella?

—Yo... No, pero... —Vaciló y después señaló a Creon con la cabeza—. Tú mataste a Deiras hace unas cuantas décadas. Achlys y Melinoë lo echaron de menos, así que deberías haber tenido problemas para hacerlo, ¿no?

Creon se encogió de hombros y le dio un toque a su cuchillo para indicar que no había utilizado la magia.

—Vaya. —Agenor dejó escapar una risa carente de humor—. Aun así, si todos los miembros de su círculo íntimo están incluidos en las ataduras, eso significaría que, hasta hace poco, nosotros dos también deberíamos haber estado protegidos por... —Desorbitó bruscamente los ojos—. Que los dioses nos amparen... Un segundo.

—¿Acabas de recordar algo? —inquirí con brusquedad—. Porque a Creon le vinieron a la memoria varias cosas.

Agenor separó los labios, y luego se giró de golpe y se frotó el mentón con fuerza.

—Debo reconocer que, en ocasiones, mis oponentes se convertían en unos magos extrañamente mediocres, pero siempre supuse... —Le echó una mirada de desconcierto a Creon—. El miedo y el nerviosismo también pueden provocar ese efecto. No necesariamente tendría que estar implicada la magia de las ataduras.

Creon tomó el lápiz.

Tu rojo era deficiente cuando me apresaste en la Corte Dorada, cuando pensabas que estaba allí en nombre de la Madre. ¿Sueles perder los colores cuando tienes miedo?

Agenor lo miró fijamente.

—Mierda.

Creon soltó una risa muda.

—Y tiene sentido que nadie lo haya notado —añadí rápidamente—. A la Madre no le importa nadie más que ella misma, así que el hecho de que los fae cercanos a ella se atacaran entre sí rara vez llegaba a importarle lo bastante como para activar sus ataduras... Al fin y al cabo, cuenta con suficientes fae a su servicio como para no preocuparse por perder unas docenas. En cuanto a los demás pueblos mágicos, solo los amarró después de la Batalla Final, y la mayoría no se han acercado a la Corte Carmesí desde entonces. En los pocos casos en los que pudieron surtir efecto sus ataduras, los afectados eran lo bastante arrogantes como para creer que su mera presencia era lo que paralizaba a sus oponentes...

Tared soltó una carcajada y Agenor me dirigió una mirada digna.

—Pero ahora estamos en guerra, ¿entendéis? —continué, ignorándolos—. Ahora sí le importa perder ejércitos y protegerse a sí misma. ¿Quién sabe qué efecto puede tener eso en la magia de las ataduras? ¿Y si ahora hay más gente a la que quiere mantener con vida?

—Creo que entiendo el problema —dijo Nenya con voz baja y ominosa—. Hasta donde sabemos, las murallas de la Corte Carmesí también estarán protegidas, si le interesa mantenerlas. Una maga sin ataduras no llegará a ninguna parte si tiene que atravesar todas las defensas ella sola.

—Exacto.

Hubo miradas de incredulidad en torno a la mesa. Contuve la respiración durante cuatro o cinco segundos, pero nadie dijo nada.

—Supongo que tienes un plan —declaró entonces Naxi, poniéndose en pie.

—Bueno... —Malditos ojos demoniacos. Había planeado presentar la siguiente fase del plan paulatinamente, pero no tenía escapatoria—. Le he estado dando vueltas a las respuestas que me dio Ophion: nos dijo que la Madre era capaz de romper una atadura, así que tiene que ser posible de alguna manera... Pero hay demasiadas cosas que ignoramos: por qué les arrebata algo a las personas a las que amarra, cómo se contiene la magia y si al romper la atadura regresaría aquello que perdieron. Así que... —Aunque había aceptado la cruda realidad semanas atrás, me costaba admitirlo en voz alta—. Así que no, la verdad es que no tengo un plan concreto para romperlas.

—Lo cual no es nada de lo que avergonzarse —murmuró Lyn con amabilidad, aunque sabía que esperaba algo más después de haberse pasado semanas respondiendo a mis febriles preguntas—. Muchos hemos investigado ese asunto. No hay nada que podamos hacer.

—Lo sé —admití—. Lo reconozco. Así que mi sugerencia es... preguntar a los expertos.

—¿Los...? —La fénix pestañeó y alzó la vista hacia Creon, como si esperara que se riera y confirmara que era una broma—. ¿De qué

estás hablando? No hay expertos en la magia de las ataduras: ese es el problema.

—Es magia divina, ¿no? —dije.

Sus ojos ambarinos me taladraron durante un instante.

—Em...

—¿Quieres preguntar a los dioses? —barbotó Nenya—. Que el infierno nos arrastre... Resucitar a los muertos es un poco ambicioso, Emelin.

—Tal vez —respondí, esforzándome por mantener la calma—, pero no estamos hablando de resucitar a los muertos. ¿Agenor? ¿Sabes...?

—Buena pregunta —repuso en tono sombrío—. Excelente pregunta, de verdad. Si tuviera una respuesta, creo que no estaríamos aquí sentados.

—¿Ni siquiera sabes lo que les pasó a los dioses?

—No. Yo... —Soltó un juramento—. Bueno, Korok está definitivamente muerto y no volverá. Pero los demás... Soy incapaz de responder.

Nos quedamos callados.

—Estuviste allí —le espetó Tared con aire acusatorio—. El día que la Madre lo mató y maldijo a todo el continente con esa maldita plaga. ¿No deberías saber lo que pasó?

—Sé algo de lo que pasó —concretó Agenor. Cerró los ojos, y no supe si intentaba evocar sus recuerdos o más bien evitarlos—. El plan de Achlys y Melinoë, si entendí bien lo poco que me contaron después, consistía en usar la fuerza vital de Korok para robar los poderes de los demás dioses. Si todo hubiera sucedido como estaba previsto, habrían contado con la magia de cuatro divinidades después de aquel día.

Cas soltó una maldición. Casi todos los rostros habían palidecido; el único que no parecía sorprendido era Creon, aunque yo era consciente de que la noticia era tan nueva para él como para los demás.

Yo tampoco sabía nada, pero tenía sentido: mucho sentido.

—Pero no funcionó como esperaban —constaté.

—No —repuso Agenor con amargura—. Fue un experimento; es lo que hay que entender. Lo planearon solas y, que yo sepa, nadie más sabía lo que pretendían hasta que todo se fue al infierno. Quiero pensar que yo... Bueno.

Que habría hecho algo, si lo hubiera sabido. Sin embargo, se había mantenido al margen mientras la Madre mataba al dios que él había jurado proteger, mientras destruía un continente que él amaba, mientras comenzaba otra guerra justo cuando había alcanzado la paz que tanto ansiaba.

Decidí dejarlo pasar.

—Está bien saberlo —declaré, en un tono lo bastante alto como para que Tared se interrumpiera antes de soltar el bufido que parecía a punto de proferir—. Porque eso concuerda con la teoría de Sophronia de que la plaga está vinculada a la magia divina.

—La plaga está sin duda vinculada a la magia divina —asintió Agenor, frotándose los ojos—. Achlys y Melinoë dieron por sentado que podían extraer el poder de los dioses, pero que su magia no se vincularía a nada más. En lugar de eso, el poder...

—Se volvió incontrolable.

—Sí.

—Y destruyó todo a su paso, convirtiéndose en lo que conocemos como la plaga.

Agenor suspiró.

—Eso es.

—Pero eso significa que lo único que sabemos con certeza es que los dioses perdieron... Bueno, parte de su magia —continué, sopesando mis palabras—. No necesariamente todo su poder. Y no hay ningún motivo para asumir que murieron como consecuencia.

—No —observó Beyla con suavidad—, pero sería temerario basarse en una conjetura tan débil para emprender una misión tan peligrosa, ¿no te parece?

—Hay más —dije, desestimando esa objeción—. Encontré un libro de viajes de un álfar que intentó aparecerse en las montañas de Orin para encontrar más acero álfar. No llegó muy lejos antes de que la magia de la plaga comenzara a quemarlo, pero mencionaba que había visto a dos lobos blancos custodiando el lugar.

Agenor contuvo un jadeo.

—Por todos los demonios. Orin...

—Sí. También he encontrado avistamientos de palomas de Zera. No es que sean del todo fiables, claro; a todo el mundo le encantaría recibir una bendición de amor y felicidad para toda la vida, pero he encontrado algunos casos con múltiples testigos, y parece que los bendecidos llevaron vidas sorprendentemente largas y felices. Los que navegan cerca de la costa de Elderburg dicen que oyen voces extrañas que cantan por la noche...

—Cuentos de marineros —gruñó Nenya.

—¿Qué es lo que cantan, supuestamente? —preguntó Agenor.

—Todos a bordo son capaces de entender esas canciones, aunque hablen idiomas diferentes. Yo a eso lo llamaría magia.

Agenor soltó otra imprecación.

—Inika. Maldito sea el infierno. No tenía ni idea...

—¿Así que crees que es posible? —Necesité hasta la última pizca de mi fuerza de voluntad para no gritar, no agarrarle de la camisa azul frustrantemente bien confeccionada y zarandearlo hasta que me diera la respuesta que necesitaba—. ¿Es posible que sigan vivos?

—Supongo... —respondió, todavía aturdido—. Pero eso no significa que puedas...

—¿Ir a buscarlos?

—Em —me cortó Lyn.

—¿Qué? —Me derrumbé en la silla. Los latidos de mi corazón retumbaban vertiginosamente contra mis costillas—. Si hay alguien que sepa cómo resolver este embrollo, son los dioses. Puede que estén encantados de recibir una visita, después de tantos años.

—El continente es inaccesible —me recordó Tared con una sonrisa forzada—. Me parece un poco difícil buscar dioses cuando la plaga te quemará la carne antes de dar el primer paso.

—Pero acabamos de concluir que la plaga es magia divina —sentencié antes de volverme hacia Lyn—. Y según el *Compendio del mago* y ese tomo mohoso y polvoriento del mundo predivino que me prestaste, la única magia capaz de oponerse a la magia de los dioses es...

Se puso rígida.

–La magia demoniaca.

Si Creon hubiera sacado un cuchillo y los hubiera degollado a todos, no se habrían quedado más callados.

–Así que el plan es bastante sencillo –me apresuré a seguir, antes de que pudieran recobrar el sentido común y sacar a relucir objeciones tan inteligentes y poco útiles como que yo no tenía ni la menor idea de lo que estaba haciendo–. Volamos al continente. Usamos magia demoniaca para mantener la plaga a raya mientras buscamos a los dioses. Los encontramos y les hacemos unas cuantas preguntas. Rompemos las ataduras. Victoria y felicidad eterna para todos. Fin. ¿Alguna duda?

No esperaba que Tared fuera el primero en hablar, pero se echó hacia delante tan bruscamente que di un respingo. Apoyó los codos en el borde del mapa incrustado en la superficie de la mesa y preguntó lentamente:

–¿Y a quién tienes en mente cuando hablas en plural, Em?

–¿A Creon y a mí? –respondí, rezando para que no le diera importancia si yo aparentaba que no había ningún problema–. No pensaba que se pudiera prescindir de mucha más gente en el Subterráneo.

–Bueno, pues piénsatelo dos veces. –Volvió la vista hacia Creon, que estaba paralizado de una forma peligrosa y glacial, como si una capa de nieve hubiera cubierto un volcán a punto de entrar en erupción–. No vas a...

–¿Viajar sola con él? –Solté una risita aguda–. ¿Qué crees que me va a hacer? ¿Mirarme los tobillos?

Naxi se carcajeó a pleno pulmón, con un sonido agudo y melodioso. Parecía la única capaz de reírse. Beyla y Nenya, sentadas en el borde de sus sillas, la fulminaron con la mirada; Cas y Valeska intercambiaron una mirada nerviosa; Agenor parecía totalmente de acuerdo con Tared por primera vez en su vida.

Lyn me dirigió una mirada contrita.

–Al margen de lo mucho que puedan peligrar tus tobillos, Em, hay que pensar en la imagen pública que daría eso.

–¿Qué imagen pública? –me burlé–. Dudo que nos topemos con muchos cotillas en medio del país de la plaga.

—Tu ausencia se notará en el Subterráneo —precisó Nenya, con la voz tan tensa como los hombros—. No supondrás que Gish y Valdora, por ejemplo, guarden silencio al darse cuenta.

—Exacto —masculló la fénix, enterrando las manos en sus bucles pelirrojos—, y será la confirmación perfecta de la versión de la Madre. ¡Está claro que la Alianza no tiene ningún control sobre Creon! ¡Tampoco sobre Em! Entonces, ¿por qué iba a confiar nadie en nuestros planes? Demonios, es que casi los oigo diciéndolo.

—Entonces, ¿qué sugieres? —Estaba perdiendo el control de mi voz. Había preparado argumentos y contraargumentos, ¿y ahora iban a impedirme llevar a cabo mi plan por una estupidez en la que no había reparado, por los malditos cotilleos?—. ¿Que nos llevemos a alguien de carabina?

—¿No podría ir yo? —sugirió Naxi, alzando la cabeza con un rebote de sus tirabuzones rubios.

Todos parpadeamos.

—No sería raro, ¿no? —Me dedicó una sonrisa deslumbrante—. Si se necesitan demonios para manejar la plaga, tener uno más no vendría mal. Puede que Creon tenga que dormir de vez en cuando. Juro solemnemente que no te miraré los tobillos, si puedo evitarlo.

Lyn ahogó una carcajada nerviosa contra la palma de la mano. La sonrisa de Creon era irónica pero agradecida, señal inequívoca de que él también había captado las palabras entre líneas. «No me interpondré en vuestros asuntos».

—Bueno —murmuré débilmente. Era el momento de tomar decisiones rápidas, antes de que otros hicieran sugerencias. Especialmente, antes de que Tared o Agenor intervinieran. No tenía en mente llevar a Naxi con nosotros, pero podría haber sido muchísimo peor. Maldición, podría unirse una compañía entera—. ¿Os parece sensato? ¿Estaríais todos de acuerdo con el plan, si fuéramos los tres?

—¿No piensas llevar a ningún álfar? —preguntó Beyla.

Mierda.

—No sería mala idea —declaró Nenya, cruzándose de brazos—. Si uno se aventura en un territorio inexplorado y peligroso, es útil

contar con la posibilidad de marcharse rápido. Y nos vendría bien que pudierais regresar en el acto, de ser necesario.

—Sí, claro, pero...

—Puedo encontrar un hueco —intervino Beyla, con un brillo en los ojos que no mostraba a menudo: una chispa de ansia ante la idea de nuevos horizontes por descubrir—. Siempre que confirmemos que los demonios son capaces de mantener a raya la plaga, no me importa acompañaros.

Aquello iba a complicar muchísimo las cosas, especialmente el detalle de ocultar una relación secreta las veinticuatro horas del día sin contar con un ápice de intimidad. Pero si el premio era romper las ataduras, recuperar la voz de Creon y la fertilidad de todas las mujeres mágicas del mundo...

Unas semanas como mucho. ¿Tan difícil sería?

—¿Te haría eso más feliz? —le pregunté a Tared, que parecía más descontento a cada palabra que se pronunciaba.

—Nada de esto es ni remotamente seguro —bufó, lanzando a Creon una mirada fulminante que dejaba muy claro a quién culpaba del peligro—. ¿No sería mejor que fuera otra persona en busca de los dioses, si tanto insistes en que alguien tiene que ocuparse de romper las ataduras?

Otra persona no daría prioridad a la voz de Creon. Demonios, la voz de Creon sería lo último en lo que pensaría otro que no fuera yo.

—No creo que tenga mucho sentido enviar a alguien más.

Enarcó una ceja.

—Yo soy la única maga sin ataduras que tenéis —dije; la frase sonaba gastada—. No creo que sea posible que una persona amarrada rompa ataduras. Yo diría que sería algo parecido a intentar cambiar un color usando magia de color: es una idea terrible. ¿Por qué desperdiciar un viaje tan arriesgado mandando a alguien que quizá ni siquiera pueda ayudarnos?

La maldición que farfulló Agenor me hizo pensar que ese argumento era mucho más sólido de lo que creía cuando se me ocurrió en mitad de la noche dos semanas atrás.

—Pero... —comenzó Tared.

–Tared –le corté, poniendo los ojos en blanco–. ¿No eras de la opinión de que nadie debería decirle a una mujer adulta adónde puede y adónde no puede ir?

No sonrió. Ni un ápice.

–No te estoy permitiendo ni prohibiendo nada, pero alguien tiene que pensar en tu bienestar, y...

Creon volvió a escribir en su cuaderno con trazos perfectamente calculados, midiendo cada contracción de sus músculos; sin embargo, los giros del grafito sobre el pergamino daban la impresión de que hubiera preferido dibujar esas mismas líneas con sangre. *Si no confías en mí para mantenerla a salvo, dilo.*

–¿Sabéis qué? –intervino Lyn a toda prisa, porque era evidente para todos que Tared estaba a punto de soltar precisamente eso, y tal vez algo peor–. Esta no es una decisión que debamos tomar ahora. Cas, informa a los ancianos de que Agenor desea hablar con ellos. Nenya, por favor, haznos saber cómo podemos ayudar con Bakaru. Valeska, mantén a las ninfas lo más calmadas que puedas hasta que sepamos si Em tiene tiempo y veamos qué hacemos con las puñeteras ataduras. Gracias a todos por vuestras aportaciones. Ah, Em –añadió, con un fuego en la voz que no admitía una respuesta negativa–, ¿podemos hablar un momento?



Capítulo 3

Beyla se llevó a Cas, Nenya y Valeska a sus respectivas misiones diplomáticas. Naxi le lanzó una mirada a Tared, saltó de su silla y se lanzó a soltar un monólogo atropellado sobre magia nueva, tierras inexploradas y libros que sin duda habría que leer, insistiendo en que Creon la acompañara para investigar todo aquello juntos como buenos demonios.

El demonio en cuestión se levantó de su asiento, subiendo las cejas con diversión. «Juntos como buenos demonios... ¿A quién pretendes engañar?», decía su mirada.

Naxi le dedicó una sonrisa de dientes afilados.

—¿Vienes?

Con una risilla silenciosa, Creon se volvió hacia mí y titubeó un instante. Fue una vacilación casi imperceptible, que no habría notado si no hubiera estado ya tan acostumbrada a esa elegancia fae inverosímil.

Si necesitas ayuda para enterrar los cadáveres, házmelo saber, signó, señalando con la cabeza a Tared y Agenor.

Solté una carcajada ahogada.

—Claro.

Le dedicó una sonrisa torcida a Lyn, ignoró por completo a los otros dos y se dejó arrastrar por Naxi, que no cesaba de parlotear emocionada sobre una historia del continente que le habían contado unos demonios amigos de su padre. La gruesa puerta de roble ahogó su voz chillona en cuanto la cerró, dejando el Ala de los Errantes sumida en un silencio nervioso.

Me volví hacia los demás. Lyn estaba encaramada en el borde del asiento. Tared se había encorvado hacia delante, con los codos sobre la mesa y la cara entre las manos. Agenor miraba la puerta con inscripciones rúnicas por la que acababa de desaparecer Creon, y no pareció darse cuenta de que Oleander se deslizaba hasta su regazo y después se aventuraba a enroscarse en el asiento que había ocupado Beyla.

—Disculpad que os haga esta pregunta —dijo Agenor con el ceño fruncido, antes de que yo abriera la boca—, pero entre esos dos no hay nada, ¿verdad?

Me atraganté con mi propia saliva.

—¿Creon y Naxi?

Agenor parpadeó. Quizá mi respuesta había sido demasiado estridente.

—Estoy completamente segura de que no hay nada entre esos dos, Agenor —respondió Lyn, con los labios temblorosos en lo que sospeché que era una carcajada nerviosa a punto de estallar—. Naxi tiene otros intereses.

—Y hasta Naxi tiene algo de moral y decencia —murmuró Tared.

El corazón me dio un vuelco.

—Tared —le espetó Lyn; su hilaridad se había evaporado en un abrir y cerrar de ojos—. Por el amor de los dioses. Ya has expresado tu opinión bastantes veces, ¿no crees?

—Bueno, no es que haya dicho ninguna mentira —repuso Agenor, todavía con aire ligeramente desconcertado—. En cualquier caso, me tranquiliza que Naxi no esté cometiendo una estupidez de ese calibre.

No me atrevía a hablar. Apenas me atrevía a respirar por miedo a que mis pulmones estallaran en llamas. La única que se había dado

cuenta era Lyn, y me miraba con expresión de súplica para que me contuviera.

Al otro lado de la mesa, Agenor continuó hablando con despreocupación:

—¿Queréis que esté presente para hablar de las ataduras, o preferís que me esfume?

—Me es indiferente —murmuró Tared con acritud mientras empujaba la silla hacia atrás, se ponía en pie y se acercaba a los ventanales con las manos metidas en los bolsillos—. Tengo la extraña sensación de que, por una vez, podríamos estar de acuerdo. Em...

—¿De verdad crees que Creon me mataría? —conseguí articular lo más educadamente que pude—. Después de cómo me salvó la vida en la Corte Dorada, ¿piensas que se quedaría de brazos cruzados y dejaría que la plaga me calcinara hasta matarme?

—No. —Tared se acomodó en el alféizar de la ventana, envuelto por destellos que se intensificaban a la luz prácticamente diurna de los campos—. Te protegerá de todo lo demás, no lo dudo.

Ay, mierda. Miré a Lyn, que parecía diminuta y desgarrada, y me obligué a decir:

—¿Lo que quieres es protegerme de él?

Tared se encogió de hombros.

—Alguien tiene que hacerlo.

—¿Y no crees que yo sea capaz de protegerme a mí misma?

No respondió a eso.

Agenor se entretenía jugueteando con los puños de su camisa, con la mandíbula más dura que de costumbre, aunque los ágiles movimientos de sus dedos aparentaban la serenidad de siempre. Su silencio parecía un acuerdo tácito. Los ojos de Lyn iban y venían entre los tres mientras se mordisqueaba el labio inferior, desesperada por hallar alguna salida a aquella conversación.

Querían salvarme. De Creon.

Me hundí de nuevo en mi silla e intenté entender el punto de vista de Tared y de Agenor. Una muchacha de veintiún años prácticamente humana que se consideraba amiga de un hombre fae incapaz de experimentar la amistad ni el afecto, que apenas se dignaba a cooperar con sus aliados más cercanos ni cuando su vida

dependía de ello. Un fae que no les mostraba más que arrogancia y altivez, que no traslucía ni rastro de la vulnerabilidad que yo conocía, y que parecía estar haciendo un esfuerzo consciente por encandilarme por algún motivo que ignoraban.

Tras aquellos meses de tensa tolerancia mutua, esperaba que el hecho de que fuera amable conmigo convenciera poco a poco al resto del mundo de que tal vez no estuviera del todo podrido por dentro. Solo en ese momento me percaté de que podrían haber llegado a una conclusión mucho peor: que no solo estaba podrido, sino que, además, pretendía utilizarme para sus propios fines.

Y que la presencia de amigos y familiares sensatos era lo único que me había impedido lanzarme a sus brazos como la cándida jovencita que yo era a ojos de todos.

La opinión pública no era la culpable de esas líneas de preocupación alrededor de los labios de Tared. Era el miedo a que yo, inexperta e ingenua, sucumbiera a los despiadados juegos de la Muerte Silenciosa y se me hicieran los ojos chiribitas en el mismo instante en que nos quedáramos solos.

Que los dioses me ayudaran...

—Personalmente —intervino Lyn—, yo creo que tal vez estáis subestimando un poco a Em. Los dos.

Estaban subestimando tanto mi sentido común como mi capacidad para ocultarles una relación en toda regla durante meses..., pero sería difícil convencerles de lo primero sin revelar lo segundo, y confesar las noches que había pasado en la cama de Creon no aumentaría sus ganas de mandarnos juntos a un continente inhóspito. A juzgar por la expresión de Agenor, preferiría arrastrarme a la Corte Dorada para alejarme de las artimañas de la Muerte Silenciosa.

—Me conmueve que estéis tan preocupados por proteger mi inocencia —declaré tajantemente—, pero os aseguro que para mí esto no es más que una cuestión de estrategia. No estoy buscando la ocasión de meterme en su cama y, francamente, es un poco insultante que...

—No pretendía insultar —cortó Tared, apoyando la cabeza en el marco de la ventana—. No a ti, claro.

Solté un bufido.

—Pero estáis convencidos de que tiene intenciones lascivas, ¿verdad? Por extraño que os parezca a algunos, no todos los fae del mundo sienten la imperiosa necesidad de lanzarse sobre la primera muchachita que se les cruce por delante.

—Eso ha sido un golpe bajo —repuso Agenor con frialdad.

Lyn soltó una risilla muy poco amable y Tared me concedió una sonrisa fugaz, pero añadió al instante:

—Cuanto más intentas convencerme de que tiene buenas intenciones, más me preocupas, Em. No sueles ser tan ingenua con la gente.

—Pues muy bien, de acuerdo. Estaré en guardia y me aseguraré de que no me arrastre a ningún jugueteo cruel con mi corazón. Ni con ninguna otra parte de mi cuerpo. ¿Contento?

Agenor hizo una mueca.

—Aún queda la cuestión de la opinión pública. Y es bastante relevante.

—¿Y por qué tengo que ser yo responsable de lo que opinen los demás? —exclamé, alzando la voz para cortar a Lyn porque la veía dispuesta a darle la razón a Agenor—. ¿Por qué no puedes visitar a esas malditas ninfas y decirles que te limitas a utilizar a Creon por sus poderes, y que ni en sueños se te ocurriría permitir que se acercara al trono? ¿Por qué no emite el Consejo una declaración oficial de que nuestro objetivo es disolver todo el imperio, de modo que a los demás pueblos mágicos les importe un comino quién acabe gobernando a los fae? ¿Por qué...?

—Con el paso del tiempo, he descubierto que la guerra consiste en símbolos —declaró Agenor, cerrando los ojos.

—Yo no soy ningún símbolo —le espeté.

—Eres una maga sin ataduras.

—Soy una persona de carne y hueso, viva, que respira. Y en este instante, una persona bastante furiosa.

—Gracias por el aviso —replicó, alzando la vista—. Em, sé que no es agradable, pero la mitad de la batalla consiste en ganarse el apoyo de la gente correcta, y todos van a fijarse en lo que hagas, te

guste o no. Cegaste a la Madre. Me temo que ese es un mal comienzo, si pretendías pasar desapercibida.

Lyn asintió, con un ruego pesaroso en la mirada.

—Especialmente, si la propia Madre está decidida a darte protagonismo —añadió Tared con tono sombrío—. Esconderte solo haría que pareciera que estamos de acuerdo con ella.

Ojalá aquello no sonara tan razonable.

—Pero...

—La desagradable verdad es que estamos librando una batalla contracorriente —masculló Agenor, frotándose el puente de la nariz—. Es difícil convertir a la gente en guerreros después de un siglo de sometimiento, algo de lo que yo tengo la culpa, me temo. Es aún más complicado cuando todos saben que la balanza no se inclina a nuestro favor. Las personas necesitan algo en lo que creer, algo que les dé esperanza. Y no tenemos mucho que ofrecer, salvo la agradable sorpresa de una poderosa maga sin ataduras.

—Contamos con un par de poderosos lords fae —murmuré, pero noté la debilidad del argumento mientras las palabras brotaban de mis labios.

—Los traidores no son buenos símbolos —bufó Tared con amargura—. Sobre todo, los traidores que el año pasado seguían quemando niños vivos.

—Pero...

—Em. —Tared inspiró hondo—. No voy a fingir que esto es divertido. Todos sabemos que no lo es. Escondernos bajo tierra durante un siglo tampoco está siendo divertido, por si te interesa. Extinguirse lentamente en los confines del imperio no ha sido divertido para nadie en el mundo exterior. Al parecer, Creon tampoco se divertía mucho cortando reinas ninfas en pedacitos diminutos. ¿Te parece mucho pedir que hagas el sacrificio de visitar algunas aldeas y que no idolatres a un asesino fae en público?

Ay, mierda.

Separé los labios, pero no brotaron las palabras. Al otro lado de la mesa, Lyn parecía al borde de las lágrimas, pero no se mostraba en desacuerdo. Intuí que lo único que le parecía mal era que Tared no hubiera encontrado una forma más amable de decir aquello.

Agenor parecía preguntarse por qué demonios yo no le había roto la nariz a Tared. Alguien debería haberle explicado a mi pobre padre las muchas ventajas de la sinceridad y la franqueza.

—No es que no lo entienda —repliqué, deseando que mi voz no sonara tan ahogada. Era inútil suplicar. Unas semanas de trabajo no significaban nada para ellos, después de siglos de cosas mucho peores—. Pero sí creo que deberíamos deshacernos de las ataduras, y no me gustaría que tomáramos decisiones equivocadas que hagan que perdamos la guerra por culpa de lo que opinen los demás.

Tared masculló una maldición.

—No he dicho en ningún momento que no debamos deshacernos de las ataduras.

—Pero entonces...

—Puede haber una manera —valoró Lyn, jugueteando con sus rizos mientras recogía las rodillas contra el pecho; en la silla de respaldo alto parecía aún más pequeña—. Si no te importa fingir que no ha sido idea tuya, Em...

Puse mala cara.

—Lo último que necesito es llamar más la atención. Si quieres, te cedo el honor.

—Supuse que yo sería la candidata más razonable —asintió Lyn con una sonrisa torcida—. Podríamos decir que me tropecé con el asunto cuando investigaba, y que Tared y yo hemos decidido indagar. Nadie sospechará nada si emprendemos una nueva misión temeraria —continuó la fénix, y el álfar soltó una risita que no sonó muy convincente—. Y luego, le decimos al Consejo que te necesitamos a ti porque eres una maga sin ataduras, que también necesitamos a Creon y a Naxi porque son demonios, y que queremos contar con Beyla porque es una álfar errante y porque, si le negamos la oportunidad de visitar el continente, podría envenenar a Tared. —Extendió los brazos, como una prestidigitadora diminuta cuyo ayudante acabara de salir vivo de una caja atravesada por espadas—. Eso no alarmará a nadie, ¿verdad?

—Sin embargo, llevará tiempo —meditó Agenor, lanzando una mirada a Oleander, que exploraba tranquilamente los recovecos de la estancia—. Achlys y Melinoë no se van a quedar cruzadas de brazos

eternamente. Mantener la flota en torno a la Corte Dorada es una empresa costosa; puede que tengamos un mes antes de que ataquen, pero no mucho más. Podrían decidir hacerlo en tan solo una semana.

Lyn se encogió de hombros.

—Entonces tendrá que ser un viaje corto. ¿Diez días? Si en ese plazo no hemos encontrado nada, tendremos cosas más urgentes de las que preocuparnos.

Diez días. Sentí que me mareaba. Todo un maldito continente, más tierra de la que había visto en mi vida..., ¿y se suponía que teníamos que encontrar a un dios escondido en solo diez días?

—Supongo que funcionaría —admitió Tared con evidente aversión—, pero...

—¿Pero? —le cortó Lyn en seco.

Tared maldijo por lo bajo.

—¿De verdad quieres hacer esto?

—Bueno, sí, a menos que me digas qué es lo que te molesta. Y que sea la verdad. —Lyn ladeó la cabeza, con los ojos ambarinos chispeando de preocupación mezclada con impaciencia—. No pareces muy convencido. ¿Por qué?

—Vamos a ver... —Tared le echó un vistazo a Agenor, soltó un gemido y bajó de un salto del alféizar para encararse con ella—. ¿En serio te parece buena idea dejar mi vida en manos de Creon durante diez días enteros en el país de la plaga, Lyn?

—No te va a matar —tercié con aspereza—. Ha tenido oportunidades más que suficientes para hacerlo, si hubiera querido.

—No digo que esté planeando matarme —masculló—. Pero si lo único que se interpone entre la magia de la plaga y mi vida es él, ¿no crees que sería demasiado fácil que cometiera un... desliz?

—Tared... —empezó Lyn.

—No es la primera vez que dices eso —intervino Agenor, estudiando a Tared al tiempo que entrecerraba sus ojos de un verde dorado—. Que, si no te había matado a ti, no había riesgo de que matara a nadie. ¿Por qué estás tan convencido de que te quiere muerto, si se puede saber?

Tared se encogió de hombros.

–Es una historia muy larga y desagradable.

–Gracias por la ingente cantidad de información –suspiró Agenor, cepillándose una mota de polvo imaginaria de la camisa–. Me temo que estás hablando con acertijos. No hay mucho que me atreva a suponer respecto a Creon, pero, a menos que esté cometiendo un terrible error, juraría que está empeñado en mantenerte con vida.

–Te equivocas –sentenció Tared con voz gélida–. No tienes...

–Si hubiera querido verte muerto –le cortó Agenor en tono frío–, podría haber conservado su voz, ¿no crees?

Nos quedamos mirándolo en silencio.

Agenor parpadeó sorprendido.

–¿No conocéis esa historia? ¿No sabéis cómo lo amarraron? –dijo.

Lyn y Tared se volvieron hacia mí como si obedecieran un mandato invisible, ella con los ojos como platos, él entornados, con la misma pregunta tácita en sus rostros, que mostraban una conmoción idéntica.

–Creon... –comencé, volviéndome hacia Agenor. Otra vez notaba que me quedaba sin palabras. ¿La voz de Creon? ¿Qué demonios tenía que ver su voz con todo aquello?–. Creon me dijo que la Madre lo había encadenado con acero álfar porque sospechaba que no había masacrado a todos cuando supuestamente escapó de la Alianza. Y que le dio a elegir entre morir o dejar que ella lo amarrara. ¿No fue eso lo que pasó?

–Es lo que pasó. –Agenor asintió lentamente–. Solo faltan algunos detalles.

–¿No podrías ser un poco más específico? –gruñó Tared.

–Le interrogaron –dijo Agenor, inspirando hondo–. Mucho más tiempo de lo que yo hubiera considerado necesario, la verdad. Su historia era bastante convincente: no iba a perder el tiempo matando gusanos insignificantes cuando lo único que quería era volver a casa, bla, bla, bla. Lo normal. A todos nos sorprendió que Achlys y Melinoë no lo liberaran en cuestión de minutos.

Tragué saliva. Al otro lado de la mesa, Lyn miraba boquiabierta a Agenor, con los ojos fuera de las cuencas.

—Pero, finalmente, parecieron satisfechas —prosiguió en tono agotado—, y le dijeron que le dejarían marchar... después de deshacerse de sus prisioneros.

Lyn se quedó sin aliento.

«Tras la batalla final, nos capturaron a Tared, a mí y a otros... líderes», me había dicho en la playa del Bosque Fae. Eché un vistazo a Tared: estaba congelado en el borde del alféizar, con los puños apretados. «Me pasé mucho tiempo convencida de que nos iba a matar».

—Y fue entonces cuando Creon se quebró —dijo Agenor. Su voz profunda sonaba tan lejana como un eco.

No me atreví a respirar.

—Le he visto suplicar exactamente una vez en mi vida —continuó—. Aquella tarde. Fue tan inquietante como si juntara todos los momentos terribles de aquella maldita batalla. —Apretó la mandíbula, con la mirada fija en Lyn—. No sé qué le hiciste, pero no permitió que Achlys y Melinoë te mataran; les dijo que no le importaba adónde fueras ni qué hicieras con tu vida, pero que no podía soportar que murieras después de que lo hubieras mantenido vivo durante todos esos meses.

Lyn parecía a punto de desmayarse.

—¿Y la Madre no lo mató en el acto?

—Le preguntaron cómo iban a poder confiar en él de nuevo. A lo que él respondió que podían amarrarlo.

—No... —susurró ella.

—Llevaban décadas queriendo hacerlo, así que mordieron el anzuelo y cerraron un trato. Atar su magia a cambio de... —Hizo una pausa y tomó aire despacio—. De que los individuos que él eligiera no sufrieran ningún daño ni fueran apresados durante al menos un año y un día. Negoció cinco nombres.

—¿Cuáles? —murmuró Tared, y no sonó como una pregunta, sino como una exigencia.

—Nenkhet. Anaxia. Cas. Lyn. —Agenor se volvió hacia la ventana, con los labios fruncidos en una mueca parecida a una disculpa—. Y tú.

El horror en el rostro de Tared se reflejó en el fino gemido de angustia de Lyn.

Miré a Agenor con los ojos nublados mientras se me desbocaban los pensamientos. Cinco nombres... Casi todo el grupo que se había reunido alrededor de la mesa unos minutos atrás. Los mismos que habían fulminado con la mirada a Creon y lo habían culpado de la infame propaganda de la Madre.

Podrían haber muerto.

Si Creon no hubiera sacrificado su magia y su voz, si no hubiera renunciado a su plan de matar a su madre en el acto, no estarían vivos para continuar luchando.

«Por el amor de Zera...», me encomendé para mis adentros. ¿Por qué no me lo había dicho?

—Así que... —continuó Agenor, recostándose en la silla sin apartar la vista de Tared, con las alas aplastadas contra la madera—. Ocurriera lo que ocurriese entre vosotros dos, si Creon hubiera querido verte muerto sin tener que mover un dedo...

Tared desapareció en mitad de la frase.

Lyn le llamó un instante demasiado tarde, y saltó de su silla como si eso fuera a hacerlo reaparecer en aquel alféizar vacío. Tared no regresó. La fénix se volvió en redondo, alzó las manos con un aspaviento desesperado y soltó un «Joder» sincero y rabioso.

—Ah... —exhaló Agenor con cierta diversión—. ¿El honor álfar, he de suponer?

—Malditas deudas de vida —gimió Lyn, mirando la ventana y después a mi padre—. Deberle la vida a Creon no va a cambiar ni un ápice lo que piensa de él. Que Inika nos maldiga a todos; como si esto no fuera lo bastante complejo ya... ¿Por qué demonios Creon no nos lo contó?

Cerré los ojos y encontré la respuesta. Por la misma razón por la que no le había dicho a nadie que empleaba sus poderes demoniacos para que sus víctimas no sufrieran dolor. El mismo motivo por el que no había buscado forma alguna de comunicarse en ciento treinta años: sufrir en silencio le resultaba infinitamente preferible a intentar algo, ansiar conseguirlo y fracasar.

Me dolía el corazón. Notaba una punzada sofocante y opresiva.

—¿Esto cambia las cosas? —preguntó Agenor—. Admito que no estoy seguro de lo que piensas de este plan, pero mientras el Consejo esté de acuerdo...

—Intentaré convencer a todo el mundo —murmuró Lyn. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, su expresión era tan compungida que me sentí incapaz de mantenerle la mirada—. Pero no confíes en que Tared ni ninguna otra persona acepte más de diez días. Si he de ser sincera, creo que ni siquiera yo consentiría que el viaje durara más tiempo, teniendo en cuenta que...

—... tenemos más cosas que hacer —concluí con rotundidad—. Lo sé. ¿Al menos contamos con algún álfar que pueda acercarnos rápidamente al continente, si disponemos de tan poco tiempo?

—Oh. —Parpadeó como una lechuza y luego sonrió, pero sin alegría ni calidez—. No te preocupes por eso. La salida está sobre la sala central.

—¿Qué...?

—Pero son muchas escaleras —añadió, acercándose a la puerta—. Te recomiendo que busques a alguien alado para que te suba. ¿Algo más? Porque debería ir a hablar con Tared.

—Me estás diciendo que nos encontramos... —Solté una carcajada incrédula—. Dioses míos. ¿Estamos bajo el continente?

—Sí. Justo debajo de Lyckfort. —Alcanzó el picaporte—. Te veré dentro de un rato. ¿Te quedas a cenar, Agenor?

Mi padre bajó la mirada y sacudió la cabeza, como si hubiera olvidado momentáneamente dónde estábamos.

—¿Cómo?

—Cena —repitió Lyn secamente—. Invitación.

—Oh. No debería. Me necesitan en el castillo. —Volvió a lanzar esa mirada melancólica al techo, al mundo que de pronto tenía un nombre: Lyckfort—. Pero mantenme informado, por favor —añadió, con una voz que sonó extrañamente débil.

—Por supuesto —asintió Lyn—. Luego te veo, Em.

Se marchó sin esperar respuesta.

Cuando me volví hacia Agenor, se había desplomado en la silla y se frotaba las sienes con fuerza. Su sonrisa era frágil, desvaída,

incapaz de competir con los surcos de preocupación que se le marcaban alrededor de los labios.

Yo quería ir a buscar a Creon. Quería hacerle preguntas y abrazarlo y decirle que era un idiota, pero también que era mi idiota, y el hombre más valiente que había tenido el honor de conocer en toda mi vida. Pero Creon seguramente estaría practicando magia demoniaca con Naxi en a saber qué rincón desierto del Subterráneo, y yo no veía al hombre que se suponía que era mi padre más que unas horas cada dos semanas.

Y algo en la última revelación de Lyn parecía haberle afectado más incluso que mi descabellado plan de recorrer un continente maldito en busca de dioses que tal vez estuvieran muertos.

—¿Lo conoces? —pregunté despacio, aventurándome a hacer una conjetura—. ¿Has estado en Lyckfort?

—Sí. —Suspiró y se levantó de la silla, evitando mis ojos o buscando a Oleander entre las estanterías—. Antes era una ciudad preciosa.

«Antes». Había una melancolía insoportable en sus palabras: latían por debajo todos los lugares que había visitado y nunca había vuelto a ver, todas las personas que había conocido y perdido.

La tristeza de mi padre derribó todas mis defensas. Al igual que meses atrás, cuando le invité a mi cumpleaños sin pensármelo ni un segundo, barboté de pronto, sin considerar nada:

—¿Quieres venir?

Se puso rígido.

—¿Al continente?

—Aquí se está apuntando hasta la abuela —dije con ironía.

Se rio entre dientes mientras se arrodillaba junto a la estantería más cercana, escudriñando los libros en busca de un atisbo de escamas negras.

—Me temo que en la Corte Dorada no podrán prescindir de mí durante tantos días.

—No hace falta que te quedes diez días. —Me levanté, examinando el suelo con prudencia en busca de serpientes—. Ven solo a Lyckfort. Dudo que nadie se queje si decimos que vienes para... ¿ayudarnos a familiarizarnos con el terreno? ¿Qué te parece?

—Por todos los dioses, Em —dijo, dejando escapar una carcajada—. A veces eres igual que tu madre.

Justo en ese momento, vimos a Oleander; la aparición de su cabecita entre dos montones de cuadernos de viaje medio podridos me evitó tener que buscar una respuesta. Cuando Agenor volvió a ponerse en pie, con la serpiente enroscada en los hombros, ambos estábamos dispuestos a fingir que nunca había pronunciado unas palabras que cargaban con tanto significado.

«Igual que tu madre», aunque no la había conocido en mi vida... Pero quizá una humana viviendo entre fae no sería tan diferente de una medio fae viviendo entre humanos.

—¿Me acompañas a echar un vistazo a los aposentos de los fae? —preguntó Agenor.

No se me ocurrió una forma mejor de matar el tiempo, así que lo seguí hasta el laberinto del barrio de Inika, tan desierto como de costumbre. Tras las discretas insinuaciones del grupo de presión de Lyn y Tared, el Consejo había decidido rápidamente que las fuerzas de la Corte Dorada se alojarían allí en caso de tener que evacuar el castillo; además de que apenas había fénix que llenaran las numerosas viviendas, era el lugar más alejado de los álfar del barrio de Orin.

Hicimos una ronda por las estancias a medio amueblar, tomando nota de qué cosas esenciales faltaban y si se podían traer suministros de la Corte Dorada. En hora y media habíamos terminado, y llegamos al amplio corredor que separaba el barrio de Zera del de Inika con nuestras listas en la mano. Oleander parecía inquieta; no sabría decir si la serpiente se había contagiado del estado de ánimo de Agenor o si sus retorcimientos habían inquietado a mi padre, pero, fuese quien fuese el origen del malestar, ninguno de los dos parecía dispuesto a quedarse allí mucho más tiempo.

De vuelta al trabajo, como siempre. De regreso a sus planes y responsabilidades.

—Bueno —dije, preparándome contra la irracional chispa de decepción. Tras hora y media de conversación banal, ni siquiera me

había confirmado que vendría a Lyckfort–. En ese caso, supongo que ya nos veremos...

–Bien pensado –me interrumpió de pronto. Lo barbotó como si estuviera confesando un asesinato, tartamudeando con unas palabras que no estaban sujetas a reglas ni protocolos. Estaba envarado, con los hombros rígidos, y parecía tan incómodo como si llevara una camisa demasiado pequeña–. Lo de las ataduras, quiero decir. Realmente es un plan muy interesante... Si funcionara... Si consigues encontrarlos de alguna manera...

Su voz se apagó, dejando tras de sí un rastro de implicaciones sorprendentes.

–Oh –murmuré, incapaz de decir otra cosa.

Se aclaró la garganta.

–Si hay algo que pueda hacer para ayudar...

–No llega a la categoría de plan –murmuré, dolorosamente consciente de los enormes agujeros que tenían las sugerencias que había expuesto con una confianza incomprensible. La decepción era fácil de asimilar; sin embargo, ese fogonazo de orgullo esperanzado, mezclado con una leve punzada de vergüenza, hacía que me palpitara el corazón–. Hay tantas cosas que tenemos que resolver antes...

–¿Sí? –Finalmente, se encontró con mi mirada, inclinando ligeramente la cabeza. No vi escepticismo en sus ojos. Aquello era más bien... una invitación–. Yo diría que has cubierto prácticamente lo más básico.

«Prácticamente». El mismísimo Lord Agenor, que llevaba mil años maquinando y trazando estrategias, consideraba que lo había planificado prácticamente todo.

Levanté ligeramente la barbilla y me armé de valor.

–¿Qué crees que falta?

Hubo un destello de aprobación en sus ojos, o quizá solo fuera alivio al pisar un terreno más seguro. Negocios y estrategia: eso sí podíamos hacerlo, aunque jugar el papel de padre e hija se nos quedara grande.

–¿Estás de acuerdo con lo que Lyn sugirió de ir un grupo más numeroso? –dijo.

—Supongo que nos restaría flexibilidad —respondí lentamente—, pero todos serían personas en las que confío, y es mejor que vayamos muchos que no ir ninguno. Podríamos hacerlo, pero necesitaríamos tener claro un destino para compensar la pérdida de movilidad y las limitaciones de tiempo.

—Sí. —Frunció los labios, pero aun así parecía seguir sonriendo—. Entonces, ¿cuál es tu destino?

—¿Asumes que tengo uno?

Esa vez sí esbozó una sonrisa, leve pero inconfundible.

—¿Me equivoco?

Abrí la boca y me eché a reír.

—Ay, maldita sea. Era mucho más fácil trazar planes secretos cuando te empeñabas en subestimarme.

—Mis más sinceras disculpas —repuso irónicamente—, pero me cuesta imaginar que te hayas tomado la molestia de leer nada menos que a Sophronia y no te hayas planteado a quién te gustaría encontrarte una vez llegues al continente.

—Por supuesto que lo he pensado. —Me quedé mirando fijamente el muro que Agenor tenía a la espalda: las flores de Zera y las llamas de Inika. Qué apropiado—. Pero no estoy segura... Prefiero ser prudente. Supongo que todo el mundo querrá buscar a su propio dios, y vamos muy justos de tiempo; no podemos permitirnos el lujo de mantener discusiones teológicas.

Asintió lentamente.

—Eso es sensato.

—Gracias. —Noté calor en mis mejillas. «Maldición», pensé—. Pero... Bueno, Etele enloqueció, así que dudo que pudiera sernos de ayuda aun cuando no decidiera matar a Creon en el acto. Y, según los álfar, Orin ya era un ermitaño incluso antes de la plaga. Buscar a un dios que no quiere ser encontrado no me parece una gran idea, por más que Orin seguramente sea bastante afable.

—Yo siempre lo consideré una compañía muy agradable —comentó Agenor—, pero sí, podía llevar semanas dar con él incluso cuando estaba en el pleno apogeo de su poder. Coincido contigo.

—Así que nos quedan Inika y Zera.

—Exacto.

—Y yo... —dudé—. No he encontrado ningún motivo para decantarme por una u otra, la verdad. No parece que ninguna sea malévola ni esté completamente loca.

—En tiempos, no. —Sus ojos adquirieron un brillo de recuerdos remotos, perdidos en una época muy anterior a todo lo que yo pudiera incluso soñar—. Inika era más impulsiva e irascible; eso podía suponer tanto una ventaja como un inconveniente. Zera era más apacible, pero menos proclive a involucrarse en algo que no pudiera controlar. Fue la última en elegir bando en la Guerra de los Dioses.

—¿Cuál elegirías tú?

Se pasó una mano por el pelo, meditabundo.

—¿Cuál prefieres?

Solté una carcajada.

—Zera.

—¿Por qué?

—Porque... —Miré por encima del hombro para asegurarme de que nadie podía oírnos—. Sinceramente, no tengo ningún motivo estratégico. Los antepasados de los humanos de Cathra vivían en una de las ciudades de Zera antes de la plaga. Le he rezado toda mi vida. Me sentiría una hipócrita si le pidiera favores a cualquier otro dios.

Asintió con una lentitud angustiosa.

—Pero si piensas que debería buscar a Inika en su lugar... —me apresuré a añadir, trabucándome—. Entonces, por supuesto que...

—No pienso nada. —Oleander siseó con escepticismo—. Está bien... —admitió con una mueca—. Pienso unas cuantas cosas. Ninguna de ellas es negativa. Si Zera está viva y sigue siendo como era hace un milenio, el mejor argumento que puedes plantearle es una conexión personal. Zera es, después de todo, la diosa del...

—Amor —terminé—. Y... ¿qué es lo contrario del amor? ¿El odio?

—Lo contrario del amor es el pesar —murmuró, apartando la mirada—. Aunque ella insistía en que eran lo mismo.

Había cerrado el puño derecho con fuerza, y no pude evitar mirar la pequeña marca negra del trato que brillaba en el interior de su

muñeca, una señal de vida tan poco tranquilizadora como el hacha de un verdugo a punto de caer.

—Comprendo —murmuré con dificultad.

—Entonces... —Se aclaró la garganta y se recompuso, poniéndose derecho—, podríais dirigiros al templo del bosque de Zera. Es el lugar más sensato para comenzar la búsqueda: está relativamente cerca de Lyckfort. Si alguien protesta por esa decisión... —Hubo un ligero temblor en las comisuras de sus labios—. Dile que venga a hablar conmigo. Le daré mi opinión útil y totalmente imparcial, como experto en el tema.

Se me escapó un resoplido de diversión.

—Qué típico de un fae.

—Utilízalo a tu favor —repuso de forma tajante, dando un paso atrás—. Tengo que irme. Siento no poder quedarme más tiempo, pero mantenme informado si hay algo más que pueda hacer. Y... ¿Em?

—¿Sí?

—¿Lo...? —apretó los labios en una línea—. ¿Lo decías en serio? ¿Lo de Lyckfort?

Parpadeé.

—Soy cruel, pero no tanto.

—No —admitió con ironía—. Me temo que me han corrompido tantos siglos de vida en la Corte Carmesí. Avísame cuando te vayas. Intentaré estar allí.



Capítulo 4

Encontré a Creon recostado en uno de los sillones del rincón de su dormitorio, con los ojos fijos en un pergamino y el ceño fruncido. Probablemente estaría leyendo alguna cuestión espinosa sobre los movimientos de las constelaciones; pero antes de que pudiera echar un vistazo a sus apuntes para confirmar esa sospecha, metió el pergamino en la pila de libros más cercana sin dedicarle otra mirada.

¿Y bien...?

–Tared y Agenor –dije, dejándome caer en la butaca de al lado con un gemido teatral– están preocupados por mi inocencia y por la terrible influencia que pueda ejercer sobre mi pureza inmaculada una bestia salvaje como tú. Al parecer, han llegado a la conclusión de que yo podría sucumbir a tu... seducción.

Su ceja llena de cicatrices se alzó lentamente de forma elocuente.

Los dioses saben de dónde se han sacado una idea tan descabellada.

Se me escapó una risa amarga.

–Debería haber seguido tu estrategia y dedicarme a fulminarte con la mirada cada vez que hubiera alguien cerca. Nadie parece considerar la posibilidad de que te interese otra cosa más que manipularme cruelmente.

Por supuesto que no. Desplegó las alas con un movimiento peligroso y enderezó la espalda en el asiento, apoyando el codo izquierdo en el muslo. *Todo el mundo sabe que los demonios no sienten amor ni empatía.* Crispó de forma desagradable la comisura de los labios.

–¿Eso es cierto? –pregunté.

En el caso de los demonios de sangre pura, sí. Los mestizos... Se encogió de hombros. *Varía. Naxi siente muy poca empatía. Yo estoy en el extremo más problemático de la escala.*

Cuanto más sabía de Naxi, más aterradora la encontraba. Y también me preguntaba qué narices habría pasado entre Thysandra y ella.

–En cualquier caso, les he dicho que no estaba intentando encontrar la manera de meterme en tu cama. Técnicamente, no he mentido.

Su risa muda careció de humor.

¿No les has contado toda la historia?

–¿Qué? Dioses, no. –Parpadeé–. No pensarás que me dejarían irme contigo si lo supieran, ¿verdad? Creo que Agenor me encerraría en una torre.

No se lo aconsejo, signó Creon secamente*. Perdería una torre.*

No estaba de humor para apreciar su fe en mis habilidades para arruinar el atisbo de relación que había conseguido crear con mi padre.

–Sería un inconveniente serio y nos retrasaría. Este no es precisamente el mejor momento. –Mostró su acuerdo con una inclinación de cabeza y un suspiro–. Así que... –murmuré, girándome de lado en la mullida butaca para no apartar los ojos de él–. Lyn va a presentar el plan como si se le hubiera ocurrido a ella y argumentar que casualmente necesita nuestra magia. Tared no estaba de acuerdo, pero...

Las palabras que iba a decir murieron en mi lengua: «Pero descubrió lo de tu voz. Tus ataduras».

Entrecerró los ojos almendrados, con una pregunta en la mirada, mientras mis labios buscaban en vano las palabras. Lo tenía lo bastante cerca como para distinguir cada una de sus largas pestañas y cada cabello que se escapaba de la sedosa suavidad de su melena. Una imagen que me quitaba el aliento, tan familiar y, sin embargo...

¿Cuántos secretos más seguían ocultos tras esa fachada, cuántos horrores, cuántos sacrificios que nunca llegaría a conocer?

—Agenor... —Tragué saliva—. Agenor nos contó por qué te amarró la Madre.

Se puso rígido durante apenas un segundo.

Después se recostó en el asiento, formando una línea dura con sus labios carnosos y sensuales, y signó:

¿Dio nombres?

Asentí con la cabeza.

Ya veo. No relajó los hombros. *Eso aclara algunas cosas.*

¿Qué explicaba aquello? ¿Había captado los sentimientos de Tared, había notado su llegada a la casa cegado por la angustia y la furia? Dejé esa pregunta en la creciente pila de asuntos pendientes y, en su lugar, dije:

—¿Por qué no se lo contaste a ninguno de ellos?

¿Por qué iba a hacerlo?, respondió con gestos demasiado rápidos.

—¡Estaban convencidos de que huiste durante la batalla y no volviste a dedicarles un solo pensamiento! Si hubieran sabido que les salvaste la vida...

Hice demasiado poco, demasiado tarde. Se encogió de hombros con rigidez, muy lejos de su gracia felina habitual. *No habría sido necesario salvarlos si hubiera conseguido recomponerme unas horas antes. No van a olvidarlo solo porque acabara poniéndome sentimental y renunciara al plan de acabar con la Madre a cambio de unas cuantas vidas.*

—Sus vidas —señalé.

¿Acaso importa? Quemé vivos a algunos de sus aliados, Em. Nunca les voy a caer bien, y no creo que la situación mejore si me muestro vulnerable a sus opiniones.

–Podrían ser tus amigos –murmuré débilmente–. Yo he descubierto que eso de tener amigos es una gran mejora.

Vaciló un segundo. Luego se incorporó de golpe, agitó las alas mientras se daba la vuelta y se acercó al escritorio, en el otro extremo de la habitación. Lejos de mí. Lejos de mis emociones, que aleteaban contra sus nuevas barreras mentales, desgarrando su autocontrol. Recogí las piernas para evitar ir tras él, pero seguí cada uno de sus movimientos con la mirada mientras él se hundía en la silla del escritorio, respiraba hondo y signaba:

Tienes que entender que he vivido durante tres siglos y medio sin confiar en nadie más que en mí mismo, Em.

Un cosquilleo nervioso me recorrió la espalda. No era que hubiera olvidado su edad, pero todos los demás en el Subterráneo eran mucho más viejos. Comparado con un padre que había vivido doce siglos y con los quinientos y pico años de Lyn y Tared, a veces me daba la sensación de que Creon y yo teníamos una edad similar.

Una edad que no se medía tanto en números como en lo poco que sabíamos sobre qué demonios pintábamos allí. Éramos tan ignorantes como bebés.

–Me parece muy bien –dije–, pero has descubierto cómo confiar en mí.

Se le dibujó una sonrisa en la cara.

Me obligaste a hacerlo.

–Entonces, ¿por qué no puedo obligarte a confiar en alguien más? –Me froté la cara con desesperación–. Este viaje sería mucho más fácil si no te dedicaras a actuar como un príncipe fae invulnerable a cada instante.

Quieres... En ese momento no parecía un príncipe fae invulnerable, por mucha magia, alas y orejas puntiagudas que tuviera. Seguía luciendo el mismo cuerpo esbelto y musculoso, el mismo hermoso rostro afilado que en tiempos me había recordado a un retrato demasiado favorecedor hecho realidad; pero a esas alturas yo era capaz de ver más allá de las capas superficiales, y la tensión de sus labios y los movimientos erráticos de sus dedos no eran difíciles de leer. *¿Realmente quieres que hagamos ese viaje rodeados de la mitad de los habitantes de la casa?*

Sí. No. Tal vez.

—¿Hay alguna razón para no llevarlos? —pregunté, con la garganta seca.

El hecho de que sigas insistiendo en ocultarles cosas importantes, por más que repitas que confías en ellos, signó con precisión cortante. *No va a ser sencillo disimular lo nuestro si estamos en público todo el día. Puede que durante semanas.*

—Diez días, como mucho —murmuré; la réplica más débil del mundo contra sus argumentos—. Deberíamos poder ocultarles esto durante diez días, ¿no?

Con o sin barreras, su mirada incisiva me atrapó como a un ciervo en una trampa.

¿Porque eso es lo que quieres hacer o porque es lo que ellos quieren?

Ya ni siquiera sabía la respuesta; era incapaz de distinguir entre obligaciones y deseos, necesidades y deberes, en medio de aquella maraña de ideas contradictorias. ¿Era lo que ellos querían? Sí, pero no por decoro ni por cumplir expectativas paternas: solo por ganar la guerra. ¿Acaso no era lo mismo por lo que yo luchaba?

—No quiero causar problemas —musité, y detesté el sonido de esa frase, que resonaba como un eco de los primeros veinte años de mi vida. ¿Por qué lo estaba complicando todo, cuando se suponía que mi misión era salvarlos?—. Ya hay demasiadas cosas que pueden salir mal. Ellos conocen mejor que nadie la Alianza. Si consideran que yendo solo contigo ahuyentaría a posibles aliados, prefiero no arriesgarme. —Creon asintió con poca convicción—. ¿Tú sigues pensando que deberíamos ir los dos solos?

No lo sé. Desvió la mirada, se frotó la frente y terminó mirando al suelo. *Hagamos lo que hagamos, será arriesgado. Si nos escabullimos juntos provocaremos mucho revuelo, pero si recorremos el continente con medio ejército...*

Solté una carcajada.

—Mientras Tared y tú no os matéis el uno al otro, todo irá bien.

Iremos más lentos. Alzó la vista con una sonrisa carente de humor, pero la luz había vuelto a sus ojos. *Y existe el riesgo, por*

supuesto, de que antes de que acabe la semana te lances a mis brazos.

−Idiota −bufé−. No eres tan irresistible.

Movió las alas de forma sugerente.

Creo recordar cierta fiesta fae en la que aseguraste que podías resistirte a mis encantos sin problemas.

Y habíamos acabado haciendo el amor contra una pared, con el vestido rasgado, enseñando los dientes como animales en celo. Aspiré una bocanada de aire frío que necesitaba con urgencia y repliqué:

−He adquirido práctica en apartar la vista de tus encantos.

Ah, ¿sí? Su sonrisa era la más peligrosa posible: sensual, arrogante y salvaje hasta la médula. Su mirada me atravesó de forma inquietante, encendiendo chispas de deseo y desterrando toda sensatez según descendían sus pupilas. *¿Y se te va dando mejor?*

−Creía que estábamos discutiendo nuestros planes −murmuré con voz ronca, y mi tono le dio la respuesta que perseguía.

Así era, confirmó, pasándose una mano por el pelo con un gesto que sabía perfectamente que me hipnotizaba. Los mechones de seda negra bailaban alrededor de su rostro, resaltando cada línea afilada de sus rasgos. *Una observación muy astuta.*

−¡Ni siquiera tenemos un plan! −exclamé, pero a mi cuerpo no le importaba; el calor entre mis muslos se hacía más intenso ante la sola sugerencia de seducción. «Ayúdame, Zera, por lo que más quieras», pensé. Estaba perdida−. ¡Este no es el momento de tumbarnos tranquilamente y confiar en que todo salga bien!

Hay muy poco que podamos hacer hasta que Lyn haya movido sus piezas. No sabía cómo, pero los movimientos de sus dedos me decían que, de hecho, había muchas cosas que podríamos estar haciendo en ese momento. *Llevo ciento treinta años sin mi voz. Puedo prescindir de sus dulces tonos durante un poco más.*

Era exasperante la facilidad con la que jugaba a ese juego... y ganaba siempre. Me agarré a un clavo ardiendo, a cualquier cosa que impidiera que mi mente se centrara en la promesa del éxtasis dichoso.

—¿Y si soy yo quien no puede esperar? ¿Y si estoy demasiado impaciente por conocer el sonido de tu voz?

Chillona y estridente, replicó sin pestañear. *Muy parecida al ladrido de un perrito faldero. ¿Te basta con eso?*

Me eché a reír sin querer.

—Mentiroso.

Te noto muy segura de ti misma. Se acomodó en la silla, con las piernas musculosas extendidas en una postura que parecía diseñada para atraer mi mirada al punto donde se unían. *¿Qué tipo de sonido esperas?*

—Sexo líquido —sugerí con voz ronca.

Me temo que está más cerca de un rebuzno. Y además, ceceo.

Me llevé la mano a la boca para contener una carcajada absurda, pero no lo conseguí.

—¡No es cierto!

¿Y cómo lo sabes? Sus hombros se tensaron de forma sensual mientras se inclinaba hacia delante y apoyaba el codo en el muslo.

—¡Edored se estaría carcajeando constantemente si hubieras sonado como una gaita chillona! —Ese argumento no pareció convencerle, así que me levanté de un salto antes de que pudiera contratacar—. Y si tu voz se hubiera parecido a la de un burro soltando rebuznos, no querrías recuperarla. Guardarías un silencio dramático y misterioso por los siglos de los siglos y te habrías dedicado a cargarte a todas las personas que conocieran la vergonzosa verdad.

Eso suena convincente, admitió con una sonrisa irónica.

—Soy muy convincente, Alteza. Entonces, ¿vamos a trazar un plan?

¿Por qué? Un solo signo cortante; parecía un desafío.

—Tendremos diez días como máximo —dije rápidamente, aferrándome a esa desagradable noticia para evitar que me atrajera a su lecho antes de que decidiéramos cómo manejar la situación—. Y al ser un grupo numeroso, viajaremos más despacio. Lo que significa que necesitamos tener claro adónde iremos y...

Llevas semanas trabajando sin parar, me interrumpió. Aunque estaba tranquilamente arrellanado en la silla, un destello afilado se

abrió paso a través de la languidez seductora de su mirada, como un cuchillo que rasgara terciopelo. *Deja de repetirte a ti misma que el destino del mundo está en tus manos. Necesitas un respiro.*

No pude evitar mirarme las manos, menudas, con los nudillos blancos de aferrar el reposabrazos sin darme cuenta.

−Soy la única maga sin ataduras con la que contamos.

Y yo soy el único príncipe fae medio demonio con el que contamos. Se encogió de hombros. *Agenor es el único mago consagrado a un dios con el que contamos. Tared es... Bueno, digamos que es uno de los pocos álfar con cerebro con los que contamos. Naxi es...*

−¡Lo sé, pero eso es diferente! −exhalé con desesperación, gesticulando en dirección al mundo que había tras las paredes de su habitación−. Hasta que no nos deshagamos de las malditas ataduras, nadie más podrá derrotar a la Madre, y ninguna otra persona dará prioridad a tu voz, así que...

Em, me interrumpió. No supe cómo, pero la visión de las dos letras trazadas en sus dedos bastó para que me derritiera. *Ven aquí.*

Apreté los puños y fruncí el ceño.

−No me parece buena idea.

Enarcó una ceja inquisitiva.

−Prefiero no sentarme en tu regazo encantador y seductor y... musculoso −gruñí−, porque, si lo hago, puedo acabar tocándote las alas sin querer...

Sin querer, repitió con ironía.

−... y entonces pondrás esa carita y yo acabaré de rodillas sin darme ni cuenta −proseguí con obstinación−, y terminaremos haciendo el amor durante dos horas sin haber maquinado un solo plan.

Se rio entre dientes.

Estoy esperando a que me digas alguna consecuencia negativa.

−¡Así no me ayudas, Creon!

Desde luego que te ayudo, solo que no de la forma que quieres.

−A veces desearía que se secara ese pozo tuyo repleto de sabiduría −sentencié, aferrando con más fuerza los reposabrazos. Su sonrisa era como el canto de una sirena, tan letal e irresistible como

las canciones que oían los marineros en la costa de Elderburg por la noche–. ¿No puedes ayudarme sin arruinar todos mis planes?

Como quieras. Se sentó un poco más erguido y desplegó las alas. *Pero solo si vienes a sentarte aquí conmigo.*

–Nada de caricias en las alas –le advertí con una mirada fulminante–. Ni accidentales ni a propósito. Y nada de poner morritos seductores.

Prometido. Torció los labios en una mueca de diversión. *A menos que me lo pidas, procuraré no parecer atractivo ni tentador. Por supuesto, supondrá un esfuerzo considerable.*

–Idiota –mascullé..., pero me rendí.

Me abrazó sin seducirme ni provocarme. No hubo besos rápidos ni roces de sus labios en mi frente. Se limitó a girarme en su regazo con un movimiento que casi era seco, de modo que terminé mirando la pared desnuda y dándole la espalda.

Vacilé, conteniendo una absurda punzada de decepción.

–¿Qué estás...?

Me rodeó los brazos con las manos. Sus pulgares me rozaron los omóplatos y luego apretaron a la vez en el punto exacto en que mis músculos estaban tensados en un nudo tenso.

Sentí un relámpago de dolor que me recorrió la columna vertebral hasta los brazos.

–¡Au!

Su forma de respirar delató una risilla mientras movía las manos un poco y repetía la jugada. Solté un gemido ahogado e intenté apartarme por reflejo, pero Creon no me liberó: me mantuvo quieta en su regazo mientras me frotaba los hombros trazando círculos implacables, siguiendo las líneas de tensión hasta que la presión irradió por todo mi torso. Me dolía tanto que perdí el aliento; sus yemas callosas presionaban con aspereza contra el lino de mi vestido y, poco a poco, mis músculos se rindieron a la fuerza de su contacto.

La sangre volvió a fluir en zonas donde llevaba semanas sin circular. Tantas horas sentada en los rígidos taburetes de la biblioteca... Todas las veces que me había dormido sobre los libros,

retorciendo la columna vertebral en posturas antinaturales cuando me desplomaba en las mesas de lectura...

–Vale, me ha quedado claro –jadeé con los dientes apretados mientras me clavaba los dedos en una nueva zona de músculos torturados, justo encima de las axilas. ¿En serio era posible sufrir sobrecarga en las axilas?–. Y juraría que estás usando tus poderes demoniacos para descubrir dónde me duele más, cruel y desalmado...

Soltó una risa silenciosa a mi espalda y me frotó la zona tensa entre el cuello y los hombros hasta que gemí.

Finalmente, después de lo que me parecieron horas de fuego que se encendía y apagaba bajo su contacto, el dolor remitió. Pasó a ser sordo, después llevadero y, por último, placentero. Respiré hondo y descubrí que mis hombros ya no estaban tan dolorosamente rígidos, que la tensión había desaparecido por fin de mi cuerpo.

Aun así, Creon no se detuvo.

Aquello... Cerré los ojos, deleitándome con la presión intensa de sus palmas contra mi carne y su contacto suave y firme. Era el momento de decirle que ya estaba bien, que tocaba centrarse en el trabajo, ¿no? No tenía excusa para demorarlo. No cuando era posible que nos marcháramos al día siguiente, no si otros podían estar dedicándose a trazar planes equivocados mientras yo me quedaba ahí sentada, arropada en la seguridad de sus brazos, bañada por las luces fae y envuelta en aromas otoñales.

Pero sus manos eran cálidas, fuertes y reconfortantes, y me masajeaban los hombros con una intensidad constante. Y aunque no pudiera verle la cara, las alas ni sus estúpidos músculos abultando el lino y el cuero de su ropa...

Su respiración empezaba a sonar cada vez más agitada a mi espalda.

Mi cuerpo reaccionó a sus jadeos con un estremecimiento impaciente, una punzada aguda de anticipación que me taladró las entrañas. Oh. Oh... Si a Creon se le estaba entrecortando el aliento, si sentía mi peso blando en su regazo tanto como yo notaba sus muslos duros bajo mi cuerpo, seguramente no se iba a limitar a masajearme los hombros, ¿verdad?

Me recorrió un cosquilleo que me hizo súbita y desesperadamente consciente de mis pechos alejados de su contacto, del roce del vestido contra mis pezones.

¿Verdad que no?

Pero no movió las manos de donde las tenía; sus dedos fuertes amasaban y frotaban mi cuello con una paciencia infinita. Me estremecí y me incliné hacia atrás, contra su pecho esculpido, mientras sus manos subían y bajaban una y otra vez con una cadencia tan lenta que me adormecía, envolviéndome en una serenidad demasiado pacífica.

Me di cuenta de que estaba agotada. El cansancio me calaba hasta los huesos y era demasiado intenso como para poder librarme de él con una simple noche de sueño.

¿Pero por qué Creon no me tocaba donde más lo echaba de menos?

Por la estúpida promesa que le había exigido que me hiciera... Un gemido se escapó de mis labios antes de que pudiera recuperar el control de mí misma. El calor de su contacto se extendía desde mis hombros hasta mi vientre y descendía, haciendo que ansiara más, más intensidad, pero sus manos no cambiaron de lugar. Ni siquiera cuando me acurruqué más contra él, ni cuando me moví en su regazo contra su entrepierna y noté su reacción inmediata como respuesta. Ni siquiera cuando se le aceleró la respiración contra mi sien.

«Ayúdame, Zera», pensé. Me estaba quemando.

—Creon. —Mi voz fue casi un gemido. Había un ritmo hipnótico en los círculos que trazaban sus dedos, una cadencia que borraba la sensación de urgencia de mi interior—. Creon... Yo...

Detuvo las manos en mis hombros en una pregunta muda, sin trazar ninguna seña.

—Debería... —«Volver a la biblioteca. Volver al trabajo». Los pensamientos seguían ahí, pero los notaba borrosos y desenfocados: tenía que hacer algo relacionado con mapas, pero no me importaba demasiado en ese instante—. No puedo...

Una mano cálida se deslizó por mi cuello y me acarició la mandíbula y la barbilla antes de posarse firmemente sobre mis

labios, ahogando el resto de mis palabras.

Con un último arrebato de desafío, le mordí el dedo.

Mala idea. Sabía a pecado, a algo almizclado y salado a lo que no podía dar nombre; un leve eco del sabor de su esencia en mis labios. Sentí el temblor de su risa y la firmeza de su dedo al hundirse más profundamente en mi boca. Mis defensas se desmoronaron cuando un calor abrasador se encendió bajo mi vientre. Volví a morderle con más fuerza, y apartó la otra mano de mi hombro, se deslizó entre mis piernas y me subió la falda con urgencia exigente.

Su primera caricia bajo la tela me encontró empapada.

Me arqueé hacia él. Mis gemidos sonaban ahogados contra su palma. Mi recompensa fue un segundo dedo que se deslizó bajo mi fina ropa interior. Me sujetó sin esfuerzo en su regazo mientras trazaba una larga y deliciosa línea entre mis piernas, hasta el punto palpitante y resbaladizo que ansiaba su contacto. Y aguardó inmóvil, como un felino al acecho que se preparase para saltar sobre su presa. Esperó a que yo actuara, a que respondiera.

Al infierno con todo... No quería esperar más. No quería que me presentara la oportunidad de tomar decisiones sensatas ni que me diera tiempo a recordar que debería estar dedicándome a asuntos más urgentes. Mi mente exhausta ansiaba el olvido, un vacío sencillo, una caída en el delirio que hiciera que el resto del mundo dejara de importarme. Si Creon insistía en ser prudente...

Apoyé la cabeza contra su hombro, apartándole la mano de mi rostro, y murmuré:

—Bueno, pues nada... Tendré que irme a seguir leyendo, ¿no?

Antes de que Creon reaccionara, me levanté de un brinco.

No esperaba llegar muy lejos. Estaba huyendo de la Muerte Silenciosa con las piernas temblorosas y la falda hecha un desastre: él era mucho más rápido que yo, un cazador tan ineludible como la llegada del anochecer. Hubo un destello de movimiento, un batir de alas, y me atrapó justo antes de que llegara a la puerta. Sus manos se cerraron con avidez alrededor de mi cintura y me empujaron contra la madera grabada con runas; noté el peso de su cuerpo contra mi espalda, que me atrapaba en una jaula de calor y poder y dulce aroma otoñal. Me puso las manos en los hombros y noté la

presión hambrienta de su erección contra mis riñones, formando un maridaje perfecto con su áspero aliento en mi oído.

—Deduzco... —comencé, ¿gimiendo, riendo o sollozando? El aire brotaba en un jadeo de mis pulmones, mi voz sonaba estrangulada en aquella prisión de madera pulida y músculos calientes—. Deduzco que no estáis a favor de la lectura, Alteza.

Su exhalación áspera rozó el gruñido. Palpé a ciegas en busca de sus alas, pero sus dedos se cerraron al instante en torno a mis muñecas. Me llevó los brazos a la espalda y los inmovilizó con una sola mano. La otra se deslizó entre mi cuerpo y la puerta en un lento descenso por mi vientre, más abajo, más y más...

Me olvidé de respirar.

Abajo...

Cuando sus dedos rozaron el punto más sensible, sentí un fogonazo y se me nubló la vista. Esa caricia decía que no iba a leer más ese día, que tendría suerte si podía sentarme antes de la hora de cenar. Si era un castigo, parecía una recompensa. Si era una recompensa...

Que los dioses me ampararan, era una de las buenas.

Cerré los ojos y me desplomé contra la puerta. Sus dedos no me concedieron un respiro; sus movimientos rápidos y ardientes me dejaron sin aliento hasta para gemir. El peso de su cuerpo me mantenía atrapada entre la madera dura y la muralla aún más dura de su poderoso pecho; con mi mejilla pegada a la puerta, mis muñecas presas en la tenaza de sus dedos, era una prisionera impotente, a merced de mis deseos.

Y, por todos los dioses, me obligó a sentirlos.

Sus dedos eran instrumentos de una tortura dichosa, dibujando círculos insoportables alrededor del punto sensible hasta que creí que me rompería en añicos. No era más que una víctima sin aliento a merced de sus caricias... Me sentía como un vaso de vidrio a punto de estallar por el calor, y él era el fuego que ardía y me llevaba hasta el ansiado punto de ruptura.

Un último giro de sus dedos y me desintegré, sollozando de alivio mientras el clímax me desgarraba y me dejaba sin fuerzas ni pensamiento, rendida entre sus brazos.

Creon seguía sin soltarme, con su respiración agitada contra mi cuello. Mantuvo la mano entre mis piernas, rozando la carne húmeda con las yemas hasta que se calmaron las últimas sacudidas de mi cuerpo. Solo entonces me soltó las muñecas, me dio la vuelta y me aprisionó contra su pecho. Sus ojos oscuros reflejaban un triunfo hambriento que me arrebató el aliento.

¿Hora de leer, entonces?, signó, y tardé unos segundos en razonar lo bastante como para entender su desafío.

—¿Leer? ¿Qué era eso? —mascullé.

Su risa muda tenía un tinte provocador.

Veo que tienes la cabeza en otras cosas, cactus.

Había olvidado hasta qué cosas debían preocuparme. La maga sin ataduras que debía servir a la diplomacia de la Alianza, la hija cumplidora y obediente de Agenor..., seguían gritándome desde algún rincón frío y recóndito de mi mente. Pero Creon estaba ahí, abrazándome, observándome con esos ojos nocturnos que me conocían mejor que nadie en el mundo, y su mirada parecía deslizarse a través de mis personajes para ir más allá.

«No soy tu público, maldita sea», me había dicho en el monumento de Etele.

Podía rendirme. Podía ceder y dejarme llevar, comportarme como una niñata insensata y bobalicona hasta el amanecer, y Creon jamás me lo reprocharía.

Así que me dejé llevar. Me dejé llevar por el corazón, o por la parte de mí que gobernaba la bruma de deseo que me envolvía, y murmuré:

—Acabo de caer en una cosa.

Creon levantó una ceja mientras trazaba líneas perezosas en mi espalda con la mano izquierda.

—Si no voy a poder tocarte durante diez días... —Coloqué la palma contra su pecho y fui incapaz de reprimir un escalofrío. Diez días fingiendo que éramos dos extraños. ¿Cómo me podía haber parecido buena idea?—. Tal vez debería cobrarme como adelanto todas las veces que no podré arrancarte esos pantalones, ¿no te parece?

Habría matado por oír la carcajada que se le escapó: una luz transformó su fachada letal de asesino imposiblemente bello, y su

semblante pasó a reflejar alegría pura, tan suya, tan llena de vida que me entraron ganas de llorar.

Ándate con cuidado, Em.

Solté una risita y aflojé el primer botón de su camisa, sosteniéndole la mirada. Sus ojos se afilaron, cortantes como un cristal.

—¿Y si no lo hago?

Si no, signó con movimientos elegantes a la luz ahumada de la vidriera y las luces fae, *tendré que renunciar al intento de parecer civilizado, y no me quedará más remedio que embestirte tan fuerte que te resentirás durante al menos diez días.*

Mi cuerpo se tensó; noté como si se cerrara un puño bajo mi ombligo. Pasé al siguiente botón, con las manos temblorosas, y susurré:

—Y eso sería terrible.

Espantoso. Su sonrisa podría haber tentado a la más santa de las vírgenes del templo. *Sería una tragedia que una inocente jovencita se corrompiera tanto que pasara diez días enteros de viaje pensando exclusivamente en mi... virilidad.*

—He de alegar en mi defensa —murmuré, arrancando un botón en mi prisa por desnudarlo— que es un tema que da mucho de sí.

Me besó.

Fue un beso juguetón, insinuante, que incitaba y negaba al mismo tiempo la satisfacción completa. Un beso de advertencia, quizá; pero si lo era, no me di por aludida, porque Creon no era mi público y había decidido dejar de tomar decisiones razonables, de contenerme y de salvar el mundo. Lo haría durante diez días..., pero no aún.

No aquella noche.

Le hundí las manos en el cabello, acercándolo, rozando los bordes de sus orejas puntiagudas hasta que gruñó contra mis labios. Chocamos con la puerta, lo bastante fuerte como para que pudiera oírnos algún álfar que pasara por allí. Durante un bendito instante, no me importó nada más que su boca caliente sobre mis labios, su cuerpo semidesnudo contra el mío y el torbellino rugiente de

excitación que hacía saltar chispas en cada zona que tocaban sus dedos.

Le solté el pelo y busqué su ala izquierda. Encontré al instante la suavidad tersa del borde y dejó de besarme para pasar a devorarme. Ya no me advertía, sino que me reclamaba; aquella caricia bastó para romper las cadenas que contenían al monstruo. Sus manos estaban en todas partes a la vez, desgarrándome el vestido, arañándome las nalgas, separándome los muslos. Volví a acariciarle el ala y me mordió el labio inferior con fuerza suficiente para arrancarme un grito; el dolor y el placer se mezclaron en un delicioso remolino de olvido.

No quedaban tareas por hacer en aquel mundo donde solo existíamos los dos; no había ninguna expectativa ni obligación que pesara sobre mis hombros. Solo existían sus uñas recorriendo mi columna vertebral con la punzada exacta, solo su ala estremecida bajo mis yemas, solo sus dedos apartando mi ropa interior, penetrando en mi carne húmeda justo con la fuerza arrolladora que yo necesitaba.

Diez días...

Le agarré los pantalones mientras él hundía los dedos y le besé, enredando nuestros cuerpos en un revoltijo de ropa arrugada, piel sudorosa y alientos ardientes. Le arranqué algunos botones en mi prisa por liberar su abultado miembro, pero no me importó. La suavidad abrasadora en mi palma bastó para borrar los últimos vestigios de la maga sin ataduras práctica, obediente y sensata que había intentado ser: ¿qué necesidad tenía de cumplir con mi deber, si podía tenerlo a él?

La cama estaba demasiado lejos. Las sillas y escritorios, también. Me arrancó la ropa interior mientras yo me apoyaba contra la puerta y levantaba una pierna, rodeándole la cadera para permitirle acceso al punto sensible y casi dolorido donde se habían hundido sus dedos. No lo suficiente; ni siquiera se acercaba...

—Creon. —Su nombre me supo a súplica, tan pecaminoso como el aroma almizclado de su piel—. Más.

Curvó dos dedos en mi interior y, de no haberme estado sujetando la cintura con la otra mano, me habría derretido hasta

desplomarme a sus pies. Le rodeé el miembro palpitante con ambas manos, siguiendo el compás de sus embestidas hasta notarlo tan duro que tenía que sentir dolor. Notaba su jadeo contra mis labios mientras hundía los dedos sin piedad.

−Más −gemí.

Sacó los dedos, me giró como si fuera una bailarina y tiró de mis caderas hacia su cuerpo, inclinándome. Tuve que apoyar las manos en la puerta para no derrumbarme mientras me subía la falda y penetraba de un solo impulso poderoso, llenándome de forma tan completa y perfecta que puse los ojos en blanco en el momento del impacto.

Sí.

Así...

Arremetió de nuevo, tan profundamente que creí que me atravesaría, hasta que me quedé sin aire, sin espacio para pensar y sin posibilidad de silencio. Una parte primaria de mi ser gritaba su nombre, sollozaba su nombre. Mis uñas se clavaron en la madera de la puerta. No sentía nada más que su carne dura como una roca en mi interior, reclamándome a cada glorioso envite, tomando posesión de mí y de todo lo que yo era.

−Dioses −gemí−. Dioses, Creon...

De pronto, todo cambió y me encontré en sus brazos, sin saber cómo había acabado ahí, sin saber nada salvo que ya no estaba dentro de mí y que lo necesitaba de nuevo, en ese mismo instante. Le arañé los hombros tensos y noté el movimiento de sus músculos al desplegar las alas.

Sentí las sábanas suaves en la espalda cuando me depositó en la cama. Con movimientos rápidos, me acomodó entre las mantas. Me quedé con las piernas colgando por el borde del colchón, y se apartó lo justo para quitarme el vestido por la cabeza. Maldije en voz baja cuando se separó de mí. Notaba mi cuerpo desnudo y vacío sin su contacto, la vista enturbiada por la lujuria.

Tardé un instante en distinguir las señas.

Te noto erizada, cactus.

Alcancé su miembro, que sobresalía de sus pantalones como un guerrero triunfante, de bronce oscuro brillante a la luz del

crepúsculo. Creon se apartó con elasticidad felina y se quitó la camisa desabrochada. Un tenue brillo de sudor hacía que su piel marcada de tinta resplandeciera, resaltaba cada arista afilada de su cuerpo y destacaba cada uno de sus movimientos mientras se despojaba lenta y meticulosamente de las botas y los pantalones.

−Esto −jadeé, apoyándome en los codos− es una tortura.

Me dedicó una sonrisa lobuna entre los mechones de cabello que le tapaban la cara y dejó a un lado la ropa.

Mi especialidad.

Totalmente desnudo era aún más magnífico que vestido de negro; cada centímetro de su cuerpo parecía preparado para la batalla y la gloria. Se me secó la boca cuando volvió a acercarse; mis piernas se abrieron solas, sin una pizca de resistencia, cuando se arrodilló ante mí.

−Quizá... −murmuré roncamente−. Quizá entienda por qué a Agenor le preocupa mi sensatez.

Su sonrisa se volvió afilada.

Me temo que Agenor sabe perfectamente de lo que soy capaz.

Mi mente, nublada por el deseo, tardó un instante en entenderlo: mi padre había conocido a Creon antes de que la Alianza lo capturara, antes de Lyn, en una época en la que la Muerte Silenciosa aún tomaba amantes, probablemente con la falta de discreción habitual en la Corte Carmesí... Pero entonces, los dedos de Creon rozaron el tierno nudo de nervios entre mis muslos, y aquella vaga e irrelevante idea se disolvió por completo, sustituida por la certeza arrolladora de que estaba a punto de descubrir de lo que Creon era capaz, de la forma más inmediata y placentera.

Sus caricias eran ligeras y reverentes contra mi piel húmeda, muy alejadas de la rudeza con la que me había inmovilizado contra la puerta. Roces de terciopelo, constantes, contra cada punto sensible, provocando una nueva clase de agonía en el fuego que chisporroteaba bajo mi piel. Demasiado pronto, volví a suplicarle y a retorcerme, persiguiendo con cada fibra de mi ser aquella promesa de placer que me destrozaba por dentro y que él mantenía fuera de mi alcance.

Cuando por fin me liberó, bastó con una leve presión certera de sus dedos. El éxtasis me atravesó con la fuerza de una avalancha, dejándome temblorosa, jadeante y...

... pidiendo clemencia.

Porque enterró la cabeza entre mis muslos antes de que se extinguieran los temblores de mi clímax, y pasó la lengua por los mismos puntos con los que me había llevado al paroxismo en dos ocasiones.

El placer se volvió áspero y salvaje, al filo del dolor, hasta que la línea que los separaba se volvió difusa. Sus labios se movieron con dulzura, besando y acariciando hasta que se desvanecieron las últimas oleadas de gozo... y entonces, no supe cómo, se alzó lentamente una nueva ola desde lo más profundo de mi interior, atraída a la superficie por los hábiles movimientos de su lengua en cada delicado punto. Un beso prolongado. Una serie de pequeños lametones que me hicieron gritar su nombre hasta que estuve cerca, tan cerca, y él se alejó de ese núcleo de placer, explorando de nuevo las líneas de mis labios...

Le advertí –o más bien intenté hacerlo– de que iba a morirme de forma trágica en ese mismo instante si no ponía fin al tormento.

Su respuesta fue hundir la lengua con deleite... y volví a alcanzar el clímax.

No me quedaba aliento en los pulmones. Ni sangre en el cerebro. Pero me aferré instintivamente a sus hombros cuando por fin se movió sobre mí y se acomodó entre mis muslos, y recibí el primer empuje en mi carne empapada con una extraña sensación de delirio y terror entremezclados. Si me llevaba de nuevo hasta el éxtasis, podría morirme, desmoronarme, romperme en mil pedazos imposibles de reparar... Pero, por todos los dioses, sería una forma gloriosa de morir.

Y, sin saber cómo, mi cuerpo no se rindió. La deliciosa fricción de su miembro al penetrar en mi interior –mucho más intensa en ese momento, cuando toda mi carne palpitaba con el tormento de esos últimos orgasmos– despertó un fuego adormecido en mis miembros, un instinto primario que reconocía el ritmo, aunque yo hubiera olvidado mi propio nombre. Embistió y me arqueé contra él.

Retrocedió y le clavé las uñas en los hombros. Exhaló con fuerza y volvió a hundirse, más rápido, y aquella presión maravillosa hizo que curvara los dedos de los pies de anticipación.

¿Otra vez?

Otra vez.

Nuestras miradas se encontraron mientras nuestros cuerpos se fundían, y vi mi propio éxtasis reflejado en el brillo de sus ojos oscuros, en la forma en que temblaban sus largas pestañas al tiempo que se hundía en mi interior una y otra vez. Nuestra respiración se convirtió en jadeo rítmico compartido más allá de la locura. Me llenaba hasta el límite, y yo lo recibía empuje tras empuje; cada embestida me llevaba más y más cerca del punto de ruptura hasta que no pude hacer otra cosa que sentir, dejar que las sensaciones me inundaran y dejarme arrastrar adonde su pasión quisiera llevarme.

Mi clímax fue un monstruo que me desgarró al liberarse, una mezcla de agonía y asombro a partes iguales. Apreté a Creon con tanta fuerza que sentí dolor, y él se quebró al tiempo: se hundió una última vez y noté en sus labios un rugido mudo mientras me inundaba. Convulsioné, oleada tras oleada de frenesí cegador.

Todo lo demás se volvió una bruma. El mundo..., la guerra, fuera lo que fuera... Había olvidado si me importaba y por qué debía hacerlo. Su cuerpo era cálido y sólido entre mis brazos, sus labios contra mi frente eran tan suaves como el plumón, y cuando me revolví en su abrazo y le besé el hombro, sabía a deseo y a noches de verano interminables.

Nos quedamos abrazados, jadeando en silencio, mientras mi corazón recuperaba el ritmo.

Cuando por fin levanté la vista, lo descubrí mirándome con los ojos entornados a la luz difusa de las vidrieras. Se le dibujó una sonrisa en los labios cuando nuestras miradas se encontraron, una leve, pero que bastó para cortarme la respiración.

¿Ha sido suficiente cobro por adelantado?, signaron sus dedos.

Mi bufido salió sin fuerza.

—Vas a tener que llevarme a cuestas por el continente.

Soltó una carcajada. Me escabullí de su abrazo, me incorporé y giré los hombros, maravillada de que ya no me dolieran; era como si cada fibra de mi cuerpo hubiera olvidado de golpe todas las semanas de esfuerzo y desvelo.

Creon se adelantó a mi pregunta.

Cuando aprendes a volar, indicó rápidamente, *descubres muy rápido todas las formas en que pueden tensarse los músculos de la espalda.*

—Eso explica muchas cosas. —Deslicé una mano por sus duros hombros y después por los firmes tendones de la base de sus alas, disfrutando del poder de sus músculos. Cuando aparté la mano, descubrí un rastro de sangre en mis dedos.

—Vaya...

Siguió mi mirada y dejó escapar una risita perezosa. Lanzó un rápido chispazo de azul sobre su hombro para curar los rasguños que le habían dejado mis uñas. Cuando me incliné para comprobarlo, no había rastro de las marcas que le había hecho.

Azul para curar.

Y yo iba a curarlo; al infierno con la Madre, la plaga y la opinión pública. Iba a curarlos a todos, iba a romper esas malditas ataduras y ganar la puñetera guerra.

Solo tenía que averiguar cómo.



Capítulo 5

Lyn tenía superpoderes.

Cuando salí de puntillas de la habitación de Creon a la mañana siguiente, la ruidosa conversación que tenía lugar en el salón me dejó tres cosas claras: la primera, que la fénix había conseguido reunir al Consejo durante la noche y obtenido un permiso para pasar un máximo innegociable de diez días en el continente en busca de los dioses. La segunda, que Tared y ella ya habían hecho las maletas. Y la tercera, que Edored se había levantado de la cama justo a tiempo de enterarse del asunto.

Como era de esperar, no sonaba muy contento.

Di gracias a todos los dioses por la jugarreta que le había hecho Creon: el enfado del álfar tendría muy poco efecto cuando hasta Tared había decidido unirse a esa loca empresa. No obstante, entré con cautela en la sala de estar, pendiente de las espadas álfar y las llamaradas espontáneas de fuego de fénix.

Comprobé aliviada que nadie parecía estar a punto de morir. Tared desayunaba con aspecto sombrío, pero sereno. A su lado, Lyn estaba sentada en el borde de la mesa con los pies sobre el banco, y discutía con Edored en un tono que sugería que llevaban horas

haciéndolo. Naxi se había acurrucado en uno de los sillones de felpa del rincón, al igual que Ylfreda, que lucía la misma expresión de fastidio que adoptaba cuando alguien sufría una lesión estúpida. Beyla se encontraba al extremo opuesto de la mesa, con las mochilas a los pies y las armas enfundadas a la espalda, y parecía aguardar a que el resto de la compañía se dejara de tonterías y se pusiera en marcha.

Tared fue el primero en fijarse en mí. Me dedicó una sonrisa fugaz mientras señalaba con la cabeza el asiento contiguo al suyo, y sentí cómo se me quitaba un leve peso de encima.

—¡... nadie ha ido allí desde hace siglos! —gritaba Edored—. Mi querida Lyn, podrías estar arrastrando a toda la maldita familia al infierno, y...

—Por eso vamos a contar con dos álfar y dos demonios, mi querido Edored —le interrumpió Lyn, haciendo énfasis en el «querido» con frialdad suficiente como para congelar el fuego—, y vamos a...

—¿El puto Hytherion? ¿Vas a dejar que la vida de Tared dependa de él?

—Buenos días, Em —saludó Tared, ignorando las imprecaciones de su primo con una tranquilidad admirable mientras me sentaba a su lado. Por más que le hubiera alterado la revelación de Agenor del día anterior, ahora volvía a mostrar su indiferencia superficial habitual—. Supongo que te alegrará saber que, una vez más, has conseguido que todo el Subterráneo esté subiéndose por las paredes.

Solté una carcajada.

—Esa es la ilusión de mi vida.

Sacudió la cabeza con una leve sonrisa mientras me entregaba pan, queso y mantequilla. Al otro lado, una ominosa ráfaga de chispas carmesí brotó de la pequeña figura de Lyn, aunque su voz seguía siendo fría y cortante.

—¿Por qué motivo has decidido acompañarnos, hablando en serio? —le murmuré en voz baja a Tared mientras cortaba finas lonchas de queso.

—No había muchas opciones —replicó con un encogimiento de hombros amargo—. Va en contra de mis principios encerrarte en tu

habitación. También va en contra de mis principios dejarte pasear por el país de la plaga sin la supervisión de un adulto. Así que...

Le di un pisotón en el pie que pareció sacarlo de su apatía, porque soltó una maldición con mucha más energía de la que había impreso a sus palabras anteriores.

—¡Pues vale! —soltó en el mismo instante Edored, haciendo un gesto furioso hacia la puerta—. ¡Como queráis! ¿A qué hora nos vamos?

—¿Nos? —repitió Lyn con un hilo de voz.

—Sí, nos. —Edored se echó hacia atrás con agresividad, fijándose en mí por primera vez. El único saludo que me dedicó fue un bufido—. Por el amor de Orin, alguien tendrá que estar ojo avizor si de verdad queréis cometer esta estupidez.

—Al mediodía. Pero, Edored...

Demasiado tarde: ya se había marchado. Y no desapareció de golpe para aparecer en su habitación, sino que se aseguró de ir pegando portazos a cada puerta que se encontraba en su camino. En cuanto dejaron de oírse sus protestas a voz en grito, el salón pareció el doble de grande y diez veces más silencioso.

—Bueno —murmuró Beyla con su voz inquietantemente serena, que ahora albergaba una pizca de diversión—. Con él, ya somos siete.

—Una cosa... —Me aclaré la garganta—. ¿Os importaría que Agenor nos acompañara a Lyckfort? Para... mostrarnos el camino y esas cosas...

Lyn me fulminó con la mirada. Las puntas de sus dedos aún humeaban levemente.

—Doy por sentado que ya le has invitado antes de decírnoslo, ¿no?

—Lyn, estaba intentando plantearlo con sutileza —protesté indignada.

Sonrió sin alegría, se puso en pie de un brinco y se frotó la cara.

—Naxi, ¿a cuánta gente crees que puedes proteger de la magia de la plaga sin acabar exhausta, teniendo en cuenta que tanto Creon como tú tendréis que dormir de vez en cuando?

–Oh, puedo con ocho –repuso Naxi alegremente. Solo entonces me fijé en que tenía la mejilla izquierda enrojecida, como si se le hubiera despellejado por la noche. Llevaba la mano derecha envuelta en un vendaje de lino, y en su muñeca había una mancha de ungüento de hierbas–. No creo que tenga muchos problemas con menos de diez.

–¿Qué has estado haciendo? –dije.

–Ha salido al continente –se adelantó bruscamente Ylfreda antes de que Naxi pudiera responder–. Se ha intentado enfrentar a la magia de la plaga sin ayuda ni instrucciones. Sugiero que nadie más siga su ejemplo. Estas quemaduras no son ninguna broma.

–Ay, Freddie, no seas angustias –dijo Naxi, haciendo un aleteo con la mano sana como si apartara sus preocupaciones–. Estoy perfectamente. Es bastante sencillo contrarrestar esa magia, una vez sabes cómo hacerlo. Por cierto, ¿Creon ya se ha levantado? Debería enseñarle la técnica antes de irnos.

–Suele estar despierto a esta hora –dije, eludiendo el detalle de que yo misma le había despertado a besos hacía poco. La sonrisa malvada que me dedicó mientras salía bailoteando por la puerta me dejó muy claro que había leído entre líneas.

Ylfreda gimió mientras se levantaba y guardaba algunas vendas sobrantes en la mochila del rincón.

–Si alguien más decide lanzarse a cualquier empresa suicida...

–Eso nunca –dijo Tared.

Ella le lanzó una mirada asesina.

–Más te vale no aparecer chamuscado como un tizón dentro de diez días, Thorgedson. Y, por el amor de los dioses, asegúrate de que Edored no se larga por su cuenta en busca de tesoros perdidos o huevos de dragón, ¿quieres?

–Aún tengo algo de sentido común, Freda –replicó Tared con una sonrisa torcida, y ella resopló y se desvaneció en el aire.

–Voy a buscar a Agenor –declaró Beyla, desapareciendo antes de que nadie pudiera contestar.

Los únicos que quedaron fueron Lyn y Tared, y ambos guardaron un ominoso silencio mientras yo masticaba pan y esperaba a que llegaran las inevitables preguntas.

Pero, cuando Lyn finalmente suspiró y se sentó, todo lo que dijo fue:

—Alguien debería hablar con Nenya antes de que nos marchemos. Va a ver a Bakaru y... En fin, ya sabéis.

—Yo me encargo —se ofreció Tared, que sin duda había captado el mensaje oculto: Lyn quería hablar conmigo, ya fuera sobre Creon o para impartirme algún consejo milenario femenino útil para el viaje. En todo caso, se trataba de algo de lo que él no debía ser testigo.

Se incorporó y me dirigió una sonrisa rápida.

—No empieces ninguna guerra antes de que vuelva —me espetó, y se esfumó en el aire de esa forma que había empezado a considerar cotidiana después de unos meses en un hogar álfar.

Eché un vistazo por encima del hombro a la puerta del salón. Edored la había cerrado de un portazo colosal y nadie la había abierto.

—Bueno —dije.

—Bueno. —La sonrisa de Lyn vaciló. Se volvió hacia mí y cruzó las piernecitas sobre el banco. Parecía agotada de veras, y estuve a punto de sentirme culpable hasta que recordé lo mucho que le preocupaba también a ella la opinión pública—. La próxima vez que se te ocurra soltar una bomba como esa, coméntamelo antes, ¿quieres? Si hubiera contado con más antelación, habría manejado mejor la situación con el Consejo.

—En teoría, esto no tenía nada que ver con el Consejo —repuse, tal vez de forma demasiado cortante.

Lyn soltó un gemido.

—Ya. ¿Creon está de acuerdo con el cambio de planes?

—Más o menos.

—Eso es más de lo esperable —murmuró, mirándome de reojo—. Sinceramente, esto... no se le da bien, Em. La gente, quiero decir.

—No me digas —gruñí con amargura—. Me lo recuerda como dos veces a la semana. Nos las apañaremos.

No parecía nada convencida, pero la notaba demasiado agotada como para discutírmelo.

—¿Y tú qué opinas?

Me encogí de hombros.

—Mientras nos sirva para romper esas malditas ataduras...

Su mirada recelosa indicaba que se estaba preguntando cuáles eran mis auténticas prioridades, pero al final no dijo nada al respecto. Al fin y al cabo, llevaba horas manteniendo conversaciones diplomáticas con Tared, peleando con Edored y discutiendo con el Consejo, así que supuse que no quería añadir otra conversación tensa mientras compartiéramos los mismos objetivos.

Lo único que dijo fue:

—Siento mucho que Tared y Agenor estén portándose contigo de una forma tan... llena de testosterona.

No pude evitar una risita al oírlo.

—No pasa nada. Prefiero que piensen que soy una jovencita ingenua a que me vean como una víctima que necesita que la salven. O como un monstruo, que es lo que probablemente pensaría todo el Subterráneo si se enteraran de...

—En algún momento se enterarán —dijo Lyn, con un brillo cauteloso en sus enormes ojos ambarinos—. No estoy segura de que mentir ahora vaya a traer nada bueno en el futuro.

Contuve la sensación de incomodidad que amenazaba con invadirme. Aquello estaba demasiado cerca de lo que había dicho Creon, de algo que deseaba con todas mis fuerzas que no fuera verdad.

—Pues yo estoy segura de que revelar la verdad ahora no traería nada bueno. En cuanto al futuro... Quién sabe lo que nos deparará.

—Ya, pero...

—Debería hacer el equipaje —declaré de pronto, girándome en redondo con el desayuno aún en la mano.

Me estaba escabullendo, lo cual, al fin y al cabo, era una muestra más de debilidad. «Maldita sea», pensé. Estaba comprando tiempo sin saber cuánto tendría que pagar por él... Pero solo contábamos con diez días para recorrer un continente entero: ese era el peor momento para descubrir si mi vida amorosa podría afectar a la relación con mis aliados.

—No cargues demasiado la mochila —me recomendó Lyn, hundiendo los hombros. No insistió; realmente debía de estar exhausta—. Iremos a pie la mayor parte del tiempo; no tiene sentido

intentar que los álfar monten a caballo. Beyla se encargará de la comida, así que deja espacio para las provisiones. Ah, y no olvides que en el continente las noches son más frías.

—De acuerdo —dije, planteándome si preguntarle a Agenor cuánto bajarían exactamente las temperaturas—. Le pediré a Creon que haga el equipaje.

Suspiró y asintió mientras se miraba las manos. Cuando alcancé el picaporte, alzó la cabeza y sus tirabuzones rojos brincaron.

—¿Em?

Su voz era un hilo a punto de romperse. Parecía como si llevara toda la noche dando vueltas en la cama y hubiera tomado de pronto una decisión desesperada e impulsiva. Aparté la mano del picaporte y me volví, consciente de que estaba a punto de descubrir la verdadera razón por la que le había pedido a Tared que se marchara.

De repente Lyn parecía joven, muy joven. En todos esos meses la había visto sucumbir aterrada, emocionada y enfadada, pero rara vez la había visto... ¿insegura?

—¿Qué pasa? —pregunté con cautela.

—Por favor, si te estoy pidiendo demasiado, dímelo —dijo, hablando demasiado rápido—. Lo entenderé perfectamente, de verdad; lo último que quiero es ofenderte, te lo juro. Pero no dejo de darle vueltas y... Bueno, si no te lo pregunto ahora, nunca...

—Lyn —la corté. Apoyé la espalda contra la puerta y me crucé de brazos con una sonrisa tensa—. ¿De qué estás hablando? Si quieres que les ponga tu nombre a mis hijos, siento mucho decirte que no me he dedicado a pensar en mi futura descendencia.

—¡No! —Enterró la cara entre las manos con un gemido parecido a un sollozo—. Oh, que los dioses me ayuden. Solo... me preguntaba si... si sería posible... —Levantó la vista y tomó aire—. ¿Te importaría que intentara aprender algo de lenguaje de signos? El que usa Creon, quiero decir.

—¿Que si me importaría...?

Me lanzó una mirada de pánico.

—De verdad, si prefieres que...

Solté una carcajada desconcertada y avancé un paso hacia ella.

—¿Y por qué, en nombre del misericordioso corazón de Zera, iba a importarme?

—Bueno, es que... —balbuceó atropelladamente—. Si es algo solo vuestro, de los dos, una especie de código íntimo, no quiero entrometerme...

—¡Lyn, es su voz! —exclamé casi afónica, como si me solidarizara con el silencio de Creon—. Me importa un comino si compartimos o no secretos, mientras él pueda comunicarse con los demás. Por favor, aprende lenguaje de signos. Aprende todo lo que puedas. Y obliga a todos los demás a aprenderlo. Si necesito una forma secreta de comunicarme con él, ya me inventaré algo nuevo, ¿de acuerdo?

—Oh. —Parpadeó, hundiendo los hombros. No se esperaba mi falta de resistencia—. Esto... Ay. Es que pensé que... Nunca lo habías sugerido.

—Porque tú querías mantener las distancias con él —dije. Me costó que no sonara acusatorio.

—Sí —admitió, con un rictus amargo en los labios—. Es verdad. Sin embargo, he decidido que ya está bien.

Parpadeé, perpleja.

—¿Lo has decidido ahora mismo?

—Después de lo que nos contó Agenor. Lo de sus ataduras. —Desvió la mirada, con los hombros encorvados en una postura infantil impropia de sus quinientos y pico años—. Es que... Por el amor de los dioses, Em. El día que lo saqué de su celda, me dijo que no le importaba lo que pensara hacerle, siempre y cuando le prometiera matarlo antes de que la Madre pudiera volver a ponerle las manos encima. Y luego, volvió con... con...

Volvió con ella, con la Alta Dama que le había torturado desde que tenía dos años, haciéndole creer que era un honor y un privilegio. Regresó a las matanzas, a la tortura, a la vida que no quería bajo ningún concepto volver a llevar.

Tragué saliva y dije:

—Sí.

—Después de todo el tiempo que me había pasado dándole largas —barbotó Lyn hablando deprisa, como si las palabras que había

reprimido durante tanto tiempo surgieran a borbotones–. Después de que Tared le dijera... le dijera...

–Sí.

–¡Es un idiota! Debería dejar de comportarse como un maldito príncipe fae invencible ante el resto del mundo, habernos contado por qué volvió y cómo estuvo usando sus poderes demoniacos todo este tiempo. Pero, al mismo tiempo... –Inspiró hondo, frotándose la cara–. Es un idiota que sacrificó mucho, y no puedo seguir castigándolo por los errores que cometió hace un siglo, si todos actuábamos como idiotas en ese momento, ¿entiendes? Así que ya es hora de que deje de evitarle. Sobre todo, si vamos a viajar juntos durante casi dos semanas.

Se me escapó una breve risa.

–Y, aun así, ¿a Tared le parece bien que vengáis?

–Quien me mantuvo alejada de Creon nunca fue Tared –dijo con un leve temblor de labios–. No pienses mal de él, Em. No es de los que limitan la libertad de nadie. Si le dijera que a partir de ahora quiero pasar la noche en la habitación de Creon, se derrumbaría, pero no me lo impediría. Es que...

–No quieres que se derrumbe –terminé en voz baja.

–No. –Apretó la boca hasta formar una fina línea, mirando fijamente la mesa para evitar mis ojos–. Ten en cuenta que conocí a Beyla antes de la Batalla Final. Yo la conocía cuando era una álfar alegre, bulliciosa, siempre dispuesta a meterse en líos. Solo de pensar en que Tared cambiara así, me...

–Espera, ¿la Batalla Final? –Di dos pasos hacia delante y me volví a sentar; ya estaba bien de fingir que me disponía a hacer el equipaje–. Lo siento, sé que no viene al caso, pero creía que era el hermano de Tared el que había muerto...

–No estaba vinculada a Bered –dijo Lyn con tristeza–. No pasó de la primera etapa, al menos. Lo lloró durante un tiempo y luego se enamoró de un amigo nuestro, unas décadas después de lo de Skeire. Byggvir. Se vinculó a él.

La miré boquiabierta, comprendiendo de pronto lo que iba a confesar. Me vino una violenta acometida de náuseas.

–¿Y murió en la Batalla Final?

Lyn asintió, con los ojos brillantes de emoción contenida.

—Oh, dioses... No tenía ni idea.

—Las espadas que lleva son de ellos. Beyla perdió la suya el día que atacaron la casa de Skeire, así que Tared le entregó Rayo de Sol, la espada de Bered. —Se secó los ojos con su mano pecosa, evitando mi mirada—. Y se quedó con Rompehielos tras la muerte de Byggvir. Aprendió a luchar con dos espadas. El entrenamiento fue lo único que la ha hecho levantarse por la mañana durante décadas.

Intenté imaginarme a una Beyla bulliciosa y alegre, y no lo logré. Traté de imaginarla acurrucada bajo las mantas y deseando estar muerta, y tampoco lo conseguí.

—Lo siento, Em —murmuró Lyn ante mi silencio. Se secó de nuevo las lágrimas, unas lágrimas que no cuadraban con la poderosa fénix que conocía. Dioses, ¿cuánto tiempo llevaría guardándose esa carga, sin confesarle a nadie su angustia?—. No deberías estar involucrada en este lío. Lo único que quiero decir es que... haría cualquier cosa para mantener a Tared a salvo, aunque él no me lo pida.

—Pero no evitar a Creon eternamente —dije despacio.

Soltó una carcajada un poco llorosa.

—Aunque nunca haya querido acostarme con él, significa mucho para mí. Así que, si no me odia demasiado, me encantaría que pudiéramos ser... ya sabes. —Un tenso encogimiento de hombros—. ¿Amigos?

—No te odia —repuse, sin saber qué otra cosa decirle; eso, al menos, debía saberlo.

—Oh. —Tragó saliva de forma audible—. Me alegro.

Nos quedamos un rato en silencio, pensando en tantos siglos de historia enmarañada por los malentendidos.

—Probablemente debería empezar a hacer el equipaje —murmuré al fin, y Lyn se sobresaltó como si la hubiera despertado de golpe.

—Sí. Probablemente.

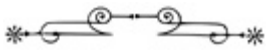
La fénix parecía muy pequeña y desvalida, con la barbilla apoyada en las manos y los ojos tristes clavados con obstinación en la pared. Hubiera querido abrazarla, decirle que todo saldría bien, pero dudaba que un abrazo pudiera resolver años y años de andar de puntillas alrededor de la persona que amaba más que a nadie en el

mundo, teniendo siempre presente la voz monocorde de Beyla y sus sonrisas vacías. No creía que yo pudiera ofrecerle el menor consuelo.

Así que lo único lo que dije cuando me levanté fue:

−Gracias por todo, Lyn.

−A ti, Em −dijo, secándose los ojos−. Gracias a ti.



Me bastaron unos minutos para reunir lo estrictamente necesario para sobrevivir unos días en territorio desconocido: una daga de acero álfar, ropa ligera, el grueso jersey que Naxi me había regalado por mi cumpleaños, una cantimplora de cuero resistente y una manta enrollada. Me daba la impresión de que mi mochila estaba muy vacía y, aunque sabía que me parecería el doble de pesada tras un día entero de caminata, no pude evitar mirar con nostalgia la pequeña pila de libros que tenía en la mesilla.

La mayoría eran de Lyn, por supuesto, y jamás me perdonaría que llevara sus preciados tesoros al mundo exterior, húmedo y polvoriento. Sin embargo, en lo más alto del montón estaban los dos primeros libros que había poseído en mi vida, ambos regalos de cumpleaños: una edición ilustrada de la *Enciclopedia de las estrellas* que no sabía de dónde había sacado Creon y un ejemplar muy manoseado, con las cubiertas de un marrón ceniciento, de los *Tratados sobre el poder y el privilegio* de Phyron; al parecer, se trataba de una obra maestra muy influyente de la filosofía política de la Edad Divina, y me habría parecido soporífero si no hubiera pertenecido antes a Agenor y contuviera sus anotaciones y las de mi madre.

Me dejé caer en la cama y alcancé ese librito; todavía no me sentía preparada para enfrentarme a los demás. Lo abrí por una página al azar, que resultó ser el comienzo del Capítulo en el que el famoso Phyron exponía sus ideas sobre la equidad de los sistemas fiscales.

«¿Tienes una serpiente en los pantalones?», había garabateado mi madre justo encima del título del Capítulo, con una caligrafía pequeña y regular. «¿O es que te alegras de verme?».

Me permití una carcajada estridente antes de recomponerme lo suficiente para seguir hojeando.

Me resultaba reconfortante leer sus palabras; era lo más cerca que había estado nunca de oír su voz. Había escrito en casi todas las páginas, subrayando argumentos y rebatiendo los tibios intentos de Agenor de defender las políticas de la Madre. Me daba la sensación de que podía oírla tras los trazos de tinta, irónica, graciosa y, al tiempo, ferozmente protectora de sus ideales y opiniones.

«¿Dónde estás?», le había susurrado al pergamino más de una vez en el silencio de mi habitación cuando nadie podía oírme, ni siquiera Creon. «¿Por qué no regresas?». Habían pasado meses desde la batalla en la Corte Dorada, y la noticia de que Agenor había cambiado de bando se había extendido como un reguero de pólvora por el archipiélago. Y, sin embargo, mi madre no había dado señales de vida.

¿Por qué?

«A veces», decía Phyron, «los deseos del individuo deben estar supeditados a los intereses del colectivo al que pertenecen».

Allie había subrayado las últimas palabras y comentado al margen: «Nota: dado que la humanidad NO pertenece al colectivo cuyos intereses se priorizan, es un argumento nefasto para refutar nuestro deseo de no morir de inanición».

Solté un sonoro resoplido de aprobación.

Un golpe en la puerta interrumpió mi lectura, y dejé el libro en la mesilla con pesar. Por reconfortante que pudiera ser leer las notas de mi madre en tierras desconocidas, el pequeño volumen era demasiado valioso; no podía arriesgarme a perderlo o estropearlo.

Creon me esperaba en el pasillo, con el pelo recogido y la mochila al hombro. Si estaba nervioso ante la perspectiva del viaje, lo disimulaba muy bien.

¿Preparada?

—Siempre —dije, en voz lo bastante baja como para que no me oyeran desde el salón. Naxi parloteaba a la vuelta de la esquina sobre lo que había visto en Lyckfort, y su timbre agudo se alternaba con una voz grave que juraría que pertenecía a Agenor—. ¿Te has enterado de lo de Edored?

Creon se encogió de hombros.

Si incordia demasiado, cuento contigo para que te encargues de su nariz.

Con una carcajada, me puse de puntillas para darle un beso rapidísimo en la mejilla, retrocedí de un brinco y lo seguí hasta el salón. No veía a Edored por ninguna parte, gracias a los dioses. Tampoco estaba Beyla, pero tenía que haber vuelto porque Agenor estaba presente, discutiendo las rutas de viaje con Lyn y Naxi.

Al otro extremo se la sala se encontraba Nenya, sentada en silencio, muy rígida, vestida con un largo abrigo de terciopelo y una mochila en el regazo. A su lado, Tared leía algo con el ceño fruncido. ¿Quizá había más problemas con el Consejo? Decidí no preguntar; tenía muy mala cara.

—Ah, sin duda alguna, yo me centraría en Zera —oí decir a Agenor mientras entraba detrás de Creon, en ese tono amable y repleto de confianza en sí mismo que impedía cualquier objeción—. He considerado la posibilidad de buscar a Inika, pero se debe tener en cuenta que...

Mordiéndome la sonrisa, me volví hacia Creon. En el instante en que habíamos entrado en la estancia, se había transformado en la Muerte Silenciosa: habían desaparecido de sus ojos las arruguitas de alegría, y ocultaba su verdadera expresión bajo una sonrisa leve tan fría como la escarcha. No era que se hubiera tensado exactamente, pero la postura lánguida que había adoptado contra el marco de la puerta ya no indicaba la confianza de sentirse completamente a gusto, sino la soberbia de alguien convencido de poder matar a todos los presentes con un simple chasquido de dedos.

Por un instante, perdí el hilo: no pude pensar en otra cosa que en el recuerdo de esos mismos dedos entre mis piernas.

Su sonrisa se volvió demasiado elocuente.

Di gracias a los dioses por la repentina aparición de Edored, porque su llegada evitó que cometiera ninguna estupidez delante de toda la familia. Entró en la estancia exclamando a voz en grito:

—Buenos días, Rompenarices. ¡Ah, Nen!

Cuando me giré en redondo, conteniendo una imprecación por haber sucumbido tan fácilmente a mis recuerdos, el álfar se había

lanzado hacia Nenya como un perro leal que se alegrara de volver a su dueña. Toda su furia parecía haberse esfumado.

–¡No sabía que tú también ibas a venir!

–Nenya no... –comenzó Tared, sin levantar la vista del papel.

–Me voy a Gar Temen –le cortó Nenya en tono seco, con el rostro aún más pálido que de costumbre–. Estoy esperando a que Valdora me lleve a Rhudak.

Se hizo el silencio un instante. Oí cómo Lyn hablaba de lo poco accesible que era el terreno en los bosques de Zera, y si no sería más práctico buscar a una diosa que viviera cerca de la costa.

–¿Te vas a Gar Temen? –repitió Edored, perplejo. Si Nenya le hubiera llamado «cobarde sin honor», su expresión no habría mostrado mayor desconcierto.

Finalmente, Tared se guardó el papel en el bolsillo, le lanzó a Creon una mirada que me indicaba que lo que le había dicho Agenor no le había hecho cambiar de opinión, y se volvió hacia su primo.

–Bakaru está causando problemas entre los reyes vampiros. Alguien tiene que hablar con él.

–¿Pero qué narices estáis...? –A juzgar por la expresión de Edored, era como si el viaje de Nenya supusiera una traición mortal–. ¿Por qué nadie me habló de esto?

–Porque estabas durmiendo la mona cuando lo hablamos, imbécil –replicó Nenya, pero su voz sonaba hueca y sus hombros tensos intentaban imitar sin éxito su postura erguida y orgullosa habitual–. No creía que te interesara.

–Por el puto ojo de Orin, Nen –balbuceó Edored, apartando de una patada su mochila y desplomándose en el banco más cercano–. Te habría tallado un par de estacas preciosas de haberlo sabido...

–¿Estacas de madera? –exclamó ella.

–¿No te gustan? –Edored lucía su sonrisa de siempre, descomunal e irónica, pero Nenya no puso los ojos en blanco ni sacudió la cabeza con exasperación. Más bien al contrario: ¿lo que estaba viendo era un asomo de sonrisa en la comisura de sus labios?

Realmente necesitaba preguntarle a Creon qué estaba pasando entre esos dos.

—A estas alturas, deberías saber que las estacas de madera son inútiles para acabar con un vampiro —dijo Nenya con una risa incrédula—. Y no pienso decapitarlo, por si no te ha quedado claro.

—Ya, ya —repuso Edored alegremente—. Pero atravesarle el pecho a ese cabrón sin duda sería un buen mensaje, ¿no?

Creon soltó una risita a mi lado, aparentemente indiferente a la mirada gélida que Tared acababa de dirigirle.

Nenya soltó una carcajada impotente y dijo:

—¡Es mi legador! No quiero mandarle ningún...

—¿Y no le podrías transmitir un mensaje de mi parte? —sugirió Edored, con una sonrisa que destilaba sed de sangre.

—Eres terrible —bufó ella, pero una pizca de rubor había teñido sus pálidas mejillas. Finalmente, se arrellanó en el asiento, en lugar de quedarse rígida en el borde como si el temible rey de los vampiros fuera a aparecerse de pronto—. Estáis montando un drama; solo serán unos días. Estaré perfectamente.

Tanto Tared como Edored parecían dudarlo. Me mordí la lengua: no era el momento de preguntar de qué horrores era capaz Bakaru Sefistrim, si Nenya estaba a punto de enfrentarse a ellos.

Beyla regresó poco después, cargada con dos cestas gigantes llenas de comida, que repartió rápidamente para que la distribuyéramos en nuestras mochilas. Al igual que a Lyn, a mí me tocó una carga ligera: dos hogazas de pan, una bolsa de lentejas y tiras de manzana seca. Cuando Edored se quejó de que le habían asignado los paquetes más pesados de queso, calabaza, mantequilla y cebollas, le recordaron amablemente que nadie le había pedido que nos acompañara.

—Pero podríamos simplemente desvanecernos, volver aquí y regresar para...

—Y lo haremos —le interrumpió Beyla, con un tono lo bastante firme como para hacerlo callar—. Esto no nos va a durar diez días. Pero no tenemos ni idea de si allí arriba la fauna ha sobrevivido a la plaga, y me niego a arriesgarme a acabar con el estómago vacío hasta el punto de que seamos incapaces de desaparecer.

Edored frunció el ceño.

—Pero...

Creon suspiró y extendió una mano llena de cicatrices hacia el equipaje del álfar, con una ceja levantada en una expresión que decía: *Si tus delicados hombros no pueden soportar el peso de unas cuantas cebollas, yo estaré encantado de comportarme con un poco más de madurez*.

–Vete a la mierda –gruñó Edored, metiendo las cebollas en su mochila–. ¿Me das otra calabaza, Bey?

Después de aquello, todo fue sorprendentemente rápido.

Tras echar un último vistazo a los mapas y llenar las últimas cantimploras, emprendimos camino como si el plan no estuviera a medio cocer, como si no se lo hubiera propuesto el día anterior, como si no fuera una misión trazada por una mocosa medio fae que albergaba intenciones ocultas. Tared se desvaneció primero, llevándose a Lyn y a Naxi con él. Beyla le lanzó una mirada a Edored, luego agarró a Agenor y a Creon por las muñecas y desapareció, consciente, probablemente, de que Edored quizá no reprimiera la tentación de arrojar a los dos fae en medio del océano si se le presentaba la oportunidad.

–Recuerda que tú también tienes colmillos –le dijo Edored a Nenya a modo de despedida, mientras me rodeaba el hombro con la mano y nos desvanecía también.

Lo último que vi fue la sonrisa débil de Nenya. El paisaje familiar del salón se distorsionó y dio paso a una sombría paleta de granito oscuro y al tenue resplandor de unas luces lejanas.

Aparecimos en una especie de galería oscura, iluminada tan solo por unas llamas temblorosas que flotaban cerca del techo. A mi izquierda había una escalera estrecha que descendía hacia las profundidades. No veía más que los primeros peldaños entre las sombras. Ante mí, unas hileras de arcos esculpidos marcaban el borde de la balaustrada, y detrás...

Nada.

Edored me soltó y yo me acerqué a la barandilla, ignorando al resto del grupo. Miré hacia abajo y descubrí lo que esperaba pero no había alcanzado a imaginar: la hondura a la que se encontraba la sala central del Subterráneo.

Desde abajo, no era consciente de la profundidad de la ciudad; era imposible calcular la altura porque el techo quedaba oculto entre las sombras. En ese momento, de pie en aquella galería que se encontraba justo debajo de la salida, el círculo de asientos desparejados del Consejo parecía el interior de una casita de muñecas, y las figuras en movimiento de los álfar y las ninfas eran imposibles de reconocer a esa distancia.

Me incliné más, entrecerrando los ojos para distinguir los balcones y las ventanas talladas en las paredes lisas. Lyn me llamó de pronto.

—¿Em?

—¡Ya voy! —respondí, incapaz de apartar los ojos del abismo. ¿Alguien habría medido la profundidad? Se necesitaría una cuerda larguísima; las cadenas de las anclas de los barcos pesqueros de Cathra no servirían. Quizá, si Creon bajara volando lentamente, podría ir recogiendo y desplegando una cuerda de medición varias veces...

Como si me hubiera oído pensar, apareció a mi lado y apoyó los codos en la piedra oscura, con esa elegancia natural propia de los fae.

Te sugiero que no intentes saltar, cactus.

—Si me lo pides con educación... —murmuré, y él rio entre dientes—. ¿Qué profundidad crees que tiene?

¿Un tercio de milla, más o menos? Se irguió un poco más, considerando el asunto. *Se podría calcular dejando caer un objeto.*

Parpadeé.

—¿En serio?

A partir de la aceleración estándar y esas cosas. Tuvo que deletrear la palabra «aceleración»; nunca habíamos necesitado un signo para ese concepto. *Haría falta uno de esos relojes phurian tan precisos, pero si arrojara a Edored por el borde y midieras cuánto tarda en caer al suelo...*

Solté una carcajada.

—Un día, escribiré tu biografía y la titularé *Asesinato y matemáticas.*

Siempre que describas correctamente mi maravilloso físico, signó irónicamente, apartándome del borde con la mano izquierda. Sus

dedos se cerraron con firmeza en torno a mi brazo y sentí su presión tranquilizadora hasta la médula de los huesos. *Pero mejor aguardar a terminar este viaje. Nos están esperando.*

Demonios... Por un instante había olvidado todos los ojos pendientes de nosotros, la maldita opinión pública, a Tared y Agenor dispuestos a aprovechar cualquier excusa para poner fin a aquella misión y apartarme de Creon. Aunque me separé obedientemente del borde y procuré parecer casta e inocente, el impulso de seguir la atracción magnética de sus dedos y lanzarme en sus brazos fue dolorosamente intenso.

Me zafé de su agarre, maldiciendo en silencio el ansia y la presión fantasmal que habían dejado sus dedos. Tantos meses gozando de la intimidad de la silenciosa biblioteca y el dormitorio habían hecho que bajara la guardia. Era hora de volver al secretismo, y rápido.

Seguimos caminando sin hablar. Ante nosotros se abría un túnel bajo que se alejaba del vertiginoso precipicio. Los demás estaban reunidos al fondo, donde el corredor terminaba en una puerta chapada de acero. Tres gruesos pasadores bloqueaban la salida del Subterráneo, intercalados con dos cerraduras. Estaban forjados en acero álfar, capaz de resistir la magia fae.

Un rayo de luz se colaba por el resquicio bajo la puerta.

La luz del sol.

Detrás de esa gruesa puerta de madera, hierro y acero álfar, nos esperaba el continente. Nos esperaba la plaga.

Al ver a mis compañeros –tensos, inmóviles, el mismísimo Edored pálido y nervioso–, sentí una punzada de terror en las entrañas. Pero no era el momento de vacilar; no podía dar marcha atrás.

Me clavé las uñas en la palma para evitar buscar la mano de Creon y levanté la barbilla, intentando parecer la valiente medio fae a la que cualquiera seguiría, aunque fuera al mismísimo infierno.

–Supongo que alguien habrá traído un llavero –dije.

Eso rompió el hechizo. Naxi se sacó dos llaves del bolsillo de su gruesa chaqueta, ambas tan grandes como los antebrazos de Lyn, y las hizo girar en sus agujeros mientras Tared descorría los pasadores. La puerta chirrió al abrirse levemente, y el gemido de sus bisagras oxidadas retumbó en el silencio sepulcral.

Un rayo de sol cegador se coló por la rendija y, por primera vez, vi el lugar donde nadie se había aventurado desde la Guerra de los Dioses.



Capítulo 6

Al principio, no distinguí más que siluetas desdibujadas por la intensidad de la luz: fachadas elevadas y una amplia y elegante avenida, todo de un blanco cegador y doloroso bajo el despiadado sol del mediodía.

Sin embargo, las maldiciones entre dientes de Edored describían el paisaje de forma elocuente.

Unos instantes después, parpadeando entre lágrimas, distinguí lo que habían reconocido sus ojos álfar a la luz deslumbrante: un cementerio.

Lyckfort debía de haber sido impresionante en su día, una joya arquitectónica de la Edad Divina que yo solo conocía por las ilustraciones y bocetos de los libros de Lyn. Sin embargo, lo que se extendía ante nosotros eran unas ruinas decadentes. Las casas de ladrillo se desmoronaban, sus ventanales estaban rotos, y sus postigos, descascarillados. La maleza y las enredaderas habían crecido entre los adoquines, adueñándose de las calles. También trepaban por las fuentes y las estatuas de mármol agrietado; los rostros y los adornos eran irreconocibles incluso a plena luz del día.

Y por todas partes, todavía con forma humana pero calcinados de la cabeza a los pies, negros como el carbón, había cadáveres.

Me quedé mirándolos y noté cómo subía la bilis por mi garganta. Las víctimas de la plaga yacían esparcidas por la calle, algunas solas, otras acompañadas de cuerpos de tamaño infantil, otras rodeadas por los restos putrefactos de bolsas y cestas, sorprendidas en plena huida. No supieron lo que se les venía encima. La mortífera magia debió de alcanzarlos sin previo aviso, sin darles tiempo para huir de la ciudad ni llegar al mar. Tuvo que ser rápido. Recé por que lo hubiera sido.

«Estas quemaduras no son ninguna broma», había dicho Ylfreda.

—Yo ya tengo los escudos alzados —anunció Naxi con despreocupación alegre, como si danzara un vals en medio de un funeral—. Creon, ¿puedes...? Por el amor de los dioses, no hace falta que protejas medio continente, fanfarrón. Cálmate un poco.

Tras una breve pausa, Creon inclinó la cabeza de forma interrogativa.

—Te sigues excediendo —dijo Naxi con una sonrisa de dientes afilados—, pero ya le pillarás el truco. Salid todos. Nuestro querido príncipe está conteniendo la plaga de aquí a Elderburg, creo.

Con una sonrisa despreocupada, Creon la siguió al exterior. Recorrió la calle con la mirada sin pizca de espanto ni repulsión: sus ojos solo mostraban una leve curiosidad, como un artista que examinara la obra de otro maestro. La sensibilidad que yo conocía estaba oculta por una coraza impenetrable y, mientras deambulaba tranquilamente, su figura alta y serena se fundía con aquel espantoso despliegue de magia: un terror más en una ciudad que ya había visto demasiados.

Una visión que no debería hacer que se me cortara la respiración, ni despertar en mí el impulso de seguirle hasta la oscuridad... Pero —que los dioses se apiadaran de mí—, aun así, no podía negar el brinco que dio mi corazón.

Entonces vi el odio desenfrenado en los ojos grises de Tared, el músculo crispado en la sien de Agenor, la forma en que Edored y Beyla apretaban la empuñadura de sus espadas, y desperté de mi inoportuno desvarío con un sobresalto. Por más que me gustara

contemplar cómo Creon conquistaba el yermo que era Lyckfort con una sola mirada, así no iba a convencer a nadie de que la Muerte Silenciosa no intentaba seducirme ni de que yo no le estuviera abriendo la puerta.

Empujé a una vacilante Beyla y avancé sobre los adoquines.

—¡Em! —gritó Agenor a mi espalda.

Pero, cuando salí a la luz del sol y aspiré la primera bocanada de aire fresco, no me fulminó ninguna magia temible. La brisa sabía curiosamente a polvo, carente del toque salobre de la costa que había respirado toda mi vida; por alguna razón, fue eso lo que me hizo consciente de lo extraño que era el entorno, más que la imagen de los cadáveres quemados.

Me armé de valor y fingí no oír los murmullos de los álfar que salían detrás de mí. Debía comportarme con sensatez y pragmatismo, me recordé a mí misma mientras seguía a Creon. Cuando lo miré, no vi al hombre que me había hecho el amor hasta el paroxismo hacía menos de un día. Como responsable salvadora del mundo, solo vi un arma.

—¿La plaga no te da muchos problemas? —pregunté, sensata y pragmática.

Es sorprendentemente soportable. No me miró mientras signaba las palabras; escudriñaba las ventanas rotas en busca de cualquier amenaza o movimiento. Solo entonces me di cuenta de lo inmóvil que estaba la ciudad: no había ratones escabulléndose entre las enredaderas, ni pájaros anidando en los alféizares abiertos. *Es como un escudo emocional; la diferencia es que tengo que extenderlo un poco más para incluiros a todos. ¿Te importa si echo un vistazo a uno de esos cadáveres?*

—¿Es una sugerencia para que no te siga? —repliqué, sin aminorar el paso.

Valía la pena intentarlo, señaló con ironía.

Contuve un resoplido y avancé tras él hasta el primer cuerpo carbonizado. Se reconocía un torso con cuatro extremidades y cabeza sobre el empedrado cubierto de musgo, pero poco más. Ni siquiera hubiera podido decir si esa desafortunada persona estaba boca arriba o de espaldas.

Creon se sacó una daga de la bota y se arrodilló sin titubear junto a los horripilantes restos. Pinchó la piel ennegrecida y cuarteada con la punta y se desprendieron copos de ceniza, como pavesas volando en un incendio.

–Está calcinado –murmuré, incapaz de apartar la mirada a pesar de la bilis que volvía a notar en la garganta.

Pero Creon negó con la cabeza y se sacó los guantes de cuero del bolsillo. Con un gesto rápido y certero, clavó la hoja hasta la mitad de lo que seguramente fuera un muslo. La costra carbonizada y cuarteada del cadáver se abrió con un chasquido nauseabundo y dejó al descubierto el color rosado y sin mácula de la carne humana, protegida de la podredumbre por el duro caparazón de piel marcada por la plaga.

–Puaj –mascullé.

Me sonrió y soltó el cuchillo para ponerse los guantes.

Te lo advertí.

–¿Es necesario esto? –exclamó Agenor detrás de mí, más cerca de lo que esperaba. Le siguieron otros dos pares de pasos, uno rápido y ligero, otro lento y deliberado: Lyn y Tared–. Por mucho que te divierta, estos desgraciados ya han sufrido bastante.

–Un poco tarde para mostrar empatía, ¿no crees? –dijo Tared con frialdad.

–Por el amor de los dioses, parad los dos –murmuró Lyn–. Creon, ¿qué intentas descubrir?

La Muerte Silenciosa no se incorporó ni se quitó los guantes. Se volvió hacia mí y me indicó por señas: *Intento averiguar hasta qué punto es dañina la magia de la plaga.*

–Solo quema la capa exterior –murmuré despacio, ignorando a los demás. Fruncí el ceño al fijarme en el cuerpo cortado–. Calcina completamente, pero solo la capa exterior. ¿Crees que podría detenerse con algo que cubriera la piel?

Merece la pena investigarlo. Meticulosamente, pero muy rápido, retiró un poco de la capa de carbón, dejando al descubierto la carne vulnerable. Era espeluznante, pero no podía apartar la vista. Los ágiles movimientos de sus dedos enguantados y el brillo de

concentración de sus ojos, mientras examinaba el pedazo de piel calcinada a contraluz, tenían algo de hipnótico.

—Por favor, no le hinques el diente —dije, recordando a los banqueros de Ildhelm cuando trataban de adivinar el valor de una moneda.

Se rio levemente, dejó el pedazo y le dio la vuelta al cuerpo para revelar lo que comprendí entonces que era el rostro del humano fallecido. La boca y los ojos habían dejado unos agujeros espantosos, y la nariz había desaparecido.

—Dioses míos —murmuró Agenor, dando un paso para ponerse a mi lado. Apretó los dientes, con el desagrado de quien siempre se ha considerado por encima del trabajo sucio—. Em, ¿estás segura de que quieres ver...?

Me encogí de hombros.

—Prefiero saber a qué nos enfrentamos.

Lyn y Tared se unieron a nuestro pequeño círculo, él con el rostro tenso por la cólera y ella con el ceño fruncido en una mezcla de repugnancia y fascinación. Creon, sin inmutarse, clavó el cuchillo en la mejilla del cadáver y empezó a despellejarlo con rápidos giros de muñeca. Desveló un cráneo blanco grisáceo, libre de los efectos de la magia divina.

Tared murmuró una maldición y apartó la vista en dirección a los demás cuerpos de la calle.

—Supongo que la mayoría no tuvo tiempo de escapar, estando tan cerca del estallido.

—¿Fue aquí? —barboté con un escalofrío.

Nadie me había relatado con detalle cómo había muerto Korok; los relatos de los libros al respecto eran decepcionantemente vagos. Era lógico, dado que la mayoría de los testigos no habían sobrevivido.

Agenor se limitó a asentir con un gesto rígido, forzado.

—¿Dónde, exactamente? —preguntó Lyn, mirando a su alrededor con los ojos entrecerrados—. A lo mejor deberíamos evitar la fuente de la magia, por si aún estuviera activa. Era fuera de la ciudad, ¿no?

—Pues... —comenzó Agenor, titubeante.

Parecía tan vacilante que incluso Creon apartó la vista del desollamiento. Sus ojos negros como la noche se entrecerraron al recorrer el rostro de mi padre. Agenor le devolvió la mirada, extrañamente inexpresivo, y terminó frunciendo el entrecejo.

—No estoy... seguro —dijo. Parecía consciente de lo raro que sonaba eso.

—¿No estás seguro? —repitió Tared. La dureza de su tono dejaba muy clara su opinión, y la palabra «desfavorable» se quedaba muy corta para describirla—. ¿Reventaste a un maldito dios y no estás seguro de dónde...?

—Lamento tener que recordártelo —le cortó Agenor con mordacidad—, pero la muerte de Korok distó de ser el único acontecimiento destacable de aquel día. Recuerdo haber venido a Lyckfort para lo que supuse que eran negociaciones de paz. Recuerdo haberme dado cuenta de que algo había salido terriblemente mal, e intentar sacar al menos a algunos ciudadanos antes de que todo quedara arrasado. Lo demás... —Hizo una nueva pausa, y de nuevo se vislumbró algo vidrioso en sus ojos: era la mirada de un hombre que busca desesperadamente en sus recuerdos y no encuentra nada—. Está borroso.

Incluso Lyn parecía escéptica. Pero, antes de que nadie respondiera, Creon se levantó, dejando el cadáver mutilado de su sujeto de pruebas sobre los adoquines. Tras echarle un último vistazo, signó:

Bastante feo.

—Me alegro de que lo hayas confirmado tras una inspección concienzuda —dije—. A lo mejor también deberías comprobar si están realmente muertos, ¿no?

Si hubiéramos estado solos, sospechaba que me habría dado un aletazo contra la cara y se habría cobrado venganza besándome hasta que le suplicara clemencia. Pero en ese momento, bajo el atento escrutinio de los dos hombres que se habían erigido en defensores de mi honor, Creon no se permitió más que una sonrisa teñida de indiferencia.

La ropa se ha fundido con su piel. Aunque la plaga se quede en la capa superficial, dudo que baste con envolverse en mantas para

sobrevivir a esta magia.

Hice una mueca.

−Vaya por los dioses... En fin, está bien saberlo.

Asintió lentamente.

Deberíamos investigar cómo funciona la plaga con el agua. Si nunca llegó a las islas, tuvo que ser por algo.

−Pero si Naxi y tú podéis mantenerla a raya...

Quiero que tengas opciones si algo va mal.

−¿A alguien le importaría resumir sus conclusiones para que todos las podamos entender? −intervino Agenor con acidez, pendiente de nuestra conversación con los ojos entornados.

Estaba comentándoles la idea del agua como barrera contra la plaga cuando Edored se acercó trotando desde el otro lado de la avenida, espada en mano, con sus ojos grises brillantes de emoción infantil.

−¡Beyla cree que ha encontrado rastros de dragones!

La ropa derretida quedó relegada al olvido de inmediato. Lo seguimos hasta un estrecho callejón donde nos esperaba Naxi, esquivando los montones de escombros y arena. En tiempos, aquel debía de haber sido un lugar animado, lleno de tiendas: aún colgaban de las fachadas rótulos de madera pintada, balanceándose lúgubremente de sus cadenas con chirridos escalofriantes. Las puertas estaban podridas, la mercancía tras los escaparates rotos se había convertido en polvo, y de la antigua gloria del lugar solo quedaba el brillo ocasional de alguna moneda abandonada.

Allí había menos cadáveres. Nadie había ido corriendo a la barbería cuando intentaba salvar el pellejo.

Encontramos a Beyla encaramada a la barandilla podrida de un balcón, con su trenza rubia cubierta de polvo. En cuando nos vio, se lanzó de un salto y aterrizó como un gato en la arena.

−Hay un nido en la buhardilla −informó, antes de que nadie pudiera preguntarle qué demonios hacía trepando por un edificio a punto de venirse abajo−. Es del tamaño de una cama de matrimonio; me parece grande para un dragón, pero... −Sacó algo del bolsillo de su abrigo gris y se lo entregó a Lyn−. ¿Qué opinas?

A Agenor se le aceleró la respiración cuando el objeto que tenía Lyn en los dedos reflejó la luz del sol. Era una escama lisa y dorada, del tamaño de la palma de mi mano.

–Quizá deberíamos largarnos de aquí –sugirió Tared.

–Es un nido antiguo –dijo Beyla con una sonrisa irónica–. Además, ni siquiera estoy segura de que sea un nido de dragón. Están prácticamente extintos. Y no son tan grandes, ¿no?

–No –dijo Agenor, pero daba la impresión de que estaba deseando marcharse de allí, fuera antiguo el nido o no–. El más grande que yo he visto era del tamaño de una oveja, y la mayoría eran mucho más pequeños. Esto sería de... –Hizo una mueca–. Una criatura que es mejor no encontrarse.

–Pero parece de dragón, ¿no?

–Es una escama de dragón –confirmó, frotándose la sien–. De eso no hay duda. La cuestión es...

–Podría deberse a la magia de la plaga –sugirió Lyn, sentándose en un montón de ladrillos y piedra triturada y examinando la escama con mala cara–. Como esos gusanos del tamaño de un brazo que dijiste que brotaron de la tierra donde cayó la sangre de Etele en la Corte Dorada. O mata o provoca monstruosidades: encajaría bastante bien con la naturaleza dual.

Agenor parecía aún más contrariado.

–Entonces... –A Edored se le iluminó la cara–. ¿Vamos a cazar un dragón?

Tared dejó escapar un gemido resignado.

–Yo propongo que primero salgamos de la ciudad –intervino Beyla, echando un vistazo melancólico a las numerosas ventanas inexploradas–. No tiene sentido que malgastemos días cartografiando este laberinto cuando tenemos cosas mejores que hacer. Además, en el campo abierto veremos venir a cualquier dragón mucho mejor. Y siempre podemos volver más tarde.

Nadie discutió sus argumentos, aunque Edored siguió refunfuñando por lo bajo hasta que Lyn lo hizo callar con una ráfaga de chispas.

Volvimos a la calle anterior y avanzamos en dirección oeste, pasando por jardines decrépitos y puentes derruidos, canales

cubiertos de maleza y carros abandonados. Sobre los tejados se alzaba la torre de un templo, con la misma planta pentagonal de los edificios sagrados de mi tierra. Seguía habiendo pequeñas ofrendas apiladas en las escaleras de mármol, y las cintas desgarradas en jirones ondeaban con la brisa otoñal.

Había más cuerpos allí, esparcidos por el pavimento, con los rostros quemados y unos agujeros profundos donde sus bocas se habían abierto en gritos. Los habitantes de Lyckfort debieron de correr en busca de la protección de sus dioses cuando la magia los alcanzó, sin saber que los dioses que los habían amparado desde tiempos inmemoriales ya nunca volverían a hacerlo.

Las indicaciones de Agenor se fueron volviendo más secas y cortantes según avanzábamos por el laberinto de destrucción. Por fin, se quedó callado y se limitó a señalar hacia donde teníamos que ir. Noté que cada uno de sus gestos y miradas destilaban pavor. La mayoría del grupo también guardaba silencio a mi espalda, salvo Naxi, que bailoteaba de un lado a otro en un revuelo de tirabuzones rubios y rosados, ondulando la falda. Creon paseaba tranquilamente a mi lado como si estuviéramos visitando una aburrida feria de otoño, jugueteando con un cuchillo.

De haber estado los dos solos, su serenidad me habría resultado reconfortante. En ese momento, sin embargo, sentía las miradas de todos los demás clavadas en su nuca.

—Quizá —murmuré, apartando la mirada de dos figuras carbonizadas que yacían abrazadas en el suelo— deberías intentar parecer un poco menos... homicida.

Volvió a guardar la daga en la vaina del cinturón, se volvió hacia mí y enarcó una ceja.

Un poco de homicidio no le hace daño a nadie. ¿A ti te molesta?

—Sabes que no. —Me ajusté la mochila a los hombros, agradeciendo no haber cedido a la tentación de cargar con un libro—. Lo que pasa es que, si quieres que te vean con mejores ojos...

Sus dedos se tensaron tan sutilmente que dudaba que lo hubiera notado ni siquiera Lyn.

No sobreviví a trescientos años torturando gente hasta la muerte preocupándome por lo que los demás pensaran de mí. Que lidien ellos con su desprecio. No tengo por qué hacerlo yo.

−Pero...

Se encogió de hombros y me interrumpió:

¿Agenor te dijo por qué quería venir?

Miré a mi padre, que avanzaba a grandes zancadas con la determinación de un ariete y la mandíbula tan apretada que juraría que le estaba doliendo. No sabía qué esperaba encontrar en aquella ciudad de la que había huido precipitadamente hacía siglos, pero no parecía hallarlo entre los cadáveres y las casas cubiertas de maleza.

−No −musité−. ¿Por qué?

Parece... Creon se tomó un instante para escoger las palabras, dejando los dedos suspendidos entre signos. *Conmocionado.*

No pude evitar una mueca.

−Hay quien consideraría que una ciudad llena de cadáveres es bastante impresionante.

Ha visto cosas peores y le han afectado menos, señaló Creon de forma tajante. *Y tenía que saber perfectamente lo que se iba a encontrar. No hay motivo para que le sorprenda.*

¿Mi padre estaba sorprendido? Volví a mirar a Agenor, pero su rostro pétreo era impenetrable sin la ayuda de la magia demoniaca. Tenía las alas tan tensas como un lienzo estirado en el bastidor y pegadas a la espalda. Nunca mostraba tanta incomodidad ante otros, si podía evitarlo.

−Ni idea −admití, con un estremecimiento nervioso−. Puedo preguntárselo luego. No me dirá nada mientras estés cerca.

Creon asintió lentamente y volvió a entretenerse con su cuchillo.

Caminamos en silencio avenida tras avenida, plaza tras plaza, hasta que finalmente las calles quedaron desiertas y vimos ante nosotros las murallas de la ciudad, del mismo ladrillo rojo que la mayoría de las casas. Aunque se estaban desmoronando bajo las inclemencias del sol, el viento y las obstinadas enredaderas, resultaba fácil imaginar su antigua gloria: diez metros de altura, espesor impenetrable y puerta flanqueada por unas criaturas esculpidas que tal vez fueran dragones.

Agenor seguía sin hablar y, cuando miré a mi derecha, los ojos de Creon no se encontraron con los míos. Volví la vista al frente, vislumbrando por primera vez el paisaje que nos aguardaba tras la desolación de la ciudad. Un páramo verde y agreste, un cobertizo derruido, una granja derrumbada y, más allá...

Las montañas.

Tropecé con un adoquín roto al cobrar conciencia de lo que estaba viendo.

Creon tuvo suficientes reflejos como para agarrarme antes de que me cayera. Apenas lo noté. Las siluetas dentadas y grisáceas del horizonte parecían hacerme burla, dejando clara la distancia que nos separaba.

Era inmensa.

Nunca había visto una extensión de tierra tan vasta. Entre las abruptas cumbres y nosotros había días y días de marcha, una llanura uniforme sin asomo de mar o lagos que la rompiesen. Me quedé boquiabierta ante aquel horizonte inconcebible. La cabeza me daba vueltas, intentando encajar el paisaje con los mapas que conocía, con los duros y fríos datos geográficos. Aquello no era más que una parte diminuta del continente. El trayecto hasta el mar del este tenía que ser al menos cinco veces más largo –¡cinco!–, y se extendía aún más tierra hacia el sur y el oeste...

En aquella gigantesca superficie que ni siquiera era capaz de concebir, podría haber cuatro malditos dioses. Y yo había decidido encontrarlos.

En diez días.

Que Zera me amparase... ¿Cómo habían podido aceptar los demás semejante locura?

Pero no recibí ningún «Te lo advertimos» ni un «¿Regresamos, entonces?» cuando el resto del grupo pasó a mi lado. Tared parecía amargado a la vez que interesado, y Lyn, preocupada. Beyla dejó escapar un suspiro largo y anhelante, y me pregunté cuánto tiempo pasaría antes de que convenciera a Anaxia para emprender otra misión a través de aquella inmensidad inexplorada.

–Se tardaba unas tres horas en llegar a la linde del bosque –dijo Agenor con voz tensa, como si le costara pronunciar cada palabra.

Me pregunté si se habría dado cuenta de que había estado a punto de caerme, y de que Creon me había sujetado para impedirlo—. Supongo que los senderos estarán en peor estado que antes, así que puede que ahora tardemos más. Esperad, tengo que enseñaros...

Cruzamos la puerta de la ciudad tras él, como una hilera de patitos detrás de su madre. Más allá del muro nos esperaba un páramo cubierto de maleza. Las enredaderas, ortigas y zarzas devoraban cada casa y cobertizo ruinoso que se mantenía en pie, y...

—Por el ojo de Orin —exhaló Edored a mi lado, congelado en el sitio—. ¿Qué es eso?

Ante nosotros, una mancha negra de tierra calcinada interrumpía el intenso verdor. Se extendía casi un kilómetro en todas las direcciones.

La tierra ennegrecida se hundía en una depresión en el centro, como el cráter de un volcán dormido. Pero, por todos los dioses, no había volcanes en el continente, ¿verdad? ¿Aquello sería el rastro de un incendio? ¿Un dragón especialmente irascible? ¿Una batalla de la Guerra de los Dioses?

—Aquí es más fuerte —nos informó Naxi, con su melodiosa voz imperturbable—. Me refiero a la magia de la plaga.

—Korok... —jadeó Lyn.

En ese instante, lo entendí.

Aquel cráter... Una cicatriz creada por una erupción tan poderosa que había hendido la tierra, fruto de una magia tan fuerte como para matar a una criatura que reinaba sobre la vida y la propia muerte. Un sudor frío corrió por mi espalda mientras miraba los cristales negros que brillaban entre el polvo y la ceniza, justo en el punto más profundo, el lugar donde un dios había exhalado su último aliento. Donde un experimento mágico malogrado marcó el fin de una era y provocó la muerte de miles y miles de seres humanos inocentes.

—Joder... —murmuró Agenor en un raro arrebato de franqueza descarnada.

—¿Vas recordando algo? —preguntó Tared con amargura.

El silencio se prolongó demasiado. Los labios de Agenor se separaron y cerraron una, dos veces, mientras sus pupilas brillantes

por el desconcierto seguían clavadas en la desolación carbonizada.

—No... Yo no...

—¿No te acuerdas? —gritó Edored, tan fuerte que di un respingo—. ¿Acaso no estabas aquí el día que esa zorra lo mató?

—Sí, pero...

—Debe de ser un consuelo poder olvidar las cosas a voluntad —murmuró Beyla.

—No es eso —replicó Agenor con brusquedad, y se giró de golpe sin rastro de su porte señorial de lord fae.

Miré a Creon, que estaba estudiándolo con ojos penetrantes, nada indiferente a esas alturas.

—No recuerdo este lugar en particular —masculló Agenor—, pero...

—Pero estabas aquí —aseguró Lyn, como si pudiera hacerlo realidad al pronunciar las palabras con convencimiento—. Todos los informes que se conservan te mencionan: estabas presente cuando ella...

—Debía de encontrarme en la ciudad —la interrumpió Agenor secamente—. Yo...

—Eso no tiene sentido, Agenor.

La miró fijamente, respirando demasiado rápido.

—¿Se te ocurre otra explicación? Nada de esto me resulta familiar. ¿No crees que recordaría al menos un... atisbo?

Algo se encendió en mi mente, un destello de lucidez repentino que no acabé de comprender hasta que pronuncié las palabras.

—¿Agenor?

—¿Sí? —Su voz parecía a punto de quebrarse—. ¿Qué pasa?

—¿No me dijiste... que la Madre te amarró quitándote un recuerdo?

Se quedó helado, totalmente quieto. Ni siquiera parecía respirar.

—¿Perdón? —dijo Lyn.

—Las ataduras de su magia. —Las palabras brotaron sin pensar, sin haberlo meditado: iba hilando la sospecha sobre la marcha, apenas retazos de ideas, hasta que mis labios las pronunciaron y tomaron forma de acusaciones cortantes como el filo de un cristal—. La Madre se llevó un recuerdo, ¿verdad?

—No —dijo Agenor con voz ronca—. Eso... podría tener sentido, pero no, Em. No fue ese recuerdo. Achlys y Melinoë me amarraron mucho antes de que muriera Korok, antes de que terminara la Guerra de los Dioses.

—¿Estás seguro?

Parpadeó.

—Claro que estoy seguro. ¿Por qué iban a esperar tanto para atarme?

—Porque la Madre te sacó de las ruinas del hogar de tu familia cuando eras un niño —murmuré sombríamente—. Porque le eras totalmente leal, y lo sabía. A lo mejor averiguó que las ataduras podían tener efectos secundarios desagradables y que podían limitar tu magia en el peor momento. Después de todo, tampoco ató a Creon al principio...

—Oh, dioses —exhaló Lyn, entendiendo adónde quería llegar mucho antes de que yo misma lo comprendiera plenamente.

Si la Madre no lo había atado al principio, si había optado por hacerlo después de haber librado y ganado la guerra... Debía de haber tenido una razón para ello.

—A ver, eso suena muy bonito como teoría —repuso Tared, tamborileando los dedos contra el muslo con mucha mayor agitación de lo que sugería el tono irónico de su voz—. ¿Pero tenéis algún motivo para descartar que su señoría tiene memoria selectiva con las cosas que no le apetece recordar, simplemente?

Está muy confuso, signó Creon, paseando la mirada entre Agenor y yo.

—Te aseguro que no estoy seleccionando mis recuerdos de forma voluntaria, Thorgedson —le espetó Agenor con dureza, y hubo un chispeo de algo muy cercano al miedo en sus ojos cuando se cruzaron con los de Creon—. Em, es una idea interesante, pero, sinceramente, no creo que tenga mucho sentido que me amarrara tan tarde.

Solté una carcajada.

—Entonces, ¿recuerdas cuando te ató?

Su silencio fue la única respuesta que necesitaba. Tared masculló una retahíla de maldiciones álfar que no había oído desde que

Edored se rompió un dedo del pie durante la celebración de mi cumpleaños, borracho perdido.

—¿Recuerdas algo de la muerte de Korok? —insistí, con la mirada fija en los ojos verdosos de Agenor—. ¿Cómo murió exactamente? ¿Cómo te sentiste cuando te diste cuenta de lo que estaba pasando? ¿Adónde fuiste, qué dijiste, qué...?

—No. —Se pasó una mano por el pelo oscuro, desordenando su pulcro peinado—. Yo... No. Pensaba que... —Tragó saliva y no terminó la frase.

—Pensabas que recordarías algo si venías aquí —concluí, encajando las nuevas piezas—. Así que ya te habías dado cuenta de que no lo recordabas.

—Tenía algunas imágenes borrosas —dijo, elevando la voz con un deje de pánico: mil doscientos años de contención y mesura se estaban evaporando al pensar que su propia mente lo había traicionado—. Pero todo era un desastre, todo lo que recuerdo... El día entero fue un maldito desastre. Solo que este lugar...

Inspiró despacio, inseguro. Nadie se movía; solo veía por el rabillo del ojo el revoloteo incesante del vestido de Naxi.

—Deberías recordar este sitio ahora que lo estás viendo, al menos —sentencié.

Murmuró una imprecación.

—Sí.

—¿Y si te amarró después de que ocurriera? —Señalé con la cabeza el cráter chamuscado—. Eso explicaría el vacío en tu memoria. Te ató, y esto es lo que se llevó: el recuerdo de la muerte de Korok.

—¿Pero por qué? —Su voz grave sonaba frágil, tan cerca de quebrarse que sentí un nudo en la boca del estómago—. Em, si no me amarró durante quinientos años, ¿por qué iba a hacerlo de repente?

—Mató al dios que juraste proteger —musitó Lyn.

—¿Qué?

—Y destruyó un maldito continente —añadí, lanzándole una mirada de gratitud a la fénix, que correspondió con una mueca—. Mató a miles de humanos y fae en el proceso... Y eso te importaba,

¿verdad? Dijiste que recordabas haber intentado sacarlos de allí. Tu vida también estuvo en peligro. Debía de importarte mucho, para hacer un esfuerzo así.

—Em... —Su piel bronceada se había vuelto gris—. No puedes estar hablando en serio.

—¡Hablo muy en serio! ¿Le ves algún sentido? ¿De verdad? ¿Que después de todo ese derramamiento de sangre, vuelvas tranquilamente y pongas a sus pies los últimos restos de tu moral sin cuestionarte jamás lo que había hecho? No lo encuentro nada propio de ti.

—¿Seguro? —intervino Tared con sarcasmo.

Lo ignoré.

—¿Y si intentaste enfrentarte a ella después? ¿Y si se dio cuenta de que había perdido tu lealtad incondicional, pero consideraba que eras demasiado útil para matarte, así que, en su lugar, te amarró?

Creon soltó una carcajada muda.

No sería la primera vez.

—Exactamente. Te arrebató todos los recuerdos del peor momento, adormeció el horror, sofocó cualquier idea de insubordinación que pudieras tener y consideró que había sido un éxito, porque seguiste exactamente igual que antes de que la Madre volara en pedazos a Korok.

Lo que mostraban los ojos de Agenor no era espanto, sino un terror anhelante, un atisbo de esperanza que todavía no se atrevía a albergar.

—Siempre me sorprendió que las serpientes siguieran contigo, que no renunciaran a ser tus entes familiares —comentó Naxi de pronto, enroscándose un tirabuzón rubio en el dedo—. ¿Nunca te lo habías preguntado? Conocí a una ninfa consagrada que traicionó a Zera durante la Guerra de los Dioses, y sus pájaros familiares intentaron arrancarle los ojos.

Otro recuerdo afloró a mi mente.

—Las serpientes se ponen bastante susceptibles cuando alguien te acusa de traición, ¿verdad? Coral casi le arrancó la cabeza a Tared cuando lo mencionó en la Corte Dorada.

—Coral siempre está a punto de arrancarle la cabeza a alguien —masculló Tared, pero no parecía tan convencido, a esas alturas.

—Me nombró Lord Protector del imperio después de la guerra —dijo Agenor, aferrándose a esas palabras como si fueran lo único que le impidiera venirse abajo—. Estuve al tanto de todo lo que ocurría en la corte durante siglos. ¿Por qué iba a otorgarme esa confianza si ya la había traicionado una vez?

Lyn se apartó los rizos de la cara.

—Porque sabía que te había destrozado la mente lo bastante como para que no volvieras a traicionarla.

A pesar de las circunstancias, vi un rastro de orgullo herido en los ojos desorbitados de Agenor.

—Dioses y demonios, Lyn, yo no...

Además, signó Creon, tensando la mandíbula al encontrarse con mi mirada, *Agenor no estaba al corriente de todos los secretos.*

Miré a mi padre, que se había callado, antes de volverme hacia Creon.

—¿A qué te refieres?

Pregúntale cuándo cree que murió mi padre.

—Tu... Ay, dioses —gemí. El padre de Creon, que había torturado a su hijo de ocho años casi hasta matarlo y después había acabado muriendo a manos de la Madre... No era un tema que yo mencionara a la ligera, y, definitivamente, no iba a hacerlo con tres álfar y el mismísimo Lord Agenor presentes—. ¿Estás seguro de que quieres que le pregunte eso?

Creon se encogió de hombros. Si no lo hubiera conocido, si no lo hubiera visto torturarse hasta el borde de la locura por evitar parecerse al hombre que había sido su padre, habría interpretado ese gesto como mera diversión y arrogancia.

—¿El qué? —saltó Agenor.

—¿Cuándo dirías...? —Miré a Creon, esperando que me pidiera que me callara, pero se limitó a asentir, así que me armé de valor—. ¿Cuándo dirías que murió Kertayan?

—¿Kertayan? —Agenor se volvió de golpe hacia Creon, que le sonrió casi con condescendencia—. ¿Y eso por qué demonios iba a...?

—Agenor, ¿cuándo?

—Dos meses antes del nacimiento de Creon —respondió Agenor secamente, volviéndose hacia mí—. A manos de un grupo de vampiros rebeldes, que fueron ejecutados de inmediato como represalia. ¿Te importaría explicarme qué demonios tiene que ver esto con Korok, aparte de lo evidente?

—Vivió hasta que Creon tenía ocho años —dije.

Durante tres, cuatro segundos, nada rompió el silencio excepto el murmullo de Naxi:

—Oooh...

Lyn me miró boquiabierta. Todos los demás observaban a Creon, que se estudiaba las uñas con aire aburrido, como un lord arrogante que espera a que sus súbditos dejen de incordiarle.

—No llegaste a conocerlo, ¿verdad? —preguntó Agenor. El temor a recibir la respuesta contraria impregnaba cada una de sus palabras.

Creon se limitó a sonreírle.

—Pero... ¿cómo...? —No estaba muy segura de qué impresionaba más al Lord Protector de la Corte Carmesí: si ignorar ese hecho o descubrir que Creon había conocido a su padre, un hombre que sospechaba que Agenor tenía motivos para no mencionar. Ese bastardo había sido quien se había apropiado del lugar de Korok, después de todo—. ¿Y Kertayan sobrevivió a esa reunión?

En ese momento, el escudo de la Muerte Silenciosa tenía que flaquear por fin, ¿no? Pero Creon se limitó a encogerse de hombros, suspirar y sacudir lentamente la cabeza.

En ese instante, me di cuenta de que todos estaban encajando mal las piezas del rompecabezas para llegar a la conclusión equivocada: que Creon había asesinado al demonio que lo había engendrado, y que tal vez incluso hubiera sido el responsable de iniciar el enfrentamiento. Solo Naxi parecía casi eufórica con el descubrimiento. «No sé qué le pasó para desear alejarse de su propia sangre con esa rabia», había dicho meses atrás en la biblioteca de Lyn.

Ahora ya lo sabía.

—En todo caso —continué, reconduciendo la conversación antes de que empezaran a hacer preguntas que nadie quería responder—,

obviamente la Madre sabía todo esto. Así que, si tú no lo sabías... —Me encogí de hombros con gesto de disculpa en dirección a Agenor—, puede que no estuvieras tan al tanto de sus secretos como te hizo creer.

Agenor había palidecido y tenía la cara de un color cercano al verde. Se le fueron los ojos hacia la gema negra del interior de su muñeca, la marca del trato, la última señal que le había dejado mi madre y que había logrado despejar su ceguera... Al menos, en parte.

—Bueno —murmuró. Parecía mareado—. Supongo que debería volver a casa y revisar mis viejos apuntes, a ver si... si encuentro algo...

—Sí —asentí.

—Bueno —repitió.

—Avísanos si descubres algo relevante —dijo Lyn, experta como de costumbre en usar las palabras adecuadas.

Yo, por mi parte, no encontraba nada que decir mientras miraba las alas caídas de mi padre. Solo quería abrazarlo, lo cual era ridículo: no le había dado un abrazo en mi vida. Podría provocarle un infarto, además, considerando las circunstancias del momento.

—Lo haré —declaró, en un intento fallido de sonar profesional y determinado—. Y hablaré con los fénix ancianos, si quieren recibirme. Volveré a... —Se quedó de nuevo sin palabras, mirando el cráter ennegrecido que teníamos al lado, como si fuera un pozo insondable de recuerdos que no podía alcanzar.

Ni siquiera Tared hizo un comentario mordaz.

—Puedo desvanecerte de vuelta a la Corte Dorada —se ofreció Beyla, adelantándose. Le echó un vistazo a Naxi—. Por favor, no muevas tu escudo hasta que regrese.

Agenor le aferró la mano extendida como si fuera un clavo ardiendo y, con un último destello, ambos desaparecieron.



Capítulo 7

Beyla regresó sin contratiempos al cabo de unos minutos, dentro del escudo de protección que mantenían Creon y Naxi. Su rostro delicado mostraba una expresión sombría que apenas se iluminó mientras se metía en la boca un puñado de almendras garrapiñadas.

–¿Y bien...? –dijo Tared.

Lyn y Naxi se apresuraron a regresar desde el borde del cráter quemado. Creon, que estudiaba las huellas de las quemaduras en el muro exterior de la ciudad, ni siquiera se molestó en darse la vuelta, pero yo sabía que captaría todas y cada una de las palabras pronunciadas a su espalda, y que probablemente las recordaría mucho después de que los demás las hubieran olvidado.

–Debo admitir –comenzó Beyla con un hilo de voz, entre bocado y bocado– que creo que dice la verdad.

Naxi se rio entre dientes.

–Oh, sí. Cuando dice que no sabe cuál es la verdad, está diciendo la verdad.

La mirada que intercambiaron los tres álfar fue más gélida que un amanecer invernal. Había un filo pétreo en sus ojos tan

inquietantemente parecido que, por un fugaz instante, parecieron gemelos.

–Sí –valoró finalmente Tared–. Yo también le creo. Lo cual...

No terminó la frase; no hacía falta. Lo cual significaba que, después de haber culpado a Agenor durante siglos, después de haber aceptado una alianza por pura necesidad y a regañadientes –asegurándose de compensar su disgusto con frecuentes comentarios mordaces–, en ese momento tenían que considerar la posibilidad de que el Lord de la Corte Dorada podría haber sido uno de los pocos que trataron de impedir la violencia.

Las deudas de honor y el odio desbocado no formaban una buena pareja, y todos parecían dolorosamente conscientes de ello.

–A este paso, dentro de una semana nos quedaremos sin fae que matar –gruñó Edored, lanzando una mirada torva a la espalda alada de Creon–. ¿Alguien quiere apostar cuánto tardaremos en descubrir que el bastardo de Ophion no es más que un pobre desgraciado incomprendido?

Creon jugueteaba distraídamente con una ramita de hiedra. La cortó con el cuchillo, usando una sola mano y con la otra en el bolsillo, ajeno a la conversación.

–Si no recuerdo mal –comentó Beyla al tiempo que masticaba almendras–, Ophion masacró a toda su familia mucho antes de que la Madre lo amarrara. Dudo que nadie tenga ninguna objeción si lo matas.

Edored asintió, aparentemente aliviado.

En la Corte Dorada, Lyn había llamado asesino al amante de la Madre, con un tono que desprendía un veneno poco habitual en ella. Hice acopio de valor antes de plantear la pregunta, consciente de que la respuesta no sería agradable:

–¿Mató a toda su familia? ¿Por qué? ¿Solo por diversión?

–Su casa se resistió a la Madre durante un tiempo, mientras ella estaba ocupada conquistando a todos los pueblos fae –respondió Beyla–. Ophion se ganó su favor enviándole la cabeza putrefacta de su padre y algunos dedos de su madre y hermanas. Si hemos prejuzgado a Ophion, sinceramente, no tengo grandes deseos de

replanteármelo. —Cruzó una rápida mirada con Tared—. ¿Deberíamos...?

Un destello azul la interrumpió.

Los álfar se giraron al unísono, desenvainando las espadas. Creon no se dio la vuelta, pero el negro de su camisa se había desteñido hasta convertirse en un marrón terroso, señal inequívoca de que había convocado magia azul. Frente a él, donde antes había ladrillos desgastados, musgo y enredaderas, ahora brillaba un pedazo de muro, prístino y pulido bajo el sol otoñal.

En esa superficie recién restaurada por su magia curativa se veían elegantes grabados.

Las formas me resultaban demasiado familiares. Bucles y espirales recorrían la superficie en líneas sinuosas, muy parecidas a la inscripción que enmarcaba la puerta del monumento subterráneo de Etele.

Lengua divina.

—Dioses míos... —jadeó Lyn, acercándose a mirar la inscripción—. ¿Cómo...? Oh. —Subió la voz, nerviosa—. Que Inika nos ampare, eso significa...

—¿Esa última palabra es *eruzke*? —preguntó Tared, frunciendo el ceño—. ¿Eso no significa «hermano»?

La sonrisa de Creon tenía el aire triunfante de un depredador que oliera sangre. Lo miré aturdida, dándole vueltas al significado de esa pista antes de atreverme a creer lo que significaba.

«Hermano». En este lugar, en ese idioma.

Eso... eso no podía ser verdad, ¿no?

—Es un epitafio —murmuró Lyn, jugueteando frenéticamente con sus rizos—. Está en hexámetro kurriano, habitual más o menos en torno a...

—¿Pero qué dice? —interrumpió en voz alta Edored, y sentí una absurda gratitud por no ser la única inculta incapaz de leer esas crípticas líneas.

—«Que encuentres...». —Lyn se volvió, con los ojos abiertos como platos—. «Que encuentres más paz de la que mereces, hermano».

Un silencio resonante se extendió por el cráter.

—Por el ojo de Orin —murmuró Beyla.

Apenas me atrevía a albergar el sentimiento imposible que se abría paso en mi interior: una oleada de esperanza, tan intensa que me oprimía el pecho y me impedía respirar. No debería haberme sorprendido tanto. Semanas atrás, había llegado a la conclusión de que los dioses podían seguir vivos, y estaba lo bastante segura como para persuadir al resto de la Alianza. Pero, hasta ese momento, no había tenido ninguna prueba; solo conjeturas y el sueño desesperado de que alguien supiera cómo restaurar una voz amarrada por la magia.

Aquello...

Aquello ya no tenía nada que ver con esperanzas y sueños.

—Entonces, sobrevivieron. —Mi voz se había vuelto áspera—. Sobrevivieron lo bastante como para que uno de ellos pudiera dejar esto aquí...

Mis ojos se cruzaron con los de Creon, y todo lo que estaba a punto de decir se consumió en una ráfaga de chispas al rojo vivo que estallaron en mi vientre. Puede que su sonrisa pareciera depredadora, pero el fervor que ardía en sus pupilas iba mucho más allá del simple impulso de un cazador: el destello de anhelo que había convertido el negro de sus ojos en una brasa ardiente me dejó sin aliento durante varios segundos.

Antes no se había atrevido a albergar esperanzas.

Ahora, sí.

Sentí una oleada de calor, una mezcla de triunfo y frustración. Malditos fueran los dioses, ¿por qué teníamos que hacer ese descubrimiento en aquel lugar, rodeados de compañeros de viaje que, sin duda, pondrían muy mala cara si me lanzaba sobre él y le arrancaba la ropa para celebrar la noticia como era debido?

¿Y cuánto tiempo llevaba mirándole fijamente?

Naxi contenía a duras penas un ataque de risa, tapándose la boca con la manga de color rosado chillón. Mala señal. Aparté la mirada de Creon, obligándome a concentrarme en la inscripción, y finalmente conseguí hablar:

—Bueno... —Maldije para mis adentros al darme cuenta de lo mucho que me temblaba la voz—. Esto nos da un objetivo, ¿no?

−Sí −dijo Tared lentamente, aunque no sonaba nada aliviado−. Eso parece.

¿Qué era lo que había esperado? ¿Que después de un par de días en aquel lugar me percatara de la insensatez de mi plan y aceptara volver a casa para desempeñar obedientemente el papel de salvadora de un puñado de ninfas aterradas durante el resto de la guerra?

O bien... Capté el brillo acerado de sus ojos cuando desvió las pupilas hacia Creon, y el corazón me dio un vuelco de nuevo, pero por un motivo mucho más desagradable. Quizá el problema fuera, una vez más, mi incapacidad para ocultar mi atracción por aquel fae asesino imposiblemente bello.

−Esto... −dije, aclarándome la garganta como si con eso pudiera borrar mi metedura de pata−. Entonces, ¿nos ponemos en camino?

Ninguno de los dos reaccionó. Tared había torcido ligeramente la cabeza y estudiaba a Creon con los ojos entrecerrados, como si intentara leer sus verdaderas intenciones escritas en tinta bajo la piel. Y, de pronto, pasé a ser espectadora de un duelo silencioso de miradas, una guerra de acusaciones tácitas. Me encontraba en medio de la indiferencia amenazante de Creon y la furia glacial de Tared ante lo que quiera que hubiera deducido de mi imprudente arrebato.

Naxi había parado de reír.

−Tared... −empezó Lyn.

Él no apartó la vista. La tensión centelleaba como el aire caliente de un día de verano, esperando la chispa, el último empujón, para estallar.

Creon enarcó una ceja llena de cicatrices. Una invitación, un desafío..., como si quisiera que todo reventara.

«Maldito sea... Malditos sean los dos», pensé. Di un paso adelante, sintiéndome como una balanza a punto de volcarse de forma desastrosa en una dirección u otra. La gravedad tiraba de mí a ambos lados: deseos, exigencias y expectativas infinitas. «Basta», podría decirle a Tared. «Estoy locamente enamorada de él. No es el villano que crees que es». Pero, si le decía eso, en el mejor de los

casos me consideraría una niñata ingenua y, en el peor, una frívola carente de moral. Y teníamos diez días por delante...

La balanza se inclinó hacia el otro lado.

—¿Habéis terminado? —les espeté, con tono mucho más mordaz de lo que pretendía. Le di la espalda a Creon con todo el desinterés que pude fingir y me acerqué a Tared, obligándole a apartar la mirada—. Deberíamos ponernos en marcha si queremos llegar al bosque antes de que anochezca.

—Em —dijo Tared en voz baja. No se movió. Apenas abrió los labios.

—¿Qué? —repuse, imitando su tono tranquilo y amenazador—. No soy yo la que no puede dejar de mirarle, ¿no te parece?

Poco sutil, pero eficaz. En un abrir y cerrar de ojos, la sorpresa inundó sus rasgos. Esbozó una sonrisa agria, acompañada de lo que parecía alivio.

—Mocosa...

—Pero no idiota. —Solté un resoplido—. ¿De verdad te cuesta tanto creer que no voy a caer rendida en los brazos de alguien que me haría daño?

Dudó un último instante y luego suspiró, asintió y se volvió hacia Beyla, que había ignorado la inminente explosión con una indiferencia encomiable.

—¿Necesitamos algo antes de ponernos en marcha?

La respuesta de Beyla fue breve y se redujo a un «no».

Ansiaba con cada fibra de mi ser acercarme corriendo a Creon y, como si no hubiera pasado nada, reanudar la conversación sobre inscripciones divinas..., pero Edored no dejaba de lanzarme miradas intrigadas. Y, tras cientos de horas de entrenamiento en las que había intentado en vano sorprender a Tared, sabía que él también se daría cuenta.

Me limité a echarle un rápido vistazo por encima del hombro. Los ojos oscuros de Creon eran ilegibles; su rostro, una máscara perfecta e imperturbable.

Lo entendería, ¿verdad?

Tendría que entenderlo, decidí finalmente con fastidio; no teníamos otra opción. Además, si quería dedicarse a pinchar a Tared,

tendría que lidiar con las consecuencias. Así que me armé de valor, ignoré la mirada de preocupación de Lyn y me alejé hacia el oeste del cráter, en busca del sendero que había mencionado Agenor.

No me costó mucho encontrarlo, y su estado no contribuyó demasiado a mejorar mi estado de ánimo. Zarzas espinosas y brotes de ortigas devoraban los adoquines antes nivelados, volviendo el camino casi intransitable. Teníamos tres horas de marcha hasta el bosque, según Agenor, pero eso era antes de que la naturaleza hubiera reclamado el sendero. Si teníamos que abrirnos paso a través de ese caos hasta nuestro destino, tendríamos suerte si llegábamos antes del atardecer.

Lo que significaba que sería un milagro si conseguía hablar con Creon en privado antes de que acabara el día.

La magia roja hormigueaba bajo las yemas de mis dedos. El color ansiaba que lo liberara del lino negro de mi práctico vestido de viaje. Tal vez pudiéramos abrirnos paso quemando todo aquello... El gris oscuro de las losas contenía color más que suficiente y, combinando los poderes de Creon y los míos, dudaba que las plantas opusieran mucha resistencia. Y, en realidad... Levanté la mano derecha, saboreando el cosquilleo familiar del poder corriendo por mis venas. En realidad, volar algo por los aires seguro que me levantaría la moral.

—Ay, cariño —dijo Naxi detrás de mí—. Te aconsejo encarecidamente que reconsideres lo que estás haciendo, Emelin.

Me giré de golpe, sintiendo que aumentaban las ganas de destruir algo, lo que fuera.

—¿Perdón?

—Oh, ya sabes —respondió vagamente, gesticulando sin señalar nada en particular. Detrás de ella se acercaban los demás: Lyn iba encaramada a Tared, Edored y Beyla caminaban con las espadas desenvainadas, y Creon los seguía a unos diez pasos de distancia—. Así es la vida, ¿no? ¿Te importa si me encargo yo de esto?

De hecho, no era una pregunta. Naxi pasó flotando a mi lado antes de que pudiera responder, tarareando para sus adentros una melodía relajante.

A sus pies, las enredaderas se retiraron, desatándose y deslizándose obedientemente como serpientes que se escabulleran entre las sombras.

—Vaya —murmuré, atónita.

Me lanzó una sonrisa deslumbrante.

—¿Vienes?

No tenía mucho margen de elección. Eché una última mirada por encima del hombro al cráter que había dejado la muerte de Korok, a las imponentes murallas de Lyckfort y los torreones de los templos que parecían rasguñar el cielo. Me ajusté la mochila a los hombros y eché a caminar sin mirar atrás, siguiendo la menuda figura de Naxi por el estrecho sendero.

Su tarareo sereno era el único sonido que rompía el lúgubre y obstinado silencio de lo que antaño habían sido las tierras de cultivo de la ciudad. Ni siquiera el sol otoñal lograba disipar la oscuridad que se cernía sobre aquel paisaje siniestro, como una niebla persistente que se filtraba del pavimento resquebrajado y de cada rama nudosa que se interponía en nuestro camino. No se oían pájaros ni grillos en aquel lugar. No había señales de vida; tan solo se movía el viento que susurraba entre los arbustos. Un hedor a podredumbre flotaba en el aire. Poco después, pasamos junto a los primeros carros y carretas abandonados, con los caballos y bueyes carbonizados aún atados a sus yugos.

Por lo menos, allí no se veían muchos cuerpos humanos. Pero el silencio antinatural del paisaje maldito por la plaga me recordaba a cada paso, incluso más que en Lyckfort, que allí éramos intrusos, que estábamos pisando un sendero que no había sido hollado por ningún ser vivo desde hacía siglos.

Cuando Creon me alcanzó y percibí su silueta alta y oscura por el rabillo del ojo, la maraña de sentimientos de miedo, triunfo y nervios dio paso a un auténtico alivio durante unos segundos.

Entonces recordé que el resto del grupo nos seguía de cerca y que todos estaban pendientes de cada mirada que intercambiábamos. Me obligué a mantener la vista al frente, a los esqueletos de cobertizos que asomaban entre la maleza.

Caminamos, caminamos y caminamos. Creon no se apartó de mi lado mientras el paisaje se iba volviendo más accidentado, las colinas más altas, los carros abandonados más escasos. No apartaba las manos de los cuchillos y mantenía las alas a punto de desplegarse, listas para volar, dispuesto a agarrarme en brazos y sacarnos de ese mundo muerto donde solo un escudo invisible de magia evitaba una muerte dolorosa y terrible. Era el consuelo más seguro, más tranquilizador, de no ser...

... por la frialdad que vi en los ojos de Tared la primera vez que hicimos un breve descanso, y que se intensificaba cada vez que miraba a Creon.

Y por las penetrantes ojeadas que echaba Edored por encima del hombro cuando reanudamos la marcha y acabé detrás de Beyla y él, una posición en la que no podía vigilar a Creon sin girar la cabeza de forma muy poco sutil.

Al principio fue fácil ignorarlos; las zarzas y los inquietantes restos de los asentamientos humanos eran una distracción de las miradas incendiarias del álfar. Pero cuando el sol estaba a punto de ocultarse por el escarpado horizonte, Edored empezó a susurrar a Beyla en tono urgente. En el silencio sepulcral de aquel continente muerto, sus siseos eran demasiado audibles.

—... no deja de acosarla... es incapaz de... y si Em...

¿Y si yo... qué? ¿Y si de repente me arrojaba a los brazos de la Muerte Silenciosa, después de pasar tres meses encerrada en una biblioteca con él?

Salvo que Edored ignoraba aquello.

No me atreví a mirar a Creon; sus agudos oídos debían de captar absolutamente todo, incluso lo que se me escapaba a mí. Edored no lo sabía, y tampoco Beyla ni Agenor; ni siquiera Tared estaba al corriente. Pensándolo bien, la única persona que sabía cuánto tiempo había pasado en compañía de Creon era Lyn: mis supuestas horas de lectura en solitario en la biblioteca, mi supuesto tiempo a solas en mi dormitorio...

Para la mayoría de la familia, el único tiempo que habíamos pasado juntos era cuando practicábamos magia y durante las comidas. Y, de pronto, estaba recorriendo el continente a su lado.

No alcancé a entender las respuestas de Beyla, serenas y en voz baja, pero, a juzgar por la estruendosa carcajada de Edored, no fueron muy efectivas.

Por el amor de los dioses... Podía imaginarme la escena: Edored irrumpiendo en las habitaciones de sus amigos cuando regresáramos al Subterráneo, todo alterado. «Imagínate», le gritaría a Njalar mientras vaciaban juntos una botella de hidromiel. «Diez días en el bosque de Zera, ¡y no le quitó los ojos de encima ni un segundo!».

Y luego se enteraría Hrodmar, el primo de Njalar, y a la mañana siguiente lo sabría Anrida, la chica que claramente no estaba enamorada de Hrodmar, qué va, y luego ella se lo contaría a sus amigas Hyndla y Siguna cuando comieran juntas como todas las semanas, y Siguna se lo contaría a la matriarca de su casa, que no era otra que la amargada Valdora, de la casa de Svirla. Y si Valdora se enteraba, sin duda lo dejaría caer como si nada en la siguiente reunión del Consejo, tras lo cual todos estarían convencidos de que, después de todo, yo no era más que una fae boba y ligera de cascos.

Sin duda, las ninfas, los fénix y los vampiros del mundo exterior lo descubrirían muy pronto. Sería la confirmación perfecta de todo lo que la Madre les había estado diciendo: el motivo ideal para abandonar la rebelión antes incluso de que empezara la guerra.

Edored seguía murmurando en un tono demasiado alto.

El sudor frío hacía que se me adhiriera la mochila a los hombros, y notaba la ropa pegajosa mientras subíamos lo que parecía la centésima cuesta. Tenía que hablar con Creon. Tenía que averiguar qué íbamos a decir y hacer para cortar de raíz las sospechas. Pero, si rompía mi silencio en ese momento, después de llevar horas callada, sería demasiado evidente que estaba reaccionando a los murmullos y acusaciones...

No pasaría nada por esperar unas horas, ¿verdad?

Me obligué con tozudez a mantener los ojos fijos en el cielo azul que se extendía más allá de la loma, evitando mirar la silueta alada de Creon.

Al fin, Edored dejó de cotillear. Pero no fue gracias a mi férreo autocontrol ni a los tranquilizadores murmullos de Beyla, sino a que

habíamos alcanzado la cima de otra colina, una de las más altas hasta el momento, cubierta por una maraña de vides tan abundante que sospeché que debía de haber sido un viñedo en un pasado lejano. La cabaña que coronaba la cumbre aún conservaba buena parte del tejado, aunque se hubieran derrumbado algunos muros por el peso de las parras. Delante de nosotros había otras colinas más bajas entre las que serpenteaba el camino adoquinado.

Y más allá, como a un kilómetro de distancia, el bosque de Zera brillaba bajo el sol de la tarde. El verdor intenso de los árboles centelleaba como si el cielo estrellado hubiera encontrado su hogar entre las hojas.

La foresta se extendía hacia el norte y el oeste hasta donde alcanzaba la vista: un manto infinito de vegetación que cubría colina tras colina, hasta fundirse con las cumbres afiladas de las montañas que desgarraban el cielo de color cobalto. Al sur... Allí debía de estar su límite, en las tierras de Etele, donde Zera nunca había tenido demasiado poder. Si los árboles aún respetaban esa antigua frontera, la linde se encontraba demasiado lejos para que pudiéramos verla.

Al contemplar la inmensidad sobrecogedora del bosque, me invadió una sensación familiar: el estremecimiento de insignificancia que había sentido de niña cuando escalé las dunas de Cathra para contemplar el océano infinito durante horas y horas, y supe, con total certeza, que ningún barco encontraría jamás su final.

Se me secó la boca. Una vez más, había subestimado de forma desastrosa el tamaño que podía tener el bosque. Diez días... Demonios, aunque Zera estuviese viva, podríamos pasarnos una década vagando por sus dominios sin llegar a vislumbrar a la diosa. ¿En qué demonios había estado pensando para apostarlo todo a una empresa condenada al fracaso?

Aun así, nadie abrió la boca para sugerir que sería mejor dar media vuelta y dedicar nuestro tiempo a tranquilizar los ánimos de nuestros posibles aliados.

—No tardará mucho en anochecer —comentó Beyla, mirando el sol con los ojos muy abiertos—. Podríamos seguir durante una hora, probablemente, quizá un poco más, pero creo...

–... que sería mejor no entrar de noche en el bosque –terminó Lyn, haciendo una mueca al mirar la arboleda que se abría ante nosotros.

No dije una palabra, aunque estaba de acuerdo. El bosque de Zera tenía una belleza inquietante desde lejos, con ese verdor intenso y el extraño fulgor que despedían las hojas bajo el sol. Pero su belleza era ominosa, como la del Laberinto que había bajo la Corte Carmesí. Imaginé raíces nudosas que se enroscaban en torno a mis piernas y brazos, cortezas ásperas que se cerraban a mi alrededor, y no pude contener un escalofrío.

–Y aquí tenemos refugio –añadió Beyla, señalando con la cabeza la casa semiderruida–. No me importaría contar con un par de paredes durante nuestra primera noche en el continente. No tenemos ni idea de lo que puede depararnos este lugar.

–Podríamos seguir caminando y aparecer aquí al atardecer –meditó Tared–. Pero...

–Yo podría acercarme hasta la linde con Naxi –se ofreció Beyla– y luego llevaros a los demás hasta allí mañana por la mañana. No hace falta que todos caminemos de más, si el último tramo es seguro.

Yo no debía de ser la única que tenía los pies en carne viva y llenos de ampollas, porque su propuesta fue aceptada con inusitado entusiasmo.



Capítulo 8

Revisamos el cobertizo y no encontramos más cuerpos carbonizados que los de algunos animales de corral. Las habitaciones estaban curiosamente intactas: los muebles de madera oscura estaban resecos como huesos, y parte de la vajilla de porcelana blanca y azul se había resquebrajado, pero las mantas seguían tendidas desordenadamente sobre las camas, como si los habitantes se acabaran de despertar hacía unas horas.

Respiré de alivio cuando nadie sugirió utilizar los dormitorios, pero me sentí como una profanadora de tumbas cuando Lyn encendió la chimenea del salón y Tared encontró un trapo para limpiar algo del polvo del suelo. Cuando dejé la mochila en una de sus sillas del comedor y me quité las botas sudadas de los pies, sentí que los ojos de los granjeros muertos me vigilaban.

Naxi y Beyla dejaron el equipaje y se escabulleron para echar un vistazo rápido a los dominios de Zera antes de que se pusiera el sol. Tared se dispuso a buscar un pozo o un arroyo cercano, y le lanzó el trapo a Edored antes de partir.

—¿No puedo encargarme de hacer la cena? —sugirió Edored, mirando el paño con el ceño tan fruncido como si fuera una rata

muerta.

—La última vez que intentaste hervir un huevo, estuviste a punto de quemar la cocina —gruñó Lyn con impaciencia—. Ocúpate de limpiar, ¿quieres?

Le eché una rápida mirada a Creon, que se recostaba contra la pared más alejada como si pensara quedarse allí el resto de la noche. Era poco probable que se presentara una oportunidad mejor.

—Yo me encargo de la comida, si Creon está dispuesto a ayudarme —propuse.

—Muy bien —asintió Lyn, en el mismo momento en que Edored replicaba:

—¿Y para qué necesitas su ayuda?

—Para cortar las cebollas —dije, poniendo los ojos en blanco—. Todo el mundo sabe que los demonios nunca lloran.

Hasta Creon contuvo la risa. Fue apenas un leve temblor en la comisura de los labios, pero bastante perceptible para unos ojos atentos. Noté cómo se destensaba ligeramente el nudo que tenía en las tripas al absorber ese instante de vulnerabilidad como si fuera una bocanada de aire fresco.

Si era capaz de reírse, no le habría molestado demasiado mi silencio durante toda la tarde, ¿verdad?

Edored se rindió y se puso manos a la obra, refunfuñando y maldiciendo mientras quitaba el polvo de la mesa y las sillas de cuero cuarteado que había junto a la ventana. Me di cuenta de que no había telarañas en las vigas del techo, ni agujeros de termitas en la madera. Incluso los insectos debían de haber muerto en las primeras oleadas de la plaga, dejando esa cabaña desierta y congelada en el tiempo.

Lyn salió al porche con un montón de mapas para intentar localizar nuestra posición exacta. Nos dejó a Creon y a mí a solas con Edored, que parecía tan molesto por la situación como decidido a actuar de carabina. Mientras abríamos las bolsas de comida y hacíamos inventario, el álfar nos observaba con recelo, murmurando de vez en cuando que se alegraba de que, por una vez, Creon estuviese cortando chirivías en lugar de niños inocentes.

Para mi alivio, Creon lo ignoró. Mis nervios no eran capaces de soportar más de un encontronazo al día.

Elegimos los ingredientes, guardamos el resto y empezamos a picar. Creon apenas levantaba la vista; solo se detenía de vez en cuando para darme unas rápidas instrucciones por señas. Pero cuanto más tiempo pasábamos sentados junto al fuego, preparando la comida, más se semejaba aquel silencio a la serenidad concentrada que nos había rodeado durante aquellos días en su cabaña. Su dedicación se filtraba incluso a través de la máscara indiferente de la Muerte Silenciosa.

Ese silencio era infinitamente más cómodo que la barrera tensa que se había interpuesto entre nosotros durante todo el día.

Encontré un gran caldero de cobre que podíamos utilizar, y conseguimos asegurarlo sobre el fuego tras algunos experimentos mágicos. Creon salteó las cebollas hasta que adquirieron el tono justo de dorado y su apetitoso aroma inundó la estancia, y yo añadí lentejas, chirivías y cebada según sus indicaciones, maravillada de que aquellos ingredientes tan humildes se estuvieran convirtiendo en un sustancioso estofado ante mis ojos. Aquella casa en ruinas en medio del continente era muy diferente de la belleza etérea de su cabaña, y, sin embargo, me sentía como si estuviéramos de regreso en la corte de la Madre, preparando nuestra cena en aquella mesa de abedul.

Codo con codo, siguiendo de forma instintiva el ritmo del otro, como siempre lo habíamos hecho.

Tared regresó con las cantimploras llenas y olfateó el aire con un hambre que intentaba disimular. Poco después entró Lyn, radiante, anunciando que había localizado nuestra ubicación y podía marcarla en sus mapas, y también preguntando por qué demonios no cocinábamos nosotros más a menudo cuando estábamos en casa.

La mitad de la familia se negaría a probar bocado, signó Creon con ironía.

Miré a Lyn, que parecía tímida y diminuta al ver los gestos, y luego a Tared y Edored, que fingían no estar observándonos. Tras las ventanas rotas, el cielo se iba tiñendo lentamente de naranja y rosa melocotón. Naxi y Beyla no tardarían en volver.

¿Y si empezábamos la instrucción de Lyn en ese mismo momento? Tal vez lo mejor fuera hacerlo en público; al menos, así estaríamos dejando claro que no teníamos nada que ocultar.

–¿Creon? –le llamé. Levantó la vista y dejó de remover las lentejas, con los ojos cautelosos y las alas caídas–. ¿Y si le enseñamos a Lyn las señas básicas? Podría ser útil, en vista de que no tendremos muchos pergaminos donde escribir en el bosque.

–¿Qué? –gritó Edored.

No me atreví a mirar a Tared, que estaba sentado en el alféizar, disfrutando de los últimos rayos de sol. Se había quedado petrificado, y noté que el resplandor que lo rodeaba no era tan fuerte como de costumbre.

Creon se limitó a darse la vuelta, dejando el guiso en el fuego. Si le sorprendió la sugerencia, no lo demostró. Se limitó a enarcar lentamente una ceja.

–Si no es mucha molestia... –La voz infantil de Lyn sonó demasiado aguda–. Yo... pensé que...

No terminó la frase, consciente de que todos los presentes sabían exactamente lo que había estado pensando, y de que cualquier mentira piadosa que dijera por cortesía sería olvidada al cabo de un minuto.

–Podríamos empezar por el alfabeto –sugerí alegremente, fingiendo no darme cuenta de la tensión sombría que se extendía por la habitación–. Te lo aprenderás de memoria en una tarde, como mucho.

¿Estás segura de esto?, signó Creon.

–¿Por qué no?

Se encogió de hombros.

Tared podría intentar cortarme los dedos mañana.

–No si estoy yo delante –respondí; era la única frase que se me ocurrió que no delataría de qué estábamos hablando–. Y creo que todos estamos de acuerdo en que sería poco práctico que te pusieras a buscar un pergamino si nos atacaran dragones.

Pensaran lo que pensaran decir los dos álfar que estaban detrás de mí, aquel argumento tan razonable bastó para dejarlos mudos.

Creon volvió a encogerse de hombros, con una sonrisa en los labios que me dijo que sabía perfectamente lo que estaba haciendo.

Volviéndose hacia Lyn, le hizo una seña: *Toma asiento.*

—Eso es «toma asiento» —dije, dando un paso hacia el fuego para remover el guiso, mientras Creon se sentaba en la desgastada alfombra junto a la chimenea y cruzaba las piernas—. El primer signo es «tomar», pero en realidad también lo utilizamos para todos los conceptos relacionados: «absorber», «agarrar» y cosas parecidas. «Asiento» es simplemente... asiento.

—Vale —dijo Lyn, encaramándose a uno de los dos sillones de cuero con los ojos entornados—. Así que vuestra lengua es semánticamente compositiva, ¿no?

—Eh... —vacilé.

Sí, indicó Creon con un gesto seco.

Hice una mueca.

—Al parecer, lo es.

Dile que el orden es con verbo inicial. Eso también le ayudará.

—Hablas como si nos hubiéramos inventado una gramática —protesté, mientras raspaba unas lentejas rebeldes que se habían pegado al fondo del caldero. Creon soltó una risita a mi lado—. Dice que es con verbo inicial, Lyn. Yo digo que deberías usar el orden de palabras que más te guste.

—Gracias —respondió ella con una risilla nerviosa—. Veo que enseñas idiomas igual que los aprendes.

La fulminé con la mirada por encima del hombro.

—Eso no viene al caso.

Pero no es mentira, signó Creon.

Le taladré con la mirada a él también, pero aparté rápidamente la vista: si observaba el brillo ardiente de sus ojos un solo instante más, iba a sonrojarme más de lo que podría atribuir al calor de la lumbre. Había algo en aquella situación que estaba subiéndole el ánimo más de lo que nunca me había atrevido a soñar.

Me esforcé en que mi voz sonara lo más exasperada posible.

—¿Empezamos con el maldito alfabeto, o queréis seguir regodeándoos en vuestros conocimientos gramaticales?

Lyn contuvo una carcajada.

—Enséñame el alfabeto, venga.

Así lo hicimos, aunque la demostración se vio interrumpida por Edored, que pareció decidir que era el momento ideal para afilar una espada que no había usado en todo el día. Tared permaneció inmóvil junto a la ventana, mientras el cielo empalidecía y luego se oscurecía, y nosotros repasábamos los veinticuatro signos del alfabeto. No me interrumpió, ni siquiera pronunció una sola palabra... Pero sentía sus ojos fijos en mi nuca, y sabía que sus pensamientos hacían juego con los chirridos de la piedra de afilar de Edored contra la hoja de acero álfar.

—Pero me da la sensación de que esto debería seguir un sistema más elaborado —se quejó Lyn por quinta vez, apartándose los rizos rojos mientras intentaba imitar los gestos de Creon—. ¿Esto por qué es una uve? ¡Ni siquiera se parece!

Pregúntale a Em, deletreó Creon, que parecía encantado de endosarme la culpa a mí. A la luz temblorosa del fuego, el atisbo de sonrisa en sus labios resultaba a la vez amenazador y reconfortante: un desafío y una advertencia.

—Ni que tuviera yo la culpa de haberte obligado a aprender esto —dije, sin poder reprimir una carcajada mientras le apuntaba con la cuchara de madera manchada de lentejas, fingiendo indignación—. Si querías un sistema, quizá deberías haber contribuido en lugar de...

Beyla y Naxi se materializaron de la nada a escasos centímetros de mí.

No debería haberme sorprendido. No después de meses en una casa álfar, y cuando sabía que volverían al atardecer. Pero me sobresalté, di un respingo y reculé por reflejo, dando un brinco hacia atrás antes de caer en quiénes eran y de dónde venían.

Tropecé con el reborde de piedra que había alrededor de la lumbre.

Y todo giró vertiginosamente.

Reaccioné por instinto de la forma menos sensata, en un arrebato de pánico. Mis pensamientos eran como fogonazos. *Fuego. Caída. Peligro*. La cuchara de madera cayó al suelo. Mi mano salió disparada hacia delante. Mis dedos se agarraron a lo primero que

encontré para evitar caer directamente a las llamas que había encendido Lyn...

El caldero de cobre que colgaba sobre ellas.

Durante un instante congelado en el tiempo que se me hizo eterno, no existimos nada más que el fuego y yo, mirándonos fijamente, enredados en una maraña de miembros y calor abrasador.

Entonces llegó el dolor.

Una agonía al rojo vivo recorrió cada nervio de mi palma, reduciendo el mundo a voces que gritaban, ardor y el hedor sofocante a carne quemada. Unas alas batieron a mi espalda. Unas manos familiares me rodearon los brazos y me arrastraron hacia atrás. Me golpeé la espalda contra una pared de madera y apenas lo sentí: solo sentía el fuego que me abrasaba la mano, un dolor tan intenso que casi me hizo vomitar.

Alguien gritaba mi nombre.

Alguien gritaba que trajeran agua.

Y, de pronto, el dolor... se esfumó.

No desapareció, exactamente. Pero el tormento atroz que me impedía pensar con claridad se redujo a un latido punzante, y volví a ser consciente de lo que me rodeaba. Edored soltaba juramentos. Naxi pedía disculpas una y otra vez.

Una mano me agarró la muñeca y unos dedos fuertes expusieron mi palma ardiente al aire fresco. Vi un fogonazo azul que inundó la habitación a través de las lágrimas.

De inmediato sentí un gran alivio.

Me dejé caer contra la pared mientras el dolor se desvanecía, respirando entrecortadamente. Los dedos que sostenían mi mano no la soltaron. Parpadeé una, dos veces, y me encontré con el rostro afilado de Creon a escasos centímetros del mío: el pelo alborotado, los labios tensos en una mueca silenciosa, las alas extendidas bloqueando la vista de lo que me rodeaba. Su rostro estaba muy pálido, demasiado, y un ligero brillo de sudor le perlaba las sienes.

Aquello... aquello no era solo miedo, ¿verdad?

Mis pensamientos iban con varios segundos de retraso respecto a lo que veía. Esos dientes apretados, ese brillo salvaje en sus ojos... No era una mirada de preocupación, sino más bien de...

¿Dolor?

Bajé la vista hacia la palma de mi mano. La piel antes quemada estaba intacta, fina y tersa en contacto con sus dedos marcados de tinta. Solo entonces caí en la cuenta de que el dolor había desaparecido mucho antes de que me curara.

Magia demoniaca.

Se me cortó la respiración.

Cuando alcé la vista, me dio la sensación de que Creon estaba todavía más cerca, aunque no se hubiera movido ni un ápice. Su aroma me envolvió, una fragancia a verano, a miel y avellanas. De repente, reconocí sus ojos: eran enteramente suyos. No eran los ojos crueles y amenazantes de la Muerte Silenciosa, ni los indiferentes y soberbios del príncipe fae, sino simplemente los ojos de mi amante, que me examinaban en busca de heridas que aliviar, sacrificios que ofrecer.

Por un momento, el mundo se redujo a los dos y al espacio que había entre nuestros labios... Y, al instante siguiente, recordé que nos estaban mirando.

Otra oleada de pánico me invadió y corrió por mis venas. Maldición... Había tres pares de desconfiados ojos álfar en la estancia. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí plantada, mirándolo embobada como una damisela en apuros a punto de desmayarse en los brazos de su salvador? Apenas instantes, pero si a mí me habían parecido una eternidad, a los ojos de Tared sin duda también lo serían.

¿En qué demonios estaba pensando?

Retiré la mano de un tirón y pasé bajo su ala izquierda, apartando el terciopelo oscuro en mi apuro por alejarme de la atracción irresistible e irracional de cada glorioso centímetro de su cuerpo. Mi corazón galopaba a un ritmo vertiginoso, y notaba los latidos en la garganta. El contacto de Creon continuaba ardiendo en mi piel, con una intensidad que hacía que me costara contener una blasfemia en voz alta. Dondequiera que mirara había ojos desorbitados por la sorpresa. La mano de Edored se cerraba en torno a la empuñadura de su espada, la de Tared apretaba la cantimplora que tenía más a mano...

El guiso seguía burbujeando tranquilamente en el fuego, ajeno a todo. El caldo y las lentejas hervían a borbotones en medio del silencio.

—Estoy bien —dije finalmente, obligándome a mentir.

No, no estaba bien. Después de la escenita de aquella tarde, de todas las sospechas que había alimentado sin querer..., ¿cuánto habría revelado en ese estúpido descuido?

—Dioses míos... —mascullé—. ¿Sería mucho pedir a los álfar que fuerais un pelín más considerados con el lugar donde aparecéis, la próxima vez que tenga la nariz justo encima de la lumbre?

—Lo siento mucho, Em. —La ya de por sí frágil voz de Beyla sonó aún más débil de lo normal—. No me había dado cuenta...

—No pasa nada. —Me dejé caer en la silla más cercana sin atreverme a mirar a Creon, dándome cuenta de que las rodillas me temblaban sin control. No quería hablar del tema; lo único que deseaba era que dejaran de pensar en lo que acababa de pasar—. Estoy bien. Todos seguimos vivos. ¿Podemos cenar, por favor?

—Por supuesto —se apresuró a decir Lyn. Pero vaciló al levantarse, y sus ojos se deslizaron hacia el sitio donde debía de seguir Creon, de pie a mi espalda—. Yo... Gracias —añadió, con un tono de disculpa inconfundible.

«Por las virtudes de Zera...», dije para mis adentros. ¿Le había dado yo las gracias a Creon?

No... No lo había hecho, ¿verdad?

Pero cuando me giré en el asiento de cuero cuarteado, clavándome las uñas en la palma recién curada, vi que Creon no me estaba mirando. La leve inclinación de cabeza que le dirigió a Lyn rezumaba una indiferencia aburrida y arrogante: era la mirada del asesino calculador que me había salvado de las llamas solo porque yo aún tenía que desempeñar un papel en sus planes.

Detrás de mí, Edored se puso a sacar platos antiguos de la alacena, con tanto estrépito como si un caballo hubiera irrumpido al galope en el taller de un alfarero.

—¿Creon? —murmuré.

Deslizó la mirada hacia mí con una frialdad inconfundible, sin que el más leve atisbo de sonrisa atravesara aquella máscara glacial.

¿Estaba fingiendo para guardar las apariencias ante nuestro severo público?

O más bien...

Un nudo de nervios me revolvió el estómago. Creon me había apartado del fuego más rápido que nadie, y no había dudado en absorber el dolor abrasador en su propia carne antes de curarme: había preferido sufrirlo él antes que dejarme sentir un segundo más de aquella agonía.

Y yo lo había descartado como si no fuera nada. Me había alejado a toda prisa de él, como si fuera un monstruo que había que evitar a toda costa.

—Creon... —volví a susurrar.

No se volvió. Se pasó una mano por el pelo para alisarse los mechones rebeldes, se apoyó contra la pared y observó con ojos insondables cómo los demás colocaban platos, cucharas y cucharones. Para cualquier testigo, no era más que una cáscara vacía. Incluso para mí.

Una punzada de alarma me congeló las entrañas. Y él tenía que estarla sintiendo. Y, sin embargo, continuó sin mirarme.

Mierda.

Mierda...

Teníamos que hablar. Teníamos que hacerlo en ese mismo instante. Pero Edored se dejó caer en la silla de al lado soltando una sarta de improperios y Tared ni siquiera sonrió a Lyn cuando la fénix se sentó a su lado con un plato de lentejas estofadas. Si me acercaba a Creon para mantener una charla íntima, tomarían nota. No lo olvidarían. Y no se quedarían callados. Y, tarde o temprano, aquello llegaría a los oídos de gente que no debía saberlo.

No me levanté de la silla.

Casi ni me enteré de la conversación durante la cena. Hubo cumplidos por la comida que había preparado Creon, pero todos fueron dirigidos exclusivamente a mí. Comentaron algo sobre el bosque de Zera, que a Naxi le había parecido extraño, y a Beyla, una hermosa pesadilla. Discutieron sobre nuestra posición en el mapa y la ubicación del templo de Zera, en las profundidades del bosque.

Esperé a que todos terminaran, deseando que se durmieran de una vez para poder escabullirme sin que se dieran cuenta. Necesitaba buscar refugio en los brazos de Creon, explicarle lo que había pasado. Pero cuando Naxi acabó su plato, dijo con despreocupación:

—¿Te importa si hago yo la primera guardia, Creon? Odio madrugar.

Por todos los dioses, ¿qué estaba haciendo?

Creon se limitó a encogerse de hombros, asintió y sacó de la mochila una manta pulcramente doblada. Solo entonces, cuando se puso en pie con elegancia, su mirada se desvió hacia mí, igual de fría que antes de la cena.

—¿Necesitas ayuda con algo? —farfullé; no era ni de lejos lo que le hubiera dicho de haber estado los dos solos. «Lo siento. Te quiero. ¿No ves que intento mantenernos a salvo a los dos?».

Alzó la mano y le echó un vistazo a Tared. Fue fugaz, pero bastó para que yo cayera en la cuenta del terrible error que había cometido.

Lyn no era la única presente mientras charlábamos alegremente sobre el lenguaje de señas, mientras le enseñábamos el alfabeto y los gestos que iban saliendo en la conversación. Lo que significaba que cualquiera de ellos podría haber aprendido lo suficiente como para entender lo que decíamos.

En aquel viaje, ni siquiera nuestras señas serían privadas.

Aparentemente, Creon había llegado a la misma conclusión. No me respondió más que un impasible:

Que descanses.

—Gracias. —Mi respiración se había vuelto entrecortada—. Tú también.

Pero él ya se había dado la vuelta para buscar un lugar más tranquilo.



Capítulo 9

Me desperté con la espalda rígida y dolorida sobre un suelo de madera que crujía, con las fosas nasales llenas de olor a polvo y podredumbre y una manta fina como único abrigo: un sustituto lamentable de unos brazos fuertes y unas alas de terciopelo.

Creon...

Los recuerdos de la noche anterior me golpearon como un puñetazo en plena cara, y me levanté tan bruscamente que estuve a punto de rasgar la manta.

La luz brumosa de la mañana se filtraba por las ventanas y los agujeros del techo, bañando la estancia en un resplandor engañosamente apacible. Edored dormía a mi lado abrazado a su mochila, con su abrigo de cuero doblado como almohada. Tared y Lyn se habían instalado en la esquina opuesta. El espacio que había entre sus almohadas improvisadas sugería que se habían tumbado a medio metro de distancia, pero el cuerpo menudo de Lyn había terminado acurrucado contra el pecho de Tared, entre un revoltijo de mantas y rizos rojos brillantes.

No veía a Creon por ninguna parte.

Me incorporé de un salto y me dirigí tambaleante a la parte trasera de la casa, restregándome los ojos mientras revisaba rápidamente los dormitorios y la despensa. Todo vacío: solo encontré a Naxi durmiendo en uno de los jergones, arrellanada tranquilamente sobre el viejo colchón como si aquella casa no estuviera contaminada hasta el último rincón por el horrible destino que habían corrido sus habitantes.

Si Naxi dormía y no estábamos ardiendo por la magia de la plaga, Creon tenía que estar despierto y cerca.

El nudo de mi estómago se hizo más fuerte. No había esperado a que me despertara... ¿Significaba eso que no quería hablar conmigo?

Reprimí una maldición y salí de puntillas por la puerta trasera, que colgaba torcida de las bisagras oxidadas y chirrió un poco cuando la empujé para abrirla. Ante mí se abría un panorama de viñedos asilvestrados, colinas y montañas, no menos sobrecogedor entre los jirones de niebla blanquecina que cubrían el paisaje bajo el dorado resplandor de la mañana. En el caos vibrante de la maleza distinguí restos de animales carbonizados, un cobertizo derruido... y ni rastro de Creon.

Me abrí paso entre la hierba perlada de rocío, aspirando profundas bocanadas de aire fresco en un intento de calmar mi ansiedad. Solo di unos pasos, pero me dio tiempo a pensar en los cientos de reproches amargos que Creon podría escupirme a la cara, en cada una de las miradas gélidas que me había dirigido la noche anterior.

El corazón se me paró en seco durante un instante infinito cuando doblé la esquina y divisé su inconfundible silueta alada en el porche.

Estaba sentado, con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la pared. Con el abrigo extendido sobre los hombros, garabateaba en una hoja que tenía en el regazo. Tardó demasiado en levantar la vista, y aún más en guardarse el pergamino y el lápiz en un bolsillo.

La frialdad había desaparecido de su mirada, pero aquel cansancio resignado y pesado no suponía ninguna mejora.

—Esto... ¿Buenos días? —musité.

Suspiró.

Buenos días, Em.

Nada de *cactus.* Cero sonrisas. Mientras me acercaba, sorteando las tablas medio podridas del porche, me sentí como una exploradora que se aproxima al pecio de una nave naufragada sin saber si en el interior le espera un tesoro o la muerte.

–¿Has dormido algo?

Su encogimiento de hombros fue, presumiblemente, un «no». Él también había pasado la noche en vela. Recordé la rápida intervención de Naxi para evitar que habláramos la noche anterior y me pregunté si habría sido intencionada; si sabía lo que se ocultaba bajo la fachada de hielo de Creon y había decidido que era mejor que me mantuviera alejada de él hasta que se calmara.

Un desagradable escalofrío me recorrió la espalda.

–Lo siento. –Mi voz sonó débil y diminuta–. Debería haber actuado mejor.

Mantuvo las manos inmóviles en el regazo mientras apoyaba la cabeza en la pared y cerraba los ojos. Pero sus labios articularon: «No pasa nada».

No era lo que esperaba que dijera. No sentí el menor alivio al contemplar la máscara inexpresiva de su rostro, el duro rictus de la mandíbula y la línea rígida de sus labios.

–Pero no se te ve muy feliz –conseguí articular finalmente.

Movió los dedos entonces, pero mantuvo los ojos cerrados.

¿Esperabas que estuviera contento?

–No. –Sentía cómo perdía el control de la conversación a cada palabra que pronunciaba–. No, pero tenía la esperanza de que...

La frase murió mutilada en mis labios. Tenía la esperanza de que comprendiera que era necesario. Que no podíamos permitir que Edored difundiera a los cuatro vientos la bomba de que estábamos enamorados. Esperaba que lo viera como un secreto compartido, no como un sacrificio que le quitara el sueño.

No pasa nada, repitió, pero con señas. Sin embargo, no desplegó el ala para atraerme hacia su cuerpo, y a sus labios no asomó ni un atisbo de sonrisa. *No quieres que lo sepan. Probablemente sea lo más sensato. Puedo soportarlo unos días.*

Unos días actuando como si Creon no significara nada para mí, fingiendo que compartía las espantosas opiniones que tenía todo el mundo sobre él y todo el desprecio que él sentía por sí mismo... «Que Zera me ayude», pensé. Debería haberme planteado todo aquello antes de arrastrarlo alegremente junto a la mitad de la familia álfar en esa búsqueda.

—Te quiero —susurré, encorvando los hombros—. Por favor, avísame si alguna vez soy tan estúpida como para hacerte dudarlo, ¿quieres?

Se puso rígido durante un breve instante y luego se desplomó contra la pared, apoyando las alas en la madera ajada.

Em...

—Ah, estáis aquí —dijo Beyla a mi espalda. Su voz frágil sonó estruendosa en el silencio del continente muerto—. ¿Desayunamos?

Me di la vuelta. Estaba descalza, vestida con una camisa de hombre y pantalones de cuero. Su melena de un rubio apagado estaba suelta y le caía casi hasta la cintura. Tenía en la mano una trenza de pan generosamente untada de mantequilla, y no llevaba a la espalda la mochila ni sus dos espadas.

De algún modo, se la veía más en su elemento en aquel territorio inexplorado que en la seguridad del Subterráneo.

—Ah... —me obligué a responder, reprimiendo el impulso de levantarme de un brinco y empujarla para que volviera a meterse en la casa. Ya era bastante comprometido que nos hubiera visto acurrucados en el porche; no podía permitirme que sospechara más—. Sí. Sí. Gracias.

Le lanzó a Creon una mirada fría, suspiró al ver que no movía un músculo y terminó por sentarse a mi lado. Partió el pan en tres partes con sus dedos ágiles y delgados, me tendió el pedazo más grande y le ofreció a Creon el más pequeño. Cuando le miré para sugerirle que intercambiáramos las porciones, se había girado y contemplaba el sobrecogedor paisaje con la indolencia de un príncipe deseoso de volver al civilizado mundo de los bailes y los fastuosos banquetes.

Imposible que aceptara ayuda, aunque fuera un detalle tan mínimo como ese, delante de testigos.

Así que me tragué el ofrecimiento y mordisqueé mi trozo de pan, confiando en que Beyla se marchara tras asegurarse de que yo aún tenía toda la ropa puesta. Para mi decepción –aunque no para mi sorpresa–, no lo hizo.

Tocaba darle conversación, entonces. Si me quedaba callada, pensaría que nos había interrumpido en medio de una situación embarazosa, así que me armé de valor y murmuré:

–¿Estás contenta de volver a viajar?

Una tenue sonrisa se deslizó por su rostro. Parecía melancólica, pero un poco menos vacía de lo habitual.

–Nunca entenderé por qué hay tantos inmortales que renuncian a viajar durante siglos. Con todo el tiempo que tenemos...

Hice una mueca.

–No sé si soy la más indicada para hablar de eso. Durante la mayor parte de mi vida, ir en barco a la isla de al lado me parecía una aventura emocionante.

–La vida humana... –Su sonrisa se congeló, tal vez al recordar que había sido ella quien me había condenado a esa vida cuando, sin saber de mi magia, me había dejado en la puerta de Valter y Editta–. ¿Agradeces haber sido arrastrada a este embrollo?

Aunque nunca me había planteado esa pregunta, la respuesta cristalizó en mis pensamientos con claridad meridiana: sí, lo agradecía infinitamente. Daba gracias incluso al incendio que había calcinado mi antigua vida aquella noche que lo cambió todo. Incluso allí, mucho más lejos de Cathra que nunca, la idea de haber pasado el resto de mis días rodeada de murmullos asfixiantes y expectativas imposibles me ponía los pelos de punta.

Sin embargo, a juzgar por el tono de voz de Beyla, esa no era la respuesta que esperaba.

Al fin y al cabo, me habían arrastrado cruelmente de un hogar seguro para llevarme al infierno traicionero de la Corte Carmesí. De no ser por la intervención de la Alianza, aún viviría a merced de la Muerte Silenciosa y sus despiadados juegos.

Así que me reí, o emití un sonido lo más parecido que pude, y dije:

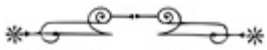
–«Agradecer» no es la palabra que escogería, la verdad.

Beyla soltó una carcajada y siguió comiendo en silencio.

Intenté seguir su ejemplo, pero el pan dulce me supo seco y polvoriento, con un regusto amargo a mentira; ese comentario banal convertía en un chiste todo lo que habían significado para mí los meses anteriores. Vi por el rabillo del ojo la silueta de Creon: era una mancha oscura e inmóvil. No me atreví a volver a mirarlo. Que los dioses me ayudaran, ¿qué pensaría Beyla si teníamos otro instante de intimidad delante de ella?

Creon lo entendería. Me había dicho que no pasaba nada. Solo serían unos días. Podíamos soportarlo unos días.

Pero cuando se levantó y volvió a entrar en la casa unos minutos después, no me dedicó ni una mirada. Ni siquiera una fugaz y gélida.



Cuando volví a entrar, ya se había despertado todo el grupo menos Naxi. Tared estaba doblando mantas. Edored devoraba las sobras de las lentejas estofadas. Junto a la ventana, Lyn le daba bocados a una rodaja de melón mientras acribillaba a Creon a preguntas sobre cómo signar tal o cual palabra y cómo diferenciar señas que tenían similitudes absurdas y significados tan alejados como «mesa» y «paisaje».

Mientras empacaba, Tared seguía todos los movimientos de los dedos de Creon con ojos de halcón. Sus rasgos estaban endurecidos por una fría determinación: claramente, tenía intención de aprender el lenguaje de signos antes que nadie, sin otro motivo que el puro despecho.

Me quedé junto a la chimenea unos instantes, buscando la mirada de Creon. Necesitaba recibir alguna pista de que lo había entendido, que no se había marchado del porche en un arrebato de furia. Pero por más que me echaba hacia delante en el sillón de cuero, inclinándome para participar en su conversación con Lyn, y por más sonrisas radiantes que me dedicara la fénix entre bocado y bocado, Creon no me miró ni una sola vez.

Y eso, en un hombre que siempre me miraba, que se fijaba en mí antes de que pudiera parpadear o abrir la boca, solo podía ser

deliberado.

¿Estaba realmente enfadado, entonces?

No; tenía que estar fingiendo. Traté de convencerme de que estaba representando un papel mientras me daba por vencida y me marchaba a guardar las cosas en la mochila; no debía sacar conclusiones precipitadas de la frialdad de la última mirada que me había dedicado, ni de que estuviera prestando más atención al suelo que a mi presencia. Simplemente estaba cumpliendo su parte para ocultar nuestra relación, como yo le había pedido...

Pero aquello no era lo que yo le había pedido.

Sí, quería ocultar que lo amaba y que llevaba tres meses durmiendo en su cama todas las noches. Pero no era ningún secreto que manteníamos una amistad, ¿no? La noche anterior habíamos estado charlando tranquilamente bajo la atenta mirada de Tared. No había necesidad de fingir que éramos dos desconocidos, así que ¿por qué había decidido cambiar de estrategia de forma tan absurda?

Hice el equipaje a toda velocidad, desorganizando mi cuidadosa disposición de ropa y víveres. Aquello tenía que ser una estrategia, alguna solución inteligente a un problema que yo todavía ignoraba. Me había dicho que no pasaba nada. Realmente no había razón para sospechar que hubiera ningún otro motivo detrás de su indiferencia.

No podía estar portándose así como venganza, en un intento pueril de hacer que me sintiera tan desgraciada como él por la situación, me dije..., pero no fui capaz de descartar la idea con total convicción.

Por el amor de los dioses... Lo mejor sería fregar los cacharros y concentrarme en otra cosa que no fueran las incesantes preguntas que le hacía Lyn al otro lado de la habitación. En cuanto nos pusiéramos en camino, sin duda todo volvería a su cauce.

Los demás fueron rápidos, con la velocidad de quien lleva siglos repitiendo las mismas rutinas. Cuando regresé del arroyo que había detrás de la casa con una pila de cuencos limpios, las mochilas ya estaban cerradas, la comida guardada, los abrigos abrochados y las armas ceñidas. Naxi no tardó más de cinco minutos en prepararse, después de que Lyn la despertara por última vez; su parloteo feliz

sobre los sucesos de la noche anterior contrastaba con la tensión palpable que impregnaba la estancia.

Creon no me miró.

«Solo está fingiendo».

Tuve que repetírmelo con tozudez mientras nos reuníamos en torno a Beyla y él la agarraba tranquilamente del brazo, en lugar de buscar el mío.

No hubo tiempo para hacer preguntas, ni para darle una patada en sus puñeteras espinillas musculosas y exigir que dejara de portarse como un imbécil. El caserío bañado por el sol se desdibujó a nuestro alrededor, creando un torbellino de colores palpitantes que se fundió en las tonalidades esmeralda y azul lavanda de un bosque distinto a todos los que había visto en mi vida. El paisaje borró de mi mente incluso las miradas gélidas de Creon durante un instante de aturdimiento.

El follaje salpicado de estrellas que había visto desde lejos no me había preparado para aquello.

Incluso Edored guardó silencio cuando solté el brazo de Beyla y avancé de puntillas unos pasos por el sendero de adoquines, hacia la linde del bosque. Hacia el límite recto y abrupto donde las enredaderas y los arbustos se convertían en... algo completamente distinto.

Algo tan hermoso como inquietante.

Los árboles del bosque de Zera eran demasiado altos y rectos, torreones que se alzaban cientos de metros hacia el pálido cielo matutino como pilares de mármol cubiertos de una corteza lisa y gris. Apenas se filtraba la luz del sol a través de las densas copas verdes y los jirones de niebla que flotaban entre las ramas. Los pocos rayos que llegaban al suelo cubierto de musgo y helechos centelleaban como estrellas, reflejándose en las hojas y los arroyos en matices de plata y lavanda.

Aquel sitio olía a crepúsculo. Una fragancia cálida y seductora: el perfume de un secreto a punto de revelarse.

«Una hermosa pesadilla», era como lo había descrito Beyla, y había sido muy amable: ese mundo podía atraerte como un canto de sirena y no dejarte marchar nunca. Y, sin embargo...

Había algo que me resultaba familiar.

Di otro paso adelante.

—Em —murmuró Tared, con un tono de advertencia claro en aquella única sílaba.

—¿Es muy antiguo este sitio? —Me di la vuelta y busqué a Creon con la mirada. Se hallaba dos pasos por detrás de los demás, con la mano izquierda apoyada en la tela negra de su abrigo. Sus ojos indescifrables escrutaban las profundidades grises y púrpuras del bosque—. Porque hay algo que me recuerda...

Asintió antes de que acabara la frase, leyéndome el pensamiento a pesar de esquivar mis ojos con obstinación.

—No hay mucho escrito al respecto —confesó Lyn, jugueteando con sus rizos mientras le lanzaba una mirada cautelosa—. Las fuentes más antiguas parecen sugerir que el bosque ya existía cuando aparecieron las primeras ciudades humanas, lo que puede significar...

—¿Estaba aquí antes que los dioses?

Se mordió el labio inferior.

—Lo que estás diciendo es que te recuerda al Laberinto, ¿verdad?

Volví la vista hacia el bosque silencioso e inmóvil. Había una amenaza latente brillando bajo las cortezas y el musgo. No se parecía ni remotamente a la oscuridad tachonada de gemas del Laberinto que había bajo la Corte Carmesí..., pero la sensación de magia dormida era similar: la atmósfera parecía impregnada de un poder que llevaba allí eones.

—Debemos ser corteses —dije.

—¿Ser... qué? —barbotó Edored.

—Corteses. —Lo fulminé con la mirada—. Amables. Agradables. No buscar conflictos. ¿Eres capaz de hacerlo?

El ceño fruncido que le dedicó Edored al bosque no era nada prometedor.

—Lo dices como si yo fuera un borde, Rompenarices.

—Por el amor de los dioses —murmuró Tared, intercambiando una mirada con Lyn y Beyla. Conocía las historias sobre el Laberinto. Sabía cómo se defendía, y que tenía una larga historia de muertes y desapariciones inexplicables. Si el bosque de Zera tenía algo en

común con él...–. ¿Es que tenemos que mandarte de vuelta a casa, Edored?

La idea no me pareció mal; de ese modo, me libraría de uno de los vigilantes que seguían todos y cada uno de los movimientos de Creon con mala cara. Pero Edored se limitó a bufar que no era ningún idiota y que tendría cuidado con lo que decía, y Beyla se encogió de hombros para dejar claro que no se ofrecía voluntaria para encadenarlo a su dormitorio en el Subterráneo.

–Vamos a probar –dijo Naxi alegremente–. Tiene una energía peculiar, pero no lo noto de mal humor por ahora.

–Por ahora –repitió Lyn con un gruñido, lanzándole una mirada de advertencia a Edored.

¿Quieres ir tú primero, Em?, signó Creon, ignorando el refunfuño ofendido de Edored con una tranquilidad que parecía deliberada. *Te desenvolviste en el Laberinto con bastante facilidad.*

No había ni sombra de cumplido en sus gestos; no se percibía el menor orgullo. Si no lo hubiera conocido tan bien, habría pensado que me enviaba a mí primero para tantear el terreno y que fuera yo quien recibiera el primer golpe de la magia con la que pudiera atacarnos el bosque.

¿No iba a ofrecerse a acompañarme, como siempre hacía?

–Puede adelantarse cualquiera –intervino Tared bruscamente antes de que yo dijera nada, con ojos como puñales–. ¿Por qué tiene que ser Em la que corra el riesgo?

«Maldita sea...», pensé. Tenía que hablar con Creon acerca de lo que estaba haciendo; si seguía, la mala opinión que tenía Tared sobre él iba a ser aún más difícil de revertir. Forzando una risa despreocupada, me encogí de hombros y dije:

–¿De verdad creéis que os dejaría ir primero cuando no tenéis ni idea de a qué os enfrentáis?

–Em –musitó Lyn–. Por favor, ten cuidado.

Pero yo ya había pasado el punto de no retorno; estaba demasiado alterada como para preocuparme. Di dos pasos más y me encontré en la línea invisible entre el mundo mortal y lo que fuera que nos aguardaba en ese bosque, con los pies aún en la hierba y los ojos fijos en el fulgor etéreo del musgo más allá.

Avancé otro paso.

Un aire fresco y vigorizante me envolvió al pasar aquella barrera invisible, como si me hubiera rociado una ola, pero sin humedad. Era el aliento de algo vivo, algo vivificante. El olor del bosque se hizo más fuerte, una fragancia de bayas maduras y abedules en flor. Pero nada se movía a mi alrededor, y no se oía ni el más leve susurro entre los arbustos.

Tenía la boca seca por más que tragaba saliva.

—¿Buenos días?

No hubo reacción.

Pensé en el Laberinto dormido en las profundidades de la tierra, desesperado por obtener compañía y amistad. Aquel lugar parecía un poco distinto, algo más sereno, más digno... ¿Pero cuánto tiempo habría pasado desde la última vez que había recibido a un visitante?

Desechando mis dudas, añadí lentamente:

—Espero que no te importe que te hagamos una visita. Hemos leído mucho sobre ti. Y dado que, por lo visto, nadie ha rondado por esta zona desde hace tiempo... Bueno, pensamos que valdría la pena correr el riesgo y venir a conocerte.

Una leve brisa otoñal se alzó entre las ramas. Me rozó al pasar y me puso la piel de gallina en los brazos y los hombros. Reprimí el escalofrío que estaba a punto de recorrerme la espalda. ¿Era una advertencia? ¿Una señal de aprobación? ¿O simplemente viento?

—Si prefieres que nos marchemos —continué, pugnando por mantener la voz firme—, por favor, háznoslo saber. No te molestaremos. Pero sería una pena que no pudiéramos conocer un poco más de este hermoso...

Algo se movió bajo los helechos y el musgo.

Cerré la boca de golpe.

Detrás de mí, con la voz extrañamente amortiguada por la barrera que separaba el bosque del resto del mundo, Tared me llamaba, instándome a salir de allí de una maldita vez. Naxi le decía que no fuera tan aguafiestas. Edored soltaba imprecaciones. Pero yo me quedé congelada en el sitio, y ante mí...

Los arbustos se separaron como si abrieran los brazos para darme la bienvenida, creando un camino estrecho y sinuoso que se

adentraba entre los árboles.

Una invitación.

Los demás se callaron de golpe.

Solté una carcajada entrecortada, deseando que no me temblaran las manos de forma tan exagerada. El bosque tenía conciencia, desde luego. ¿Agenor lo sabría, o siempre había achacado las extrañas características del bosque a una magia divina indeterminada, igual que la verdadera naturaleza del Laberinto había permanecido oculta durante siglos?

—¿Te importa que mis amigos se unan a mí? —pregunté—. Estamos todos muy emocionados; Lyn reunió suficientes libros sobre ti como para crear media biblioteca. —Era un halago, y sonaba creíble—. Solo somos siete, así que espero que no te molestemos demasiado.

El camino se ensanchó sutilmente.

—Oh. —Se me escapó otra risa—. Muchas gracias. En tal caso...

Eché un vistazo por encima del hombro, buscando a Creon. Estaba observando el bosque con una sonrisa fría. Había un toque de triunfo en la expresión de sus labios.

¿Estaba, al menos, complacido con cómo había abordado aquello? Era imposible de adivinar: continuaba esquivando mi mirada.

—En tal caso —repetí, obligándome a apartar la vista y centrarme en la sonrisa radiante de Naxi y el ceño fruncido de Edored—, ¿venís?

Naxi cruzó la frontera de un brinco, con Beyla pisándole los talones. Los demás avanzaron más despacio. Creon atravesó la línea con las manos en los bolsillos y las alas plegadas, como si estuviera paseando por un jardín; su aire de indiferencia habría sido más inofensivo y convincente de no ser por todos los cuchillos que relucían en su cinto y por las cicatrices tatuadas que pregonaban su violento pasado ante cualquier espectador.

—Parece que tenías razón —susurré cuando pasó a mi lado.

Me hizo un gesto seco con la cabeza que, más que un «Bien hecho, lo hemos conseguido», decía: «Obviamente».

Por el amor de los dioses...

Pero Lyn me abordó antes de que pudiera tirar de él y exigirle que me explicara a qué estaba jugando.

—Es incluso más impresionante de lo que habíamos leído, ¿verdad, Em? —dijo, con una voz que sonaba bastante más aguda de lo normal—. No me extraña que los humanos lo adoraran antes de la plaga.

Al menos alguien había entendido lo que teníamos que hacer. Ignorando las preguntas sin respuesta que me retorcían las entrañas, le eché un vistazo a Edored, que continuaba con la cara tan avinagrada como si estuviera caminando con una china dentro de la bota.

—Es precioso, desde luego. ¿No crees, Edored?

Soltó un resoplido.

—Desde luego —dije, esperando que el bosque juzgara que el sonido del álfar indicaba acuerdo—. Y, además, es mucho más acogedor y amable de lo que esperábamos. Lyn, ¿crees que sabrá dónde se encuentran los lugares interesantes como... como el templo de Zera, por ejemplo? Porque eso nos facilitaría mucho las cosas...

Antes de que pudiera terminar mi frase, el sinuoso sendero se reorganizó entre los árboles, desplazándose ligeramente hacia el norte como el agua que cambia de curso.

—Creo que eso es un sí —balbució Lyn, sonando aturdida.

—¡Por supuesto que sabe dónde se encuentra el templo! —exclamó Naxi alegremente, acariciando el árbol más cercano con una sonrisa cariñosa—. ¡Qué lugar tan emocionante! Ojalá hubiera venido antes. ¿Seguimos, entonces?

—Pero... —Edored lanzó una mirada frenética a su alrededor. Sus pupilas oscilaron del sendero recién formado hacia mí, y de mí hacia Naxi, como si esperara que alguien tuviera la decencia de poner fin a aquella ridícula farsa y le invitara a jugar a las cartas y a beber cerveza—. ¿En serio queréis que caminemos por donde nos diga? ¿Sin cuestionar nada? Como si un estúpido bosque supiera...

—Edored... —masculló Beyla.

—... de qué va todo este asunto. A ver, no es más que...

Hubo un rumor profundo bajo nuestros pies que hizo que Edored no terminara la frase. Era más una sensación que un sonido. El álfar se quedó paralizado, con los ojos desorbitados, mostrando el blanco alrededor de los iris.

El trueno sobrenatural enmudeció, pero el recuerdo perduraba y flotaba ominoso en el aire. No me atreví a moverme. Apenas me atrevía a respirar.

—Creo que ha quedado muy claro —declaró Tared con una serenidad rotunda—. Este bosque sabe muy bien lo que hace, Edored. Discúlpate, ¿quieres?

—¿Qué? —graznó Edored, alzando la voz.

—Has insultado a nuestro anfitrión. —Inclinó la cabeza hacia los árboles, que habían dejado de crujir—. Pídele perdón.

—Estás de broma, ¿no? —La risa de Edored sonó demasiado estridente—. Ni que fuera yo el que monta un berrinche porque alguien hace una pregunta lógica, ¿hace falta que te lo recuerde? ¿Por qué este maldito bosque no...?

Creon se desplazó antes de que me diera tiempo a abrir la boca.

Fue más rápido que Tared. Más rápido que la aguda advertencia de Lyn y el grito de alarma de Naxi. Un batir de alas oscuras, un destello negro y bronce al borde de mi visión, y Edored y él rodaron por el suelo cubierto de musgo en una maraña de miembros, alas y bramidos indignados que no lograron mitigar el estruendo sordo de...

... de una bellota tan grande como una cabeza, que se estrelló en el punto exacto donde estaba Edored una fracción de segundo antes.

—¡No! —le gritó Naxi al árbol al que estaba acariciando, sin aliento, en una voz lo bastante alta como para ahogar las maldiciones de Tared—. ¡Eso no es necesario! ¡No pretendía ofenderte! ¡Ha sido un malentendido!

Creon se incorporó, tirando de Edored con un solo movimiento fluido, y le tapó la boca con una mano llena de cicatrices tan enérgicamente que el álfar empezó a ponerse un poco morado. La mirada de la Muerte Silenciosa era como un presagio de tormenta, y

dejaba muy claro que no le importaría partirle el cuello a ese imbécil y librarse de él para siempre.

Pero después de ver la monstruosa bellota en el musgo –un proyectil lo bastante grande como para romper un cráneo–, ni siquiera Tared parecía dispuesto a protestar.

–Te rogamos disculpas –tartamudeó Lyn, con las mejillas pálidas bajo las pecas, mirando los árboles con nerviosismo. No se movió ni una hoja en respuesta–. Nuestro primo es... es un desastre, siempre mete la pata. Es que...

–De pequeño se cayó de un tejado –solté de repente, mirando a Edored con expresión suplicante, pero el álfar no paraba de luchar contra el agarre de Creon–. Se golpeó la cabeza contra una piedra y nunca volvió a ser el mismo. Es una historia muy triste, la verdad.

Edored forcejeó con más fuerza. Los brazos de Creon no cedieron ni un milímetro.

–Un accidente terrible –convino Lyn a toda velocidad–. Se nos ocurrió que hacer este viaje le animaría porque, bueno...

–Porque le vendría bien ver un poco más de mundo, al margen de sus cuatro paredes –concluí, torciendo el gesto en dirección al bosque–. El pobre muchacho no tiene muchos alicientes en la vida, ya sabes.

–Sí, gracias, Em. –La expresión de Lyn mezclaba una hilaridad desquiciada con el terror absoluto–. Pero puede que hayamos hecho mal en traerlo; no nos supondrá ningún problema mandarlo de regreso a casa. Solo tienes que decirnos si prefieres que se marche.

Por un instante, nada se movió, salvo Edored, que no dejaba de sacudirse, y los hombros temblorosos de Naxi, que hacía un esfuerzo colosal por contener la risa.

Entonces, tan deprisa que estuve a punto de perdérmelo, la tierra se abrió bajo la enorme bellota y se la tragó entera. El musgo fresco volvió a crecer sobre el agujero en un abrir y cerrar de ojos, como si el bosque dijera: «De acuerdo, olvidemos el incidente».

... «Por ahora».

Edored, finalmente, dejó de chillar y protestar contra la mano de Creon y miró aturdido el lugar que había estado a punto de convertirse en su tumba, parpadeando como un búho.

—Asombrosamente indulgente —declaró Tared, pero su fingida despreocupación era muy poco creíble, a juzgar por la furia contenida de su voz. La mirada que le dirigió a Edored no era mucho más amable que la de Creon—. Una sola palabra más, Bragedson, y yo mismo te amordazaré y te mantendré así el resto del viaje. ¿Te ha quedado claro?

Nunca le había oído llamar a su primo por el apellido y, a juzgar por la mansedumbre con la que Edored inclinó la cabeza, debía de ser algo rarísimo.

—Bien. —Tared vaciló un instante al volverse hacia Creon; en sus ojos de acero brillaba una chispa de gratitud y, al tiempo, todo lo contrario. «Deudas de vida», había dicho Lyn. Conociendo el honor álfar, salvarle la vida a Edored podía considerarse tanto una ofensa como un favor.

Creon se limitó a enarcar una ceja.

—Gracias —escupió Tared, forzándose a pronunciar la palabra como si fuera un insulto—. Yo me encargaré de él, si no te importa.

Con un sutil encogimiento de hombros, Creon retiró la mano y empujó a Edored para ponerlo de pie, con tal fuerza que el álfar estuvo a punto de perder el equilibrio. Beyla lo agarró del codo para evitar que se cayera, y le siseó algo cuando cometió el error de volver a abrir la bocaza.

Fuera cual fuese el mensaje, surtió efecto. Edored se tragó sus palabras sin discutir y se limitó a lanzarnos una mirada profundamente ofendida a Lyn y a mí.

—Si está zanjado el asunto —intervino Naxi, sin molestarse ya en ocultar su diversión—, ¿seguimos adelante?

Adelante... Hacia las profundidades de un mundo donde hasta las hojas podían ser armas letales, y un paso en falso podía suponer una sentencia de muerte. Miré a Creon en busca de consuelo, pero me había dado la espalda y tenía las manos metidas en los bolsillos mientras examinaba fijamente el camino. Ni su nuca ni sus alas me daban la menor pista de lo que se le estaba pasando por la cabeza ni de las posibilidades que estimaba que teníamos de sobrevivir.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Pero no tenía forma de hablar con él, y Zera nos estaba esperando en algún lugar de ese precioso infierno. Así que me aclaré la garganta y dije:

—Sí. Estoy deseando conocer el bosque.

Aquel día había dicho más mentiras que verdades.



Capítulo 10

Creon no caminó a mi lado. Durante la mayor parte del día, fue Naxi la que avanzó como flotando a mi derecha, parloteando sin cesar sobre los preciosos tonos azafrán del otoño, los impresionantes árboles de corteza entre blanca y grisácea y la luz deslumbrante que se derramaba sobre las hojas y las ramas.

Si estaba intentando distraerme de lo mucho que me ignoraba Creon, estaba fracasando sin remedio. Si se estaba dedicando a alejarlo de mí, en mi opinión, podía irse al infierno.

No lo dije en voz alta. Si la apartaba de un empujón, todos se darían cuenta y sacarían sus propias conclusiones.

Seguimos el estrecho sendero que se adentraba en el bosque, serpenteando entre colinas, árboles y pequeñas lagunas hasta que fui incapaz de distinguir el norte del sur. Ni siquiera el sol servía de guía, porque la bóveda espesa de las copas de los árboles impedía adivinar de dónde venía la luz. Cuanto más avanzábamos, más sentía que nos alejábamos de la realidad y nos adentrábamos en una especie de sueño febril, un paraíso inquietante que podía volverse contra nosotros con la misma facilidad con la que nos había permitido el paso.

A mi pesar, tenía que admitir que me alegraba de tener a los álfar cerca. Sin ellos, no habríamos tenido forma de regresar si el bosque decidía borrar el sendero tras nuestros pasos.

Lo único que se oía, al margen del entusiasmo inagotable de Naxi, era la voz de Lyn, que aprovechaba las horas muertas para interrogar a Creon sobre todas las señas que se le ocurrían. Hacía las preguntas en voz demasiado baja como para que yo las oyera con el cotorreo de Naxi, pero, de vez en cuando, a la fénix se le escapaba un resoplido exasperado y un «¿Cómo que no tienes una seña para decir "hexámetro"?» en un tono muy audible.

En cualquier otra circunstancia, habría sonreído ante su determinación de dominar esa nueva lengua tan pronto como fuera humanamente –o inhumanamente– posible. Pero allí el silencio de Creon era más ominoso de lo normal, y cada vez que giraba la cabeza veía que los álfar lo fulminaban con la mirada. Incluso esa inocente conversación parecía el preludio de un desastre.

Sin embargo, fueron pasando las horas sin que hubiera ninguna víctima. Al anochecer, no habíamos visto más que hileras e hileras de árboles; en el bosque no parecía haber más seres vivos ni divinidades errantes. Por lo que yo había visto del sendero, podríamos haber estado caminando en círculos todo el día. Pero Beyla parecía satisfecha cuando finalmente se detuvo en un pequeño claro, y Creon no mostraba ningún rastro de preocupación cuando volví la vista para encontrarme con su mirada por primera vez en horas.

Él siempre sabía dónde estaba el norte. Si nos hubiera engañado el bosque, ¿no nos habría avisado hacía horas?

Habría querido preguntárselo, pero me dio la espalda de inmediato y se soltó la mochila del hombro con un movimiento fluido y perezoso que hizo que se le abultaran los músculos y que me dejó la boca seca. Por si Tared me estaba mirando, aparté rápidamente la vista.

–¿Te importa que encendamos una pequeña hoguera? –decía Naxi al fondo, hablando con el bosque como si fueran viejos amigos–. Mantendremos controlado el fuego, desde luego, pero es que la comida fría es desagradable tan... fría.

La tierra se removió en medio del claro, creando una zona de arena donde las llamas de Lyn no podrían dañar nada. Me pregunté cuántos viajeros se habrían adentrado en aquella parte del mundo sin entender la verdadera naturaleza del bosque, y cuántos de ellos habían muerto de forma violenta y desaparecido sin dejar rastro tras haber partido una sola ramita.

—Bueno... —dijo Lyn, encendiendo el fuego con ramas secas que había recogido en el suelo y echándonos una mirada expectante a Creon y a mí—. ¿Os volvéis a encargar vosotros de cocinar?

Bendito fuera su corazoncito... Yo no me había atrevido a sugerirlo.

Pero no supuso ningún consuelo. Faltaba la camaradería cálida que habíamos tenido en la granja antes de que lo arruinara todo al achicharrarme. Creon hacía gala de una eficiencia implacable mientras escogía ingredientes; me daba instrucciones con gestos fríos y cortantes, y la mitad de las veces ni siquiera se molestaba en levantar la vista. Me corté un dedo mientras picaba zanahorias, y ni siquiera mi siseo de dolor hizo que apartara la mirada del pedazo de jengibre fresco que estaba pelando con rapidez y maestría.

Por el amor de los dioses...

Extraje demasiado azul de mi sudorosa túnica para curar el corte, y la piel de mi dedo se tiñó de un rosa tierno y vulnerable. Con una maldición ahogada, me limpié la sangre en los pantalones, miré por encima del hombro para comprobar si los álfar seguían ocupados montando el campamento para pasar la noche y musité:

—¿Creon?

Levantó la vista muy lentamente, como si estuviera haciendo acopio de fuerzas.

«Zera, ampárame», pensé. No debería ponerme nerviosa hablar con él. Nunca me había puesto nerviosa. Pero el atisbo de impaciencia que brillaba en sus ojos negros como la noche hizo que se me acelerara el corazón, y las palabras, que pretendían sonar indignadas, salieron en un susurro quebrado.

—¿Qué sucede? Dijiste que no pasaba nada. Si algo va mal, ¿no podrías decírmelo en vez de...?

–¿Em? –me llamó Tared desde el otro lado del claro, levantando la vista de los mapas que estaba estudiando con Beyla–. ¿Pasa algo malo?

«Tu maldita presencia», me dije con rabia.

–Cosas de la comida –repliqué, sabiendo que sonaba inverosímil incluso antes de pronunciarlo–. Nada importante.

Fulminó a Creon con la mirada –me dio la impresión de que era más por costumbre que por otro motivo–, se acercó al fuego y se dejó caer al lado, con el mapa aún en las manos.

–Si necesitas ayuda, dímelo.

Me costó muchísimo no lanzarle una zanahoria a la cara; si hubiera sido cualquier otro, creo que habría agarrado un cuchillo. ¿Es que eran incapaces de desaparecer un ratito? ¿No podían darnos ni cinco puñeteros minutos para hablar?

–¿Por si no soy capaz de trocear verduras yo solita?

–Por ejemplo –replicó tan tranquilo–. ¿Qué decías del templo, Bey?

–Los pocos informes que he leído dicen que se encuentra en una colina –respondió ella, acercándose como si no se diera cuenta de que yo estaba conteniendo impulsos homicidas–. Tal vez podamos verlo desde lejos. Si seguimos a este ritmo, deberíamos divisarlo mañana por la tarde...

Le eché una mirada rápida a Creon. Se encogió de hombros –ese maldito gesto indiferente– y vocalizó: «Estoy bien».

–Y yo soy un conejo morado –refunfuñé entre dientes.

–¿Qué? –dijo Tared, levantando la vista del mapa.

Creon no respondió a ninguno de los dos. Me centré en mi tarea en silencio, imaginándome que las zanahorias que cortaba con cuchillo eran álfar bienintencionados y padres que creían saber qué era lo mejor para mí.

En menos de media hora, aquella mezcolanza de ingredientes se transformó en una comida fragante en la ligera sartén de viaje que había traído Beyla. Para cuando todos nos llenamos la barriga de zanahorias especiadas y pan empapado en aceite de oliva, el crepúsculo había dado paso a la noche, y el resplandor dorado del fuego de Lyn era lo único que mantenía a raya las sombras del

bosque. Más allá de los árboles plateados, el mundo no era más que siluetas borrosas a la luz de las estrellas. Esa ominosa oscuridad podía albergar con la misma facilidad dioses esquivos o lobos hambrientos.

—Deberíamos montar guardia —observó Tared, rompiendo el silencio que se había cernido sobre nosotros durante casi toda la cena—. ¿Quieres que me quede despierto contigo, Naxi?

El mensaje implícito era muy evidente: no tenía la menor intención de vigilar junto a Creon. Naxi sonrió ampliamente, como si no fuera consciente de que ella era la alternativa menos mala, no la primera opción.

—Yo me encargo de la segunda guardia —se adelantó rápidamente Beyla: otra clara maniobra estratégica. Para alivio de Tared, Lyn no se quedaría despierta con Creon, y por prudencia familiar y decoro, tampoco lo haría yo—. ¿Tenemos que discutir de algo más, o me puedo ir ya a dormir un poco?

No esperaba que Creon fuera el que respondiera, pero se levantó sin vacilar e hizo unas señas, dirigidas a mí, pero visibles para todos los demás.

Voy a volar para hacer un reconocimiento rápido, a ver si localizo algo interesante.

¿En ese momento? ¿Después del anochecer, y cuando le tocaría estar despierto la segunda mitad de la noche? Parpadeé, olvidando brevemente mi enfado, y dije:

—¿No deberías dormir algo?

No estoy nada cansado. Se encogió de hombros, se sacudió el musgo de los muslos y volvió a mirarme, con un destello de desafío en sus ojos oscuros. *¿Vienes?*

Hasta el fuego pareció tensarse durante un instante.

Mi mente pasó de la preocupación a la comprensión de golpe, como si hubiera salido del agua helada. Vaya. Así que ese era su plan: secuestrarme, pero, en esa ocasión, sin que me resistiera; pensaba llevarme a algún lugar donde no hubiera oídos indiscretos. Donde pudiéramos hablar, donde pudiera averiguar a qué estaba jugando.

Bajo el cielo estrellado, envuelta entre sus brazos, sintiendo sus musculosos hombros y las batidas de sus alas contra el aire fresco de otoño.

Cada nervio de mi cuerpo se tensó al pensarlo, y bastó con mirar su alta silueta a la luz de la fogata para sentir un estremecimiento ardiente en lo más profundo de mi ser. Era el plan perfecto, salvo...

Salvo que todos y cada uno de los presentes sabrían que me había ofrecido voluntaria para pasar horas acurrucada entre los brazos de la Muerte Silenciosa.

No me atreví a mirar a los demás. Lo poco que capté por el rabillo del ojo de la expresión de Edored fue suficiente advertencia.

—No, gracias —respondí finalmente, fingiendo una risita despreocupada—. Algunos necesitamos dormir por las noches, ¿sabes?

Un rictus endureció los contornos de sus labios y fue como si se encerrara de golpe, dando un portazo. Asintió con la cabeza, se dio la vuelta en redondo y desapareció entre los árboles sin mirar atrás. Sus pasos eran inaudibles sobre el musgo mullido. Las sombras lo acogieron como a un viejo amigo y engulleron su silueta en un abrir y cerrar de ojos.

Me quedé mirando el lugar por donde había desaparecido durante demasiado tiempo. Noté un amago de náusea en el nudo que tenía en las tripas.

¿Debería haber ido con él? Maldición, tenía que saber que no podía hacerlo..., no delante de Edored, un álfar capaz de propagar rumores tan deprisa como un reguero de pólvora, rumores que llegarían hasta aquellos a los que necesitábamos para ganar la guerra.

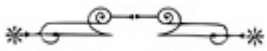
—Sorprendentemente inteligente —comentó Tared. Cuando me giré para mirarlo, en su rostro había una sonrisa irónica que se acercaba mucho al alivio. Junto al fuego, la expresión de Lyn mostraba todo lo contrario: la preocupación y el fastidio libraban una batalla en sus ojos ambarinos.

Naxi guardaba un silencio glacial al borde de mi campo de visión. Decidí que lo más prudente sería no cruzar la mirada con ella.

—¿Dormimos, entonces? —dijo Beyla.

Puesto que no tenía nada mejor que hacer, seguí su sugerencia.

Intenté mantenerme despierta hasta que Creon regresara, por si Beyla apartaba la vista en algún momento cuando les tocara montar guardia juntos. Pero estaba destrozada, tras un día entero de caminata y de darle vueltas a la cabeza. Ni siquiera el recuerdo de la mirada gélida de Creon pudo evitar que se me cerraran los ojos al calor acogedor del fuego de Lyn, y me rendí al sueño en cuestión de minutos.



No me desperté hasta que la luz del amanecer se filtró entre las hojas de color esmeralda, convirtiendo el claro cubierto de rocío en una joya reluciente. Las sombras entre los árboles habían desaparecido y la niebla matutina ascendía lentamente. No se veían lobos tras el remolino plateado, ni tampoco diosas fugitivas.

Podría ser mejor. También podría ser muchísimo peor.

Tared y Naxi eran los únicos que seguían durmiendo. Edored enjuagaba los cuencos en un arroyo cercano, con un ceño que dejaba claro que alguien le había obligado a hacerlo bajo coacción y amenazas de fuego y azufre. Beyla y Lyn estaban sentadas junto a la hoguera, encorvadas sobre los mapas, discutiendo en voz baja los planes de viaje para la jornada. Más lejos, apoyado tranquilamente en un árbol tan grueso como una cabaña, Creon miraba a la nada, con el pelo largo suelto sobre los hombros y las manos enguantadas para protegerse del frío matinal. Al fijarme en la inexpresividad de su rostro, fui incapaz de adivinar cuánto tiempo habría dormido, si es que había dormido algo.

No miró en mi dirección hasta que me incorporé. Tardó mucho en hacer un gesto de asentimiento, y fue demasiado seco: una inclinación de cabeza que reconocía mi existencia y poco más.

La escasa serenidad que me había proporcionado una noche entera de sueño se desvaneció en un torbellino de angustia.

Me puse de pie, muy consciente de los ojos que me seguían mientras murmuraba saludos distraídos al aire y recibía otros murmullos igual de vacíos. Creon no se movió, y me costó toda mi

fuerza de voluntad no echar a correr hacia él. En lugar de hacerlo, me obligué a estirarme lentamente para librarme del frío y a recoger mi desayuno antes de cruzar el claro y sentarme a su lado en la hierba cubierta de rocío.

Los dos palmos de aire que nos separaban eran más gélidos que la brisa matutina de invierno. La mirada de Creon seguía fija en la niebla arremolinada; sus alas no se movieron ni lo más mínimo en mi dirección.

—¿Encontraste algo anoche? —pregunté, rezando para que Beyla y Edored dejaran de prestarnos atención si la conversación parecía lo bastante práctica y razonable.

Encontré el templo, signó, subiendo levemente los hombros, como si ese hallazgo no fuera la culminación de muchas semanas de trabajo y desesperados esfuerzos. *Parecía desierto. Lo cual no tiene por qué significar nada, por supuesto. Puede que yo no sea la primera persona a la que Zera desee ver.*

Si hubiéramos estado en casa, le habría pinchado, bromeando sobre el mal gusto de las diosas. Me habría montado a horcajadas en su regazo y lo habría abrazado hasta que sus músculos perdieran toda la tensión, le habría soltado pullas e indirectas en voz baja hasta que recogiera el guante, aceptara el reto, respondiera y ganara.

Con tantos ojos vigilantes a mi alrededor, me limité a contestar:

—Tiene su lógica.

No reaccionó.

Arranqué un trozo de pan con los dedos trémulos, luchando contra el peligroso impulso de destrozar unos cuantos árboles y escabullirme con él, aprovechando el caos que sin duda se produciría después.

—¿Creon?

Con un suspiro casi imperceptible, giró la cabeza una pizca en mi dirección, manteniendo inmóviles las manos enguantadas, tan inexpresivas como su rostro.

Por todos los dioses... Me metí un pedacito de pan entre los labios y me tapé la boca con la mano mientras murmuraba:

—Tenemos que hablar.

Sí, respondió, bajando la mano con un gesto desganado, oculto tras su muslo. Continuó signando tan deprisa que me costó seguirlo incluso a mí: ningún álfar situado lejos y con un solo día de práctica de la lengua lograría entender nada. *Y sería mucho más fácil si no te empeñaras en anteponer a Edored y sus estúpidas opiniones.*

—Esto no tiene nada que ver con... —titubeé, recordando justo a tiempo que usar nombres, aunque susurrara, llamaría sin duda la atención—. Con eso. Estoy intentando ganar una guerra, ¿de acuerdo?

Enarcó una ceja.

Ni que fueras la única.

—No me digas —bufé—. En tal caso, ¿no deberías dejar de provocar a los álfar?

El silencio se hizo demasiado gélido, y solo entonces me di cuenta de la acusación punzante que latía bajo mis palabras frustradas. Durante un parpadeo, mantuvo los dedos inmóviles, suspendidos entre ambos. Después se levantó como un resorte, encogiendo los hombros con sequedad, y se alejó del mismo modo que la noche anterior: mostrando un desdén distante, una arrogancia airada.

—¡Creon!

Sonó demasiado fuerte. Demasiado desesperado. Todos los ojos del claro se volvieron hacia mí, sin molestarse en disimular.

Creon se agachó junto a su mochila y no se volvió.

Oh, mierda.

Noté el picor de las lágrimas, ardientes y dolorosas. ¿Así que solo estaba empeorando las cosas? ¿Creando aún más problemas, como si él hubiera estado tan normal hacía cinco minutos?

Joder, joder, joder.

—¿Qué pasa? —preguntó Edored en voz alta, llevándose la mano a la empuñadura de su espada—. ¿Estás bien, Rompenarices?

No tenía ningún derecho —ningún maldito derecho— a llamarme por ese apodo en aquel instante, a recordarme que me consideraba de la familia y que estaba portándose como un idiota insufrible solo porque se preocupaba por mi bienestar. Murmuré una vaga excusa, nada convincente, sin apartar la vista del pan mordido que tenía en la mano, pestañeando para disipar la bruma de las lágrimas.

Creon ignoró las miradas acusadoras de los álfar con una indiferencia fruto de siglos de práctica. No me dedicó ni el menor amago de sonrisa durante los largos minutos de preparativos para el viaje, y cuando nos pusimos en camino en un silencio tenso y agotado, se quedó unos diez pasos por detrás de mí, prefiriendo la compañía de Edored en la cola de la comitiva a la mía.

Era un mensaje más claro que ninguna seña que me pudiera haber hecho con los dedos: fuera cual fuese su juego, yo estaba jugando mal.

Pero ¿qué demonios intentaba hacer, tratándome como si fuera una desconocida delante de gente que sabía perfectamente que no éramos dos extraños?

«No pasa nada».

Y, sin embargo...

«¿Esperabas que estuviera contento?».

¿Era eso? ¿Me estaba mostrando lo desdichado que le hacía aquel viaje, ya que una conversación civilizada no iba a convencerme para que cambiara de actitud?

Eso... eso no parecía muy propio de él, ¿no?

No debería haberme dejado llevar por el pánico, al menos hasta después de haber hablado con él para saber qué era lo que le molestaba. Pero era más fácil decirlo que hacerlo, cuando llevaba horas y horas de caminata sin nada más que hacer que darle vueltas al asunto. Cada paso que daba me impulsaba a imaginar todo lo que iba mal, todo lo que podría estar destrozando por no echar a correr hacia él en ese mismo instante y caer rendida en sus brazos. ¿Era eso lo que quería Creon que hiciera? ¿Que mandara al cuerno al resto del mundo y a los aliados que tan desesperadamente necesitábamos?

Tal vez lo fuera. Después de todo, Creon siempre se las había apañado mejor solo... ¿Pero de verdad esperaba que yo hiciera lo mismo?

Y, de ser así, ¿tan difícil era decírmelo? Si me hubiera dicho «Em, no creo que pueda soportar esto», lo habría entendido. Pero esa absurda contradicción de palabras de consuelo y de desprecio... ¿Qué esperaba que entendiera yo?

Cuando cruzamos un claro y divisamos por primera vez el legendario templo de Zera, erguido sobre una colina a kilómetros de distancia, estaba demasiado alterada como para maravillarme ante las torres de mármol que destacaban sobre la vegetación o el manto de flores silvestres que trepaba por los arcos, adueñándose del santuario. Yo solo veía muros. Un muro significaba una oportunidad de tener intimidad. La intimidad podía llevar a la sinceridad o, al menos, a alguna explicación.

Pero, una vez más, el continente era mucho más grande de lo que podía imaginar, y tardamos horas en alcanzar el pie de la colina. Había una escalera de madera destartalada que ascendía por la ladera empinada y, a esas alturas, el sol ya había pasado el cénit. Mi frustración se había convertido en una jaqueca palpitante que empeoraba cada vez que miraba a Creon: su máscara impertérrita era tan tranquilizadora como una navaja en la garganta.

A mi llegada a la Corte Carmesí, la impresión que me produjo Creon fue la de encontrarme ante un cuadro, un retrato demasiado halagador que cobraba vida. Y ahora, de nuevo volvía a ser ese cascarón vacío, bello y peligroso. Sin embargo, esa fachada creaba una impresión muy distinta después de conocer al hombre que se escondía debajo, la persona a la que amaba más que a nadie en el mundo.

Porque Creon no podía dudar de eso, ¿verdad?

Los escalones de madera medio podrida gemían de forma alarmante mientras ascendíamos y se astillaban de vez en cuando bajo alguna pisada descuidada. De pronto, deseé tropezar de forma calamitosa y caer rodando por la pendiente; ni siquiera Tared podría protestar si Creon saltaba tras de mí para salvarme el cuello.

Pero mis piernas se comportaron a la perfección: tenía mayor control de mis músculos que nunca gracias a meses de entrenamientos diarios. Llegué a la cima de la colina con los pies doloridos y la espalda húmeda de sudor, pero ilesa.



Capítulo 11

El espacio que se abría ante mí debía de haber sido en tiempos un jardín encantador.

Rodeado de tres salas altísimas y galerías a las que no se les veía el fin en tres de sus lados, el patio del templo era una maraña de maleza y flores silvestres, con las baldosas de los senderos atravesadas por las raíces de los frutales. Las hojas podridas atascaban el intrincado sistema de drenaje, y la fuente pentagonal del centro tenía una desagradable pátina verdosa de algas y los dioses sabrían qué más.

Nada en el lugar sugería que alguien, diosa o mortal, hubiera intentado domar aquel caos en los últimos quinientos años.

—Bueno —declaró Naxi con despreocupación, lanzando la mochila al suelo en un gesto que dejaba muy claro que no pensaba dar ni un paso más—, creo que podemos concluir con seguridad que no está aquí, ¿eh?

Tragué saliva, sofocando una absurda punzada de decepción. Tendría que haber supuesto que no debía esperar gran cosa de este lugar, sobre todo después de lo que había dicho Creon tras su vuelo de reconocimiento. Aunque la diosa hubiera sobrevivido al intento de

la Madre de robarle su magia, ¿por qué iba a quedarse allí, en el centro de su antigua gloria, sin sus sacerdotisas ni su pueblo?

Aunque...

Me detuve tan bruscamente que Edored se chocó conmigo.

–¿Creon?

No evitó mi mirada; hubiera lo que hubiese tras su frío silencio, al menos no iba a poner en peligro nuestra misión. Sin embargo, su única respuesta fue una ceja enarcada.

–Aquí tenía que haber gente, ¿no? –dije lentamente–. El día que Korok murió...

Fue todo lo que necesitó para entender a qué me refería.

Sí. No encontré ningún cuerpo anoche.

Parpadeé.

–¿Y no se te ocurrió mencionarlo?

Respuesta equivocada, tono equivocado; su encogimiento de hombros tuvo un filo desagradable.

Estaba oscuro. Pensé que se me habría pasado. Además... Señaló el paisaje que se extendía bajo la colina, un panorama sobrecogedor que se perdía en el horizonte. *Es igual de probable que el bosque los haya enterrado.*

–¿Qué verbo ha sido ese? –preguntó Lyn, mirándole la mano con concentración feroz y los ojos entrecerrados.

Enterrar, deletreó.

–Oh. –Lyn soltó un suspiro de desagrado al caer en la cuenta–. Por supuesto. Igual que se deshizo de la bellota que estuvo a punto de matar a Edored.

Edored soltó un bufido débil, carente de la fuerza habitual. Tared le lanzó una mirada que decía «Cierra el pico», y su primo obedeció en el acto.

–Dudo que averigüemos nada si nos quedamos aquí pasmados, mirando los árboles –dijo Beyla, librándose de su mochila–. Echemos un vistazo a este sitio. Puede que haya alguna pista. –Frunció los labios–. Si no encontramos absolutamente nada aquí, no tengo ni idea de adónde deberíamos ir.

Suspiré. No quería ni pensar en la posibilidad de tener que registrar el bosque entero con tan solo siete días por delante; el

templo ya era de por sí gigantesco e imponente, mucho más grande que mi aldea de Cathra. En todo caso, ¿qué pista íbamos a encontrar? No consideraba muy probable que Zera hubiera decidido dejar una notita en la cocina con sus planes para los siguientes cinco siglos.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Tared, evitando deliberadamente mirar a Creon, aunque era el único del grupo que ya había visto el lugar.

—¿Creon? —le interpeló Lyn con tono de disculpa.

Las alas del edificio no parecían demasiado interesantes, respondió, trazando gestos más lentos de lo habitual, fáciles de seguir para los que no estaban familiarizados con la lengua. *Son dormitorios, comedores, enfermería... La parte central es el templo propiamente dicho.*

Dejamos las mochilas al pie de uno de los manzanos y nos dirigimos a la puerta que se abría en el extremo opuesto del patio, un imponente arco decorado con ramitas tan realistas que me pregunté si Zera las habría creado transformando madera real en piedra. Más allá, nos aguardaban pasillos en espiral, salas de oración, cortinajes que cubrían vanos y alcobas sombrías que parecían creadas con el único propósito de jugar al escondite. La luz vespertina entraba por unas ingeniosas rendijas bajo el techo, y el aire aún olía ligeramente a incienso de palisandro.

Nos adentramos en silencio en aquel laberinto, empujando las puertas con precaución y examinando cada rincón y nicho en busca de cualquier pista que pudiera haber dejado una diosa. El polvo se arremolinaba bajo la luz dorada del atardecer, y el sonido de nuestros pasos sobre las baldosas de color verde pálido resonaba en los techos, donde aún se adivinaban restos de color de los antiguos frescos. Pasamos junto a largas inscripciones en lengua divina, montones de libros carcomidos que hicieron que Lyn estuviera a punto de llorar, altares con flores marchitas esparcidas entre exvotos y velas a medio consumir..., pero no encontramos ni un solo cadáver y ni rastro de la divinidad.

Era como si las sacerdotisas y los fieles se hubieran marchado hacía siglos sin mirar atrás.

El crepúsculo se cernía sobre el bosque cuando llegamos al corazón del templo, una sala pentagonal y oscura, en cuyo centro había...

Un árbol.

Un único roble retorcido y nudoso, cuyas raíces se hundían bajo las baldosas de mármol de un verde traslúcido. Las ramas llegaban hasta el techo abovedado y se enroscaban allí, adaptándose al espacio de la estancia; aunque estaban cargadas de hojas, no había ramitas ni flores marchitas en el suelo.

Tampoco había ventanas ni aberturas que permitieran la entrada de la luz del sol. Aun así, el roble tenía un aspecto tan sano como cualquier otro árbol, y su follaje se movía bajo una brisa inexistente, como si musitara algo.

—Oh —jadeó Naxi, deteniéndose en seco en el umbral—. El bosque...

Lo sentí en el mismo instante: el frescor estimulante que daba vida, la misma sensación que me había inundado cuando di el primer paso en el territorio de Zera. Allí era cien veces más fuerte: un susurro de algo antiguo, poderoso, que me acariciaba la piel como unos dedos tan ligeros como plumas y daba vida a la magia de mi interior.

Allí no parecía una invitación.

En su lugar, latía una amenaza, como si un perro guardián gruñera en advertencia.

Tared retrocedió bruscamente. Al otro lado de la puerta, Edored soltó una maldición, desconcertado, parpadeando al ver que la luz chisporroteaba inquieta alrededor de su cuerpo.

—Quizá deberíamos largarnos —dijo Lyn, arrugando la nariz con evidente preocupación.

Pero el bosque seguía siendo consciente de nuestra presencia mientras regresábamos al patio. La sensación era omnipresente en el aire polvoriento y perfumado a palisandro. De algún modo, el templo y el corazón del bosque eran la misma entidad; algo no muy distinto a la forma en que la Madre y Korok habían construido la Corte Carmesí justo encima del centro del Laberinto.

¿Era la magia del bosque la que impedía que el templo se derrumbara? De ser así, ¿podría esa misma magia haber mantenido a Zera con vida?

Quería acercarme a Creon, contarle mis teorías y ver cómo se encendía en sus ojos el destello de nuevas ideas mientras discutíamos los secretos que podían ocultar esos muros de mármol. Pero me daba la espalda de forma deliberada, y apenas me atrevía a mirarlo: era como un hierro candente que me quemaría antes incluso de tocarlo.

¿Y si me perdía en aquel laberinto para que él tuviera una excusa para venir a buscarme?

¿Se preocuparía siquiera de ir a por mí, después de lo último que habíamos hablado esa mañana, o esperaría a que Tared y Lyn me encontraran?

Decidí no intentar esconderme.

El patio era un amasijo de sombras y siluetas, y apenas se veían los senderos a la luz del ocaso. Recogimos nuestras mochilas y seguimos a Lyn y al resplandor del fuego que ardía en su palma hasta la galería elevada a la izquierda del templo, donde Creon había descubierto dormitorios y cocinas durante su visita nocturna. La primera puerta que abrimos reveló una estancia sorprendentemente acogedora, sin rastro de podredumbre ni decrepitud al margen de la gruesa capa de polvo del suelo.

Tras una exploración rápida, encontramos cinco habitaciones prácticamente idénticas, con suelos de madera oscura y paredes de adobe de color melocotón. En el centro de la vivienda había una espaciosa cocina, con una mesa central donde podrían sentarse unas quince personas. También había un cuarto de baño, pero cuando abrí el grifo de la bañera solo salieron unas gotas verdes y viscosas.

—¿No es lo bastante lujoso para tu gusto, Thenessa? —preguntó Tared al ver mi mala cara, usando el título fae para pincharme. Por pura costumbre, le lancé un destello rojo a la cara. Lo esquivó con facilidad, y los azulejos del baño estallaron a su espalda.

—¿Podríais esperar hasta después de cenar antes de mataros el uno al otro? —gritó Lyn desde otra habitación.

—¿Vamos a matar a alguien? —dijo Edored, entusiasmado.

Por un momento, olvidé mi enfado y lo mucho que detestaba el estúpido honor álfar. Regresamos a la cocina, donde ya ardía un fuego cuyas llamas se reflejaban en las cacerolas de cobre y las botellas vacías. Los ojos se me fueron sin querer hacia la figura inmóvil de Creon, sentado a la mesa, y la frialdad de su expresión bastó para que mi ánimo volviera a caer en picado.

Acabaría encontrando alguna forma de hablar con él, ¿no? Pero si no lo lograba, si teníamos que continuar con ese angustioso baile durante todo el viaje...

Parecía haber pasado una eternidad desde que abandonamos el Subterráneo, donde habíamos reído, compartido bromas y hecho el amor en su habitación. Y, por mucho que le hubiera decepcionado desde entonces, no tenía intención de esperar otra eternidad antes de averiguar cuáles serían las consecuencias.

—Estoy pensando que este podría ser un buen momento para volver al Subterráneo y recabar noticias y provisiones —comentó Beyla, interrumpiendo mis pensamientos atormentados—. ¿Queréis que os haga algún otro recado, ya que voy?

—Pues... —Edored sonó curiosamente cohibido mientras entraba a la cocina detrás de mí y se quitaba la espada de los hombros: el gesto universal de un álfar que entra en casa—. ¿Podrías comprobar si Nen ha vuelto ya de Gar Temen?

No hubiera sabido decir qué era más desconcertante: que Edored recordara los problemas de otra persona o que nadie en la sala, aparte de mí, pareciera sorprenderse de que lo hiciera. Beyla ni siquiera parpadeó mientras suspiraba y decía:

—Por supuesto.

Nadie pidió nada más, y Beyla desapareció en el acto, dejándonos en la reconfortante calidez de la cocina del templo, con su techo bajo de madera y un penetrante aroma a cerrado y a palisandro.

Creon se encargó de cocinar; ya se había convertido en una rutina indiscutible. Sin embargo, aquella vez no me pidió ayuda. Intenté distraerme limpiando el polvo de los muebles y escuchando las teorías de Lyn, Tared y Naxi sobre dónde podría estar escondida una diosa que no se encontraba en su propio templo. Ninguna de sus

conjeturas era muy convincente, y el tono de sus voces delataba que eran conscientes de ello.

—¿Pero y si la magia de la plaga no le hace daño? —repitió Lyn por tercera vez en diez minutos, dubitativa—. Al fin y al cabo, es su propia magia. ¿Y si...?

—Si no le hace daño —interrumpió Tared con un gemido—, ¿por qué no ha dado señales de vida en todos estos siglos?

—Puede que no le guste la guerra. Tal vez decidió...

Enmudeció bruscamente cuando apareció una nueva sombra delante del fuego.

Me di la vuelta, esperando encontrar a Beyla con nuevas provisiones. Pero no vi cestas de comida por ninguna parte, y en su lugar...

Se me atragantó el saludo.

Nunca había visto a Nenya con la cabeza gacha. Jamás la había visto sin carmín en los labios, sin las cejas meticulosamente delineadas y el cabello trenzado en un peinado elaborado, sin esa expresión de orgullo que hacía que incluso las espantosas cicatrices de su rostro parecieran una minucia. Pero, en ese momento, se aferraba al brazo de Beyla como si fuera lo único que impedía que se le doblaran las rodillas. Tenía el pelo revuelto y líneas negras de tierra bajo las uñas. Estaba aún más pálida que de costumbre, con la tez de un blanco tiza enfermizo que mostraba las venas azules de su rostro y sus manos.

Tenía un aspecto infernal. Si Beyla nos hubiera dicho que la había traído para cumplir su última voluntad antes de morir, la habría creído.

Pero la álfar no dijo nada por el estilo ni explicó qué hacía Nenya allí, a kilómetros de la civilización. La única explicación que recibimos fue un lacónico:

—Mirad a quién he encontrado en casa.

—¡Ay, Nenya! —exclamó Lyn antes de que yo dijera nada y, aunque noté tensión soterrada bajo su alegría superficial, no era nada proporcional al estado en que había aparecido su amiga—. Por fin hay alguien con quien hablar en este sitio. Siéntate. ¿Te quedas a cenar?

–¿Qué...? –comencé.

–Llegas en el mejor momento, en serio –me interrumpió Edored con voz tronante, lanzándome una mirada acerada mientras retiraba la silla contigua. Que el mismísimo Edored me reprochara mi falta de tacto me sorprendió tanto que estuve a punto de dejar caer el trapo–. ¿Bey te ha hablado del templo, Nen? Es interesantísimo. Tráele agua, ¿quieres, Tared?

–Gracias... –murmuró Nenya, desplomándose en la silla mientras Tared le ponía un vaso en las manos temblorosas–. Me encantaría cenar. Acabo de llegar a casa. Todo bien. –Soltó un suspiro trémulo, seguido de una sonrisa poco convincente dirigida a Tared–. Ya no tendremos que preocuparnos por Bakaru. Fue muy... servicial, la verdad.

La forma en que las sonrisas de mis compañeros se endurecieron al oír el nombre de Bakaru me dijo que «servicial» no era, ni de lejos, un término aplicable al rey de los vampiros. Sin embargo, nadie lo rebatió ni enarcó una ceja; solo Edored declaró satisfecho:

–Sabía que lo conseguirías.

Intenté de nuevo enterarme de lo que había pasado.

–¿Pero qué...?

–¿Em? –intervino Lyn, saltando de la silla–. Si Nenya se va a quedar esta noche, a lo mejor sería buena idea que reorganizáramos los dormitorios. ¿Me ayudas con las mochilas?

Por perpleja que estuviera, sabía reconocer una maniobra de distracción cuando me la plantaban ante las narices, así que arrojé el trapo a un rincón y acompañé a Lyn obedientemente. Creon me ignoró cuando pasé a su lado. Continuó hundiendo el cuchillo en la cebolla para cortarla en tiras.

El sonido rítmico de la hoja me persiguió por el pasillo oscuro. Cerré la puerta tras de mí con demasiada fuerza.

Lyn ya estaba a medio camino del dormitorio más alejado, y yo estuve a punto de caerme al suelo al tropezar con la mochila que Edored había tirado de cualquier manera. Vi que Lyn encendía una pequeña bola de fuego en la palma para iluminarme, pero no volvió la vista hasta que entré en la habitación. Cerró la puerta sin decir

nada, como si estuviéramos a punto de discutir los planes de guerra secretos de la Madre.

—Em... —susurró.

—¿Qué pasa con Nenya? —siseé, bajando la voz aunque estuviéramos separadas de los demás por paredes y puertas. Su sigilo era contagioso—. ¡Parece que Beyla la hubiera sacado de una tumba! ¿Por qué ignoráis todos el estado en que se encuentra?

—Ella no quiere hablar del tema. —Toda la tensión de Lyn afloró entonces a la superficie, y su jovialidad falsa se disolvió. Sus ojos refulgieron bajo el resplandor rojizo de las llamas—. No vuelvas a mirarla así. No intentes solucionar las cosas. Si la obligas a hablar, solo lo empeorarás.

—¿Hablar de qué?

Por un momento, Lyn vaciló, y sus labios temblaron sin llegar a pronunciar las palabras. Luego, con una maldición ahogada, se dejó caer en el borde de la cama baja y murmuró:

—Bakaru la dejó seca para demostrar su dominio.

La miré fijamente y sentí una acometida de náuseas.

—¿Bebió... su sangre?

—Sí. Demasiada.

—¿Por qué demonios lo hizo? —Mi voz se disparó—. ¿Para demostrar qué?

—Nenya era una de sus esclavas de sangre. —Lyn hablaba rápido, como si ansiara desesperadamente terminar con la historia—. Bakaru es uno de esos vampiros ancestrales que creen que sus poderes se debilitarán si beben de alguien a quien no hayan convertido ellos mismos. Bakaru es el legador de una hueste de pobres desgraciados que se han pasado toda la vida encerrados en Gar Temen, sirviendo de ganado para que él se alimente a placer.

Me tragué una oleada de hiel amarga.

—Repugnante.

—Sí —asintió con vehemencia—. Yo nunca he pisado esas catacumbas, pero, por lo que me han contado, no son precisamente agradables.

Catacumbas... La imagen de Nenya —la orgullosa y majestuosa Nenya— encadenada como un animal en una sórdida cripta...

Reprimí un escalofrío y tragué saliva.

—¿Cómo consiguió huir?

Lyn suspiró.

—Edored.

—Ay. Ay, dioses.

Su sonrisa carecía de alegría.

—La verdad es que fue uno de esos gloriosos momentos suyos de absoluta estupidez. Fuimos a visitar a Bakaru para intentar que prestara algo de atención a la guerra que su pueblo estaba perdiendo, y Edored terminó adentrándose en donde no debía. La encontramos allí. Esa misma noche regresó, cuando todos estábamos ya en casa, y logró convencerla para que se escabullera de allí con él durante unas horas. Creo que la arrastró a algún mercado de ninfas.

—¿Convencerla? —Me dejé caer en la cama junto a ella—. ¿Necesitaba que la convencieran para marcharse de ese sitio?

—Ya has oído cómo habla de Bakaru —murmuró Lyn con tristeza—. Todavía considera que está en deuda con él porque le salvó la vida después de... Bueno, has visto su cara.

—Entiendo. —Decidí no preguntar cómo se había hecho esas cicatrices—. No tendría sentido discutir.

—No. —Se quedó callada un momento, mirando fijamente su palma resplandeciente—. Después de eso, Edored volvió a verla, ni siquiera sé con cuánta frecuencia. A mí me dijo que solo cinco veces, pero Tared cree que fueron más bien veinte, basándose en... Bueno, en cualquier caso, se dedicaba a sacarla de allí unas horas y devolverla a su celda, hasta que Nenya decidió que ya estaba bien y que no volvería. Así fue como acabó con nosotros.

—Pero ella y Edored nunca...

El gemido de Lyn fue respuesta más que suficiente.

—Oh, dioses —exhalé con una mueca—. Creía que, con todas esas ninfas guapísimas...

—Las ninfas guapas son solo la mitad del problema. —Se volvió hacia la puerta y bajó la voz—. Mira, Nenya está locamente enamorada de él y siempre lo ha estado... Pero Edored es un álfar, Em. Vincularse con alguien que no lo es... —Puso mala cara—. Sabe

perfectamente el desastre que podría acarrear. Por eso él le dijo desde el primer momento que nunca tendrían nada, y ella, con su estúpido orgullo, respondió que le parecía perfecto.

Solté una carcajada.

—¿Aunque Nenya esté a punto de asesinarlo cada vez que menciona a alguna de sus «amigas»?

—Sí —dijo Lyn, poniendo los ojos en blanco—. Está muy claro que no le gusta ni un pelo..., pero estamos hablando de Edored. Recuerdo que una vez le solté que el cielo era verde para tomarle el pelo, y él fue a contárselo a Tared preocupadísimo, creyendo que yo tenía problemas de visión. Así que, si Nenya dice que le parece perfecto, dará por sentado que es así hasta que ella le diga lo contrario. Y Nenya nunca lo hará, porque es demasiado orgullosa para arriesgarse a sufrir un rechazo.

—¿Y a nadie se le ha ocurrido decírselo?

—A Edored le daría un ataque —dijo rotundamente—. Y Nenya preferiría morirse antes que admitir sus sentimientos. Así que, durante los últimos siglos... —Se encogió de hombros—. Edored se mete en su cama de vez en cuando, ella nunca lo manda a la mierda, y luego él pasa a la siguiente aventura y Tared y yo nos tiramos un mes apagando fuegos. Es todo muy absurdo, pero supongo que es preferible a las catacumbas de Gar Temen.

—Nenya... —Tragué saliva con dificultad—. Nenya volvió a ese sitio tan solo para decirle a Bakaru que parara de incordiar.

—Sí, y él lo estaba haciendo exclusivamente para dejar claro que ella aún le pertenece. —Se bajó de la cama desvencijada y consumió la llama de su palma con un gesto seco. Su voz infantil, impregnada de siglos de tristeza, rasgó la repentina oscuridad—. Puede que ahora estemos luchando contra los fae, pero no creas que el resto del mundo mágico es mucho más bondadoso, Em. Al final, son lobos contra lobos.

«La mayoría de los que son medio algo acaban aquí», me había dicho Lyn hacía meses. «Los de sangre pura suelen hacerles la vida imposible».

No quería ni pensar en lo que un rey vampiro obsesionado con la pureza de la sangre pensaría de una mestiza como yo.

—Lo recordaré —murmuré débilmente.

—Bien. —Con un suspiro, abrió la puerta y me hizo un gesto para que saliera primero. Al fondo del pasillo se veía la rendija de luz que se escapaba por debajo de la puerta de la cocina—. Ah, Em...

—¿Sí?

—¿Todo bien con Creon?

El estómago me dio un vuelco doloroso. Lyn había notado que no dejaba de darme la espalda y, claramente, también pensaba que no solo se debía a que estuviera interpretando un papel.

La confirmación no podía ser más alarmante. Si ella también se había fijado, si lo había considerado lo bastante extraño como para preguntarme...

Eso significaba que era real.

—Perfectamente —respondí con brusquedad, echando a caminar de regreso a la cocina. Mentir me resultaba más seguro que indagar en la verdad—. Gracias.

Suspiró, pero no insistió.

En la mesa, Edored hablaba a voces de Lyckfort y de escamas de dragón, entusiasmado. Nenya sonreía a la luz del fuego; era una sonrisa débil y temblorosa, pero se iba haciendo más pronunciada a cada frase del incoherente y épico relato de Edored. El olor a cebolla frita inundaba la cocina. Creon no levantó la vista cuando pasé a su lado ni alteró el ritmo con el que revolvía el guiso.

«Perfectamente».

Me tragué una punzada de terror ante aquella ridícula palabra. Esa misma noche, entonces; tenía que encontrar la forma de hablar con él a solas esa noche. Aunque seguramente alguien estaría despierto con él, probablemente uno de los álfar, lo que significaba...

—Ah, Lyn —dijo Beyla, interrumpiendo tanto mis pensamientos como el errático monólogo de Edored sobre la tierra chamuscada que habíamos encontrado junto a las murallas de Lyckfort—. Agenor dejó una carta para ti en el Subterráneo. Sobre los fénix, al parecer. La tengo en mi abrigo.

—¿Tan pronto? —barbotó Tared.

—Lo sé. —Beyla se hundió en su silla; en su voz débil latía un pesimismo agotado—. Encuentro improbable que se hayan puesto de

acuerdo tan rápido.

Así que serían malas noticias. Me volví justo cuando Lyn sacaba el pergamino lacrado del bolsillo del abrigo de Beyla. Durante tres o cuatro segundos, mientras la fénix recorría las líneas a toda prisa, ningún sonido rompió el silencio salvo el chisporroteo de las cebollas friéndose en aceite.

Lyn se quedó mirando el final de la carta durante suficiente tiempo como para que Tared se pusiera rígido.

—Mierda —murmuró Lyn.

—¿Qué dice? —A juzgar por el tono de Tared, estaba dispuesto a aparecerse en Phurys en ese mismo instante para partir las narices de todos los fénix que se le pusieran por delante—. ¿Quieren algo de ti?

—No —respondió Lyn, examinando la carta con expresión sombría—. No, pero... Ay, demonios. ¿Em?

—¿Sí? —Mi voz sonó mucho más aguda de lo normal—. ¿Qué pasa?

Titubeó un poco, murmuró una imprecación y me entregó la carta, apretando los labios en una línea fina.

—Mejor que lo leas tú.

El pergamino temblaba entre mis dedos, haciendo que viera borrosa la desastrosa letra de Agenor. *Malas noticias*, empezaba la carta; ni siquiera comenzaba con un saludo para suavizar el golpe.

Los ancianos fénix parecen decididos a creer la versión de los hechos de la Madre. Muy educadamente, me llamaron idiota por no entender el problema de que nuestra arma más peligrosa esté bajo el control de la Muerte Silenciosa, bla, bla, bla. Me dijeron que solo reconsiderarían su decisión de no unirse a nuestro bando si Em accede a no intercambiar una sola palabra con C. nunca más.

No tengo ni idea de cómo planteárselo. Confío en tu sabiduría.

A.

Me quedé mirando las palabras sin verlas, y la cocina iluminada por el fuego se convirtió en una bruma cuando comprendí todo lo que implicaban las palabras de mi padre.

Querían hacer un trato conmigo.

Para mantenerme alejada de Creon.

Una risa jadeante brotó de mis labios, una que mostraba horror más que cualquier otra emoción. No. No, de ninguna manera. Aunque necesitáramos el apoyo de los fénix, aunque nos hiciese falta toda la ayuda posible, seguro que no los necesitábamos tanto. Los demás estarían de acuerdo conmigo, ¿no? Ni siquiera un ejército de magos de fuego podría valer...

¿Estarían de acuerdo?

Se me aceleró la respiración cuando intenté imaginar lo que diría Edored, lo que diría el Consejo. Ciento treinta años de resistencia desesperada, ciento treinta años de sufrimiento de los humanos, ¿y de verdad iba a pasarlo por alto y arriesgarme a perder aquella guerra solo por un sentimentalismo infantil? ¿Por un asesino? Estaba claro que habían hecho bien en no confiar en mí, y...

Unos dedos me arrancaron el pergamino de la mano.

—¡Ey! —solté, girándome bruscamente antes de percatarme de las toscas cicatrices negras que recorrían la mano responsable del sobresalto—. ¿Te importa...?

Y entonces me encontré cara a cara con Creon, frente a su generoso metro noventa de abultados músculos forrados de cuero y sus poderosas alas, y se me cortó la respiración.

Se limitó a enarcar una ceja y retrocedió con elegancia, tan silenciosamente como se había acercado.

—Podrías habérmela pedido —añadí débilmente.

Con un encogimiento de hombros, deslizó la mirada hacia el pergamino arrugado y no dedicó a la escritura de Agenor más que una ojeada lenta y escéptica. No me miró a los ojos cuando bajó la carta. Se limitó a darse la vuelta con despreocupación, sin signar ni una sola palabra, dándome la espalda como llevaba horas haciendo. Luego, arrugó el mensaje entre sus largos dedos, lo arrojó al fuego con un gesto certero y volvió a afanarse con la calabaza que había estado vaciando.

Como si el problema ya no existiera al reducir a cenizas la carta.

Y eso... ¿eso era todo lo que iba a hacer? ¿Encogerse de hombros y desentenderse de la decisión que acababan de imponerme, o de las catastróficas consecuencias de mi elección?

–¿Qué demonios pasa? –preguntó Beyla detrás de mí–. ¿Qué te ha escrito, Lyn? ¿Problemas?

–¿Em? –dijo Tared–. ¿Estás bien?

–Yo... –La habitación me daba vueltas, arrastrando mis pensamientos con ella. No, no estaba bien. No podía estar más lejos de encontrarme bien. No me había sentido tan mal desde hacía mucho tiempo: todas nuestras esperanzas y alianzas se estaban desmoronando por mi culpa y solo por mi culpa, ¿y por qué demonios Creon no se alteraba lo más mínimo y continuaba quitando semillas de la maldita calabaza como si no sintiera que se me estaba helando la sangre en las venas?

–Así que la carta no es demasiado agradable, ¿no? –comentó Naxi en tono de diversión.

–¿Emelin? –La voz de Nenya sonó dura, lúcida y alerta a pesar del agotamiento–. ¿Cuál es el problema?

No podía decírselo.

Si se lo decía, el Consejo lo sabría antes de que acabara la semana... y, en ese momento, lo único que empeoraría las cosas sería que Valdora de la casa Svirla intentara obligarme a hacer ese trato, porque antes prefería morir. No podía pensar; las voces de mis compañeros me atacaban desde todas las direcciones, haciendo preguntas y exigiendo respuestas, y luego estaba la espalda silenciosa e indiferente de Creon...

La puerta.

Clavé la mirada en mi única escapatoria, y todo lo demás se desvaneció: la necesidad de pensar, de cuidar mis palabras, de ser la perfecta maga sin ataduras. Fuera. Tenía que salir de allí. La necesidad de silencio y aire fresco era un dolor físico que hacía que me hormigueara la piel, un ansia que puso en marcha mis pies antes de que surgiera ningún otro pensamiento en el torbellino de mi mente. Eché a correr entre macutos y abrigos, huyendo del calor sofocante hacia la oscuridad de la noche otoñal.



Capítulo 12

Alguien gritó mi nombre, pero el rugido de la sangre que atronaba en mis oídos me impidió distinguir si era la voz de Tared o la de Edored.

Daba igual. No iba a detenerme, fuera quien fuera.

Corrí entre los arbustos y los parterres marchitos, tropezando con raíces y baldosas rotas, directa hacia el resplandor verdoso que emanaba de la puerta del templo. Las ramas me azotaban la cara. El aire gélido de la noche me provocaba escalofríos en las piernas y los brazos desnudos. Pero unos cuantos moratones y un poco de frío parecían un precio minúsculo a cambio de poder respirar unos instantes lejos de la presión de los demás, así que seguí avanzando.

Oí un portazo a mi espalda.

La voz de Tared –no había asomo de duda– se elevó:

–¡No vas a...!

–¡Tared, déjalos! –Esa era Lyn, y sonaba al borde de las lágrimas–. ¡También es asunto suyo!

Un destello cegador de azul iluminó cada rincón del jardín por un instante.

Me giré en los escalones de la puerta del templo, dolorida y sin aliento. Notaba los latidos de mi corazón incluso en la punta de los dedos. Algo había cambiado en la oscuridad. Había desaparecido el resplandor del fuego, y ya no veía la puerta por la que había huido. En su lugar, apenas visible en el brillo sobrenatural que irradiaba el templo...

Un muro parecía haber surgido de la nada en medio del patio. Entrecerrando los ojos en la oscuridad, distinguí las siluetas de ramas y tallos entretejidos, que formaban un seto tan alto como los manzanos.

Magia azul.

Cada planta, cada árbol, cada brizna de hierba que hubiera crecido alguna vez en el jardín se regeneró de golpe hasta alcanzar su máxima altura, formando un muro impenetrable a lo largo de toda el ala oriental del templo.

Pero aquello no detendría a los álfar durante mucho tiempo. Retrocedí hacia la entrada del templo. Las baldosas de mármol del suelo emitían un brillo tenue, bañando las flores muertas y las polvorientas cortinas de terciopelo de un tono inquietante y enfermizo. En cualquier momento, alguien podía aparecerse en ese pasillo, y Creon tenía que saber que las paredes vegetales mágicas no los detendrían. Lo que hacía que la teatral demostración mágica fuera completamente inútil, a menos que...

A menos que su intención no fuera detenerlos.

Sino ocultar el templo de la vista de los demás durante unos preciosos segundos.

La idea aún se estaba formando en mi mente cuando un metro noventa de magnificencia masculina irrumpió en la oscuridad y me levantó por los aires con un único y poderoso batir de alas.

Lo único que pude hacer fue aferrarme a él con todas mis fuerzas mientras cruzábamos la puerta del templo, a un metro del suelo, nos adentrábamos en el laberinto y desaparecíamos de la vista de cualquiera que estuviera en el patio. El templo era una imagen borrosa según avanzábamos: un amplio corredor lateral, un pequeño oratorio... Los brazos de Creon me rodeaban la cintura con un agarre de acero, apretándome contra su pecho con tanta fuerza que

apenas podía tomar aire; su áspera respiración era el único sonido que acompañaba el batir de sus alas mientras girábamos a izquierda y derecha, y de nuevo a la izquierda. No creía que se dirigiera a ninguna parte en concreto; solo a otro lugar, uno cualquiera, uno donde no pudiera encontrarnos una horda de honorables álfar.

Alguien gritó mi nombre no demasiado lejos.

Pero las alas eran rápidas, mucho más que los pies o las desapariciones y apariciones al azar, y atravesamos la siguiente puerta antes de que nadie asomara por la esquina. Solo tuve tiempo de fijarme en los almohadones descoloridos, las cortinas polvorientas y un pequeño altar sepultado bajo flores: una estancia en la que no habíamos estado aquella tarde. Entonces, Creon se posó en el suelo verde brillante sin hacer el menor ruido y, sin soltarme, se giró en redondo. Mi vestido adquirió un color marrón turbio y un destello de magia amarilla iluminó la habitación.

La estrecha puerta por la que habíamos entrado se borró, y los pesados bloques de mármol sellaron la entrada sin dejar rastro.

Enclaustrándonos.

Dejando fuera a los demás.

La voz de Beyla gritando mi nombre se desvaneció cuando se cerró la última grieta del mármol.

Creon me soltó tan bruscamente que estuve a punto de caerme. La cabeza me daba vueltas, y trastabillé, reculando. Estábamos solos al fin..., pero no me sentía aliviada. Aquel misterioso lugar no era nada acogedor, y las líneas severas de su rostro no ayudaron a calmar la oleada de pánico que inundaba mis venas. Los demás eran conscientes de que estábamos solos; tenían que sospecharlo. El resto del mundo podría enterarse. Y los fénix...

Durante un instante de silencio absoluto, noté que me faltaba el aire. Los fénix continuarían exigiendo lo mismo.

—No pienso hacer ese trato. —Las palabras salieron atropelladas y roncas de mis labios, rompiendo abruptamente el silencio. No era una súplica. No esperaba que lo aceptara; más bien esperaba que le importase, al menos—. Tendremos que encontrar otra forma de hacer que los fénix se unan a la lucha, alguna otra cosa que los satisfaga. Yo no... no...

Creon permanecía erguido e inmóvil ante mí, y sus ojos parecían pozos insondables. A la luz verde pálida, su rostro era un mosaico de sombras afiladas; el corte de tinta que le cruzaba la ceja parecía un tajo de noche sobre su ojo. No movió los dedos. Su cara no mostró ninguna emoción. Se limitó a observarme, a estudiarme con la serenidad depredadora del cazador que ha tendido una trampa, a la espera, al parecer, de lo que yo dijera a continuación.

Las palabras murieron en mis labios.

Creon... pensaba lo mismo que yo, ¿no?

—¿Creon? —Detesté lo frágil que sonaba mi voz. Horas y horas de haberme ignorado a conciencia, de que sus ojos me evitaran deliberadamente, habían sembrado la duda hasta en la más firme de mis certezas... Pero, por más que yo le hubiera disgustado, seguro que no podía ser tan terrible, ¿no?—. No... Tú no consideras que yo deba hacer ese trato, ¿verdad?

Sus ojos se cerraron en un único parpadeo que rompió su control perfecto. Fue como un trueno que desgarrara el silencio.

Sus labios articularon:

¿Qué?

—Yo... Si tú piensas que...

Por el amor de los dioses, ¿de qué narices estás hablando?, me interrumpió, gesticulando con movimientos bruscos y apresurados. En el espeluznante resplandor verde del templo, me costaba leer las señas, pero el desconcierto que reflejaba su rostro lo decía todo. *Mataría a todos los habitantes de Phurys antes de que hicieras ese trato. ¿Por qué piensas...?*

—¡No sé ni lo que pienso! —estallé, y mi voz resonó en el techo bajo de la estancia—. ¡Ya no sé nada! ¿Qué narices estás haciendo tú? ¿Tan desesperado estás por demostrar que tienes razón como para tratarme como a una extraña durante días, antes de...?

Acercó la mano izquierda a mis labios.

Sus dedos, tan familiares, me agarraron la barbilla con tal determinación que enmudecí en el acto. Dio un paso hacia mí con las alas desplegadas, solo un paso, pero su imponente silueta pareció llenar la habitación.

Tomé aire con un jadeo áspero, y el aroma de su piel me llenó los pulmones. Dejé de intentar hablar; renuncié a hacer nada más que contener las lágrimas con desesperación.

Me miró fijamente durante tres interminables segundos, antes de alzar la mano que tenía libre y signar:

¿Demostrar que tengo razón? Sus señas eran precisas, medidas con meticulosidad. *¿En qué exactamente, Em?*

−Que tienes razón en estar enfadado conmigo. Que detestas mis mentiras −gemí con voz temblorosa, todavía con la barbilla sujeta entre sus dedos−. Que tengo que decirles a los demás lo nuestro, y que...

¿Y crees que he decidido dejar clara mi opinión de esta forma? Sus signos eran cada vez más rápidos: no sabría decir si era fruto de la ira o de la confusión. *¿Ignorándote durante días?*

−¡Es lo que parece! −gemí en un susurro, pero uno rabioso y agudo, tan punzante que hería y se me clavaba hasta hacer brotar sangre−. ¿Por qué ibas a hacerlo, si no? Los demás saben perfectamente que no me odias con toda tu alma, así que no les sorprendería que me mirases de vez en cuando. Entonces, ¿por qué me ignoras como si fuera una niña desobediente?

Me miró fijamente en el silencio ensordecedor, examinando mi rostro con toda la intensidad de sus omniscientes sentidos demoniacos.

Entonces articuló:

Joder.

−¿Qué? −De todas las cosas que había esperado, esa era la última. La comprensión repentina de sus ojos desorbitados mostraba... ¿horror*?* Me soltó la cara bruscamente y retrocedí a trompicones, a punto de tropezar con un cojín−. ¿Ahora caes en la cuenta de que no ha sido la mejor idea...?

Em, me interrumpieron sus dedos con gestos bruscos y cortantes, *yo no soy tus puñeteros padres, ¿recuerdas?*

Mi corazón se detuvo por un instante.

«Mis puñeteros padres».

Una avalancha de recuerdos me sepultó: las respuestas secas y reticentes de Editta, las miradas despectivas de Valter, cómo se

negaban a mirarme durante días porque había sido respondona con los vecinos o porque me había puesto un vestido inadecuado o, lo que era peor, porque había estado a punto de revelar mis poderes a la gente inadecuada...

Como una niña desobediente. Una chiquilla no deseada que ni siquiera era su hija: una pesada carga de la que deshacerse en cuanto surgiera la oportunidad.

Unas lágrimas ardientes hicieron que me escocieran los ojos.

Joder, cactus... Su cálido aliento me rozó la frente mientras se acercaba, signando palabras a una velocidad vertiginosa. *¿Creías que te estaba ignorando para vengarme de ti? ¿Para hacerte daño?*

—¿Por qué...? ¿Por qué otro motivo ibas...?

Por el amor de los dioses, ¿tienes idea de cómo me afecta esto, Em? Inspiró tembloroso y tensó los dedos un instante. *Ver cómo me desprecias una y otra vez para hacer feliz a Tared y no herir su delicada sensibilidad, comprobar su satisfacción por poder salvar a otra pobre damisela en apuros de las garras de la «alimaña demoniaca»... Soy capaz de soportar muchas cosas, pero prefiero clavarme un cuchillo en las tripas antes que oírte decir una vez más que no eres tan estúpida como para acercarte a mí.*

—¿Qué? Pero... pero tú...

No supe cómo terminar la frase, y el desastroso comienzo flotó ominosamente en los escasos centímetros que separaban nuestros rostros. Creon bajó la mano, pero sus dientes apretados y su respiración pesada eran una clara señal de que la conversación todavía no había terminado.

—Pero... me dijiste que no pasaba nada —susurré, con el estómago del revés—. Me dijiste que lo entendías. ¿Por qué no me dijiste...?

Lo comprendo. De verdad que lo entiendo. Crispó la mandíbula. *Pero si insistes en apartarme cada vez que me acerco a ti, no esperes que siga intentándolo. Creía que eso había quedado claro.*

—Entonces... —Le miré fijamente; el nudo que tenía en la garganta se hacía más doloroso a cada instante—. ¿Eso es todo? ¿No intentabas... castigarme?

Una breve risa muda, casi un resoplido, brotó de sus labios.

No eres una maldita mascota a la que intente adiestrar.

−¡Pero estás enfadado!

Claro que sí, me cortó, finalizando la seña con un aspaviento, como un latigazo que abarcara el resto del mundo. *Estoy enfadado con los bastardos que te están obligando a tomar esta decisión, que te han hecho creer que la mejor opción es ponerte siempre a ti misma por detrás de las prioridades de los demás. ¿Contigo? Como mucho estoy ligeramente molesto, si te interesa saberlo.*

−Ah.

La situación pareció reorganizarse ante mis ojos, como si, de pronto, fuera capaz de ver de nuevo a través de la máscara que presentaba ante los demás, de leer sus intenciones y percibir lo rápido que funcionaba su mente. «Ligeramente molesto»... Eso podía soportarlo.

−Pero, entonces... −proseguí−. Entonces no hay problema, ¿verdad? Podemos averiguar cómo manejar esto durante unos días más y...

Enarcó la ceja atravesada por la cicatriz tatuada. Fue la única pista de que la serenidad con la que signaba era una fachada, porque su figura imponente, erguida frente a mí, no delataba lo más mínimo su agitación interna.

¿Unos días más?

−Diez días como máximo −murmuré, tragándome el escozor de la posibilidad del fracaso. ¿Cómo íbamos a encontrar a Zera en tan poco tiempo?−. Tenemos por delante siete días. Deberíamos ser capaces de soportar esto, si lo hablamos en serio.

Sí, signó, aunque el gesto parecía transmitir justo lo contrario al acuerdo. *Y luego vendrán las misiones diplomáticas y las batallas y la espera interminable hasta que estalle la guerra. Los ejércitos no se caracterizan por su privacidad. Así que, si quieres esconder lo nuestro al resto del mundo...* Hizo una mueca. *Podríamos estar años andándonos con pies de plomo.*

No era la primera vez que manteníamos esa conversación.

−Lo que me estás diciendo es que quieres contárselo.

No. Suspiró y se frotó los ojos. *Lo que digo es que llegará el momento en que tengas que averiguar cuánto estás dispuesta a*

sacrificar por el destino del mundo.

Lo miré fijamente.

Mis sacrificios por el destino del mundo... Noches en vela, cientos de mentiras. Había transigido con todo sin vacilar; ¿cómo no iba a hacerlo, cuando pendían de un hilo miles de vidas? Dioses, al principio de todo aquello incluso había aceptado compartir el lecho con la Muerte Silenciosa para librarme de la Madre. Después de eso, ¿cómo no iba ceder ante cualquier sacrificio que me pidiera la Alianza?

Todo tiene un límite, apuntó Creon con calma. *Las exigencias de los fénix me temo que lo rebasan.*

–Sí –logré responder–, pero...

¿Y los años de secretismo? ¿Dónde encajan? ¿Es un precio que estás dispuesta a pagar?

–¡No finjas que es tan fácil! –Se me quebró la voz–. Sabes perfectamente todo lo que depende de mí. Si el resto del mundo considera que no soy más que la querida de un fae...

Te odiarán para siempre y se unirán al bando de la Madre solo para fastidiarte, y todo estará perdido. Sí. Has memorizado perfectamente la lección. Soltó un bufido. *Y ahora, ¿qué es lo que quieres tú?*

Se me escapó una breve carcajada.

–Salvar el maldito mundo.

No es lo que te he preguntado, signó con gestos tajantes, tensando las alas. *Sabes lo que deberías querer; sabes lo que esperan que hagas. Olvídalo. ¿Qué es lo que realmente quieres?*

Tragué saliva.

–A ti.

Precioso. Piensa un poco más.

Me costó un esfuerzo inhumano no darle un puñetazo. Lo que yo quería... Sabía lo que quería. Había pasado largas horas entrenando para conseguirlo, había pasado noches en vela, había sufrido interminables discusiones del Consejo con ese objetivo en mente: acabar con la Madre. Hacer lo que nadie más podía hacer, y hacerlo rápido, para quitarme al fin ese peso de encima y ser...

Libre.

Libre para cumplir mis propios deseos.

No había forma de retractarse de ese pensamiento una vez que se mostró en mi mente, desnudo y vulnerable y, sin embargo, lo bastante afilado como para que se me cortara la respiración durante un instante que pareció durar una eternidad.

Una tormenta de imágenes caóticas, pero sorprendentemente nítidas, invadió mi mente, como si hubieran estado esperando la señal de salida para liberarse: la playa detrás de la cabaña de Creon, el agua azul rompiendo en espuma contra la arena nacarada... Aguja e hilo entre mis dedos, el susurro tranquilizador de la tela en mis manos... Pasteles de miel y dátiles dulces, la luz del sol filtrándose por las vidrieras, los olores del pergamino y del mar cercano...

Y Creon.

Sonriente.

Por un instante, dejé de encontrarme en un oscuro oratorio en los bosques de Zera, escondiéndome de mis aliados más cercanos mientras buscaba a una diosa que quizá no quisiera ser encontrada. Por un momento, estuve allí, en un mundo que tal vez no llegara a existir nunca, un lugar donde me despertaba el olor del pan recién horneado y me dormía acompañada de un rumor de risas.

Pero no había ni rastro de sonrisa en los labios de Creon cuando levanté la vista y me encontré con sus insondables ojos demoniacos, escrutando en lo más profundo de unos sentimientos que no estaba segura de atreverme a mirar de frente. Había algo amargo en su mirada, algo que me decía que sabía exactamente lo que estaba a punto de decir.

—No importa. —Las palabras brotaron de mis labios con una certeza resignada y contundente—. ¿Qué sugieres, que le entreguemos el mundo a la Madre para toda la eternidad y huyamos juntos en dirección a la puesta de sol?

No. Mientras signaba con la mano derecha, subió la mano izquierda por mi cuello hasta acariciar los pequeños rizos detrás de mi oreja, provocándome un estremecimiento. *Solo digo que hay una amplia zona de grises entre intentar complacer a todas y cada una de las personas de nuestro bando y abandonarlas a su suerte. Y que*

quizá deberías centrarte un poco en ser feliz tú, antes que en tener contentos a un puñado de fénix que ni siquiera conoces.

−¡Pero los necesitamos! Si no logro persuadirlos...

Se encogió de hombros.

Ellos también te necesitan a ti. Terminarán por entenderlo tarde o temprano. Puede que tengamos que ser ligeramente menos corteses.

Un escalofrío me recorrió la espalda. No quería saber lo que significaba la descortesía para la Muerte Silenciosa, y dudaba que a los ancianos fénix les gustara averiguarlo.

−Vale, pero no se trata solo de los fénix. Si tenemos que arrastrarlos a la guerra por la fuerza mientras se resisten con todo su ser, la familia se enfadará y...

Son álfar, indicó con ironía. *Siempre están enfadados por algo.*

−¡No quiero que ese algo sea yo! −Intenté retroceder, pero me topé con el muro y noté el duro y frío mármol a través del lino de mi vestido−. Puede que tú seas capaz de ignorar sus opiniones tranquilamente...

Creon enarcó una ceja, a la espera.

−Bueno −mascullé, repentinamente a la defensiva−, yo no puedo. Ya está.

¿No encuentras curioso lo intrépida que puedes llegar a ser cuando detestas a tus adversarios, Em?, signó lentamente. *Y cómo, tan pronto empiezas a apreciar a la gente en la que en teoría deberías poder confiar, te conviertes en un ratoncito aterrorizado.*

Me puse rígida.

−¿A qué te refieres?

Solo a que me encanta que tengas espinas, Em. Había algo conmovedor en la sencillez de esos signos, algo vulnerable que hacía que las réplicas murieran en mis labios. *Ver cómo intentas volverte suave y maleable para contentar a los demás supone una refinada tortura.*

−No soy maleable. −Intenté apartarme de la pared, pero Creon no se movió y acabé estampándome contra su musculoso pecho, lo bastante cerca como para jadear de rabia contra su rostro−. Solo porque intento evitar conflictos innecesarios...

Te estás amordazando tú sola, me corrigió dulcemente.

–Y tú –gruñí, clavándole el índice en el pecho de roca– estás empeñado en odiar a todos durante el resto de tu vida para no enfrentarte a la posibilidad de que te desprecien si te muestras tal y como eres. ¿De verdad crees que estás en posición de darme lecciones?

Una sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios.

Bien. Eso es más propio.

–¿Más propio de qué?

Más propio de ti. La oscuridad de sus ojos se había iluminado con un fulgor mucho más familiar e incitante; era como si me arrojara un guante, y habría resucitado de entre los muertos tan solo para responder a su desafío. *¿Es mal momento para recordarte que te advertí que no trajeras a los álfar?*

Los mismos álfar que seguramente estaban peinando el templo de Zera en mi busca, mientras nosotros permanecíamos encerrados en la penumbra esmeralda. Pero era tan tentador olvidarse de ese pequeño detalle al ver el brillo de sus ojos... Alcé el mentón con un bufido.

–¿Estáis intentando enfadarme, Alteza?

Su sonrisa fue perversa.

¿Está funcionando?

–Sabes perfectamente que sí. –Maldito fuera. Sin embargo..., aquello me resultaba irresistible. Había algo adictivo en esas peleas que siempre terminaban en victoria, sin importar quién ganara–. Prepárate para sufrir la fuerza de mi ira. No voy a ponerme una mordaza contigo, eso desde luego.

Lo contrario me ofendería, signó tajante. *Me gustas cuando ruges y estás completamente desatada, cactus.*

Joder. Estaba demasiado cerca, demasiado pegado, para decirme unas palabras tan peligrosas; de repente sentí la piel febril contra el mármol helado, y el calor procedía de una parte innombrable de mi interior. Di gracias a los dioses por la pálida luz verde de aquella habitación; al menos, ocultaría un poco mi rubor.

–Estamos en un templo, especie de hereje.

De la diosa del amor. Inclinó un poco la cabeza y me dio un beso ligero como una pluma en la mejilla y un segundo en el pómulo. Sus labios, suaves como la seda, me rozaban la piel con la delicadeza de las alas de una mariposa. Cuando se retiró, se me cortó el aliento. *Seguro que ha visto cosas peores.*

Lo único que pude hacer para evitar que se me doblaran las rodillas fue refunfuñar.

—No eres quién para hablar. Estoy convencida de que no has rezado a un dios ni una sola vez en tu vida.

Una vez, signó, y aunque cada movimiento de sus dedos estaba impregnado de lánguida diversión, supe que no mentía. *Cuando te encontré. Estoy convencido de que invoqué a un par de dioses en aquel momento, con la esperanza de que realmente fueras quien necesitaba.*

Estaba tan cerca que sentía el calor de su piel contra mis muslos y mi vientre; su sola presencia bastaba para mantenerme paralizada en el sitio. A nuestro alrededor reinaba el silencio. El altar y los almohadones eran testigos inmóviles; las gruesas paredes de mármol, guardianas imperturbables. Envueltos en la inquietante luz espectral de la magia del bosque, los ojos de Creon rebosaban de una intensidad que podía saborear. Había una necesidad hambrienta después de tres días de distancia forzada, una necesidad que estaba rompiendo sus impenetrables escudos.

Y a quien necesitaba era a mí.

—Creon... —Mi voz se volvió tan tenue como una telaraña—. La gente me está buscando. No puedo... Debería...

Cerró los ojos y apoyó la frente en la mía. Nuestras narices se rozaron; su aliento se deslizó sobre mis labios, y sentí sus exhalaciones rápidas y desacompasadas. Posó una mano en mi cadera, con una fuerza que era al tiempo una promesa y un consuelo.

—Creon... —jadeé de nuevo.

Me besó.

Sus labios cálidos se pegaron a los míos, saboreando el sonido de su nombre con movimientos lentos y decididos, incitándome a dejarme llevar. Convenciéndome de que me olvidara de las voces

que seguían murmurando en un rincón de mi mente, que decían algo sobre aliados, sobre rumores y reputación. Las miradas que recibiría al volver. Las preguntas, las dudas, la preocupación, la ira de Edored mascullada entre dientes...

Tal vez me pusiera rígida bajo su contacto. Tal vez sus sentidos demoniacos notaran la oleada de ansiedad que me estrujó el corazón durante un segundo, porque se apartó y me sostuvo la barbilla, acariciándome el labio inferior con el pulgar. Sus ojos eran tan dulces, rebosaban tanta preocupación, que noté de nuevo ganas de llorar.

Emelin, decían sus labios.

—¡No sé cómo hacerlo! —estallé. La verdad salió a la luz: ni siquiera me había atrevido a pensar esas palabras antes de que brotaran en un gemido de impotencia—. No sé cómo salvar el mundo y salvarme yo también. No sé cómo tomar estas decisiones. Lo único que quiero... Solo quiero coser vestidos, leer libros y amarte, no tener que lidiar con este desastre...

Lo sé, Em. Incluso sus señas parecían caricias, suaves y tranquilizadoras. *Créeme, he sentido el mismo peso que cargas sobre tus hombros. Sé lo que se siente cuando el mundo te mira y ve un arma en lugar de una persona.*

Asentí con dificultad. No me atrevía a abrir la boca; sabía que me echaría a llorar.

Sé que lo resolverás. Eres una luchadora, mi pequeña guerrera llena de espinas, y estoy seguro de que serás capaz de encontrar la manera. Me besó en la frente y mantuvo los labios contra mi piel durante un largo instante de felicidad antes de separarse. *Pero permíteme que te ayude hasta que llegue ese momento. Dime lo que necesitas. Dime lo que quieres.*

—Yo... —Se me quebró la voz—. Solo quiero que las cosas sean sencillas, por una vez.

Apartó la mano izquierda de mi barbilla y me rodeó la nuca, provocando un estremecimiento en cada punto que rozaban sus dedos. Alzó la mano derecha y signó.

Entonces, déjame que simplifique las cosas durante un rato.

Un rato.

Los demás me echarían de menos. Me acribillarían a preguntas. Pero Creon estaba a mi lado, oculto de las miradas en aquella estancia sellada, y solo los dioses sabían cuándo podría volver a cruzar una palabra en privado con él.

Me desplomé contra la pared en una rendición muda.

Al instante siguiente, sus labios estaban sobre los míos, y aquella vez su beso no tenía nada de persuasión amable: era la marcha victoriosa de un conquistador, un triunfo que acababa con cualquier intento de resistencia. Abrí la boca en un reflejo primario, y me inclinó la cabeza hacia atrás para profundizar el beso. Su lengua y sus labios reclamaban el aire que respiraba, devoraban mis gemidos y sofocaban hasta el último pensamiento sensato que intentaba adueñarse de mí. Su devoción implacable me inundó como una marea y, como el nadador exhausto que deja de luchar contra la corriente, me dejé llevar.

Sería suya. Toda yo, caótica, mediocre e insuficiente.

Sus hombros eran de roca cuando me aferré a ellos y mis uñas buscaron los músculos tensos bajo su suave camisa de lino. Me apreté aún más contra su cuerpo y solo pude pensar en su jadeo entrecortado cuando nos estrechamos: algo sencillo, perfecto, maravillosamente simple. Me mordisqueó el labio inferior. Respondí chupando su lengua con fuerza, y el estremecimiento de su miembro contra mi vientre incendió cada nervio de mi cuerpo.

Que Zera me perdonara... Le había echado demasiado de menos, necesitaba con demasiada intensidad la armonía evidente y perfecta de nuestros cuerpos. No había forma de detener mis manos temblorosas mientras tiraba de los botones de sus pantalones, desesperadas por liberar cada centímetro adictivo de él; dos, tres botones, y su erección yacía en mi palma, pesada, ardiente y suave como la seda. Moví el puño a lo largo una vez y su respiración entrecortada se convirtió en lo que debería haber sido un gemido.

Ese silencio... No quería pensar en su voz mientras estábamos en aquel lugar donde deberíamos haber encontrado la respuesta.

Pero no me dio tiempo a torturarme bajo la urgencia de sus caricias. Cada movimiento de sus labios era definitivo; me devoraba con hambre, como yo engullía en invierno la comida en Cathra, sin

saber si podría saciarme al día siguiente, o nunca más. Le froté la punta del miembro con el pulgar y descubrí humedad en la hendidura. Gruñó contra mis labios. Medio reí, medio gemí, y él rompió el beso para morderme bruscamente el lóbulo de la oreja como castigo. Una oleada de placer al rojo vivo hizo que se me doblaran las rodillas.

Me sostuvo cuando me desplomé, me alzó en brazos sin esfuerzo y me apartó de la pared fría, llevándome hacia...

El altar de Zera en el centro de la sala.

Las flores marchitas y las velas de palisandro medio consumidas se desparramaron por las baldosas cuando me empujó contra aquel antiguo santuario. A través de la neblina de mi excitación, tardé medio segundo en comprender lo que estaba ocurriendo. Tiempo suficiente para que enroscara sus alas entre mis rodillas desnudas y las separara suavemente; tiempo suficiente para que presionara hacia delante y restregara su erección de acero contra el lino empapado de mi ropa interior.

Solo entonces jadeé:

—¡Creon!

Su sonrisa resplandecía con un deleite provocador.

¿Seguro que quieres protestar, cactus?

—¡Esto es un templo! No puedes...

Empujó las caderas hacia delante para que toda su longitud se deslizara por mi zona sensible, como si quisiera demostrarme lo contrario. Me tragué el gemido y me aferré al borde de la mesa de piedra tallada, intentando convencerme a mí misma, en contra de mi buen juicio, de que seguramente era una broma; que ni siquiera un hombre que en tiempos se había considerado un dios podía llegar a ese nivel de impiedad.

Deslizó una mano entre nuestros cuerpos, apartando la última frágil barrera de mi ropa interior.

—Bárbaro. —Exhalé una risa aturdida—. No te atreverás. No...

Su sonrisa amenazante sugería que no sería prudente apostar nada de valor. Metió el índice entre mis pliegues resbaladizos, y todos los músculos de mi cuerpo se contrajeron ante aquel contacto invasivo. Gemí sin poder evitarlo.

¿Por qué no?, vocalizó, entrando un poco más.

—¡No podemos hacer esto aquí! Eres... eres...

Mi frase se cortó con un jadeo. Me costaba hilvanar las palabras; una parte cada vez mayor de mi cerebro dedicaba toda su atención a aquella presencia en mi interior, al roce suave y tentador de su dedo.

Apreté la mandíbula, intenté ignorar la irresistible diversión que se dibujaba en sus labios y grité:

—¡Es un lugar de culto, Creon!

Retiró bruscamente el dedo y, por un momento, pensé que había ganado la discusión. Al segundo siguiente, en cuanto sentí el nuevo vacío en mi interior, me di cuenta de que necesitaba perderla desesperadamente... Pero Creon empujó hacia delante antes de que reaccionara, separándome más las piernas, y asentó la punta tensa de su miembro entre mis muslos con un movimiento deliberado.

Cada fibra de mi cuerpo se enfocó de golpe en ese único punto de piel contra piel, en ese insoportable contacto que precedía al éxtasis. Pero él se detuvo allí, preparado para la conquista. Para la invasión.

Alzó la mano y me acarició la mejilla con un dedo brillante, impregnando el aire con la fragancia de mi placer. No me atrevía a respirar. No me atrevía a arriesgarme a que se apartara otra vez, a que hiciera caso del argumento que yo acababa de esgrimir.

Me miró a los ojos. Su sonrisa de enamorado me partía el corazón.

Y signó:

Exacto.

Entonces embistió, y todos mis pensamientos se esfumaron de golpe, sustituidos por la sensación mucho más inmediata, mucho más abrumadora, de... él. Me arqueé hasta la punta de los pies, aferrándome a sus hombros como a un salvavidas. Mi cuerpo se amoldó a su grosor al primer empuje, encontró su ritmo en el instante que tardó en llenarme por completo; otra acometida y nos fundimos en una gloriosa cadencia de gritos, jadeos y respiraciones agitadas. Dedos enredados en el pelo. Uñas hundidas en la carne. Su miembro palpitante me arrancaba gemido tras gemido, y los sonidos resonaban en la estancia como un himno sagrado.

Un lugar de culto, desde luego.

El éxtasis creció rápido e imparable; nuestra unión estaba demasiado cargada de alivio y frustración como para pensar en bajar el ritmo. Creon me embestía con golpes rápidos y contundentes, agarrándome la espalda con la otra mano para inmovilizarme. La otra estaba en todas partes, arañándome, acariciándome y pellizcándome, y sus dedos expertos me llevaban al límite, a punto de romperme, hasta que no pude pensar en otra cosa que en la necesidad de alcanzar la liberación, hasta que mis sentidos no percibían nada más que la fuerza implacable de sus acometidas.

Muy pronto, bajó la mano al punto ardiente entre mis muslos. Sus dedos callosos encontraron enseguida el lugar exacto y recorrieron mi carne hambrienta mientras se hundía en mi interior por última vez.

Fue todo lo que necesité para liberarme.

Me inundó el éxtasis, y el mundo a mi alrededor quedó reducido al espacio que abarcaban sus brazos. Me derrumbé contra su pecho musculoso mientras convulsionaba, consciente solo en parte de la simiente cálida que se derramaba por mi muslo o de su respiración desgarrada contra mi cabello... Solo existía su olor, dulce y almizclado. Su fuerte pulso, golpeando contra sus costillas. Su calor, tan reconfortante como una manta de lana alrededor de mis hombros.

Y durante unos instantes eternos, nada fue complicado.

Estaba allí.

Lo amaba.

Y lo resolveríamos de alguna manera. Sobreviviríamos a aquel desastre. A pesar de los malditos fénix y de la Madre y de...

... todo.

La ansiedad regresó con demasiada facilidad según recobraba la conciencia; sus aguijones estaban adormecidos por el delirio de mi pasión, pero seguían clavándose en mi mente.

La seguridad de aquella estancia, el calor de su abrazo... ¿Acaso importaban? El mundo seguía esperándome. Tenía que salir de allí, con el vestido arrugado y, dioses, con los muslos manchados de su esencia. Tendría que enfrentarme de nuevo a las miradas

escrutadoras, a las opiniones y expectativas, y de algún modo no ahogarme en todo aquello.

De algún modo.

—¿Y ahora qué hacemos? —susurré contra su camisa, deseando haber podido aferrarme un instante más al regalo de paz y felicidad que me había entregado, deseando no sentirme como una cobarde aterrada que pasaba de hacer el amor a entrar en pánico. El terror me cerró la garganta, y rogué para mis adentros que no se diera cuenta—. ¿Qué... qué hago?

Creon me pasó la mano por el pelo y enroscó entre los dedos los mechones desordenados de mi nuca. De un tirón suave, me obligó a levantar la cara y encontrarme con su mirada, acercando los labios hasta que estuvimos a escasos centímetros.

La expresión de sus ojos...

Como si yo fuera el universo entero, con todas sus estrellas y galaxias, desplegadas ante él en toda su gloria infinita.

La próxima vez que intentes convencerte de que no sabes lo que quieres, signó lentamente en la penumbra verdosa, con sus dedos surcados de cicatrices, *recuerda esto.*

«Esto», pensé. Alegría y sencillez, amor y admiración. Una devoción, una pertenencia, que ardían tan fuerte como para hacerme olvidar durante unos instantes que debía salvar el mundo.

Se me cortó la respiración. Era curioso que salvar el mundo no hiciera nunca que me olvidara de Creon.

—Si recuerdo esto demasiado bien —dije con voz ronca—, quizá me fugue contigo en dos días y decida no librar una sola batalla.

Consúltalo con la almohada, Em. La sonrisa carente de humor que asomó a sus labios no desveló lo que pensaba de aquella confesión. ¿De verdad aceptaría abandonar una lucha por la que había pasado ciento treinta años torturándose a sí mismo? *Averigua qué opciones tienes. Y después...* Interrumpió las señas para apartar con ternura un mechón suelto de mi cabello y metérmelo detrás de la oreja. Sus dedos vacilaron un instante antes de continuar. *Entonces, deja de huir de las decisiones. Deja de huir de ti misma.*



Capítulo 13

Me adelanté yo sola y avancé por el laberinto del templo de Zera, intentando adecentarme lo máximo posible. Tardé muy poco en encontrar a un nerviosísimo Tared que exigía saber, en nombre de Orin, dónde había estado yo los últimos veinte minutos.

«No es de tu incumbencia», le hubiera querido decir.

Pero sabía a qué conclusión llegaría, y que no mejoraría lo más mínimo la relación con mis compañeros de viaje. Decisiones, sí, tenía que tomar miles de decisiones, y aún me daba vueltas la cabeza por los escasos minutos de respiro. Ya ni siquiera estaba segura de cuáles eran las opciones.

¿Se suponía que debía elegir entre el amor o la victoria?

«¿Tienes idea de cómo me afecta esto, Em?».

Pero Creon no estaba lo bastante cerca como para oírme, y necesitaba un poco de tiempo para pensar antes de que Tared se ofreciera galantemente a asesinar a mi amante para defender mi honor, así que me encogí de hombros y gruñí:

—Creí haber dejado claro que quería estar sola.

Sus hombros se aflojaron un poco al oír la palabra «sola».

—¿En un templo potencialmente letal?

—Bueno —dije, resoplando—, la alternativa era un bosque potencialmente letal.

Suspiró, me agarró del brazo y me llevó al calor sofocante de la cocina de la que había huido. Estaba desierta; alguien había terminado de hacer la comida que Creon había estado preparando, pero los platos de la mesa seguían limpios. Yo no tenía nada de apetito. Incluso el aroma de las especias me revolvía el estómago; el impulso de huir continuaba siendo tan apremiante que no dejaba espacio para ninguna otra necesidad física.

Tared me soltó, se acercó a la mesa y apuntó un par de palabras en un trozo de pergamino que seguramente había dejado Lyn. Solo entonces dijo:

—¿Creon no te encontró?

—Evidentemente, no —repliqué, poniendo los ojos en blanco—. Si lo hubiera hecho, tú no me habrías localizado jamás, porque me habría arrastrado al pozo de malevolencia que...

—Em. —«No es el momento de tonterías», decía el filo de acero de su voz—. Llevo media hora temiendo por tu vida y no estoy muy seguro de tu cordura en este momento... Así que ¿puedes olvidarte del sarcasmo? Dime, ¿dónde se ha metido?

—¡No tengo ni idea! —Al menos, eso era cierto; no sabía si se había quedado en el templo después de abrirme la puerta o si se había ido volando, dejando a Naxi la tarea de mantener el escudo demoniaco del que dependían nuestras vidas—. Me senté un rato en un oratorio y traté de encontrarle sentido al mundo, Tared. ¿Te importaría dejar de tratarme como si fuera estúpida, por favor?

Separó los labios, luego pareció pensárselo mejor y volvió a cerrarlos. Me observó fijamente durante un par de segundos en un silencio dubitativo. Fuera, a lo lejos, oí lo que me pareció la voz de Naxi. ¿También ella pensaba que yo había estado en peligro, sola en el templo de Zera, o simplemente se había unido a la búsqueda porque todos los demás lo habían hecho?

Tared soltó un suspiro, se quitó la espada de los hombros y la arrojó sobre la mesa con un descuido poco habitual en él.

—Estoy muy preocupado por ti, Em.

El corazón me dio un vuelco. No era lo que esperaba que dijera.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que estoy...?

—¿Bien? —concluyó con un deje de irónico escepticismo—. Estamos pisando una tierra que ningún ser vivo ha visto en siglos, descubriendo cosas asombrosas sobre un bosque mágico y, sin embargo, hace días que no te veo sonreír. Puede que no sea un demonio, pero pareces olvidar que tampoco soy ciego.

No lo sería, pero sí lo estaba. Demasiado ciego para darse cuenta de todo lo que estaba ocurriendo... Sin embargo, había auténtica preocupación en sus ojos grises como el acero, suficiente como para saber que la carta de Agenor sobre los fénix no era, ni de lejos, el detonante de su inquietud.

Noté que algo se retorcía dolorosamente en mi pecho. Un sentimiento peligrosamente cercano a la culpa.

—Ya —murmuré, esquivando su mirada.

Notaba la aparición de una fuerte migraña detrás de mis ojos, y no era capaz de pensar bajo la avalancha de mil opciones posibles. «Cuando el mundo te mira y ve un arma en lugar de una persona...». Pero eso no era lo que hacía Tared, ¿verdad? Ni Lyn, ni Agenor.

—No pensé. Lo siento —dije, y Tared suspiró.

—¿Quieres hablar?

Negué con la cabeza.

—¿Con otra persona en lugar de conmigo?

Forcé una carcajada.

—Tal vez después.

—Como quieras. —Había muy poco alivio en su voz—. ¿Te podemos ayudar en algo? ¿Quieres comer? ¿Un té? ¿Unas narices que romper?

Maldito fuera. ¿Por qué tenía que ser tan... decente? Hacía unos minutos, todo parecía claro como el cristal, y mis prioridades formaban una lista ordenada en la que Creon ocupaba el primer lugar. ¿Pero el álfar que tenía delante seguiría ofreciéndome narices que sacrificar, si supiera a qué me había dedicado hacía unos minutos?

«Te estás amordazando tú sola».

¿Era eso lo que estaba haciendo?

–Solo quiero dormir –murmuré finalmente–. Tomaré decisiones más sensatas cuando haya tenido tiempo para pensar. Es solo que... todo esto es demasiado.

Si Tared hubiera insistido, si me hubiera preguntado qué era exactamente lo que me parecía demasiado, se lo habría contado. Me habría rendido al brillo de preocupación e impotencia de sus ojos, a la dolorosa ausencia de su serenidad habitual, a la carga insoportable de los secretos que pesaban sobre mis hombros.

Pero yo le había dicho que no quería hablar, y Tared, siendo como era, no me presionó.

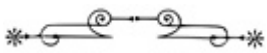
–Quédate con una de las habitaciones. –Señaló con la cabeza el oscuro pasillo que había detrás de mí, subiendo las comisuras de los labios en una sonrisa carente de alegría–. Voy a contarles a los demás que ya has aparecido y a intentar desactivar el plan de Edored de animarte con una botella de hidromiel. A menos que te apetezca gozar de su compañía, claro.

Sin saber cómo, se me escapó una risilla.

–Gracias, pero no creo que sea necesario.

–Me alegro de que tomes al menos una decisión sensata por esta noche –declaró de forma tajante, y me revolvió el pelo antes de salir por la puerta en dirección a la oscuridad negra como la tinta–. Que duermas bien, mocosa.

Irónicamente, esas palabras hicieron que no lograra dormirme. Seguía despierta mucho tiempo después de que el grupo regresara para cenar, y sentí una punzada de añoranza en el corazón al percibir el acogedor bullicio de sus voces.



Me desperté con una luz deslumbrante. Los rayos dorados se colaban entre las cortinas y bailaban contra las paredes de terracota como si quisieran darme la bienvenida a un nuevo día. Por el ángulo de la luz, ya debía de ser bien entrada la mañana. Alguien había decidido dejarme dormir hasta tarde, teniendo presente mi escapada de la noche anterior.

La noche anterior...

«Deja de huir de las decisiones».

Dejar de herir a Creon y a mí misma... ¿Pero a qué precio?

Murmuré una maldición y me incorporé, apartándome el pelo de la cara. Solo entonces reparé en el paquetito envuelto en lino que había sobre la mesilla. Cuando lo tomé entre las manos, desprendió un suave aroma a canela. Dentro había dos panecillos recién hechos, lo bastante calientes como para que los hubieran traído directamente de las cocinas del Subterráneo.

Había un pedazo de pergamino roto pegado a la tela, manchado de miel de uno de los panecillos. Lo despegué y encontré un mensaje garabateado con la caligrafía inconfundible de Creon.

Te he guardado un par antes de que Edored se los zampara todos. *Hay pan y té en la cocina.*

En el reverso decía: *Posdata: después de lo de ayer, me tienta la idea de frecuentar más los templos.*

Se me escapó una carcajada, y maldije de inmediato la punzada de calor que me había provocado. Sin embargo, descubrí que era incapaz de dejar de sonreír mientras salía de la cama y me ponía ropa limpia.

No había nadie en los dormitorios, pero oí voces fuera. Una tetera llena humeaba sobre el fuego de fénix de Lyn en la silenciosa cocina, y milagrosamente encontré un poco de pan que Edored no había devorado. Con una taza de té de menta en una mano y un montón de comida en la otra, me dirigí al patio del templo, preparándome para otra mañana de agotadora incertidumbre.

Lo primero que encontré fue un muro de plantas tan alto como el edificio.

A la brillante luz del día, se apreciaban los resultados de la magia azul de Creon en toda su magnitud: un seto impenetrable de tallos retorcidos y hojas, que crecía desde la tierra como una ola rompiendo contra un acantilado. Había decidido no destruirlo y, tras un momento de reflexión, decidí que probablemente aquella era la decisión más sabia. El bosque, por apacible que pareciera la mayor parte del tiempo, podría tomarse a mal el uso de magia roja contra la vegetación.

Haciendo equilibrios para que no se me cayera el pan, rodeé la barrera de puntillas y salí a la luz del sol.

Creon descansaba en un porche bajo, con los ojos cerrados y las alas negras ligeramente abiertas para disfrutar del sol matinal. A unos metros, Beyla cosía una camisa rota a la sombra de un manzano nudoso. No veía a Nenya, Lyn y Naxi por ninguna parte, pero Tared y Edored estaban cruzando sus espadas en una zona llana de hierba en medio del jardín, y sus risas al intercambiar golpes e insultos dejaban claro que era un enfrentamiento amistoso, no un duelo improvisado.

Estaban descamisados.

Me detuve en los escalones agrietados y observé a los álfar con estupor, pestañeando durante más tiempo del que habría debido, tanto por decoro como por pundonor. Como siempre los había visto vestidos de la cabeza a los pies, no se me había pasado por la imaginación que dos hombres inmortales con quinientos años de entrenamiento a sus espaldas tendrían un físico acorde a su condición.

Compartían la misma complexión esbelta y atlética, y los relieves marcados de sus músculos eran aún más pronunciados por el resplandor de su magia álfar y el brillo del sudor que cubría sus torsos. La espalda de Tared estaba marcada por una espeluznante cicatriz que le cruzaba todo el omóplato izquierdo; en algún momento del pasado, debía de haber esquivado por centímetros un golpe letal en el corazón. Edored, sorprendentemente, lucía un intrincado tatuaje en la espalda, que se extendía desde la cadera izquierda hasta el bíceps derecho. Al principio pensé que era una serpiente, pero instantes después reconocí lo que debería haber deducido de inmediato: un dragón.

Cómo no.

Entonces, más tarde de lo que debería, me percaté de que llevaba al menos cinco segundos mirando fijamente a dos hombres medio desnudos.

Aparté la mirada y avancé rápido hacia el grupo. Beyla parecía centrada en su labor con la aguja, no especialmente interesada en dónde se me habían ido los ojos. Tared se metía con su primo y le

picaba llamándolo torpe y cobarde, lo que provocó unos cuantos insultos que rápidamente derivaron en el estrépito de aceros entrechocando. Ninguno de los dos reparó en mí. Creon, en cambio...

No había abierto los ojos, pero las comisuras de sus labios vibraron.

Canalla...

Durante un luminoso instante, fue muy sencillo tomar decisiones. Cambié de rumbo, demasiado aliviada por verle sonreír de nuevo como para preocuparme por lo que pensaran los demás y por las conclusiones que podrían sacar. Ya nos habían visto desayunando juntos, ¿no? No era como si pudiera estropear más la situación, y la mirada en el rostro de Creon pedía a gritos un castigo.

No le vi menos divertido cuando me dejé caer en el porche a su lado, dejé la taza llena sobre el mármol y murmuré:

—Borra esa sonrisa de tu cara, imbécil.

No me sorprendió, aunque me decepcionara, que mi advertencia provocara el efecto contrario al que buscaba. Abrió los ojos y apretó los labios para no soltar una carcajada.

¿Estás teniendo una placentera mañana, cactus?

Lo fulminé con la mirada mientras le daba un mordisco al panecillo de miel y canela.

—No sé de qué estás hablando.

¿No?

Había demasiada diversión en sus cejas arqueadas; estaba claro que sus sentidos demoniacos habían captado con total claridad el breve titubeo de mi cordura. Maldito fuera.

—Ni por lo más remoto —repliqué, masticando con indignación.

Creon acomodó las alas contra la pared con mayor comodidad y se estiró con un gesto de indolencia principesca, con tal elegancia felina que tragué el bocado de bollo de canela de forma demasiado audible.

Me alegro. Por un instante, consideré que estabas demasiado impresionada por el tamaño del... Hizo una pausa. *Del dragón.*

Renuncié a mantener el gesto serio y resbalé contra la pared a su lado, sofocando una carcajada nerviosa.

—¿Crees que lo llamará así?

Se mordió el labio.

Nunca me he encontrado en posición de averiguarlo.

—Lástima. Tal vez debería preguntárselo a Nenya.

Si deseas que te claven un par de colmillos en la cara, signó secamente, *ese es sin duda el sistema adecuado.*

Solté una carcajada.

—¿Todavía sigue aquí? ¿Nenya?

Negó con la cabeza, y el brillo de sus ojos bastó para recordarme el frenesí de la noche anterior, aquellos dedos llenos de cicatrices que habían desterrado de mi mente todo atisbo de razón y de cordura.

Beyla la llevó de vuelta al Subterráneo y regresó con el desayuno. Esta sesión de entrenamiento, en realidad, es el intento de Tared de distraer a Edored para que no se aparezca en Gar Temen y decapite a Bakaru en un arrebato de furia vengadora.

—Ah. —Me quedé pensativa—. Entonces, sí la quiere, ¿no?

Creon se encogió de hombros.

En la medida en que se permite querer a alguien.

Puse mala cara, pero entonces me di cuenta de que yo estaba siendo igual de cobarde respecto a mis sentimientos. Tal vez no estuviera en posición de emitir ningún juicio.

Entretanto, Edored enumeraba a pleno pulmón todos los daños que podría haber infligido a Tared cuando este cometió un pequeño error de sincronización en su defensa. Ninguno de los dos parecía haberse dado cuenta de que me había levantado de la cama. Beyla, por su parte, nos lanzaba miradas atentas por encima de su labor de costura, con una desaprobación evidente en sus pálidos ojos azules.

Reprimí el impulso instintivo de apartarme medio metro de Creon. ¿Qué había dicho? «Tan pronto empiezas a apreciar a la gente en la que en teoría deberías poder confiar...».

Pero confiaba en ellos, ¿no?

—¿Y dónde están Lyn y Naxi? —pregunté. La luz del sol era cálida y mi panecillo de canela estaba delicioso, así que no me apetecía amargarme con preguntas que no podía responder—. ¿No han venido a disfrutar del espectáculo?

Creo que Lyn estaba tentada, signó, ignorando por completo las miradas de Beyla, *pero Naxi la arrastró a echar otro vistazo al templo. Comentó que había, y estoy citando sus palabras, «demasiados rabos y pocas tetas para su gusto».*

Casi me ahogué con el desayuno; me costó un buen rato de tos y carcajadas expulsar la canela de mis pulmones. Cuando por fin levanté la vista, con lágrimas en los ojos, Tared y Edored habían detenido el combate, y sus estocadas se habían transformado en miradas suspicaces en dirección a Creon.

—Buenos días —dije, tragándome las lágrimas—. No os preocupéis por mí, no me estoy muriendo. No pretendía interrumpir vuestro entrenamiento.

—Vaya jaleo que estás montando, Rompenarices —dijo Edored con sorna, haciendo un volatín con su espada—. Y yo que pensaba que ya era malo contar con la Muerte Silenciosa... ¿Ahora tenemos que lidiar también con una Muerte Escandalosa?

Tared le lanzó un mandoble desganado a su primo, sin ni siquiera mirar en su dirección para comprobar que había esquivado el peligro.

—¿Te unes al entrenamiento, Em?

Menudo intento tan transparente de alejarme de Creon. Di un bocado exagerado a mi segundo panecillo, metiéndome la mitad en la boca, y respondí a dos carrillos:

—No veo que nadie se haya molestado en traer un montón de bastones de entrenamiento a través de medio continente para que me diera de bruces con ellos en el jardín del templo.

Tared se encogió de hombros y se pasó una mano por sus desordenados mechones rubios.

—¿Edored? ¿Le prestas a Furia unos minutos?

—¿¡Que le preste a Furia!? —repitió él, marcando las palabras a voces—. ¿Por qué no le entregas de paso a mi maldito primogénito, ya que estamos, Thorgedson? ¿Qué tal si le dejas tú tu Hundecorazones?

—Toma, Em —le interrumpió Beyla, dejando a un lado su labor con una de sus sonrisas auténticas pero superficiales. Se agachó y

recogió de la hierba la más pequeña de sus dos espadas–. Puedes usar Rayo de Sol, si quieres.

Me quedé mirándola, sin habla. Rayo de Sol... La espada del hermano de Tared, la espada del primer álfar al que había amado, ¿y la dejaba en mis inexpertas manos?

–A menos que seas demasiado remilgada para sudar un poco, vamos –me instó Tared, con una ironía destinada a que saltara.

Parpadeé mirándolo a él y luego a Creon, que no había movido un ala mientras seguía la discusión con ojos perezosos y entornados. Aceptar la invitación significaba ceder al ardid evidente de Tared para separarnos. Pero, por otra parte...

Apunta a su rodilla izquierda, signó Creon como si me hubiera leído la mente. *Es su punto débil.*

–He visto eso –dijo Tared, con voz fría.

Solo ayudo con el entrenamiento. La sonrisa de Creon fue más venenosa de lo que esperaba ante la protesta del álfar, que apretó los labios. No era precisamente un buen comienzo. Pero, maldición, yo nunca había tenido en las manos una espada de verdad, y no parecía que Creon fuera a sentirse especialmente disgustado si yo seguía adelante con aquella locura.

Me levanté de un brinco y corrí hacia Beyla, que me entregó Rayo de Sol con un rápido asentimiento. La espada era más ligera de lo que esperaba –pesaba menos que la mayoría de los bastones de entrenamiento–, y refulgió de forma amenazadora bajo la luz cuando la alcé para mirar la hoja. Estaba tan afilada como una cuchilla. No haría falta mucha fuerza para cortar la piel con un arma como esa; maldición, podría cortar sin querer músculos y huesos, si no iba con cuidado.

–Bueno –gruñó Edored mientras yo me acercaba al improvisado campo de entrenamiento. Seguía sonando mortalmente ofendido–. Yo ya he entrenado bastante. Si no os importa, voy a buscar un arroyo para darme un baño, robaespadas.

–Creo que seremos capaces de sobrellevarlo –dijo Tared solemnemente.

Edored resopló y se alejó aferrando su espada.

Miré el arma que tenía en la mano, un arma que en tiempos había pertenecido a otro álfar igual de protector, y murmuré:

—No estaré siendo demasiado irrespetuosa al usarla, ¿verdad?

Tared suspiró.

—No.

Levanté la vista. Se le había borrado la sonrisa, pero no vi aprensión en sus ojos grises, y no eludió mi mirada como solía hacer cuando surgía en conversación el destino de su familia. ¿Era una buena señal? Decidí arriesgarme: era mejor hablarlo en ese momento que descubrir más tarde que había metido la pata.

—Pero... —Tragué saliva—. Era la espada de tu hermano, ¿verdad?

—Ah. —Volvió a suspirar—. ¿Te lo ha dicho Lyn?

Asentí, sintiéndome diminuta.

—Pertenecía a Bered, sí. —Se le tensó un poco la voz—. Pero es una espada condenadamente buena, y mi hermano habría detestado que se echara a perder por falta de uso. No me importa que la esgriman otras personas, siempre que sea dentro de la familia.

La familia...

Se me hizo un nudo en el estómago al oír esa palabra. No sonó como un consuelo, sino como una advertencia: un recordatorio de lo mucho que podría perder.

«Un ratoncito aterrorizado», recordé.

—Bien —dijo Tared. Su voz me llegó como si se encontrara a kilómetros de distancia; la cabeza me daba vueltas de pronto—. Levanta más la mano; estás estirando demasiado la muñeca. Eso es, perfecto. Toma posición para un golpe descendente. Cuidado con la muñeca, por favor.

Seguí sus indicaciones casi sin pensar: los meses y meses de entrenamiento anulaban mi presentimiento irracional de que se me escapaba algo. Había una idea que me rondaba la cabeza, pero no lograba darle cuerpo. ¿En qué estaba pensando? ¿Qué había dicho Creon la noche anterior? «Tan pronto empiezas a apreciar a la gente...».

Familia, sí. ¿Y qué era la familia, sino personas que se alejaban de ti cuando las disgustabas?

Mi espada prestada descendió con un silbido satisfactorio, cortando el aire. Me sentía bien con un arma en las manos. Mejor concentrarme en la furia fría y las armas letales que en los recuerdos que me inundaban: de Cathra, de los padres que se habían desentendido de mí en cuanto un príncipe fae les dio una débil excusa. Se aferraron a ella para no volver a mirarme a los ojos.

—No está mal —decía Tared, pero yo apenas le oía—. Inténtalo de nuevo, con un poco menos de fuerza. Tienes que mantener el control de tu espada.

Control. Volví a golpear a un objetivo invisible, más contenida, con movimientos extrañamente desligados del torbellino de mis pensamientos. No tenía el control de las cosas, ¿verdad? Estaba permitiendo que todos salvo yo misma decidieran qué sacrificios debía hacer, huyendo de mis miedos en lugar de enfrentarme a ellos...

«Averigua qué opciones tienes».

¿Lo había hecho de verdad?

Blandí la espada con inquietante precisión una y otra vez; el esfuerzo físico agudizaba mi mente. Decir la verdad o alcanzar la victoria: esa era la disyuntiva que me había estado repitiendo todo aquel tiempo. Dos posibilidades opuestas, sin matices de gris en medio...

Pero, si dejaba por un instante de prestar atención al susurro constante de mi pánico, tenía que admitir que decir la verdad no me haría perder la guerra.

Tendría que ser cuidadosa, por supuesto. Edored no debía enterarse, porque saldría corriendo de inmediato a contarles a sus amigos los detalles de mi vida amorosa. Pero Tared no lo haría. Agenor tampoco. Ni Beyla, Ylfreda o Hallthor. La mayoría de la casa era lo bastante sensata como para guardar un secreto, y, aun así...

No se lo había dicho.

No me había atrevido a hacerlo.

—Estás cayendo en una cadencia regular, como siempre —me informó Tared, bloqueando mi tajo con su espada—. Esfuérzate más. Que sea acero de verdad no es excusa para tomar el camino más sencillo.

Por costumbre, le saqué la lengua. Logré evitar el tajo que me lanzó en respuesta gracias a los reflejos adquiridos mediante el entrenamiento, y retomé el ejercicio con los dientes apretados. Empezaban a dolerme los bíceps. Unos finos regueros de sudor corrían entre mis omóplatos bajo el cálido sol de la mañana y me pegaban el vestido a la espalda. Pero los pensamientos me escocían más que ningún malestar físico, y no había forma de detenerlos, no cuando cada palabra que salía de la boca de Tared se sumaba al coro de despiadadas revelaciones.

«Tomar el camino más sencillo».

Era lo que había hecho, ¿verdad? Me había engañado a mí misma pensando que las opciones eran alcanzar la victoria o confesar mi amor. Había acallado mi conciencia culpable con la tranquilizadora idea de que estaba guardando el secreto para salvar el mundo..., y así había evitado la pregunta de qué pasaría si la familia descubriera que yo no era en absoluto la inocente chiquilla medio fae que tan cariñosamente habían adoptado en su hogar. Cuál sería la respuesta si el dilema no fuera tanto la victoria o el amor, sino más bien...

¿La familia o el amor?

—Concéntrate, Em. —La voz de Tared sonaba demasiado serena para mi mente furiosa. Era la misma voz que se había burlado cuando Agenor preguntó por Naxi y Creon, la voz que replicó: «Hasta Naxi tiene algo de moral y decencia».

«Te hemos dado cobijo durante veinte años», había escrito Valter antes de añadir que no intentara ponerme en contacto con él ni con su mujer. Y yo solo había pasado cinco míseros meses en el Subterráneo, siendo generosa. ¿Qué iba a impedir que esos álfar me repudiaran?

Un ratoncito aterrorizado. Sí: tenía miedo de mí misma.

¿Y qué se suponía que debía hacer, entonces? Si amar a Creon abiertamente podía provocar que perdiera a las únicas personas que me habían tratado como familia en aquel mundo de lobos contra lobos, si...

—Bien —dijo Tared, interrumpiendo la cadena constante de críticas y comentarios—. Yo diría que es suficiente por esta mañana, si...

Un grito agónico desgarró el silencio del bosque.

Alaridos agudos e incesantes, que resonaban en las paredes de mármol haciendo imposible que determináramos su dirección. Me di la vuelta, con la respiración entrecortada, olvidando el brazo dolorido y los pensamientos febriles. Las puertas del templo estaban vacías. No se movía nada entre los árboles que rodeaban los edificios cubiertos de hiedra. Pero junto al sendero del jardín, medio oculto tras un arbusto espinoso...

Oí mi propia voz gritar:

—¡Allí!

Edored.

El álfar, de rodillas, se arañaba frenéticamente la piel mientras bramaba de dolor; era el aullido estridente e ininteligible de un hombre que se enfrenta a la muerte. Lo que alcanzaba a ver de su torso desnudo estaba cubierto de rasguños rojos. No. Más bien...

Quemaduras.

Quemaduras de la plaga.

Se me paró el corazón.

Tared echó a correr, tirando su espada, y gritó:

—¡Creon!

Unas alas de terciopelo pasaron por delante de mí: ya se había puesto en marcha. Me di cuenta de que la voz de Tared no estaba teñida de acusación, sino que más bien era una petición de auxilio. Quemaduras de la plaga. Mi mente funcionaba con lentitud. Edored debió de alejarse demasiado buscando un arroyo; debía de haber salido de la barrera, y en cuanto se dio cuenta de lo que estaba pasando, se apareció de regreso en el patio del templo...

Pero lo hizo tarde.

¿Demasiado tarde?

Me quedé paralizada en la hierba, impotente, todavía con la espada de Beyla en la mano, mientras Creon agarraba a Edored de un hombro y Tared del otro. Las quemaduras al rojo vivo se hacían más intensas, del color repugnante de la carne desgarrada. Hubo un relámpago de magia azul, pero Edored no dejó de aullar súplicas incoherentes a quienquiera que lo estuviera sujetando.

El lino de sus pantalones estaba cambiando de textura, volviéndose seco y quebradizo ante mis propios ojos.

—¡Por favor...! —Nunca había oído la voz de Tared tan quebrada, mitad grito, mitad súplica, mientras agarraba la muñeca de Edored para sujetar sus movimientos descontrolados—. Tiene que haber algo que...

Agua, signó Creon. Una sola seña, tan brusca que casi ni la vi.

Tared ya había desaparecido.

Volvió en un abrir y cerrar de ojos, sosteniendo lo que parecía una palangana metálica aún llena de agua con jabón. Creon se la arrebató de las manos con una rapidez inhumana y la vació contra la cara y el pecho de Edored, como si el álfar fuera un fuego que hubiera que apagar.

Los chillidos de Edored se convirtieron en jadeos y después en gemidos más bajos. En sus antebrazos, las ronchas carmesí de piel quemada se tornaban del color del cuero viejo, resecas. Parecían costras, cicatrices letales que se extendían por su carne..., pero en las zonas donde le había dado el agua, el avance de la magia de la plaga parecía haberse ralentizado.

—Suéltalo —ordenó Tared, y Creon liberó a Edored sin dudarlo un instante. Los dos álfar desaparecieron sin más, dejando tras de sí un silencio abrupto, resonante.

Había transcurrido medio minuto desde el primer grito, tal vez incluso menos.

Solo entonces mis dedos temblorosos soltaron la espada de Beyla, que cayó en la hierba con un ruido sordo, demasiado pesada para mis miembros doloridos. Creon se volvió al oír el ruido. Había frialdad en su mirada mientras escudriñaba el patio y regresaba a mi rostro. Estaba calculando el peligro, midiendo cuánto tardaría en agarrarme en brazos y sacarnos a los dos volando de aquel maldito caos.

Durante un instante interminable, casi esperé que lo hiciera.

—¿Dónde... dónde han ido? —Mi voz salió demasiado fuerte, demasiado ronca—. ¿Qué ha...?

Agua, repitió Creon con una seña igual de seca y rápida.

Por supuesto... Detrás de aquella ala del templo había un pozo. Agua, más cantidad que una palangana, agua donde pudiera sumergirse entero un álfar adulto. Las piezas encajaban lentamente,

aunque mis pensamientos luchaban por ordenarse tras el repentino torbellino de pánico y dolor.

—¿Cómo sabías que funcionaría, si la magia azul no podía curarlo?

No lo sabía, signó. *Ha sido un pequeño experimento*.

—Oh, dioses. Si hubiera salido mal...

Contrajo la mandíbula. Un gesto mínimo, pero traslucía que sabía perfectamente cuál había sido el riesgo y qué podría haberle ocurrido a Edored si hubiera estado equivocado con su teoría de que el mar servía como freno de la plaga.

Y, lo que era más interesante, también era un indicio de que no le resultaba completamente indiferente el destino de Edored.

Miré por encima del hombro y vi que Beyla seguía de pie junto al manzano, mirando fijamente con los ojos fuera de las cuencas el lugar donde habían desaparecido los álfar. En un arrebato de desesperación, se me iluminó la mente y solté:

—¿No deberíamos ir a buscar a Lyn y a Naxi? Naxi podría saber más sobre...

—Sí —jadeó Beyla, apartando la mirada, aliviada de tener algo que hacer, como esperaba—. Voy a buscarlas.

Abrí la boca para darle las gracias, pero ya había desaparecido, dejándonos solos a Creon y a mí por primera vez en todo el viaje; era una clara señal de lo conmocionada que estaba. Por desgracia, yo no estaba de humor para arrancarle la camisa a Creon en ese momento.

Muy astuta, indicó Creon.

—No tanto como tú con tus teorías —murmuré; posiblemente era la réplica más patética que le había dado nunca—. ¿Estás bien?

Se encogió de hombros de forma seca, agitando levemente las alas.

No he sido yo quien se ha dado de bruces con la magia divina.

—Ya, pero te noto... —Nervioso. ¿Preocupado, incluso?—. Afectado —opté por decir.

Un álfar muerto no nos beneficia en la búsqueda de Zera, signó, metiéndose la otra mano en el bolsillo en un gesto que podría haber pasado por convincente indiferencia, de no ser por la leve vacilación de sus señas. *Sin contar con el alboroto que montarían los demás.*

«Alboroto»... Eran tan creíbles los movimientos desdeñosos de sus finos dedos, el amago de mueca de desprecio en sus labios sensuales... La viva estampa del cruel príncipe fae cuya única preocupación era que se trastocaran sus planes. Pero yo reconocía esa forma de hundir las alas contra los hombros. La manera obstinada de sostenerme la mirada, el centelleo desafiante de sus ojos almendrados.

Noté una punzada en el corazón. ¿Era así como se sabía que estabas realmente enamorada, cuando amabas hasta las mentiras con las que se engañaba a sí mismo tu amado?

—Te importa —musité.

Se puso rígido y congeló la mano a mitad de la siguiente palabra.

—Y deberías saber que a mí no tienes que mentirme, imbécil. —Solté una carcajada—. ¿Qué esperas que haga, burlarme de ti? Si quisiera chincharte, tengo material de sobra con tu patética ausencia de tatuajes de dragones...

Una risa muda escapó de sus labios.

Em...

De pronto, Tared apareció en el sendero, entre los dos, con su primo empapado, maltrecho e inmóvil en brazos, y todas las agudezas y burlas se evaporaron de golpe de mi mente.

Porque la cabeza de Edored colgaba inerte sobre su pecho, como la de un muñeco de trapo. El pelo rubio y húmedo caía como un velo sobre su rostro abrasado, incapaz de ocultar las heridas escarlatas que le marcaban las mejillas, las sienes y la barbilla. Sus brazos cubiertos de costras pendían muertos a los lados, tenía los ojos vidriosos y entrecerrados, y por un escalofriante momento temí...

—Lo he dejado inconsciente de un golpe —barbotó Tared, interrumpiendo el aullido primario de mis pensamientos—. No paraba de intentar ahogarme.

Se me escapó un jadeo tan repentino que me dolió el pecho.

—Dioses... ¿Está vivo?

Tared no respondió; se arrodilló para depositar a Edored en la hierba con una exhalación larga y temblorosa. Sus pantalones estaban empapados y tenía el pecho y los brazos surcados de

moratones y arañazos, evidencia de la feroz resistencia de Edored cuando le sumergió en el agua que lo había salvado.

El avance de la magia de la plaga... parecía haberse detenido.

Durante unos instantes, ningún sonido perturbó el silencio, salvo la respiración entrecortada de Tared y el agua que goteaba sobre las losas. Miré a Creon, que permanecía frío e inescrutable, y luego a Tared, que parecía estar haciendo acopio de fuerzas para enfrentarse a algo extremadamente desagradable: un contraste sobrecogedor con la impecable colaboración que había mostrado hacía un instante.

Tragué saliva.

—¿No deberíamos...?

—Supongo —me interrumpió bruscamente Tared, poniéndose en pie y mirando a Creon con el ceño fruncido, como si se preparara para un combate a puñetazo limpio— que esperas que te dé las gracias de rodillas por esto.

Cerré la boca de golpe.

Lo que ardía en los ojos grises del álfar, afilados y venenosos, era furia. ¿Y eso a qué venía? ¿De dónde se sacaba Tared que Creon esperaba gratitud servil?

Pero Creon se limitó a enarcar una ceja con indiferencia y signó tranquilamente:

Por mí, puedes hacerlo de pie.

—¿Os parece que es el mejor momento para estas estupideces? —solté, justo a tiempo para interrumpir la brusca inspiración de Tared—. Edored aún no está precisamente bien. ¿Podemos curarlo ya con magia azul, al menos?

Creon lanzó el destello más desganado del mundo de azul a la cara destrozada de Edored, con el mismo gesto que se arroja un pedazo de pan mohoso a la basura. Las heridas en carne viva no se curaron.

—Mierda —murmuró Tared.

—Pero las heridas de Naxi acabaron por curarse, ¿no? —aporté, nerviosa, al recordar de pronto las quemaduras con las que había regresado la medio demonio tras su primera exploración del

continente–. Puede que Ylfreda pueda curar esto también en un par de semanas...

–Sí. –Tared soltó otra imprecación ahogada–. Lo cual significa que tenemos que mandarlo de vuelta a casa.

Me callé que no veía el problema: era la idea más sensata. Creon se limitó a echarle un vistazo rápido al rostro contraído de Edored y signar:

¿Necesitas ayuda?

–Qué altruista por tu parte, Hytherion –escupió Tared. Nunca lo había visto tan cerca de quebrarse: le temblaba la voz y parecía costarle no estallar en gritos. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Estaba así tan solo por el pánico de ver que su primo había estado a punto de morir?

La sonrisa de Creon fue como echar sal a una herida abierta.

Ya me conoces.

–Por desgracia –bufó Tared–. Ojalá...

–¡Eh! –le interrumpí con voz entrecortada–. Si tantas ganas tenéis de pelear como dos idiotas, ¿no podéis hacerlo luego? No es el momento...

Hubo un destello y Beyla apareció con Lyn y Naxi.

Y entonces el patio se inundó de gritos de espanto, sollozos de alivio, preguntas acuciantes y sugerencias nerviosas: suficiente alboroto como para separar a aquellos dos durante unos instantes.

Pero vi la última mirada que cruzaron, y dejaba claro que la guerra no había terminado.



Capítulo 14

La pequeña cocina del templo estaba dolorosamente silenciosa sin el escándalo que siempre montaba Edored.

Esperamos en un tenso silencio casi toda la tarde, sin apenas hablar salvo para preguntarnos cuánto tiempo había pasado desde que Tared había desaparecido junto a su primo y Naxi para hablar con Ylfreda en el Subterráneo. Lyn, en la mesa de la cena, hojeaba furiosamente la pila de libros que había descubierto en el templo aquella mañana, tironeando sin parar de sus rizos hasta que terminó con un pompón encrespado de color naranja brillante. Creon descansaba junto al fuego, mirando pergaminos casi desintegrados; sus largos dedos iban recorriendo los textos con un aire de aburrimiento aristocrático. Beyla paseaba en círculos, lanzando miradas frustradas al sol cada vez que pasaba junto a la ventana, y yo contemplaba las paredes y me sentía idiota.

Familia o amor.

Ni siquiera el recuerdo de los ojos vidriosos y las mejillas abrasadas de Edored era capaz de soterrar esa nueva idea: ese pensamiento inundaba mi mente como un veneno escalofriante. ¿Cómo era posible que hubiera necesitado un secuestro nocturno en

el templo y el inesperado honor de esgrimir la espada del hermano de Tared para percatarme de que aquello no solo atañía a la guerra y la estrategia?

Una vez que Edored y su enorme bocaza se encontraban lejos de allí, no me quedaba ni un solo motivo heroico para no decirles a los demás que dejaran de intentar alejarme de Creon. Demonios, Lyn y Naxi ya lo sabían; lo único que tenía que hacer era informar a Tared y Beyla, y mi vida sería infinitamente más fácil... Al menos, la parte de mi vida que consistía en leer libros en brazos de Creon, besarlo para que se despertara por las mañanas y dormir envuelta en alas de terciopelo por las noches.

El problema...

«Qué altruista por tu parte, Hytherion».

La voz de Tared aún resonaba en el fondo de mi mente, ese tono quebrado al borde de perder el control que nunca le había oído antes. La otra parte de mi vida –la parte que consistía en entrenar con la espada y jugar a las cartas con los álfar– no iba a volverse nada fácil.

Dudaba que le volvieran a prestar la espada de un álfar muerto a la descocada amante de un fae.

Si fuera como las heroínas de las tragedias que leía Editta llorando junto al fuego en las largas noches de invierno, aquellas que declaraban su amor eterno en un lenguaje florido y renunciaban a su hogar y su patria, abrazando la fatalidad que las esperaba en brazos de sus amantes... Una buena dosis de abnegación me habría facilitado mucho la elección. Pero no tenía demasiadas ganas de terminar metida en una tragedia y, por más que tuviera la intención de pasar una parte considerable de mi vida en los brazos de Creon...

Él tenía razón al dejarme atrás en el Subterráneo hacía meses, cuando me dijo que necesitaba amigos y familia. Había encontrado un hogar. O lo había creado, tal vez. Pero, en ese momento..., ¿era él quien hacía que peligrara?

Qué ironía.

Creon, en el otro extremo de la estancia, no levantaba la vista de su lectura por más que yo lo mirara. Un leve ceño de concentración rompía su fachada principesca, y sus alas caían en cascada sobre el

respaldo bajo de su silla. A mi corazón palpitante le daba lo mismo, aunque siguiera enfadada con él por haber provocado a Tared y por su empeño en fingir que era un monstruo desalmado. Ni siquiera las frías miradas de Beyla frenaban el impulso doloroso de proclamar que lo amaba, de acurrucarme en su regazo y pasar los dedos por sus sedosos mechones, de apoyar la cabeza en la firmeza perfecta de su hombro y declarar, sin un ápice de duda, que era mío.

No quería pasar años de secretismo.

Por primera vez, aquello fue una certeza, no un deseo: un hecho que disipaba sin esfuerzo la bruma de mis miedos.

Me había dicho a mí misma que lo correcto era ocultarlo para complacer al resto del mundo. Pero mientras le observaba desde el otro lado de la habitación, mientras miraba los ágiles movimientos de sus dedos, cómo entrecerraba los ojos al concentrarse en los textos, cómo curvaba los labios cuando descubría algo interesante... La mera consciencia de Creon parecía hincharse en mi interior, ligera como una pluma, cosquilleante y, sin embargo, tan contundente que me cortaba el aliento durante un instante eterno.

Era un sentimiento que no me había permitido albergar desde hacía demasiado tiempo.

Si contenía el pánico por un instante, la verdad era que solo quería que fuera mío. Solo quería ser orgullosamente suya.

Tenía que conseguirlo de algún modo.

Y, si no quería que el resto del mundo me despreciara por ello...

Fue como un relámpago: me invadió una determinación tan intensa como la que me había llevado hasta el continente contra toda lógica, en busca de una diosa perdida que tal vez no quisiera ser encontrada. En realidad, era muy sencillo. Si no quería mentir y tampoco quería que al mundo le repugnara la verdad...

Entonces, la verdad tenía que ser más agradable.

Lo cual, debía admitirlo, no era el primer calificativo que acudía a la mente al observar la figura silenciosa de Creon, los cuchillos que llevaba en las botas, las toscas cicatrices tintadas que surcaban sus brazos y su rostro, el aire perpetuo de peligro que emanaba de él. Era hermoso, brillante, despiadado y valiente, pero no era

agradable; no era un hombre que pudiera convencer con palabras a sus enemigos.

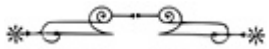
Pero...

Tal vez yo sí pudiera hacerlo. Lo único que tendría que hacer él sería dar la impresión de que yo tenía razón.

La idea de un plan –una estrategia– bastó para calmar por fin el fuerte galope de mi corazón. Por impreciso y vago que fuera, aquello era una meta, algo a lo que aspirar, una posibilidad de recuperar el control. Me escabulliría silenciosamente para hablar con él en cuanto se presentara la oportunidad, le diría que me había cansado de guardar secretos y que necesitaba de veras que dejara de provocar a nuestros aliados, que dejara de mostrarse tan detestable ante los demás.

En realidad, lo único que tenía que hacer era dejar de fingir que seguía siendo ese fae asesino torturador que él mismo detestaba con todo su ser.

¿Tan difícil sería?



Tared y Naxi regresaron justo antes del crepúsculo, sin Edored, pero con buenas noticias: había despertado y estaba tan normal como podía esperarse bajo los efectos de una fortísima dosis de corteza de sauce y valeriana.

–No paraba de farfullar sobre dragones –suspiró Tared, desplomándose en la silla más cercana y cerrando los ojos como si necesitara una semana entera de sueño para recuperarse–. Y cuando nos marchamos ya estaba pidiendo algo más fuerte para beber, así que no creo que la magia le haya provocado daños permanentes en el poco cerebro que tenía.

Lyn soltó una carcajada sin humor mientras saltaba del banco para preparar más té, con un alivio palpable.

–¿Qué le dijo Ylfreda?

Tared abrió un ojo.

–No me parece bien repetirlo ante los tiernos oídos de Em.

–Imbécil –repliqué.

—¿Lo ves? —Me dedicó una sonrisa—. Ya te han corrompido bastante.

Solté un bufido, pero la verdad era que me sentía de mejor humor. Seguramente Tared había explotado contra Creon sin querer, por puro pánico. No le culpaba. Si un familiar mío estuviera ante las puertas de la muerte, yo tampoco hubiera tenido mucho tacto.

—Ylfreda cree que las peores quemaduras podrían dejar cicatrices —comentó Naxi, lanzándome una sonrisa de dientes afilados mientras se sentaba a la mesa—, pero lo más probable es que la mayoría se curen. Al parecer, lo paramos justo a tiempo.

Beyla murmuró una maldición.

—Gracias a los dioses que se apareció inmediatamente ante nosotros...

Y gracias a los dioses que Creon había tenido una corazonada sobre el agua y había sido lo bastante rápido... Pero nadie lo dijo en voz alta. Se hizo el silencio, y las líneas de agotamiento del rostro de Tared sugerían que tal vez no fuera el momento de hacer esa observación. El propio Creon apenas había levantado la vista de su lectura, y la pila de pergaminos junto a su silla se volvía cada vez más intimidante.

Lyn se apresuró a repartir tazas de té, y fulminó a Naxi con la mirada cuando la medio demonio dejó la suya demasiado cerca de los antiguos manuscritos que había en la mesa. Le acercó a Tared un cuenco de frutos secos para que recuperase fuerzas tras el viaje a larga distancia, y sacó de alguna parte una manta mullida para Naxi. Volvió a llenar la tetera y la colgó de nuevo sobre el fuego. Nadie le echó una mano mientras revoloteaba de un lado a otro, aunque me dio la impresión de que a Beyla le costaba contenerse. Pero sospechaba que esa era la forma de Lyn de lidiar con los problemas: sentirse útil. Obligarla a sentarse y descansar le haría más mal que bien.

Sin embargo, cuando terminó de trajinar, no volvió a ocupar su sitio en el banco.

En su lugar, se subió al regazo de Tared sin decir una sola palabra, recogió las piernecitas contra su pecho y se acurrucó con fuerza contra él.

La luz que refulgía alrededor del álfar estalló con un destello deslumbrante como nunca había visto: fue un instante involuntario de pérdida de control. Luego se arrellanó contra el respaldo, relajó al fin los hombros, rodeó a la fénix con un brazo y apoyó la frente contra su coronilla, con un suspiro que pareció brotar de la médula de sus huesos.

Beyla murmuró una disculpa y salió de la habitación.

Una pareja vinculada. ¿Para ella era demasiado doloroso verlos así, incluso trece décadas después de haber perdido al álfar cuya espada aún portaba? ¿A pesar de saber que llevaban trece décadas de indecisión, andando con pies de plomo, y que ese breve instante de ternura entre Lyn y Tared no solucionaba nada?

Decidí no hacer ningún comentario.

—Bueno —dije en su lugar dirigiéndose a Naxi, porque Creon no levantaba la vista de sus pergaminos y no quería molestar a Lyn y Tared—. ¿Sabemos por qué Edored acabó adentrándose en el territorio de la plaga? ¿O no comentó nada?

—No dijo ni una sola palabra inteligible —replicó Naxi. Se arrebujó alegremente en la manta de lana y me miró con sus ojos azules centelleantes, dejando claro que percibía todas las preguntas que yo no estaba haciendo, y probablemente algunas más—. Se lo preguntamos, pero no paraba de gritar incoherencias sobre dragones. En fin. —Soltó una risilla—. No es ninguna novedad que Edored solo usa la cabeza para peinarse.

No mentía, pero... Se me iluminó la mente.

—Edored nunca ha sido tan tonto —declaré.

Creon bajó lentamente su pergamino.

Eché un vistazo a mi alrededor y añadí:

—¿Tan alterado estaba porque intentáramos arrebatarle su espada que bajó la guardia y se le olvidó prestar atención a su alrededor?

Creon torció la cabeza, taladrándome con sus ojos oscuros y calculadores como si se preguntara a qué estaba jugando.

A mí no me lo pareció.

Respuesta correcta. Apenas pude contener una sonrisa.

—¿No deberíamos ir a echar un vistazo, entonces? Solo para asegurarnos de que no le salió al paso algo realmente peligroso que

hizo que se olvidara de la plaga...

El minúsculo movimiento de sus labios fue la única señal de que había caído en la cuenta. «Solo para asegurarnos»: una propuesta sensata de la maga sin ataduras que intentaba mantener a todos a salvo. El hecho de que Beyla no se encontrara presente en aquel momento para acompañarnos, y que Tared no estuviera de humor para asegurarse de proteger mi inocencia era, evidentemente, secundario.

–Oh –dijo Naxi, riéndose entre dientes–. ¡Muy aguda, Emelin!

–Gracias –dije, y me levanté para escudriñar el exterior. El cielo se estaba tiñendo de un suave rosa melocotón por encima de las copas de los árboles–. Deberíamos irnos cuanto antes, ¿no? Preferiría no pasear de noche por el bosque; además, en la oscuridad no veríamos los rastros.

Creon se levantó con la expresión de desgana de un príncipe consentido al que obligar a correr detrás de un chiquillo asilvestrado.

Supongo que necesitas compañía.

–Bueno... –dije–, a no ser que quieras que me pase lo mismo que a Edored...

Se encogió de hombros y se metió las manos en los bolsillos con absoluto desinterés. Perfecto. No estaba provocando a Tared ni daba la impresión de que se escabullía conmigo para seducirme de forma ruin y desleal en cuanto nos perdieran de vista. Mientras no tardáramos mucho, todo iría bien. En serio, ¿cuánto tiempo tardaría en hablar con él para convencerle de lo que había pensado?

–¿Puedo sugerir que no te aventures en territorio peligroso sin un álfar? –dijo Tared, interrumpiendo mis pensamientos. Su voz sonaba más exhausta que resentida.

Por el amor de los dioses...

–Con un demonio al lado, no corro peligro –objeté. Me costó moderar la voz, sonar serena y ceñirme a lo práctico–. Y no nos vamos a alejar mucho.

–Acabamos de llegar a la conclusión de que desaparecer a tiempo fue lo que le salvó la vida a Edored –replicó, levantando a Lyn de su regazo de evidente mala gana–. Si me aparezco con otra víctima moribunda ante Ylfreda, me pondrá a fregar orinales durante cinco

años, así que, a menos que quieras ir a buscar a Beyla, te acompaño.

Entreabrí los labios, a punto de decirle que prefería que me acompañara ella. Aunque sería igual de imposible hablar con Creon estando presente Beyla, al menos habría menos riesgo de que lo ensartara con una de sus espadas en cuanto le diéramos la espalda al templo. Sin embargo, Creon se me adelantó. Pasó a mi lado antes de que brotara una sola palabra de mis labios y signó, con movimientos cuidadosamente medidos y los ojos negros rebosantes de una emoción que ya no era desgana, crueldad ni soberbia:

¿Se te ha pasado por la imaginación confiar en que sea capaz de cuidar de sí misma durante cinco minutos?, indicó con gestos agarrotados. *¿Te mataría no hacerte el héroe un ratito?*

Sus palabras tardaron medio segundo en calarme hondo, con todo su peso venenoso.

–¡Creon!

Me ignoró completamente y lo mismo hizo Tared, que se dirigió hacia la puerta.

–Se llama preocuparse por la gente, Hytherion –le espetó de forma tajante–. No metas las narices en asuntos que están fuera de tu comprensión.

–¿Qué tal si os comportáis los dos? –barbotó Lyn, con una letalidad ardiente en el tono–. Un poco de educación nunca ha matado a nadie.

Tared desapareció sin responder. Solo entonces Creon me miró a los ojos, con un destello alarmante en sus iris oscuros que su sonrisa amarga no suavizó lo más mínimo.

¿Vienes, aun así?

¿Qué demonios significaba eso? ¿Que iba a seguir a Tared de todas formas, conmigo o sin mí? ¿Qué clase de locura era esa? Los dos llevaban todo el día discutiendo. ¿Acaso no sería lo último que querría hacer, pasear por el bosque en compañía de un álfar que era incapaz de pasarse dos minutos sin insultarlo?

¿Me había perdido algo?

–Creo –comencé, con toda la calma que pude reunir– que sería más prudente que nos quedáramos aquí, ¿no crees?

Creon se encogió de hombros y salió a zancadas rápidas y tensas, como si tuviera asuntos pendientes que no podían esperar.

−Dioses... Es que son idiotas −murmuró Naxi, hundiéndose en su silla con un gemido.

¿Incluso ella estaba alarmada? Mala señal. Muy mala. Hice un balance rápido y titubeante de la situación, sopesando mis opciones: Beyla seguía sin aparecer por ninguna parte. Naxi debía mantener el escudo demoniaco en las inmediaciones del templo, al menos mientras no supiéramos con certeza adónde había ido Beyla. Que Lyn acompañara a Creon y Tared para mediar sería como lanzar aceite a un fuego desatado, aunque en ese momento ella no fuera el origen del problema.

Solo quedaba yo.

Y, a decir verdad, era yo quien había empezado aquello.

−Veré lo que puedo hacer −dije, y salí corriendo de la cocina antes de que ninguna de las dos pudiera detenerme y hacerme cambiar de opinión con argumentos sensatos. No iban a servir de nada, y el tono de Tared me había dejado claro que iba a ser necesaria una buena dosis de paciencia antes de abordar el delicado tema de cuál era exactamente el motivo de su ira, y qué relación tenía conmigo.

Me costó un esfuerzo ímprobo no maldecir. Adiós a mis estrategias diplomáticas...

Cuando salí por la puerta, ellos dos ya habían cruzado la mitad del patio y caminaban en la dirección que había tomado Edored. Eché a correr tras ellos y llegué justo a tiempo para oír a Tared gruñir algo sobre su historial de causar problemas y cómo no iba a cometer los mismos errores dos veces.

La respuesta de Creon llegó con signos cortantes y meticulosos.

¿Errores como tratar a patadas a alguien que necesitas para ganar una guerra?

Malditos fueran los dos. Salté por encima de un último macizo de flores para alcanzarlos y me interpuse entre ambos a base de codazos en las costillas: suficiente para frenar un instante el intercambio de hachazos.

—Bueno —bufé con impaciencia—. ¿Dónde creéis que deberíamos empezar a buscar, pedazo de idiotas?

La carcajada de Tared carecía de humor, pero al menos no reanudó su retahíla de insultos.

—La idea fue tuya.

Tenía toda la razón, por más que me molestara, y no sería prudente confesar que había improvisado ese plan para conseguir cinco minutos a solas con Creon. Señalé con la cabeza los árboles grises y blancos que se alzaban en la ladera y dije, fingiendo convicción:

—Bueno, Edored estaba buscando un lugar donde bañarse, ¿no? Lo lógico sería que buscáramos algún arroyo o riachuelo.

Hay un estanque de buen tamaño detrás de la torre norte, signó Creon, de nuevo con aburrida indiferencia. Como si apenas hubiera notado los ataques de Tared. Como si no le importaran. *Podríamos empezar por ahí.*

Caminamos en un silencio glacial. El ambiente estaba cargado con todo lo que se estaban callando tan solo porque yo estaba presente, rencores que debían de llevar meses enconándose. ¿Pero por qué demonios salían a la superficie en ese instante, cuando necesitaba su cooperación más que nunca? ¿Acaso Creon no se daba cuenta de que cada pelea que iniciaba nos hundía más en nuestros secretos?

Tenía que saberlo, ¿no?

El estanque apareció en la espesura del bosque como un brillo brumoso. El agua estaba tan inquietantemente tranquila que parecía un espejo incrustado en el musgo. Nada se movió cuando nos detuvimos en la orilla del claro y escudriñamos con cautela a nuestro alrededor. No había peligros a la vista; no encontré ninguna explicación convincente al atolondramiento que casi le había costado la vida a Edored.

De acuerdo: al final, iba a ser cierto que solo tenía la cabeza para peinarse.

Inspiré para decirles, con más alivio del que quería admitir, que mis sospechas eran infundadas y que podíamos volver ya a nuestro refugio temporal; al menos, allí tendría cerca a Lyn y Naxi para ayudarme a separarlos si volvían a ensañarse. Ya aparecería otra

oportunidad de hablar con Creon y decirle que su actitud no podía ser más inútil...

—¿Eso no son huellas? —dijo Tared bruscamente.

Di un respingo.

—¿Dónde?

Rodeó la poza sin responder. Solo cuando me apresuré a seguirle vi lo que sus ojos de álfar habían captado: garras en el barro, poco profundas, pero demasiado nítidas para tener más de un día.

Eran enormes.

La huella más cercana era el doble de larga que mi pie y cinco veces más ancha: una pata con tres dedos delante y uno detrás, armados con uñas lo bastante largas como para dejar surcos visibles en la tierra. No era una pata de pájaro: había una impresión de almohadillas y dedos. Pero tampoco podía pertenecer a otro animal que yo conociera, con ese cuarto dedo creciendo hacia atrás.

Por todos los dioses...

—Tared —susurré—. ¿No dijiste... que no paraba de parlotear sobre dragones?

Levantó la vista, y sus ojos grises desorbitados fueron la única respuesta que necesitaba.

Todo encajó al instante. Si Edored fue hasta allí, sudoroso y de mal humor, y encontró ese rastro... Por supuesto que habría salido corriendo tras él, como un niño pequeño en busca de gatitos. ¿A quién le importaba la magia de la plaga y los escudos demoniacos, cuando podía encontrar dragones? Dragones que habían pasado por ahí hacía muy poco, a juzgar por la claridad de las huellas...

El bosque estaba tan silencioso que helaba los huesos. Levanté la vista y vi a Creon y a Tared con las manos en sus armas, sus ojos escudriñando la niebla y las interminables hileras de árboles.

Si se trataba de un dragón, tenía que ser uno gigante, mutado de tamaño por la magia divina. ¿Y quién sabía cómo habría afectado eso a sus instintos de caza? Lo más sensato era largarse de allí y dar gracias por que aún no hubiera atacado el templo. Solo un estúpido iría voluntariamente en su busca, y los dos hombres que tenía al lado podían ser guerreros poderosos, pero distaban mucho de ser experimentados cazadores de dragones.

Pero... la magia divina...

−¿Hay alguna posibilidad de que esté conectado con Zera? −exhalé−. ¿De que podamos encontrarla a través de este rastro?

−De ser así −replicó Tared−, no voy a salir corriendo detrás de él. Sugiero que antes volvamos al templo y tracemos un plan.

¿Un plan?, signó Creon, alzando una ceja con desdén. *¿Tú?*

¿Qué demonios estaba haciendo? Casi se me rompió la voz cuando abrí la boca.

−¿Te importaría no...?

−¿Qué sugieres, Hytherion? −saltó Tared, adelantándose−. Si me estás llamando idiota, ten el valor de decírmelo a la cara. No seas cobarde, por una vez en tu vida.

−¡Tared! −siseé.

Idiota no. Los gestos de Creon eran lentos, como si saboreara cada movimiento, y le sostenía la mirada con un desafío evidente, impregnado de una arrogancia principesca capaz de derretir el hielo. *Solo un poco... ¿irracional?*

Tared desenvainó su espada.

Todo sucedió tan rápido que no tuve tiempo de pensar ni de entender lo que −por el amor de los dioses− estaba pasando. Hasta mi grito de advertencia llegó demasiado tarde. Un destello de acero rasgó la quietud del crepúsculo, hubo un batir de alas y el rechinar despiadado de hoja contra hoja. Creon contraatacó como una víbora mientras Tared reculaba por el impacto, y el centelleo plateado del cuchillo fluyó como el azogue ante mis estupefactos ojos.

Tared se desvaneció justo a tiempo. Un mechón de pelo rubio quedó ondeando en el aire: la única prueba de lo cerca que había pasado el puñal.

Creon se dio la vuelta. El instinto del guerrero le advirtió de la hoja que estaba a punto de materializarse de la nada y cortarle el cuello. En el momento en que Tared reapareció, una ráfaga carmesí brotó de sus dedos, la magia envolvió el claro en un resplandor de destrucción y la sangre salpicó el barro.

Sangre...

Cada músculo de mi cuerpo obedecía a un reflejo distinto: luchar, huir, proteger. Mi mano izquierda agarró el lino oscuro de mi vestido.

La derecha no respondía y se negaba a usar el color. La magia yacía paralizada bajo mi piel, y mis pensamientos iban con cinco segundos de retraso: tenía que detenerlos, pero les haría daño, pero se harían daño entre sí, pero me harían daño a mí, pero qué estaba pasando, pero...

Tras un instante eterno en el que solo reinó el caos, Tared retrocedió tambaleante, mostrando los dientes, con los ojos desorbitados por una furia primaria que jamás le había visto. Había humedad roja brillante en el filo de su espada: sangre, me informó mi mente, y la idea me pareció tan irreal como si fuera un sueño febril. El álfar tenía un largo corte en el brazo derecho, del que también manaba sangre. Creon...

Se había quedado inmóvil, congelado. El negro se acumulaba en la punta de sus dedos. Alas desplegadas. Músculos tensos. Un dios oscuro de la muerte, una fuerza brutal y devastadora de la naturaleza, tan imparable como la llegada del anochecer.

Sus ojos eran un pozo sin fondo y estaban fijos en el rostro de Tared, con la ferocidad de un animal acorralado que se enfrenta a su cazador.

—Parad. —No podía respirar, no podía moverme. Mi voz salió en un hilo tembloroso, más tenue que el susurro de la brisa contra la maleza—. Por favor.

Ninguno de los dos pareció oírme. Creon avanzó a pasos felinos, con movimientos calculados que cargaban con una promesa de dolor. Tared tensó los dedos en torno a la empuñadura, un acto reflejo que yo conocía demasiado bien. La única señal de advertencia que le delataba antes de atacar.

—Estaba en lo cierto, entonces. —Había un triunfo furibundo en sus palabras, que brotaron como un siseo contenido. No retrocedió. No apartó los ojos de la intensidad abrasadora de la mirada de Creon—. Debajo de las bonitas mentiras y las promesas, basta con rascar un poco para comprobar que eres, y seguirás siendo siempre, la misma...

—Tared —supliqué.

—... maldita...

—¡Tared!

Sus labios se crisparon un segundo, no sé si por mi chillido agudo o porque se había dado cuenta de la barbaridad que estaba a punto de pronunciar. Pero las palabras salieron con calma, con una certeza inquebrantable: era la voz de un hombre que ya había decidido que estaba condenado.

—... alimaña demoniaca.

Creon se lanzó contra él.

Me oí gritar sus nombres. Las hojas silbaron entre la niebla, volvió a estallar una ráfaga de rojo. Mis extremidades eran incapaces de decidir a quién salvar, a quién defender, a quién culpar, a quién herir. Creon... Creon estaba sangrando, pero era imposible que el grito de agonía que rasgó el aire fuera suyo, y fue la espada de Tared la que cayó al barro con la empuñadura manchada de sangre. Fue Tared quien acabó inmovilizado contra un fantasmagórico árbol blanco, con el puñal de Creon en la garganta.

Un puñal.

En su garganta.

El tiempo se detuvo mientras aquella imagen se grababa a fuego en mi mente.

Habían acabado casi nariz contra nariz, mostrando los dientes y resollando. Creon permanecía inmóvil como una sombra, con la mirada fija en la daga que tenía entre los dedos. La sangre caía en cascada de la herida abierta en el hombro de Tared, empapando su camisa verde oscura y corriendo en riachuelos por su muñeca y su mano; un torrente de sangre que brotaba de sus venas al ritmo agitado de su corazón. Su luminiscencia álfar parpadeaba a su alrededor en zarcillos inquietos, esforzándose por apartarse de la imponente figura de Creon.

En la punta del puñal de Creon tembló un goterón de sangre cuando lo hundió ligeramente en la carne blanda de la garganta de Tared.

—Creon. —Mis pies reaccionaron al fin y di un paso vacilante, sin saber adónde dirigirme ni qué hacer. Tenía que obligarlo a escucharme... ¿Pero cómo?—. Creon, escúchame. Por favor. Suéltalo o... Yo...

Una llamarada rugió en el claro.

Pasó a menos de un palmo de Tared y se lanzó contra Creon en una muralla de fuego tan violenta que sentí su ardor a varios pasos. Creon saltó hacia atrás a una velocidad inhumana. El fuego lo persiguió, atacándolo de nuevo antes de extinguirse con un siseo rabioso, desvelando unas quemaduras dispersas en su camisa, una estela de humo...

Y a Lyn.

Irrumpió en el claro envuelta en un torbellino de chispas. Las lenguas de fuego se retorcían en sus brazos, trepaban por sus hombros y encendían las puntas de su pelo. Sus alas de fénix ardían a su espalda, bañando su rostro de un resplandor dorado y carmesí; las brasas chisporroteantes y las cenizas marcaban el punto del musgo donde había aterrizado. Incluso sus ojos ardían, y no era una metáfora: las llamas danzaban en unos iris que habían sido ambarinos desde que la conocí.

Ni siquiera me miraban a mí esos ojos encendidos con la cólera del mismísimo infierno, pero, aun así, me estremecí.

—¿Cómo te atreves? —escupió mientras avanzaba hacia Creon. Una nube de chispazos violetas estallaba en torno a su figura menuda a cada sílaba que pronunciaba, a cada paso que daba—. ¿Cómo-te-atreves? Que no te matara la última vez no significa que no vaya a hacerlo. —Resopló, y de sus fosas nasales brotaron sendas volutas de humo—. Hay límites, ¿te enteras?

Los labios de Creon se crisparon en una mueca mientras signaba:

Al menos, yo no provoco peleas que no puedo ganar.

Lyn extendió una mano y el fuego crepitó en el aire como un látigo. Chascó contra el lino de su camisa, desgarrándolo, pero no le dejó una sola marca en la carne. Una precisión espeluznante, pero, aun así, él no retrocedió, no bajó un ápice el mentón desafiante. La fénix se detuvo a un paso, respirando entrecortadamente, y lo fulminó con la mirada a pesar de su reducida altura.

—¿Tienes algo más que añadir en tu defensa?

Creon apretó los dientes, pero no cedió: era un muro imponente de arrogancia y rabia, un hombre dispuesto a soportar antes el odio abrasador que la derrota.

−Pedazo de idiota. −Cerró los puñitos, y las llamas lamieron sus dedos pecosos−. La próxima vez que te apetezca poner pegas a la inutilidad de hacerse el héroe, ten presente la inutilidad de hacerse el villano, Hytherion.

En ese momento −al fin−, Creon se puso rígido.

Pero Lyn ya se había dado la vuelta, y sus alas brillaron con más intensidad mientras se acercaba a la figura ensangrentada de Tared, desplomado contra el árbol.

−¿Y tú en qué estabas pen...?

El álfar la agarró del hombro a la mitad de la frase, a punto de derrumbarse con el impulso. Pestañeé y ambos desaparecieron, dejando tras de sí un rastro de musgo empapado en sangre, huellas humeantes... y la espada de Tared.

Creon no se movió.

Ni siquiera el omnipresente silencio del Subterráneo me había parecido nunca tan opresivo como aquel instante de aturdimiento, mientras lo taladraba con la mirada y él observaba el bosque, aún con el eco del crepitar del fuego de fénix resonando en mis oídos. Bajé la vista hacia el cuchillo empapado de sangre que empuñaban sus dedos llenos de cicatrices. Miré las marcas de quemaduras que todavía humeaban en su camisa. La firmeza pétrea de su mandíbula era un escudo tácito e inquebrantable.

Solo entonces me di cuenta de lo que intentaba decirme el martilleo desbocado de mi corazón.

Ira. Lo que corría por mis venas era cólera pura, sin diluir, que me dejaba un sabor metálico y amargo en la lengua. Porque, por mucho que amara esa oscuridad omnipresente que latía en su interior, su genio feroz, su poder y su entrega...

Aquello no tenía nada que ver con ninguna de esas cosas. Había cometido una estupidez, una destructiva e impulsiva.

−¿A qué estabas jugando, Creon? −susurré, y mi voz sonó hueca en el silencio del crepúsculo.

Se giró bruscamente hacia mí y entreabrió los labios. Una mancha de sangre seguía la afilada línea de su pómulo. Justo encima de la muñeca, un corte largo y superficial cruzaba sus cicatrices tatuadas:

probablemente sería una herida dolorosa, ¿pero acaso eso justificaba el tajo que le había causado a Tared en el hombro?

Peor aun: ¿justificaba que hubiera dinamitado mi última esperanza de una alianza pacífica?

Desesperada, me aferré por un instante a la posibilidad de que hubiera alguna explicación, una excusa; de que tal vez esos cinco minutos de violencia inútil formaran parte de un plan cuidadosamente diseñado de la Muerte Silenciosa, que siempre iba cinco jugadas por delante de todos los demás. Pero él me miró fijamente, sin levantar la mano para signar. Un vacío se abrió paso en la oscuridad de sus ojos y, por fin, Creon pareció cobrar conciencia de lo que había hecho.

—Podrías haberlo matado —exclamé, subiendo la voz cuando la decepción me clavó las garras en las entrañas—. Y no me salgas con que empezó él, porque tú le estabas provocando igual, y...

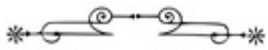
Se giró en redondo y echó a andar mientras se limpiaba frenéticamente la sangre de los dedos con los jirones de su camisa.

—¿En serio? —grité, con un nudo en el estómago—. ¿Esta es tu respuesta? ¿Vamos a volver a las andadas?

Abrió las alas de golpe, como si descartara de un manotazo mis palabras.

Yo ya no tenía fuerzas para correr tras él, para convencerle, para suplicar. Me sentía vacía, desfondada, agotada. Lo único que quería era borrar los últimos diez minutos, hacer que regresara a mi lado y volviera a hacer que las cosas fueran sencillas.

Pero Creon desapareció en el oscuro cielo otoñal con dos rápidos aletazos, sin mirar atrás.



No podía hacer nada, así que recogí la espada de Tared y regresé al templo, todavía incapaz de pensar de forma racional, abrumada por una rabia que me dejaba entumecida. Ya apenas recordaba mi patético e ingenuo intento de trazar una estrategia hacía media hora.

«Buenos días, Tared», me imaginé diciendo. «Sí, sé que ha estado a punto de matarte, pero no sabes lo encantador que es cuando tú no estás cerca...».

Se me escapó una risa amarga. Sonaba ridículo.

La espada de Tared me pesaba como el plomo mientras la arrastraba por el patio del templo, de camino a las habitaciones que nos servían de hogar temporal. ¿Había alguna forma de reparar aquello? Maldición, ya ni siquiera sabía qué se suponía que debía arreglar. «Irracional», había signado Creon, y esa leve provocación había bastado para que su antiguo enemigo desenvainara y atacara. Lo cual era francamente absurdo, a menos que...

A menos que hubiera una historia detrás de esa palabra.

Algo se endureció en mi interior mientras rodeaba con pasos vacilantes el majestuoso muro de tallos y hojas y llegaba hasta la puerta abierta. Por fuerza tenía que haber una historia detrás; y fueran cuales fuesen los secretos que los dos habían estado ocultando al resto del mundo, ya iba siendo hora de que averiguara qué estaba pasando.

—... que se largue —oí decir a Beyla mientras avanzaba por el pasillo. Su voz frágil iba acompañada del sonido de pasos enérgicos sobre las baldosas de la cocina—. Está completamente loco. Si esto es lo que hace a los que llama sus aliados...

—Ah, te aseguro que no está loco —replicó Naxi con tono soñador.

Beyla soltó un bufido.

—Peor me lo pones. Si no está trastornado...

La interrumpieron un montón de improperios de Tared, seguidos por el grito de Lyn.

—¡Te he dicho que dejes quieto ese brazo, idiota! ¿Me vas a permitir limpiarlo o no?

Bueno, al menos estaba consciente y se encontraba lo bastante bien como para ser un cabezota. Contuve un suspiro de alivio, lancé una última mirada a la puerta cerrada de la cocina, dejé la espada ensangrentada en el suelo con el mayor cuidado posible y pasé de puntillas. Ahora que sabía que todos seguían vivos, necesitaba un momento de tranquilidad para pensar.

–Si no está loco –continuó Beyla–, ¿cómo puedes afirmar que está de nuestro lado? Esta –escupió, e imaginé un gesto furioso en dirección a las heridas de Tared– no es la forma en que la mayoría de la gente trata a sus aliados, ¿sabes?

Naxi soltó una carcajada.

–La mayoría de la gente tampoco se dedica durante días enteros a ofender constantemente a sus aliados.

¿Días enteros? Me quedé parada, parpadeando ante aquella información nueva. No había visto una hostilidad importante hasta aquella mañana, ¿no? Sí, entre ellos siempre habían reinado el recelo y las sospechas, y constantemente cruzaban miradas gélidas, pero aquello llevaba meses sucediendo, no días. Además, estaba bastante segura de que apenas habían intercambiado una palabra, y mucho menos múltiples insultos, en el transcurso de nuestro viaje.

Y, sin embargo...

Había una historia detrás. Debía de haberme perdido *algo.*

¿Se habían pasado las noches intercambiando comentarios sarcásticos mientras yo dormía? Lo encontraba improbable; Tared nunca había compartido el turno de guardia con Creon, que yo recordara. Entonces, ¿qué otra cosa podía ser?

–Bueno –dijo Beyla con tono afilado–, no veo por qué Tared debería morderse la lengua cuando ese maldito bastardo se empeña en insultarlo constantemente.

–Ah, claro. –La voz de Naxi sonaba como si estuviera sonriendo–. Empezó Creon, por supuesto, al cometer la imperdonable ofensa de sacrificar su voz a cambio de tu vida, Thorgedson. ¿Es así?

¿Cómo?

Oh. Un segundo.

No entendí la réplica que gruñó Tared, pero no sonaba ni a negación ni a confirmación. No importaba. «La imperdonable ofensa de sacrificar su voz». Recordé entonces que había visto a Creon leyendo una nota en su habitación del Subterráneo, después de aquella conversación con Agenor, y que no reaccionó cuando le dije que conocía la historia completa de cómo la Madre lo había atado...

Estaba leyendo una nota.

¿Y si yo no había sido la primera que habló con él?

No perdí ni un segundo más. Quizá no volviera a presentarse otra oportunidad así: los cuatro estaban ocupados y ajenos a mi presencia. Conteniendo la respiración, abrí de un empujón la puerta del dormitorio que Tared y Edored habían compartido hasta aquella mañana. En la mitad de Edored reinaba un caos espectacular; la de Tared estaba organizada con la disciplina de un guerrero. Un modesto montón de ropa sobre la cama; una bolsa de cuero, meticulosamente atada; un abrigo gris colgado sobre la única silla de la habitación, con...

Un pedazo de pergamino arrugado y manoseado.

Lo agarré tan rápido que estuve a punto de desgarrarlo y lo desdoblé con manos temblorosas.

Había un mosaico de escrituras de dos manos distintas: la caligrafía caótica de Tared se alternaba con los trazos familiares que sabía de sobra que pertenecían a Creon.

El mensaje de la parte superior estaba escrito por el álfar:

Se considera de mala educación mantener una deuda de vida pendiendo sobre la cabeza de alguien. Ten la amabilidad (si es que conoces el significado de esa palabra) de decirme cómo puedo pagártela.

Dejé escapar un suspiro y me dejé caer en el borde de la cama de Edored, con el pergamino entre los dedos temblorosos. Debía de haber enviado aquella nota a Creon justo después de que Agenor nos contara la historia completa de la pérdida de su voz.

La respuesta de Creon estaba anotada justo debajo:

Los fae no mantienen deudas de vida. Métete tus obligaciones por donde te quepan.

Los garabatos de los dos se hacían cada vez más caóticos:

Puede que tú no mantengas deudas de vida, pero yo sigo teniendo honor.

Ya me salvaste la vida cuando tuve que huir de la Corte Carmesí. ¿Por qué no consideras la deuda saldada con eso, si tanto te importa?

No me cabe duda de que Em te habrá dicho que yo no te salvé. Como mucho, le permití a ella que te salvara. Y a regañadientes.

¿Acaso quieres que yo esté en deuda contigo?

Si los principios fueran fáciles, no haría falta llamarlos principios. Supongo que a un hombre que no los tiene hace falta explicárselos.

Respiré hondo. Esa nota debía de haber estado pasando de bolsillo a bolsillo todo el tiempo que llevábamos recorriendo el continente. Por el maldito amor de Zera, los había visto fruncir el ceño ante un pedazo de pergamino de vez en cuando. Si me hubiera dado cuenta antes, si le hubiera dado importancia, ¿podría haber intervenido?

La respuesta de Creon no era mucho más conciliadora:

No sabía que tuvieras inquietudes filosóficas. Casi diría que has abierto un libro o dos durante el último siglo.

Algunos hemos intentado dedicar nuestro tiempo a actividades un poco más civilizadas después de la Batalla Final.

La siguiente respuesta de Creon era la más larga hasta entonces, garabateada con evidente prisa:

La cruda realidad es que tú no habrías aguantado ni un año lo que yo tuve que hacer para acabar con la Madre, y lo sabes. No te preocupes: soy consciente de lo atroz e imperdonable que fue. Pero, por más que me lo reproches, no te librarás de la vocecilla que te dice que no estás a la altura.

Me estremecí, incapaz de dejar de leer, de apartar los ojos de la escalada que se desarrollaba ante mis ojos. La respuesta de Tared fue breve, pero no por ello menos venenosa:

Veo que sigues librando tus batallas con la ayuda de la magia demoniaca.

En tiempos intenté no hacerlo, pero alguien me recordó que, hiciera lo que hiciera, siempre sería una alimaña demoniaca. Supongo que te encantaría que yo no usara mi poder, mientras tú te reservas el derecho a echármelo en cara hasta el fin de los tiempos.

¿Tu mayor problema es que te lo echen en cara? ¿También te considerabas la víctima mientras enterrabas vivos a campesinos desesperados?

No.

¿Te he hecho pupita, Hytherion?

Ni de lejos. Solo por curiosidad, ¿se te ha pasado por la imaginación que puede que yo haya cambiado algo en los ciento treinta años que han pasado desde que me sacaste de esa maldita bahía?

La pobre Em me lo ha insinuado alguna vez, sí. ¿Cómo te las apañas para que incluso las personas racionales sientan el impulso irracional de redimirte?

¿Lyn sabe que la consideras irracional?

Y ahí acababan los mensajes.



Capítulo 15

Cayó la noche, y Creon seguía sin regresar.

Pasé toda la cena en silencio mientras los demás discutían acaloradamente, incluso para llegar al acuerdo de esperar en el templo hasta la mañana siguiente. Lo cual debería haber sido una buena noticia... Pero, aunque Creon estuviera de regreso al amanecer, ¿cómo íbamos a continuar el viaje con un mínimo de concordia y cooperación?

Después de retirar los platos, Tared me llamó para decirme que no debía culparme por todo aquello. Un detalle por su parte, pero inútil, porque estaba claro a quién le echaba la culpa él. Me dediqué a deambular por las estancias y el patio durante el resto de la velada, esperando el sonido de batir de alas, pero solo se oía el susurro de la brisa contra las hojas y el murmullo de las voces de mis compañeros en la cocina.

¿Dónde estaría?

La ira no tardó en dar paso a la preocupación, a una angustia espesa y nauseabunda. ¿Había hecho mal en explotar contra él? ¿Estaría vagando por un bosque infestado de dragones, culpándose de todo lo que iba mal en el mundo, convencido de que yo le

odiaba? Después de tantos meses, no debería dudar de mis sentimientos. Pero, entonces, ¿por qué no volvía?

Tal vez estuviera cazando dragones. O buscando a Zera por su cuenta. Quizá sus heridas fueran más graves de lo que yo pensaba. Podía estar desangrándose al pie de un árbol, y jamás volvería a verle, y...

Decidí dejar de pensar antes de perder el control.

Pero era difícil no caer en la espiral cuando no tenía otra cosa en la que concentrarme. Beyla afilaba sus espadas con ímpetu, y no se la veía de humor para estar de cháchara. Lyn parecía un nubarrón de tormenta, enterrada entre montones de libros, y echaba humo cada vez que se mencionaba el nombre de Creon. Tared se había ido a la cama para dejar reposar el hombro, que no había cicatrizado perfectamente debido a mi falta de experiencia con la magia azul, y Naxi sorbía leche caliente de una taza y soltaba una risita cada vez que alguien la miraba.

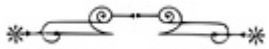
Dudaba que ninguno de ellos pudiera decirme cómo salvar la sima que se había abierto entre mi amor y mi familia. En todo caso, probablemente me dirían que no había forma de cerrar un abismo tan grande.

Lo que significaba que tendría que tomar decisiones, después de todo.

Me obligué a acostarme temprano, incapaz de soportar ni un minuto más del torbellino de mis pensamientos. Pero incluso en aquel dormitorio extraño y antiguo, mientras permanecía tumbada mirando la oscuridad hasta que dejé de saber si tenía los ojos abiertos o cerrados, no dejaba de darle vueltas a las palabras de aquel pedazo de pergamino.

«¿Lyn sabe que la consideras irracional?».

Aquello era tanto una amenaza como una declaración de guerra. Sentí cómo ardía en mis entrañas esa frase traicionera hasta que, finalmente, el sueño se apoderó de mi mente inquieta.



Estaba... volando.

El viejo y delgado colchón había desaparecido bajo mi espalda cuando, somnolienta, regresé al mundo de los vivos. Me despabiló la caricia de la brisa otoñal contra mi columna vertebral. Me sentía flotar en la noche oscura, envuelta en mantas y sujeta en vilo por dos...

Brazos.

Di un respingo, totalmente despierta. Brazos. Alguien me llevaba a cuestas. Me habían sacado en plena noche de mi cama, tan silenciosamente que ni siquiera había oído pasos. Intenté retorcerme y luchar contra mi secuestrador, pero descubrí que apenas podía mover las manos, envueltas en lana gruesa y suave lino. Estaba arropada como un bebé.

Inspiré con fuerza y abrí los labios para gritar.

Pero un aliento cálido me rozó la cara antes de que pudiera emitir sonido alguno. Olía a... hogar. Me quedé paralizada, aún entumecida por el sueño e incapaz de comprender lo que estaba ocurriendo, hasta que unos labios suaves me rozaron la frente en un beso tan dulce como una canción de cuna. El aire se me escapó de los pulmones en una rendición instintiva e inevitable.

Creon.

Había vuelto a mi lado.

Se me soltaron todos los músculos en un suspiro de alivio, pero solo por un instante. Entonces volví a tener presente lo que había ocurrido; recordé la camisa empapada de sangre de Tared y las chispas de rabia que habían saltado de la piel de Lyn durante toda la noche, y volví a ponerme rígida.

—¿Dónde narices estabas? —siseé.

Me arrepentí de la pregunta en cuanto salió de mis labios; en la oscuridad cerrada, no había forma de que viera su respuesta. Se limitó a suspirar, y su pecho subió y bajó contra mi cuerpo.

Me mordí la lengua mientras salíamos al jardín del templo, donde el muro vegetal ocultaba todo excepto el brillo plateado de la luna. Solo cuando doblamos la esquina de enredaderas y espinas se hizo visible el resplandor verde pálido de la puerta del templo. Una pequeña hoguera crepitaba en el borde del patio, proyectando un

resplandor dorado cambiante que bañaba los arbustos y las paredes de mármol.

No había ni un alma. Al regresar, Creon solo había debido de encontrar a Naxi despierta, y le habría pedido que se fuera a la cama antes de despertarme a mí.

Había tenido suerte: se había cruzado con la única persona que no estaba furiosa con él.

La idea bastó para reavivar mi ira, que ya no se veía frenada por el miedo que había apresado mi corazón casi toda la noche. Me retorcí entre sus brazos para ver mejor su rostro entre las sombras y solté:

—¿Qué tal si me dejas caminar sola? Así tendrás las manos libres para decirme qué se te pasó por la cabeza para enfrentarte a Tared y herirle y desafiarle y... y...

Creon no me soltó. Al contrario, me abrazó con más fuerza mientras caminaba hacia el fuego.

—¡Y escribirle esas estupideces! —Se me rompió la voz—. Sabías perfectamente lo mucho que me estoy esforzando por mantener la concordia, ¿y mientras tanto te dedicabas a echar un pulso con Tared para demostrar quién es el más macho, sin siquiera decírmelo? ¿Qué será lo siguiente? ¿Me voy a enterar de que llevas meses arrojando a la chimenea los preciados libros de Lyn?

Pasó por encima de un árbol caído, al lado de la hoguera, y se sentó en el viejo tronco, acomodándome en su regazo con cuidado. Tan cerca de las llamas, envuelta en tres gruesas mantas, el frío de la noche no me alcanzaría..., pero el crepitar del fuego me recordaba a la rabia de Lyn, y ninguna manta mullida me haría olvidar la imagen del látigo de fuego que le azotó la cara.

—Tú me dijiste que tenía que averiguar qué quería —gruñí, retorciéndome para mirarle a los ojos. No se movió, no levantó la mano para signar una justificación—. Y justo cuando tengo la revelación de que lo que quiero es poder contárselo a todo el mundo sin que nadie se escandalice, ¿decides cabrearlos a todos hasta el punto de que es imposible que no les horrorice la idea? ¡Has conseguido enfurecer a Lyn, por el amor de los dioses! ¿Y para qué? ¿Para dejarles claro que sigues sabiendo manejar un cuchillo? Pues

bien, ¡ya lo saben! Espero que haya valido la pena, porque te has portado como un... un...

Me quedé sin palabras. No acertaba a encontrar ninguna que reflejara la profundidad de su estupidez. En su rostro solo se reflejaba un cansancio sordo y profundo, y tenía las alas y los hombros hundidos con una resignación poco habitual en él.

−¿Y bien? −exigí con rabia.

Se frotó la sien con los dedos manchados de tinta, suspiró y signó:

Lo siento.

Pestañeé.

Tienes razón. Miró fijamente el fuego mientras trazaba las señas, con gestos lentos y agotados. *Me he portado como un imbécil, y tienes todo derecho del mundo a estar furiosa. Lo siento. De verdad que lo siento.*

−Esto... ¿Qué?

Se encogió de hombros.

Quizá deberías darme un par de puñetazos en la cara. Igual nos vendría bien a los dos.

−¿Que te dé un puñetazo? −Solté una carcajada desconcertada, escudriñando su rostro en busca de algún rastro de ironía en las duras líneas de sus rasgos; cualquier pista de que estuviera tomándome el pelo−. ¿Es una broma? ¿Esperas que con un gesto dramático de arrepentimiento se me olvide como por arte de magia...?

Em, me interrumpió, con un gemido silencioso. *¿A ti te parece que estoy bromeando?*

−No, pero...

Se quedó mirándome fijamente −ojos ensombrecidos, labios tensos− y no trazó una sola seña más.

−No −murmuré de nuevo, con la garganta repentinamente seca. Había algo en la cercanía de su rostro, en el aleteo de sus largas pestañas y la ligera separación de sus labios, que hacía que me resultara exasperantemente difícil recordar por qué tenía planeado gritarle hasta quedarme ronca−. No, pero tú nunca cedes tan fácilmente. ¿No deberías..., ya sabes, defenderte un poco? ¿Decirme

que todo es culpa de Tared, burlarte un poco de los álfar y su mal genio, recordarme que no los necesitas y que no tienes por qué morderte la lengua por lo que piensen o dejen de pensar?

Su mueca me dijo que había dado en el clavo.

¿Sería de alguna utilidad?

−No −dije y puse los ojos en blanco−, claro que no. Pero la utilidad no ha sido el factor más decisivo en las decisiones que habéis tomado últimamente, ¿verdad, Alteza?

Una sonrisa irónica se dibujó en la comisura de sus labios.

¿Seguro que no quieres pegarme?

−¿Me tomas el pelo?

No. La diversión se borró de su rostro. *Es que eres tan hermosa cuando estás furiosa y me exiges que haga las cosas bien... Creo que son tus ojos. Juraría que se vuelven más verdes cuando me fulminas con la mirada.*

Lo fulminé con mayor intensidad.

Em...

−Ahora mismo soy inmune a tus poderes de seducción, Creon −le informé escuetamente, siendo consciente de que, si fuera del todo cierto, no habría sido necesario decirlo−. No te voy a perdonar tras haber estado a punto de matar a un amigo mío porque me eches un piropo, especialmente cuando sabes perfectamente que mis ojos, siendo generosos, son del color del agua estancada. Y aunque pudieras... Bueno...

Titubeé; ya no sabía ni cómo terminar la frase.

La sombra de una sonrisa cruzó sus labios. Era una expresión agotada y carente de humor, pero me recordó a su auténtica sonrisa, genuina y radiante, la que se le escapaba cuando me perseguía en su dormitorio porque le había robado el desayuno o cuando me hacía cosquillas hasta hacerme suplicar. Aquella sonrisa resultaba tan reconfortante como un baño caliente, pero más atrevida, más osada, semejante a la euforia perezosa que provoca beber una copa de más.

Separé los labios. Brotó un sonido, pero no una palabra inteligible, ni mucho menos una frase.

Su sonrisa se ensanchó un poco mientras repetía:

¿Y aunque pudiera...?

−Voy a darte un puñetazo −acerté a decir.

Por favor, hazlo, signó.

Pero lo que hice fue rodearle el cuello con los brazos y devorarle los labios.

Era más fácil besarle con rabia que mantener la cabeza despejada, y descargar así mi furia resultaba mucho más satisfactorio que recriminarle lo que había pasado una y otra vez. Sus labios estaban calientes. Cálidos, firmes y pecaminosamente voraces cuando se separaron para recibirme, acogiendo mi miedo y mi ira, invitándome a arañarle, a morderle, a dejar la marca de mis dientes en su carne.

En un arrebato de cólera, le mordí el labio inferior.

No tomó represalias. Su beso se volvió más paciente, más apaciguador, y deslizó la mano por mi nuca con una delicadeza de seda. En respuesta, enredé los dedos en su suave cabello y tiré de él para acercarlo, buscando en el roce lento y exploratorio de su lengua la lucha que tanto necesitaba.

Se echó hacia atrás.

Me separé de él, respirando agitadamente, con los labios húmedos y sensibles. Mi corazón latía como un tambor tras mis costillas.

−Canalla.

¿Yo? Su expresión seguía siendo sospechosamente seria, pero en sus ojos oscuros brillaba una sonrisa; una muy peligrosa. *¿Quieres que siga disculpándome?*

−¡No! −Le solté un manotazo, reprimiendo a duras penas el impulso de clavarle los dientes en una de sus puntiagudas orejas como venganza−. Eso es lo último que necesito, ¡monstruo! ¿Cómo quieres que siga enfadada contigo, si ni siquiera te defiendes?

Enarcó una ceja.

No sabía que tuvieras intención de seguir enfadada eternamente.

−Es más fácil estar enfadada que sentir otras cosas −refunfuñé.

Ah. Se quedó pensativo. *¿Quieres que apuñale a algún otro álfar para enfurecerte otra vez?*

−Por todos los dioses, Creon.

¿Eso es un no?, signó con ironía.

Se me escapó una carcajada amarga y me hundí contra su hombro, acurrucándome entre las mantas. Se me habían quitado las ganas de pegarle. La rabia se había esfumado, y ya no sentía la violenta necesidad de vengarme por cada minuto que había pasado preocupándome por él. En su lugar, me inundó una desesperación gélida y hueca: la sensación de estar luchando contra una corriente imposible de vencer.

Solo quería acurrucarme en sus brazos y olvidarme del desastre que había sucedido. Lo único que deseaba era que pudiera reparar las cosas.

—Necesito tu ayuda —susurré.

Esperó sin signar nada, jugueteando con los mechones sueltos de mi pelo mientras yo miraba la hoguera e intentaba ordenar mis pensamientos. Reinaba el silencio a nuestro alrededor; el jardín estaba tan oscuro que era como si no existiera nada excepto nosotros dos, seguros en nuestra pequeña burbuja de luz, a salvo en los brazos del otro.

—Creo que quiero decírselo. —Fue milagrosa la facilidad con la que brotaron esas palabras de mis labios, después de llevar un día entero atormentándome con la idea—. Anoche tenías razón: no es un secreto que podamos guardar durante mucho más tiempo. Pero, si vamos a contárselo...

Sus dedos se detuvieron en mi pelo.

—Necesito que dejes de portarte como un imbécil —barboté, con la respiración acelerada—. Necesito que dejes de actuar como si fueras el maldito monarca del infierno. No hace falta que pases a ser su mejor amigo, pero si pudieras dejar de actuar así, si fueras capaz de ser un poco más tú mismo delante de ellos...

Suspiró, interrumpiéndome.

¿Yo mismo?

—Sí. —Resoplé y me senté más erguida sobre su muslo—. La persona que eres conmigo. Ya sabes, en lugar del cabrón asesino capaz de matar a sus aliados entre el almuerzo y la merienda cuando le llevan la contraria.

Yo no me atrevería a decir que ese cabrón asesino no sea el verdadero yo, signó, y se le borró el último rastro de sonrisa, rindiéndose a la mueca sarcástica que le tensaba los labios. *La mitad de las veces, esa versión de mí es mucho más real que la persona que soy contigo.*

Cerré la boca de golpe.

Frunció el ceño y sus ojos nocturnos se clavaron en los míos.

¿Respuesta equivocada?

—Sí —repliqué con energía—. No finjáis que la persona que sois a mi lado es un delirio encantador para evadiros de vuestra satisfactoria existencia de matar y mutilar, Alteza. Y no me digas que portarte como un completo gilipollas es lo más noble y sincero que eres capaz de hacer.

He sido ese completo gilipollas durante siglos. Desvió la mirada, separando los labios con nerviosismo. *Estoy bien así. No esperarás que renuncie a lo único que...*

—Renunciaste a esa fachada conmigo.

Tú no eres el resto del mundo.

—¡Pero es que ni siquiera lo intentas! —Había un tono crudo en mi voz, no de acusación, sino de simple y amarga desesperación—. Has decidido que te van a odiar hagas lo que hagas, así que consideras que lo mejor es seguir dándoles motivos. Y, por cierto, es bastante injusto que me eches a mí la culpa de querer guardar el secreto, cuando eres *tú* con tu actitud quien provoca que la verdad sea imposible de digerir. ¿Es que no lo ves?

Agitó las alas con inquietud.

No van a dejar de odiarme solo porque empiece a sonreír.

—Si nunca lo intentas...

Em. Apretó la mandíbula. *Hace unos años, le cosí la boca a uno de sus amigos. Después le rebané el cuello. No es algo que se olvide con una sonrisa amable y unas palmaditas amistosas en la espalda.*

—Pero... pero el pobre desgraciado no sintió nada —objeté. «Le cosí la boca». Esos mismos dedos que danzaban en la noche ante mis ojos, clavando aguja e hilo en la carne vulnerable... Reprimí un escalofrío—. Te llevaste su dolor. Tienen que entender...

Lo entienden, me cortó en seco. *¿Y qué? Les he hecho daño igualmente. Si hubiera incendiado Cathra, quemado vivos a tus amigos, a tu familia, a todos los que conocías..., ¿me habrías perdonado? ¿Aunque supieras que no sintieron nada?*

Apreté los dientes. No estaba dispuesta a mentir, pero me empeciné en no admitir la verdad.

Tú me conviertes en una persona que nunca había sido, Em. Trazó las señas a una velocidad vertiginosa, como si se le fueran a escapar las palabras si no las signaba en menos de cinco segundos. *Pero la única razón por la que puedo ser quien soy contigo es que cada vez que me he mostrado vulnerable ante ti, cada vez que has encontrado un punto débil, has optado por no hacerme daño. Tienes que entender...*

–Eso es mentira –declaré, sin darme cuenta de que le había cortado en seco–. Yo te odiaba a muerte, y no finjas que te trataba bien. Yo... te comparé con la Madre, y te pusiste tan furioso que destrozaste la cabaña. ¿Eso es no hacerte daño?

Se encogió de hombros.

Me pediste perdón.

Le miré fijamente. Tardé un momento en acordarme: aquella tarde, después de que me adentrara en el Bosque Fae, antes de tener que ir a comer con la Madre..., me había disculpado. Y él me había ignorado, como ignoraba todo lo que le decía aquellos primeros días.

Tal vez debería haber imaginado que había algo detrás de esa actitud indiferente.

A mí nadie me pide perdón, añadió rotundamente, como si me hubiera leído el pensamiento. *Nunca. Puedo decirte el número exacto de veces que me ha pasado en la vida, y aquella fue la segunda.*

Decidí no hacer la pregunta obvia; la respuesta tenía que ser Lyn.

–Vale, pero...

Te diste cuenta de lo mucho que me importaba la pérdida de mi voz, continuó con señas apresuradas y confusas. *La mayoría de la gente lo habría usado en mi contra. Y deberías haberlo hecho, teniendo en cuenta las circunstancias... Pero, en su lugar, me*

enseñaste a usar la lengua de signos, por mucho que me detestaras. ¿Tienes la menor idea de lo desconcertante que fue aquello?

Se me escapó una carcajada al recordarlo.

—Recuerdo que me dijiste que fue entonces cuando empezaste a quererme. En la carta que me escribiste en la corte.

Sí. Inspiró temblorosamente. *Y durante un tiempo creí que era por lo condenadamente hermosa que estabas cuando me sostenías la mirada, por tu valentía increíble... Pero, en retrospectiva, no fue por nada de eso. Fue porque cada vez que encontrabas una herida abierta, decidías no hundir el dedo en la llaga.*

Hubiera querido decirle que eso era una cuestión de decencia básica y que no me diferenciaba del resto del mundo. Vale, él se había criado en una corte donde cualquier atisbo de debilidad podía suponer la muerte, y mostrarse vulnerable era una invitación para salir herido. Pero la gente de la Alianza no era así. Eran personas decentes, o, al menos...

Titubeé un segundo.

Al menos, eran decentes conmigo.

Entonces la verdad se perfiló en mi mente con total nitidez, en toda su demoledora sencillez: otros también habían encontrado heridas. Tared había descubierto una. Y en lugar de dejarlo estar, de disculparse tras cometer el error...

Alimaña demoniaca.

La revelación hizo que se me helaran las entrañas.

—¿Entonces, es un círculo vicioso? —pregunté, tragándome la bilis que me había subido a la boca—. Tared no va a dejar de asestarte puñaladas traperas, porque tú sigues portándote exactamente igual que el cabrón que se interpuso entre Lyn y él..., y tú no vas a dejar de comportarte como ese mismo cabrón, porque él se aprovecharía de tu vulnerabilidad para hacerte daño de verdad. ¿Es eso?

Creon se encogió de hombros, pero una oscuridad se había apoderado de él, tan lóbrega como las líneas de tinta que le marcaban los brazos y los dedos.

Supongo que eso lo resume todo, sí.

—Mierda.

Te lo advertí, Em. Sus nudillos palidecieron mientras apretaba y aflojaba los dedos. *Yo complico las cosas. Si quieres un amante que la gente aprecie, lo entiendo. Yo no soy el adecuado.*

−No vuelvas a decir eso −exclamé, alzando la voz.

No puedes...

−No lo digas, Creon Hytherion. −Le aparté la mano de un golpe, con tal violencia que estuve a punto de resbalar de su regazo. «No soy el adecuado». El frío trepaba por el nudo de mi estómago hasta los pulmones, ciñéndome la caja torácica como un corsé−. Tú eres el adecuado. No me subestimes ni subestimes lo mucho que quiero...

Jamás me atrevería a subestimarte, me interrumpió con una mueca irónica. *Al contrario. Te considero perfectamente capaz de dejarte la piel para conservarme a mí y a la vez complacer a todos los demás, y preferiría impedirlo.*

−Entonces, ¿qué quieres que haga? −pregunté con voz aguda−. No tienen ni idea de cómo eres cuando estás conmigo. Si se lo decimos ahora, pensarán que estoy mal de la cabeza o que soy una fresca sin escrúpulos que antepone el placer a la moral, y...

Me costaba tanto respirar que no pude terminar la frase. En algún abismo desolado de mi cabeza, me sentía como si continuara leyendo la carta de Valter, aquella caligrafía de una pulcritud odiosa que trazaba palabras nauseabundas. «Te hemos dado cobijo durante veinte años».

«No nos busques ni nos escribas».

Se me encogió el corazón.

Em. La mano izquierda de Creon me rodeó la cintura y se posó en mi cadera. La caricia, suave pero firme, logró devolverme al presente, a la noche estrellada frente al templo de Zera. *Hagas lo que hagas, habrá gente descontenta. Sigues intentando complacer a todo el mundo, y de momento la primera víctima está siendo tu cordura.*

Solté una carcajada.

−¿Y crees que sería más feliz si perdiéramos la guerra por mi culpa? O si Tared me echara de su casa y...

Creon enarcó una ceja.

Nunca lo haría.

−Menuda fe tienes en alguien en quien no confías lo más mínimo −refunfuñé.

Es una de las personas en las que más confío en el mundo entero, signó con una mueca agria, *siempre que se trate del bienestar de Lyn o del tuyo. No confío en él conmigo, eso es todo.*

−Y, aun así... −Me froté los ojos con el dorso de la mano, intentando librarme del dolor sordo que latía en mi frente. Amor y odio. Confianza y desconfianza. Los dos caminos nítidos que tenía ante mí se habían convertido en senderos tortuosos que serpenteaban entre la maleza. Su destino era incierto; su dirección, desconocida−. ¿Y aun así quieres que sepa que duermo en tu cama por las noches? ¿Eso no sería mostrar la mayor vulnerabilidad de todas?

Entreabrió los labios de forma involuntaria: un leve gesto de angustia, un reflejo tan arraigado que ni siquiera ciento treinta años sin su voz habían logrado borrarlo. No hizo ninguna seña. Solo parpadeó y me observó con una expresión ausente que terminó convirtiéndose en un ceño fruncido.

−Es la verdad −concluí con sorna.

Supongo que... No terminó la frase.

−¿Y por qué quieres que lo sepan, realmente? −Deslicé la yema del dedo por su pecho, arista tras arista, cada músculo tensado hasta casi reventar−. ¿Es porque guardar secretos es poco práctico? Si te digo la verdad, es aún menos práctica la farsa insufrible a la que juegas, y no veo que tengas ninguna intención de ponerle fin.

Apartó la cara.

No.

Esperé, jugueteando con su camisa de lino, fingiendo no darme cuenta de que le temblaban las alas.

Supongo que me siento levemente orgulloso del hombre que soy cuando estoy contigo, signó sin mirarme. *Llevaba una eternidad repugnándome a mí mismo. Tener que esconderlo...*

−La versión de ti que sabe mostrarse vulnerable −comenté con acidez−. Interesante.

Soltó una risita muda.

Me siento acorralado.

—Te estás acorralando tú solito; yo solo te señalo que lo que dices no tiene sentido. —Le solté la camisa y me arrebujé en las mantas antes de acurrucarme de nuevo contra su hombro de acero—. No me puedes vender que es absolutamente necesario que te dediques a fulminarlos a todos con la mirada y a escupirles para evitar que Tared sea malo contigo y, a la vez, asegurarme que necesitas desesperadamente que el mundo entero descubra que eres tan dulce y mimoso como un gatito.

Creon me propinó un aletazo y agaché la cabeza de inmediato, incapaz de contener la risa. Me atrajo contra su pecho y me rodeó la cintura con un brazo para evitar que me alejara.

—¿Lo ves? —murmuré, enterrando la cara en su hombro.

Una risilla vibró en su pecho, pero no era muy convincente. Cuando levanté la vista, vi que se le había borrado la sonrisa y de nuevo había aparecido el ceño de preocupación entre sus cejas.

—¿Creon? —susurré.

Quizá tengas razón. Tragó saliva con un estremecimiento. *Tal vez sí quiero ser... así. Puede que sea la única...* Hundió el rostro contra mi cabello e inhaló profundamente, como si mi aroma pudiera infundirle el valor necesario para signar las palabras que vacilaban en la punta de sus dedos.

Le apreté la mano que me ceñía la cintura.

—¿La única?

Tú eres la única debilidad que tengo que él nunca atacaría, señaló con gestos temblorosos.

Oh.

Una salida de ese círculo interminable de ojo por ojo y diente por diente, una y otra vez... Un escalofrío tanto de miedo como de alivio me recorrió la espina dorsal. Si Creon quería dejar de ser el monstruo desalmado cuyo mero nombre hacía que los niños tuvieran pesadillas y despertaran empapados en sudor gélido, si en algún rincón de su interior estaba buscando la salida de la prisión a la que le había condenado su reputación...

Entonces, ¿cómo iba a negársela yo?

No tienes por qué decírselo, Em. Brillaba una tristeza tan profunda en sus ojos... Un firmamento sin estrellas, que no había visto la luz del sol en siglos. Había una infinita contención en la leve sonrisa que se obligó a esbozar, y noté que se tambaleaba el férreo control que tenía de sí mismo. *Prefiero guardar mil secretos a hacerte daño. Pero...*

—Pero si la elección fuera tuya —dije con voz ronca—, se lo dirías.

Su asentimiento fue mínimo. A la tenue luz de la hoguera, podría haber pasado por un temblor involuntario.

¿Y por qué motivo la decisión no era también suya? Volví la vista hacia el ala oriental del templo y contemplé la barrera de plantas que se alzaba como una muralla. Aquellos no eran solo mis amigos y aliados. Creon estaba obligado a tratar con ellos tanto como yo, y si la verdad pudiera hacerle más llevadera la compañía impuesta...

¿Por qué solo estaba teniendo en cuenta mi propio miedo y mi incomodidad? Había dado por sentado que él era capaz de sobrellevarlo porque siempre podía lidiar con todo..., pero estaba claro que no era lo que él quería hacer.

Y si lo ignoraba, estaría tomando partido. Y no del lado que quería.

—Tared... —Tragué saliva—. Aunque no me eche de casa, no se va a poner muy contento cuando se entere.

«Cuando». No «si». Me di cuenta en cuanto salió de mis labios, y la tensión de las alas de Creon me indicó que yo no era la única que lo había notado.

Puede que se enfurruñe un poco, sí.

—Así que quizá este no sea el momento adecuado. —Hice un gesto en dirección al patio envuelto en sombras—. Aquí no podemos evitarnos. No quiero tener que lidiar con álfar enfadados, además de con la presión del tiempo; tenemos que pasar el resto del viaje juntos.

Creon suspiró, pero asintió.

—Así que, durante la semana que viene... —fruncí los labios—. ¿Podrías dejar de atacarle? En serio, limítate a encogerte de hombros y marcharte si se porta como un imbécil. Finge que no le

has oído. Respóndele hablando del tiempo, si hace falta. Actúa como si fuera un niño de cinco años que intenta buscar pelea y...

Una sonrisa se dibujó en sus labios.

No sé si te gustaría saber lo que yo haría con un niño de cinco años que intenta buscar pelea, Em.

Puse los ojos en blanco.

−Intenta no despellejarlo vivo.

Llevo tiempo haciendo ese esfuerzo.

−Pues sigue −repliqué, dándole un manotazo−. Seis días más, como mucho. Y pídele perdón a Lyn. Dile que lo sientes de verdad, aunque te importe un bledo el estado del hombro de Tared.

Le vi dispuesto a protestar, pero, milagrosamente, se contuvo.

−Muy bien. Con eso debería bastar para sobrevivir a este viaje. −Respiré hondo−. Y después, cuando estemos de regreso en el Subterráneo... Cuando podamos acampar en alguna casa vacía del barrio de Inika hasta que los álfar encuentren la forma de contener sus impulsos asesinos contra ti...

Se me encogió de nuevo el pecho, en ese familiar ataque de pánico que me advertía de que la frágil vida que me había construido podría venirse abajo en cualquier momento. Y, sin embargo, logré continuar respirando. Porque tal vez cambiaran las cosas, y quizá no me gustasen los cambios; pero si ni siquiera Creon creía que la familia Skeire me echaría de su casa y se negaría a dirigirme la palabra, ¿quién era yo para dudarlo?

Y había que tomar decisiones.

Lo sentía en el tuétano de mis huesos: la violencia de esa tarde había sido una advertencia terrorífica de cuál era la alternativa. Intentar mantener a todos contentos era una receta para el desastre, una garantía de malentendidos constantes que terminarían escalando hasta que se produjeran encontronazos sangrientos. Mis alternativas eran decir la verdad o renunciar a cualquier encuentro público con Creon durante meses o años, y eso...

Malditos fueran los dioses, ¿era siquiera una opción?

−Cuando estemos de regreso en el Subterráneo −repetí, y la voz se me quebró tan solo un ápice−, se lo contaré.



Capítulo 16

No recordaba haberme quedado dormida en sus brazos; los recuerdos de su contacto y sus labios contra mi frente se confundían a la perfección con mis sueños febriles. Pero cuando desperté, el techo cuarteado de mi dormitorio había sustituido al cielo estrellado del continente y, en lugar del aroma especiado a otoño y miel caliente, un olor a moho, polvo y agua estancada invadía mis fosas nasales.

Y oía gritos.

Alguien estaba gritando.

¿Lyn? Salté de la cama tan deprisa que casi me torcí un tobillo, mientras intentaba buscar sentido a lo que oía. Sí, era la voz de Lyn, aunque las paredes y las puertas que nos separaban me impedían distinguir lo que decía; solo identificaba el tono que ponía cuando se le acababa la paciencia. Era un tono que yo había aprendido a identificar con Edored, pero él ya no estaba en el templo –se me apretó el pecho al recordar sus quemaduras–, y si alguien era capaz de sacar a Lyn de sus casillas hasta ese punto...,

... algo tenía que ir muy mal.

Me metí el vestido por la cabeza, me calcé las botas y salí al pasillo dando traspiés, ignorando el revoltijo de mi melena. Entonces oí también a Tared. Sonaba tremendamente disgustado. La tercera voz, que los interrumpía cada dos por tres...

..., era la de Edored.

Durante un instante de desconcierto, pensé que había soñado lo del día anterior: mi entrenamiento con Rayo de Sol, la insensatez de Edored de ir en busca de un dragón, el puñal que Creon le había clavado a Tared en la garganta... Después, doblé la esquina y me encontré a Edored apoyado en la encimera de la cocina, con la cara pringada de un ungüento verde y un buen número de vendas cubriéndole los brazos, y llegué a la conclusión –aún más inquietante– de que todo había sido real.

Y Edored había vuelto.

–¡Que ya no eres una criatura de noventa inviernos! –gritó Lyn mientras yo vacilaba en la puerta–. ¿Tan difícil habría sido avisarnos antes de salir corriendo tras ese maldito rastro, cabeza de chorlito...?

–No insultemos a los chorlitos –aportó Tared con placidez, dedicándome una rápida sonrisa al bajar la taza de té–. No nos han hecho nada para que los compares con él.

–¿Y cómo se le ocurre a Ylfreda dejar que te levantes de la cama en este estado? –escupió Lyn, ignorando a Tared mientras paseaba en círculos desde la chimenea a la mesa–. Deberías estar descansando, no...

–En primer lugar –la cortó Edored con expresión dolida–, soy un hombre hecho y derecho capaz de decidir por sí mismo si se levanta de la cama, mi querida Lyn.

–Eso es discutible –murmuró Tared.

La fénix se limitó a resoplar. Para mi alivio, aquella vez no despedía volutas de humo, aunque continuara pareciendo más inflamable de lo normal.

–En segundo lugar –continuó Edored en el mismo tono ofendido–, tengo un mensaje para ti.

–¡Anda, has vuelto! –exclamó Naxi detrás de mí. Entró bailoteando, envuelta en un holgado albornoz rosa que sospechaba que había robado de algún armario del templo–. Me preguntaba a

qué venía tanto alboroto. ¡Qué emocionante! ¡Y qué estúpido! ¿Has venido a cazar dragones?

Lyn le lanzó una mirada mortal y refunfuñó:

—Deja de echar leña al fuego.

—Buenos días, Naxi —la saludó alegremente Edored antes de darse cuenta de mi presencia—. Buenos días a ti también, Muerte Escandalosa. No quería despertarte. Pensaba que estos dos no montarían este...

—¡Estuviste a punto de morir! —estalló Lyn.

—Yo no me muero tan fácilmente —replicó, con una sonrisa tan ancha que sus quemaduras se arrugaron en costras espeluznantes—. Mala hierba..., ya sabes. Ahora, ¿te puedo entregar el mensaje, Lyn, tesoro, o tienes intención de gritarme sin parar hasta que las pobres ninfas estén criando malvas?

Los ánimos se enfriaron en un abrir y cerrar de ojos.

—¿Lo veis? —exclamó Edored con satisfacción, mirando nuestro pequeño círculo paralizado—. Ahora tengo toda vuestra aten...

—¿Las ninfas están muriendo? —le interrumpió Tared con tono acerado.

—Bueno, todavía no, pero...

—¿Y llevas diez minutos perdiendo el tiempo en lugar de decírnoslo?

—¡Como si yo tuviera la culpa! —exclamó, herido—. ¡Fuisteis vosotros los que me soltasteis que tenía que volver a la cama antes de que pudiera abrir la boca!

—Edored, ¿qué diablos pasa?

—No es justo echármelo en cara —refunfuñó Edored— cuando ni siquiera preguntasteis qué... ¡Ay!

Se calló bruscamente y se encogió contra la alacena, con un gemido que parecía el maullido de un gatito.

¿Le dolían las heridas de la plaga? ¿Le había dado de pronto un calambre en el pie? Pero no se llevaba la mano a los brazos quemados, sino que sujetaba la mandíbula afilada como si se le hubiera cerrado sola.

Confusa, abrí la boca:

—¿Qué te pa...?

–¿Quiénes? –me interrumpió Naxi, taladrando a Edored con sus feroces ojos azules y las delicadas manos cerradas en puños–. ¿Quiénes se están muriendo?

Solo entonces entendí lo que había pasado: le había atacado con magia demoniaca. Sus dientes blancos como perlas mostraban una mueca venenosa. Ninfas... Aunque Naxi no alardeara de esa parte de su sangre, las ninfas seguían siendo su pueblo. Y parecían estar en peligro, uno que Edored había olvidado alegremente mencionar.

–Tolya. –Soltó la palabra como si confesara un asesinato, encogiéndose para alejarse de Naxi todo lo que le permitía la encimera–. Fae. Amenazan con quemar toda la... ¡Ay!

–¿Cuándo? –le espetó ella. A pesar de su albornoz rosa brillante, su voz ya no sonaba melodiosa y cantarina, sino fría y afilada–. ¿Y por qué?

Edored volvió a gemir.

–Naxi –intervino Tared con serenidad, levantándose del banco con tanta cautela como si se acercara a un animal acorralado. No se me escapó la mirada que cruzó con Lyn: en ese rápido gesto parecía condensarse una deliberación cuidadosa de muchas horas–. Le ha quedado claro. Suéltale. Torturarlo no acelerará las cosas.

–Pero...

–Naxi, las reglas.

La medio demonio reculó como si la hubiese abofeteado. Edored se desplomó contra la encimera con un chillido de alivio, y la mueca amenazante y el brillo salvaje de urgencia de los ojos azules de Naxi desaparecieron de pronto.

–Vaya. –Exhaló la palabra como una sonámbula que despertara y encontrase un cadáver a sus pies–. Ay, mierda. Perdón... Lo siento mucho... Yo...

–¿Edored? –le interpeló Tared bruscamente–. ¿Cuándo y por qué?

–Pronto –jadeó–. Creen que hoy mismo. La Madre ha dicho que solo perdonará a las ninfas si le dicen dónde se esconde la Alianza, pero...

–Pero no lo saben –terminó Lyn. Su rostro pecoso estaba tan blanco como una sábana–. Y el resto del mundo, cuando se entere

de la historia, creerá que las tolyi sí lo sabían, y que murieron porque decidieron apoyarnos.

Naxi emitió un quejido agudo. Tared, imperturbable, dijo:

—Inteligente.

—¿Inteligente? ¡No puede ser más estúpido! —chilló Edored, mirándolos atónito—. ¡Las pobres no tienen ni idea! ¿Por qué las amenaza, si jamás podrían...?

—No amenaza a las ninfas —sentenció Tared, vigilando la reacción de Naxi de reojo—. Mata a las ninfas y amenaza al resto del mundo dando ejemplo con ellas. Doy por sentado que eso reducirá significativamente el número de nuestros aliados.

—No todos caerán en la treta —murmuró Lyn, aunque no parecía muy esperanzada—. A fin de cuentas, no es la primera vez que juega a ese juego, y...

Naxi dejó escapar un gemido casi inaudible.

«No es la primera vez». Miré a Naxi y me temí lo peor al ver el brillo de las lágrimas en sus ojos azules. Había mencionado alguna vez a su padre demonio, pero jamás había hablado de su madre ni de ninguna ninfa de su familia...

Ni una sola palabra. Ni el menor comentario.

—¿No podemos hacer nada para detenerla? —susurré.

—Ir allí, supongo —meditó Tared con aire sombrío—. Plantar unas cuantas espadas en medio de su camino. Aunque no logremos salvar la isla entera, la historia cambiaría mucho si la Alianza aparece para ayudar.

Ir allí, lo que significaba abandonar el continente. Renunciar a aquella misión, por tanto, o suspenderla un tiempo. Lyn me dirigió una mirada fugaz de disculpa antes de volverse hacia Edored.

—¿Hay alguien preparándose para echar una mano?

—Thorir está reuniendo gente —dijo Edored, con una mueca que dejaba claro que él no había sido invitado y no le hacía la menor gracia.

—¿Suficiente gente?

Edored se encogió de hombros con impotencia.

—Supongo que eso es un no —murmuró Lyn, desplomándose en el taburete más bajo de la estancia—. Mierda. Vale. Edored, cielo,

escúchame...

—¡No vas a mandarme de vuelta a casa! —exclamó él—. ¡Necesitáis más gente!

Ella le lanzó una mirada fulminante.

Hubo unas cuantas protestas incoherentes y un par de comentarios sarcásticos de Tared, pero finalmente Edored se desvaneció de regreso a la enfermería, de donde no debería haber salido de no ser por la necesidad urgente de transmitir aquel mensaje. Naxi no dijo una palabra hasta que desapareció, pero sus labios apretados en una línea finísima delataban lo mucho que le estaba costando guardar silencio.

—¿Em? —me llamó Lyn antes de que nadie abriera la boca—. Ve a buscar a Beyla y a Creon, ¿quieres?

Creon... Aunque la fénix no lo hubiera visto desde el día anterior, cuando desató una tormenta de fuego contra él, todos sabían que seguía cerca, ya que no nos habíamos convertido en carbonilla mientras Naxi dormía. Si Lyn quería que estuviera presente, aquella no iba a ser una charla amistosa entre aliados.

Sino un consejo de guerra, más bien.

Tras echarle un vistazo a Naxi, que tenía el rostro del color de la tiza, decidí guardarme mis preguntas para después.

Fue asombrosamente fácil encontrar a Beyla: estaba merodeando por los alrededores del templo en busca de más rastros de dragones. Bastó media frase de explicación para que desapareciera en el acto. Cinco minutos después, Creon aterrizó con su silenciosa elegancia fae junto a los setos que tenía yo al lado, justo cuando empezaba a preguntarme si tendría que buscarlo por todo el templo.

¿Tared te permite salir de casa sola?, signó con ironía mientras plegaba las alas.

—La Madre amenaza con atacar a las ninfas de Tolya —respondí; no estaba de humor para bromas—. Vamos a reunirnos para trazar un plan.

Se le borró la sonrisa. Solo entonces recordé de qué me sonaba el nombre de la isla: Valeska la había mencionado el día antes de nuestra partida. Allí fue donde Creon había destrozado a una reina ninfa hacía unas décadas.

Otra complicación más, que seguramente todos tenían presente salvo yo. Pero la única reacción de Creon fue un cortante:

¿Cuánto tiempo tenemos?

—No mucho.

Asintió y echó a caminar hacia el interior de la residencia.

Oímos la voz aguda de Naxi antes de cruzar el umbral, a medio camino entre el reproche y la súplica:

—Pero necesitamos más gente, y si Thorir no puede reunir...

Me volví hacia Creon para preguntarle si sabía algo más sobre las ninfas que Naxi consideraba su familia, pero él me adelantó y pasó a la cocina, con las manos en los bolsillos y el rostro ilegible. La conversación se interrumpió bruscamente, y se hizo un silencio que solo rompió la respiración acelerada de Naxi.

—Ah —dijo Lyn con frialdad, sentada al borde de la mesa y con las piernas colgando—. Veo que Em te ha encontrado.

Al menos, ya no echaba humo. Pero Tared estaba a su lado, con un filo acerado en la mirada, y la mano de Beyla se había cerrado sobre la empuñadura de Rayo de Sol en una amenaza inequívoca.

Creon se limitó a encogerse de hombros y a signar:

¿Planes?

No se disculpó, pero al menos no soltó ningún comentario mordaz. Quizá sí me hubiera escuchado la noche anterior... Relajé la mano derecha, pero no aparté la izquierda de mi vestido negro: íbamos a mantener una conversación en la que una de cada dos palabras podía ser una declaración de guerra, y necesitaba estar preparada para extraer el rojo y lanzarlo a cualquiera que osara desenvainar.

—Necesitan nuestra ayuda —gimió Naxi antes de que nadie respondiera. Su voz sonaba una octava demasiado alta—. Aunque no os importen sus vidas, el resto del archipiélago estará pendiente...

—Ya lo sabemos, Naxi. —No estaba segura de si la tirantez en la voz de Lyn se debía a las noticias que había traído Edored o a la presencia de Creon y el recuerdo de su puñal contra la garganta de Tared—. El problema es...

—No nos llevará solo un día —concluyó Tared con gravedad.

Las consecuencias de esa frase quedaron suspendidas en el aire de forma ominosa durante unos instantes.

Antes de partir, habíamos decidido dedicar diez días como máximo a la expedición; tardar más significaría perder un tiempo precioso, que necesitábamos para prepararnos para la guerra. Pero la guerra nos había alcanzado mucho antes del final del plazo y, si partíamos para enfrentarnos a la Madre...

¿Encontraríamos tiempo para volver?

Una batalla podría desencadenar otra, y otra, y otra. Podríamos abandonar la serenidad silenciosa del templo de Zera y vernos envueltos en años de guerra, en una lucha constante por la supervivencia, y el secreto de las ataduras quedaría para siempre fuera de nuestro alcance.

Y con él, la voz de Creon.

—Podríamos dividirnos —meditó Lyn, recorriendo con la mirada el círculo de mandíbulas apretadas y hombros encorvados—. Si existe alguna posibilidad de encontrar a Zera, Em y Creon podrían quedarse aquí mientras el resto...

—¡No! —exclamó Naxi, levantando bruscamente la cabeza. Sus rizos rubios de puntas rosadas rebotaron y cayeron en cascada sobre sus hombros. Clavó la mirada en la figura inmóvil de Creon—. No, por favor. Necesitamos tu magia. ¡Necesitamos toda la magia que podamos reunir!

Estoy seguro de que la mayoría de las tolyi preferirían morir antes de permitirme volver a pisar su isla, signó Creon, aparentemente indiferente tanto a la angustia de Naxi como al recuerdo de la reina ninfa que había muerto bajo su cuchillo. *No os granjearéis ninguna simpatía si os acompaño.*

—¡Me importan un bledo las simpatías! —gritó Naxi mientras se acercaba a él con pasos tambaleantes, retorciéndose las manos como la esposa desesperada de un pescador que contemplara el mar vacío—. Por favor, te lo suplico, no permitas que vuelva a ocurrir. No puedes...

Se quedó callada, mirándolo con los ojos muy abiertos, jadeando con fuerza; casi esperaba que se aferrara a su pierna si él se negaba. Creon ni siquiera pestañeó mientras apartaba la vista.

Tared se limitó a enarcar una ceja, como si no hubiera tenido lugar la espantosa escena del día anterior.

—No podemos permitirnos perder Tolya —declaró, aunque su entonación sugería más bien algo como: «Si el precio es ofender a unas cuantas ninfas y tener que soportar verte la cara unas horas, qué remedio».

Me preparé para la reacción de Creon, convencida de que le respondería con un comentario ácido, pero él se encogió de hombros y se volvió hacia mí sin signar una palabra. Torció ligeramente la cabeza. Estaba consultándome a mí.

¿Qué pensaba hacer yo?

¿Iría a luchar con los demás, o me quedaría allí para continuar nuestra búsqueda?

Sobre mis hombros cayó la carga insoportable de las opciones, el peso abrumador del mundo entero. ¿Qué quería hacer yo? Creon se decantaría por lo que yo decidiera. Si luchaba, jamás me dejaría sola. Si decidía quedarme allí y buscar a Zera hasta encontrarla o agotar todas las pistas, seguramente lo preferiría a enfrentarse a una isla llena de ninfas que lo despreciaban.

Pero, si nos quedábamos allí, los otros podrían perder la batalla. Las ninfas de Tolya morirían y, aunque no lo hicieran, muchos de sus árboles sagrados quedarían destruidos.

Y el resto del mundo sabría que la Alianza no había hecho todo lo posible para evitarlo.

Así que teníamos que ir. Estaba clarísimo. Pero si abandonábamos el continente en ese momento, siempre aparecería una excusa para no regresar: cualquier otra misión sería más urgente que el intento condenado al fracaso de encontrar a una diosa de la que nadie había tenido noticias desde su supuesta muerte hacía unos cinco siglos. Y ese sería el final de tantos meses de trabajo y de todas mis promesas.

Se me helaron las tripas. ¿Por qué me miraban todos como si yo, la joven y desorientada maga sin ataduras, tuviera la respuesta?

Porque había sido yo quien había impulsado aquella locura, me recordé a mí misma. Porque sería de mala educación que me dijeran que debíamos rendirnos, aunque fuera la única conclusión razonable.

¿Estaban esperando a que yo lo admitiera en voz alta para que nos centráramos en lo que de verdad importaba, salvar vidas?

Debía asumir la derrota. No tenía elección, ¿verdad?

«Sigues intentando complacer a todo el mundo...».

Por el amor de los dioses... Era incapaz de pensar con todas esas miradas expectantes pendientes de mí, mientras veía los ojos vidriosos de Naxi y el brillo de sus lágrimas. Necesitaba silencio. Necesitaba soledad. Era casi una comezón física. Tenía que huir.

—¿Os importaría...? —Me costó no gritar. Me resultó todavía más difícil no largarme corriendo sin decir nada—. ¿Podéis darme diez minutos para pensar? ¿Tenemos ese tiempo?

Naxi parecía tentada de decirme que no, pero Lyn se le adelantó.

—Por supuesto. Pero ten cuidado.

Como si fuera a arrojarme por la ladera solo para evitar tomar una decisión... Aunque la verdad era que el bosque y su silencio letal me parecieron extrañamente atractivos mientras me marchaba, insegura, sin saber adónde ir y menos aún qué pensar. Al menos, si encontraba una muerte trágica bajo una bellota gigante, nadie podría culparme de haber perdido la guerra.

Me di mentalmente una patada en la espinilla y me dirigí a la puerta del templo.

El edificio era un borrón a mi alrededor, un altar inútil tras otro, una sala vacía tras otra. En el fondo, era una locura pensar que aún podíamos encontrar a Zera, después de tantos siglos. Lyn había revisado todos los libros que había encontrado entre los escombros. Habíamos registrado cada estancia por lo menos dos veces, quizá más. Había dragones vivos en el bosque, sí, pero no teníamos ninguna razón de peso para suponer que estuvieran vinculados a Zera. Y, aunque fuera así..., ¿no sería una estupidez ir en pos de unas criaturas de ese tamaño, impregnadas de magia divina? Podrían matarnos antes de que encontráramos nada.

Así que debía tomar la decisión sensata y salvar las vidas que aún podían salvarse, centrarme en esas ninfas inocentes en lugar de en un sueño vano. Creon había sacrificado cosas peores para ganar aquella guerra. Sabía que no me culparía por renunciar a su voz.

Sin embargo, yo me culparía a mí misma.

Ya ni siquiera pensaba. Solo huía y me desmoronaba.

¿Por qué tenía que tocarme a mí enfrentarme a decisiones imposibles y alternativas perversas, tener que esforzarme tanto y que jamás fuera suficiente? Solo necesitaba que alguien me dijera cómo salvar el mundo. Que alguien me agarrara de la mano, como cuando Editta me sentaba junto al fuego en las tardes de invierno para enseñarme a coser: un alfiler allí, unos dedos allá, y todo saldría bien. ¿Dónde estaban los alfileres y las agujas cuando había vidas en juego? ¿Dónde estaba mi retal para practicar, un mundo que pudiera destrozar sin problemas unas cuantas veces para pillarle el truco antes de intentar arreglar el de verdad?

¿Dónde estaban los adultos, cuando ni siquiera los seres de mil doscientos años sabían qué hacer?

Mis botas repicaban cada vez más rápido contra el mármol, y el sonido hueco reverberaba contra las columnas y las hornacinas. Debía de encontrarme cerca del centro del templo, pero no estaba ni un ápice más cerca de la respuesta, de averiguar qué papel iba a desempeñar en aquella guerra por la libertad. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cinco minutos? ¿Diez?

Debería volver con los demás y empacar. Era lo único sensato. Pero doblé la siguiente esquina, y ante mí...

Baja y ancha, la puerta al corazón del templo de Zera.

Solo entonces se me ocurrió que mis pies habían sabido exactamente adónde ir.

La magia del bosque era tangible allí, una presencia fría contra mi piel que me envolvía como un manto de niebla matutina. En ese momento, no me pareció especialmente hostil, y avancé de puntillas hasta el umbral de aquella habitación pentagonal. El nudoso árbol parecía tan sano como dos días antes, brotando directamente del mármol liso de una estancia a la que no llegaba la luz del sol.

Esta vez no retrocedí. Si íbamos a marcharnos en menos de una hora, ¿qué podía perder?

Nada me detuvo cuando di el primer paso en el interior de la sala y aspiré hondo un delicado perfume a verbena y flores de cerezo.

Era una fragancia que conocía. También la había olido en las ruinas del templo de Cathra, en aquel complejo abandonado en el

centro de la isla donde solo iban los niños a jugar. Había pasado infinidad de horas escondida entre los arbustos, intentando atrapar aves silvestres, convencida de que, si merodeaba suficiente tiempo en el territorio de Zera, alguno de aquellos pájaros sería la codiciada paloma blanca que portaba su bendición.

Había puesto tanto empeño en aquello... Incluso entonces, mucho antes de comprender las miradas de soslayo que me lanzaban las amigas de Editta, me había esforzado de veras.

Fue ese aroma lo que me rompió en pedazos, el recuerdo intangible de la niña que yo había sido, de la muchacha que había querido ser. Las primeras lágrimas brotaron al tomar aire, y no hubo forma de detenerlas; me desplomé en el suelo en un estallido de sollozos, más lejos que nunca de convertirme en la salvadora de nada. Yo solo había querido devolverle la voz a Creon. Solo eso; darle algo a un hombre que había sacrificado tanto. Y ahora, ¿iba a tener que renunciar incluso a eso por el bien mayor, porque el mundo me consideraba un símbolo esperanzador?

Me acurruqué contra la pared, me abracé las rodillas y enterré la cara contra ellas. Y entonces, descubrí que estaba rezando por primera vez desde que renuncié a perseguir a aquellas condenadas palomas.

—Escúchame, dulce señora de nuestros corazones —comencé con una asombrosa facilidad. Las palabras brotaban solas: las tenía grabadas en la conciencia, demasiado arraigadas como para olvidarlas. Las pronuncié, ahogada en el calor sofocante de mi propia piel, y noté cómo sus sílabas serenas me reconfortaban—: Salvadora de los quebrantados, buscadora de los perdidos, abrázame en mis pesares...

Levanté la cabeza, vacilante. Ninguna diosa apareció mágicamente entre las ramas florecidas para encontrarme y salvarme.

—Por favor —susurré, arrancando las palabras de mi garganta atenazada—. Dime lo que tengo que hacer. Si sigues existiendo, si estás en alguna parte, si quieres que te encuentre..., envíame una señal. Cualquier cosa. Porque necesito tu ayuda, pero no puedo

seguir corriendo tras un sueño imposible si para ello tengo que sacrificar otras vidas, y...

Se me rompió la voz. Me sequé las mejillas con un gurruño de la falda, y tomé un aliento tembloroso que me estremeció al traerme de nuevo a los pulmones ese olor de mi infancia.

—La gente está muriendo —murmuré—. Tu gente está muriendo, y no sé si debo renunciar a ti para ir a salvarlos o...

«O si debo ser fiel a mis promesas», iba a continuar, cuando me interrumpió un crujido estruendoso.

Fue un sonido crudo y desgarrador, como si la propia pared se estuviera rajando a mi espalda. Sin embargo, cuando me di la vuelta, el mármol estaba intacto, y tampoco vi daños en la cúpula sobre mi cabeza. Me puse en pie de un salto cuando continuó el crujido tremendo, dispuesta a correr y esconderme bajo el altar más sólido que encontrara mientras el templo se derrumbaba a mi alrededor...

Y entonces vi el árbol.

La corteza áspera y nudosa... estaba estirándose.

Me quedé helada, boquiabierta ante el forcejeo del voluminoso tronco. Las ramas se estremecían. Las hojas y las flores caían al suelo. La propia madera se movía como si algo hubiera despertado bajo la corteza, algo que se retorcía y luchaba violentamente por escapar de su prisión.

¿Debería... ayudarlo? ¿O desatar magia roja en el corazón del bosque de Zera sería la peor idea del mundo?

Antes de que pudiera tomar una decisión, el tronco se rajó con un último crujido ensordecedor.

Me estremecí, esperando que cayeran astillas y tocones, y tal vez algún monstruo recién nacido. Pero ni una sola rama se desprendió mientras el árbol se abría y revelaba un hueco tras la corteza y la madera. No, no un hueco, sino...

Un bosque.

Fue como mirar por una ventana. El paisaje familiar del bosque de Zera se hizo visible a través del agujero del árbol: árboles blancos y rectos, luz del sol dorada y púrpura, silencio solo roto por el alegre borboteo de un arroyo. Unos jirones de niebla entraban flotando

desde aquel paisaje apacible hasta la sala del templo, como cantos de sirena que me atraían, invitándome a dar un paso adelante y adentrarme en el sendero que se había abierto ante mis ojos.

Por unos instantes, ni siquiera pude reaccionar.

Un camino... Avancé a traspiés, notando los latidos de mi corazón desbocado en cada fibra de mi ser. El paisaje abierto tras el portal parecía idéntico a cualquier otra parte del bosque, pero seguramente el templo no había respondido a mi súplica para enviarme a una tierra desierta devorada por la plaga. Podría haberme ignorado, pero no lo había hecho. Me había respondido...

¿Zera se encontraría allí, en algún lugar entre aquellos árboles?

Debería haber dado media vuelta para buscar a Creon antes de dar un solo paso, por supuesto. No tenía sentido lanzarme sola por ese agujero. Pero el portal se había abierto para mí, y los dioses sabían cuánto tiempo permanecería así. Hasta donde yo sabía, quizá cuando regresara el árbol estaría cerrado, y entonces habría perdido mi única oportunidad.

¿Y no sería peor eso que arriesgarme un poco?

Conteniendo la respiración, me incliné dentro del hueco del tronco. A ambos lados se extendían hileras e hileras de árboles hasta donde alcanzaba la vista. Cuando bajé la mirada, vi un ancho riachuelo que corría entre el musgo. Parecía cubrir hasta las rodillas, y era tan claro como el cristal.

Agua. Eso significaba que estaría protegida contra la magia de la plaga.

En un arrebato de valor –o quizá de estupidez–, me descalcé, recogí las botas y me metí por el hueco, hundiendo los pies en el arroyo.

La punzada de frío me confirmó que era real, tan real como el resto del bosque que me rodeaba. Cuando volví la vista, la sala del templo había desaparecido. Solo vi el roble rugoso en la orilla del agua, cuya corteza se recomponía entre nudos y tocones.

Mierda.

Me giré de nuevo, con la respiración acelerada. No había ningún punto de referencia que reconociera. No divisaba ninguna colina ni torre del templo. Tampoco mi vista alcanzaba muy lejos: las copas

de los árboles ocultaban la mayor parte del cielo. Pero, aunque el templo quizá se encontrara justo detrás de los troncos, tenía la desagradable sensación de no tener ni la más remota idea de dónde estaba, adónde debía ir o qué demonios estaba haciendo allí.

—Mierda. —Esta vez lo dije en voz alta, y los árboles crujieron con aire de reproche a mi alrededor.

Me miré los pies descalzos metidos en el arroyo y después contemplé las orillas, probablemente infestadas de la plaga, que supondrían una muerte segura y fulminante. Estaba claro: la única forma lógica de avanzar era a través del agua. El corazón del templo tenía que haberme enviado allí por alguna razón; debía aferrarme a esa esperanza, a falta de otra cosa. Mientras no entrara en pánico, todo iría bien.

No era un pensamiento especialmente tranquilizador, teniendo en cuenta que el torbellino de mis pensamientos rozaba el pánico, pero, por un instante, fue suficiente. Empecé a andar.

El agua estaba helada. Al cabo de un minuto de vadearla, ya no sentía los dedos de los pies; otro minuto más, y las plantas también se me entumecieron. Me negué obstinadamente a pensar en ello.

Seguir avanzando. No entrar en pánico.

El arroyo rodeaba el pie de una loma boscosa, y tuve que agacharme para esquivar las ramas más bajas. Pasé junto a un montón de matorrales que me llegaban al pecho y...

Y el arroyo desembocó en un lago.

Me detuve en seco en el agua helada y pestañeé, contemplando el paisaje. La laguna tenía el tamaño de una aldea, y era tan cristalina que atisbé los destellos anaranjados y plateados de los peces bajo el agua. En el centro sobresalía una islita. En aquel pequeño trozo de tierra no crecía ningún árbol blanco; en cambio, sus orillas estaban conquistadas por sauces llorones y setos espinosos, con un aspecto tan acogedor como el de un muro coronado por cristales rotos.

Pero, tras esa hilera de vegetación, se elevaba una fina estela de humo que ascendía hacia el cielo azul brillante de la mañana.

Humo.

Vida.

Avancé chapoteando con ímpetu, ignorando el agua que me llegaba hasta la falda. No veía más que esa delgada columna de humo, prueba de que había fuego y, por tanto, habitantes. ¿Y cuánta gente no divina podría sobrevivir allí, en un infierno tomado por la plaga, en medio de un bosque asesino?

El lago no era profundo. Cuando llegué a la isla, con las botas en la mano, tenía el vestido empapado hasta la cadera, pero mi corpiño estaba casi seco. Solo debía encontrar un hueco entre los espinos para subir a tierra y...

Un gruñido retumbó en el bosque a mi espalda, profundo y poderoso como un trueno.

Me volví tan deprisa que estuve a punto de caer al agua. Un centelleo dorado se movía entre los árboles de la orilla. Pestañeé y la silueta tomó los contornos de...

... un monstruo.

No fui consciente de estar reculando a trompicones, sin percatarme de la arena blanca y las piedras afiladas que pisaba.

Allí estaba el dragón que casi le había costado la vida a Edored: tan alto como una casa mediana de Cathra, tan largo que no veía el final de su cuerpo serpentino entre los árboles. Distinguí colmillos, garras y una hilera de púas afiladas a lo largo de la columna vertebral. Sus escamas eran mucho más brillantes que la que habíamos visto en el nido abandonado de Lyckfort: en aquel cuerpo vivo, refulgían como el fuego, como oro líquido que parecía agitarse bajo la superficie pulida.

Los ojos del dragón –de color ámbar e inquietantemente cómplices– también ardían, fijos en mí.

Me fallaron los pulmones. El aire se escapó de mi cuerpo en un gemido impotente, y no podía culparlo por abandonarme. Retrocedí otro paso con un traspiés, noté que mi espalda chocaba con la fría tierra y me quedé allí, atrapada entre las espinas y la criatura sobrenatural que se deslizaba lentamente hacia mí desde las sombras del bosque.

El dragón no dejó de mirarme mientras bajaba tranquilamente una pata hasta el agua poco profunda. Su hocico estrecho y largo

despidió unas cuantas chispas mientras gruñía de nuevo, esta vez más bajo.

—No he venido con malas intenciones —alegué con un hilo de voz, buscando apoyo en la tierra húmeda y la hierba—. No hace falta que me comas... Yo solo...

El dragón bostezó. Tres hileras de dientes afilados refulgieron, blancos y letales, en aquella descomunal boca que goteaba saliva por los belfos coriáceos.

«Ayúdame, Zera...», rogué para mis adentros.

—Será un placer —respondió una voz desconocida a mi espalda, con un tono que mezclaba la diversión y la melancolía—. Por aquí, por favor, Emelin.



Capítulo 17

Entonces sí que perdí el equilibrio.

Al volverme, tropecé con mis propios pies, y solo los reflejos de mi entrenamiento evitaron que terminara de bruces en el agua. Logré detenerme a la mitad de la caída, empapada hasta el pecho, y me incorporé a trompicones.

El impenetrable muro de espinas se había abierto sin un susurro. Y allí, en la neblina matinal...

Entre los sauces llorones, con un pequeño rastrillo en una mano y un saco grande de arpillera a los pies, se encontraba una mujer menuda, vestida con ropa corriente llena de barro y calzada con unas botas de cuero que le llegaban hasta la rodilla. Su cabello era largo y gris, ligeramente enmarañado y polvoriento, y lo llevaba suelto sobre los hombros. Una delicada red de arrugas surcaba su rostro curtido y sus manos, y tenía unos dedos largos y huesudos, con el mismo aspecto que habían tenido los míos tras haber sufrido el hambre de los inviernos más crudos.

No parecía una diosa. Me recordaba a la señora Ariella, de Cathra, que una vez al año iba a visitar a su hermana a Orthune y volvía con dulces para todos los niños de la isla, incluida yo.

Pero yo nunca había visto a aquella mujer y, sin embargo, me había llamado por mi nombre.

Me quedé mirándola embobada. No se me ocurrió hacer otra cosa.

—Deberías salir del agua. —Solo entonces reparé en que no conocía el idioma que hablaba; los sonidos que brotaban de sus labios eran extraños, pero entendía el significado de sus palabras sin esfuerzo, como si antes de llegar a mis oídos se envolvieran en un disfraz familiar—. Hace frío en esta época del año. Si te quedas ahí, acabarás pillando un resfriado.

Un resfriado... Entreabrí los labios con la ansiosa —y vana— esperanza de que brotara algún fragmento de lenguaje civilizado con el movimiento. ¿Cómo que «un resfriado»? Acababa de atravesar un árbol, había un dragón gigante detrás de mí, y me estaba advirtiendo de que tuviera cuidado con los resfriados una...

Una...

Mi mente se negaba a terminar la frase, como si albergar aquella esperanza pudiera hacer añicos el espejismo que tenía ante los ojos.

—¿Y bien, querida? —La... mujer dio un paso atrás, sonriendo con una suavidad que se extendió como un bálsamo sobre mi piel fría y dolorida—. Normalmente eres más rápida.

Un escalofrío corrió por mi espalda, mucho más gélido que el agua que me llegaba a la cintura.

—¿Me... me conocéis?

—Pues claro —replicó, chasqueando la lengua con la suave impaciencia de una vieja enfermera—. Llevas toda la vida hablándome, a veces de forma muy... familiar. ¿Creías que no te escuchaba?

Abrí la boca y descubrí que, una vez más, me había quedado sin palabras.

—Así que eso era lo que creías —concluyó Zera, con una chispa de diversión en la voz—. Bueno, entonces esta es una grata sorpresa. O quizá una desagradable. Siento no haberte enviado ese pájaro, pero no me gusta hacer promesas que no sé si podré cumplir. ¿Vas a salir del lago o no?

—Yo...

Olvidé lo que iba a decir en cuanto brotó la primera palabra. Mi mente era una avalancha de preguntas que pugnaban por salir primero. Si conocía cada pensamiento que le había dedicado, también tendría que estar al corriente de cada uno de mis desesperados intentos por no enamorarme perdidamente de Creon. Y todos mis fracasos. Y también...

¿Sabría que había hecho el amor con él encima de su altar, hacía tan solo una noche?

Gracias a los dioses que estaba sumergida en agua helada, porque, si no, me habría puesto como un tomate.

—Ah, de nada —dijo Zera con ironía—. ¿Y por qué te ibas a ruborizar por lo del templo? No te preocupes. Si tuviera que vengarme de todas las parejas que aprovechan la ocasión en mis santuarios, nunca tendría un minuto libre. Me alegro de que te lo pasaras bien.

—¿Es que queréis que me muera de vergüenza? —dije, castañeteando los dientes, como si le estuviera dando énfasis.

Zera contuvo una risilla.

—Veo que has heredado el dramatismo de tu padre. Cuando le veas, dile que estoy orgullosa de él; que no se te olvide. Me alegro mucho de que, después de tanto tiempo, haya vuelto a encontrar sus preciosas agallas.

Imaginé la cara de Agenor si le transmitía aquel supuesto halago, y después la de Creon, que seguramente estaría conteniendo la risa durante horas. Y después pensé en los demás, esperándome en aquella cálida cocina, y la chispa de calor que había sentido al pensar en la diversión de Creon se enfrió de golpe.

—Esto... —vacilé, mirando por encima de mi hombro. El dragón no se había movido del sitio, y me miraba con unos ojos que parecían estar contando los segundos que le quedaban para merendar—. Una cosa..., mis amigos no tienen ni idea de adónde he ido. ¿Os importaría mucho que volviera para decirles que os he encontrado antes de...?

—A mí no me importaría —dijo Zera, perdiendo la sonrisa—. Pero al bosque sí.

Parpadeé.

—Es el bosque el que me mantiene viva y oculta. El bosque te permitió encontrarme. Si vuelves al templo... —Se encogió de hombros, y apretó los labios agrietados—. Puede que no consigas convencerlo por segunda vez. No se rige por las sencillas reglas de los inmortales.

—Y vos..., ¿no podéis pedirle que me deje volver?

—Querida —respondió, de nuevo con aire de diversión—, una flor no discute con la tierra que la nutre.

Tragué saliva y me atreví a echar otro vistazo al dragón. Tras él, el bosque aguardaba con una quietud absoluta, indiferente e imperturbable.

Entonces caí en que Creon debería ser capaz de leer mis emociones. Había podido comunicarse conmigo cuando él estaba en la Corte Dorada y yo en el Subterráneo y, si estábamos en el mismo bosque, el templo difícilmente podía encontrarse muy lejos. Así que, aunque estuviera preocupado, sabría que yo estaba a salvo e ilesa. Puede que incluso intuyera qué había pasado.

Y necesitábamos aquella oportunidad.

Reprimí la última brizna de duda, dejé las botas en la hierba y salí del agua, chorreando miserablemente como un gato callejero que se hubiera caído a un pozo.

—Así está mejor —dijo Zera, agachándose para recoger el gran saco de arpillera. Cada centímetro de su frágil cuerpo pareció quejarse por el peso mientras lo levantaba de la hierba.

—¿Queréis que os ayude a cargar con eso? —me ofrecí con cautela, avanzando de puntillas tras la diosa, que se alejaba tambaleándose con el peso. Divinidad o no, era más baja que yo—. Parece pesado.

Zera soltó una carcajada.

—Gracias, querida, pero no podrías cargarlo. Es muy pesado, la verdad.

—¿Qué contiene?

—Oh, el pesar del mundo. —Al ver el brillo de sus ojos cuando me miró por encima del hombro, me planteé si sería una broma—. Pero ya que insistes en echarme una mano... —Se desató del cinturón una bolsa más pequeña, en la que yo no había reparado, y esperó a que

la alcanzara para tendérmela–. Puedes llevar esto. Pero no lo dejes caer.

La bolsita era de lino fino, y tan ligera que casi flotaba en la palma de mi mano. La contemplé un instante y lentamente dije:

–Amor y pesar, ¿no?

–Ya veo que sí puedes ser rápida, después de todo –comentó con ligereza.

Decidí no preguntarle qué pasaría si se me caía la bolsa llena del amor del mundo y la seguí por el sendero de hierba aplastada, con tanta cautela como si pisara hielo quebradizo. Esquivamos lentamente los manzanos y cerezos que cubrían aquel lado de la isla; Zera caminaba delante de mí en dirección al fuego que humeaba, y sus huesudos hombros se retorcían dolorosamente a cada paso.

Entre los árboles apareció una cabaña de madera rodeada de un huerto exuberante, lleno de arbustos y un sinfín de flores. Más de una docena de gallinas escarbaban tranquilamente alrededor de la casa. Me invadió el perfume a verbena y flor de cerezo, mezclado con un aroma a hoguera que me hizo tomar conciencia repentina del frío que tenía en los huesos.

Parecía un hogar. Nunca había visto un lugar tan hogareño.

Zera, a esas alturas, cojeaba, arrastrando su bolsa de pesares hasta la puerta con pasos fatigados. Pero su voz sonó clara y nítida cuando dijo:

–Pasa, querida. Entra en calor. Buscaré algo que puedas ponerte.

Desobedecer a una diosa –aunque hubiera perdido la mayor parte de sus poderes y pareciera más una abuela encantadora que una divinidad– no era buena idea. Me agaché obedientemente para cruzar la puerta baja y entré en una pequeña estancia de madera oscura, llena de tapetes con bordados florales. Al ver el fuego que ardía en la chimenea, mi piel cosquilleó de puro alivio.

Zera dejó el saco en un rincón, desapareció en la habitación trasera y regresó al cabo de un minuto con una túnica sencilla del mismo paño rústico que su camisa y sus pantalones. Yo estaba demasiado aturdida para protestar. Me desnudé, me la puse y colgué la ropa mojada sobre una silla para que se secara, mientras Zera

miraba educadamente hacia otro lado y sacaba una botella de vino y saquitos de especias de alacenas y cajones.

—Por favor, no os molestéis por mí —mascullé con nerviosismo en cuanto estuve medianamente presentable—. No quisiera dejaros sin comida.

—El bosque provee de sobra —respondió, señalando los cojines que había esparcidos alrededor de la chimenea—. Permíteme que mime un poco a mi primera visitante humana en siglos..., bueno, medio humana. —Soltó una risita—. Los dragones son un encanto, pero su conversación deja mucho que desear.

Pensé en aquellas tres hileras de dientes chorreantes de saliva y reprimí un escalofrío que nada tenía que ver con el frío de mis extremidades. Me instalé en los almohadones y comenté:

—Creía que los dragones eran animales de Inika.

—Ah, así es. —Me dedicó una leve sonrisa mientras sacaba una naranja bastante arrugada y empezaba a pelarla—. Ascua nos hace de mensajero. El otro dragón superviviente está con ella, en la costa.

Me consoló un poco saber que Zera había tenido algo de compañía a lo largo de los siglos, algo que no fuera el diluvio de rezos e invocaciones que debían de inundarla constantemente.

—Así que Inika también está viva.

—Sí, al igual que Orin.

Hubo un silencio demasiado rotundo. Faltaba una diosa por nombrar, aquella que había perdido la cordura, llevada por la cólera, en el ocaso de su era: la misma diosa cuya sangre maldita podía matar a cien guerreros con unas pocas gotas.

Esperé mientras Zera metía los gajos de la naranja en un pequeño caldero, añadía un puñado de especias y vertía media botella de vino. Solo cuando se inclinó para poner la mixtura sobre el fuego, dijo con voz grave:

—No estamos seguros sobre Etele.

—¿Habéis...? —Vacilé, sin saber si hacer una sugerencia sería presuntuoso o del todo ridículo—. ¿Fuisteis a buscarla?

—Así es. —Una sonrisa sin alegría cruzó su rostro mientras contemplaba sus manos ancianas y huesudas—. Como puedes

observar.

—¿Qué...?

—Aquel día no solo perdimos nuestros poderes. —Soltó un leve gemido mientras se dejaba caer en los cojines junto al fuego, retorciendo el rostro en una mueca—. También desapareció nuestra inmortalidad o, al menos, la eterna juventud. Empezamos a envejecer. Supongo que podríamos seguir siendo inmortales, pero, francamente, no me gustaría destrozarme más las rodillas de lo que ya lo he hecho estos últimos siglos.

Una carcajada atónita, o más bien la sombra triste de una risa, se escapó de mis labios.

—Entonces, ¿cómo es posible que sigáis aquí?

—El bosque. —Se encogió de hombros, como si fuera evidente—. Aquí el tiempo no pasa como en el resto del mundo. Abandoné el bosque durante unos años para intentar averiguar qué les había sucedido a los demás, y ya ves lo que me pasó.

—Dioses... —Se me secó la boca—. Perdón, quería decir... —Maldición, aquello no estaba siendo nada fácil—. Lo siento mucho. ¿Quizá... quizá podría ir yo a buscar a Etele, después de que todo esto termine?

—Un loable intento más de resolver tú por tu cuenta todos los problemas del mundo —sentenció Zera, cruzando las piernas. Bajo los pantalones, parecían huesudas: fuertes pero enjutas, ajadas por el paso del tiempo—. Te pareces a tu madre. Me alegra saberlo.

Me subió un rubor que no tenía nada que ver con el crepitar de las llamas.

—¿Y... tenéis idea de dónde está mi madre?

—Me temo que no —respondió Zera lentamente—. No me habla mucho últimamente; lo cierto es que me temo que ha terminado por renegar de los dioses.

No era lo que había ido a buscar y, sin embargo, no pude reprimir una punzada de decepción.

—Ya veo.

—Pero puede que tengas otras preguntas en las que sí pueda serte de ayuda. —Se levantó con una mueca de dolor, tiró de las mangas para cubrirse las manos y retiró del fuego el humeante

caldero de vino especiado–. No te habrás arriesgado a sufrir una muerte segura y demás insensateces tan solo para preguntarme por tu madre, ¿verdad?

Logré esbozar una sonrisa.

–No.

–Eso pensaba –asintió, sacando dos tazas de barro de los armarios de madera oscura–. Entonces, ¿cuál es el problema, Emelin, hija de la casa de Agenor?

–Yo... quería preguntaros sobre las ataduras. –Tras todo el tiempo que había pasado leyendo sobre esa puñetera magia, debería haber soltado algo más elocuente; tal vez un discurso brillante y convincente, en lugar de aquel tímido balbuceo–. Quiero averiguar cómo romperlas, pero ni siquiera sabemos cómo funcionan. Así que pensé... Bueno, esperaba que vos pudierais hablarme de ellas.

Terminó de servir el vino sin contestar, con expresión inescrutable.

–¿Sabéis...? –En ese momento, a un solo paso de alcanzar la meta imposible por la que tanto había luchado, la pregunta me resultó mortalmente peligrosa–. ¿Sabéis cómo romperlas?

El silencio fue frágil, delicado, y ni siquiera lo perturbó el ruido sordo del caldero cuando Zera lo dejó en el suelo. Sus labios vacilaron un instante antes de murmurar:

–Sí.

Noté el corazón en la garganta.

–¿Lo sabéis?

–Soy una diosa, Emelin. –Una sonrisa carente de humor curvó brevemente sus labios–. ¿De qué me serviría, si no supiera esas cosas?

–¿Podéis enseñarme? –barboté atropelladamente, sin darme cuenta de que estaba apretando un puñado de lana con tal fuerza que me dolían los dedos–. O decirme cómo...

–No.

Pronunció la palabra en voz baja, con una dulzura triste. Pero igualmente era una negativa: no había duda.

Me quedé rígida en los cojines y se me aceleró la respiración.

–¿No?

—Ojalá me hubieras hecho cualquier otra pregunta, Emelin. —Desvió la mirada: sus ojos estaban agotados, avejentados, a pesar de su tono amable—. Me alegraría mucho serte útil. Pero no puedo ayudarte a romper las ataduras.

—¿Por qué...? ¿Por qué no? —Sentí que me derrumbaba, boquiabierta; era como si aquella cabaña estuviera construida sobre arenas movedizas, y cada palabra que decía me hundiera un centímetro más hacia el fango de una inevitable derrota—. Quiero decir, si no podéis..., pero decís que sabéis cómo...

Zera dudó un instante y luego dijo:

—Requiere una magia de la que tú careces.

—Magia divina —murmuré, y la diosa asintió—. Eso... eso significa que ella también se consagró a un dios, ¿no? La Madre, digo...

—Sí. —Un destello de amargura recorrió sus facciones—. En el peor sentido, me temo.

Me abracé las rodillas, insegura de hasta dónde debería indagar.

—Queréis decir que... vuestro hermano...

—Korok era un estúpido —sentenció Zera—. Yo le quería, pero era un idiota que se dejó deslumbrar. Le dio mucho más poder del que nunca habría debido tener.

En eso estábamos completamente de acuerdo.

—Habíamos tomado una decisión —continuó, con voz más suave—: no enseñar nunca a una especie la magia de otra. Entonces, ese bobo fanfarrón fue y le entregó magia de sangre, además de la magia de color que ya tenía. La misma magia de sangre que ella utilizó para matarlo, para ser exactos.

Un escalofrío me recorrió la espalda al recordar aquel cráter negro a las afueras de Lyckfort.

—Entonces, ¿las ataduras son magia de sangre?

—Ah, no. —No se la veía muy dispuesta a continuar—. Solo el ritual que mató a Korok. Las ataduras son una forma de... magia de color avanzada, por así decirlo.

Parpadeé.

—¿Como la que yo tengo?

—No exactamente.

—Pero... ¿Pero casi? —Se me escapó una risa aturdida—. ¿Lo bastante parecida como para que pudierais enseñarme a romperlas?

Se limitó a suspirar, me entregó una taza de vino especiado y volvió a sentarse frente a mí. Sus ojos seguían fijos en el suelo, y su pelo blanco grisáceo formaba un velo largo y ligeramente enmarañado alrededor de su rostro.

No hubo respuesta. Solo ese suspiro cargado de derrota.

—De modo que sí que podríais —concluí sin aliento.

—No estoy segura —murmuró, sin levantar la vista—. La verdad es que no lo sé, Emelin. He perdido gran parte de mi poder. Puede que aún fuera capaz de despertar esas habilidades en ti si intento consagrarte a mí, pero tal vez esté por encima de mis capacidades actuales.

—Pero... ¿no podríais... intentarlo?

—No. —Sus huesudos dedos aferraron con fuerza la taza—. Me temo que no puedo.

Me costó un inmenso esfuerzo no arrojarme a sus pies y suplicarle. ¿Cómo podía negarse a intentarlo? Si había escuchado las súplicas de los desgraciados humanos que sufrían bajo el reinado de la Madre, si había perdido a su propio hermano por culpa de los tejemanejes de aquella desgraciada... ¿Cómo podía quedarse ahí sentada tan tranquila, resignada a aceptar el desafortunado destino del mundo?

—No lo entiendo —susurré. El olor a vino caliente y clavo me cerró la garganta, y noté que se me escapaba el aire de los pulmones—. Por qué no podéis...

—La magia que necesitas para destruir ataduras es la misma que te permitiría crearlas —explicó Zera en voz baja.

Solo las gallinas siguieron cacareando alegremente en el silencio sepulcral. Dentro de la cabaña, el mundo parecía congelado.

Crear ataduras.

¿Yo?

—Y no queréis enseñarme a hacer eso —concluí.

Era como si otra persona pronunciara las palabras, una que mantenía el control de su ser, cuyo corazón no latía desbocado por la abrumadora sensación de derrota. Todos los riesgos que habíamos

corrido, todo el trabajo que habíamos hecho..., ¿y debía perder la esperanza de oír la voz de Creon para siempre?

—No queréis que nadie vuelva a tener ese poder, ¿verdad? —insistí, y una sonrisa forzada se extendió por su rostro curtido.

—He visto cometer ese error demasiadas veces.

—Yo no soy la Madre —dije con voz sorda.

—Achlys y Melinoë tampoco fueron siempre la Madre.

—No. —Tragué saliva—. Pero...

—Tenían ideas muy bellas, Emelin —afirmó, y la amargura de su voz me provocó un estremecimiento—. Acabar con todas las guerras, paz y prosperidad eternas... A Korok le fascinaban, se aferraba a cada palabra hueca que pronunciaban... Aunque creo que, por aquel entonces, Achlys y Melinoë se las creían. Pensaban de veras que iban a salvar el mundo.

La Madre, esa criatura pálida con cara de muñeca, con su risa de porcelana y sus juegos crueles... Contuve un escalofrío.

—Entonces, ¿qué cambió?

—Murió su hijo. Su primogénito, quiero decir.

Recordé la historia que Creon me había contado en la cabaña hacía tantos meses, y que casi había olvidado. El hijo de Korok, medio fae y medio dios, asesinado por humanos.

Un plan tan desastroso que desencadenó la Guerra de los Dioses.

—¿Por qué lo mataron? —pregunté con la voz ronca—. Creon me contó que estaban celosos porque Korok ya no pasaba tiempo con ellos, pero...

—Sí —dijo Zera con un resoplido de risa amarga—, supongo que esa es la historia que prefieren contar Achlys y Melinoë.

—¿Y qué pasó en realidad?

—Que el muy estúpido desatendió a su pueblo. —El rostro de la diosa se torció en una mueca muy cercana a la ira, pero que terminó diluyéndose en una tristeza amarga—. Pasaba todo el tiempo retozando por las cortes con su nueva familia fae y olvidó atender a los humanos. En Morhall se morían de hambre. Hubo disturbios por toda la zona. Los demás no podíamos hacer gran cosa en su territorio, y él se burlaba de nuestros ruegos de que regresara allí y

se ocupara del solucionar aquel caos. Finalmente, decidió enviar al muchacho a investigar el asunto.

Me di cuenta de que estaba conteniendo la respiración.

—Ese cabeza hueca era tan arrogante como su madre —dijo Zera despacio—. Se suponía que solo tenía que informar y dejar que Korok se ocupara del asunto. En su lugar, decidió resolver el problema por su cuenta, matando a un familiar inocente de cada alborotador que encontraba. Una medida disuasoria, supongo.

Se me escapó una risa amarga.

—La muerte no disuade a gente que ya se está muriendo.

—Así es. —Tomó un pequeño sorbo de vino caliente, como para armarse de valor—. Todavía quedaba un buen número de magos humanos consagrados a Korok, por aquel entonces. Todos juntos eran lo suficientemente poderosos para derrotarlo. Pero la batalla se descontroló, como suele suceder...

—Y lo mataron —terminé.

—Sí. Y, de repente, la paz entre los pueblos dejó de importar a Achlys y Melinoë... mientras buscaban cabezas que ensartar en picas.

«La Madre»... Habían adoptado el único nombre que tenía relevancia para ellas, y que ya no tenía nada que ver con las dos mujeres llenas de esperanzas y sueños que habían sido. Habían pasado a convertirse en un cascarón vacío que se rellenó de sed de venganza, de la rabia de una madre herida.

—¿Lo entiendes, Emelin? —La voz de Zera era tranquila, pero sus palabras se me clavaron hasta la médula—. No dudo de tus buenas intenciones, querida. Sé que me jurarás que jamás crearías una atadura ni intentarías encontrar un modo perverso de usar esa magia. Pero nadie sabe lo que ocurrirá en el futuro y si alguna vez te harán daño de verdad. Solo sé que, cuando los humanos hicieron daño a Achlys y Melinoë, lo único que les importó fue su propio dolor.

—Odiáis de verdad a la Madre —observé con voz áspera.

—Yo no odio. —Tomó otro sorbo de vino—. Yo aprendo.

Me llevé la taza a los labios con manos temblorosas y me obligué a dar un sorbito. Si había algo de magia divina en aquel vino, no

hizo nada por sosegarme el corazón. «Yo aprendo»..., y no estaba dispuesta a dejarse engañar por segunda vez. Ni siquiera aunque el destino del mundo estuviera en juego, aunque estuviera a punto de estallar una guerra en las islas, aunque la derrota acechara en cada esquina. Suplicar no la haría cambiar de opinión. Eso era lo que haría una maga hambrienta de poder, una maga que podría volver esa magia traicionera contra el mundo a la menor provocación.

¿Acaso yo podría escoger alguna vez ese camino?

Me armé de valor y enterré la punzada de duda. Bajé la taza y dije:

—De modo que preferís dejar las cosas como están, porque la alternativa es arriesgarse a algo peor.

Zera suspiró.

—Supongo que eso lo resume, sí.

Según Agenor, Zera había sido la última en elegir bando en la Guerra de los Dioses, la última en llegar a la conclusión de que no había más remedio que luchar. Hubiera debido prestar más atención a aquello e intuir que no la iba a encontrar rumiando su venganza en el bosque, dispuesta a lanzarse a la batalla a la primera oportunidad.

Pero me negaba a rendirme tan rápido.

—Si no vais a entregar a nadie más el poder de romper las ataduras... —Mi mente giraba a una velocidad de vértigo—. ¿No seríais capaz de hacerlo vos misma?

—Lo dudo —respondió ella, con una sonrisa triste en los labios—. Y no, no voy a acompañarte para intentarlo. Si tengo una vida mortal, ya no me queda mucho tiempo, y el mundo necesita las pequeñas cosas que aún soy capaz de hacer. Llevarme algo del pesar, entregar algunas bendiciones... Usar la poca magia que me queda.

¿No era eso escoger un bando? Me mordí la lengua.

—Sí —asintió, adivinando lo que pensaba—, tal vez me haya rendido, es cierto. Y quizá deberías alegrarte por ello. Conoces el peso de las decisiones, y se vuelven aún más pesadas con el poder. ¿Seguro que quieres cargar con algo así?

Su voz era tan suave... y, sin embargo, me golpeó con la fuerza de un mazo. Otra vez las malditas decisiones paralizándome, añadiendo el peso de tantas vidas a cada pequeña elección... El

mundo esperaría mucho más de una maga capaz de romper ataduras que de una que no podía. Y se sentiría aún más decepcionado al ver a la incompetente chiquilla abrazacactus que encontraría en su lugar.

Por otra parte...

¿Quién más iba a hacerlo?

—Tengo que echar un vistazo a las calabazas —declaró Zera, interrumpiendo mis pensamientos. Se incorporó con un suave quejido—. Me temo que se han convertido en el objetivo de un ejército de babosas. Acompáñame si tienes alguna otra duda.

—Yo... —Hice un gesto débil hacia mi vino—. Dejadme terminar esto primero; ahora salgo.

Era una excusa patética para obtener un instante de silencio para pensar. Sin embargo, ella sonrió, recogió de nuevo su saco de pesares y salió lentamente por la puerta, dejándome sola en aquella pequeña estancia que olía a vino caliente y madera resinosa.

Dejé la taza y me recosté en los almohadones, soltando un surtido de palabrotas tan cuidadosamente seleccionadas como sinceras.

Nada de aquello tenía sentido.

Era la única idea que tenía en mente mientras miraba sin ver el techo de madera oscura y los montones de flores secas que colgaban de las vigas. De un modo u otro, el universo tenía que estar tomándome el pelo, y yo no entendía la broma. ¿Así terminaba mi misión? Contra todo pronóstico razonable, había terminado encontrando a la diosa que necesitaba, ¿y ella me decía que no con una resolución amable que no permitía réplica?

¿Y la razón era que, si me ayudaba, yo podría convertirme en una segunda Madre?

Respiré hondo, contuve el aire y lo solté, siguiendo el ritmo calmante que me había enseñado Tared. Su voz resonó en mis oídos, irónica e imperturbable: «¿Cuántas veces te he dicho que lo más importante en una pelea es mantener la mente clara?».

Bien.

Hora de pensar.

Me senté erguida y me obligué a mantener el ritmo lento y constante de la respiración. Necesitaba ser metódica y rigurosa. Si Zera temía que yo pudiera arruinar el mundo aún más de lo que ya lo había hecho la Madre...

¿Había alguna posibilidad de que tuviera razón?

¿Qué haría yo si al día siguiente alguien le partiera el cuello a Creon?

Cada músculo de mi cuerpo se tensó solo con pensarlo. Me obligué a mantener la calma. Inspiraciones lentas, pensamientos racionales; no podía permitir que los sentimientos nublaran mis sentidos. Si Creon muriese al día siguiente..., probablemente me vengaría. Encontraría al responsable. Mataría a la Madre, llevada por el rencor; salvaría el mundo en su memoria.

¿Pero iría más allá? ¿Asesinaría a todas y cada una de las personas que hubieran servido a la Madre? ¿Sacrificaría a Lyn, a Tared y a todos los que conocía solo por el afán de represalia, del mismo modo que la Madre había sacrificado gustosamente a Korok para destruir a todos los que habían provocado el asesinato de su hijo?

Zera había dicho que a Achlys y Melinoë no les importaba el dolor de nadie más que el suyo propio. Ese era el problema. Y yo no era así. Esa no era mi forma de ser. Creon me había descrito al decir que estaba dispuesta a perder la cordura antes de lastimar a otros. Tal vez hubiera oscuridad en mi interior..., pero había dejado escapar a aquella fae de ojos violetas de la Corte Dorada, aun sabiendo que podría hacernos daño.

Yo no era el mal contra el que combatía; estaba segura de ello.

Cuando recogí la taza de vino, ya no me temblaban las manos. Me atreví a dar otro sorbo y saboreé el dulce ardor en la lengua. Aquello me estaba ayudando a creer en mí misma. Tal vez yo no fuera capaz de mentir a Zera para conseguir poder ni de persuadirla con promesas vacías, pero podía contarle la verdad.

Y la verdad era que estaba asustada..., pero decidida.

El peso de las decisiones seguiría ahí. Pero yo ya había tomado una: dejar de mantener en secreto mi relación con Creon. Quizá pudiera aprender a manejar aquello, fortalecer mi corazón del mismo

modo que había desarrollado mis músculos con el entrenamiento. Tal vez pudiera descubrir, poco a poco, cómo cargar con un peso mayor. Aquello era, en sí, un entrenamiento: elegir entre la facilidad de la cobardía y la dificultad de ejercer el poder con responsabilidad.

Bebí más vino. Su sabor ácido agudizó mis pensamientos y aportó una claridad inesperada al mundo bañado por el sol que veía a través de los ventanucos de la cabaña.

Llevaría tiempo convencer a una diosa, después de siglos de temores. Y los demás estarían buscándome. Quizá pensaran que había huido para evitar la batalla en Tolya. Pero la marca del trato le indicaría a Creon que seguía viva, y mientras pudiera leer mis sentimientos...

Cerré los ojos y me permití, por primera vez, una sensación de triunfo, al ser consciente de veras de que había encontrado a una diosa, que tenía razón, que estaba allí, reescribiendo la historia del mundo tal y como lo conocíamos. Y como sentía las emociones con más fuerza cuando iban dirigidas a él, invoqué el recuerdo de sus sonrisas serenas y sus palabras tranquilizadoras, de todas y cada una de las ocasiones en que me había dicho que no estaba loca por mantener la esperanza, cada vez que me había prometido que todo saldría bien.

«Tenías razón», pensé.

Con eso debería bastar.

Apuré el último poso de vino y me incorporé de un brinco, con un hormigueo en las piernas y los brazos ante la perspectiva de todo el trabajo que tenía por delante. Salí por la puerta y empecé a trotar por el sendero del jardín, frenando solo para evitar a una gallina rechoncha sin el menor instinto de supervivencia.

Zera estaba arrodillada frente a unas calabazas colosales. Cuando me acerqué, dejó de tararear y alzó la vista de la maleza que estaba arrancando, con los ojos chispeantes.

—Una vez más, parece que me has encontrado.

Me detuve a su lado, a punto de soltar una carcajada, demasiado nerviosa como para notar los guijarros bajo las plantas desnudas de mis pies.

—Voy a intentar hacer que cambiéis de opinión.

–Lo sé, cariño. –Suspiró, pero no había más que compasión en sus ojos de color verde pálido–. Lo sé.



Capítulo 18

Las palomas llegaron al caer la tarde.

Estaba sentada en el umbral de la cabaña, engullendo un plato de puré de patatas y castañas asadas que chorreaban aceite de hierbas, cuando un fuerte batir de alas rompió el apacible silencio. Zera, que apenas había comido un tercio de la ración que me había servido a mí, estaba en el jardín, arrastrando el saco inmanejable con el que siempre cargaba.

Levantó la vista justo a tiempo para verlas descender de un cielo teñido de rosado y púrpura: tres aves rollizas que zurearon con entusiasmo al posarse en la hierba.

Por un instante, perdí el apetito.

Esas palomas no se parecían en nada a los ejemplares parduzcos y sucios que vivían en las islas cuando yo era pequeña, los pájaros que me habían hecho soñar despierta durante años hasta que finalmente renuncié a conseguir la bendición. Eran mucho más grandes que las aves escuálidas que conocía. No serían tan monstruosas como Ascua, el dragón, pero sin duda habían recibido una generosa dosis de magia divina. Su arrullo era dulce y bajo, muy distinto del zureo bronco al que estaba acostumbrada.

Y eran blancas. De un blanco impecable, níveo, sin una mota de suciedad que manchara sus plumas.

Estar todo el día arrancando malas hierbas y buscando un nuevo hogar a las babosas me había dejado famélica, sí, pero no tanto como para anteponer la cena a la visión de un mito que cobraba realidad ante mis ojos. Aparté el plato, me levanté de un brinco y me acerqué corriendo a Zera, que le estaba rascando suavemente la nuca al ave más grande.

—Entonces, ¿son reales?

Las palomas parecían ofendidas.

—Por supuesto que son reales —dijo Zera, volviéndose hacia mí con una risita—. Y también las bendiciones, por si te lo preguntabas. Como ya he dicho, no soy del todo inútil, aunque haya perdido mis poderes.

Me pasé una mano por el pelo, un poco pegajoso de tierra y sudor. Pronto tendría que darme un baño en el lago, si Ascua no intentaba comerme.

—¿Cómo bendecís a la gente, si ya no tenéis poderes?

—Oh, dejo que sus destinatarios se encarguen en mi lugar —declaró simplemente.

—¿Qué?

—Las bendiciones nunca fueron más que una confirmación. Las palomas no cambian nada; solo le dicen a la persona que visitan que va por buen camino hacia la felicidad. —Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa cómplice—. Curiosamente, eso suele ser lo único que necesitan para seguir por ese mismo camino el resto de sus vidas.

Parpadeé, mirando a la paloma más grande, que me devolvió la mirada como si fuera idiota.

—Eso... parece hacer trampas.

—Los dioses no hacemos trampas —replicó Zera alegremente—. Simplemente cambiamos las reglas.

Solté una breve risa.

—Entonces, ¿sería una tontería pediros que mandéis a mis amigos unas palomas para arreglar sus desastres sentimentales?

–¿Tus amigos? –repitió con aire sorprendido mientras se ponía en pie.

–¿Tanto os sorprende que tenga amigos? –gruñí.

Ella soltó una carcajada.

–En absoluto, querida. Pero los pocos visitantes que he tenido a lo largo de los siglos pedían bendiciones para ellos, no ayuda para los demás. Me has pillado por sorpresa, eso es todo.

–Oh. –Me encogí de hombros, sin saber qué pensar. ¿Era bueno sorprenderla?–. Bueno. Es que... llevan siglos complicándose la vida. Yo tengo a Creon. Estaré bien.

Zera no dijo nada durante unos instantes, mientras se acercaba con el saco a cuestas al depósito de grano que había junto a la cabaña. Las palomas la seguían, enredándose entre sus tobillos, zureando y cabeceando, agitando las alas blancas como la nieve con el aire satisfecho de haber cumplido su misión.

La diosa abrió el arcón, sacó un puñado de grano y lo esparció por el suelo para que lo comieran. Solo entonces, tras espantar a unas cuantas gallinas curiosas con la mano libre, me advirtió lentamente:

–Ten cuidado con eso, Emelin. Es fácil decir que algo es para siempre. Vivirlo es mucho más difícil.

La miré fijamente y me quedé en blanco por un instante, a punto de sentir una arcada. La diosa no levantó la vista; se concentró en su saco de arpillera y avanzó hacia mí en la penumbra del anochecer.

«Es fácil decir que algo es para siempre». ¿Qué estaba sugiriendo? ¿Que podría necesitar su bendición, entonces? ¿Que la devoción de Creon podía no ser tan profunda como yo creía? ¿Que podía perderlo si no tenía cuidado?

Me habría reído si cualquier otra persona me hubiera sugerido eso..., pero ella era una diosa.

–¿Qué...? ¿A qué os referís? –Notaba la carne de gallina, y el frío del crepúsculo encontró un aliado inesperado en el hielo que sentía en mis entrañas–. Él me quiere.

–Sí, claro que sí, querida.

Conocía ese tono. Editta lo usaba para tranquilizarme durante las frías noches de invierno, cuando tenía demasiada hambre para conciliar el sueño: me prometía que habría comida al día siguiente, me recordaba que pronto volvería la primavera. Y decía la verdad, la mayoría de las veces..., pero aquellos inviernos había muerto gente.

—¿Pero...? —conseguí articular.

—Pero al amor no le gusta que lo den por hecho —murmuró Zera, dejando el saco en el suelo. Alzó la vista para encontrarse con mis ojos, jadeando ligeramente—. No des por sentada su devoción. Hasta el pozo más profundo tiene fondo.

La advertencia quedó suspendida en el aire mientras ella avanzaba lentamente hasta la puerta. Me hice a un lado para dejarla pasar por puro reflejo, con la mente en blanco, transportada a la oscura sala de un templo, a unos dedos llenos de cicatrices que se movían en la penumbra. «¿Tienes idea de cómo me afecta esto, Em?».

Pero yo lo estaba resolviendo, ¿no? Había escuchado su opinión, había prestado atención a sus preferencias, ¿verdad?

Al menos, esa vez.

No hubo forma de reprimir esa idea en cuanto surgió: brillaba como el mercurio y era igual de mortífera.

No sería la última vez que sucedería aquello. Vivíamos en un mundo que le odiaba y me necesitaba a mí, donde ambos teníamos un papel demasiado importante que desempeñar. La elección de ser su amante podía costar muchas vidas que yo no quería sacrificar...

—¿Zera? —la llamé sin pensar, dándome la vuelta para seguirla al interior de la casa. La noche había caído rápidamente sobre el bosque, y el cálido resplandor de la chimenea me cegó por contraste—. Zera, ¿cómo demonios voy a elegir entre la gente a la que quiero?

—Primero quiérete a ti misma —respondió sin dudarlo, dejando el saco en un rincón. Sin aquel peso imposible en las manos, hasta sus palabras sonaban más ligeras—. Y luego, fíjate en quién se alegra y quién intenta impedirlo.

Tragué saliva.

—Como si fuera tan fácil...

—Algún día lo será. —Me dedicó una mirada agotada, pero sus pupilas centellearon—. El truco está en no tomar demasiadas decisiones estúpidas hasta que llegue ese momento.

—Muy útil —murmuré con acritud, y ella soltó una risa tan alegre y melodiosa como el canto de un pájaro.

—Por supuesto, querida. Para eso estoy: para responder preguntas.

En aquella cálida habitación, rodeada del aroma de las especias y la madera oscura, era más fácil correr riesgos.

—¿Cómo rompo una atadura?

Volvió a reírse.

—Puede que dejara escrito el secreto en una notita guardada en ese armario, en el estante de abajo.

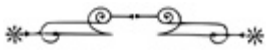
Me estaba tomando el pelo. Cerré la puerta, le lancé una mirada suspicaz a la que respondió con una sonrisa inocente, me acerqué al armario y abrí la pesada puerta de madera. Tal y como me temía, en el estante inferior no había ninguna nota con revelaciones capaces de cambiar el mundo, sino una manta de lana de color mostaza y dos sábanas de lino que olían vagamente a clavo y ajenjo.

—Supongo —dije, mirándola por encima del hombro— que esta es vuestra forma de mandarme a la cama.

Era imposible enfadarse al ver las arruguitas de la risa en torno a sus ojos.

—Has tenido un día muy largo, querida.

Era cierto, y debería haber estado agotada. Pero tardé horas en dormirme sobre el montón de cojines junto a la chimenea, pensando en Creon, en ataduras y diosas moribundas y en las esperanzas de paz eterna de la Madre, antes de sumirme en una pesadilla febril. Soñé que construía un trono de huesos en mi antiguo dormitorio de Cathra.



Me desperté tarde, y descubrí que aún no había aparecido nadie buscándome.

Reflexioné sobre aquello apartaba las mantas, me peinaba con los dedos los mechones más rebeldes y me levantaba. El saco de los pesares ya no estaba junto a la puerta, lo que indicaba que Zera se había levantado. Cuando eché un vistazo al exterior, no vi las palomas por ninguna parte; probablemente habrían echado a volar, en busca de nuevos afortunados a los que engañar con sus bendiciones.

El mundo continuaba girando y, sin embargo, nadie parecía preocupado por mi desaparición. Creon no me había llamado con magia demoniaca, y suponía que Zera me habría avisado si mis amigos estuvieran peinando desesperadamente el bosque, o si el dragón los hubiera ahuyentado cuando intentaban rescatarme.

Salí por la puerta, frotándome los ojos. ¿Mi mensaje de triunfo había sido lo bastante convincente para que me dejaran en paz? O, a lo peor...

¿Y si mi mensaje no le había llegado a Creon? Quizá el bosque bloqueara la magia demoniaca para proteger a Zera del mundo exterior.

Se me apretó el corazón en un puño helado. Dioses... Tal vez Creon llevara toda la noche enloquecido, temiendo por mi vida mientras yo dormía como un tronco en el suelo de la cabaña de una diosa. Correteé, tropezando con las gallinas y pisando la hierba cubierta de rocío con los pies descalzos. ¿Dónde estaba esa maldita diosa cuando la necesitaba?

—Aquí, querida —dijo Zera detrás de mí, su tono dulce teñido de diversión.

Me di la vuelta y la encontré en un taburete junto a una zarzamora altísima, con su saco de arpillera a un lado y un cesto lleno de fruta al otro. Sus manos arrugadas estaban tan manchadas de zumo morado como su boca. No parecía una diosa, sino una niña traviesa que se escaqueara de sus tareas para darse un capricho con frutos del bosque, salvo que era unos milenios demasiado vieja para interpretar ese papel.

—¿Desayunas? —preguntó.

—Sí. Esto... gracias. —Me acerqué, arranqué una mora gordísima de la zarza más cercana y me la metí entre los labios. Era tan jugosa

que me explotó en la boca–. ¿Tenéis alguna idea de dónde están Creon y los demás?

–Humm. –Dejó caer un puñado de moras en el canasto–. Están bien.

Eso me tranquilizó tanto como cuando Tared me dijo que yo no tenía la culpa de sus problemas con Creon. Arranqué otra mora, me la metí en la boca y pregunté:

–¿Me están buscando?

–Oh, no exactamente. –Parecía totalmente indiferente–. Me resulta difícil decirte dónde se encuentran ahora mismo, pero confía en mí: no estarán especialmente preocupados.

Eso no tenía ni pies ni cabeza, dado que había pasado fuera una noche entera, pero contradecirle me parecía de mala educación. Me dejé caer en la tierra húmeda a su lado y empecé a arrancar moras de las ramas de forma más sistemática, metiéndome la mitad en la boca y echando las demás en el cesto.

–¿Por qué no podéis decirme dónde están ahora? –pregunté finalmente, tras haber descartado otras alternativas más ofensivas.

–Lo problemático es el «ahora». –Sonrió de forma infantil–. El tiempo no es lineal en el bosque, y en esta isla aún menos. Nuestro momento no es el mismo que el suyo.

Lo cual explicaba por qué el bosque le alargaba la vida, pero generaba otras preguntas. Me tragué una mora y pregunté con cautela:

–¿Qué es el bosque?

Zera soltó una risita.

–¿Qué es la luz?

–Eeeh... –Miré al cielo de un azul diáfano, entrecerrando los ojos–. La... luz... es... luz, supongo.

Su rostro curtido era gentil, y sus ojos, compasivos..., pero su sonrisa tenía un filo decididamente diabólico mientras me miraba.

–Qué gran filósofa ha perdido el mundo, Emelin.

–¡Eh! –Estallé en risas y detuve el gesto justo a tiempo; seguramente no fuera buena idea lanzarle moras a una diosa, ni siquiera a una con ganas de tomarme el pelo–. No hace falta

recurrir a los golpes bajos, Su Divinidad. ¿Lo que intentáis decir es que el bosque simplemente... es?

—Estoy confirmando la sospecha que tenía: piensas más rápido cuando te enfadas —respondió, metiéndose una mora en la boca con dedos ágiles. Por un momento, me recordó a una ardillita satisfecha comiendo nueces, y la chispa de irritación desapareció tan rápido como había aparecido—. Pero sí. El bosque estaba aquí antes de que yo existiera. Puede que tuviera algo que ver con aquel feliz acontecimiento, pero no podría asegurarlo.

—¿Las montañas de Orin son iguales?

—Iguales no —respondió—; similares en algunos aspectos, sí. Ciertamente, tienen alma y lo han mantenido vivo desde la muerte de Korok. Las cuevas submarinas de Inika también son sensibles, antes de que lo preguntes.

«Cuevas submarinas». Habíamos hecho bien en buscar en el bosque; yo no era una gran nadadora.

—¿El Laberinto también es así? El que está debajo de la Corte Carmesí, quiero decir.

Lanzó un suspiro.

—Pobre Laberinto...

No hubo más explicaciones. Durante unos minutos, nos centramos en despojar de moras el zarzal, envueltas en el agradable susurro de la brisa contra la hierba, el cacareo de las gallinas y el gorgoteo del agua a lo lejos.

—Si los bosques están vinculados a vos, las montañas a Orin y las cuevas a Inika..., ¿el Laberinto está vinculado de algún modo a Etele y a su magia de color?

—Sí —musitó Zera suavemente.

—Pero ella no se escondió en el Laberinto, como los demás hicisteis en vuestros lugares sensibles.

—No.

—Y, sin embargo... —Vacilé. ¿Debía insistir?—. No sabéis si sigue viva.

—El Laberinto no es el único de su especie —respondió Zera con una serenidad que hubiera juzgado como entereza, si no fuera por la forma en que esquivó mi mirada—. Es el más amable de todos ellos,

pero hay otras cuevas en el continente. Puede que se esconda allí, hasta donde sabemos.

—Pero nunca la encontrasteis —aventuré con cautela.

—No.

A juzgar por su tono de voz, más valía que dejara el tema. Me tragué mis preguntas y unas cuantas moras más, hasta que me dio la impresión de que acabaría fermentando licor de moras en mi estómago. Para entonces, la cesta estaba a rebosar y las ramas seguían cargadas de fruta.

—¿Puedes llevar tú nuestra cosecha, querida? —pidió Zera, incorporándose con un gemido—. Yo cargaré con los pesares.

Obedientemente, levanté el canasto de moras y esperé a que ella arrastrara el abultado saco con los pesares del mundo hasta la cabaña. Sus delgados brazos temblaban violentamente cuando llegamos, y sus músculos fibrosos se tensaban y aflojaban bajo su piel bronceada.

Bajó su carga con un suspiro que era casi un sollozo. Luego, pareció recordar mi presencia y forzó una sonrisa muy poco convincente.

—Hay pan dentro, si quieres comer algo más.

Parecía casi obsceno que yo engullera su comida mientras ella se dejaba la piel arrastrando aquel saco. Dejé la cesta junto a la puerta, me limpié las manos pegajosas en los antebrazos y me atreví a inquirir:

—¿Puedo preguntar por qué tenéis que cargar siempre con los pesares del mundo? ¿No podéis dejar el saco dentro de la cabaña? ¿No estaría seguro?

Me dedicó una sonrisa cansada y se apartó los largos mechones grises con los dedos manchados de púrpura.

—Estaría seguro, sí. Pero cuanto más me alejo del saco, más peso recae sobre los hombros del resto del mundo.

Entreabrí los labios, pero terminé callándome lo que iba a decir. En su lugar, murmuré:

—Así que vos cargáis con ello...

—Estos hombros están más preparados para soportarlo —respondió, mirándose las manos huesudas—. Admito que era más

fácil antes de perder la mayor parte de mis poderes, pero esos pobres desgraciados... ya sufren demasiado.

¿Qué podía decir ante eso? Conocía los rostros devorados por el hambre, las lágrimas de las madres que habían perdido un hijo más en las garras del invierno, el miedo constante al yugo de la Madre sobre las islas. Había visto la angustia de Valter y había oído los sollozos de Editta por las noches. Había tantas personas al límite... Si sufrían un solo golpe más, se quebrarían como ramas secas.

—¿Hay alguna manera de hacer que recuperéis vuestros poderes? —pregunté con impotencia—. Si alguien revirtiera la plaga, por ejemplo, ¿podría...?

No terminé la frase. Una leve sonrisa se había dibujado en su rostro, y no era la sonrisa compasiva de una diosa, sino una de diversión, de una criatura dura y recia que había sido capaz de construir una vida tranquila a partir de los escombros del mundo sobre el que había reinado.

—¿Tienes a alguien en mente para esa tarea, Emelin?

Parpadeé y solté una breve risa.

—No intentaba indagar de forma indirecta sobre las ataduras.

—Lo sé. —Me hizo un gesto para que dejara el canasto y entrara en la cabaña—. Pero también sé que, si te diera la oportunidad de encargarte de la plaga, te ofrecerías —añadió, arrastrando el saco de pesares por el umbral.

—No es que quiera hacerlo yo —protesté, un poco a la defensiva sin saber por qué. ¿Aquello había sido realmente un ataque?—. Tampoco es que me apetezca tener que encargarme yo de las ataduras. Solo quiero que ocurra, y no hay nadie que dé un paso al frente.

Su sonrisa era triste, y no mostraba tanto escepticismo como deseos de creerme.

—¿Y por qué quieres que ocurra, querida?

—Porque... Bueno...

Vacilé y me mordí la lengua a tiempo. Debía tener cuidado con lo que decía; no era el momento de soltar respuestas impulsivas, sino de sopesar cada palabra que pronunciaba como si mi vida dependiera de ella.

Porque podía ser así.

El cálido aire otoñal pasó a sentirse gélido como la escarcha. ¿Por qué quería que ocurriera? Porque el mundo sufría: aquella era la respuesta fácil. Porque yo había vivido bajo el yugo de la Madre, y no podía permitir que soportaran el hambre y el terror a morir a saber cuántas generaciones más.

¿Eso era todo?

No se podía mentir a una diosa. Probablemente tampoco debería mentirme a mí misma.

Si no mataba a la Madre, si no destruía el imperio... Me tensé de golpe, y no fue por recordar la imagen de los graneros vacíos y los niños con los ojos hundidos, sino...

«Me avergüenzo de ti, Emelin».

—Supongo que... —Se me quebró la voz ante ese escozor antiguo, y me encogí cuando aquel bofetón verbal me sacudió por enésima vez—. Supongo que quiero demostrar que soy lo bastante buena para hacerlo.

—Sí —dijo Zera y suspiró—. Por supuesto.

Me hundí en el taburete más cercano, apoyé los codos en los muslos y la barbilla en las manos.

—¿Hay algo que esté pasando por alto?

—Eso depende. —Zera ladeó un poco la cabeza, estudiándome. Sus ojos estaban llenos de preguntas—. Algunas personas se sienten atraídas por la perspectiva de la gloria, por muy nobles que parezcan sus intenciones de entrada. Salvan el mundo para ser sus salvadores, no por el bienestar de sus habitantes.

—¿Como Achlys y Melinoë?

Se le escapó un resoplido burlón.

—Querida, se sientan en un trono de huesos. Nadie que no se deleite con su poder en secreto tomaría una decisión semejante.

—Tampoco es que lo mantengan exactamente en secreto, últimamente —murmuré con amargura—. Por casualidad, ¿no sabréis por qué ese maldito trono es tan importante para la Madre? Pensábamos que podría ser su punto débil porque es muy protectora con él, pero no sabemos cómo podría perjudicarla.

Zera enarcó una ceja fina.

—Desconozco si tiene algún poder oculto. Hasta donde yo sé, no es más que uno de los juguetes bonitos que le hizo Korok.

¿Creon estaría equivocado? Archivé ese pensamiento para meditarlo más tarde.

—¿Y vos pensáis que yo podría acabar con el mismo tipo de juguetes, si la historia diera un giro equivocado?

—No lo sé, Emelin. Ya no sé cómo saberlo. Y eso me da miedo.

—Por si sirve de algo —musité débilmente—, no creo que yo busque precisamente la gloria. Sinceramente, la veo como una carga más que soportar.

—Humm... —Miró hacia otro lado, seria.

No era suficiente para convencerla. Sentí en mis entrañas la aguda punzada del fracaso. Fuera lo que fuese lo que tenía que haber dicho, no era aquello.

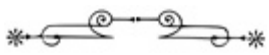
—¿Hay algo que pueda decir que os haga cambiar de idea? —Detesté el tono de voz desesperado de mis palabras. Llevaba solo un día allí y ya estaba suplicando—. Sé que no puedo predecir el futuro, pero...

«¿Pero de verdad no podéis confiar en ninguna promesa que os haga?». Las palabras que no llegué a pronunciar llenaron la estancia con un peso desolador. Una súplica estúpida e irreflexiva que solo tenía una respuesta.

Los finos dedos de Zera se tensaron, pero se giró sin responder, con los hombros encorvados aunque en ese momento no cargara con los pesares del mundo.

—Ven, querida. —Su voz, baja y resignada, sonó firme—. Es hora de hornear unas tartaletas de moras.

Y eso fue todo lo que hablamos sobre las ataduras ese día.



Al tercer día, me desperté al amanecer y encontré el saco todavía junto a la puerta.

La curiosidad me pudo. Salí de mi nido de mantas y almohadones, me acerqué de puntillas a la puerta cerrada y agudicé el oído: nada. Ni el crujido de las tablas del suelo, ni el tarareo de una melodía, ni

siquiera el sonido de una respiración. O Zera era muy silenciosa, o seguía profundamente dormida. Probablemente lo segundo.

Decidí arriesgarme.

El saco parecía pesado, como los de harina, aquellos que incluso el hijo del molinero de Cathra, que tenía el cuello como un toro, levantaba con dificultad. Lo estudié un momento. Aunque no fuera capaz de levantarlo, seguramente sí podría moverlo un poco, ¿no?

Con cautela, agarré el nudo y di un suave tirón. La áspera tela no cedió ni un solo milímetro.

Miré hacia la puerta, que seguía cerrada, y tiré un poco más fuerte.

Nada. Era como tratar de mover una montaña. El saco no solo pesaba, sino que parecía haber echado raíces en el sitio. El peso era tan colosal que no entendía cómo no había roto los tablones del suelo. Apreté los dientes, aferré la arpillera con ambas manos y di otro fuerte tirón, con más convicción.

No se movió.

Justo cuando estaba flexionando los dedos para intentarlo de nuevo, oí pasos en la habitación contigua que me indicaron que Zera se había despertado. Me alejé como una exhalación de los pesares del mundo, agarré una tartaleta de moras de la encimera de la cocina, y ya le había dado un buen par de mordiscos cuando la diosa entró por la estrecha puerta trasera.

—Buenos días, querida. —Parecía sospechosamente divertida mientras agarraba despreocupadamente el saco y lo arrastraba hacia la cocina—. ¿Has dormido bien?

—Bastante bien —respondí, intentando no mirar fijamente aquellos brazos huesudos que podían con el peso de una montaña—. ¿Y vos?

Se le apagó un poco la sonrisa.

—Oh, como siempre.

Que no debía de ser demasiado bien. Me metí el resto de la tartaleta en la boca de golpe; tal vez sería mejor estarme callada hasta que me hubiera despabilado por completo.

Pasamos toda la mañana reparando una gotera en el tejado de paja, almorzamos gachas de avena con manzanas asadas y pasas, y por la tarde recogimos huevos de gallina. Cuando oscureció, le

enseñé a Zera mi mejor técnica para zurcir calcetines, y cosimos agujeros junto al fuego hasta que nos quedamos adormiladas por el calor y el cansancio.

No dejé de hacerle preguntas mientras trabajábamos, comíamos y nos sentábamos junto al fuego sin hacer nada, y las únicas respuestas que recibí fueron las que no me importaban. No, seguía sin poder hablarme de las ataduras. No, no podía decirme dónde estaban los demás. No, tampoco cómo matar a la Madre.

Y seguía sin aparecer nadie que me buscara. No me llegaba ningún mensaje con magia demoniaca y no tenía ni la menor seguridad de que Creon se encontrase bien, como afirmaba Zera.

Salí a hurtadillas después de que ella se fuera a la cama, incapaz de encontrar la paz mental adecuada para tumbarme y dormir. El cielo nocturno estaba despejado, y fui trazando con la mirada las formas y patrones que conocía en los puntitos centelleantes de luz plateada, las constelaciones que Creon me había dibujado. Allí estaba Istia, el barco del cielo, con sus inconfundibles velas... Alyra, la orgullosa águila mítica que voló demasiado alto y se quedó atrapada en el firmamento... Kothro el Durmiente, con su famosa estrella titilante...

Parpadeé para librarme de la repentina humedad de mis ojos. Creon había gastado varias hojas de pergamino en sus intentos de explicarme por qué la estrella titilaba, llevado por un entusiasmo matemático que había hecho que sus señas se volvieran casi ilegibles y le temblaran las alas de excitación. Tenía algo que ver con los ángulos, la refracción de la luz y las turbulencias del aire. Yo no había acabado de entenderlo.

Abrazándome a mí misma, me di cuenta de que daría mi vida por estar mirando las estrellas con él y sentirme boba mientras me explicaba por quinta vez las propiedades esenciales de los elipsoides.

–¿Dónde estás? –susurré al cielo nocturno teñido de negro y púrpura; mi aliento formó nubecillas en el aire gélido–. Necesito tu ayuda.

Ningún batir de alas aterciopeladas eclipsó la luz de las estrellas.

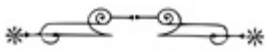
Pasé varios minutos escudriñando la oscuridad en el silencio del bosque dormido, antes de darme cuenta de que estaba mirando el

cielo equivocado.

Eran constelaciones que conocía, estrellas que conocía. Pero estábamos en los últimos días del mes del vino, e Istia no aparecería hasta la última helada del mes del barro. La estrella titilante de Kothro anunciaba el deshielo, no la llegada del invierno. Estaba contemplando un cielo primaveral al final del otoño, una idea tan absurda que habría sido incapaz de creerla si no hubiera pasado horas leyendo la *Enciclopedia de las estrellas* para memorizar cada una de ellas.

¿Nos encontrábamos completamente al margen del tiempo? ¿Incluso de las estaciones que regían la vida en el resto del mundo?

Me metí en la cama con una sensación de vacío y desesperanza, sin saber con qué poderes estaba jugando y aún menos cómo salir victoriosa.



La mañana del cuarto día tenía la mente más clara, acompañada de una saludable irritación. Zera tenía razón: pensaba más rápido cuando me enfadaba.

Llevaba ya tres días enteros en aquella maldita isla y, aunque había aprendido algunas cosas sobre los dioses, la prehistoria de mi mundo y las sombras ocultas de mis propias motivaciones, no había conseguido absolutamente nada de lo que había ido a buscar. La voz de Creon seguía encontrándose tan fuera de mi alcance como siempre. No estaba ni un ápice más cerca de derrotar a la Madre. Si consideraba el asunto de forma objetiva, mi progreso era desastroso y tenía pocas perspectivas de mejorar. Habría sido más útil con las ninfas de Tolya; al menos allí podría haber dado al mundo una buena impresión.

Así que tenía que suceder algo. O me ponía en marcha o me largaba.

Marcharme me parecía una rendición, así que me levanté de mi improvisada cama con una renovada determinación: debía demostrar que no me parecía en nada a la Madre y que no albergaba sus violentas ambiciones. Detrás de la casa había una pila

de abono que había que remover; me había fijado mientras recogíamos huevos el día anterior. Seguro que Achlys y Melinoë nunca se rebajarían a palear mierda de gallina y fruta podrida.

Después de una hora de sudoroso trabajo entre mondas podridas de manzana, llegué a la conclusión de que tal vez tenía algunas cosas en común con la Alta Dama de los fae: el profundo deseo de no volver a ver otra pila de estiércol en toda mi vida.

Darme un baño rápido en el lago cristalino que rodeaba la pequeña isla tampoco fue tan relajante como esperaba, debido a la presencia del gigantesco dragón que me observaba con recelo desde la otra orilla. Salí del agua en cuanto terminé de frotarme las últimas manchas de barro, me puse la camisa holgada y los pantalones que me había prestado Zera y fui a buscar a la diosa, con la esperanza de que, al menos, mi esfuerzo no hubiera sido en vano.

Mis esperanzas fueron inútiles de nuevo.

Durante otra larga tarde, evitó responder a todas mis preguntas sobre las ataduras, con suavidad pero con firmeza. Hablamos de Bakaru Sefistrim –una desagradable reliquia de una época pasada– y del estado de la magia de Agenor –sin ataduras hasta la muerte de Korok, según confirmó Zera–, pero nunca de las preguntas por las que había ido hasta allí, ni de las respuestas por las que habría matado.

–Mira –dijo amablemente la diosa cuando refunfuñé–, quizá ahí esté el problema. A pesar de todas tus buenas intenciones, hay oscuridad en tu interior, querida.

–También hay oscuridad dentro de vos –objeté–. Acabáis de decirme que Bakaru debería estar muerto.

–No con esas palabras –matizó ella, aunque su risita sugería que no estaba del todo en desacuerdo.

Contuve una carcajada.

–Estoy convencida de que era lo que estabais pensando. ¿Cuál es la diferencia?

–La diferencia –replicó sin vacilar– es que yo mantengo mi oscuridad a raya gracias a la empatía. Es muy difícil aniquilar a personas que comprendes, aunque no estés de acuerdo con ellas.

La última en elegir bando en la guerra... ¿Había llegado a comprender a la Madre, aunque al final decidiera enfrentarse a ella?

¿La entendía yo?

Creía que sí. Pero, por más que le insistiera a Zera, ella seguía considerando que me faltaba algo... Y si una diosa creía que me faltaba algo, tal vez fuera verdad. Quizá yo estaba completamente equivocada sobre mí misma; tal vez mis desesperados intentos por contentar a todos se vendrían abajo en cuanto se enfrentaran a los filos cortantes que había en mi interior. Posiblemente fuera mejor para el mundo que cesara en el intento, antes de convertirme en una segunda Madre.

Y si ese era el caso, me iría a casa, por supuesto.

¿Pero cómo demonios iba a saberlo?

Observé a Zera cojear por el jardín mientras atendía los cultivos. Su cuerpo huesudo parecía a punto de quebrarse bajo el peso de un mundo que ya no podía salvar. Controlando la oscuridad. Manteniendo la paz.

Comprendiendo a todos.

La idea surgió de la nada y, sin embargo, era tan evidente que debería haberla visto hacía días. Por supuesto que no había sido capaz de mover ese puñetero saco... Era imposible que lo lograra, si lo que me espoleaba era la curiosidad o el afán de demostrar algo. Pero aquello no tenía nada que ver con tener razón o no, sino con mantener el mundo a salvo y proteger la última brizna de esperanza.

Si realmente quería saber de qué lado estaba, en lugar de demostrar lo que podía o no podía hacer...

Quizá fuera la hora de hacer un último intento.



Capítulo 19

Esperé una hora entera después de que Zera se hubiera acostado, sentada en el umbral de su casita, mirando las constelaciones primaverales, imaginando a Creon. Me preguntaba dónde estaría y qué estaría pensando, si me echaría de menos y qué opinaría de la estupidez que estaba a punto de cometer. Decidí que probablemente la encontraría divertidísima, y aquello me animó mucho más que la perspectiva de un fracaso casi seguro.

Fue el recuerdo de su sonrisa lo que finalmente me impulsó a levantarme y volver al interior de la cabaña. Las últimas brasas de la chimenea aún proporcionaban un poco de luz. Encendí una sola vela para asegurarme de que la estancia no quedaría completamente a oscuras, y luego me acerqué de puntillas al maldito saco del rincón, junto al dormitorio de Zera. Tenía un aspecto engañosamente anodino.

Me senté ante él, respirando despacio para contener los latidos desbocados de mi corazón, y apoyé suavemente la palma en la tela áspera.

Comprendiendo...

¿Cómo, si no, se podía cargar con el pesar de otros?

Cerré los ojos y pensé en Creon. No en su faceta peligrosamente seductora ni en su genialidad casi hiriente, sino en la parte que ocultaba como un secreto vergonzoso: la pérdida, la soledad y la culpa que lo devoraban. Pensé en Agenor, en su miedo por ver cómo pasaban los años sin que mi madre apareciera. Pensé en las lágrimas que se le escapaban a Lyn, en Tared y la luz que fulgía a su alrededor...

Y el pesar del saco se me vino encima.

No era mío y, sin embargo, lo era. De algún modo, me resultaba familiar aquella angustia que parecía brotar de la médula de mis huesos y rezumar en cada fibra de mi ser. Distinguí una docena de matices del dolor en el primer instante: el gélido mordisco de la culpa y el peso sofocante del desamor, la amargura del deseo de lo que podría haber sido y nunca llegó a ser, la espiral interminable del reproche a uno mismo... De repente, las sombras del alma de Creon pasaron a formar parte de la mía en una maraña de recuerdos bañados en sangre. Los largos años de la vida de Agenor me oprimían los hombros al cobrar conciencia del mundo que había perdido y que nunca volvería a ver. Reconocí las heridas del corazón de Lyn, las llamaradas ardientes del vínculo del amor de Tared, el vacío anhelante de la vida que deberían haber pasado juntos...

Y, bajo mi palma, la áspera tela cedió ligeramente.

Fue una pizca de suavidad en lo que antes parecía acero; pero había sido un movimiento, y se me cortó la respiración cuando apreté más los dedos. No había esperado conseguir ni siquiera eso, y menos a aquellas alturas. Esta era la parte fácil: comprender a la gente a la que ya quería.

¿Cómo narices empatizaba Zera con personas a las que quería ver muertas?

La leve suavidad bajo mis dedos se endureció. «Maldita sea», me dije. Tal vez no fuera buena idea empezar por ahí. Respiré hondo y pensé en Valdora de la casa de Svirla, aquella mujer álfar de labios finos y expresión avinagrada cuya cruzada personal parecía ser contradecir cada palabra que yo dijera en la sala del Consejo. Una adversaria a la que no quería ni mucho menos ver muerta; me contentaba con que cerrara el pico de vez en cuando.

Pero si dejaba de enfadarme e intentaba comprenderla... Era la matriarca de una casa poderosa, responsable de varias docenas de álfar cuya seguridad dependía de sus decisiones. Había visto caer a una familia antaño orgullosa e independiente hasta convertirse en rebeldes en la clandestinidad, había sobrevivido a siglos de guerras y al infierno de la Batalla Final, ¿y de pronto una mocosa testaruda de veintiún años le decía cómo salvar el mundo?

Reconocí su matiz particular de pesar en el instante en que me inundó, como si mi chispazo de empatía hubiera sido la única invitación necesaria: la ausencia dolorosa del padre al que había perdido, la carga de una casa a la que sentía que jamás podría hacer justicia, la preocupación por el futuro que la mantenía despierta por las noches.

Ay, por todos los dioses... Le juré al saco que jamás volvería a soltarle una grosería en la sala del Consejo.

El saco cedió otro ápice.

Animada, pensé en Thysandra: la fría y estoica Thysandra, con su lealtad casi inquebrantable al imperio fae y a la Madre. ¿Había conocido alguna vez algo que no fueran la intriga y las puñaladas por la espalda de la Corte Carmesí? ¿Acaso no era lógico que se aferrara a la estabilidad, aunque fuera una Alta Dama asesina que aterrorizaba al mundo?

Y entonces sentí cómo surgía con una timidez medrosa: el pesar callado de Thysandra, la sensación de ser ignorada e infravalorada, de tener que pelear por cada palabra de reconocimiento. Su dolor se convirtió en mi dolor, mientras me invadían los recuerdos mezclados con magia, y el saco se movió ligeramente cuando tiré: se desplazó apenas un par de centímetros sobre el suelo de madera.

Ophion... Reprimí una punzada de aversión gélida ante el recuerdo de su sonrisa sibilina y sus despiadados ojos verdes. Era demasiado fácil odiarlo. Sí, era un asesino sanguinario, pero... había matado a su propia familia. ¿Realmente había alguien, por ambicioso que fuera, capaz de masacrar a su propia familia sin sentir la menor emoción? ¿O acaso esa arrogancia jactanciosa era pura obstinación, deseo de convencer no solo a los demás, sino también a sí mismo, de que el sacrificio había valido la pena?

Ese pensamiento fue todo lo que necesité.

El pesar de Ophion no surgió tímidamente. Me atravesó como una cuchilla el corazón y trajo consigo una oleada de agonía, las heridas de docenas, si no cientos, de fae a los que quería ver muertos. Me invadió el sufrimiento en un amasijo de imágenes escalofriantes. Yo era la hoja que cortaba la garganta de mi propio padre. Era el llanto de un niño moribundo. Yo era la mirada recelosa por encima del hombro, el olor extraño del vino que me entregaba un enemigo, la mentira descarada que incriminaba al inocente... Mi propio cuerpo dejó de existir. Me convertí en los temores de una corte intrigante, en las sonrisas hipócritas, los asesinatos desesperados y la escalofriante soledad de esa vida al servicio de la muerte, una soledad que se infiltraba hasta la médula.

Pero lo entendía. Por todos los dioses, lo hacía.

Ya no había forma de detener aquel torrente de dolor con el que no podía evitar empatizar. Rodeé el saco de Zera con los brazos y se movió, no lo bastante como para poder levantarlo, pero sí para apoyarlo contra mi hombro y prepararme para lo siguiente. Porque si había sido capaz de comprender a Ophion, podría entender a la Madre. Comprender esa rabia gélida por la muerte de su primogénito y su furia contra cada maldita persona que se interpusiera entre ella y la sangrienta venganza...

Su dolor hueco se unió a la cacofonía de emociones: era un sufrimiento cegador que lo eclipsaba todo, salvo el ansia de atacar y provocar más daño, más dolor que compensara el suyo.

Me dolía el corazón. Me dolía la espalda. Mi cara estaba empapada por las lágrimas. Intenté ponerme en pie y el saco casi cedió, pero se resistió al último tirón con el que quise separarlo del suelo... Quedaba un último peso. Las últimas personas del mundo a las que quería entender.

Pero tenía que hacerlo.

Indagué más.

Y entonces fui Valter y Editta, y mis propios recuerdos se volvieron del revés al ver mi infancia a través de sus ojos. Sentí el miedo oprimiendo el pecho de Valter mientras me gritaba por haber vuelto a perder el control de mis poderes. Sentí el dolor crudo de

Editta al ver a su milagrosa hija convertirse en otra amenaza, sentí la frialdad de la impotencia que se filtraba en sus palabras, sentí cómo evitaba mis ojos llorosos por no perder la compostura ante una niña que suponía un problema, uno que no podía permitirse amar.

Algo frágil se rompió dentro de mí.

No quería entenderlos. No quería darles una excusa para sus reproches, sus silencios, para el pánico que aún encharcaba mis venas. Pero sus miedos hablaban por ellos, y cuando intenté levantarme de nuevo...

El saco de Zera se separó del suelo.

Era un peso insoportable, que me reducía a una insignificante mota de polvo en un vacío frío, oscuro y doloroso. Respirar era un suplicio, y cada bocanada de aire hería como un ácido. Se me habían entumecido los brazos. Las rodillas me temblaban tan violentamente que chocaban entre sí. Pero me mantuve en pie, sostuve el pesar del mundo apretado contra mi pecho y no sucumbí a la interminable avalancha de dolor que me machacaba el corazón. Me mantuve en pie, me sostuve, me...

—Emelin —dijo una voz detrás de mí.

Tenía los ojos cerrados. No me había dado cuenta de la presencia de Zera. Intenté abrirlos, pero fui incapaz de identificar qué músculos necesitaba para hacer ese movimiento. No pude reunir las fuerzas. Llovía sobre mí un pesar helado, muerte y hambre, destrucción y desamor. Me sostenía en pie, pero solo los dioses sabían cómo; no sentía mis propios pies.

Mi cuerpo era una cáscara vacía. El mundo seguía sufriendo.

—Emelin. —Era tan serena, esa voz... Como una canción de cuna. Como una cama con las sábanas estiradas que me susurraba que me tumbara en ella—. Ya basta. Has cargado suficiente. Suéltalo.

¿Soltarlo?

Mis brazos. Tenía que aflojar los brazos.

De alguna forma, no supe cómo, pude relajar algunos músculos. No los adecuados. El suelo me golpeó —o yo golpeé el suelo—. Se me doblaron las rodillas. Me acurruqué contra el saco, jadeando. Moría. La gente moría. Y lloraba, y gritaba, y...

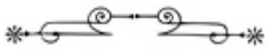
Unos dedos encallecidos me rodearon las muñecas y me separaron los brazos de la áspera arpillera. La suave voz se filtró de nuevo en mis oídos, más susurrante. Murmuraba palabras tranquilizadoras que no entendía, tarareaba una melodía que no conocía..., pero los gritos de mi cabeza se apagaron y volví a ser consciente de mi propio cuerpo. La piel húmeda. El roce de la ropa. El nuevo moratón de mi cadera.

El saco había desaparecido, al igual que el pesar.

−Duerme. −La palabra reverberó en mi mente exhausta, en un extraño lenguaje divino imbuido de un poder imposible de resistir. Un último reducto de mi conciencia intentó oponer resistencia, pero mis pensamientos se sometieron rendidos a la bendita promesa del silencio y la paz−. Duerme, Emelin.

Dejé de luchar.

Y dormí.



La luz del sol me acarició los párpados.

Me revolví contra algo blando: un almohadón bajo la cabeza, deduje, que notaba pesada. Estaba arropada en un edredón mullido, remetido bajo mi cuerpo. Un aroma de jengibre flotaba en el aire y me cosquilleó la nariz mientras me despabilaba.

Sentía cada centímetro de mi cuerpo extenuado, consumido, aplastado: un agotamiento impotente, como si hubiera estado nadando demasiado tiempo y me hubieran salvado justo antes de que me ahogara.

Intenté hablar, pero tenía la boca tan seca como la arena del desierto. Un gemido patético fue el único sonido que brotó de mis labios.

Pero a mi lado sonó una risilla, y una voz vagamente familiar dijo:

−Buenos días, querida.

Zera.

Mi cerebro conectó bruscamente la voz con el nombre. Me incorporé, o más bien lo intenté, porque se me resbalaron los codos en las mantas. Mis músculos carecían de fuerza para soportar mi

peso. Cuando abrí los ojos, el mundo era un mosaico de formas deslumbrantes. La luz del sol entraba por un ventanuco estrecho, bañando la madera clara de las paredes y la cama en la que yacía. Había un armario, una alfombra de lana, una mesilla donde humeaba una taza de té de jengibre.

Y en la silla, junto a la cama, estaba sentada una diosa con un largo camisón blanco, una manta echada por los hombros y el pelo recogido en una despeinada trenza gris.

Los recuerdos regresaron como una avalancha. El saco. El pesar. La voz que me sacó del abismo de la insoportable empatía cuando yo ya no era capaz. Y lo más desconcertante de todo, que continuaba pesando en mi pecho como un lingote de plomo: la comprensión de lo que había sentido y ya nunca podría dejar de sentir. La frágil y defectuosa humanidad de todas y cada una de las personas que había querido ver muertas.

Miré fijamente a Zera, que bajó alegremente su propia taza y dijo:

—Empezaba a temer que no te despertaras hasta el anochecer.

—Yo... —Intenté incorporarme de nuevo, con un poco más de éxito, mientras las últimas piezas del rompecabezas terminaban de encajar—. Te desperté.

—Me despertó la sensación repentina de una paz dichosa —me corrigió y, aunque curvó los labios en una sonrisa, sus ojos no la acompañaron—. Y deberías dar gracias. Si no te hubiera liberado cuando lo hice, habrías muerto unos instantes después.

Parpadeé.

—Como ya te dije —añadió, sin el menor atisbo de un triunfal «te lo advertí»—, es muy pesado.

—Habría... ¿muerto? —repetí sin comprender del todo.

—Sí, querida. —De nuevo esa alegre sonrisa—. Tuviste una idea monumentalmente estúpida, he de decirlo. Aunque, por supuesto, debería habértelo advertido. Si hubiera tenido la más mínima sospecha de que realmente podrías ser capaz de levantar ese maldito saco...

Su voz se apagó. Extrañamente, en su rostro no había ni un atisbo de sonrisa.

–Yo... solo quería ponerme a prueba –murmuré roncamente, atropellándome con las palabras–. No pretendía demostrar que estabais equivocada, solo quería saber si debía rendirme. No pretendía...

–Lo sé, Emelin. Lo sé. –Suspiró y señaló con la cabeza la taza de té que había sobre la mesilla–. Bebe algo. Respira hondo unas cuantas veces. Ya has tenido suficientes emociones.

Me incorporé apoyando los hombros en el cabecero de la cama y levanté con cautela la pesada taza de barro. El té abrasaba, y no me atreví a beber más que un pequeño sorbo.

–Al margen de lo estúpido que fue –dijo finalmente Zera, con la mirada perdida en dirección a la ventana–, me alegro de que no te rindieras.

Estuve a punto de derramar la taza de té.

–¿Qué?

–Bueno... –Había algo forzado en su tono de despreocupación–. Si lo hubieras hecho, podría haberme pasado otros cinco siglos viéndolo todo a través del prisma de mis propios miedos, y habría sido una lástima, ¿no?

La miré fijamente.

–Y sé que no intentabas demostrar que me equivocaba. En ese caso, no habrías sido capaz de levantar el saco. –Se inclinó para dejar el té en el suelo, se levantó de la silla y se dirigió a la ventana con pasos cortos y medidos–. Pero me lo has demostrado, querida. Se puede pecar por exceso de precaución, y yo había cruzado esa línea. Estoy contenta de que hayas sido lo bastante testaruda como para hacérmelo ver.

¿Contenta?

... ¿Contenta?

Ya no sentía mis miembros agotados; estaba demasiado centrada en seguir las palabras de Zera sin conseguirlo. Todo estaba pasando demasiado rápido. Había cometido una estupidez descomunal. Podría haber muerto y, sin embargo...

–¿Qué? –balbuceé.

–Levantar ese saco requiere una empatía fuera de lo común –explicó Zera, volviéndose en redondo. Se acomodó en el alféizar de

la ventana bañada por el sol y apoyó la cabeza contra el cristal–. Y una buena dosis de abnegación. Achlys y Melinoë jamás contaron con esas cualidades, por si no había quedado suficientemente claro.

¿Estaba... estaba haciéndome una oferta? ¿Estaba diciendo que la había convencido? Intenté encontrar algo sensato que decir en el silencio que se hizo, pero fracasé estrepitosamente. Terminé conformándome con un socorrido lugar común:

–Vaya...

Zera cerró los ojos y, por un instante efímero, aparentó tener su insondable edad: su cuerpo delgado y frágil bajo el holgado lino del camisón, los hombros caídos por un peso que yo no había entendido hasta ese momento. Pero cuando levantó la vista, había una determinación en su mirada que no existía antes: sus pupilas parecían fijas en su objetivo, como una flecha bien apuntada.

–Bien. –Esa sola palabra quedó suspendida en el aire, como un mundo a punto de estrellarse y hacerse añicos–. ¿Todavía quieres saber lo de las ataduras?

No debería haber sido una pregunta y, sin embargo, lo fue, planteada con demasiada gravedad como para que me la tomara como una tomadura de pelo o una provocación. ¿Quería saberlo? Por supuesto que quería saberlo. No había sobrevivido a un dragón y a los caprichos del bosque para nada...

Pero Zera era consciente de eso. Y, aun así, me lo preguntaba.

Me eché hacia atrás, vacilante, con los labios entreabiertos, a punto de contestar. Hacía unas horas, esa misma imprudencia ciega a las advertencias de una diosa me había llevado al borde de la muerte. Si Zera consideraba necesario preguntar, a pesar de tener motivos para dar por sentada la respuesta, tal vez sería prudente que me lo pensara un instante.

–¿Por qué iba a cambiar de opinión? –pregunté con cautela.

Se limitó a enarcar una ceja, con la mirada fija en el lugar detrás de la puerta donde, sin duda, se encontraba el saco.

Cierto.

Por las decisiones. Por lo que había sentido. Porque aquel nuevo conocimiento, al igual que un nuevo poder, me complicaría la vida, que hasta el momento no había sido precisamente un camino de

rosas. Aferré la taza entre los dedos, aparté la mente de las ataduras y regresé al recuerdo que me pesaba de forma ineludible en el pecho.

Valter y Editta.

Solo pensar en ellos despertó el recuerdo de su miedo y su dolor. La sensación ya no era tan abrumadora sin el saco en brazos, pero su eco continuaba hiriéndome de forma cruel.

—Mis padres adoptivos... —dudé, apartando torpemente la taza. Difícilmente podía interesarle aquello a Zera y, sin embargo, mi mente se aferraba al tema con una fiereza abrumadora, desbancando incluso el asunto de las ataduras—. Tenían sus razones, ¿no?

Zera suspiró y volvió la cabeza hacia el exterior.

—Sí.

—Estaban asustados. —No estaba segura de si me gustaba contar con esa nueva lucidez, que no era una simple comprensión racional sino experiencia en estado puro, una explicación tan vívida que se convertía en justificación. ¿Podía seguir siendo su víctima, si ellos no eran los verdugos?—. No... no querían hacerme daño.

—No. —Se quedó quieta como una estatua. Solo movía los dedos huesudos, que no paraban de juguetear con nerviosismo con su larga trenza gris—. Pero eso no los vuelve inofensivos, por supuesto.

Cerré la boca y tragué saliva de forma audible.

—Hay algo que tienes que entender —continuó en voz baja, volviéndose hacia mí. Sus ojos eran pozos de eternidad, oscuros y rebosantes de un conocimiento que iba mucho más allá de mi imaginación—. Es esencial para comprender el mundo, una vez lo has visto así: que la gente tenga sus razones no significa que tenga razón. Es fácil tener razones. Alcanzar la sabiduría es el verdadero desafío.

—Como la Madre —dije con un hilo de voz—. Que tiene sus razones, pero...

—Pero eligió el camino equivocado. Sí. —Soltó una breve risa amarga—. Cuando alguien termina por destrozar a sus hijos vivos con tal de vengar a los muertos, te aseguro que no tiene salvación.

Creon... Se me cerró la garganta de forma repentina y violenta.

—Sí.

—Y del mismo modo, no tienes que disculpar las decisiones de Valter y Editta simplemente porque entiendas por qué las tomaron. —Se ajustó la manta parda a los hombros—. Estaban superados por las circunstancias, por supuesto, y lo siento por ellos. Pero, aun así, obraron mal, y tú sufriste por ello. La empatía y la rabia pueden coexistir.

—Sí —repetí, sin saber qué otra cosa decir. Notaba el pecho oprimido, como si quisiera impedir que me invadiera el alivio que empezaba a inundarme por dentro—. Gracias.

—De nada —dijo ella, con una larga exhalación cercana a un suspiro—. Pero comprenderlo no te va a allanar el camino, querida. Seguirás haciendo daño a personas que quizá no quieras herir.

Y cuanto más poder, más daño podría infligir... Me estaba empezando a marear. ¿Confiaba lo bastante en mí misma como para tomar esas decisiones?

Por otra parte...

—Si no obtengo ese poder —dije, y mi voz salió sorprendentemente clara—, ¿hay alguna otra forma de que podamos romper las ataduras? ¿Se revertirá la magia si matamos a la Madre?

—No lo sé. —Su sonrisa triste delataba que sabía a qué conclusión iba a llegar, que no le gustaba y, aun así, no deseaba mentirme—. No soy una experta en la magia de las ataduras. Solo conozco las bases.

Lo que significaba que esa podría ser nuestra única oportunidad de romperlas, de restaurar la fertilidad de todas las mujeres mágicas del archipiélago, de recuperar los recuerdos de Agenor, de oír la voz de Creon... El mareo remitió. La duda se solidificó en una resolución férrea, en la única conclusión posible: no estaba dispuesta a pagar aquel precio.

Lo que me costaría aquella decisión... Ya lo averiguaría, y tal vez muy pronto. Pero las malditas ataduras tenían que desaparecer, y estaba a mi alcance romperlas.

Así que dije:

—Enséñame. Por favor.

Y con un último suspiro, apretando los labios, Zera asintió.



Capítulo 20

Incluso las gallinas estaban inquietas cuando salimos al jardín, y a mí me temblaban las rodillas a pesar de las cinco rebanadas de pan que había devorado después de lograr levantarme de la cama de Zera. El saco de los pesares volvía a encontrarse seguro en las huesudas manos de la diosa. Aun así, notaba mis sentidos más agudos y afilados, como si el mundo se hubiera vuelto más brillante, más ruidoso, más áspero a mi alrededor: la luz del sol era como una daga contra mis ojos; la fragancia de los cerezos en flor, un perfume asfixiante; el susurro de la brisa contra los árboles, un trueno retumbante. Volvía a llevar mi cómodo vestido, y la hierba que rozaba mis piernas desnudas parecía tan áspera como la lengua de un gato.

Como si todo mi ser fuera una herida recién cicatrizada, sensible al más leve roce.

Zera caminaba delante de mí, y la notaba más cerca del nerviosismo que nunca.

—No estoy segura de que vaya a funcionar —repitió por quinta vez mientras me guiaba bajo las ramas de los sauces hacia un lado de la

isla que aún no conocía–. No he intentado nada parecido desde que perdí mis poderes. Sinceramente, diría que es imposible si no fuera por...

Vaciló y agarró el saco con más fuerza, como si temiera que se le escapara de los dedos. Por reflejo, me adelanté un paso para ayudarla; pero en cuanto caí en la cuenta de lo que estaba haciendo, aparté las manos con un estremecimiento helado.

«Habrías muerto». Si apenas era capaz de soportar la luz del sol, aquel no era el momento de poner un solo dedo en ese saco.

–... si no fuera por Korok y su estupidez –continuó Zera tercamente, avanzando a trompicones y alzando la voz para contrarrestar aquel instante involuntario de fragilidad–. Consiguió enseñar esta magia a Achlys y Melinoë a pesar de que él mismo jamás tuvo magia de color, así que puede que no importe que yo no tenga magia alguna. Mientras sea capaz de despertar esos poderes en ti...

No terminó la frase. Jadeando, arrastró el saco por la última curva del estrecho sendero y la dejó en la hierba con un hondo suspiro.

–Bien –dijo, y detecté un matiz de alivio en su voz–. Vamos allá.

La seguí, pisando con sumo cuidado para no magullarme los dedos de los pies con las botas, rígidas y ásperas en contacto con mi piel hipersensible. Y al doblar la curva...

Al principio pensé que me encontraba bajo una pérgola, pero luego me di cuenta de que el techo que cubría el pequeño claro estaba formado por ramas de sauce trenzadas que creaban una pequeña cúpula de fronda, un escudo para proteger lo que crecía debajo: una única planta en flor que se elevaba en el centro.

Sus flores, con forma de bulbo, eran de un azul cristalino: cinco pétalos enroscados que protegían un cáliz vulnerable. Solo cuando me acerqué un poco pude ver las venas que brillaban en el azul. Eran más finas que el hilo de una telaraña, pero indudablemente doradas: un oro inquietante que palpitaba y que reconocí en un abrir y cerrar de ojos.

Lo había visto antes en un estanque pentagonal, lanzando extraños destellos de luz contra las paredes de mosaico del monumento subterráneo de Etele.

Busqué con la mirada las raíces de la planta. La tierra a su alrededor parecía extrañamente seca, pero unas pequeñas gotas de oro se adherían a las hojas más bajas y al tallo, como pintura resquebrajada.

—¿Sangre? —exhalé sin aliento—. ¿La habéis regado con vuestra sangre?

—Es una forma útil de concentrar el poco poder que me queda —dijo Zera, con un toque de diversión en su voz grave—. Y, en esta ocasión, es un método más agradable de consagrarte. Pero si prefieres beberla directamente de mis venas, dímelo. Korok afirmaba que la magia era más efectiva de ese modo.

Parpadeé, sin saber cuál de las inquietantes ideas que me cruzaban la mente debía ser la primera en salir de mis labios.

—¿Se necesita beber sangre divina para ser consagrada?

—Ajá. —No parecía en absoluto perturbada.

—Maldición. —Miré la planta e hice una mueca—. Estáis diciendo que Agenor bebió la sangre de Korok.

—No sería ni de lejos lo más disparatado que ha hecho en su vida —replicó Zera con ironía, alisándose la túnica de lino sobre las caderas angulosas—. Aunque sin duda él te dirá que fue una ceremonia de lo más digna y honorable. ¿Puedes apartarte un poco, querida? Gracias.

Me hice a un lado con un estremecimiento, y Zera se arrodilló junto a la planta y le arrancó con delicadeza una de las grandes flores carnosas. La corola azul se abrió al instante en la palma de la diosa y mostró un cáliz moteado de blanco y oro.

—La última vez que vi sangre divina —murmuré, tragando saliva—, hizo volar por los aires a medio ejército.

La risita de Zera fue despreocupada.

—No he maldecido estas flores, si es eso lo que te preocupa. Nuestra sangre no es intrínsecamente maliciosa.

Miré los pétalos con suspicacia mientras los arrancaba del cáliz. No parecían malvados, era cierto, y nada explotó..., pero era difícil apartar de mi cabeza la terrible destrucción provocada por aquel diminuto frasco de sangre de Etele.

Zera se volvió hacia mí, fingiendo que no notaba mi recelo, y depositó dos pétalos en mi mano.

—Cómetelos.

—¿Así...? —Mi corazón brincó en mi pecho como un cabritillo al ver un prado por primera vez—. ¿Así, sin más?

Ella asintió. Eché un último vistazo a los delicados pétalos, me dije que era mejor que chuparle la sangre directamente de las venas y me los metí en la boca sin más ceremonia. Tenían un gusto curiosamente dulce, en absoluto metálico como el de la sangre. Al masticarlos, en mi boca estalló un sabor a miel que trajo consigo un calor inesperado, como el de la comida muy especiada. Noté un hormigueo mientras bajaban por mi garganta y trazaban una lenta línea hasta el estómago.

El calor se derramó por mis extremidades y se extendió con un rubor rosado. Mis rodillas dejaron de temblar. Los latidos de mi corazón se ralentizaron. La luz del sol y el susurro de las hojas se suavizaron y se convirtieron en ruido de fondo, en lugar de atacar mis sentidos vulnerables.

—Bien —musitó Zera—. Al menos, mi sangre sigue haciendo lo que se supone que debe hacer.

Levanté la vista y me quedé helada.

Atrás quedaban los amables ojos verdes y el rostro curtido por el sol, el cuerpo frágil y las extremidades huesudas. La criatura que tenía ante mí era un torbellino de poder, metro y medio de pura fuerza arremolinada; seguía teniendo forma humana, sí, pero no había nada mortal en el vertiginoso juego de luces que componía su figura. Era una tormenta de magia apenas contenida por la piel y los huesos. Si era así habiendo perdido el poder que había tenido antaño...

Se me secó la garganta. Parpadeé, incapaz de apartar la vista. Hasta ese momento no había entendido el verdadero significado de la divinidad, de una magia capaz de desgarrar mundos, de una mente que comprendía los secretos del universo.

—Ah, sí. —Incluso su voz sonaba distinta, profunda y resonante como el rugido del viento. Aun así, conservaba un matiz de diversión: un pequeño rescoldo de humanidad—. Me había olvidado

de eso. Se te pasará. Mejor siéntate, querida, esto puede provocar mareo.

No necesité que insistiera y me derrumbé sin aliento. Zera se acomodó a mi lado y me tendió la ardiente chispa de luz que era su mano; sus dedos centelleantes me hicieron un gesto para que la agarrara.

—Esto... —balbuceé, escrutando la materia sobrenatural de su cuerpo con suspicacia—. ¿Es seguro?

Su risa hizo vibrar el aire a mi alrededor.

—No fui yo quien estuvo a punto de matarte la última vez.

No le faltaba razón. Rodeé sus dedos con los míos y descubrí que su figura bañada de luz era más sólida de lo que esperaba. Me apretó con esa firmeza tranquilizante suya y, por un instante, la silueta de puro poder materializado en un cuerpo me pareció un poco menos intimidante.

—Muy bien. —Si todavía estaba tensa, su voz lo ocultaba a la perfección—. Ahora necesito que me escuches atentamente y repitas lo que te diga. No las palabras que entiendas, sino los sonidos que pronuncie. ¿Está claro?

Tragué saliva, pero asentí con el pecho oprimido. Aquel extraño lenguaje divino que latía bajo las palabras que yo había comprendido sin esfuerzo desde el primer momento... Me costaba muchísimo ahondar bajo la superficie de lo que entendía e identificar los sonidos extraños que pronunciaba realmente. Además, la visión de mi mano menuda atrapada en aquellos dedos de luz divina me mareaba, lo cual no mejoraba precisamente mi habilidad de recitar nada.

—Bueno —dijo Zera. Pero no dijo «bueno», sino *ikaz*, y una vez que descifré el verdadero sonido de la palabra, fui incapaz de entender cómo había podido percibirla como «bueno».

Pronunció el juramento lentamente, dos o tres palabras y una pausa, concediendo a mis labios el tiempo necesario para orientarse en esa lengua extraña. Cuando yo pronunciaba las palabras, carecían por completo de sentido para mis oídos. Solo captaba retazos cuando las decía Zera, pero era imposible concentrarse en el significado mientras me esforzaba por escuchar atentamente el

sonido real de cada sílaba. Decía: Lealtad. Servicio. Eternamente. Pacto.

Magia.

La lengua casi se me hizo un nudo al pronunciar esa palabra, pero me obligué a decirla, y el cálido rubor de mi piel se replegó bruscamente hacia dentro, solidificándose en un pequeño núcleo en ebullición de algo... nuevo, situado justo en mi vientre.

¿Estaba funcionando?

Las últimas palabras me parecieron eternas. Me sentía incapaz de mantenerme quieta y repetir el final del juramento de Zera. En cuanto me soltó la mano, mis dedos volaron hacia mi pecho y palparon esa nueva sensación de calor justo bajo las últimas costillas. Era algo nuevo y, sin embargo, formaba parte de mí, lo reconocía: había estado siempre ahí, dormido bajo mi piel, inadvertido.

—Puedes sentirlo —dijo Zera con voz fatigada.

—Yo... eso creo. —Cuando levanté la vista, había recuperado la forma humana, pero ya no me parecía una abuelita; sabía lo que había debajo—. ¿Qué se supone que debo sentir, exactamente?

—Poder. —Se incorporó con una agilidad que nunca le había visto y me indicó con la cabeza que la siguiera—. Ven. Probemos.

Me levanté a toda prisa, pero Zera iba muy por delante de mí, avanzando a toda velocidad con el saco de los pesares como si su vida dependiera de ello.

—La interpretación fae de la magia de color es bastante limitada, ¿sabes?

Me obligué a centrarme en la teoría mágica, pero me costó un gran esfuerzo tras el vendaval de acontecimientos.

—¿En qué sentido?

—Lo basan todo en el matiz. La magia de Etele no se limitaba estrictamente al color, sino más bien al concepto más amplio de la luz, las superficies y las apariencias externas que vemos. Una vez... —Se interrumpió cuando el saco se quedó atascado con una raíz rebelde, pero la madera nudosa se deslizó obedientemente hacia la tierra en cuanto la miró con severidad—. Una vez que miras más allá

de los poderes obvios del matiz, surgen posibilidades mucho más interesantes.

—Ya veo —dije, lo cual era, en el mejor de los casos, una afirmación optimista, y en el peor, una mentira descarada. Cada instante que pasaba me iba sumiendo más y más en las arenas movedizas del desconcierto—. ¿Podríais darme algún ejemplo concreto de...?

—Reflejo de la luz —me cortó con una urgencia inusitada—. A fin de cuentas, el color no es más que un reflejo de la luz...

—Claro —dije débilmente.

—... pero también lo son la textura y el brillo y un montón de factores, que conducen a lo que Etele nunca enseñó a los tuyos. Lisura para la mente. Suavidad para el movimiento. Iridiscencia para la magia.

—Esperad. —Solo en ese instante empecé a encajar lo que me estaba diciendo—. Decís que hay más colores. Diferentes colores. Cosas que no son colores, pero...

—Podríamos llamarlo «magia de superficie», en lugar de magia de color —replicó Zera sin darse la vuelta—. Y así, el color solo sería una de las muchas propiedades de una superficie de las que puedes extraer poder. ¿Te aclara algo?

Un poco, no demasiado, pero algo. Contemplé el mundo que me rodeaba, los sauces y la cabaña al final del camino, impregnados de los colores que estaba acostumbrada a clasificar sin pensar.

Solo eran un reflejo de la luz.

Como los rayos de sol que fulguraban sobre las hojas perladas de rocío. El suave resplandor en los pétalos de las flores. Los surcos sombríos de la corteza de los árboles. Pestañeé una y otra vez, fijándome en detalles a los que nunca había prestado atención.

«Suavidad para el movimiento».

La Madre había movido unas pesadas cadenas de hierro con su magia cuando colgó a Creon de las alas en el salón de huesos. Me detuve en seco al caer en la cuenta, con una sensación cercana a la náusea.

—Sus cojines. —Mi voz se había vuelto áspera—. La Madre tiene un montón de seda y terciopelo en el trono. ¿Lo usa para hacer magia?

¿Utiliza el... el brillo suave de la luz en su superficie?

—Muy bien, Emelin. Perfecto. —Zera dejó al fin el saco junto a la valla del jardín y se dio la vuelta, jadeando ligeramente—. Las superficies blandas, con un reflejo de luz difuso, permiten crear movimiento. Y al contrario: esa misma magia ata a los sirvientes humanos a la isla, restringiendo su movimiento.

—Pero... —Balbuceé. La luz parpadeó a mi alrededor y mis pensamientos parecieron imitarla, saltando de recuerdo en recuerdo más rápido de lo que podía seguirlos—. «Iridiscencia para la magia», dijisteis. ¿Es eso lo que la Madre usa para atar a la gente, entonces? La superficie de... de cosas como perlas, plumas, ópalos y...

—Sí —respondió lentamente—. Eso es una parte.

—¿Y la otra parte?

Suspiró.

—Lisura para la mente. Las superficies reflectantes, como el acero y la madera pulida, son fuentes de la magia mental, y también la necesitas. Las ataduras surten efecto cuando la magia se usa con la intención de hacer daño: ahí es donde entra en juego la mente.

Se me escapó una risa aturdida.

—Los dioses nos amparen...

—Lo estoy haciendo. —Había un matiz irónico en su sonrisa—. A ver si conseguimos que muevas algo. Debo de tener por ahí un pañuelo de terciopelo que llevo siglos sin usar... Sabía que algún día me sería útil.

Terciopelo... «Suavidad para el movimiento». Las palabras resonaron en mi cabeza como una canción de cuna mientras entraba en la cabaña detrás de la diosa, luchando por entender cada migaja de nueva información. Tenía que memorizarlo todo, recordar todas y cada una de sus palabras, porque ¿quién me las iba a repetir una vez que abandonara aquel lugar?

El pañuelo —antiguo, de terciopelo rojo vino— se encontraba en el fondo de un baúl lleno de mantas. Zera me explicó que podría intentarlo con otra tela cuando me lo puso en la mano, pero que, cuanto más brillante fuera, mejor, ¿y qué sentido tenía ponerme dificultades en mi primer intento?

Una buena pregunta; ya me parecía una tarea bastante intimidante de por sí.

Me quedé mirando el pañuelo, la forma en que se reflejaba el suave resplandor de la luz en los pliegues del terciopelo, y sentí que regresaba a aquellos primeros días en la Corte Carmesí, a todas las horas que había pasado destrozando piedras antes de aprender a controlar mis poderes. Ahora ni siquiera contaba con la ayuda de Creon. Estaba yo sola contra aquel trozo de tela, y de momento, el terciopelo me llevaba ventaja.

Francamente, me sentía de lo más patética.

Me acerqué a la ventana y extendí el pañuelo para que captara el máximo de luz solar. «Suavidad». La magia del color consistía en imaginar colores, ver vívidamente el tono y la saturación que necesitaba y liberarlos. ¿Podría hacer lo mismo con eso? Aislar la textura, ese brillo suave y difuso, y hacer que me obedeciera..., que se moviera.

Cerré los ojos. Pensé en el taller de la señora Matilda, en las muestras de terciopelo y de lana finamente tejida, en las superficies blandas bajo mis dedos. Pensé en la suave pelusa de los polluelos, en los capullos aterciopelados de los sauces grises, en el lustre mullido del musgo.

Un cosquilleo familiar despertó bajo los dedos de mi mano izquierda.

Dejé que la magia fluyera sin pensar, aferrándome a esa impresión de suavidad mientras estiraba la mano derecha hacia el primer objeto que me venía a la mente. Movimiento. Movimiento... Si lograba liberar el poder dormido bajo mi tacto, si pudiera tomar ese suave reflejo de luz y hacerlo mío...

La magia me atravesó como un latigazo.

Y con un estruendo que me hizo encogerme y chillar, algo reventó la ventana, espantando a las gallinas del exterior, que huyeron cacareando aterradas.

Abrí los ojos de golpe. El cristal se había hecho añicos. Los fragmentos yacían esparcidos en semicírculo sobre la hierba, alrededor del proyectil que había causado los estragos: una pesada

taza de barro, la de mi té matinal, que hacía unos instantes reposaba tranquilamente en la mesa.

Y en ese momento, estaba fuera.

Miré el pañuelo que tenía en la mano, que estaba extrañamente... deslucido. Seguía teniendo el mismo color rojo vino, pero había perdido la textura mullida y aterciopelada: la tela parecía tan plana como una hoja de un pergamino en blanco.

—Funciona. —La conclusión brotó de mis labios antes de que mi mente se hubiera hecho a la idea—. Funciona de verdad.

Zera no respondió. Cuando me giré hacia ella, estaba mirando la ventana rota con los ojos verdes húmedos y los labios temblorosos, como si estuviera esbozando una sonrisa o intentando desesperadamente contener las lágrimas.

—Menuda sorpresa —dijo en voz baja, levantando la vista para encontrarse con mi mirada—. Al parecer, aún no soy del todo inútil.

—No sois nada inútil. —Lancé a un lado el pañuelo arruinado y me derrumbé en la silla más cercana—. Estáis cargando con todos los malditos pesares del mundo. Enviáis vuestras palomas.

Suspiró y desvió la mirada.

—Sí.

—Y esto... Lo habéis cambiado todo. —Asentí mirándome las manos, incapaz de reprimir una risa entrecortada—. Si consigo romper las ataduras, la Madre habrá perdido su mejor baza. Realmente podríamos ganar. Deshacernos de ella y del imperio y... y...

Solo en ese momento me invadió la sensación de triunfo, no menos glorioso por haber llegado con retraso. Podía enfrentarme a aquella tirana, no solo como Emelin, la pequeña maga sin ataduras, sino como una maga consagrada: una verdadera amenaza, no solo una molestia a la que todavía no había conseguido aplastar. Demonios, podría sobrevivir a aquella guerra.

Otra carcajada brotó de mis labios y me levanté de un brinco, incapaz de controlar el estallido de energía que se extendía por mis miembros como un incendio. Solo tenía que practicar. Tenía que descifrar las malditas ataduras. Mente y magia... ¿Por dónde empezar?

–Sí –asintió Zera, y algo parecido a una sonrisa rozó su rostro–. Puede que ganes.

–¿Seguro que también puedo hacer magia mental, si soy capaz de crear movimiento? –Llegué a la puerta en dos zancadas, apoyé la mano izquierda en mi vestido y lancé una buena dosis de azul a la ventana rota. Se reparó casi por completo; solo quedaron unas grietas en el cristal que recordaban dónde se había hecho añicos–. Debería intentarlo. Bueno, quizá no debería experimentar con vos, no vaya a ser que os vuele la cabeza por accidente, pero...

–No vas a poseer a mis gallinas, querida –advirtió Zera secamente, siguiéndome hasta el jardín–. Ahí es donde pongo el límite. Si quieres experimentar, búscate unas cuantas víctimas y, por todo lo sagrado, empieza con poco. Eliminar un par de recuerdos es más que suficiente, en la mayoría de los casos.

–¿No...? –Me di la vuelta y parpadeé ante la luz del sol–. ¿No vais a enseñarme a hacer eso?

–¿Yo? –Soltó una risita–. Querida, sé tanto de magia fae como tú de astrología. Puedo indicarte cosas, darles un nombre, pero no me pidas que entienda cómo funcionan. Para eso necesitarás a otros.

La sensación de triunfo palideció. Otros... Lo cual significaba que tenía que marcharme de allí.

Obviamente, tendría que hacerlo tarde o temprano. Dioses míos, quería hacerlo: ni siquiera sabía si mis amigos se encontraban bien o si estaban muertos de preocupación. Pero marcharme significaba abandonar a Zera en aquella cabaña para el resto de la eternidad, aislada de cualquier otro ser viviente. Dejar la cómoda seguridad de aquella isla, aquel pequeño trozo del mundo donde no tenía que preocuparme de los aliados, de sus opiniones ni de la desagradable propaganda de la Madre.

–Claro –murmuré, con la mente muy lejos.

Suspiró, se metió entre las hileras de zanahorias y se agachó para arrancar algunas.

–Vamos a hacer la comida.

No dijo nada más, pero ambas sabíamos lo que implicaba: que sería la última.

Comimos pan tostado y zanahorias asadas bañadas en aceite de perejil, sin apenas hablar entre bocado y bocado. La cabeza me daba vueltas. El mundo me deslumbraba con sus destellos de luz y sus texturas, con toda aquella información nueva que debía tener en cuenta, los nuevos dones que había adquirido y necesitaba asimilar. «Todo saldrá bien», me dije. «Creon me ayudará». También Agenor. Lyn estaría emocionadísima desde el punto de vista académico y, sin duda, encontraría libros sobre los poderes de Etele. Tared me miraría con sorna y me diría que seguía teniendo prohibido usar la magia durante las sesiones de entrenamiento, y...

Una sonrisa se me había dibujado en los labios sin que me diera cuenta. Engullí el resto del almuerzo más rápido.

Después de cuatro días hablando sin parar, no me quedaban preguntas que hacer. Ni siquiera tenía que hacer el equipaje; había llegado sin nada más que las botas en las manos. Una vez recuperada la taza que había lanzado por la ventana y lavados nuestros platos, no quedaba más que el cómodo silencio de una charla concluida, de una puerta a punto de cerrarse de nuevo.

—Te acompaño hasta el agua —dijo Zera, con el saco de los pesares de nuevo en sus manos.

Intenté grabar en mi mente cada una de las imágenes que pasaban ante mis ojos mientras recorríamos la pequeña isla: los sauces que se mecían, la fragancia dulce y penetrante de las flores... Tal vez no tuviera una segunda oportunidad de ver aquello. Sí; podría intentar volver, por supuesto, hacerle a Zera promesas bonitas de que la visitaría cuando acabara la guerra... Pero si el bosque no me lo permitía, ¿qué sentido tendría?

Zera tenía que saberlo y, sin embargo, su sonrisa serena no vaciló cuando llegamos al lago cristalino. Se limitó a abrazarme, me advirtió por última vez que no me metiera en problemas y se volvió hacia el bosque sin esperar respuesta.

—¿Te importaría enviar a Emelin de vuelta al templo, querido?

Los altísimos árboles blancos gimieron y crujieron, y al otro lado del lago se abrió un roble nudoso como lo había hecho el árbol del templo. A medida que la grieta se abría más y más, distinguí muros

de mármol al otro lado, y las baldosas cubiertas de flores de la estancia que había abandonado cuatro noches atrás.

Cuatro noches, cuando los demás tenían pensado partir en cuestión de minutos.

La ansiedad me atenazó la garganta, más gélida que el agua del lago que empecé a vadear para alcanzar la otra orilla. La sala del templo continuaba idéntica tras el portal. No veía que nadie me hubiera dejado un mensaje. Ni siquiera señales de que alguien hubiera entrado a buscarme.

Se me aceleró el pulso a un ritmo vertiginoso. ¿Cuánto tiempo habría pasado, exactamente?

—Buena suerte, Emelin —dijo Zera detrás de mí con la voz ya apagada, como un jirón de niebla que empezara a disiparse—. Toma buenas decisiones.

Era más fácil decirlo que hacerlo... Pero cuando me di la vuelta para responder, metida hasta los muslos en el agua helada, la isla y su diosa habían desaparecido, y de la vasta extensión del lago solo quedaba un arroyo burbujeante.



Capítulo 21

No me consumí carbonizada en el momento en que atravesé el portal y aterricé en el suelo de mármol.

Lo que significaba que alguien seguía protegiendo el templo contra la plaga.

Con la respiración entrecortada, me puse en pie y me dirigí a la puerta de la sala. La galería que había más allá tenía el mismo aspecto que hacía cuatro días; las pesadas cortinas aún cubrían los nichos, las puertas de los oratorios seguían cerradas. El polvo se arremolinaba en la luz que entraba por las rendijas del techo. Una luz que venía del este, me percaté con un sobresalto. Había abandonado la isla de Zera a mediodía, pero aquella parte del mundo estaba anclada en la primera hora de la mañana.

Era temprano, sí, ¿pero de qué día?

Me calcé los pies empapados y eché a correr.

El templo que me rodeaba era el mismo que habíamos explorado durante días, el lugar donde Edored había estado a punto de morir, donde Creon me había tomado en brazos y me había llevado volando hasta una sala recóndita donde habíamos hecho el amor. Lo conocía y, sin embargo, nada me parecía igual mientras corría por el

laberinto de pasillos, con el aliento desgarrándome la garganta. Solo cuatro noches. Pero en cuatro noches había aprendido sobre dioses y bendiciones, había cargado con los pesares del mundo, y aquel lugar desierto había pasado de ser un misterio a convertirse en lo más comprensible del viaje.

Me sentía como si me hubiera adentrado en un extraño sueño febril y hubiera despertado como una persona diferente: consagrada, viva de milagro y mucho más adulta.

Finalmente, llegué a la gran puerta principal y salí al patio, con el corazón tan desbocado que me costaba respirar. Aquel era el momento en el que descubriría que todos se habían marchado sin mí, que habían ido a librar su guerra en Tolya al ver que yo no regresaba. O los encontraría al borde del colapso, después de cuatro noches sin dormir, furiosos conmigo por haber arruinado su alianza con las ninfas. O se habrían culpado mutuamente de mi desaparición, y los descubriría con cuchillos y espadas manchadas de sangre. O...

—¡Em! —exclamó la voz de Lyn—. ¡Por fin!

Me detuve en seco en el sendero de baldosas cubiertas de maleza, parpadeando ante la cegadora luz del sol matutino.

Allí estaban.

Los cinco se afanaban como abejas laboriosas: recogían mochilas, quemaban desperdicios, consultaban mapas y hacían todo lo necesario para preparar la partida. Naxi parecía muerta de nerviosismo. Tared, Lyn y Beyla mostraban una determinación sombría. Creon...

Levantó la cabeza cuando Lyn gritó mi nombre; estaba de rodillas, cerrando una mochila. Mis ojos se clavaron en los suyos y, durante un instante eterno, no vi nada más que aquellas pupilas inescrutables, nada más que el hombre que había imaginado aterrado y desesperado por la preocupación durante cuatro días... y que tenía un aspecto impecable, tentador y tan despreocupado e invencible como siempre. No descubrí ni el menor destello de alivio en su mirada.

Como si no me hubiera echado de menos ni un solo instante.

Lo miré fijamente, sintiéndome como una sonámbula que despertara en el lugar equivocado, en el momento equivocado.

¿No me había echado de menos?

Cuatro días. Cuatro noches. Había estado fuera todo ese tiempo, y sin embargo...

—¿Em? —repitió Lyn con tono preocupado—. ¿Te encuentras bien?

Creon se puso lentamente en pie y entrecerró los párpados cuando sus sentidos demoniacos se percataron de mi furioso desconcierto. Por el rabillo del ojo vi que los demás se volvían hacia mí, que dejaban los macutos y los mapas en el suelo, pero yo no conseguía apartar la vista de Creon: la relajada despreocupación de sus hombros musculosos, la curva indolente de sus alas... Su hermosa e impecable tranquilidad me inquietaba, casi me hería.

Cuatro noches.

Porque habían pasado cuatro noches, ¿verdad?

—¿Cuánto...? —Di dos pasos vacilantes hacia delante, y luego me lo pensé mejor. El suelo se balanceaba bajo mis pies—. ¿Cuánto tiempo he estado desaparecida?

Lyn parpadeó, como si hubiera empezado a hablarles en lengua fae.

—¿Cómo?

—¿Cuánto tiempo? —Se me rompió la voz—. Desde que entré en el templo, ¿cuánto tiempo...?

—Unos veinte minutos. —Lyn miró a Tared, que se encogió de hombros con una mueca de impotencia, como si indicara que no tenía nada que añadir—. ¿Qué pasa, Em? ¿Dónde te has mojado...?

Se me doblaron las rodillas.

Creon salió disparado hacia delante antes de que a Lyn le diera tiempo a gritar. Dos aletazos, y sus dedos callosos se cerraron en torno a mi codo, sosteniéndome antes de que me desplomara: dedos cálidos y fuertes, un contacto que irradiaba por mi piel y penetraba hasta la médula de mis huesos.

Una caricia que había echado de menos durante todas esas noches y, sin embargo..., para él habían pasado veinte minutos. Como un sueño febril. Como si me hubiera dormido bajo aquel árbol

y me hubiera inventado una historia de diosas y dragones, de cielos primaverales y palomas.

Pero mi vestido seguía mojado por el arroyo. El regusto a zanahorias y perejil permanecía en mi lengua. Y mi magia...

Mi magia.

Como por instinto, agarré el ala de Creon y apenas noté cómo se ponía rígida cuando mis yemas rozaron la sensible superficie aterciopelada. «Suavidad para el movimiento». Podía haberme vuelto loca, pero la magia no mentía. Si estaba consagrada, si había movido aquella taza, ¿no debería ser capaz de repetir el truco?

Sentí un hormigueo en los dedos. Moví la mano derecha sin pensar, apuntando a la mochila más cercana.

Con un ruido sordo, salió despedida tres metros y cayó de lado sobre la hierba.

Hubo un silencio ensordecedor.

—Es un tipo distinto de magia de color —murmuré. Mi lengua parecía moverse sola; las palabras brotaban sin orden ni concierto mientras me desmoronaba—. Tiene que ver con las superficies y con la luz, pero al principio no quiso decírmelo. Durante cuatro días. Pero el cielo estaba mal, porque el tiempo no es lineal en el bosque, y...

Creon me estrechó entre sus brazos, sin esperar a que terminara aquella frase confusa, y me llevó a un lado del patio. Su aroma almizclado me envolvió, y enmudecí bruscamente cuando mi cuerpo reconoció el consuelo tácito de su abrazo.

Estás a salvo. Estoy aquí. Moriré antes de permitir que nadie te haga daño.

Me desplomé contra su pecho. No podía hacer otra cosa.

—¿Bey? —decía Tared, en un tono demasiado práctico para mi mente hecha pedazos—. ¿Podríais tú y Naxi ir a echar un vistazo a Tolya? Os seguiremos lo antes posible. Avísanos si la situación se vuelve urgente.

No oí ninguna respuesta, pero cuando Creon me depositó en el porche de mármol del templo, ambas habían desaparecido. Balbuceé una disculpa, o tal vez otro intento de explicación. Las palabras se deshicieron como la papilla en mis labios.

Em. Creon se arrodilló ante mí, y sus ojos oscuros escudriñaron mi rostro con la mirada afilada de un soldado a punto de lanzarse a la batalla. *Respira.*

Tomé una bocanada de aire, y luego otra más. El pecho me ardía como si me estuviera abrasando por dentro. Lo que quería era acurrucarme entre sus brazos y enterrar la cara en su pecho hasta asimilar aquel sinsentido del espacio y el tiempo..., pero Lyn se acercó corriendo, con unos ojos que parecían a punto de saltársele de las cuencas, y Tared la seguía de cerca, con una cantimplora de cuero en la mano.

No se le veía muy contento.

Se me encendieron las alarmas, y la mano de Creon se detuvo a medio camino de mi rodilla. Sus alas se movieron ligeramente, ocultándonos de ojos indiscretos.

Cactus...

La expresión de agotamiento de sus ojos decía lo suficiente: ¿era realmente el momento de preocuparse por las opiniones de un álfar enfadado?

—Ya hemos hablado de esto —logré decir en un susurro ahogado. Hacía cinco noches, una eternidad para mí, pero para él debían de haber pasado tan solo unas horas—. No aquí. No ahora. Por favor.

Una sombra cruzó su rostro, pero asintió y plegó de nuevo el ala. De no haber sido por el leve tic de su afilada mandíbula, habría pensado que estaba de acuerdo conmigo. Pero aquel minúsculo indicio que rompía su pulida coraza de indiferencia contaba una historia totalmente distinta: me decía que estaba echando mano de todo su control para no estrecharme entre sus brazos, donde ambos sabíamos que era justo donde yo quería estar.

Tal vez había subestimado lo mucho que odiaba aquello: tener que comportarse como un asesino con el corazón duro como la piedra, cuando lo que yo necesitaba era todo lo contrario. La voz de Zera volvió a mi mente: «Al amor no le gusta que lo den por hecho...».

«¿Es eso lo que estoy haciendo?», estuve a punto de soltar. Las palabras me dolían en los labios en ese instante, cuando de repente volvía a tener ante mí al hombre que amaba. «¿Te estoy dando por

sentado? ¿Estoy poniendo a prueba tu devoción con mis estúpidos miedos?». Iba a contarle lo nuestro a Tared, de verdad. Pero no en ese momento, no cuando tenía esa mirada y sus ojos parecían cuchillas que se clavaban en Creon, no cuando quizá faltaban minutos para que libráramos una batalla.

No era el momento de dudas inoportunas. Cuando acabara la misión y pudiéramos volver al Subterráneo, habría tiempo para hablar.

Así que me tragué mis preguntas y dije:

—Estoy bien. —Era una mentira, pero, al menos, una constructiva. La sonrisa que le dirigí a Lyn era débil y vacilante, y no pareció tranquilizarla lo más mínimo—. Es que... es mucho que asimilar.

—Toma —dijo Tared, dejando la cantimplora de cuero en mi regazo antes de sentarse en el porche a mi lado—. Puede que te ayude. A menos que no hayas comido nada durante esos cuatro días, en cuyo caso el hidromiel no sería la mejor idea.

Solté una risita y quité el corcho. El penetrante olor a licor hizo que me lagrimearan los ojos, y el sorbo tentativo me abrasó la garganta como si fuera aceite hirviendo. Pero mis hombros se relajaron aunque mi estómago protestara, y parte del torbellino de mi mente se calmó ante aquel sabor fuerte y ardiente.

Le devolví la cantimplora y hundí la cara entre las manos, intentando averiguar por dónde empezar. «Casi me muero. Bebí la sangre de una diosa. Vi vuestros miedos y heridas más profundos, de todos y cada uno de vosotros».

Tal vez no por ahí.

—¿Deberíamos inferir que la has encontrado, Em? —preguntó Lyn con voz demasiado aguda—. ¿A Zera?

—Era el árbol que hay en el centro del templo. —No despegué la cara de las palmas de las manos; expresar cuatro días de recuerdos en frases comprensibles ya era suficiente desafío—. Se abrió y se convirtió en un portal que me llevó hasta ella. El bosque la oculta, ¿sabes? La mantiene con vida aunque haya perdido su magia, así que...

—¿Y qué decías del tiempo?

Hicieron falta tres intentos confusos para aclarar lo del tiempo, y varias preguntas cautelosas para sonsacarme el resto de la historia: las negativas, el saco, la magia divina... No hablé de las palomas. No mencioné nada de lo que Zera me había enseñado sobre mis propias motivaciones, sobre mis padres y sus errores, sobre elegir entre las personas a las que quieres. Solo uno escucharía esa parte de la historia: Creon, pero más tarde, cuando ya hubiéramos librado la batalla y estuviéramos a solas.

—¿Así que puedes... amarrar a la gente? —concluyó finalmente Lyn, y había una cautela en su voz infantil que me encogió el corazón. Zera no era la única a la que le incomodaba que ese poder se encontrara en manos de alguien, aunque fueran las mías.

—Técnicamente, sí —murmuré.

—Dioses míos. —Se apartó un rizo obstinado de los ojos—. Dioses míos... —repitió, ahora más jadeante.

—Bueno —dijo Tared, con una risilla que no terminaba de ocultar su estremecimiento—, es más o menos lo que pretendíamos, ¿no?

«Más o menos»... Salvo que ninguno de nosotros había sospechado que se necesitaría una magia tan poderosa para destruir las ataduras de la Madre. Miré a Creon, que no había signado nada, temiendo por un instante que su expresión estuviera teñida de esa misma reticencia.

Pero la sonrisa con la que me observaba, sentado con las piernas cruzadas sobre la hierba, más bien brillaba de... ¿orgullo?

—¿En qué estás pensando? —murmuré débilmente.

Se encogió de hombros, y su sonrisa se transformó en una expresión de satisfacción.

Me preguntaba si ahora me ganarías en un duelo.

Me quedé tan atónita que hasta se me olvidaron mis dudas.

—¿Cómo?

—¿De verdad crees que tu historial de invencibilidad es lo importante ahora mismo, Hytherion? —soltó Tared con aspereza; parte del veneno debía de proceder de haber sufrido una reciente derrota a manos de Creon. Para el álfar tenía que ser una herida muy fresca, del día anterior—. Estamos tratando con poderes con los que ninguno de nosotros ha tratado antes, y...

He tratado con poderes con los que nadie había tratado durante siglos, le interrumpió Creon encogiéndose de hombros. *Los dos os estáis preocupando por el problema equivocado. Si una maldita diosa le ha confiado esta magia a Em, ¿por qué dudáis de su decisión? Ni siquiera yo soy tan blasfemo.*

Se me escapó una carcajada ahogada. Aquello iba dirigido a Lyn y Tared, pero también a mí: «Deja de dudar de ti misma».

Funcionó absurdamente bien.

—¿Y lo importante entonces, en tu opinión —continuó Tared con tono ácido—, es cuánto disfrutarías batiéndote en duelo con una maga consagrada?

No. La sonrisa de Creon fue como una daga, lista para rebanar carne y músculos. *Lo importante es si vamos a mantener con vida a las ninfas de Tolya. O si conseguiremos entrar en la Corte Carmesí para destronar a la Madre. Lo cual sería mucho más fácil si el mago más poderoso de nuestro bando no estuviera sujeto a una atadura, por si necesitas que te lo recuerde.*

Tenía sentido —suficiente como para que incluso Tared refunfuñara unas palabras de acuerdo, a su pesar— y, sin embargo, dudaba de que Creon estuviera pensando precisamente en el bien mayor. Había demasiada diversión perversa en su sonrisa ante la idea de que yo lo venciera. Siglos de lidiar con poderes incomparables..., ¿y quién sabía lo que yo sería capaz de hacer?

Y así, la aprensión se convirtió en excitación, y el oscuro camino que tenía por delante se abrió en un reino de posibilidades inexploradas. Condenado Creon, con sus sentidos demoniacos... Una vez más, lo había conseguido.

—No estoy ni de lejos preparada para ganar ningún duelo —dije, enderezando los hombros mientras me giraba para mirar a Lyn y Tared. Era hora de emplear un poco de diplomacia—. O de atar o desatar a nadie, de hecho. Apenas he descubierto cómo mover las cosas, y nunca he intentado usar los otros dos tipos de magia porque Zera no me permitió intentar poseer a sus gallinas. Así que...

Tared soltó una risilla. Carente de humor, pero me di por contenta en esas circunstancias.

—Decepcionante.

–Oh, no te preocupes, Em –dijo Lyn, apartando sus preocupaciones invisibles con un valiente intento de sonrisa. Di gracias a los dioses–. Claro que te ayudaremos a resolverlo. Es solo que...

Solo que poseía los mismos poderes que le habían arrebatado su libertad, su fertilidad y la vida de sus amigos. Hice una mueca y dije:

–Lo sé.

–Sí. –Suspiró con un gemido, apartándose los rizos salvajes con los deditos rechonchos–. Y yo que pensaba que la mañana no podía ser más extraña... Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Crees que podrás luchar en Tolya, en este estado?

La pregunta habría sido más fácil de responder si hubiera tenido alguna noción de lo que nos esperaba: ¿sería una simple escaramuza o una batalla en toda regla, como aquella en la que habíamos sobrevivido por los pelos en la Corte Dorada? Miré a Creon y él enarcó una ceja, la pregunta evidente en aquel pequeño gesto.

¿Qué quería hacer yo?

–¿Vas a venir? –pregunté despacio.

Sus dedos marcados de cicatrices se tensaron un poco.

Depende de cuánto podamos permitirnos enfadar a las ninfas.

–Prefiero su cólera a su muerte –dijo Tared, y su voz ya no mostraba solo malhumor ni la fría aversión que llevaba meses gestándose. Había un ansia abierta de matar, contenida únicamente por un fino barniz de civilización y control–. Tu cara bonita puede hacer que perdamos Tolya, pero, si las ninfas sobreviven, al menos aún tendremos la oportunidad de movilizar al resto del mundo. Así que, si no consideras que está por debajo de tu dignidad molestarte en...

–Tared –gruñó Lyn, paseando la mirada de uno a otro.

Me preparé para la reacción explosiva de Creon, pero no se produjo: solo le dedicó una mirada de leve lástima a Tared y un encogimiento de hombros resignado hacia mí.

Parece que iré.

Respiré hondo y me permití echar una mirada a las partes del templo que nos rodeaban y al bosque que se extendía hacia el horizonte. Habíamos terminado allí. Yo había terminado. Y por

mucho que me costara hacerme a la idea..., ¿de verdad querría Zera que me quedara allí holgazaneando una semana, mientras una isla llena de ninfas inocentes estaba a punto de ser arrasada?

−Dadme un rato a ver si consigo controlar esta magia −murmuré, señalando la mochila caída−. ¿Una hora, tal vez? Entonces os acompañaré.

−De acuerdo. −Lyn se levantó de un salto, nerviosa−. Podemos esperar un poco; Beyla está pendiente de la situación. Tared, quiero ir a echar un vistazo a ese árbol, ¿me acompañas?

Parecía dispuesto a objetar; sin duda diría algo sobre Creon, sobre mi frágil estado y sobre el hecho de que aquel bastardo fae ya me había puesto las manos encima demasiadas veces aquella mañana. Pero Lyn frunció el ceño −«No empieces otra vez con esa mierda», decía aquella mirada− y el álfar se puso en pie sin nada más que una maldición ahogada y un movimiento de cabeza.

Vi cómo se alejaban en silencio, Tared a zancadas largas y tensas, Lyn dando brinquitos por encima de las ramas caídas y las rocas. Creon solo se movió cuando ambos hubieron desaparecido por la amplia puerta del templo. Me ofreció su mano izquierda mientras se ponía en pie con elegancia.

−Supongo que le pediste disculpas a Lyn −dije, agarrándole la mano.

Hizo una mueca, pero asintió mientras me ponía en pie.

−¿Qué te dijo?

Que me haría un nudo con las alas si volvía a intentar algo parecido, signó con ironía, *pero que me perdonaba por esta vez, por ti.*

Se me escapó una breve risa.

−Haberle dicho que se pusiera a la cola.

Lo hice. Le temblaron los labios. *Me portaré bien, Em. Se acabaron las cartitas estúpidas. Al fin y al cabo, no conviene enfadar a una maga consagrada.*

La chispa de diversión en sus ojos era inconfundible, pero algo mucho más profundo bullía bajo esa emoción: una satisfacción casi reverente, como si yo fuera la diosa de toda aquella historia. La

réplica que pensaba soltar murió en mi lengua bajo el peso de su mirada.

Me soltó la mano y me rodeó la cintura. Un calor dorado irradió a través de mí, un consuelo perfecto, una tentación ardiente. Tragué saliva, eché un vistazo a la puerta vacía del templo y jadeé:

—¿Y si Tared...?

Tared, articularon sus labios, *puede irse a la mierda.*

—Pero si aparece aquí de pronto...

Creon me rodeó la cintura con el brazo izquierdo, me estrechó contra su cuerpo y me acarició la mejilla con la mano libre. Su pulgar trazó una suave línea a lo largo del borde de mi labio inferior, y el aire escapó abruptamente de mis pulmones, llevándose consigo mis últimas objeciones. Me encomendé a los dioses al ver la forma en que su boca se entreabría en una lenta invitación...

Lyn sabía bien lo que hacía, ¿no? ¿Tared no regresaría en medio segundo?

—Te he echado de menos —me oí susurrar mientras echaba la cabeza hacia atrás y acercaba mis labios a los suyos—. Te he echado muchísimo de menos.

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios mientras me acariciaba la nuca.

Yo también te he echado de menos, Em.

Solté una risa jadeante.

—¿Para ti no ha pasado menos de media hora?

¿Y...?, dijo, y me besó.

Sus labios eran cálidos y maravillosamente suaves, y rodeaban los míos con una seguridad que hizo que olvidara las guerras y los problemas durante un largo y dichoso instante. Hundió los dedos en mi nuca, exigiendo que me rindiera, y la mano que me rodeaba la cintura descendió hasta clavarse en mis nalgas. Gemí, y sus alas se estremecieron.

«Bienvenida», decía ese beso. Y «estoy orgulloso de ti». Y «estoy maravillado ante ti». Y —con una claridad centelleante en sus pupilas cuando se separó— «pronto mantendremos ese duelo».

Ese duelo que quizá yo no perdería.

Exhalé una carcajada, apoyando ambas manos en su musculoso pecho para sostenerme.

−No te sientes nada intimidado, ¿eh?

Eres una hipócrita, cactus, signó irónicamente, separándose. *No finjas que alguna vez te has sentido realmente intimidada por mí.*

−Bueno... −Me mordí el labio, sopesándolo−. A veces dabas un poco de miedo. Al principio.

Enarcó una ceja.

¿Te refieres a esos días en los que no podías ni mirarme sin querer arrancarme la ropa?

−Se suponía que no debías darte cuenta de eso −dije, aspirando por la nariz con aire altivo−. Y nunca dije que ese miedo no fuera seductor.

Se rio entre dientes.

Ahí tienes tu respuesta.

Parpadeé. Me dio un último beso en la frente, me retiró las manos de su pecho y dio un paso atrás, indicándome con la cabeza que lo siguiera.

−No acabarás de sugerir que te doy un miedo seductor, ¿verdad? −dije, brincando tras él mientras se dirigía al montón de mochilas que había en el jardín del templo.

¿Por qué no?, me sonrió. *Pocas veces me he sentido tan fuera de mi elemento como cuando empezaste a exigirme que mejorase en esa cosa llamada comunicación. Fue absolutamente aterrador. Me entraban ganas de lamerte hasta hacerte gritar. ¿Qué clase de suavidad crees que requiere esa magia de movimiento tuya?*

−¿Qué clase de...? −Mi voz se había vuelto áspera y ronca, y me costó muchísimo apartar mis pensamientos de la imagen que sus señas acababan de invocar: músculos de bronce y alas negras entre mis muslos−. ¿Suavidad?

Su sonrisa fue insultantemente inocente.

Creía que querías practicar tu nueva magia.

Oh. Suavidad. Movimiento. Ninfas en peligro y poderes divinos que dominar. Tomé aire profundamente, en un intento desesperado por calmar el fuego que ardía en mi bajo vientre, y refunfuñé:

−Canalla.

¿Eso te sorprende? No debería suponer ninguna novedad, signó muy satisfecho consigo mismo. *¿Vamos a practicar tu magia o no?*

Le lancé una ráfaga de rojo porque sí. La esquivó con un giro fulminante mientras sus hombros se sacudían por las carcajadas.

−Zera dijo... −Me froté los ojos, intentando rememorar las palabras exactas de la diosa−. Dijo que, en realidad, todo tiene que ver con el reflejo de la luz... porque, al parecer, los colores no son más que eso.

La escuela de Thremian se alegrará de oírlo, signó con ironía. *Llevan siglos discutiéndolo.*

−¿Hay discusiones sobre esto?

Por supuesto. ¿Cambia de color un objeto si lo pones bajo una luz roja? Los filósofos han estado a punto de matarse por esa pregunta. Me sonrió. *Continúa, por favor.*

Negué con la cabeza, concluyendo −no por primera vez− que preferiría ahogarme antes que dedicarme a la filosofía.

−Dijo que las texturas también reflejan la luz de distinta manera, y que por eso Etele también podía extraer magia de ellas. Así que hay suavidad...

... que refleja la luz, terminó, asintiendo como si eso tuviera todo el sentido del mundo. *¿Y la suavidad se refiere a superficies con un reflejo más difuso, entonces?*

−Odio que hagas que parezca evidente −gruñí−, pero sí. Dijo que las superficies funcionan mejor cuanto más reflectantes son.

Así que el terciopelo, que tiene un brillo evidente, funciona mejor que la lana, que no lo tiene.

−Supongo que sí. −Hice una mueca−. Habrá que averiguarlo.

Fascinante. La última vez que lo había visto tan emocionado por una cuestión teórica había sido por la puñetera estrella titilante de Kothro. *Vamos a intentar... Espera...*

Un destello amarillo brilló a mi alrededor antes de que pudiera parpadear. Cuando bajé la vista, mi sencillo vestido de lino se había transformado en terciopelo negro que caía formando bolsas hasta mis rodillas.

−El patrón de este vestido se da de bofetadas con el terciopelo −dije con mala cara−. Has hecho que parezca un saco de nabos;

eso sí, uno brillante. ¿Qué debería intentar mover? Propongo que sea algo que no pueda herir a nadie ni romper nada.

Se agachó junto a su mochila, sacó un abrigo cuidadosamente doblado y lo lanzó al camino delante de mí.

Adelante, *mi adorable nabo.*

Intenté lanzarle mágicamente su abrigo a la cara.

El primer intento fue un completo fracaso. La tela, gruesa y pesada, se agitó en el suelo como un pájaro moribundo, pero no se desplazó ni un ápice en dirección a Creon. Tal vez, admití para mí misma, debería dedicar un instante a concentrarme en el suave brillo de mi vestido, igual que me pincelaba mentalmente los colores de forma automática cuando los empleaba.

En mi segundo intento, el abrigo salió disparado, pasó de largo junto a Creon y acabó enganchado entre las ramas de las plantas que aún ocultaban la mitad del muro oriental.

Típico, signó Creon, que parecía encantado.

Arranqué el abrigo del altísimo seto y se lo lancé a la cabeza. Después, intenté cambiar la textura mate y desvaída que había cobrado mi vestido para volver a convertirlo en terciopelo. La tela negra debería haberme proporcionado suficiente color, pero, por más amarillo que le echara, la textura no cambiaba.

—¿Creon?

Levantó la vista mientras se colocaba el pelo, aún riendo.

¿Sí?

—¿Qué hiciste para cambiar mi vestido a terciopelo, exactamente?

Con un mínimo movimiento de dedos, me lanzó otra ráfaga de magia amarilla. El vestido se volvió al instante de un terciopelo brillante.

—Eso... —Parpadeé—. Eso es lo mismo que yo intentaba hacer. ¿Crees...? ¿Crees que es como no poder cambiar el color?

¿Quieres decir que ya no puedes cambiar la textura con magia amarilla, ahora que la textura también se ha convertido en una fuente de magia para ti?

—Porque el poder no puede afectar a su propia fuente —recité en tono monocorde, repitiendo lo que él me había dicho meses atrás—. Tú no tienes magia de textura, así que no te supone ningún

problema... Pero eso significa que los dos juntos podríamos generar magia de forma casi infinita, ¿no?

¿Así que tendrás que pasar más tiempo conmigo?, signó alegremente. *Qué tragedia.*

Le arranqué el abrigo de las manos con magia, y fue mi mejor intento hasta el momento.

Lyn y Tared aparecieron tras quince minutos de experimentos mágicos, precedidos por el alegre parloteo de Lyn, que resonaba por los pasillos del templo. Si hubiéramos estado en una situación comprometida, probablemente habríamos tenido tiempo de vestirnos antes de que aparecieran por la puerta. Sin embargo, en ese momento yo estaba sacando el abrigo destrozado de Creon de un charco de agua embarrada. La situación no podía ser menos erótica de lo que era.

Tared pareció tranquilizarse un poco al ver mis progresos, prueba suficiente de que la mayor parte de nuestro tiempo sin supervisión había sido empleada de forma instructiva.

Lyn me sonrió, acelerando el paso, y exclamó alegremente:

—¡Hemos encontrado una cosa para ti, Em!

—¿Una diosa? —sugerí con ironía.

Se rio entre dientes y sacó de sus holgados pantalones algo que parecía demasiado afilado en manos de una niña de siete años. Era una daga larga y curva, con la hoja de un extraño acero veteado de negro y la empuñadura de nácar con gemas engastadas.

—Una ofrenda que había en uno de los altares. Pensé que podría serte útil.

¿Por si necesitaba armas para luchar en Tolya? Parpadeando, tardé en caer en la cuenta: nácar. Iridiscencia para la magia.

—¡Oh! —Me giré—. ¿Creon?

¿Planeas amarrarme ahora mismo? Su sonrisa resplandeciente se había borrado de su rostro al aparecer Tared, pero aún persistía el brillo de sus ojos.

—Muy osado por tu parte suponer que necesitaría una atadura para vencerte —dije con un bufido, y entonces sí que se rio. Tared parecía ligeramente confuso—. No, estaba pensando... La iridiscencia

es la fuente de la magia que afecta a la propia magia, ¿no? ¿Sería posible bloquear con ella los ataques de los demás?

Probablemente. Se encogió de hombros. *La Madre es capaz de hacerlo, al menos. No sé muy bien cómo... Nunca me desveló los detalles de sus poderes divinos.*

Miré la daga que tenía en la mano.

—¿Tenía acceso a una superficie iridiscente en esas ocasiones?

Una sonrisa irónica se dibujó en sus labios.

Empiezo a sospechar que su collar de perlas favorito podría tener mayor importancia de lo que yo creía.

—Joder... —dijo Lyn sin aliento—. ¿Esa cosa horrenda y enorme que llevaba después de la Batalla Final, cuando nos ató?

Creon asintió, y la fénix hinchó los carrillos. Parecía mareada.

—Si hubiéramos sabido que solo teníamos que quitarle esas perlas...

Se encogió de hombros.

Lo sé.

Por supuesto, la mente de Creon, rápida como un rayo, acababa de identificar mil ocasiones en las que podría haber salvado el mundo con haber apartado del alcance de su madre unos cuantos almohadones de terciopelo. Vi cómo apretaba los labios, oí la maldición ahogada de Tared y me apresuré a decir:

—¿Lo intento, entonces?

Creon enarcó una ceja con diversión.

¿Amarrarme?

—Mi intención era bloquear un poco de tu rojo, pero si tanto te apetece perder toda tu magia...

Soltó una carcajada silenciosa y se sacó uno de los puñales de la bota. Lo arrojó a la tierra a unos cinco metros y signó:

Voy a darle. Detenme.

La hoja estaba forjada en acero álfar, lo que significaba que no la dañaría aunque yo no lograra desviar su magia; inteligente, tenía que admitirlo, pero también un leve golpe a mi confianza.

—De acuerdo. —Respiré hondo y apreté con más fuerza la daga del templo. Iridiscencia... Pompas de jabón, las perlas que había cosido en los vestidos de la señora Matilda, la luz que se reflejaba en

las oscuras paredes del Subterráneo... El cosquilleo familiar de la magia corrió por mi brazo, y asentí.

—Estoy preparada.

Creon levantó la mano más despacio de lo habitual, concediéndome un poco de ventaja. Entonces desató su magia, y yo también: dos destellos de luz se encontraron a escasos centímetros de la hoja de acero álfar y rebotaron con un chisporroteo audible y un fogonazo cegador.

Su estallido de rojo se desvió y se estrelló contra una baldosa del jardín, junto al puñal, dejando una grieta profunda.

Dejé caer la daga con un grito de triunfo.

No está mal del todo, signó Creon.

Me eché a reír.

—¡Funciona de verdad!

Por supuesto. Su mirada no era tan tranquila e indiferente como sus signos: sus ojos brillaban ante aquel abanico de posibilidades infinitas, ante aquel poder capaz de poner el mundo patas arriba.

Miré la daga. La empuñadura de nácar se había vuelto de un aburrido blanco grisáceo; solo en ángulos muy concretos la luz seguía reflejándose en tenues arcoíris. Tal vez pudiera hacer un intento más, pero sería un reto.

—Primero, practiquemos con la magia de movimiento hasta que la domine —dije, agarrando de nuevo su abrigo empapado—. No puedo aprender en un solo día infinitas habilidades nuevas.

Así que practicamos otras cinco, diez, quince veces, experimentando con la fuerza de mi magia y con el peso de los objetos que podía mover hasta que empecé a intuir de qué era capaz. Tratar de dominar aquel nuevo poder era como intentar mover un miembro dormido: una ausencia de control sobre algo que pertenecía a mi propio ser. No era una sensación desconocida para mí, pero la había olvidado tras aquellos primeros días de desorientación en la Corte Carmesí.

Qué poca delicadeza, signó Creon cuando lancé por tercera vez una manta de lana a la copa de un árbol. *Si sigues así, vas a aprender antes a trepar que a dominar esta magia.*

–Pues, como tú sigas así –repliqué con un gesto muy poco educado–, vas a aprender a no pasarte de listo.

Su sonrisa se volvió perversa.

¿Es una amenaza, Thenessa?

–No, en absoluto. –Le di un tirón a la manta para bajarla de las ramas–. Es una amable sugerencia para que tomes mejores decisiones en la vida.

Se rio entre dientes y volvió a cambiar la textura de mi vestido al suave terciopelo.

Admito que ese nunca ha sido mi punto fuerte.

Sentado al sol junto a los muros del templo, Tared ya ni siquiera fingía prestar atención a la espada que supuestamente estaba afilando. En su lugar, nos observaba a Creon y a mí con creciente confusión mientras nos lanzábamos prendas, e iba frunciendo más y más el ceño a cada pulla juguetona y cada risa sincera.

Dioses, hasta a mí me costaba creer la cantidad de sonrisas que se le estaban escapando a Creon en aquel rato que estuvimos entrenando a la luz del sol. Para alguien que solo había visto al frío y arrogante asesino fae, debía de parecer que era una persona distinta.

No había debido albergar tantas esperanzas... Pero, para Creon, apenas habían pasado unas horas desde que mantuvimos aquella conversación. ¿Me había hecho caso cuando le dije que era su propio comportamiento lo que me obligaba a mantener el secreto? Si lo había entendido y había decidido cambiar su conducta, al menos un poco...

Aún estaba reflexionando sobre las posibles consecuencias de aquello cuando Beyla apareció de la nada en el amplio jardín, con una espada en la mano y la otra aún a la espalda.

–Los fae se están preparando –declaró sin hablar a nadie en particular, aunque me dio la vaga impresión de que las palabras iban dirigidas a mí–. Si queréis salvar el pellejo a las ninfas, no esperéis demasiado. Están aterradas. Nos encontramos en el lado sur de la isla.

Tared y Creon se habían puesto en pie de un salto, dispuestos a acribillarla a preguntas. Sin embargo, Beyla desapareció antes de

que nadie pudiera decir nada, de regreso con las ninfas y su terror, sin dejar atrás nada más que una atronadora sensación de alarma.



Capítulo 22

La isla de Tolya parecía un sueño.

Cuando se disolvió el borrón de la desaparición de Tared y el mundo se volvió nítido a nuestro alrededor, nos encontrábamos en una playa de un blanco nacarado, bordeada por un denso bosque. Las lianas colgaban de los árboles como guirnaldas, y el verde vibrante de la maleza estaba salpicado de flores de colores intensos: rojo vivo, azul brillante... La playa estaba salpicada de conchas de tonos pastel, que centelleaban allá donde posara la vista, y el agua de un turquesa resplandeciente bañaba suavemente la orilla, oscureciéndose hasta un añil casi violeta mar adentro.

Pero allí, en el horizonte, donde el azul oscuro del mar se encontraba con las algodonosas nubes otoñales...

Conocía aquellos esbeltos navíos, con alas talladas en los cascos y placas de bronce en las proas relucientes al sol. Aparecían en Cathra dos veces al año para llevarse nuestras cosechas y dejarnos a cambio miedo y hambre: barcos fae que se cernían sobre la costa como aves de rapiña a punto de atacar.

Se me secó la garganta. Desde aquel lado de la isla se distinguían dos, pero sin duda habría más ocultos tras los extremos de la bahía.

Hasta media docena, en el peor de los casos.

—Malnacidos —gruñó Lyn a mi lado, frunciendo el ceño ante las siluetas distantes de un modo que sugería que estaría encantada de prender fuego a los cascos.

Creon se había quedado inmóvil mientras recogíamos nuestras mochilas a toda prisa, y no había atisbo alguno de sonrisa en su rostro cuando me soltó el brazo y se volvió hacia Tared.

¿Puedes distinguir el escudo de las velas?

Yo ni siquiera veía las velas, pero Tared se encogió de hombros y dijo:

—Parece una especie de sol.

Iorgas, deletreó Creon, frunciendo los labios. *Siempre es un placer.*

Ese nombre me despertó un vago recuerdo.

—¿No es ese el que tuvo un hijo mestizo no registrado y se vio obligado a matarlo junto a todos sus hermanos?

—El mismo —dijo Tared sombríamente—. No creo que eso le haya dulcificado el carácter.

La sonrisa desagradable de Creon lo dijo todo, pero dio la espalda a la flota sin gastar una sola seña en Iorgas y su desafortunada descendencia. Con un asentimiento distraído en dirección al bosque, signó:

Creo que no es buena idea que me presente sin ser invitado.

Lyn murmuró una maldición, pero se acercó a la linde del bosque y se inclinó para murmurarle algo a una hiedra retorcida. Se levantó una suave brisa que hizo susurrar el follaje con más fuerza, pero el sonido se apagó rápidamente al adentrarse en la espesura.

No tuvimos que esperar mucho.

Sin previo aviso, las cortinas de enredaderas se apartaron y una mujer menuda apareció en la playa, rodeada de una cacofonía de susurros airados y chillidos nerviosos que salían de los arbustos que tenía detrás. Era pelirroja, de piel oscura, y vestía una gasa brillante que dejaba muy poco de su esbelto cuerpo a la imaginación. Dos cuernos enroscados surgían de la cascada salvaje de su melena, y sus uñas curvas tenían el mismo aspecto negro y pulido que sus cuernos: una garras temibles que parecían más que dispuestas a

arrancarnos los ojos si cometíamos el error de ponernos a su alcance.

Sus ojos eran de un verde desconcertante, sin pupilas, y sus iris relucían como piedras preciosas. Se clavaron en nosotros con una intensidad abrasadora cuando se detuvo, levantó la barbilla y retrajo los finos labios, mostrando unos dientes afilados de tiburón.

—Por la diosa, ¿me queréis explicar qué es esto? —soltó en álfar fluido, aunque con un fuerte acento melódico—. ¿Has decidido acelerar un poco nuestra inminente muerte, Phiramelyndra? ¿O esa escoria inmunda es la ayuda que nuestra pequeña traidora demonio juró que traería aquí para salvarnos el pellejo?

—Acabas de difamar a tres personas en dos frases —declaró Tared, metiéndose las manos en los bolsillos con una media sonrisa acre—. Estoy impresionado.

—Y no me hagas hablar de los tuyos, Thorgedson —le espetó, ignorando su comentario—. Si no fuera por todo vuestro griterío absurdo sobre la rebelión, no habría nadie muriendo ahora... ¿No se te ocurrió pensarlo antes de lanzarte al inútil intento de salvar lo que no puede ser salvado?

Tared suspiró.

—Helenka...

—En cuanto a ti... —Se giró hacia Creon, con los ojos verde esmeralda relampagueando—. ¿Has venido a echar un vistazo a lo que será tuyo en cuanto puedas apoderarte de ese maldito trono? Puede que hayas convencido a estos idiotas de que tus intenciones son nobles, pero...

—¡Helenka! —la interrumpió Tared.

—No pondrá un solo pie en mis tierras. —La ninfa temblaba de pies a cabeza, pero le sostuvo la mirada a Creon sin pestañear y no retrocedió un ápice, ni siquiera cuando el coro de lamentos de terror que se alzaba a su espalda creció hasta alcanzar un tono estridente. Aquello fue la prueba más clara que había visto nunca de que el miedo y la cobardía eran cosas muy distintas—. Y tampoco esa zorrita suya. Deshazte de ellos y tal vez...

—Podrían salvar la vida de tu pueblo —declaró Tared con acritud. Había apretado la mandíbula ante la palabra «zorrita»; si no me

hubiera sentido tan culpable por estarle mintiendo, habría agradecido la frialdad de su voz–. Piénsatelo antes de tomar una decisión. Por favor.

Helenka resopló con desprecio y se apartó el cabello entre rojo y dorado de los delgados hombros.

–A estas alturas, ni siquiera importa, Thorgedson. Aunque consiguieran derrotar a esa flota, la lucha destruirá nuestros árboles y nuestro suelo. La isla está a punto de convertirse en un cementerio. Llegáis demasiado tarde. Admítelo.

Árboles de ninfas: tan cercanos como miembros de la familia, y venerados como seres sagrados. Me imaginé a Iorgas y a sus soldados desembarcando, magia roja estallando en todas las direcciones... Aunque no había sentido el pesar específico de Helenka cuando levanté el saco de Zera, y solo podía conjeturar lo que se le estaba pasando por la cabeza, no me costó ningún esfuerzo entender cuáles eran sus temores en ese momento. Si Helenka era quien yo creía que era, Creon había matado a su predecesora. Lo único que sabía de mí era lo que le habían dicho los emisarios de la Madre. Y su bosque –un bosque que era el corazón y el alma de su pueblo– estaba a punto de quedar mutilado de forma irreparable.

No tenía sentido discutir con ella. Sufría demasiado dolor. La única manera de resolver aquello...

Apenas oí la respuesta de Tared mientras desviaba la vista hacia el horizonte añil y las escalofriantes siluetas de los navíos.

–Podríamos desplazar la batalla –dije en voz baja.

Helenka y Tared no me oyeron, absortos en su acalorada discusión. Pero Lyn se volvió para mirarme, y Creon enarcó una ceja llena de cicatrices: el primer signo de emoción que mostraba desde nuestra llegada a la isla.

–Me quieren a mí, ¿no? –Fui trazando el plan sobre la marcha, según hablaba–. Y a Creon también, supongo. Desde luego, más de lo que quieren matar a un puñado de ninfas a las que, además, han elegido de forma arbitraria para dar ejemplo. Si nos vieran pasar volando..., el grueso de su ejército iría a darnos caza, en vez de atacar la isla. ¿No?

No necesitaba dar más explicaciones. Había algo deliciosamente ominoso en la sonrisa que curvaba los labios de Creon, un atisbo siniestro de la despiadada peligrosidad que siempre acechaba bajo su superficie.

Interesante idea. Probablemente lo harían.

—No seas ridícula —siseó Lyn, lanzándole una mirada furibunda—. Apenas te has recuperado de tu estancia con Zera, Em. No estás en condiciones de enfrentarte a todo un ejército.

—Sin embargo, tengo algo de magia nueva para ayudarme. —Miré la arena alrededor de mis botas. Las conchas azul pastel tenían una capa de nácar en su interior: una superficie iridiscente perfecta—. Sería un gran estímulo para progresar a toda velocidad con mi entrenamiento.

La sonrisa de Creon se ensanchó hasta convertirse en una mueca perversa que destilaba sed de sangre; sospeché que habría estallado en carcajadas de no ser por la presencia de Helenka.

Tu padre va a matarme, cactus.

—¿Qué significa esa última seña? —preguntó Lyn, entrecerrando los ojos al mirarle los dedos.

—Es una larga historia —dije apresuradamente, porque el brillo de diversión en los ojos de Creon sugería que estaba a punto de soltar algo embarazoso que no quería que llegara hasta Tared—. Mira, sé que es arriesgado, pero podría resolver el problema, ¿no? Simplemente seríamos nosotros dos...

Contra un ejército entero, concluyó Creon, servicial.

Hice una mueca.

—¿Sí?

La forma en que contuvo la risa casi hizo que me lanzara a sus brazos.

Sí, suena bastante viable.

—¡Joder! —estalló Lyn, lo bastante alto como para que Tared y Helenka detuvieran su encendida discusión sobre vidas y principios—. ¡No seáis idiotas! Sería un momento terriblemente malo para perderte, Em.

—¿Perdón? —dijo Tared.

–Quiere usarse a sí misma como cebo –gruñó Lyn–. ¡No podemos correr ese riesgo! Sé que la situación es horrible, pero enviar a toda una flota fae tras nuestra única maga... sin ataduras...

Había dicho «sin ataduras». No «consagrada». Su pequeño titubeo fue muy elocuente: aún no se atrevía a confiarle esa información a Helenka.

La mirada fulminante que Tared le lanzó a Creon me dejó muy claro a quién achacaba aquella locura.

–Sí. Suena bastante imprudente.

–Es mucho menos temerario que lo haga yo a que sea ningún otro –protesté enérgicamente.

Tared se volvió hacia mí, con una mirada en sus ojos grises que yo conocía demasiado bien: era la resignación agotada que me había mostrado cuando me dijo que me acompañaría al continente. No iba a encadenarme a los árboles, pero no le hacía nada feliz la idea.

–Y supongo que llevarías a cabo el plan con nuestro querido principito...

«Principito». Ignoré ese ataque.

–Míralo por el lado bueno: dudo que tenga tiempo de mirarme los tobillos mientras lidiamos contra una flota fae.

Puede que Lyn siguiera furiosa con Creon, pero se le escapó una carcajada. Tared se limitó a lanzarme otra mirada teñida de cansancio.

–En todo caso, ¿se te ocurre alguna alternativa? –añadí, encogiéndome de hombros–. ¿Quieres que Creon te lleve a ti volando hasta los barcos? Dudo que Iorgas y sus soldados abandonen su misión para atraparte a ti, aunque ese plan te pareciera perfecto.

A juzgar por la expresión de puro horror de la cara de Tared, ese plan no le parecía perfecto. Tenía unas cuantas objeciones, y seguramente la primera sería tener que volar acurrucado en los brazos de Creon.

–¿No podría ir él solo? Doy por sentado que la Madre quiere echarle el guante casi tanto como a ti.

Me halaga que tengas tanta fe en mí, signó Creon, *pero mi magia sigue estando atada. Dudo que sobreviviera.*

—Lo cual sería una auténtica tragedia, claro —murmuró el álfar.

—Tared... —gruñó Lyn.

Me atreví a mirar a Helenka, que se había quedado inmóvil. Aunque sus ojos brillaban de furia, su postura había empezado a flaquear. Su desesperada furia parecía estarse tambaleando, y en su lugar había surgido algo mucho más frágil... Algo que, con suerte, podía convertirse en un destello de esperanza.

Su mirada me dijo que no habíamos perdido esa alianza. Aún no. Pero estábamos peligrosamente cerca... Después de haber mencionado una solución que podía salvar a sus árboles y a su pueblo, si no la llevábamos a cabo nos ganaríamos una enemiga eterna.

Miré a Creon, que sonrió y se sacó una tira de cuero del bolsillo para recogerse el cabello.

—¿Alguien tiene alguna idea mejor, entonces? —dije, tomando la decisión en un abrir y cerrar de ojos.

—Inika, ten piedad —murmuró Lyn en voz baja, lo cual fue una respuesta más que suficiente—. ¿Tienes al menos algún tipo de plan, ya que insistes en seguir adelante con esta locura?

No, no lo tenía; al menos, no uno meticulosamente meditado, como supuse que esperaba Lyn. Solo había llegado a la vaga idea de encontrar aplicaciones de la magia iridiscente y anular como fuera los ataques de mis oponentes.

—Supongo que podríamos empezar con un solo barco. —Me arrodillé en la arena, me quité la mochila y empecé a recoger conchas—. ¿Hay tiempo para que nos enfrentemos a ellos de uno en uno?

—Si tenemos mucha suerte, sí —dijo Helenka bruscamente, rompiendo su silencio—, ¿y qué demonios haces con esas conchas, chiquilla?

—Prepararme. —Junté mi botín en un montoncito y miré a Creon, que acababa de recogerse los últimos mechones sueltos en un moño—. ¿Cuántos fae esperas que haya por barco?

Cuarenta, más o menos, respondió, nada intimidado por la cifra. *Una sola tripulación debería ser manejable. Si nuestros queridos*

amigos álfar pudieran organizar una pequeña distracción mientras tanto, para que los demás no nos ataquen todos a la vez...

–No puedo decir que me entusiasme –dijo Tared sombríamente–, pero lo haré.

–Muchas gracias –me apresuré a responder, por si a Creon se le ocurría soltar algo más desagradable–. De acuerdo: entonces, nos ocuparemos primero de un barco y después veremos qué podemos hacer con los demás. Si alguien intenta atacar la isla mientras tanto, me aseguraré de dejarme ver y, con suerte, los alejaré de nuevo. ¿Os parece a todos bien?

«Bien» no era el término más adecuado; a juzgar por sus caras, se estaban arrepintiendo hasta de haberme llevado allí. Pero Tared asintió, Lyn murmuró una confirmación a regañadientes e incluso Helenka parecía algo menos dispuesta a sacarme los ojos con sus garras.

Las ninfas que se escondían en el bosque habían enmudecido, o tal vez hubieran huido al ver la expresión de Creon, esa sonrisa extrañamente seductora y sanguinaria tan propia de la Muerte Silenciosa. Había desaparecido el hombre alegre y juguetón de hacía unos minutos. A su alrededor había un ambiente cortante de expectación, una presión semejante a la de un rayo a punto de caer.

«Por fin, maldita sea», dije para mis adentros. Le había echado de menos. Había añorado aquello: la emoción embriagadora de lanzarnos de cabeza al peligro, de bailar en el filo electrizante entre la imprudencia y la genialidad. Parecía una locura, lo admitía, pero...

Aunque yo no estuviera entrenada, la flota de la Madre no estaba preparada para la magia de una fae consagrada a una diosa. Tendría a la Muerte Silenciosa a mi lado. Y si Creon opinaba que podríamos sobrevivir, ¿quién era yo para dudar de él?

–¿Nos ponemos en marcha? –dije levantándome, y me costó un esfuerzo reprimir la sonrisa eufórica que pugnaba por salir.

Helenka ya retrocedía hacia el bosque, sin dejar de mirar con suspicacia la alta figura de Creon hasta que llegó a la muralla de enredaderas en flor. Tared dio dos pasos tras ella, se volvió por última vez hacia Creon y masculló:

–Si le pasa algo, puede que te mate, Hytherion.

Creon parecía ligeramente divertido.

Si le pasa algo, me temo que llegarás demasiado tarde como para adjudicarte ese honor.

La mirada fría de Tared dejaba claro que no tenía mucha fe en aquella promesa, pero se limitó a asentir con los labios apretados y a soltar una imprecación.

—Cuídate, Em.

—Idiotas... —murmuró Lyn a punto de llorar, avanzando a traspiés detrás de Tared para alcanzar a Helenka.

Entonces, los tres desaparecieron en la espesura de los árboles de las ninfas. Creon y yo nos quedamos solos en la playa aparentemente desierta, sin nada más que un par de millas de mar añil entre nosotros y los buques de guerra que asomaban por el horizonte.

Creon se volvió hacia mí, y supe por la expresión de sus ojos que no habría escapatoria para nuestras presas: había desatado al depredador que dormía bajo su piel, y nada salvo el sabor de la sangre volvería a frenarlo.

—Voy a necesitar uno de tus abrigos —dije.

Bajó la vista hacia el montoncito de conchas que tenía a mis pies.

¿Bolsillos?

—Sí. Los máximos posibles.

El abrigo que sacó del fondo de su mochila me llegaba hasta la mitad del muslo, algo por encima del dobladillo de mi vestido. Era negro, de un tejido muy tupido, y tenía bolsillos por todas partes. Guardé en uno toda la munición que había reunido y eché a correr por la playa para recoger aún más, seleccionando solo las conchas que tenían una capa de nácar interior impecable.

Creon permanecía de pie en la orilla mientras yo iba de un lado para otro: una silueta de obsidiana contra el cielo azul y las nubes blancas y algodonosas, girando su cuchillo una y otra vez entre sus dedos llenos de cicatrices. Observaba los barcos con esa mirada fría y calculadora que presagiaba una muerte inminente. Cuando finalmente me reuní con él, tenía los bolsillos tan llenos que mi sombra mostraba bultos raros por todas partes, y no podía dar un solo paso sin oír el tintineo de las conchas.

—¿En qué piensas? —murmuré, manteniendo media ala de distancia entre nosotros por si alguien nos observaba. Desde luego, Helenka me decepcionaría si no había dejado espías entre los árboles.

Creon apartó la mirada de su presa y dejó inmóvil el cuchillo en la mano izquierda.

No creo que debamos empezar hundiéndolos. Sus gestos eran apresurados, como siempre que sus dedos tenían dificultades para seguir el ritmo de su mente en ebullición. *Nos quedaríamos sin un sitio donde aterrizar, y combatir volando es un desafío cuando estás en inferioridad numérica.*

—Ya —dije, mordiéndome el interior de la mejilla—. Demasiadas dimensiones en las que pueden acorralarte.

Una sonrisa se extendió por su rostro.

Exacto.

—Entonces, ¿qué hacemos? ¿Aterrizar en cubierta, deshacernos de la tripulación y luego abrir un boquete en el casco?

Me parece un buen plan. Se arrodilló y deslizó el cuchillo dentro de su bota, donde ya tenía otros dos hábilmente escondidos en sus vainas. Tres más colgaban de su cinto, y sabía que sus mangas también ocultaban un par. *¿Cuánta fe tienes en tu magia iridiscente?*

—«Fe» es una palabra demasiado grande —dije con ironía—. Supongo que acabaré pillándole el tranquillo, si hace falta.

Probablemente. No parecía en absoluto inquieto; en todo caso, en sus ojos brillaba una especie de diversión letal. *¿Estamos listos?*

No estaba lista, evidentemente. Aquello no era un plan: era lanzarse a ciegas. Mi magia no era más que una apuesta. Una vez más, estaba haciendo aquello solo porque alguien tenía que hacerlo, y ningún montón de conchas de colores pastel cambiaría el hecho de que cada fae a bordo de esos barcos intentaría matarme en cuanto me viera.

Pero no era la primera vez, y mi experiencia en la Corte Dorada me había enseñado que nada de eso importaba demasiado, mientras lograra fingir que estaba totalmente preparada para aquella insensatez.

—Lista —dije, y casi sonó como si fuera verdad.

Con una levísima sonrisa, Creon me tendió la mano. Tal vez me lanzara a sus brazos con demasiado entusiasmo, porque oí un grito ahogado entre el follaje.

Ninfas espías, en efecto.

Pero las alas de Creon se abrieron, la tierra se alejó de nosotros y nos elevamos hacia el cielo, dejando atrás la isla de Tolya y sus ojos vigilantes.

Hacía una eternidad que no volábamos juntos. Había olvidado esa extraña combinación de excitación y miedo, la seguridad absoluta de sus brazos en contraste con el vértigo repentino de cada descenso brusco. Volábamos justo por encima de las olas; el viento me azotaba el cabello, y casi podía saborear aquel aroma salobre tan familiar... Habría sido idílico, de no ser porque nos dirigíamos directamente hacia el primero de aquellos barcos que me resultaban casi igual de familiares y muchísimo menos reconfortantes.

Había aprendido a reconocerlos como presagios de muerte antes incluso de saber pronunciar frases enteras. En ese momento, me pareció que había una especie de justicia sombría en el hecho de acercarme sigilosamente a ellos con la magia palpitando en las yemas de mis dedos.

Estábamos lo bastante cerca para oír cómo ondeaban las velas cuando sonó el primer grito de alarma.

Un instante después, dos siluetas aladas despegaron de la cubierta, con espadas brillantes en las manos. Eran los mismos bastardos que recogían tributos humanos, me recordé a mí misma ante el relámpago de duda que surgió al recordar el saco de Zera; dos fae que incendiarían sin pestañear una isla entera de ninfas inocentes con tal de defender la postura de la Madre. Aunque tuvieran razones, eso no los hacía inofensivos. Apreté los dedos, hambrientos de rojo, contra la manga oscura de Creon. Solo unos segundos más. Solo unos metros más cerca...

Supe el momento exacto en que reconocieron al hombre que me llevaba. En un instante, su avance triunfal se hizo vacilante, bajaron las espadas... y mi magia estalló en el aire, carmesí brillante, cortando de un tajo limpio el ala del guerrero fae más cercano.

Se precipitó hacia el mar, y su aullido de dolor quedó sofocado en cuanto se hundió en el agua helada.

Su compañero soltó un grito de alarma. Entonces, Creon batió las alas con fuerza y salimos disparados hacia delante, mientras yo lanzaba otro torrente de rojo. El segundo fae cayó, sin dejar de chillar, hasta que chocó con las olas con un chapoteo que sonó doloroso.

—Puede que ahora se den cuenta de que algo va mal —comenté, observando el barco mientras flexionaba y destensaba los dedos.

Creon soltó una risa contra mi coronilla y aceleró el batir de sus alas. Surcábamos el aire tan rápido que me costaba respirar contra el viento que me azotaba la cara; los músculos de sus hombros se movían al ritmo de su vuelo, y cada centímetro de su cuerpo estaba tenso de energía contenida. Nos acercábamos cada vez más al navío recubierto de planchas de cobre, lo suficiente como para distinguir el símbolo del sol que Tared había visto, los aparejos, los cabos y los fae que corrían alarmados por la cubierta.

Una voz gritó:

—¡Hytherion!

—Nos han visto —concluí.

Creon volvió a reír y se lanzó en picado contra el barco. Un destello de magia roja fue directo hacia nosotros, y Creon se apartó con un aletazo fulgurante, esquivando el ataque sin aminorar la velocidad. Cuando otro estallido escarlata iluminó el cielo, hizo una finta con la rapidez y elegancia de un bailarín. Cada vez había más fae en la cubierta, más voces que pedían ayuda. Unos cuantos echaron a volar hacia nosotros, con una sed de sangre que se percibía incluso a aquella distancia.

Contuve la punzada de miedo y disparé tres ataques rápidos y precisos contra el blanco fácil de sus alas. Dos esquivaron mi magia. Uno cayó, lanzándonos oleadas de rojo mientras descendía. Creon evitó otro chorro de magia destructiva, y el destello de luz apenas nos rozó.

El brazo que me sostenía bajo las rodillas no se movió, pero el que rodeaba mi torso se desplazó ligeramente hasta darle un

toquecito a uno de mis abultados bolsillos. Las conchas tintinearon como respuesta.

—De acuerdo —susurré sin aliento, buscando a tientas el tacto suave del nácar—. Lo intentaré.

Me dio un beso en la coronilla y se abatió de nuevo contra el barco, atravesando el enjambre de fae armados que se interponían entre nosotros y la cubierta. El rojo explotó a nuestro alrededor y golpeé a ciegas, sin pensar, como por reflejo, movida por el afán de supervivencia más que por un uso consciente de la magia que arrancaba de las conchas nacaradas.

Unos rayos rubí se quebraron en chispas inofensivas. Volamos a través de una tormenta de destrucción, mientras la magia menguaba y chisporroteaba a nuestro alrededor. Los destellos de rojo me pinchaban la cara y las manos antes de apagarse; no me herían lo suficiente como para hacerme sangre, pero me daba cuenta de que podía hacerlo mejor. ¿Necesitaba más iridiscencia? No; esas explosiones eran señal de un exceso de poder... ¿Quizá sería más sensato contenerme un poco?

No pude ni sopesarlo antes de que el siguiente ataque iluminara el aire a nuestro alrededor. Me dejé llevar por el instinto, por aquel nuevo y extraño poder que empezaba a resultarme lo bastante familiar como para pincelarme mentalmente reflejos que no estaba viendo. No pensé en la iridiscencia espectacular y llamativa que había invocado antes, con una cascada de arcoíris que bailaban por la superficie, sino en una más suave, más sutil, como la de las plumas negras de los estorninos...

De nuevo, mi magia chocó en el aire con la agresiva llamarada roja, y aquella vez no hubo explosión. En su lugar, el color se desvaneció con un chisporroteo silencioso.

Como si se lo hubiera tragado el acero álfar y no quedara ni rastro.

Vi por el rabillo del ojo que nuestros enemigos batían las alas con indecisión, sorprendidos. Se oyó un griterío confuso, y Creon se abrió paso entre sus filas antes de que pudieran reaccionar. Aterrizamos en la cubierta con tanta fuerza que fue un milagro que la madera no se resquebrajara. En menos de un parpadeo, ya me

encontraba de pie, con dos nuevas conchas aferradas en la mano izquierda. Vi un fulgor de acero de refilón, y supe que Creon ya había desenvainado sus cuchillos mientras giraba para cubrirme la espalda.

Un sonido ahogado detrás de mí fue prueba suficiente de que había encontrado a su primera víctima.

No había tiempo para pensar en la lucha que se desarrollaba a mi espalda. Una corpulenta mujer fae se precipitó desde el cielo, con una espada desenvainada en cada mano, y sentí una oleada de pánico. Rojo... Tenía que usar el rojo; pero, si la mataba, se desplomaría sobre mí o caería justo a mi lado, y limitaría mis movimientos cuando lo que necesitaba era rapidez...

Agarré el dobladillo de mi vestido de terciopelo y le lancé magia de movimiento sin pensar.

El chorro le dio justo debajo de la cintura, como el puño de un gigante invisible. Se dobló con un fuerte resoplido y salió despedida a más de tres metros, sin control alguno de sus brazos ni sus armas. Chocó con las alas de dos de sus compañeros antes de estrellarse de forma aparatosa contra la cubierta. Uno de los fae que habían sufrido el golpe también perdió el control de su vuelo y aterrizó sobre sus alas contra la espalda de otro.

No estaba mal. Giré para esquivar una espada que se me venía encima, un reflejo tan arraigado por las sesiones de entrenamiento de Tared que no requería más esfuerzo del que suponía andar, y disparé una oleada de rojo a todas las gargantas que tenía al alcance. Dos fae me devolvieron el golpe y de nuevo hice una finta, esquivando a uno mientras me enfrentaba al otro con un destello de magia iridiscente. Demasiado fuerte: la llamarada roja estalló en mil chispas escarlata.

Por otra parte...

Esta vez, los picotazos de la explosión no me habían alcanzado. Había interceptado el ataque cerca del fae que lo había disparado, y tanto él como los que lo rodeaban gritaron conmocionados cuando su propio poder cayó sobre ellos como una lluvia letal. ¿Podría afinar un poco ese efecto? ¿Haría falta más fuerza de la que había empleado, o menos?

Sin previo aviso, el brazo de Creon me rodeó la cintura y me hizo girar, apartándome del camino de una guerrera fae que se abalanzaba contra mí por la espalda. Me soltó antes de que pudiera parpadear, le clavó una daga en el vientre y arrojó el cuerpo a los brazos de otra fae para frenar su avance desesperado.

Se me escapó una risa jadeante al recuperar el equilibrio y encararme con mi propio círculo de atacantes. El rojo iluminó el borde de mi vista. Dejándome llevar por la intuición, bloqueé el ataque con toda la magia iridiscente que pude extraer de una sola concha, y la magia roja reventó en una ráfaga de chispas. Algunas me alcanzaron las manos y la cara, y me hicieron más cosquillas que daño. No era lo que pretendía: la fuerza de la magia se diluía demasiado de aquel modo.

Menos potencia, entonces.

Mi siguiente intento fue más débil, para no anular completamente los ataques. Intercepté un rayo rojo brillante en el aire y desvié el color del mismo modo que un espejo refleja un destello de luz, cambiando su dirección y enviando la magia a medio metro de mí.

El grito delató que alguien no estaba preparado para recibir un ataque desde ese ángulo.

Eché un rápido vistazo por encima de mi hombro y vi a un fae calvo que se limpiaba furiosamente la sangre que manaba de un profundo corte en la frente. Creon se abalanzó sobre él para rematarlo y, cuando aparté la vista y salté para evitar otro ataque, los gritos confusos del fae enmudecieron bruscamente.

Cada vez había más cuerpos inmóviles esparcidos por la cubierta; los charcos de sangre volvían la madera resbaladiza y la teñían de un rojo brillante. Estuve a punto de tropezar con una pierna rota en la siguiente ráfaga de magia que desvié. Sin embargo, la iridiscencia hizo lo que tenía que hacer, y el destello carmesí salió despedido contra el ojo izquierdo de la mujer fae que lo había arrojado, derribándola sin que le diera tiempo a emitir un solo chillido.

En mis siguientes ataques, descubrí que, si controlaba con cuidado la fuerza de mis bloqueos, podía incluso determinar el ángulo en que redirigía la magia: podía blandir los ataques de los demás como si fueran mis propias armas y derribar fae desde la

dirección que menos esperaban. Cinco, diez más de nuestros oponentes cayeron mientras yo desviaba su rojo como un espejo mortífero. Detrás de mí, los puñales de Creon arrancaban un ala tras otra con una eficacia asombrosa, amontonando cuerpos convulsos a sus pies.

Quedaban unos quince cuando empezaron a gritar órdenes de retirada.

Conseguimos abatir a unos cuantos más mientras los últimos supervivientes huían. Al final, siete maltrechos miembros de la tripulación pudieron remontar el vuelo en dirección a otro navío, sangrando a chorros y gritándose advertencias frenéticas. Creon y yo nos quedamos atrás en la cubierta ensangrentada, sucios y sin aliento, rodeados de armas caídas y conchas curiosamente opacas.

Un barco menos. Los dioses sabían cuántos más quedaban.

Respiré hondo por primera vez en lo que me parecían horas, sintiendo por primera vez el balanceo del navío y oyendo el bramido del mar, que mis sentidos habían bloqueado al tener que centrarse en cosas más importantes. A mi lado, Creon revisaba fría y sistemáticamente los cadáveres, degollando a las víctimas que no le parecían lo bastante muertas para su gusto.

Se me revolvió el estómago. Repulsión: otra invitada indeseada que había conseguido ignorar en el caos de los últimos minutos. Me recordé a mí misma que ellos habrían hecho lo mismo con las ninfas, y también con cualquier isla humana, si les hubieran dado la orden... Pero aquel recordatorio no borró el recuerdo del saco de Zera, de la desesperada lucha de cada individuo por sobrevivir a los crueles juegos de la Corte Carmesí.

Y así habían terminado: carne informe entre charcos de sangre.

Creon debió de notar la punzada de mi corazón, porque miró por encima del hombro cuando se incorporó, abandonando el cuerpo de una mujer con las alas rotas y la cabeza medio cercenada. Sus ojos, duros como piedras durante el combate, se habían suavizado. Esquivó ágilmente los miembros cortados y las armas y se acercó a mí, limpiándose las manos en sus pantalones oscuros.

—Estoy bien —susurré, con un nudo en la garganta—. No te preocupes. Solo un poco nerviosa por...

No esperó a que terminara la frase. Me rodeó los hombros y me estrechó en un abrazo feroz.

Olía a sangre, pero también a seguridad. Instintivamente, me apreté contra él y hundí el rostro en la firme calidez de su pecho, y él me rodeó la nuca con la mano libre y me estrechó con más fuerza. Un susurro de terciopelo me dijo que también me había envuelto con sus alas, creando el refugio perfecto, un pequeño reducto en el que no había nadie agonizando, nadie que se aferrara con desesperación inútil a los últimos latidos de su corazón.

—Estoy bien —repetí, sin saber a quién intentaba convencer—, estoy bien, estoy...

Las manos de Creon no vacilaron. Renuncié a susurrar mentiras contra su camisa y cerré los ojos, deseando que aquel simple gesto bastara para dejar de ver.

Sus dedos se deslizaron por mi pelo, lentos y suaves. Pareció pasar una eternidad antes de que me soltara, diera un paso atrás y signara:

No hace falta que mientas, cactus. No deberías.

Claro.

Porque yo no era como él; de hecho, él mismo me había suplicado que no me convirtiera en algo así. Porque no era debilidad que me repeliera ver un charco de sangre alrededor de mis botas. Inspiré estremecida, me tragué la siguiente disculpa que iba camino de mis labios y mascullé:

—No.

Bien. A la brillante luz del sol del mediodía, su sonrisa era tan gélida como la escarcha. *¿Quieres volver a la isla?*

Me volví hacia Tolya: una franja de un verde esmeralda exuberante en el horizonte. Si regresábamos en ese momento, encontraríamos aliados que nos ayudarían en el siguiente combate. Podría evitar la mayor parte del derramamiento de sangre que estaba a punto de producirse, tener a mi lado a amigos más experimentados que se encargarían de las partes desagradables.

Pero también atraeríamos a una flota sedienta de venganza.

Me estremecí al pensar en la reacción de Helenka.

—No podemos hacer eso, ¿verdad?

Creon se encogió de hombros.

Podemos hacer lo que nos dé la gana.

—Pero no les hará ninguna gracia.

Su ceja enarcada con indiferencia me indicó lo que pensaba de ese argumento.

—Déjame pensar.

Di un paso atrás, obligándome a respirar de manera regular a pesar de los ojos desorbitados y vidriosos que parecían mirarme desde la cubierta.

—¿Qué crees que harán ahora los supervivientes? —reflexioné en voz alta—. ¿Avisar a los demás barcos y venir a por nosotros con la flota entera?

No creo que vengan todos los barcos. Señaló con la cabeza el lado oeste de la isla, y solo entonces me di cuenta de las llamas que se elevaban desde un barco anclado. *Pero mandarán a todos los que puedan, sí.*

Lyn... Me descubrí sonriendo, a pesar de la carnicería que nos rodeaba.

—Háblame de Iorgas y su flota.

Son una panda de canallas, signó Creon, comprendiendo al instante la silenciosa pregunta que había detrás de aquella petición. *Iorgas no dio parte de que tenía una hija mestiza, pero no fue un acto de desafío contra la Madre, por si te lo estabas preguntando. Violó a una humana mientras estaba borracho y se olvidó del tema, hasta que la aldea traicionó a la mujer y a su bebé con magia.*

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—¿Hizo algo para salvarlas cuando la Madre las descubrió?

Creon contuvo un bufido.

—Ya. —Miré los cuerpos desparramados y se me asentó un poco el estómago al pensar en aquella niña muerta. Una niña cuyo destino podría haber sido el mío: un atisbo ominoso de lo que me habría sucedido de no ser por el secretismo hostil pero efectivo de Valter y Editta—. ¿Y el resto de la flota?

Echó un vistazo al navío en llamas mientras meditaba.

No conozco personalmente a cada uno de sus miembros, pero la flota del Sol es famosa por su crueldad y, hasta donde yo sé, nunca

se obligó a nadie a alistarse a ella. Había voluntarios más que suficientes.

Guerreros fae hambrientos de ascender en el escalafón, de adquirir una posición en la corte de la Madre a costa de la sangre de inocentes. Una razón que comprendía, una motivación que había sentido como si me perteneciera durante unos instantes que casi fueron letales.

Pero, aunque lo entendiera, eso no hacía que fuera lo correcto.

—Eligieron el camino equivocado—murmuré, recordando lo que Zera me había dicho, sentada en aquel alféizar bañado por el sol. Una explicación, no una justificación—. De acuerdo.

Creon entrecerró los ojos.

Veo que has conocido el saco de Zera.

Asentí.

Suspiró, y me pregunté entonces cuántas veces se había enfrentado él al mismo dilema: leer el miedo y el dolor de sus oponentes incluso mientras los mataba. Sin embargo, no era el momento de hacer esa pregunta. En la costa sureste de Tolya, el barco más cercano bullía de actividad, visible incluso desde donde nos encontrábamos; los refuerzos no tardarían demasiado en acudir.

Si nos marchábamos...

Pero, si lo hacíamos, las ninfas sufrirían su cólera.

Froté con el pulgar la marca del trato en interior de mi muñeca, un consuelo silencioso incluso con Creon a mi lado. No quería tomar esas decisiones. No quería hacer daño a nadie. Zera me lo había advertido y, aun así, había aceptado ese poder. Peor aún; lo había pedido.

De algún modo, aquello hizo que la elección fuera más sencilla.

—Quedémonos aquí —dije, con una firmeza que me sorprendió incluso a mí—. Hagamos lo que hagamos, morirán personas. Si hemos de ser responsables de una matanza, prefiero que las víctimas sean nuestros enemigos.

El asentimiento de Creon fue seco, casi brusco. Pero sus dedos callosos encontraron los míos y los apretaron antes de alejarse para continuar haciendo la ronda entre los cadáveres, y supe por la

tensión de sus alas que aquel gesto escondía un sentimiento que era cualquier cosa menos indiferencia.

Siempre había sido él el asesino solitario, siempre el demonio al que culpar.

Esta vez... Los responsables de la matanza, al menos, seríamos los dos.



Capítulo 23

Todavía estábamos recogiendo armas y despejando la cubierta cuando los fae de la flota despegaron de sus navíos, reunidos en formación triangular entre nosotros y la costa de Tolya, y echaron a volar.

Recortado sobre el cielo azul, el ejército de Iorgas parecía una bandada de cuervos que acudiera al olor de la muerte: todos iban vestidos de negro, y sus espadas reflejaban la brillante luz del sol. Todavía no los oíamos a esa distancia. En aquel silencio ominoso e irreal, los crujidos y gemidos de nuestro barco sonaban el doble de fuerte, y, cuando arrojé la última espada al montón que había acumulado junto al mástil, me costó no estremecerme ante el agudo tintineo de acero contra acero.

Creon, por supuesto, no se inmutó. Estaba apoyado en la regala por la que acababa de arrojar el último cadáver, observando la aproximación constante de Iorgas y sus guerreros con una leve sonrisa en los labios. Una invitación amenazadora, que me recordaba vagamente a una araña tejiendo una hermosa tela para su presa.

—¿Cuántos dirías que son? —murmuré, mientras me situaba a su lado y apoyaba los codos en la madera pulida.

Ladeó la cabeza.

Poco más de cien.

—Joder.

Creon se rio.

Ni siquiera era miedo, aquel mordisco de dientes afilados que notaba en el vientre. No exactamente. Más bien... Me froté los ojos y mascullé:

—¿Cómo demonios me he convertido en el tipo de persona que se enfrenta a cincuenta fae a la vez?

Me han dicho unas cuantas veces que soy una influencia espantosa, signó con ironía.

Me reí a mi pesar. Se enderezó, se metió un mechón largo tras la oreja puntiaguda y lanzó con un gesto despreocupado una chispa de magia amarilla contra mi atuendo. La suavidad que había empleado para lanzar los cadáveres fae al mar quedó restaurada y mi vestido volvió a ser de un opulento terciopelo, aunque de un corte nada favorecedor.

—Bien. —Yo también enderecé la espalda, sin atreverme a apartar la vista de la flota que se aproximaba. Ya estaban lo bastante cerca como para oír los gritos de sus comandantes y los chasquidos de las alas al azotar el aire salobre del mar. ¿Tan cerca como estaba el muro del templo de Zera cuando arrojé mi manta contra él con magia de suavidad? No, se encontraban un poco más lejos—. Estoy preparada.

Creon se limitó a sonreír, una sonrisa que decía: «Siempre lo estás».

Tragué saliva, pero notaba la boca seca y dolorida. «Maldita sea...», pensé. Iba a demostrarle que tenía razón.

Nuestros enemigos volaban cada vez más cerca, formando un muro impenetrable de alas y espadas. A esa distancia ya veía sus rostros, sus mandíbulas apretadas y sus ojos furiosos. Con el pulso martilleando en mi garganta, esperé. Solo un poco más cerca...

Todavía estaban demasiado lejos para la mayoría de los ataques mágicos. La distancia diluiría la fuerza de mi rojo, y muchos de los

rayos ni siquiera llegarían a su objetivo. Pero un filo de acero podía hacer tanto daño como una ráfaga de magia roja, y teníamos espadas en abundancia tras la recolección que habíamos llevado a cabo.

A esas alturas, ya les veía los nudillos tensos y blancos aferrando las empuñaduras de sus armas.

Di un paso rápido hacia atrás, me volví hacia el primer montón de espadas, bajé la mano izquierda hacia mi vestido y permití que la magia fluyera a través de mí. Un chasquido rasgó el aire como un latigazo. Mis espadas y cuchillos, cuidadosamente ordenados, salieron disparados de la cubierta y golpearon la formación compacta de fae, sin respeto alguno por la carne ni por la gravedad, con tal fuerza que el terciopelo de mi vestido se volvió apagado y mate al instante. Hubo gritos de dolor y sorpresa, y vi salpicaduras de sangre por el rabillo del ojo. De pronto, la magia de Creon destelló sobre mí, restableciendo el suave terciopelo negro.

Nuestros oponentes no habían tenido tiempo de entender qué había ocurrido antes de que los asaltara otra andanada letal.

Cuando me atreví a echar un vistazo, vi que varias siluetas oscuras se precipitaban contra las olas. La mayoría había tenido más suerte, sin embargo, y sus compañeros estaban reparando parte de los daños con ráfagas de magia azul. Aun así, su avance se había frenado, y la ordenada formación del principio estaba dispersa. Unos pocos no se habían dado cuenta de que debían reducir la marcha y, antes de que pudieran replegarse para regresar a la formación, fueron golpeados por una oleada de rojo de Creon que cortó alas como un cuchillo hendiendo mantequilla.

Sus gritos al caer no levantaron la moral de los demás. En los extremos más vulnerables de la formación, los fae vacilaban conmocionados, como depredadores pequeños que de pronto descubren que no están en la cima de la cadena alimentaria.

Les dediqué mi sonrisa más inocente, esa expresión risueña que había funcionado de maravilla para aplacar a la Madre, y el fae más cercano reculó unos metros en el aire.

Creon derribó a unos cuantos más. Luego, se giró un poco hacia mí mientras los fae retrocedían a toda velocidad y sus comandantes

vociferaban órdenes para restablecer la formación.

¿Em?

—¿Qué pasa? —El corazón me retumbaba en mis oídos. Apenas me atrevía a mirar sus señas; tenía los ojos clavados en el ejército que volvía a alinearse, listo para atacar.

Mi magia me da problemas con algunos. Supongo que son sus favoritos.

No necesitaba explicarse. Incluso a esa distancia, a tantos kilómetros de la Corte Carmesí, las ataduras de la Madre protegían a sus favoritos, fae lo bastante importantes como para que su muerte pudiera provocarle un daño indirecto. Era justo lo que pensábamos que sucedería, y aun así se me escapó una imprecación.

—¿Cuáles son? —murmuré, escudriñando sus filas con atención.

La de las alas violetas, al fondo. El rubio del casco absurdo. El que está gritando: ese es Iorgas. Hizo una pausa y continuó con gestos apresurados. *Puedo encargarme del resto.*

—Muy bien. —Flexioné los dedos, fijándome en los tres fae que me había indicado—. Yo me ocuparé de ellos.

La sonrisa de Creon al girarse fue de una belleza deslumbrante y letal, la mueca de un animal salvaje a punto de atacar. Me habría provocado escalofríos, pero estaba tan tensa por la anticipación de la batalla que lo único que se me escapó fue una risita ahogada.

A apenas quince metros, Iorgas —de pelo blanco, alas rojas y armado hasta los dientes— dio la orden de ataque.

Era el momento de depararles la siguiente sorpresa.

La magia de Creon trazó una línea roja y cruel en el aire, y vi cómo los fae se encogían incluso mientras avanzaban para atacar. Pero aquella fuerza destructiva no estaba dirigida a ellos: cortó limpiamente los cabos de la vela mayor con el emblema del sol, y metros y metros de pesado lino encerado se vinieron abajo.

Yo ya estaba invocando mi magia de suavidad.

La vela fue barrida como si la arrastrara por una fuerte ráfaga de viento, directa contra la formación de fae. Gritaron, incapaces de detenerla mientras revoloteaba entre ellos como una mariposa asesina; sus estallidos de rojo no dejaron tras de sí más que

desgarrones, que no impidieron que la tela se plegara alrededor de un grupo de soldados antes de que yo la abandonara a la gravedad.

Absorbiendo la última pizca de suavidad de mi vestido, di un fuerte tirón de la vela hacia abajo, y su antinatural zambullida en el océano arrastró al menos a una docena de fae. Sus gritos, amortiguados por el lino y las batidas frenéticas de alas, enmudecieron cuando el fardo golpeó las aguas gélidas. Nada más que un chapoteo desesperado delató su posición.

Algunos lograrían desembarazarse de la tela empapada, pero, durante un rato, tendrían cosas más importantes que hacer que atacar.

Un destello amarillo me indicó que Creon había restaurado el terciopelo de mi vestido sin ni siquiera mirarme. Los soldados de Iorgas ya estaban lo bastante cerca para que su magia nos alcanzara. Los colores estallaron por todas partes, y tan solo me salvó el rápido gesto de hundir la mano en mis bolsillos llenos de conchas.

No había tiempo para estrategias ingeniosas: los fae nos rodeaban como buitres hambrientos, y sus alas oscurecían el cielo a mi alrededor. Dondequiera que mirase había espadas, cuchillos y ráfagas de rojo. Dejé de pensar y pasé a actuar tan solo por instinto, en un abandono que mitigó incluso la gélida garra del miedo.

En un momento en que podía morir si cometía un solo error, no podía hacer otra cosa que luchar.

Mi mente se redujo a una sola idea: sobrevivir. Empuñando un arcoíris de muerte, ya no veía más que armas y objetivos, no oía otra cosa que el silbido del acero y el crujido de la madera, no olía nada más que el miedo y la sangre. Una andanada de rojo brotó de mi mano derecha, atravesando piel y alas. Luego, iridiscencia para anular un ataque a centímetros de mi cara. Rojo. Iridiscencia. Un destello ocasional de azul para curar un corte que apenas sentía en el brazo, y más rojo... Había una simplicidad hipnótica en aquello: consistía en seguir viva, sin más. Esgrimía mi magia de forma instintiva, como si estuviera respirando, impulsada tan solo por la necesidad de mantener mi corazón latiendo un segundo más, un minuto más.

El montón de conchas usadas crecía a mis pies mientras bloqueaba una y otra vez los ataques de nuestros adversarios. Detrás de mí, los puñales de acero álfar de Creon hacían lo mismo, atrapando ráfagas de luz en el aire con una velocidad y una elegancia increíbles. Íbamos al compás, como siempre lo hacíamos, izquierda y derecha e izquierda de nuevo, girando una y otra vez sobre la madera manchada de sangre..., transformando aquel desafortunado barco en el salón de baile más cruel del mundo, y los gritos y alaridos de la batalla, en la más espantosa de las melodías.

Por el rabillo del ojo, vi pasar una mancha morada.

Me di la vuelta, esquivando un rayo rojo en el mismo giro y reflejando otro contra la cara de quien lo había lanzado con un poco de iridiscencia bien dirigida. Allí... Sí, había un atisbo violeta en medio del caos: las alas de la fae que Creon me había señalado, intentando acercarse sigilosamente tras la multitud de cuerpos sangrantes.

Por supuesto que él ya la había visto. No se me escapó el rápido movimiento de su mano derecha, el gesto de liberar su magia contra ella. Pero no hubo ningún destello rojo: las ataduras bloqueaban su poder, tal y como había predicho.

Un cuchillo pasó silbando por detrás de mí, se clavó en el mástil que había a mi lado y se quedó vibrando por la fuerza del lanzamiento. Alas Violetas atacó justo en ese momento con una brillante llamarada roja. Creon evitó el ataque apartándose rápidamente; pero la fae estaba demasiado cerca, y muy pronto se daría cuenta de que él no podía hacerle daño.

Maldición... No quería que ninguno de nuestros enemigos se percatara del problema.

«Yo me ocuparé de ellos», había dicho. Era hora de cumplir esa promesa. Avancé por la cubierta empapada en sangre, haciendo fintas y contratacando a cada paso, hacia la fae. Estaba escondida tras un mástil más pequeño, aparentemente indiferente a los cadáveres y moribundos que cubrían la cubierta. Cuando notó que me acercaba, una amplia sonrisa se abrió en la palidez de su hermoso rostro: parecía un gato hambriento al divisar un ratón.

La cuestión era, por supuesto, cuál de las dos era el ratón.

Le lancé un rayo rubí, y ella se rio a carcajadas mientras lo evitaba con una voltereta. Sus esbeltos miembros se movían con esa gracia fae incomparable que hacía que me sintiera como una niña torpe. Otra fae que se abalanzó sobre mí me distrajo por un instante. Cuando salté a un lado, Alas Violetas revoloteó justo fuera de mi alcance y canturreó:

—¿Vienes a jugar, Emelin?

Que los dioses me amparasen... No me extrañaba que esa fae le gustara a la Madre. Tenía exactamente su mismo tono de voz meloso y dulce, la misma forma de expresar una amenaza con voz cantarina y una sonrisa en su rostro de muñeca de porcelana. El recuerdo hizo que me hirviera la sangre. ¿Pero por qué me estaba provocando? Tenía que haber un motivo, y el único que se me ocurría era...

Pretendía alejarme de Creon. Si no nos cubríamos mutuamente, seríamos diez veces más vulnerables.

Apretando los dientes, avancé unos pasos y arrojé sin pensar un chorro de iridiscencia contra un destello rojo a mi derecha. La magia se deshizo en chispas bermellón y varios fae retrocedieron, gritando de sorpresa. Alas Violetas también vaciló por un instante, lo suficiente para reducir la distancia que nos separaba en medio metro.

Me arriesgué a usar la última suavidad de mi vestido contra ella.

¿Esa nueva magia era visible para los demás, como lo eran los colores? No debía de serlo, porque mi adversaria ni siquiera intentó esquivar mi ataque. Mi magia alcanzó el borde de su ala izquierda y la arrastró hacia mí como si fuera una marioneta.

Por primera vez, hubo auténtico terror en su grito, un eco desgarrado de los miedos que había sentido cuando tuve el saco de Zera en mis brazos. Me estremecí, y el rojo que había planeado arrojarle se quedó a medio camino, congelado en mi brazo. Malas decisiones, camino equivocado... Intercambiar siquiera una palabra con ella había sido un error: la había vuelto demasiado humana a mis ojos, traspasando la rabia y el odio.

La magia me mordió el hombro por la espalda, afilada y despiadada. Maldición... No debería haber dudado. No debería haber

mostrado debilidad. Había perdido el ritmo, como cuando se te enredan los pies al bailar y es imposible retomarlo: ahora me movía presa del pánico, ya no por instinto. Más rojo, y un ardor violento en mi muslo izquierdo me indicó que no lo había esquivado lo bastante rápido. Hubo un batir de alas que anunciaba la llegada de otro oponente. Alas Violetas se estaba incorporando, con los pálidos brazos y las mejillas manchados de sangre...

Un puñal rasgó el aire. Pasó silbando justo junto a mi oreja y se hundió varios centímetros en la suave piel bajo la mandíbula de la mujer fae.

Creon.

Respiré hondo, sin atreverme a mirarlo ni siquiera para darle las gracias. Por el amor de los dioses, ¿no iba a ser yo la que se encargara de esos tres bastardos? Y Alas Violetas había terminado con el cuchillo de Creon clavado en la garganta; mi momento de debilidad había estado a punto de llevarnos a la muerte..., como si necesitara que me protegiera, después de todo.

La furia hizo lo que el miedo no había logrado. Dos fuertes ataques me libraron de mi siguiente enemigo y volví a encontrarme de pie, con Creon a mi espalda y la magia haciendo que me escocieran las yemas de los dedos. Malditos fueran todos ellos, malditos fueran sus pesares ocultos. Tenía vidas que salvar. Debía encargarme de dos fae protegidos por las ataduras, e iba a hacerlo.

El fae rubio con un casco pomposo en forma de león no era difícil de localizar. Con aquel penacho dorado en la cabeza, se le veía a la legua. Si me acercaba a él, dejaría desprotegida la espalda de Creon, pero eso no significaba que no pudiera mover algo en su dirección...

Mi vestido tenía un aspecto apagado y opaco: no quedaba en el tejido ni rastro de suavidad. Pero Creon se encontraba detrás de mí, despedazando fae metódicamente, y sus alas eran suaves y aterciopeladas.

Lancé una fuerte ráfaga de rojo al mástil que tenía ante mí, salté hacia atrás y apoyé la mano en la membrana tensa. Volví a recurrir a la magia de suavidad para el movimiento, y bastó con un leve empujón para que el enorme palo de madera cayera justo donde yo

quería. Casco Ridículo intentó evitar que lo aplastara, pero su esfuerzo iba dirigido a un objeto que obedecía las leyes de la gravedad, no para la velocidad mágica. Fue demasiado lento, y el mástil se estrelló contra alas y carne con una precisión que helaba la sangre.

Atrapado entre el mástil y la cubierta, no tenía forma de huir de mí ni de esquivar mis ataques. Aparté a otro fae de mi camino y me arriesgué a dar dos pasos hacia delante, lo justo para poner a Casco Ridículo al alcance de mi magia. Noté un movimiento por el rabillo del ojo y decidí dejar ese problema para después: pensé, durante una fracción de segundo, que mi magia podía rechazar aquel ataque. Primero tenía que deshacerme de ese bastardo antes de que se curara con el azul que aún contenía su camisa verde parduzca y volviera a atacar.

El rojo brotó de las yemas de mis dedos, acallando de golpe los gritos desdichados de Casco Ridículo.

En el mismo momento, algo se estrelló contra mi espalda.

Todo sucedió demasiado rápido. Aún estaba separando los labios para gritar, aún intentaba no caerme, cuando una mano me tapó la boca y noté una presión fría y afilada contra la mejilla. Otro brazo me ciñó la cintura y me apretó contra un cuerpo desconocido. Un único aletazo y mis pies se separaron de la cubierta resbaladiza, hacia el cielo abierto.

Mierda.

Mierda...

Reaccioné por puro reflejo: le clavé las uñas a ese brazo bronceado que me rodeaba la cintura y saqué todo el rojo que pude de mi vestido. Pero no se produjo el cosquilleo familiar de la magia; era como si estuviera intentando absorber color de un papel blanco.

Solo entonces caí en la cuenta de lo que era aquel frío pinchazo contra mi mejilla.

¿Acero álfar? Se me cortó el aliento mientras mi secuestrador me arrastraba hacia el cielo, atenazándome el pecho hasta cortarme el aliento. Estaba colgando indefensa, sin magia ni armas, en las garras de un enemigo, a decenas de metros por encima de la cubierta, sobre una vela hecha jirones y fuera de la vista de Creon, y unas

alas rojas batían con fuerza a mi espalda, llevándome cada vez más lejos.

Alas rojas...

Iorgas.

Me invadió un pánico cegador. Aunque Creon viniera a salvarme, sus ataduras le impedirían dañar a mi captor. Al menos, aún no estaba muerta: con esa baratija de acero álfar entre los dedos, Iorgas podía usar tan poca magia como yo. Pero todo lo que necesitaba era un cuchillo y una mano libre...

Pensar... Tenía que pensar. El viento silbaba a nuestro alrededor, el jadeo de Iorgas y el hedor de su sudor inundaban mi mente. Intenté retorcerme para zafarme de su agarre, y su brazo me atenazó la cintura con tanta violencia que estuve a punto de vomitar. Mi campo visual se llenó de puntitos negros cuando la mano que me tapaba la nariz y la boca apretó con más fuerza.

Intenté morderle los dedos, sin éxito.

—Pequeña zorra —gruñó, con los labios a un suspiro de mi oreja. Se me puso la carne de gallina, y un escalofrío me paralizó—. Estate quieta o...

Eché la cabeza violentamente hacia atrás antes de que concluyera su amenaza y le golpeé la nariz con la nuca.

El hueso crujió, y Iorgas rugió una maldición. Movió la mano izquierda y me soltó la cara, apartando el acero álfar. Sin perder un instante, le lancé todo el rojo que pude contra el brazo derecho, haciéndole un corte profundo. Me debatí con desesperación y logré zafarme de sus brazos, de su cuerpo...

Para hundirme en el vacío.

Solo un pensamiento resonaba en mi mente mientras caía durante un instante interminable: «Más vale que te dé tiempo a sujetarme, Creon».

Y entonces, me estrellé contra el océano gélido con un golpe que me arrancó hasta el último aliento, y dejé de pensar por completo.

El agua estaba helada, y el frío me penetró hasta la médula. Apenas conseguí lanzar un grito ahogado antes de que una ola me sumiera en un mundo oscuro. La presión del agua salada me aplastaba, como si quisiera mantenerme sumergida eternamente.

Tras el caos de la batalla y el rugido del mar, el silencio bajo el agua me pareció ensordecedor, y me pregunté, entumecida, si ya estaría muerta.

«Basta», me regañó la voz de la cordura. «¡Ponte a nadar, idiota!».

Pataleé frenéticamente y salí a flote, boqueando. Nadar... Pero el barco se encontraba a más de cincuenta metros, y el frío me estaba paralizando los músculos y los pulmones. «Creon», me recordé a mí misma. Creon vendría a buscarme... Pero no se le veía por ninguna parte y, aunque volara hacia mí, ¿cómo iba a encontrar mi cabecita entre el oleaje, rodeada de cuerpos de fae a la deriva?

Hubo un estallido de rojo.

No fui lo bastante rápida como para agarrar las conchas; ni siquiera me dio tiempo a comprobar si seguía teniendo alguna en los bolsillos, si habían sobrevivido a la caída. Chapoteando en el agua, tampoco tuve tiempo de esquivar. Lo único que hice, sin pensar, fue cubrirme con el brazo izquierdo, evitando el golpe directo en la cara.

La piel se abrió desde la muñeca hasta el codo, y la sal del mar vertió una agonía abrasadora en la herida.

Habría gritado si no se me hubiera llenado la boca de agua en cuanto separé los labios.

Joder, joder, joder...

Por encima de mí, Iorgas ya se preparaba para otro ataque. Volví a sumergirme, decidiendo en una fracción de segundo que prefería enfrentarme a la asfixia y la congelación antes que a una ráfaga de rojo en los ojos. Al menos, el agua helada atenuó el escozor de la herida mientras rebuscaba a tientas en los bolsillos, intentando encontrar los contornos afilados de las conchas con los dedos entumecidos. Localicé tres: las demás se habían perdido con la caída y la fuerza de la corriente.

Tres no eran suficientes.

«Socórreme, Zera», pensé. No quería subir a la superficie, donde me esperaba Iorgas, listo para atacar en cuanto asomara la cabeza, pero notaba los pulmones a punto de estallar. Mi piel se convertía lentamente en hielo. Si no ascendía en ese momento, quizá no volviera a hacerlo nunca más.

Apretando una concha en la mano izquierda, pataleé para impulsarme hacia arriba. Rompí la superficie, escupí una bocanada de agua y levanté la mano para defenderme.

No hubo ningún destello de rojo.

En su lugar, me recibieron el estruendo de las olas, los aullidos de los fae que agonizaban y el chillido de... ¿un pájaro?

Parpadeé para despejar el agua de mis párpados, luchando por mantenerme a flote. Iorgas seguía planeando por encima de mí, con las alas rojas desplegadas y media cara manchada de sangre. Pero, en lugar de lanzarse contra mí y pulverizarme con una ráfaga de rojo, estaba ocupado apartando a manotazos un borrón gris y blanco que revoloteaba alrededor de su cabeza, arañándole los ojos y las orejas y chillando con ira a cada aleteo.

Era un pájaro. Un ave rapaz.

Zera...

Mi risa sin aliento fue sofocada por otra ola, y estuve a punto de hundirme de nuevo. Me dio lo mismo. Iorgas maldecía con furiosa exasperación, y tampoco me importó. Empecé a nadar con una energía renovada, acercándome al barco. Creon tenía que estar allí, en alguna parte. Eso era lo único importante: encontrarlo, llamar su atención.

Allí.

Detrás de un mástil que se desplomaba, su oscura silueta salió disparada del barco como un relámpago que cruzara el cielo: un brochazo de negro contra el lienzo azul intenso. Intenté gritar su nombre, pero mi voz había quedado reducida a un susurro ronco y apenas me oía a mí misma entre el rugido de las olas. «Maldita sea», pensé. No había sobrevivido hasta ese punto para que me derrotaran mis traicioneras cuerdas vocales; pero, si no podía llamarlo...

Me di la vuelta. Iorgas hacía claros intentos de seguirme, pero fracasaba sin remedio contra el pequeño pájaro que continuaba picoteándole la cara con una ferocidad incansable.

Apreté la mano izquierda entumecida contra mi vestido y le arrojé un fogonazo salvaje de rojo.

El temblor de mis manos y el oleaje hicieron que me fallara la puntería: impacté en su cadera en lugar de en sus alas, pero su rugido de frustración no fue menos ensordecedor, y el ave aprovechó su distracción para clavarle las diminutas garras en el ojo izquierdo.

Y, esta vez, el aullido de aquel bastardo fue muchísimo más fuerte y bronco.

Creon giró bruscamente en el aire.

Solo tuve que alzar el brazo para que se lanzase en picado hacia mí, estirando la mano como si pudiera sacarme del agua por pura fuerza de voluntad. Un instante después, sus fuertes dedos se cerraron en torno a mi muñeca. Con un poderoso impulso, me levantó en vilo y me estrechó entre sus brazos imposiblemente cálidos, envolviendo mi cuerpo empapado y tembloroso como la más segura de las mantas, apretándome contra su pecho como si no fuera a soltarme nunca.

Em, articularon sus labios, y otra vez: *Em*, y luego unas palabras que no pude descifrar. No me hizo falta. La mirada salvaje de sus ojos me dijo lo suficiente: yo no había sido la única que había sufrido una agonía interminable en el último minuto.

—Estoy bien —farfullé, enganchando los brazos y las piernas a su cuerpo, clavándole las uñas en los hombros en un intento desesperado de convencerme de que era real—. Iorgas intentó matarme... acero álfar... tenemos que...

El ave chilló detrás de mí con un trino agudo y urgente. Giré la cabeza y vi que Iorgas la perseguía. Le manaba sangre del ojo izquierdo, y la magia roja destellaba salvajemente mientras intentaba apuntar a pesar de su falta de visión.

Por puro reflejo, me llevé una mano al vestido que antes era de terciopelo y solté toda la magia que encontré, preguntándome vagamente si sería capaz de frenarlo en el aire.

Iorgas no quedó paralizado. Pero bajó los brazos bruscamente, y sus músculos se aflojaron a medio aleteo. Cuando miré el ojo que tenía intacto, vi que su mirada era vacía, como la de un marinero al que hubieran golpeado demasiadas veces con la botavara. No pude ver más. Con una serenidad sorprendente, el comandante de la

Madre plegó sus alas y cayó, girando como una hoja sacudida por la brisa, hasta hundirse en el mar.

Ni siquiera intentó nadar.

Solo entonces me di cuenta de que mi vestido ya no era de terciopelo. Después de haber extraído toda la magia de él, no le quedaba suavidad alguna que pudiera emplear para crear movimiento. Sin embargo, la tela empapada tenía un brillo extraño que reflejaba los destellos azules del cielo.

«Lisura para la mente».

No le había impedido moverse. Le había impedido pensar.

—Oh —jadeé aturdida.

Incluso la risa muda de Creon estaba teñida de desconcierto. Sin embargo, giró en el aire sin dedicar una sola mirada a las alas rojas de Iorgas, que flotaban sobre la superficie índigo del océano, me dio un beso en la coronilla y me llevó de regreso, con un batir de alas lento y constante, al barco del que me habían secuestrado hacía unos minutos.



Capítulo 24

Quedaba muy poco de la orgullosa flota del Sol. Aunque Creon me llevó directamente a la proa intacta del barco, donde todavía había velas que ocultaban la mayor parte de la carnicería, las impresiones fugaces de miembros amputados y alas desgarradas no dejaban duda de cuál había sido el destino de nuestros enemigos. El mascarón de proa de bronce –un león alado que rugía triunfante a las olas– parecía una broma de mal gusto.

Aterrizamos en el castillo de proa, aún callados. En cuanto me dejó en cubierta, Creon me agarró del brazo, me curó la herida que me había causado Iorgas y comprobó cuidadosamente si tenía más daños en el resto del cuerpo. Solo cuando terminó su rápida y minuciosa inspección, volvió la vista hacia el océano y signó:

¿Te ha tocado?

Se me revolvió el estómago al pensar en la mujer humana y la niña sin registrar.

–No de esa forma.

El asentimiento de Creon fue lento, ominoso y nada tranquilizador.

–Tenía acero álfar. –Me quité el abrigo empapado y mis rodillas cedieron, incapaces de soportar mi peso. Me desplomé en la áspera

madera de la cubierta; todo estaba extrañamente silencioso, y la luz del sol era tan reconfortante como un baño caliente para mi piel helada–. Debió de darse cuenta de que sería la única forma de detenerme. Le rompí la nariz para liberarme.

Soltó una carcajada carente de humor.

Estoy orgulloso de ti.

Mi corazón dio un vuelco, todavía acelerado, preparado para el peligro y la lucha. Me aparté el pelo mojado de la cara, hice un gesto a mi alrededor y murmuré:

–¿Están todos muertos?

Sí. Su cara manchada de sangre parecía tallada en piedra. *Al parecer, puedo ser aún más desagradable de lo que creía.*

Tragué saliva.

–¿Fue cuando te diste cuenta de que había desaparecido?

Intentaban impedirme que fuera a por ti, signó secamente. El leve tic de su mandíbula me dejó claro cuál era el destino que habían sufrido esos imprudentes fae. *Así que acabé rápido. Los últimos huyeron; solo había una docena. No me molesté en perseguirlos.*

Lo que significaba que la Madre probablemente se enteraría de nuestra hazaña antes de que acabara el día. Reprimí una maldición y asentí, intentando no pensar en lo que haría aquella sabandija cuando se enterara de que yo había reaparecido. Tal vez amenazara a más islas para localizarme; advertiría a más pueblos de que no debían confiar en mí, insistiría en que yo no era más que una marioneta en manos de su hijo. Fuera lo que fuese, dudaba que me concediera unas semanas de descanso.

Y los dioses sabían que las necesitaba...

Creon se sentó a mi lado, con tanta elegancia que la madera de la cubierta no crujió bajo el peso de su musculoso cuerpo. Plegó las alas, se soltó el cabello y empezó a abrirse la camisa rota con rapidez. La piel que asomaba estaba surcada por una macabra telaraña de cicatrices antiguas y cortes nuevos. Aunque ninguno era profundo o peligroso, sí parecían doloroso.

Olvidé de golpe la idea de tomarme unas vacaciones.

–¿Necesitas ayuda?

Suspiró, se encogió de hombros y siguió despojándose de la ropa con el agotamiento de un guerrero que se libera de su pesada armadura después de la batalla.

Por supuesto que no necesitaba mi ayuda. Había lidiado con cosas peores, lo bastante a menudo para que aquello fuera, como mucho, una desagradable rutina. Me di un coscorrón mental y me corregí:

–¿Quieres ayuda, entonces?

Un destello de sorpresa rompió su máscara pétrea. Se quitó la camisa y signó:

Estás exhausta.

–Tú también.

Sí, pero...

Detuvo el gesto, tensando los dedos. Nuestras miradas se encontraron, nuestros cuerpos a menos de un palmo de distancia, y en ese instante de silencio pareció producirse toda la discusión: yo argumentaría que él también se merecía que lo cuidaran un poco, él me contestaría que tenía más experiencia que yo en aquello, yo objetaría que jamás adquiriría experiencia si me dejaba mimar por atractivos príncipes fae... En ese momento, él sonreiría y me preguntaría si estaba intentando engatusarlo, y yo me lanzaría a su regazo por más sangre que tuviera en los pantalones y por empapado que estuviera mi vestido.

Dejó caer la mano sin terminar sus señas, con una mueca de rendición.

–Al menos, parece que aprendes –murmuré, subiéndome a horcajadas sobre sus muslos. Estaba tenso como un resorte, con los músculos rígidos contra mi piel fría, una sensación que hizo que fuera consciente de golpe de cuánto tiempo hacía que no estaba tan cerca de él. Su pecho ardía bajo mi contacto, su piel de bronce estaba húmeda de sudor–. Esto no necesita demasiado azul, ¿verdad? –pregunté, rozando con cautela un corte superficial en su hombro derecho.

Menos de lo que crees. Curvó los labios en una sonrisa exhausta mientras sus pupilas seguían los movimientos de mis dedos. *Como siempre.*

Me reí entre dientes, apoyé una mano en mi vestido –que a estas alturas era de un verde apagado– y extraje un azul pastel como el de un huevo de petirrojo. El corte se cerró sin dejar cicatrices, pero tenía una textura muy lisa y era demasiado pálido, como la piel de un recién nacido.

–Vale –dije, poniendo mala cara–. Se necesita todavía menos.

La sonrisa de Creon cobró un poco de vida.

Un pelín menos.

En mi segundo intento, usé muy poca magia y apenas conseguí cerrar la herida: sus contornos continuaban visibles, aunque hubiera detenido la hemorragia. La tercera vez me salió bien. A partir de ahí, fui recorriendo su torso en silencio, soltando chispas azules por donde pasaban mis dedos, siguiendo las líneas de los músculos y sanando una herida tras otra hasta que solo quedaron las cicatrices antiguas en su piel de bronce.

Cuando levanté la vista, Creon seguía mirándome con una especie de asombro melancólico, como si yo no fuera del todo real, como si fuera una pompa de jabón destinada a estallar y desvanecerse en cualquier momento.

Me invadió un calor más intenso que el del sol que acariciaba mi piel, y con él regresó la conciencia de sus muslos duros como piedras bajo mi carne. Bastaban unos centímetros para que mis labios besaran aquel pecho esculpido. Era tan tentador ceder a su atracción magnética, concederme un instante de deseo, librarme del frío de mis extremidades y ahuyentar los recuerdos empapados en sangre...

Pero Creon no hizo ni el más mínimo movimiento en mi dirección.

–¿En qué estás pensando? –susurré.

Me estoy dando cuenta de que apenas miré por encima del hombro durante este combate. Sus signos eran rígidos y vacilantes, como si sus dedos no estuvieran seguros de cómo expresar sus pensamientos. *Es... extraño. Luchar junto a alguien a quien puedo confiar mi vida.*

Un calor totalmente distinto se unió al ardor de la seducción que hervía en mi vientre. Tragué saliva.

–¿Aunque me dejara secuestrar en mitad del combate?

Se encogió de hombros.

Luchaste para liberarte.

–Casi me ahogo.

No lo habrías hecho si no hubieras sabido que iría a buscarte.

Me quedé pensativa. Tenía razón. Si no hubiera tenido a nadie que pudiera ayudarme, jamás se me habría ocurrido lanzarme al mar: habría sido un suicidio seguro, una forma de morir aún más rápida que Iorgas. Y, sin embargo, había contado con que Creon iría a buscarme, que me sacaría del agua.

Un estremecimiento extraño recorrió mi espina dorsal.

–Yo... creo que yo tampoco he mirado por encima de mi hombro durante la batalla.

No. Sus labios se curvaron en una media sonrisa. *Lo sé.*

Nos quedamos en un silencio solo roto por el golpeteo de las velas hechas jirones. Creon me observaba: sus ojos seguían alerta, pero iba plegando lentamente las alas, relajando los hombros, aflojando los muslos contra la cubierta. Eran señales pequeñas; pero, en un hombre que no se había sentido seguro en toda su vida, tenían un significado mucho más profundo.

–Recuerdo que, cuando nos conocimos, te consideraba como un ejército de un solo hombre –dije despacio, en voz baja–. Pero eso ya quedó atrás, ¿no?

Incluso bajo la gracia sobrenatural de sus movimientos, había una tirantez inconfundible en sus labios, una expresión que solo podía describir como lo opuesto a una carcajada amenazadora.

No tienes ni idea de lo mucho que me gustaría dejar eso atrás.

–Entonces, esto es un ejército de dos personas. –Le pasé una mano por el pecho, recorriendo sus músculos, y se me escapó una carcajada inesperada–. Ya era hora de que alguien cuidara también de ti... Verás: te protegeré hasta que te vuelvas tan perezoso y malcriado que se te olvidará incluso cómo se desenvaina un cuchillo.

Esa vez, la tensión de sus labios fue debida a una sonrisa.

Tiras demasiado alto.

–¿Cuándo me ha detenido eso?

Nunca. Me rodeó la cintura con la mano izquierda. Sus dedos, maravillosamente cálidos, me estrecharon mientras seguía signando

con la mano derecha. *Aunque yo podría intentar oponerme.*

Ladeé la cabeza, enarcando una ceja.

−Está muy feo luchar contra tu propia compañera de armas.

Al revés, cactus, indicó, inclinando ligeramente la cabeza, un gesto que era inequívocamente una invitación. *Estoy descubriendo que esas son, con diferencia, mis peleas favoritas.*

Maldición... Los latidos de mi corazón se aceleraron ante aquella mirada tormentosa y bombearon una anticipación embriagadora por mis venas. Un sentimiento que no debería permitirme allí, en un barco que se había convertido en un cementerio flotante... Pero Creon estaba vivo. Yo estaba viva. Y en cuanto volviéramos a Tolya, habría ojos vigilantes que no nos dejarían ni a sol ni a sombra durante días.

Me incliné ligeramente hacia delante, muy despacio, hasta que nuestras frentes se encontraron y nuestras narices se rozaron sin llegar a tocarse. Creon se fue echando hacia atrás a la misma velocidad, manteniendo apenas un suspiro de separación entre nuestros labios mientras se tumbaba en la cubierta con una lentitud insoportable.

−¿De verdad? −murmuré−. En ese caso, tal vez deba empezar a malcriarte cuanto antes.

El aliento de su risa muda me acarició los labios. Por fin, se dejó caer en la desgastada madera, y sus alas se extendieron en un manto de exuberante terciopelo negro. Lo último que apoyó fue la cabeza. Contemplé su rostro, enmarcado por el cabello revuelto, y sus ojos salvajes e indómitos.

Me quedé mirándolo un instante y grabé en mi memoria cada detalle de su belleza inhumana: sus largas pestañas, los ángulos afilados de su mandíbula, la forma en que sus labios se curvaban ligeramente en esa sonrisa irresistible... Sus ojos eran como un canto de sirena que me atraía sin remedio, desafiándome a iniciar la más alegre de las batallas.

−Soy tuya −susurré.

En respuesta, me agarró la nuca y me besó con una intensidad abrasadora. Sus labios eran suaves pero exigentes, tiernos pero devastadores, y me respondían con mayor elocuencia de la que

nunca alcanzarían las palabras más dulces, cautivándome con su deseo mientras me apretaba contra su pecho. Le devolví el beso con el mismo fervor, le agarré la mandíbula y enredé los dedos en su cabello. Alzó las alas, envolviéndonos. Y así, sin más, los días de separación pasaron a ser insignificantes, y todas las horas de añoranza y preocupación se redujeron a un eco remoto en mi memoria... Creon estaba allí. Era mío. Nos enfrentaríamos al maldito mundo, si hacía falta. ¿Quién iba a detenernos mientras estuviéramos juntos?

Gemí cuando su beso se hizo aún más profundo, y de nuevo cuando clavó las uñas en mi vestido con un gruñido, tirando de la última barrera que separaba nuestros cuerpos. Su otra mano descendió por mi espalda y trazó círculos sobre mi trasero y mis muslos antes de deslizarse bajo mi falda empapada. Mi piel ardía febril bajo sus caricias. Se me abrieron las piernas mientras sus dedos apretaban y acariciaban el interior de mis muslos, ascendiendo lentamente en una tortura exquisita de camino al punto que ardía por él como el fuego del infierno.

Le lamí el labio inferior. En respuesta, me mordió el mío y soltó una risa mientras yo jadeaba.

En ese mismo momento, deslizó los dedos bajo mi ropa interior.

Me encontró húmeda y dispuesta, embriagada de dicha por ese breve momento de libertad. Aferré la dureza de su miembro cuando penetró unos centímetros y noté cómo temblaba en mi mano mientras yo gemía su nombre. Era una sensación tan arrebatadora que, durante varios segundos, ni siquiera oí el chillido impaciente que sonó de pronto entre el crujido de las velas y los chirridos de los cabos.

Un chillido, además, inquietantemente familiar.

Me quedé inmóvil, con una mano aún agarrando la entrepierna de Creon y otra apoyada contra su pecho desnudo. Él estaba petrificado, con los dedos quietos entre mis muslos, pero bajó lentamente las alas hacia la cubierta, como una flor oscura que abriera sus pétalos para dar la bienvenida a la cálida luz del sol, la brisa salobre y aquel sonido agudo y persistente.

El pájaro que había enviado Zera para socorrerme estaba posado en la borda, chillando como si estuviera a punto de arrancarnos los ojos.

La ardiente lujuria se convirtió en vergüenza absoluta en un pestañeo. Aparté las manos de golpe de la zona incriminatoria y me intenté recolocar el vestido de forma muy poco convincente, especialmente porque la mano de Creon continuaba entre mis muslos, lo cual arruinó completamente el efecto. El ave cerró bruscamente el pico e hinchó el buche mientras me miraba con ojos brillantes e impacientes.

«Si tienes tiempo para estas frivolidades», decía esa mirada, «¿no debería ocupar yo un lugar un poco más alto en la lista de tus prioridades?».

—Oh —dije, abochornada y poco dispuesta a admitir que me había olvidado completamente del aliado que me había ayudado a librarme de Iorgas—. ¿Aún...? ¿Sigues aquí?

No sabía hasta ese momento que los pájaros fueran capaces de fulminar con la mirada, pero ella lo logró, sacudiendo las alas con irritación mientras saltaba de una pata a la otra. Su mirada penetrante me recordó vagamente a...

Un segundo.

¿Ella?

Lo supe con una certeza absoluta mientras la miraba fijamente: era una hembra. Fue una revelación; no se basaba en nada, pero hubiera puesto la mano en el fuego. Aquella avecilla no mucho más grande que mi mano era hembra, aunque su plumaje —pecho blanco como la nieve, cuello moteado de color tostado— no me diera ninguna pista de su sexo. La conocía de alguna forma misteriosa. Reconocí su feroz orgullo por haber derrotado a un enemigo, y su irritación palpable por haberme entretenido con un intrascendente fae en lugar de dedicarme a expresarle a ella toda la gratitud que merecía.

—Ya... —Me aparté del regazo de Creon, sintiendo que se extinguía de golpe la excitación delirante que había sentido hacía nada, y me tambaleé en la cubierta bamboleante—. Humm... Ha sido una descortesía por mi parte, y te pido disculpas. Fuiste muy

valiente. Y temible. Te debo mi vida, y si hay algo que pueda hacer para saldar la deuda, dímelo, por favor.

Torció la cabeza, considerando la oferta. En ese instante de silencio, llegué a la conclusión de que era algún tipo de halcón, pero el más pequeño que había visto en mi vida.

¿Y por qué sentía el inquietante impulso, casi violento, de estrecharla contra mi pecho, como a una niña necesitada de protección? ¿Zera intentaba decirme algo?

Pero aquello no tenía sentido; nada lo tenía. Yo le había pedido ayuda a Zera en aquel momento bajo el agua. Pero si hubiera enviado a ese pájaro desde el continente, habría tardado mucho más que los segundos que tardó en llegar hasta mí. Entonces, ¿qué demonios estaba pasando?

La diminuta rapaz seguía mirándome como si esperase algo de mí.

Me volví hacia Creon en busca de apoyo y lo encontré sentado en cubierta, con los brazos musculosos sobre las rodillas. Desconcertada, vi que sonreía de oreja a oreja, con una mueca de diversión que dibujaba arruguitas en la piel bronceada en torno a sus ojos.

—¿Qué me estoy perdiendo?

Se encogió de hombros.

Estás consagrada a una diosa.

Consagrada.

Como Agenor.

Y sus serpientes.

Se me desorbitaron los ojos mientras me giraba hacia el pájaro, que soltó un chillido excitado, como felicitándome por haberlo descubierto por fin.

—Estás... estás aquí para quedarte —barboté atropelladamente. ¿Qué había dicho Agenor sobre las serpientes? ¿No habló de cientos de años? Que los dioses me ayudaran...—. ¿Conmigo? Eres mía, ¿no?

La rapaz bufó, erizando las plumas como si la hubiera ofendido.

—Quiero decir que estás aquí para tolerar amablemente mi existencia, ¿no? —me corregí, aturdida, y el ave pareció bastante más satisfecha.

Detrás de mí, la forma de respirar de Creon me indicó que estaba conteniendo la risa.

Volví a girarme y susurré impotente:

−¿No necesita un nombre?

Se supone que debes ponérselo tú. Se puso de pie con un leve aleteo y estudió a la pequeña criatura con inconfundible diversión. *Y eso es todo lo que tienes que hacer, que yo sepa. Está claro que ella ya te ha escogido.*

Volví a parpadear ante el ave, que me devolvió una mirada expectante.

−Ah... Entiendo. −Esa era una afirmación tan optimista que estaba peligrosamente cerca de la falsedad. Necesitaba intercambiar unas palabras con Agenor sobre aquella nueva tradición familiar de consagrarnos a dioses; a saber qué más cosas implicaría aquello, cosas para las que no estaba nada preparada−. Por supuesto. Pensaré alguno, entonces. ¿Qué...? ¿Ahora qué hacemos?

Quizá deberíamos volver a Tolya, sugirió Creon. *No estoy seguro de que al nuevo miembro de la familia le haga gracia que reanudemos lo que habíamos empezado.*

En efecto, algo me decía que la pequeña halcón se opondría ruidosa y violentamente si cometíamos ese error. Hice una mueca y dije:

−Mejor no arriesgarnos. Preferiría que las partes más delicadas de tu anatomía no sufrieran daños.

Buena decisión. Hizo una pausa para recoger su camisa de la cubierta. *No encontrarás por ahí sustitutos a la altura.*

Absorbí el último resto de rojo de mi vestido para arrojárselo, y él se echó a reír con sacudidas que estremecían su pecho mientras se ceñía la camisa a las alas y los hombros.

−Está bien −dije, conteniendo la sonrisa mientras me volvía hacia el ave aún sin nombre... Que los dioses me ayudaran, ¿cómo se le ponía nombre a un pájaro?−. Vamos a regresar a la isla. Allí aún no saben que estoy consagrada, así que a lo mejor sería prudente que te escondieras mientras intentamos...

Mi nueva familiar me interrumpió con un chillido furioso, ahuecando las plumas hasta asemejarse a un ovillo con patas.

Creo que eso es un no, aportó Creon.

−Por el amor de los dioses −dije, fulminando a los dos con la mirada−. Escucha, las ninfas...

Son el pueblo protegido de Zera, signó él encogiéndose de hombros. *Puede que concedan más favores a una maga consagrada que a la traicionera marioneta de un fae.*

−Pero Lyn no se lo dijo a Helenka...

El secreto no le pertenece. ¿Esperabas que fuera por ahí presumiendo de tus poderes?

No se me había ocurrido plantearlo así.

−No, pero...

Sinceramente, este es un argumento bastante convincente a tu favor. Se pasó la mano con la que no signaba por la melena, pensativo. *Nadie en su sano juicio sostendría que Zera me respalda como monarca del imperio, así que el hecho de que te haya consagrado, a pesar de todo... Bueno, cuando estés preparada para difundir esa noticia, puede que a muchos les dé en qué pensar.*

Cuando estuviera preparada... Miré al ave, que estaba recuperando lentamente su volumen habitual, y después contemplé la lejana costa de Tolya. «Preparada», como de costumbre, era una palabra demasiado optimista, pero, en cualquier caso, había adquirido unos nuevos poderes. ¿No sería mejor que los aceptara con confianza y de todo corazón?

Le lancé una última mirada dubitativa al monstruito emplumado que seguía posado en la regala. Ella brincó con un chillido alegre y, por alguna razón, ese sonido de entusiasmo desbordado me dio el empujón que necesitaba.

−Bien. −Estaría preparada cuando fuera necesario−. En tal caso, vayamos a molestar a unas cuantas ninfas.



Capítulo 25

La rapaz protestó ruidosamente cuando Creon me tomó en brazos, y no se calmó hasta que le expliqué pacientemente que sus alitas mullidas jamás podrían sostener mi peso. Incluso entonces, le lanzó una mirada torva a Creon desde la borda, y pio con agresividad cuando él desplegó sus alas oscuras y salimos despedidos por los aires con un par de aletazos poderosos.

Mientras Creon se elevaba hacia las costas de Tolya, la avecilla nos adelantó dos veces, viró en redondo y esperó a que la alcanzáramos. «¿Lo veis?», parecía decirnos su gorjeo triunfal. «¿A que no vais tan rápido como yo con esos alerones gigantes?».

Era un crimen que la risa de Creon fuera silenciosa. Cómo ansiaba oír su sonido, ese estallido de diversión que sacudía todo su cuerpo y convertía su bello rostro, siempre oculto tras una máscara, en un espejo mucho más bello del alma que había debajo. No me dio tiempo a pedirle que ignorara el desafío: Creon aceleró el batir de sus alas, y volamos tan deprisa que el rugido del viento acalló cualquier grito que yo hubiera podido proferir. Mi pequeña halcón chilló de indignación y se lanzó hacia delante con un aleteo aún más potente.

Y, de pronto, supe cómo se llamaba.

El nombre apareció en mi mente con una certidumbre total, igual que había entendido sus pensamientos. Naturalmente... Por supuesto que se llamaba así. Aspiré una bocanada de aire salado, levanté la cabeza del hombro tenso de Creon y grité:

—¿Alyra?

Giró de golpe, congelada por la sorpresa. Después, con un gorjeo de júbilo, regresó a toda velocidad hacia nosotros, revoloteó en torno con tanto ímpetu que estuvo a punto de estamparse con el ala izquierda de Creon, y salió disparada hacia delante de nuevo, sin dejar de piar extasiada.

Bueno...

Supuse que eso era un sí.

Solo entonces, cuando estuve segura de que no íbamos a recibir el impacto de un proyectil emplumado especialmente temperamental, me atreví a mirar a Creon, y él me devolvió la mirada con ojos tranquilos y brillantes. Había aprobación en sus pupilas, pero algo mucho más significativo palpitando justo debajo... Alyra, el Águila, la constelación primaveral que debía su nombre a la orgullosa ave mítica que había volado demasiado rápido y se había encontrado atrapada entre las estrellas, sin forma de regresar a casa.

—Estuve leyendo tu libro —dije, como si hiciera falta la explicación.

Un atisbo de sonrisa se dibujó en la comisura de sus labios; una sonrisa que me recordó por qué había estado a punto de besarlo hasta perder el sentido, hacía tan solo unos minutos. Solo el recuerdo de todos los ojos vigilantes que podían vigilar nuestro avance desde Tolya me impidió retomar el plan de inmediato.

Seguimos volando, con Alyra danzando por delante. A cada batir de alas, la costa de la isla estaba más cerca, y las aguas de las numerosas bahías y calas brillaban en mil tonos turquesa y aguamarina. Al ver aquellas playas de un blanco inmaculado y los árboles frondosos que las rodeaban, me resultó difícil no sentirme como un guiñapo: el vestido empapado y tieso contra la piel, el pelo hecho una maraña pegajosa y áspera por la sal... En todo caso, Helenka no esperaría que yo regresara de una batalla a muerte con

el aspecto de los clientes más pudientes de la señora Matilda, de punta en blanco y lista para codearme con la alta sociedad. ¿No?

Creon, que parecía saber exactamente adónde ir, se dirigió a una pequeña bahía en el lado sur de la isla. Al descender hacia la orilla, la envergadura de sus alas proyectó una sombra gigantesca en las olas. Alyra se adelantó y algunos pájaros trinaron desde los árboles, respondiendo a su llamada, pero ningún otro ser vivo apareció para saludarnos ni para expulsarnos.

En cuanto aterrizamos en la playa, Creon me dejó en el suelo y se apartó de mí. De nuevo lucía una máscara fría, y no quedaba ni rastro de deseo ni de alegría en las líneas altivas de su rostro. Parecía completamente ajeno al anhelo persistente que yo sentía bajo la piel. Por supuesto, era lógico y debería haberlo esperado... Y, sin embargo, sentí una punzada en el corazón: el contraste con el hombre que conocía y amaba era casi físicamente doloroso.

Pronto. Inspiré mientras me repetía la promesa: se lo diría a todo el mundo muy pronto. Pero ese no era el momento.

Me recompuse, me quité las botas empapadas y hundí los dedos de los pies en la arena tostada por el sol.

—Supongo que vendrán si lo consideran preciso, ¿no?

Creon asintió lentamente, escudriñando el bosque.

Percibo ninfas cerca, pero están esperando algo. Dudo que las haga muy felices que entremos sin invitación.

—Lo mismo opino yo —asentí con una mueca—. Esperemos, entonces. Alyra, ¿qué te parece si te hago un posadero en mi hombro?

Pareció entusiasmarla la idea, y sospeché que en parte se debía a que yo no le había ofrecido a Creon un sitio acogedor donde posarse.

Mi magia amarilla funcionaba sin problemas, siempre que no intentara hacer cambios en la textura de la superficie. Tras unos cuantos experimentos rápidos, conseguí crear una capa de tela más gruesa y resistente en el hombro de mi vestido, donde Alyra podía posarse sin perforarme la piel con sus diminutas garras. Practicó el equilibrio ahí durante unos tres segundos antes de salir disparada de nuevo a explorar unas flores de colores brillantes.

Después, esperamos en silencio. Las nubes algodonosas se deslizaban por el cielo de un azul brillante. El oleaje chocaba una y otra vez contra la playa nacarada. Creon paseaba de un lado a otro por la arena, haciendo girar distraídamente un cuchillo entre sus dedos, y yo contemplaba el follaje y rezaba para que alguien apareciera antes del anochecer.

Por muy tranquila que estuviera la isla, no oí acercarse a Helenka hasta el momento en que salió del velo de enredaderas y flores colgantes.

Daba la impresión de que la reina de Tolya no sabía muy bien cómo tratarnos, y había decidido que la hostilidad educada era la opción más segura. Entró en la playa con la barbilla alta y los labios apretados, como una dama que hubiera visto un pelo en su comida y no se lo mencionara a sus anfitriones por educación. El cabello pelirrojo parecía amansado y caía en suaves ondas, pero sus manos, armadas de garras curvas y negras, continuaban apretadas por la rabia contenida. Sus ojos esmeralda pasaron fugazmente de la figura ensangrentada de Creon a mi vestido manchado de sal, hasta acabar posándose en mi rostro.

—¿Y bien? —dijo con frialdad.

Probablemente debería haberle hecho una reverencia o algo parecido, pero estaba demasiado cansada y harta para preocuparme por las formalidades. Enderezando la espalda, sonreí y dije:

—Me complace informaros de que la flota del Sol ya no supondrá ningún problema.

Me miró fijamente durante cinco segundos. Yo le devolví la mirada, sin pestañear ni inmutarme. Me había enfrentado a todo un maldito ejército, por el amor de los dioses; no iba a permitir que una simple reina ninfa, por más cuernos y garras que tuviera, me intimidara.

—Ya veo —dijo finalmente, con aquella voz grave y melodiosa—. ¿Y por qué habéis regresado a la isla, a pesar de haberos dicho de forma explícita que no quería veros por aquí?

¿Porque no era mi soberana y sus órdenes tenían la misma importancia para mí que un saco de estiércol? Decidí callármelo diplomáticamente.

—Mis amigos siguen en Tolya —respondí en su lugar, haciendo hincapié en la palabra «amigos», por si tenía intención de decirme que a Lyn y Tared yo no les importaba un pimiento—. Estamos agotados y necesitamos urgentemente dormir un poco. Esperaba que haber puesto en peligro nuestras vidas para salvar a vuestro pueblo os hubiera hecho reconsiderar vuestra postura.

Resopló y sus ojos se desviaron brevemente hacia Creon, como si evaluara una amenaza.

—He visto más engaños fae que tú amaneceres en toda tu vida, muchacha. ¿Quién me dice que la Muerte Silenciosa no estaba involucrado desde el principio en el plan de sus hermanos? ¿Que todo esto no fue simplemente una treta para engañarnos, hacer que confiáramos en ti y en tu...?

Con un chirrido como de metal, un borrón blanco grisáceo se abatió en picado desde lo alto.

—¡Alyra, no! —Me abalancé hacia delante, comprendiendo demasiado tarde lo que estaba pasando. La reina ninfa se hizo a un lado en un remolino de piel morena y velos de encaje; de no haber sido por sus rápidos reflejos, habría acabado con un pico de halcón incrustado en la nuca. Alyra cambió de rumbo justo a tiempo para evitar estrellarse contra la arena y se elevó de nuevo, piando furiosamente.

—Alyra —repetí sin aliento—. Para. No es una enemiga. Solo estamos teniendo un desacuerdo civilizado. ¡No, no...!

La mirada de orgullo herido de la rapaz se parecía inquietantemente a la expresión de Edored cada vez que alguien no se tomaba en serio sus bienintencionadas ofertas de cometer un asesinato sangriento, pero al menos pareció desistir de su empeño por hacer correr la sangre. Extendí el brazo y se posó de mala gana en mi hombro, todavía con las plumas erizadas de ira.

Por el rabillo del ojo, noté que Creon apartaba lentamente la mano de su camisa negra. Preferí no pensar a quién habría apuntado, de haberse visto obligado a intervenir: si a Alyra, para contener su agresividad, o a Helenka y su sin duda impresionante magia de ninfa.

—Disculpadme —farfullé, volviéndome hacia Helenka con el corazón aún martilleándome en la garganta. No tenía sentido pensar en lo que podría haber pasado—. No volverá a ocurrir. ¿Qué decíais?

A dos pasos de la frontera de árboles, la reina de Tolya había enmudecido.

La furia había desaparecido de su rostro. Sus manos engarfiadas habían caído a los lados. Solo movía sus extraños ojos carentes de pupilas, que iban de Alyra a mí y de nuevo a Alyra, desorbitándose un poco más a cada instante. No parecía haberme oído. En realidad, no parecía reparar en nada más que en la naturalidad con la que mi familiar se había posado en mi hombro y se había quedado allí.

—Esto... esto es imposible —susurró finalmente, con una risa aturdida que ponía en duda sus palabras. Su voz se había vuelto bruscamente ronca—. ¿Qué le has hecho a ese pobre pájaro, muchacha? ¿Qué magia impía has empleado para conseguir...?

Alyra lanzó un chillido indignado.

—Habláis de mi familiar, supongo —sugerí cortésmente.

Al borde de mi vista, Creon reprimió una sonrisa inesperada.

Helenka ni siquiera lo advirtió. Me observaba boquiabierta, con sus ojos esmeralda fuera de las cuencas.

—¿Cuántos años tienes?

No los suficientes como para haber vivido y conocido a Zera antes de que acabara la Guerra de los Dioses. Ambas sabíamos que esa era la respuesta que buscaba, pero me mordí la lengua y le ofrecí una menos pedante:

—Veintiún veranos.

—Los dioses... —Tragó saliva de forma ostensible—. Los dioses llevan muertos toda tu vida.

Me armé de valor.

—Zera sigue viva.

A esas alturas, Helenka estaba temblando como una hoja. Sus ojos no paraban de ir de Alyra a mí, intentando dar un sentido a los hechos que conocía. Mi familiar; mi magia misteriosa, de la que debían de haberle hablado sus espías... Solo había una explicación posible, pero una que convertía en mentira quinientos años de

existencia sin dioses. ¿Sería capaz de aceptarlo en el poco tiempo que teníamos?

—Ha perdido la mayor parte de su poder —continué, con la voz más firme que mi pulso galopante. No era el momento de darle la oportunidad de ordenar sus pensamientos y decidir que aquel milagro no era más que otro asqueroso truco fae—. Vive en su bosque del continente, donde está protegida de la plaga. Pero está viva y aún escucha vuestras plegarias.

Helenka exhaló un suspiro áspero y tembloroso.

—La encontraste.

—Sí.

—Ella... —Volvió a mirar a Alyra—. Ella te ha hecho... Vedra.

No conocía la palabra, pero su voz se había reducido a un susurro jadeante, casi reverente, que hacía innecesarias las preguntas.

—Así es.

Una retahíla de sílabas brotó de sus labios, y no supe si eran imprecaciones o plegarias. Con una mano temblorosa, señaló la linde del bosque que tenía detrás; no siguió la dirección con la mirada, como si incluso en ese momento —después de la batalla, incluso después de descubrir a Alyra— no se atreviera a confiar en la decisión que estaba tomando.

—A ningún siervo de Zera se le niega santuario en mi isla. —Había desesperación en su voz—. Camina, muchacha fae. Tus amigos te están esperando.

No me moví.

—¿Y Creon?

A pesar de su aturdimiento, la repulsión fue tan evidente en su rostro como la luz del día, y su voz brotó sin un ápice de duda:

—La bestia asesinó a una reina de Tolya. A menos que esté dispuesto a matarme a mí también, no pisará mis tierras.

Bien. Aquello quedaba lo bastante claro.

Y eso... eso lo daba por zanjado, ¿no? Imaginé lo que iba a suceder mientras me giraba para encontrarme con la mirada de Creon, con el cansancio y la derrota pesando sobre mis hombros. Él se encogería de hombros con ese gesto indiferente que había perfeccionado a lo largo de los siglos, ese gesto que decía: «No es

culpa mía que te niegues a reconocer la gloria y la perfección de mi existencia». Sonreiría con esa hermosa y escalofriante sonrisa que era una amenaza de muerte y una promesa a la vez. Y luego, desaparecería llevándome con él o me dejaría a merced de las artimañas de nuestros dudosos aliados, porque aquello era más seguro que mostrarse vulnerable. Porque la Muerte Silenciosa, una pesadilla hecha carne, jamás suplicaría ni intentaría regatear para que le permitieran el paso. Porque...

Creon ladeó un poco la cabeza y me miró, como la aguja de una brújula que encontrara el norte. Y con dedos rápidos y ágiles, signó:

Ofrécele un trato por la verdad.

La sorpresa borró de mi mente el concepto del lenguaje durante dos segundos.

Un trato. Por la verdad... su verdad. Lo que significaba... ¿Lo que significaba que iba a intentarlo, arriesgándose al rechazo y al fracaso? La idea parecía tan imposible que parpadeé como una lechuza bajo el sol del mediodía, olvidándome por un momento de aparentar que era una maga consagrada que sabía exactamente lo que hacía.

—¿Estás... estás seguro?

Una sonrisa se deslizó por su rostro, hermosa como un día de verano. Bajo ella latía un destello de comprensión tácita.

Sí, siempre y cuando tú me protejas.

Dioses míos...

Mi risa brotó de forma débil, nada convincente. Me había escuchado, no solo aquel día, sino también aquella noche junto al fuego, cuando le hablé de mis secretos y de su incapacidad para hacer que la verdad fuera un poco menos desagradable. Y su respuesta era... un trato por la verdad, por una pequeña grieta en el escudo impenetrable de la Muerte Silenciosa.

Tenía ganas de llorar.

Pero me estaba observando una reina ninfa temblorosa, y el futuro de nuestra alianza podría depender de las palabras que estaba a punto de pronunciar. Así que, simplemente, me enfrenté a ella y le dije:

—Te ofrece un trato por la verdad. Cualquier pregunta que tengas sobre sus motivaciones y ambiciones.

Parpadeó, tan descolocada como yo lo estaba, como si la revelación repentina de que Zera seguía viva no fuera lo menos sorprendente.

—¿Un trato por... la verdad?

—Sí.

—¿A cambio de qué?

La incredulidad de su voz era evidente. Había tratado antes con fae; conocía las venenosas traiciones que podían esconder sus tratos..., y un trato por la verdad era algo extremadamente poderoso. ¿Podía culparla por no creer que la Muerte Silenciosa le estaba ofreciendo asomarse al interior de su mente sin intenciones ocultas?

Creon se limitó a señalar con la cabeza el bosque que tenía a sus espaldas: acceso a la isla.

La risa de Helenka fue un poco demasiado estridente.

—Eso depende mucho de tus respuestas, Hytherion. Puede que reconsidere mi postura después de saber lo que tienes que decir, y eso es lo máximo que voy a negociar.

Una promesa mísera, pero Creon asintió sin vacilar, aceptando un trato tan desequilibrado que habría apestado a desesperación si hubiera sido cualquier otro fae.

Helenka se humedeció los labios; la falta de resistencia de Creon no había hecho sino reforzar la sospecha en sus ojos. Una vez más, no necesité poderes demoniacos para entenderlo: hacía apenas unos meses que me había encontrado en su misma situación, obligada a confiar en un desalmado asesino fae aunque todos mis instintos me gritaban que huyera de él. Hasta donde ella sabía, Creon tenía que estar jugando, porque los suyos siempre lo hacían. Pero yo no parecía ser la estúpida querida de un fae de la que le habían hablado los enviados de la Madre, y Creon acababa de salvar a su pueblo y sus árboles... Así que, ¿en qué podía confiar?

Un trato mágico. Eso, al menos, ofrecía una esperanza de certeza.

Supe que había tomado una decisión en cuanto levantó la mano. Fue un movimiento mínimo pero elocuente, en dirección a la silueta

silenciosa de Creon. La expresión de incredulidad persistía en sus ojos cuando dijo:

– ¿Cuántas preguntas tengo?

Creon se encogió de hombros y levantó cinco dedos.

–Que sean diez. –Hubo un destello osado de codicia en sus ojos que me recordó al de un niño que se dedicara a pinchar a un animal encadenado, llevado por la curiosidad suicida de intentar averiguar cuándo mordería. Pero Creon se limitó a enarcar una ceja, divertido, y subió tres dedos de la otra mano.

Ocho. Ceder a sus demandas sin ninguna objeción habría sido demasiado sospechoso.

–Ocho habrán de bastar. –La reina dio un paso mínimo hacia delante, y luego otro, hasta que lo alcanzó en la orilla. Sus pies descalzos parecían estar buscando estabilidad en la arena mojada. La mano que le tendió parecía muy pequeña, comparada con sus dedos largos y llenos de cicatrices–. Responde a mis ocho preguntas con sinceridad y sin intentar engañarme ni por escrito ni con gestos, y consideraré la posibilidad de permitirte el acceso a esta isla. Y si decido que no, te marcharás sin más objeciones y sin dañar a nadie bajo mi protección.

Él se limitó a asentir.

Una luz cegadora brotó de entre sus dedos. Cuando la magia del trato se asentó, una eternidad después, una marca azul brillante había aparecido en el interior de sus muñecas. Contrastaba vivamente con el rojo violento de la marca que Creon compartía conmigo.

–Bien. –Helenka sonaba a punto de desmayarse–. Mi primera pregunta: ¿quieres gobernar tú mismo el imperio?

Creon negó con la cabeza mientras se arrodillaba grácilmente ante ella, una sombra negra y ensangrentada contra los colores pastel de su isla. Trazó las letras con gestos rápidos en la arena húmeda, y las palabras fueron apareciendo:

Preferiría morir.

Los ojos de Helenka se abrieron de par en par, pero su voz no flaqueó.

–¿Eres leal a la Madre?

No desde la Batalla Final.

–Entonces ¿por qué viniste aquí y mataste a Zoya?

Creon suspiró y borró las letras anteriores con dos barridos rápidos de la mano. Y después escribió, una palabra tras otra, como si aquello no fuera un secreto que había guardado obstinadamente incluso entre nuestros aliados más cercanos, como si no estuviera hablando de unos poderes que se habría arrancado de la carne si hubiera podido...

Ningún otro podría haber absorbido su dolor.

Helenka y yo nos quedamos boquiabiertas por motivos totalmente distintos.

–Su... su dolor... –La reina ninfa me miró con un destello de impotencia en los ojos, como si estuviera considerando, por un instante, rogarme que interviniera y revelara que todo aquello no era más que la broma fae del siglo–. ¿Quieres decir... con tus poderes demoniacos?

Creon asintió, sin rastro de aversión en su rostro endurecido. Ya llevábamos cuatro preguntas. ¿Llevaba la cuenta, como yo? ¿Llevaba Helenka la cuenta? No sabía si la reina había caído en que su última frase también había sido una pregunta.

–Quieres decir... –Había cerrado los puños, pero le temblaban–. ¿Eso significa que ella no sintió nada de tu tortura y que tú... que tú recibiste el dolor en su lugar?

Creon volvió a asentir. Ese gesto no traslucía el horror que yo había visto, su rostro ceniciento aquella noche en la cabaña, ni cómo se debía de haber sentido al cortarse lentamente en pedazos a sí mismo para evitar el dolor de la pobre ninfa que le habían ordenado matar. Aun así, Helenka dejó escapar un leve gemido.

–¿Es algo que hayas hecho antes? –susurró–. ¿Con otras víctimas?

Todas. La palabra apareció en la arena, amarga, cargada de significado. *Desde la Batalla Final.*

Durante cinco o diez segundos, Helenka se quedó mirando aquellas letras. No se movió. Ni siquiera parecía respirar, pero detrás de ella, los árboles y las enredaderas susurraban con la brisa como niños inquietos, traicionando el torbellino de sus pensamientos.

«Todas». La reina de Tolya no era ninguna estúpida: sabía perfectamente cuántas vidas habían encontrado el fin a manos de Creon, y las atroces formas en que había acabado con ellas.

Tal vez le odiara tanto como a la mismísima muerte, pero, aun así, sabía reconocer un sacrificio cuando lo veía.

—¿Cuántos...? No, espera. —Levantó la cabeza, y sus rizos de un rojo dorado botaron contra sus cuernos y su rostro al encontrarse con mi mirada—. ¿Cuántas preguntas me quedan?

Me preguntaba a mí, no a él, así que no contaba como pregunta. Inteligente.

—Lleváis seis.

—Quedan dos —murmuró, frotándose el delicado rostro con una garra—. Que los dioses me ayuden... Mi séptima pregunta, entonces. La embajadora fae que taló nuestros árboles, hace veinte años, y que murió el mismo día que Zoya... ¿También la mataste tú?

Creon asintió, y luego añadió en la arena:

Hice lo que pude para protegeros.

Helenka soltó una carcajada nerviosa. Echó un último vistazo por encima del hombro, como si comprobara que sus árboles seguían allí y no habían sufrido daños, y luego soltó:

—¿Qué significa Emelin Vedra para ti?

Se me paró el corazón.

Pero Creon se puso a escribir sin vacilar, y las letras aparecieron bajo su índice con la misma rapidez que cualquiera de sus respuestas anteriores.

Moriría por mantenerla a salvo.

Solo entonces me di cuenta de que la reina no le había pedido la verdad completa, sino solo la verdad. Y esa era una respuesta, quizá la más sencilla.

Helenka suspiró, y no supe decir si era de alivio o de decepción. ¿Esperaba detalles más escandalosos? ¿O temía que la situación fuera peor?

Todo lo que dijo fue:

—Gracias.

Creon se puso en pie, batiendo levemente las alas al cambiar de postura. Su rostro era ilegible. En él no había impaciencia ni triunfo.

Era una página en blanco, una invitación a que la ninfa lo juzgara y cumpliera su parte del trato.

Helenka se quedó mirando la gema azul que había aparecido en su piel oscura, y luego palpó su superficie lisa como un espejo. Le temblaban los dedos, pero apretó los labios con firmeza, señal de que había tomado una decisión.

−Una noche. −Su voz había recuperado aquel antiguo tono de autoridad−. Se te permitirá descansar aquí y hacer planes durante una noche. Luego, te marcharás y no volverás a pisar jamás esta isla. ¿Está claro?

Hubo un matiz de arrogancia en la sonrisa de Creon, pero no era la misma soberbia que solía mostrar cuando trataba con el resto de la gente. La sonrisa de la Muerte Silenciosa era condescendiente hacia quien la recibía: un recordatorio mudo de que, si no había matado a todos los gusanos que se arrastraban frente a él, era por pura misericordia de su corazón negro como la tinta. La mirada que cruzó con Helenka, en cambio...

Era un gesto de gobernante a gobernante. «Veo tu poder», decía. «Lo respeto».

Helenka enderezó la espalda hasta que las puntas de sus cuernos casi alcanzaron la altura de los hombros de Creon. Se volvió hacia Alyra y hacia mí y, por un instante, vi el desconcierto en sus ojos, que cargaban con el peso de todas las revelaciones que la habían sacudido en los últimos minutos.

Sin embargo, se recompuso en un abrir y cerrar de ojos.

−Tú puedes quedarte todo el tiempo que desees, Emelin Vedra. −Giró sobre sí misma, y su túnica vaporosa revoloteó alrededor de su cuerpo menudo mientras regresaba al bosque−. Seguidme, pues.



Capítulo 26

Quizá hubiéramos pasado la semana anterior vagando por un bosque, pero las diferencias entre el bosque de Tolya y el de Zera no podrían haber sido mayores.

El lugar que habíamos dejado atrás era silencioso, solemne y desprovisto de vida: lo más parecido a un cementerio. En cambio, el bosque de ninfas en el que nos adentrábamos vibraba de vitalidad, tanta como la de las criaturas que lo habitaban. Mientras Helenka nos guiaba por el sinuoso sendero, entre lianas enmarañadas y ramas entretejidas, contemplé el movimiento que destellaba por todas partes en deslumbrantes tonos verdes, azules y violetas. Los ratones y los pájaros se escabullían entre las hojas, las mariposas se desprendían de las flores... De vez en cuando, un estruendo de gritos y risitas nerviosas delataba que un montón de ninfas se ocultaba sin demasiado éxito entre la vegetación.

Aunque parecían curiosas, nunca mostraban sus rostros, y se apartaban constantemente para evitar nuestras miradas. Al principio supuse que era por Creon, que se paseaba a mi lado con los pómulos manchados de sangre, arremangado, mostrando las cicatrices tintadas de su piel. Aunque no hubiera exhibido ese

recordatorio de la batalla, hubiera sido difícil no reparar en su bestial poder en aquel lugar donde los colores brillaban como piedras preciosas y rebosaban potencial mágico. Por supuesto que las ninfas estaban asustadas; claro que se preguntaban por qué su reina lo conducía a su bosque, cuando minutos antes le había vetado el acceso.

Pero la primera palabra comprensible que oí entre las voces susurrantes... fue mi nombre.

Y de repente, el nerviosismo mal disimulado de las ninfas adquirió un significado totalmente distinto.

Porque no se debía solo a que Creon se pavoneara por su bosque, cubierto de sangre y rebosante de un poder que apenas podían comprender. También se debía a mí, una desconocida con magia consagrada y un pequeño halcón en el hombro, que había regresado victoriosa de una batalla contra una flota de fae. Para esas ninfas, yo ya no era la jovencita necia que por azar carecía de ataduras, sino una fuerza que debían tener en cuenta.

Y aunque una parte de mí tenía ganas de encogerse e insistir en que me estaban sobrevalorando, también había algo extrañamente adictivo en la conciencia de que estaba a la altura del depredador que tenía al lado, de que ya nadie veía en mí a una víctima indefensa.

Los susurros nos acompañaron según nos adentrábamos en el bosque, un sonido afilado como una cuchilla que contrastaba con el murmullo apacible de la brisa y el gorgoteo ocasional del agua. Helenka no dijo una palabra, por evidentes que fueran los siseos entre el follaje. Pasamos por claros llenos de flores, donde el aire estaba cargado de la dulzura de la madreselva y las rosas; estanques cristalinos cuya bruma olía a musgo y tierra húmeda; árboles cargados de fruta, perfumados con la fragancia de las bayas maduras y la miel... No se veía ni rastro de ciudades o aldeas por ninguna parte, ni siquiera una cabaña o un cobertizo solitario.

Llevábamos caminando unos diez minutos cuando un sonido muy diferente rasgó la constante armonía de voces susurrantes y hojas que crujían.

Gritos.

Vacilé al oírlos: eran unas voces apagadas, pero desesperadas. Aun en la distancia, era obvio que pertenecían a hombres y mujeres que sufrían tanto que eran incapaces de articular una sola palabra coherente. ¿Otro ataque? ¿Otra batalla? Pero Helenka siguió caminando como si no oyera la lejana cacofonía, y Creon no parecía nada perturbado cuando se detuvo despreocupadamente a mi lado y me indicó con un gesto que siguiera avanzando.

—¿Qué es ese ruido? —vocalicé en silencio, porque no quería que Helenka se enterara de cómo se me había revuelto el estómago.

La prisión de la isla. Lanzó una rápida mirada a la pelirroja reina y continuó signando con rapidez. *Las ninfas no matan. Cuestión de principios religiosos.*

Tragué saliva y me supo a bilis.

—Así que mantienen encerrados a sus cautivos —comprendí.

Sí. Esbozó una sonrisa irónica. *Los fae consideran que es una debilidad por parte de las ninfas... hasta que caen en una de sus prisiones, por supuesto. ¿Vienes?*

Que los dioses me amparasen... Corrí tras él y Helenka; por más que me esforzaba, era incapaz de ignorar las súplicas que se filtraban entre la espesura. ¿Acaso la reina nos había conducido hasta allí a propósito, para recordarnos de lo que era capaz su pueblo? ¿O ni siquiera se le había pasado por la imaginación que la tortura pudiera incomodar a unos invitados cuyas manos ya estaban manchadas de sangre fae?

Un escalofrío me recorrió la espalda. Una cosa era matar a enemigos en medio de un combate..., y otra, lo que les estuviera pasando a los pobres desgraciados que habían acabado en sus manos. «Lobos contra lobos»...

Entonces se me ocurrió una idea.

—¿Helenka? —No sabía cómo había logrado pronunciar su nombre con calma y seguridad; las palabras apenas eran las hilachas de un plan antes de llegar a mis labios—. ¿Os importaría prestarme a un par de prisioneros durante unas horas?

Se dio la vuelta sin aminorar la marcha, esquivando ágilmente ramas y raíces fibrosas mientras avanzaba de espaldas.

—¿Y para qué los necesitarías exactamente, Emelin Vedra?

–Necesito averiguar algo –dije, haciendo una pausa para ver si se contentaba con eso. Al ver que continuaba mirándome, suspiré y continué hablando–: Algo sobre las ataduras.

Helenka se puso rígida a la mitad de un paso.

–Quiero averiguar cómo romperlas. –En un fogonazo de inspiración, señalé a Alyra, que chilló ante aquel pequeño reconocimiento–. Es la razón por la que Zera me entregó esta magia. Pero preferiría no realizar experimentos arriesgados con la magia de nuestros aliados, y no tengo tantos sujetos de prueba a mi alrededor para...

–Sí –me interrumpió. Su voz se había vuelto áspera–. Comprendo.

Parecía que había subestimado el peso que podía tener la simple mención de las ataduras. Por supuesto, también estaba en juego el futuro de su pueblo: su fertilidad y, con ella, el destino de toda su especie. Aun así, me sorprendió que se diera la vuelta sin hacer más preguntas.

–Haré que te envíen unos cuantos –dijo–. ¿Hay algún requisito que deban cumplir?

Miré a Creon, que se encogió de hombros, divertido.

Que no estén completamente locos, preferiblemente.

–Sería de agradecer que no hubieran perdido el juicio –dije con cautela, ignorando el vuelco nervioso que dio mi estómago.

Helenka se rio entre dientes, pero señaló a nuestra derecha sin dedicar una palabra más al asunto.

–Por aquí, por favor.

Dejamos atrás los gritos, algo que no lamenté en absoluto. En comparación, los estridentes susurros eran un telón de fondo agradable.

Caminamos unos diez minutos más antes de que emergieran, al fin, unas voces familiares de la tupida maleza.

–¡... te dije que te quedaras en la cama! –Esa era Lyn: su aguda voz infantil era fácil de distinguir–. ¡Y no me digas que Ylfreda te permitió marcharte! Si se entera, te vas a pasar una década zurciendo calcetines...

–Sinceramente, yo no dejaría ni siquiera mis calcetines a su alcance –replicó Tared con sequedad.

Se me dibujó una sonrisa. Edored estaba soltando una réplica airada –algo sobre sus excelentes habilidades para zurcir calcetines, que jamás conocerían porque no tenía intención de tocar nada que hubiera estado en contacto con los malolientes pies de Tared– cuando atravesamos la última cortina de ramas florecidas y entramos en el claro donde se encontraban mis amigos. Había más álfar de los que esperaba; seguramente fueran parte de las fuerzas que Thorir había llevado a la isla. Edored, envuelto todavía en vendas y ungüentos, despotricaba contra Lyn, cuyas ropas mostraban una generosa colección de agujeros chamuscados y manchas de hollín.

–He aquí tus compañeros –indicó Helenka de forma rígida y redundante.

–¡Em! –gritó Lyn justo a la vez, dejando a Edored con la palabra en la boca. Echó a correr hacia mí, y las conversaciones enmudecieron de golpe mientras todas las cabezas se volvían hacia nosotros–. Por Inika, ¡estás empapada! ¡No me digas que saltaste por la borda! Y esto... –Vaciló cuando sus ojos ambarinos se deslizaron hacia Alyra, posada en mi hombro–. Ay, por todos los dioses...

–Te has dado cuenta mucho más rápido que yo –comenté con ironía, reprimiendo el impulso de alejarme de los ojos que se clavaban en mí. Todos los que me rodeaban eran miembros de la Alianza, algunos de ellos álfar a los que consideraba amigos; y, sin embargo, el nuevo filo de incomodidad que mostraban sus rostros era dolorosamente similar a las miradas que había recibido durante mis primeros días en el Subterráneo–. Esta es Alyra. Alyra, te presento a la familia. ¿Os importaría...? –Hice un gesto desfallecido hacia mi ropa empapada–. Me vendría bien un rato para recuperarme, antes de daros el informe completo.

–Lógico –asintió Thorir desde detrás de un grupo de camaradas. No le había visto hasta ese momento, pero su sonrisa era casi idéntica a la de siempre, y me entraron ganas de abrazarle–.

Continuad todos con lo que estabais haciendo. Por cierto, buen trabajo, Rompenarices.

Ni una palabra de elogio para Creon, por supuesto. Era como si no estuviera allí, a mi lado, mientras el grupo que rodeaba a Thorir murmuraba un saludo antes de desaparecer. El único álfar que reconoció claramente su presencia fue Tared, y, al ver los puñales que lanzaba por los ojos, deseé que lo hubiera ignorado igual que los demás.

—Yo también me voy —se apresuró a informarnos Edored, y desapareció antes de que Lyn pudiera decir una palabra más sobre sus heridas y la ira de Ylfreda.

Helenka carraspeó a mi lado, dejando claro que ya había perdido bastante tiempo viendo discutir a los álfar.

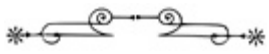
—Confío en que aquí encontrarás todo lo que necesitas, Emelin Vedra. Haré que te traigan a tus sujetos de prueba lo antes posible.

Sin más, giró sobre sus talones y se alejó. A su alrededor, las lianas y las ramas se apartaron de su camino para no enredarse en sus cuernos retorcidos.

—¿Sujetos de prueba? —repitió Tared, enarcando las cejas cuando por fin apartó la mirada de Creon para examinarme a mí y al ave de mi hombro—. ¿Tienes algún plan aún más ambicioso, Em?

Lyn nos lanzó a Creon y a mí una mirada de leve desesperación, y luego se giró hacia Tared.

—Primero, vamos a darles ropa seca. Hablar de estrategia bélica con harapos empapados no es buena idea.



Un poco más allá del claro, había una docena de pequeñas estructuras creadas con ramas y hojas que parecían haber brotado directamente de la tierra. No eran exactamente cabañas, sino más bien cúpulas de la altura de una persona. La mochila que había dejado en la playa antes de la batalla se encontraba junto a una de las aberturas que servían de puerta; la de Creon había sido abandonada sin miramientos en medio del camino.

La recogió del suelo con un simple encogimiento de hombros y me dedicó una rápida sonrisa, mientras desaparecía tras la delicada cortina de tallos de la cúpula más cercana. Cada fibra de mi ser ansiaba seguirlo, retenerlo durante media hora y ayudarlo desinteresadamente a desvestirse..., pero notaba la mirada de Tared clavada contra mis omóplatos, y las ninfas sin duda me observaban desde sus escondites entre la vegetación.

Le pedí a Alyra que fuera a echar un vistazo a la isla y me metí sola en mi refugio.

La gran palangana llena de agua caliente que encontré en la mesa de dentro bastó para hacerme olvidar por un momento la guerra y las ataduras. Al lado había una pequeña pila de lociones y jabones, y sentí un placer casi obsceno al ir probando cada uno antes de decidirme por uno cítrico con flores secas. Me había pasado siglos vagando entre árboles, sin un solo baño a la vista; bien podía permitirme un instante de indulgencia.

Cuando por fin me libré de mi vestido pegajoso y empapado, y pude lavarme toda la sangre, el sudor y la sal que me acartonaban la piel, me sentí como si hubiera renacido. Frotarme las puntas del pelo con aceite de jazmín hizo el resto. Una vez limpia, sin apestar a cadáver ahogado, saqué del fondo de la mochila mi única prenda que no era negra: un vestido azul aciano que había empacado porque era tan ligero como cómodo. Dudaba que necesitara magia roja bajo la protección de Helenka, y vestirme de azul podría dar a entender que no quería hacer daño a nadie.

Con las uñas cortadas y el pelo recogido en una trenza suelta, me sentí mucho más preparada para la siguiente tarea que me aguardaba. Si tenía que convertirme en el tipo de persona capaz de realizar experimentos mágicos con prisioneros, al menos podía hacerlo con un poco de estilo.

Lyn y Tared estaban sentados en el claro cuando regresé, con las cabezas muy juntas, discutiendo algo en voz baja. Eso fue todo lo que alcancé a ver, porque, en el instante en que intenté acercarme a ellos, una mancha rosada y rubia como la miel apareció frente a mí y me aplastó la caja torácica con tal fuerza que sonó un crujido: Naxi. Me rodeó con sus delgados brazos, mientras desgranaba un

elaborado monólogo de agradecimiento y me dejaba sin aliento. Cuando por fin me soltó, veía chispas negras en el borde de mi campo visual. Naxi tenía los ojos azules vidriosos por las lágrimas, y los hombros encorvados por el pánico de las últimas horas.

—Muchas gracias —susurró por vigésima vez, al menos, aún con voz trémula—. No tienes ni idea... Esos cabrones...

—No pasa nada —murmuré, sin saber muy bien qué decir. No pareció convencerla, así que forcé una sonrisa—. Tampoco ha supuesto tanto esfuerzo.

Soltó una carcajada potente y se acercó a saltos a la siguiente cúpula, con una alegría un poco exagerada.

—¡Creon! Creon, sal de una vez. ¡Necesito darte un abrazo!

Al menos alguien reconocía que él había hecho la mitad del trabajo... Creon no se asomó, pero Naxi parecía tan decidida que dudé que tardara más de un minuto en sacarlo a rastras.

Lo cual me daba apenas unos instantes para asegurarme de que a Tared no se le ocurriera desenvainar una espada cuando se cruzaran sus miradas.

Lyn y él interrumpieron su conversación cuando me acerqué a ellos. Solo cuando estuve a mitad del claro me fijé en la comida que tenían delante, extendida sobre una manta: queso, frutos secos, pan y una cantidad mareante de mermeladas de colores brillantes, repartidas en docenas de pequeños cuencos y platos. Mi estómago soltó un único y sincero rugido al ver aquella abundancia, y al instante me temblaron las piernas con un hambre voraz que no me había permitido sentir hasta ese momento.

—Pensamos que tendrías hambre —comentó Tared, mientras yo me dejaba caer sobre el musgo y agarraba de un cestillo de mimbre el primer pan blanco que alcancé. El álfar tenía los labios tensos y la espada desenvainada, pero su voz no dejaba entrever sus preocupaciones—. Sírvete todo lo que quieras. Nosotros ya hemos almorzado con los demás.

Me llené los carrillos de pan y tragué sin apenas masticar.

—Supongo que Helenka estaría encantada de encontrarse con una horda de álfar famélicos a los que alimentar.

La risita de Lyn dijo lo suficiente.

—No estarás insinuando que carecemos de modales en la mesa, ¿verdad? —me preguntó Tared con sorna.

—¿Yo? Jamás me atrevería.

Me dio un codazo en las costillas, y consideré la posibilidad de arrojarle un puñado de avellanas. Luego, decidí que tenía demasiada hambre para desperdiciar comida y me las metí en la boca. Señalé con la cabeza el otro extremo del claro y farfullé:

—¿Naxi está bien?

—Lo estará —dijo Lyn en voz baja—. Se han reabierto viejas heridas. Perdió a su madre y a la familia de su madre en uno de esos ataques.

Lo había sospechado; eso explicaba por qué una medio demonio con muy poca empatía había acabado siendo leal al bando perdedor de aquella guerra. El rumor de su charla animada con Creon me pareció discordante, y me pregunté qué habría sentido yo bajo aquella fachada alegre si la hubiera buscado mientras cargaba con el saco de Zera.

—Entonces —dijo Tared, interrumpiendo la espiral de mis pensamientos—, ¿nos vas a contar la historia de cómo demonios has salido viva de la batalla, o es un conocimiento arcano y divino fuera del alcance de los simples inmortales?

Terminé por lanzarle una avellana. Soltó una carcajada, y le noté mucho más aliviado de lo que esperaba bajo esa diversión superficial.

Solo me llevó unos minutos resumir la locura de nuestro combate: conchas, terciopelo, Iorgas y su acero álfar... Los dos parecieron profundamente satisfechos cuando les conté que Casco Ridículo había terminado aplastado por un mástil, y más aún cuando describí el humillante final de Iorgas. Cuando relaté la llegada de Alyra —omitiendo con tacto la situación concreta que había interrumpido—, ni siquiera la presencia de Creon al otro lado del claro logró borrar la sonrisa irónica del rostro de Tared.

—Y luego convencimos a Helenka de que nos dejara entrar —terminé, de nuevo saltándome estratégicamente los detalles de las preguntas que había hecho—, y pasamos por delante de una prisión de camino hacia aquí. Y entonces, pensé... Bueno, si tengo que

practicar magia mental con alguien, será mejor que lo haga con unos cautivos fae que con nuestros propios compañeros, ¿no?

–Sí –admitió Lyn con inquietud evidente–. Estoy de acuerdo en que no deberíamos utilizar a nuestros aliados como sujetos de prueba.

–Aunque haya algunos a los que no echaría especialmente de menos –murmuró Tared, lo que le valió una avellana en la cabeza lanzada por Lyn–. Pero... ¿estás segura de que quieres hacerlo ahora? –preguntó, volviéndose hacia mí–. Ya has tenido un día bastante agitado. Si prefieres descansar unos días aquí mientras nosotros vigilamos que la Madre no vuelve a intentar nada, nadie te lo va a negar.

Se trataba de una sugerencia muy tentadora: pasar unos días holgazaneando en un bosque bañado por el sol, sin pensar en nada más que en comer bayas y bañarme de vez en cuando en el mar azul. Sin embargo...

Me arriesgué a mirar a Creon, que se acercaba con pasos despreocupados acompañado por Naxi. Helenka quería que se marchara de Tolya al día siguiente, y la marca del trato no le daba más opción que obedecer su orden. Así que serían días allí sola. Días fingiendo que no le echaba de menos. Días guardando secretos que ya no quería seguir callándome.

–Fuisteis muy convincentes cuando me dijisteis que teníamos poco tiempo para buscar a Zera –repliqué, mojando un trozo de pan en un mejunje rojo brillante que parecía jalea de granada. Contra el pan blanco, se asemejaba a la sangre, y tuve que hacer un esfuerzo para que no se me revolviera el estómago–. Dudo que la Madre decida tomarse las cosas con calma, ahora que sabe que Creon y yo somos capaces de derrotar una flota entera los dos solos.

Los labios apretados de Lyn me dijeron que odiaba estar de acuerdo conmigo.

–Aun así, no ayudarás a nadie si te matas a trabajar...

–Dioses míos –suspiró Naxi alegremente mientras se dejaba caer a mi lado–. ¿Otra vez hablando de muerte?

Me aparté un poco para que Creon pudiera sentarse entre ella y yo, bien separado de Tared. Tenía que recordarme a mí misma

constantemente que su desafortunado duelo había tenido lugar hacía menos de veinticuatro horas en su línea temporal, aunque las gélidas miradas de Tared lo dejaban bastante claro. Creon, gracias a los dioses, se limitó a ignorarlo.

—Prometo no matarme —dije una vez se hubieron acomodado, dirigiéndome tanto a Naxi como a Lyn—. Solo quiero comprobar hasta dónde puedo llegar, ¿de acuerdo? En el peor de los casos, si no consigo nada hoy, lo volveré a intentar más tarde. Pero no hacer nada durante el resto del día, cuando la Madre podría atacar otra isla mañana mismo...

La sonrisa desapareció bruscamente de la cara de Naxi, y la maldición ahogada de Lyn me dijo que había ganado aquella discusión. A mi lado, ignorando por completo la conversación, Creon se lamió una gota de jalea de granada del pulgar, y un estallido de chispas ardientes prendió en mi vientre por más que apartara la mirada de aquel espectáculo peligrosamente tentador.

Maldición... Ya era hora de terminar con aquella tarea. Si tenía que fingir una semana más que no estaba loca y perdidamente enamorada de él, podría sufrir una combustión espontánea.

Como si hubiera oído ese pensamiento, una esbelta ninfa con los brazos cubiertos de escamas plateadas apareció en el claro en ese momento, anunciando que el primero de los cautivos de Su Majestad estaba listo.



Capítulo 27

El demacrado fae fue arrastrado hasta el claro del bosque, atado con espinosas zarzas verdes y sujeto por cuatro ninfas como si fuera un caballo salvaje al que hubiera que someter.

Y, sin embargo, parecía completamente vencido.

De no ser porque sus guardianas tiraban de él, seguramente se habría desplomado. Sus ropas colgaban en jirones, y tenía la carne pegada a los huesos: era la delgadez extrema de una persona a punto de morir de inanición. Sus brazos y piernas lucían ronchas rojas, algunas superficiales y otras lo bastante profundas como para que brotara sangre. Su cabello rojo estaba enmarañado y apelmazado, y sus alas, pálidas y cuarteadas, parecían tensarse dolorosamente tan solo por el esfuerzo de mantenerse en pie.

Cayó de rodillas en el momento en que las ninfas se detuvieron ante nosotros, soltando jadeos sibilantes mientras luchaba por recuperar el aliento.

—El prisionero solicitado, Vedra —proclamó una ninfa de ojos rojos.

Me quedé mirando el despojo miserable que yacía a mis pies y consideré cambiar de opinión, seguir el consejo de Lyn y

esconderme en mi cúpula durante los siguientes cinco días. «Lobos contra lobos»... Que otros se ocuparan de aquello; yo solo era un corderito que había terminado atrapado en los juegos de los depredadores.

Entonces, me recordé que era yo quien se había querido meter en aquellos juegos al reclamar esos poderes, a pesar de las advertencias de Zera. Me obligué a tragarme la hiel y, levantando ligeramente la barbilla, dije:

—¿Podríais desatarlo, por favor?

Las ninfas parpadearon confusas, pero obedecieron sin hacer preguntas. Las enredaderas se aflojaron y se deslizaron, separándose del cautivo inmóvil. Lyn y Tared observaban la escena con los labios apretados y los ojos fríos. Naxi parecía una niña a la que acabaran de regalar un cachorrito. La mano izquierda de Creon estaba apoyada en su muslo sobre el pantalón negro, lista para intervenir si a nuestro desafortunado prisionero le quedaban energías para luchar.

—Gracias —dije cuando las ninfas retrocedieron, reuniendo toda la cortesía que pude—. A partir de aquí nos encargaremos nosotros. Os avisaré cuando haya terminado.

Tras unas rápidas inclinaciones de cabeza, desaparecieron entre los árboles. Habría más ninfas espiándonos entre el follaje, supuse, pero así, al menos, no tenía que preocuparme por mantener los modales cortesanos con las emisarias de Helenka.

El fae que tenía delante no se movió. Mantuvo la frente apoyada en el musgo, como si pudiera hacernos desaparecer a todos si lo deseaba con todas sus fuerzas.

—Bueno —dijo Tared, con un tono tan imperturbable como de costumbre a pesar del frío de sus ojos grises—, aquí no queda mucho que arruinar.

El prisionero volvió la cara al oír aquello, y sus ojos apagados y entrecerrados se dirigieron primero a mí y luego a Creon, que estaba a mi lado. Hubo una chispa de reconocimiento en su mirada, un alivio que rara vez se veía en alguien que se topara con la Muerte Silenciosa.

—Por favor. —El susurro desgarrado apenas fue audible—. Hytherion, termina con esto, por favor.

Creon no se movió. Lo observó con la misma calma impasible con la que habría contemplado a una mosca que intentara salir de su jarra de cerveza. Lyn se mordisqueó un rizo rojo, con los puños apretados. Tared soltó una maldición, pero no dijo ni una palabra más.

Todos estaban esperándome a mí.

Mierda. No podía hacerlo. Los soldados de Iorgas, al menos, habían sido nuestros oponentes: nos atacaron con la arrogancia de unos guerreros acostumbrados a vencer sin despeinarse. Pero aquel cascarón vacío estaba a medio camino del infierno, y suplicaba que lo ayudáramos a cruzar el último tramo. ¿Cómo iba a hacerlo sufrir aún más?

—Ay, si insistes... —Naxi resopló con impaciencia y puso los ojos en blanco. Luego, miró con el ceño fruncido al fae arrodillado, que se derrumbó flácido y con los ojos vidriosos—. Listo. Estará inconsciente un rato. Y antes de que sientas lástima por él, te diré que vino aquí con la intención de talar nuestros árboles y venderlos para su propio beneficio. Sabía a lo que se exponía.

Parpadeé mientras me acercaba con cautela. El ladrón de árboles no se movió.

—¿Cómo lo sabes?

—Es el único delito por el que se nos permite encerrar a los fae —dijo, dejándose caer en el musgo con un revoloteo de su falda rosa—. El nuevo embajador estuvo de acuerdo en que, en la práctica, estaba robando también a la Madre, ya que los asesinatos de árboles interfieren con la recaudación de tributos.

El nuevo embajador, que, presumiblemente, se había ganado ese título después de que Creon asesinara al anterior. Cuánto sufrimiento acumulaba aquella pequeña isla...

—¿Y qué le has hecho exactamente para dejarlo inconsciente?

—Ah, solo he saturado su sistema nervioso. —Me sonrió—. Eso suele noquearlos un rato. Recuérdame que te enseñe ese truco, Creon. ¿Algo más, o podemos ponernos manos a la obra?

Me arrodillé junto al cuerpo yerto del ladrón y estudié su rostro. No parecía estar sufriendo. Era lo mejor a lo que podía aspirar, supuse.

—Lo intentaré —dije en voz baja.

Naxi aplaudió como una niñita entusiasmada.

—¡Qué emocionante!

Deseé sentir una pizca de su entusiasmo mientras acercaba la mano a la cara del pobre fae. Vacilé, aún a unos centímetros de sus mejillas demacradas. Tal vez debería haber advertido a los demás de que no tenía la menor idea de lo que estaba haciendo. «Mente y magia», había dicho Zera, pero aquello era tan vago que me resultaba completamente inútil.

—Esto es lo que sabemos —murmuré, bajando la voz para que no me oyeran las espías ocultas entre la fronda. Si lo repetía todo en voz alta, tal vez se me ocurriera alguna idea brillante—. La Madre utilizó una combinación de iridiscencia y lisura para amarraros a todos con sus ataduras. Iridiscencia para limitar vuestros poderes, lisura para hacerlo solo cuando tenéis intención de dañarla. Pero lo de la intención es opcional: también podría atar a la gente eliminando toda su magia, ¿no?

Lo ha hecho, signó Creon. *Con gente cuya magia no era útil para producir tributos para el imperio.*

—Por supuesto. —Hice una mueca—. ¿Alguna idea de si llevaba su collar de perlas favorito también en esas ocasiones?

Asintió, lentamente.

Creo que sí.

—Así que, básicamente, sería una variedad menos sofisticada de lo mismo —reflexioné, decidiendo que empezaría por ahí; todo lo que fuera eliminar complicaciones me convenía—. ¿Alguien tiene un puñado de perlas a mano?

Creon se rio mientras se dejaba caer al suelo, cruzaba las piernas y lanzaba un destello amarillo al musgo que me rodeaba. El verde mullido se tornó iridiscente bajo las yemas de mis dedos, brillante como si estuviera hecho de perlas verdosas.

—Me sigue pareciendo hacer trampa —murmuré, apretando las manos contra aquella superficie opalescente y concentrándome en el

ladrón fae inconsciente. Magia para alterar magia... ¿Pero por dónde empezar? Ante mí solo había un cuerpo inerte, en vez de los nítidos rayos de color que había desviado en el barco de la flota del Sol.

Tímidamente, pregunté:

—¿Tenemos alguna idea de en qué parte del cuerpo se localiza la magia?

—Hay docenas de teorías diferentes —respondió Lyn, sentándose a mi lado con una arruguita entre las cejas que indicaba que aquel experimento se había convertido en un rompecabezas académico. Tared seguía de pie, apoyado contra un árbol en postura indolente, pero se le iban los ojos tanto hacia Creon como en dirección al fae inconsciente—. La teoría más extendida es que la magia se encuentra en el corazón, pero...

Titubeó y no terminó la frase.

A decir verdad, signó Creon, enarcando las cejas, *un cuchillo en el corazón tiende a limitar las capacidades mágicas de cualquiera.*

Estuve a punto de soltar una carcajada, pero capté la mirada de Tared y decidí que más valía que no me riera. Con una punzada de culpabilidad, me incliné y posé las yemas de los dedos en el pecho del fae. Su corazón aleteaba bajo sus costillas como un pájaro enjaulado. Cerré los ojos y pensé en perlas, ópalos y pompas de jabón hasta que noté el cosquilleo de la magia en la mano izquierda. Pero aquel poder que se agitaba en mí...

No fue a ninguna parte.

Como un hilo de agua que se encontrara con un obstáculo, la magia se detuvo en seco y se acumuló en los dedos de mi mano derecha. Murmuré una imprecación y aparté la mano izquierda del musgo nacarado. La presión contenida se filtró fuera de mí, dejando tras de sí una sensación parecida a la del agua helada.

—No encuentro un objetivo en el que usarla. —Me mordí el labio mientras estudiaba al fae inconsciente—. ¿Pensáis que tendría que obligarle a usar su magia para poder arrebatársela?

—No hizo falta hacer eso cuando la Madre nos ató —aportó Naxi con un ligero encogimiento de hombros—. Se limitó a señalarnos con una mano, y yo noté un vacío en el vientre; no tardó más de...

–¿En el vientre? –interrumpió Tared, tensándose contra su árbol–. Yo sentí dolor de cabeza.

Se hizo un silencio cortante, inquietante. Los dos se miraron con el ceño fruncido, repasando sus recuerdos, comprobando si eran exactos, y esperaron.

–Oh, dioses –susurró Lyn, sin aliento–. ¿Cómo es posible que nunca hayamos hablado de esto? Para mí fue también el vientre... Pero, entonces, ¿eso significa que...?

No terminó la frase.

Miré a Creon, con una sospecha súbita, y sus ojos graves se encontraron con los míos. Asintió, leyendo mis pensamientos como de costumbre, mientras se tocaba la garganta con dos dedos.

Su garganta.

Porque la Madre le había arrebatado la voz.

–Inika, dame fuerzas –murmuró Lyn–. Somos idiotas. Por supuesto.

El precio que había pagado había sido su fertilidad: la magia procedente de su vientre, más concretamente, de su matriz. Lo mismo sucedía en el caso de Naxi. En cuanto a Tared...

Me volví hacia él, vi sus labios apretados y el brillo acerado de sus ojos grises, y no supe si atreverme a preguntárselo.

–¿Qué... qué te quitó a ti?

No sonrió, no se encogió de hombros, no enarcó una ceja. No hizo ninguno de aquellos gestos conciliadores con los que intentaba suavizar las verdades más amargas que salían de sus labios. Su voz estaba tan tensa como la cuerda de un arco cuando respondió:

–El recuerdo de mis padres.

Le miré fijamente.

–Sé lo que los demás me han contado de ellos, claro. –Forzó una sonrisa, torcida y tan dolorosa como una cuchillada en las tripas–. Pero no recuerdo sus voces. Ni sus caras.

–Joder... –No se me ocurría nada más que decir. «¿Cómo es posible que nunca hayamos hablado de esto?», había preguntado Lyn, y la respuesta era evidente: no habían querido recordar aquel día infernal después de la Batalla Final, ni pensar en lo que habían perdido–. Lo siento mucho.

Se encogió de hombros y apartó la mirada.

−Lo mejor que puedes hacer es romper las malditas ataduras.

Bien. Tomé aire para armarme de valor y me volví hacia mi víctima, aquel cuerpo roto lleno de huellas de tortura. Me tembló un poco la voz mientras intentaba centrarme en la cuestión esencial.

−Vale. Si todos sentisteis la ausencia de vuestra magia al tiempo que perdíais lo que se llevaba..., puede que haya un motivo por el que arrebata algo cuando crea una atadura. Quizá no lo haga porque le guste hacer daño a la gente, sino porque es la única forma de extraer la magia de los demás, vinculándola a otra cosa.

Supongo que es necesario, sí, signó Creon, frunciendo los labios. *Si no, no obligaría a sus aliados a pagar un precio.*

Tenía sentido.

−Entonces, ¿qué le quitamos a este?

−¿Los dedos? −sugirió Naxi alegremente.

−Por el amor de los dioses −bufó Lyn−. Lo que te resulte más fácil, Em. Eso sí, no le arrebates el pulso. Helenka no se lo tomaría bien.

Al infierno con Helenka y con lo que se tomara bien o mal, pensé, pero me tragué la réplica por el bien de la diplomacia. Me froté la cara antes de apoyar una mano en el musgo y la otra en la piel reseca del fae famélico. ¿Acaso le quedaba algo que pudiera arrebatarle?

Quizá...

La idea no se me ocurrió: me asaltó por sorpresa, y no pude librarme de ella. Tenía una opción, una ética, que me permitiría mirarme al espejo sin sentir repugnancia. Pero ofendería a Helenka. Podría acusarme de socavar su poder y, a decir verdad, no le faltaría razón.

Lo que significaba que no debería hacerlo. Debería arrebatarle al prisionero la voz o la vista o cualquier otra crueldad, y mandarlo de regreso a continuar sufriendo el resto de su corta vida entre enredaderas espinosas.

«Maldita sea...», pensé para mis adentros. No, me negaba a hacer eso.

Noté cómo nacía la determinación en mis entrañas: un punto de estabilidad al que poder agarrarme, aunque mi mente flaqueara. No podía renunciar a todo por el destino del mundo; eso era lo que me había dicho Creon. Y no poder mirarme a los ojos en el espejo... no era un sacrificio que quisiera hacer. Helenka podría expulsarme, y tal vez Lyn y Tared se enfurecieran por poner en peligro aquella alianza, pero tenía que tomar una decisión.

Y Creon me apoyaría.

Me moví bruscamente, antes de poder arrepentirme. Perlas y conchas. Cerré los ojos, concentrándome mentalmente en aquella impresión frágil y multicolor de la iridiscencia. En esa ocasión no apunté a una magia que no podía alcanzar, oculta profundamente bajo la carne y los huesos; en su lugar, fui en busca de algo mucho más accesible, algo que formaba parte de la capa externa de la piel, que estaba justo bajo mis manos. Si pudiera arrancar eso, si fuera suficiente para arrastrar consigo la magia de mi víctima al salir de su cuerpo...

La energía me recorrió, y aquella vez sí se enganchó a su objetivo.

Abrí los ojos de golpe. Una línea fina y brillante se había extendido entre mis dedos y su piel, e iba avanzando por su cuerpo como si fuera escarcha. Tiré de ella en un extraño movimiento instintivo, una suerte de tracción inversa de la magia, y la escarcha nacarada se ralentizó, se detuvo y empezó a fluir de nuevo hacia mí.

Me atreví a levantar la mano un centímetro, dos, separándola del fae. El hilo no se rompió. Lo fui enrollando con tirones lentos y suaves hasta que, con una curiosa sensación de succión, la magia se deslizó fuera de su cuerpo en una bola palpitante, tan frágil como una pompa de jabón, que quedó suspendida en el aire entre ambos.

Por un momento, no me atreví a respirar.

—¿Em? —me llamó Lyn, con la voz entrecortada por la tensión—. ¿Funciona?

Ah... De modo que no podían ver mis nuevos poderes. Tragué saliva, incapaz de apartar la mirada de aquella burbuja de magia, y susurré:

—Creo que sí.

Nadie respondió, pero hubiera jurado que notaba cómo se les desorbitaban los ojos. Retiré la mano hasta que la magia estuvo a dos palmos de su antiguo poseedor, respiré hondo y la solté.

Con un silbido que sentí más que oí, la bola pulsátil se precipitó de regreso hacia el pecho jadeante del fae.

—¡Mierda!

—¿Problemas? —preguntó Tared.

—Lo tenía. —Me dejé caer sobre el musgo con gesto frustrado, conteniendo el impulso de soltar una andanada de blasfemias—. La magia se estaba retirando. Pero..., en cuanto la solté, volvió disparada hacia él.

—Es la primera vez que haces esto —razonó Lyn—. Es normal que falles al principio. ¿Crees que ayudaría si la llevaras más lejos?

—No lo sé. —Apreté los dientes y volví a mirar al cautivo—. Voy a intentarlo.

Pero, aunque alejara la magia un paso entero, regresó a su origen. Maldición, volvió incluso cuando Creon arrastró al fae al otro extremo del claro, mientras yo retenía su magia: voló hacia él como una flecha iridiscente en el instante en que liberé mis poderes.

Aquello no tenía sentido... Cuando la Madre ataba a sus víctimas, no se encontraba a kilómetros de distancia de ellas.

¿No queda un último lazo que puedas cortar de algún modo?, signó Creon, después de traer a nuestra víctima ante mí y dejarla sobre el suelo musgoso con más delicadeza de lo que yo habría esperado. *O quizá haya algo que puedas cambiar en su magia...*

Lo intenté una y otra vez, hasta que el musgo regresó a un verde mate y necesitamos otra dosis de amarillo para devolverle el brillo iridiscente. Ninguno de mis intentos tuvo el efecto deseado. La magia latía, palpitaba y centelleaba; pero en cuanto soltaba el hilo que la unía a mí, volvía a su dueño por mucho que intentara separarlos.

—¿No sería mejor descansar un poco e intentarlo mañana? —sugirió Lyn cuando ya llevábamos unos veinte intentos.

—Estoy muy cerca —dije con aspereza, luchando contra la magia que tenía en las manos. No era capaz de asirla; era como una voluta de humo. Intentarlo al día siguiente significaba tener que hacerlo sin

Creon, y me negaba a pasar por aquello sin sus consejos y sugerencias para mantenerme cuerda–. Déjame que lo intente un par de veces más. Estoy segura de que puedo...

Lyn me interrumpió con un gemido.

–Tómate al menos un descanso. Bebe algo. ¿Qué quieres? ¿Zumo de saúco? ¿Té de menta? –Tomó un vaso y se acercó a mí hasta situarse demasiado cerca–. Suelta la magia un instante y...

–¡Cuidado! –grité, intentando apartar la burbuja de magia.

Todo sucedió demasiado deprisa: Lyn retiró el vaso a toda velocidad, yo perdí el control de mi iridiscencia y, con ese chisporroteo exasperantemente familiar, la magia salió disparada de nuevo hacia el fae inmóvil que tenía ante mí.

Salvo que Lyn estaba en medio.

Y en lugar de eludirla y regresar al cuerpo del ladrón sin nombre, el destello iridiscente voló en línea recta, chocó con el vaso que la fénix sostenía en sus manitas regordetas y se disolvió en un abrir y cerrar de ojos.

Me quedé boquiabierta, demasiado desconcertada hasta para soltar una imprecación.

–¿Em? –decía Lyn–. Em, ¿estás...?

–Suelta eso. Ahora. –Le ordené, con un tono ronco de autoridad que no reconocí.

Ella parpadeó, pero obedeció, con sus ojos ambarinos llenos de preguntas.

–Ahora –añadí–, aléjate de él, no vaya a ser que te arranque la magia a ti sin querer.

Sus ojos se abrieron de par en par.

–¿Cómo?

–Creo que... Creo que he atado accidentalmente la magia del fae al vaso. –Volví a posar la mano izquierda en el musgo iridiscente y apunté con la derecha al inocente vaso que tenía delante de mí. Y allí estaba de nuevo esa pompa de magia, extraída de un cristal en lugar de la carne.

Se me escapó una risa apagada. Solté el hilo y la magia regresó por donde había venido: se disolvió en el vaso.

—Como si fuera otro cuerpo... —dijo Lyn aturdida, leyendo correctamente mi expresión—. Le diste a esa magia un nuevo receptáculo al que unirse.

—Pero si ese es el truco... —Miré fijamente el vaso, que brillaba inocentemente bajo el sol del atardecer—. De ser así, eso significa que la Madre ligó vuestra magia a algún tipo de recipiente. ¿Acaso contaba con miles de objetos cuando...?

—Las plumas, joder —me interrumpió Tared, acercándose tan bruscamente que Naxi se sobresaltó y soltó un pequeño chillido—. Las plumas con las que escribía Thysandra.

Lyn frunció el ceño.

—¿Qué?

—Usaba una distinta para cada nombre que escribía. —El álfar se desplomó de rodillas en el suelo, como si le faltaran las fuerzas—. Por el ojo de Orin... ¿No te diste cuenta? Recuerdo que me llamó la atención, pero decidí que tenía preocupaciones más acuciantes que sus rarezas burocráticas...

—¿Estás diciendo que unió nuestra magia a plumas? —preguntó Naxi en tono estridente.

—Bueno, tiene sentido —dije, mirando a Creon. Estaba tenso, y sus labios daban forma a una maldición muda—. No quiere que nadie sepa cómo funcionan esas ataduras, ¿verdad? Aunque sea imposible romperlas, alguien podría descubrir alguna forma de protegerse... Así que, si el método requiere que vincule la magia a objetos, necesita usar algo que no llame la atención entre el resto de los trámites del proceso de amarre.

—Como plumas, por ejemplo —masculló Lyn, aturdida.

—Pero eso significa que debe de tener decenas de miles de plumas almacenadas en algún lugar. —Naxi soltó una risita aguda—. Deberíamos habernos dado cuenta, ¿no?

No tienen por qué seguir siendo plumas, signó Creon. Sus ojos iban del vaso al ladrón fae, una y otra vez. *Puede haber usado magia amarilla para convertirlas en cualquier otra cosa. Además...* Vaciló, con los dedos rígidos.

—Podría haberlas destruido —dije.

Cerró los ojos por un instante.

Sí.

—¿Pero no volvería la magia a nosotros, si las hubiera destruido? —preguntó Lyn, jugueteando con un rizo rojo—. Por lo que sabemos de momento...

—¿Quién quiere probarlo? —dijo Tared bruscamente.

Durante uno o dos segundos, nadie se movió: cinco pares de ojos se mantuvieron clavados en aquel inocente vaso que tenía ante mí. Entonces, Naxi murmuró una maldición, lo agarró y lo arrojó contra la piedra más cercana, con más fuerza de la que yo esperaba de sus delgados brazos.

El vaso se hizo añicos, y el zumo de saúco salpicó por todas partes. Entre las gotas y los fragmentos, se elevaron dos nubecillas muy distintas: una burbuja iridiscente, que debía de ser la magia del fae, y algo aún más etéreo, como un jirón de niebla, que flotaba en dirección opuesta.

Ninguna regresaba a su anterior poseedor.

Con una maldición, volví a apoyar la mano en el musgo iridiscente. Alcancé la magia al primer intento y logré tirar de ella en dirección al fae inconsciente, pero aquella otra cosa espeluznante que había escapado al romperse el vaso se hizo más inmaterial y se alejó de nosotros. Cuando intenté tirar para recuperarla, la magia se alejó rápidamente de mí.

—Se han separado. —Me centré en la pompa de magia, con el corazón palpitante, y perdí el control del otro elemento—. Su magia y su... la cosa a la que la uní. No puedo hacer que regresen ambas cosas a su cuerpo... Ay, mierda...

—Está bien, Em. —Lyn se frotó los ojos, con una risita agotada—. Dudo que vaya a darle mucho uso a sus poderes, a estas alturas.

Tenía razón, pero la parte que le había arrancado la necesitaba todavía menos. Solté una maldición. Tiré de la magia hacia mí, hacia nuestro sujeto de pruebas, y la volqué contra su piel del mismo modo que la había lanzado accidentalmente contra el vaso.

La pompa se deslizó lentamente y brilló un instante antes de filtrarse en el interior del cuerpo demacrado. En ese mismo momento, el otro elemento insustancial que le había arrancado de la

carne se disolvió en el húmedo aire otoñal y desapareció para siempre.

Me quedé mirando el lugar donde había estado por última vez, anonadada por las consecuencias de aquel experimento.

—Si se rompe... Si se rompe el recipiente donde se ha guardado la magia..., creo que solo se podría recuperar una de las dos cosas. O la magia sin ataduras, o lo que la Madre arrebatara a la persona para atarla.

—Por el puto ojo de Orin... —masculló Tared.

—Y en todo caso, lo que permanece no vuelve solo a su legítimo poseedor —añadí, conteniendo las ganas de gritar—. Así que, hasta donde sabemos, partió en pedazos todas esas plumas en cuanto le disteis la espalda.

Pero Ophion nos dijo que ella puede revertir las ataduras, signó Creon.

—Ay, sí... —Me mordí el labio, aferrándome a esa esperanza—. Eso sugiere que podría haber guardado los objetos, ¿no?

—No es solo eso —terció Lyn, aunque estaba muy pálida—. Ha prometido a algunas comunidades que recuperarían su fertilidad si demuestran su lealtad al imperio. Dudo que su intención fuera extinguir todo el mundo mágico; tan solo quería que los rebeldes desaparecieran. Mantendría así linajes dispuestos a someterse a su dominio.

—Pero, entonces, debe de tener decenas de miles de plumas almacenadas... o los objetos que haya usado, si no son plumas —reflexioné en voz alta—. Tienen que estar en algún sitio.

—Eso es. —Lyn miró a Creon—. ¿Alguna idea?

Él negó con la cabeza despacio, con expresión reconcentrada.

—Si estuvieran en algún lugar de la Corte Carmesí, lo sabrías —dije, confiando en que, al menos, eso fuera cierto—. ¿Hay algún otro lugar lo bastante grande y seguro? ¿Alguna misteriosas cueva subterránea? ¿Alguna torre con muchos carteles de «prohibido el paso» alrededor?

Una leve sonrisa se dibujó en sus labios.

No he visto ni oído nada, pero...

–Tú no serías la primera persona a la que se lo contaría –terminé sombríamente.

Su encogimiento de hombros fue un asentimiento tácito.

–Mierda. A ver... –Lyn frunció el ceño, mirando los cristales rotos–. ¿Quién podría saberlo? ¿A quién preguntamos? A lo mejor Iorgas lo sabía, pero...

Tared soltó una risita sombría.

Sospecho que Thysandra lo sabe, indicó Creon, echándole una mirada fugaz a Naxi. La medio demonio frunció el ceño un breve instante. *Por lo que sé, ella se encargaba de casi todas las tareas administrativas relacionadas con las ataduras. Aparte de ella...* Su gemido mudo delató que no estaba muy contento con la idea que se le había ocurrido. *¿Agenor?*

–¿No crees que nos lo habría dicho? –repliqué.

No creo que sepa dónde se guardan las ataduras, pero tal vez conozca algunos emplazamientos bien defendidos en los que no se le haya permitido entrar en los últimos ocho siglos.

–Bueno –dijo Tared con frialdad, claramente reacio a secundar cualquier idea propuesta por la Muerte Silenciosa–, tampoco es que contemos con mejores fuentes. ¿Podríamos traerlo a Tolya? Preferiría no abandonar la isla durante unas horas más.

Lyn gimió.

–Helenka nos va a despellejar vivos si lo traemos aquí...

–No creo que pase de arañarlo un poco –dijo Naxi alegremente, dando un salto–. Hablaré con ella. Buena suerte con tu ladrón, Em. Creo que se despertará en unos minutos, en cuanto deje de mantenerlo bajo mi control.

Y con esa advertencia soltada con ligereza, se marchó dando brincos, y su falda rosada bailoteó entre la espesura durante unos segundos antes de perderse de vista.



Capítulo 28

El ladrón se despertó al cabo de unos minutos, mareado y desorientado, y clavó las uñas en el suelo para intentar incorporarse.

De pronto, se quedó paralizado y se miró los dedos huesudos que aferraban un matojo de hierba.

Lyn y Tared no parecieron darle mucha importancia a aquel pequeño gesto de desconcierto; estudiaron al fae sin nombre con curiosidad académica, como si en cualquier momento fuera a sucumbir a las consecuencias de haberlo amarrado. Pero los ojos de Creon se entrecerraron al percibir la respiración entrecortada del ladrón, y sus sentidos demoniacos captaron de inmediato las rarezas de su percepción sensorial.

El fae herido soltó la hierba con movimientos rígidos e inseguros y, con cautela, apoyó la mano en la tierra como un granjero que estuviera comprobando la calidad de su suelo. Permaneció inmóvil un instante más. Después se sentó y se apretó el antebrazo izquierdo con las uñas de la mano derecha durante tres largos segundos, dejando entre los cardenales y arañazos unas marcas en forma de medialuna que permanecieron cuando retiró los dedos.

Se quedó mirando esas señales con incredulidad durante un momento más antes de levantar la cabeza, y entonces sus ojos inyectados en sangre buscaron los de Creon.

–¿Qué... qué has hecho?

Creon se limitó a asentir con el rostro inexpresivo.

–¿Qué? –dijo Lyn bruscamente–. ¿Em?

–¿Tú? –jadeó el ladrón, mirándome boquiabierto mientras se arrastraba hacia mí.

Vi por el rabillo del ojo que las ninfas guardianas se asomaban entre los árboles, sin hacer el menor esfuerzo por ocultar su llamativa presencia. Era de suponer que nunca habían estado muy lejos; sabían que ya habíamos terminado nuestro trabajo, y en cualquier momento volverían a aparecer las enredaderas espinosas.

No había tiempo para explicaciones elaboradas, entonces.

–No permitas que se enteren –siseé, inclinándome hacia el fae para ocultar tanto el sonido de mis palabras como los movimientos de mis labios. El hombre apestaba a agua estancada y azufre, como si ya hubiera empezado a pudrirse–. ¿Comprendes? Ambos estaremos metidos en un buen lío si descubren lo que hice, ¿de acuerdo?

–Mi... mi señora. –La gratitud jadeante en su voz hizo que se me pusiera la carne de gallina. Su mirada apagada se aferró a mí; sus manos huesudas, semejantes a arañas, me agarraron la muñeca, temblorosas de emoción–. Gracias. Que los dioses te bendigan..., gracias...

Detrás de mí, la ninfa de ojos rojos dijo:

–¿Vedra?

No levanté la vista. Le aferré la muñeca al cautivo, como si quisiera apartarlo, e insistí:

–¿Entiendes?

–Entiendo. –La palabra salió en un sollozo–. Seré silencioso como una tumba, lo juro... Yo...

–Bien. –Me zafé de su débil agarre y me costó no frotarme la piel para librarme de la desagradable sensación de sus manos mugrientas. Las ninfas se acercaban a grandes zancadas con enredaderas espinosas en las manos, como había esperado.

Detrás de mí, los demás estaban sospechosamente callados.

—Vedra —repitió la ninfa de ojos rojos, inclinando un poco la cabeza—. ¿Has terminado con él? ¿Necesitas otro?

—No, gracias. —Mientras tuviera que ser diplomática, prefería no pensar en cifras, en cuántos de esos cadáveres vivientes desfilarían ante mí si los pidiera—. De momento, hemos encontrado lo que necesitábamos. Por favor, transmite una vez más mi gratitud a la reina. Ha sido de gran ayuda.

Asintió y se volvió hacia su prisionero sin decir palabra. Las enredaderas saltaron de sus manos como látigos y las espinas se clavaron profundamente en la frágil piel del fae, mientras la zarza se retorcía alrededor de sus brazos y tobillos.

Gritó, con un gesto de dolor muy convincente.

Aun así, no me atreví a enfrentarme a los demás. Nadie habló. Solo después de que sus gritos y gemidos se apagaran entre la espesura, varios minutos más tarde, reuní el valor necesario para alzar la vista y sostenerles la mirada. Me sentía como si estuviera a punto de subir al cadalso. Nadie se había movido del sitio, aunque las sombras de sus ojos demostraban que sus cabezas bullían en un torbellino de pensamientos.

Me preparé para defenderme.

—Pensé...

—Lo que le arrebataste fue la capacidad de sentir dolor —me interrumpió Lyn en voz baja, demasiado baja para que la oyera ninguna ninfa oculta—. De sentir cualquier cosa.

De alguna manera, no parecía furiosa.

En todo caso, parecía muy triste, y el desafiante discurso que había preparado —sobre los deseos de Zera y el hecho de que no teníamos por qué obedecer todos los caprichos de nuestros aliados— murió en mi lengua. Separé los labios y me di cuenta de que no sabía qué decir. El tacto de aquellos dedos impotentes permanecía en mi piel, como un recordatorio de lo que yo misma podría llegar a hacer. Era como una acusación.

Hundí los hombros con desaliento. Notaba los huesos tan pesados como el plomo.

—Bueno...

–Ay, Em –gimió la fénix con la voz ahogada–. No era tu responsabilidad.

–Sería prudente no decírselo a Naxi –declaró Tared, dedicándome una leve sonrisa. Tampoco había ira en sus ojos–. Creo que sería capaz de colarse en la prisión para cortarle los dedos. No es que el pobre desgraciado fuera a sentirlo, pero...

Lyn soltó una risilla amarga. Parpadeé mirando a Creon, que tenía en los labios esa insufrible sonrisa de suficiencia: «Te lo dije».

Era cierto: me había dicho que yo podía tomar decisiones. Que podía incomodar a la gente. Que tal vez, solo tal vez, Zera había hecho bien en confiar en mí.

Me invadió una oleada de gratitud, seguida de un agotamiento tremendo.

–Voy a descansar un rato en mi refugio –logré decir, apartando deliberadamente los ojos de Creon y esperando que Tared no interpretara aquello como una especie de invitación–. Avisadme si aparece mi querido padre.

–Lo haré –asintió Tared–. Sospecho que se presentará en cuanto se entere de tus últimas hazañas.

O en cuanto Alyra intente cortarle las alas, añadió Creon.

Eso me arrancó algo parecido a una carcajada. Avancé a traspiés y terminé desplomándome en el lecho mullido que habían preparado las ninfas. Me quedé ahí el resto de la tarde, intentando descansar y contemplando la cúpula de ramas trenzadas, incapaz de dejar de pensar en unas manos que ya no sentían nada.

No recordaba haberme quedado dormida, pero debió de ocurrir en algún momento, porque me despertó bruscamente la doble alarma de los chillidos de Alyra y la voz grave de Agenor.

–¿Qué ha...?

Di un respingo y me despabilé del todo

–¡Puede que esté durmiendo! –chilló Lyn, justo en el momento en que la imponente figura alada de mi padre abría la cortina de cuentas que daba entrada a mi refugio. Con su camisa de seda y el

pelo meticulosamente repeinado, parecía haber venido directo de una reunión estratégica, pero sus familiares ojos de un marrón verdoso estaban abiertos como platos en la penumbra del atardecer.

Y había algo distinto en él.

No en la dureza de su mandíbula, ni en las llaves que colgaban de su cuello, ni en el nervioso movimiento de sus alas..., sino en sus manos. Clavé la vista en sus dedos: concretamente, en las puntas. Sus cuidadas uñas tenían un leve fulgor dorado.

Oro: el color de la sangre de los dioses.

Él también me miraba las manos, que aferraban las mantas. No vi ni rastro de aquel extraño resplandor en mis dedos, pero a Agenor se le desorbitaron los ojos de forma imposible.

—Dioses míos. —En una voz menos grave, su tono habría sido calificado de estridente—. Dioses míos —repitió.

Alyra entró revoloteando, sacudiendo con irritación su cabecita blanca y gris contra las cuentas de arcilla. La mirada que me lanzó fue idéntica a la que dedicaría una institutriz agotada a los padres de un caso perdido: «Me he esforzado muchísimo en explicárselo», expresaba con un aire de justa indignación. «Pero, claro, es imposible que un majadero con tales alerones descomunales entienda nada».

—Ay, menos mal —jadeó Lyn, entrando tras mi familiar—. Estás despierta.

—No es que haya tenido mucha elección —repliqué con acritud, bajando las piernas del lecho y frotándome los ojos—. Hola, Agenor. Deduzco que te has enterado de mis últimas hazañas.

Se limitó a mirarme con incomprensión, más de la que hubiera esperado de un hombre que había bebido la sangre de Korok directamente de sus venas para lograr lo mismo que había conseguido yo.

—Solo intentaba seguir la tradición familiar; ya sabes, encajar —añadí con mala cara, empujándome hacia el borde del catre. Con un lord fae, una fénix y un pájaro revoloteando alrededor de mí, no cabía un alfiler en el refugio de las ninfas—. ¿Me dais un momento para que me levante?

Lyn retrocedió con modestia, pero Agenor parecía haber echado raíces en el sitio, y Alyra se limitó a revolotear hasta la mesa para posarse junto a los jabones y la palangana. Resoplé y me puse en pie. Del exterior venía un aroma a cebolla frita y pan recién horneado; me negaba a permitir que el desconcierto de mi padre se interpusiera entre mi cena y yo.

—¿Qué te entregó Korok? —le pregunté mientras sacaba de la mochila la primera blusa que encontré. Al menos, podía aprovechar la ocasión para averiguar algo de las prácticas divinas—. Tú no tienes los otros tipos de magia de color, ¿verdad?

Dejó escapar una risita de desconcierto.

—¿Cómo que «otros tipos»?

—Eso es un no. —Empecé a abrocharme la blusa y le sonreí—. Magia de superficie; así la llamaba Zera. La Madre también la tiene, es así como ata a la gente. ¿Qué te tocó a ti? ¿Solo las serpientes?

—Solo las serpientes, sí. —Sonó como un gruñido. Parecía a punto de desmayarse—. Em, ¿tienes idea...? Zera nunca ha consagrado a nadie que no conociera durante varias décadas. Nadie hizo nunca nada como...

—Bueno. —Decidí ser práctica—. Ella me conocía desde hace varias décadas, ¿no? La que no la conocía era yo. Además, debes admitir que estamos en una situación bastante fuera de lo común. Y supongo que el hecho de que yo lograra cargar con su saco acabó de convencerla.

Su rostro se volvió gris —auténticamente gris— en la luz tenue.

—¿Que hiciste... qué?

—Alcé el saco de los pesares. —Lancé un poco de amarillo al hombro de la blusa, volviendo la ligera tela gruesa y resistente—. Vamos a cenar. ¿Alyra...?

La diminuta rapaz chilló, despegó de la mesa y aterrizó torpemente en mi hombro. El calor de su cuerpo plumoso contra mi mejilla me reconfortó, y la conexión inmediata fue tan fuerte que casi me estremecí.

—Em —repitió Agenor. Su voz sonaba como si se estuviera deshilachando—, es imposible levantar ese saco.

—Sí, eso parece. —Me asomé al exterior perfumado de madreselva y aparté los cordones de cuentas para invitarle a que me acompañara—. Pero a Zera se le olvidó advertírmelo hasta que ya lo había hecho. Ah, por cierto, te manda recuerdos. Y te felicita por haber vuelto a encontrar hace poco tus «preciosas agallas».

Lyn soltó una carcajada, y Agenor emitió un sonido ahogado mientras me seguía por el sendero, con una palidez malsana destiñendo su piel de bronce.

—¿Algo más? —preguntó, como si le dijera a un sanador que, si había que amputarle varios miembros, más valía que lo hiciera de una sola vez.

—Zera no sabía dónde estaba —añadí—. Me refiero a Allie.

Hundió las alas y los hombros. Mi suposición era acertada: esa era la pregunta que no se atrevía a formular.

—Entiendo —respondió, con voz de nuevo grave y monocorde.

—Sin embargo, me dijo que tu magia aún estaba desatada en el momento de la muerte de Korok —añadí rápidamente. Un pequeño consuelo, pero era todo lo que podía ofrecerle; eso y la certeza de que su corazón no era el único que se encogía cinco centímetros cada vez que pronunciaba el nombre de mi madre—. Así que, al menos, sabemos eso.

Murmuró algo parecido a un agradecimiento, y en ese instante supe que no le importaría mucho ser un cobarde —que incluso agradecería el desprecio y el odio hacia sí mismo por no haber intervenido para detener a la Madre durante todos esos años— si eso le devolvía a la mujer que había amado y perdido veinte años atrás.

No supe qué más decirle. Nunca sabía qué decirle a mi padre en cuanto había sentimientos de por medio... Hicimos el resto del trayecto en silencio, con Lyn diez pasos por detrás. Al fin, llegamos a una hoguera alrededor de la cual se afanaban los demás, distribuyendo platos y cubiertos en un desordenado círculo de comensales.

—¿Está permitido hacer fuego en los bosques de ninfas? —pregunté.

—Siempre que uses madera muerta —respondió inmediatamente Agenor, que parecía contento de mantener una conversación menos

conflictiva–. Pero sí, cortar ramas frescas te llevaría a sus prisiones, lo que...

Me estremecí.

–Vale, lo capto.

Me dedicó una sombría sonrisa de comprensión y alzó la mano unos centímetros, como si estuviera a punto de apretarme el hombro. Alyra bufó, erizando las plumas, y mi padre bajó el brazo.

Había poco espacio para los sentimientos en torno al fuego: Tared y Beyla intercambiaban rápidos comentarios sobre la futura defensa de Tolya, y Naxi estaba dedicándole un monólogo a Creon sobre la conveniencia de aprender a sobrecargar un sistema nervioso. Alcé a Alyra de mi hombro para que revoloteara y me senté al lado de Creon, obteniendo a cambio la habitual mirada de reojo de Tared y Agenor. Ignorándolos, acepté el plato que me ofrecía Naxi y pregunté:

–¿Alguna idea nueva sobre las ataduras?

Varias, respondió Creon, encogiéndose de hombros. *Todas absurdas. Aún no le hemos preguntado nada a Agenor.* Estiró los labios en una sonrisa que podría haber derretido el hielo. *Parecía un poco distraído cuando Beyla apareció con él.*

–Habrá sido por el espectáculo de tantas ninfas juntas –declaré con seriedad.

Creon soltó una risita. La sonrisa que me dedicó Naxi sugería que nadie le había contado qué le había arrebatado al ladrón fae.

Le resumimos nuestros descubrimientos a Agenor, mientras comíamos verduras a la parrilla empapadas en salsa de dátiles ahumados y asábamos puñados de masa hasta convertirlos en crujientes panecillos. Mi padre había recuperado su compostura inquebrantable; no pestañeó al enterarse de la naturaleza sensible del bosque de Zera, solo se permitió fruncir ligeramente el ceño ante la mención de que había dragones vivos, y aceptó la noticia de la muerte de Iorgas con una ceja alzada y un asentimiento. Sin embargo, se envaró al oír la teoría sobre la Madre y sus plumas, y llegó a murmurar una maldición cuando por fin llegamos a la pregunta por la que le habíamos sacado de la Corte Dorada.

¿Dónde estaban las ataduras?

–Estamos hablando de una cantidad inmensa de objetos, supongo –dijo despacio, recorriendo el círculo con la mirada como si esperara más información. Se detuvo en Creon, que se encogió de hombros y signó:

Dile que él conoce las cifras mejor que yo.

Le transmití el mensaje. Agenor gimió, se frotó las sienes y respondió:

–Si contamos a todos los pueblos mágicos, estaríamos hablando de cientos de miles de objetos. A menos que Achlys y Melinoë os ataran a todos a un grano de arena...

–Si tenemos en cuenta que es capaz de revertir ataduras individuales –aportó Lyn–, lo lógico es pensar que los objetos deberían ser lo bastante grandes como para mantenerlos separados.

–Sí. Supongo que al menos deberían tener el tamaño de un dado... y tendría que mantener algún tipo de organización. –Agenor contempló el bosque por un momento, concentrado–. No se me ocurre ningún lugar en la Corte Carmesí donde pudiera guardar algo semejante. Supongo que también vosotros habéis llegado a esa conclusión.

–¿Y su trono? –sugerí. La idea brotó de forma espontánea de mis labios.

–Achlys y Melinoë lo tenían mucho antes de la Batalla Final –respondió Agenor, frunciendo las cejas–. Y dudo que pudiera almacenar tantas ataduras. Aunque utilizaran cada hueso individual... Yo diría que no son suficientes ni de lejos. Pero es una idea interesante.

En cuanto reflexioné en serio sobre ello, vi que mi sugerencia no tenía sentido. Había sido una corazonada que no se apoyaba en ningún argumento, sino en la desazón que me provocaba ignorar por qué demonios era tan protectora con ese maldito trasto. Tenía que haber alguna razón, aunque Zera hubiera dicho...

Dejé el asunto a un lado. Era una pregunta para otro día.

–¿Y el complejo de Borython? –sugirió Lyn, jugueteando con sus rizos–. Está tan bien defendido como cabría esperar de un almacén de ataduras.

—He estado allí a menudo —murmuró Agenor mientras negaba con la cabeza—. Lo conozco bien, y no tiene ningún lugar que pueda encajar con lo que buscamos. Están las cuevas de Khepri, por supuesto; Achlys y Melinoë siempre se han guardado los motivos por los que quieren mantenernos alejados de allí...

—No están en las cuevas —negó Beyla con su inquietante voz etérea, que apenas era audible con el crepitar del fuego—. Están casi vacías: solo hay un par de viejos altares de sangre que supongo que heredó de Korok.

Agenor parpadeó.

—¿Cómo demonios entraste en ese lugar?

—Con una espada afilada —replicó ella con un poco de suficiencia.

Incluso Agenor se permitió soltar una risilla.

—Bueno... Entonces, las cuevas no. La verdad es que no se me ocurre ningún otro lugar con tanta vigilancia. Hay algunos sitios a los que ya no va nadie, claro, pero los motivos suelen ser más claros.

—¿Por ejemplo? —preguntó Lyn.

Frunció los labios.

—Oskya fue destruida por una explosión volcánica hace unos siglos. El linaje de Castor Thenes se extinguió y, dado que esas tierras son tan estériles como un maldito desierto, nadie ha intentado volver a habitarlas. Algunas islas fueron asoladas por la batalla, y luego está...

Se interrumpió de golpe y, por un instante, todo permaneció congelado salvo las llamas que danzaban bajo el pálido cielo vespertino.

—Y luego está la Corte Cobalto, por supuesto —terminó lentamente Agenor.

El silencio volvió a extenderse por el claro.

Al otro lado del fuego, los ojos de Lyn se habían abierto de par en par. Tared estaba envarado. Vi de soslayo que Creon, más que erguirse, se había afilado. Mantenía los hombros y las alas en una posición engañosamente relajada que traicionaba la tensión que latía debajo.

De pronto me sentí exasperantemente joven, rodeada de gente que sabía, que entendía, gente a la que se le cortaba el aliento.

Lo único que sabía yo sobre la Corte Cobalto...

—¿No fue destruida durante la guerra?

—Así es. —Agenor se pasó una mano por el pelo, con la mandíbula tensa por la concentración—. Casi la mitad del castillo ha desaparecido, y el resto es una ruina. Nunca consideré que fuera un lugar secreto; al fin y al cabo, sabemos por qué Achlys y Melinoë no quieren que vaya nadie por allí. Pero lo cierto es que nadie ha pisado la isla desde hace siglos y, aunque no esté especialmente bien defendida...

—Está especialmente bien defendida —le interrumpió Beyla en voz baja, pero en un tono que no dejaba lugar a discusiones.

Agenor enarcó una ceja.

—¿Cómo dices?

—Algunas personas han pisado la isla, ya ves. —Otra vez apareció esa leve sonrisa, una chispa de diversión que cruzó la pálida máscara de su duelo—. Intenté llegar al castillo hace unas décadas. Hay una especie de escudo a su alrededor. Parece aire, pero no pude atravesarlo por más que lo intenté. Di por sentado que tendría algo que ver con el maldito monumento y no volví a pensar en el asunto, pero...

—¿Un monumento? ¿Para conmemorar qué? —pregunté, notando una punzada de ansiedad.

—La memoria de su hijo. —Agenor evitó de forma deliberada mirar a Creon—. La Corte Cobalto fue el último lugar donde lo vio con vida antes de que partiera al continente y fuera asesinado por magos humanos. No ha permitido que nadie visite el lugar desde su muerte..., aparte de los álfar errantes.

Beyla soltó una risa baja. Miré a Creon, que se había quedado tan inmóvil como un depredador listo para atacar. ¿En qué estaría pensando? ¿En el día en que esa misma madre afligida lo había abandonado para que muriera en una bahía fangosa de la Corte Dorada, tras decirle que ya había cumplido su propósito?

—Somos idiotas —masculló Lyn antes de que yo lograra formular la pregunta. La fénix hundió la cara entre los brazos con un gemido—. Se pone tan emocional y melodramática cuando habla de preservar el recuerdo de su hijo que nunca se me ocurrió pensar que

pudiera haber otras razones para mantener a todo el mundo alejado de la isla.

—Puede que sea solo por el monumento, en todo caso —dijo Tared. Su dedo índice trazaba lentos círculos sobre su muslo, señal de que estaba concentrado en sus pensamientos—. Estuvo dispuesta a luchar contra los dioses por ese pequeño bastardo, así que no me parecería tan raro que pusiera un escudo mágico o dos para proteger su recuerdo.

No hablamos tan solo de un escudo mágico, signó Creon. La tensión soterrada bajo sus gestos se había intensificado y daba la impresión de estar a punto de romperse, aunque continuaba trazando señas perezosas y elegantes con los dedos. *Hablamos de una barrera que ni siquiera conocían las personas de su confianza. Ni siquiera los responsables de proteger ese lugar.*

Tared crispó los labios ante la precisión, pero se contuvo. Solo respondió con un frío:

—Cierto.

Me costó mantener la calma mientras Lyn traducía en voz baja lo que estaba diciendo Creon para que mi padre se enterase. La agitación de Creon se me estaba contagiando. Estaba familiarizada con esa forma de tensar las alas, con cómo entrecerraba los ojos almendrados en un gesto de concentración gélida, y sabía que no se habría alterado por algo que no fuera un descubrimiento espectacular. La Corte Cobalto: una fortaleza fuertemente custodiada, disfrazada de monumento inocente. Era extraño, ¿verdad?

—¿Has estado alguna vez allí? —pregunté, obligándome a respirar lentamente.

Creon negó con la cabeza, con un mínimo encogimiento de hombros.

Soy la última persona a la que permitiría entrar allí.

Cierto. Había perdido un hijo; aunque hubiera tratado al segundo como nada más que una herramienta creada a su servicio, no cometería el mismo error por segunda vez.

O quizá —más probablemente— no confiara en el poderoso mago al que había atado por la fuerza, y quería mantenerlo alejado del

lugar secreto en el que se encontraban sus propios poderes perdidos.

—Sea o no sea un homenaje a su hijo perdido —declaré despacio—, creo que deberíamos ir a echar un vistazo.

—No me preocupa mucho mancillar un monumento en honor de un asesino —dijo Tared con una mueca—. Cuando la Madre organice un funeral decente por cada humano que ha matado, podrá quejarse de que los demás no respetamos a sus muertos. Pero ese escudo... ¿Crees que podrías atravesarlo, Em?

—A tenor del largo y exhaustivo estudio que he podido realizar sobre mis nuevos poderes —comencé, poniendo cara de erudita en el tema—, no tengo ni la más remota idea.

Soltó una carcajada.

—Mocosa...

—Podría intentarlo. —Doblé las piernas, apoyé la cabeza en las rodillas y medité acerca del asunto—. Podría tratarse de magia de suavidad, para limitar el movimiento e impedir que la gente cruce. Si se puede crear una barrera, es de suponer que la Madre lo descubrió. Tal vez pueda anular su magia, si obtengo una cantidad suficiente de iridiscencia... —Planteado así, sonaba sorprendentemente factible. Sin embargo, Agenor me miraba estupefacto. Hice una mueca—. Tendría que probar —concluí.

—Es lo único que podemos hacer, ¿no? —asintió Beyla con gesto resignado.

Maldije para mis adentros. Yo quería hacer mucho más: quería hacer trizas los escudos de la Madre; encontrar las malditas ataduras, las plumas o lo que quiera que fueran; drenar hasta la última gota de magia de esas cosas, restaurar todo lo que mis amigos habían perdido y luego quemar los restos de esos asquerosos objetos hasta que no fueran más que polvo y ceniza. La impaciencia se apoderaba de mí, y apenas podía contener el impulso de ponerme en movimiento en ese mismo instante...

—¿Y qué pasa con Tolya? —musitó Naxi—. ¿Quién dice que la Madre no volverá a atacar la isla si nos vamos?

—Si Achlys y Melinoë atacan de nuevo, no será esta semana —respondió de inmediato Agenor, frotándose la sien con esos dedos

que brillaban como el oro–. Necesitarán tiempo para decidir qué hacer, en vista de que nuestro bando cuenta con una maga consagrada sin ataduras. Dicho esto, una vez hayan trazado un plan... –Hizo una pausa breve y amarga–. No creo que esperen para ponerlo en práctica.

Los rostros de todos se tornaron duros y sombríos en aquel silencio ensordecedor.

Estaban aguardando. Los barcos que sitiaban la costa de la Corte Dorada la amenazaban sin llegar a atacarla. Los emisarios de las islas esparcían rumores, pero no habían hecho nada... aún. Sin embargo, ahora que había quedado al descubierto el alcance de mi nuevo poder..., la Madre se daría cuenta de que cada día que continuase a la espera nos daría la oportunidad de reunir más fuerzas.

No había más tiempo para prepararse, para buscar las ataduras o más aliados. El próximo ataque sería definitivo.

–Mayor motivo para marcharnos cuanto antes –dije, rompiendo el ominoso silencio. «Muévete», bisbiseaban mis extremidades, «muévete, muévete, muévete»–. De todos modos, Helenka quería que nos marcháramos mañana. Será mejor que vayamos directamente a la Corte Cobalto.

Noté alivio en los murmullos de acuerdo, lo que me indicó que yo no era la única que ardía de deseo de pasar a la acción, por temerario que fuera el plan. Solo Agenor frunció las cejas, miró la marca azul del trato de la muñeca de Creon y preguntó lentamente:

–¿Cómo lograste convencerla para que te dejara entrar?

Creon se limitó a encogerse de hombros mientras mordía un pedazo de pan. Era la viva estampa de la indiferencia.

El ambiente cambió como una ráfaga de aire frío cuando la duda de Agenor se transformó en irritación.

–Espero que no la amenazaras.

Con una ceja alzada, Creon se metió en la boca la mitad del pan que tenía en la mano y le tendió el resto a Alyra, que lo picoteó con entusiasmo. El tenso silencio duró dos o tres segundos antes de que Lyn murmurara:

–¿Le contaste la verdad sobre la muerte de Zoya?

Agenor frunció el ceño.

—¿Qué verdad?

Sin mirarle a él ni a Lyn, ni siquiera a mí, Creon se levantó, se sacudió las hojas secas de la camisa y se marchó.

Fue tan rápido que no tuve tiempo de protestar. No lo detuvo ni siquiera el chillido alarmado de Alyra: desapareció entre los árboles, y las sombras del crepúsculo engulleron sus alas oscuras a una velocidad antinatural. Me quedé mirando sin palabras el lugar donde había desaparecido y, por un momento, me sentí como si hubiera regresado a la Corte Carmesí, como si aún me encontrara en su cabaña, cuando se largaba con un encogimiento de hombros cada vez que yo le hacía una pregunta incómoda.

Poderes demoniacos... Desde luego, era un tema muy incómodo para él.

—Por el amor de los dioses —murmuró Tared, poniendo los ojos en blanco.

Aparté los ojos del bosque, conteniendo a duras penas el impulso de levantarme de un salto y correr tras él. ¿Qué narices había provocado aquella huida? ¿Acaso esa historia debía mantenerse en secreto ante ciertas personas, por el motivo que fuera?

—Disculpadme —comenzó Agenor, tenso, como si considerara que a quien le debían disculpas era a él—, pero no entiendo qué...

—Se trata de su magia demoniaca —interrumpió Lyn en voz baja, lanzándome una mirada de disculpa—. Usó sus poderes para absorber el dolor de Zoya cuando la mató. Lo sufrió él mismo. Supongo que si Helenka...

—¿Qué? —Agenor pestañeó y soltó una carcajada incrédula—. Dioses míos, Lyn. Una historia muy bonita, pero lo cierto es que despedazó a Zoya.

—Es muy osado por tu parte suponer que no lo sabemos a la perfección —gruñó Tared, y recordé entonces que mi padre había admitido que esa misión se había ejecutado bajo su mando.

—Muchas gracias, Thorgedson —murmuró Agenor—. No es eso lo que yo... Mirad, si Creon hubiera absorbido su dolor, en la práctica se habría matado a sí mismo. ¿De verdad crees que haría un sacrificio así? ¿Quién estaría tan loco como para...?

Ahí estaba: esa era la razón por la que Creon se había marchado. La confusión que sentía se disolvió en una claridad tan amarga que contuve un escalofrío. Debía de saber la reacción que le esperaba: el desprecio, la ira, la incredulidad. Los comentarios hirientes. Nuevas puñaladas en una herida que no había querido enseñar en ese momento ni delante de esa gente.

Algo se rompió en mi interior, y me invadió una furia que ahogó el resto de las palabras de mi padre.

—¿Un loco que tiene una integridad diez veces mayor de lo que suponías?

Agenor me miró fijamente.

—Lo ha estado haciendo por todos —añadí bruscamente, apartando mi plato para ponerme en pie. Al cuerno con lo que opinara mi padre—. No solo por Zoya: por todos los que la Madre le hizo matar. Era la única manera de mitigar...

—Em. —Su voz sonó demasiado firme, como si no le quedara más remedio que mantenerse sereno porque la alternativa era sucumbir a la histeria—. Ha matado a miles de personas desde la Batalla Final.

—¿Y...?

No se movió. El fuego crepitaba y escupía chispas contra un cielo cada vez más oscuro. Se levantó una brisa nocturna fría en el claro que me puso la carne de gallina en los brazos desnudos.

—Es imposible que soportara todo ese dolor —insistió Agenor, luchando visiblemente por convencerse a sí mismo tanto como a mí—. Lo habrás entendido mal. Puede que lo hiciera por algunas personas, pero...

Solté una carcajada.

—Me encanta que tu reacción siempre sea suponer que el resto del mundo está equivocado.

Se estremeció como si le hubiera abofeteado.

—No quería decir eso, Em.

—Entonces, estás escogiendo especialmente mal las palabras. —Iba a ponerme de pie, rabiosa, hasta que recordé a Alyra y me incorporé con cuidado de no pisarla. Los demás guardaban silencio, tensos e incómodos—. ¿Qué era lo que querías decir con tu infinita sabiduría?

−Em... −Cerró los ojos, inspiró profundamente y volvió a abrirlos−. Em, tú no has visto las listas de nombres. No has leído los informes. No estoy seguro de que sea físicamente posible torturarse hasta la muerte tantas veces, y por mucho que entienda lo bonito que...

−¿Es más posible mentir sometido a un trato por la verdad? −dije fríamente.

Se puso rígido.

−¿Cómo dices?

−¿Qué te pensabas, que Helenka le creyó por su cara bonita? Le contó toda la historia esta misma tarde, sometido a un trato por la verdad. Ve a preguntarle a ella, si necesitas la palabra de alguien que no sea yo.

Agenor no se movió. Algo muy parecido a la impotencia brilló en sus ojos cuando entreabrió los labios, los cerró, pareció pensárselo mejor y volvió a abrir la boca. Naxi soltó una risita detrás de mí, melodiosa y despiadada.

−Por el amor de los dioses, ¿por qué yo no sabía nada de esto? −dijo finalmente Agenor.

−No es un secreto que me correspondiera contar a mí −respondí, tensa. Me puse en cuclillas para recoger a Alyra, que se posó en mi hombro y pio de satisfacción−. Si quieres saber lo que ha estado haciendo todo este tiempo, no esperes que yo te lo cuente: habla con él.

Mi padre apretó los dientes.

−Como tú estás a punto de hacer, deduzco...

¿Tenía sentido negarlo? Mentir era un reflejo aterradoramente fuerte, fruto de semanas y semanas de reprimir mi corazón y aparentar obediencia de cara a los demás. Pero nadie iba a creerse que me iba a dormir, ¿y qué sentido tenía decirles algo que solo levantaría sospechas?

Al cuerno. Que se enfadaran. Que se preocuparan por mi pobre e inmaculada inocencia. Creon me necesitaba, y había que tomar decisiones.

−Solo quiero asegurarme de que está bien −dije. Fue una explicación asombrosamente simple, que brotó de mis labios sin

pensar–. Avisadme si se os ocurre alguna otra idea sobre la Corte Cobalto.

Oí cómo reanudaban la conversación mientras me alejaba. Mencionaron mi nombre y el de Creon, y hablaron de los escudos del monumento de la Madre. Tared sonaba disgustado. Agenor, cortésmente agraviado.

Ya me ocuparía de su enfado después. Tenía cosas más importantes que hacer en ese momento.



Capítulo 29

El refugio de Creon era idéntico al mío, pero, a nuestra llegada, no tenía la cama hecha, y la palangana de su mesilla contaba con un surtido de jabones bastante más pequeño que el que yo había recibido.

Y estaba vacío.

Murmuré una maldición y volví a salir, sopesando si la emergencia justificaba que me adentrara a buscarlo en un bosque que se oscurecía rápidamente. Antes de que pudiera tomar una decisión, Alyra abandonó mi hombro, aleteó hasta mi pequeña cúpula de ramas trenzadas y me miró con una expresión que decía claramente: «Menudo cabezón para tan poco cerebro».

Ah. Por supuesto.

Puse los ojos en blanco, eché una última mirada por encima del hombro y, al ver que no había nadie cerca, atravesé la cortina de cuentas.

Creon estaba tumbado en mi cama, sobre la lana y el lino, con los ojos cerrados y el pelo suelto. Sus alas yacían extendidas sobre el montón de almohadas y mantas, tan oscuras en la penumbra que parecían absorber las últimas luces del crepúsculo. Cuando entré de

puntillas, levantó la vista y sonrió, pero era una sonrisa débil, algo frágil, como si pudiera romperse con un leve roce.

Esa, decidí, no era una conversación para los oídos de una ave.

—Alyra —musité, porque las paredes delgadas no parecían mitigar ningún sonido que fuera más fuerte que un suspiro—. ¿Me puedes hacer un favor muy importante? ¿Te importaría dar una vuelta rápida por la isla? Quiero asegurarme de que los fae no regresan sin que nos enteremos.

La rapaz hinchó el pecho con un orgullo fiero, salió volando y se perdió de vista. Creon esbozó otra sonrisa poco convincente, pero no se movió. Sus hombros abatidos me resultaban desconcertantes, y me indicaban que no había entendido del todo el porqué de su espantada. Claramente, le atormentaba algo más que la posibilidad de escuchar unas cuantas palabras hirientes.

—¿Qué pasa? —susurré, recolocando la cortina de cuentas con cuidado.

Se incorporó con un gemido silencioso y apartó el ala izquierda para hacerme sitio en la cama.

Agenor.

—Ya me lo imaginaba, ¿pero qué ha hecho exactamente para que...?

Hacer preguntas, signó Creon, poniendo mala cara. Sus señas eran descuidadas y agotadas; apenas levantaba la mano más de un palmo de las mantas.

Parpadeé.

—¿Hacer preguntas?

¿Por qué ese bastardo no puede simplemente suponer que le he puesto a Helenka un cuchillo contra la nariz y cerrar el puñetero pico? Apartó la cara, y sus alas subieron y bajaron cuando tomó aire profundamente. Respirar hondo no pareció calmarlo; le temblaban un poco los dedos cuando levantó la mano para continuar signando. *¿Se lo has dicho?*

—Lo hizo Lyn. —Me senté a su lado y me abracé las piernas—. Pero yo fui quien se lo contó a Lyn, así que supongo...

Se encogió de hombros.

No te preocupes.

−Claro que me preocupo, idiota −dije arrugando la nariz−. No estás siendo coherente. ¿No es bueno que sepa que no eres el cabrón insensible que él veía en ti? ¿No es un avance?

Creon me miró como si le hubiera retorcido los testículos dos vueltas enteras y lo llamara caricia.

−Eso es un no −concluí irónicamente−. Ayudadme entonces, Alteza. ¿Entras en pánico porque Agenor por fin sabe que no te has limitado a masacrar gente por diversión durante las últimas trece décadas? Por el amor de los dioses, ¿por qué...?

Helenka no iba a correr la voz, signó rápidamente. *Pero si Agenor lo sabe, toda la Corte Dorada se enterará en cuestión de días*. *Y posiblemente medio mundo mágico.* Se pasó una mano por la cara, y las cicatrices tintadas de sus dedos se retorcieron como gusanos macabros en la penumbra. *Me siento... desnudo.*

Se me escapó una carcajada.

−Nunca te ha preocupado demasiado la desnudez.

Subió los hombros.

La piel es solo piel.

−Y la tuya es muy bonita. −Sus labios apenas se curvaron: fue un movimiento casi imperceptible, que parecía una actuación en mi beneficio, no una expresión que alcanzara la categoría de sonrisa−. En realidad, estás asustado, ¿verdad?

Aterrado, signó con una franqueza brutal que me dejó sin palabras un instante. *No pasa nada*, añadió antes de que reaccionara. *Sabía qué sucedería cuando se lo conté a Helenka. Pero me siento como si me estuvieran desollando vivo para echar un vistazo a lo que hay debajo.*

Viniendo de una de las pocas personas en el mundo que realmente sabía lo que se sentía al ser desollado vivo, bastó para provocarme un estremecimiento. Pensé abrazarlo, pero decidí no hacerlo. Sospechaba que, fueran cuales fuesen los pensamientos que estaban saliendo a la superficie, eran importantes; el contacto físico solo le daría una excusa para devolver rápidamente a las sombras cualquier revelación accidental.

Esos destellos de vulnerabilidad eran bastante raros. Mejor concederles la oportunidad de liberarse.

–¿Y por qué sería tan malo que echaran un vistazo a lo que hay debajo? –dije despacio, en voz baja.

Creon cerró los ojos.

Dejaron de mirar hace siglos; decidieron que ya sabían todo lo necesario sobre mí. Ahora que ha salido a la luz el primer secreto, empezarán a... Vaciló. *Reconsiderarlo.*

Ladeé la cabeza.

–Como debe ser.

Se estremeció visiblemente.

Por el saco de Zera... Sabía que era reacio a revelar sus secretos, y que se negaba en redondo a hacer ningún esfuerzo por mitigar el odio que le tenía el resto del mundo, pero no me esperaba aquello. Aquello era miedo, amargo y horrible, que rebosaba porque una revelación se había escapado de su control.

–¿Por qué te afecta tanto? –pregunté–. Tú fuiste quien me dijo que dejara de preocuparme por las opiniones de los demás, por el amor de los dioses. No me estás dando muy buen ejemplo, ahora mismo.

La mueca de su risa fue tan luminosa como una gélida mañana de invierno.

Eso es diferente.

–¿Por qué?

Si piensan algo malo de ti, al menos... Sus dedos se quedaron congelados un segundo. *Al menos se equivocarían.*

Cada una de esas señas se hundió en mis entrañas como un licor amargo, dejando un rastro ardiente y doloroso de comprensión.

Por supuesto...

Meses interpretando al cruel fae asesino que ni siquiera quería ser, meses enfureciendo a nuestros aliados en lugar de ofrecer la menor esperanza de paz o siquiera un exiguo alto el fuego... Porque, si lo intentaba, abriría la puerta a la posibilidad de fracasar: eso siempre lo había entendido. Pero ahora me daba cuenta de que no era tanto la posibilidad como la expectativa del fracaso: Creon tenía completamente asumido que, en cuanto alguien conociera lo que había detrás de su fachada, llegaría a la conclusión inevitable de que continuaba estando tan podrido como hace dos siglos.

Y así, destruiría su esperanza de llegar a ser distinto.

No era la incertidumbre: era una sensación de fatalidad. Y, aun así, se lo había dicho a Helenka, y después se había sentado en torno al fuego esperando a que alguien sacara el tema... Ay, Creon.

−Entiendo −susurré, ligeramente más alto que la orquesta de grillos del exterior−. El problema no es que los demás puedan odiarte. Es que aún te odias demasiado a ti mismo.

No. Apartó la mirada, cerró la mano y la extendió antes de continuar signando. *Intento verme de forma realista.*

Solté una carcajada.

−Edored tiene una opinión de sí mismo más realista que tú.

Una tenue sonrisa cruzó su rostro.

Deja de intentar convencerme de que no soy un canalla, Em. No te beneficia defender una causa perdida.

−Es que eres un perfecto canalla −afirmé, inclinándome para colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja puntiaguda. Se estremeció ante el contacto−. Nunca he dicho lo contrario. Y un imbécil, un vanidoso y un imprudente. Además, te encanta montar dramas y no tienes ni puñetera idea de cómo relacionarte con gente salvo amenazándola, enfureciéndola o seduciéndola. Todo eso es verdad. Lo que no ves de forma realista es la otra parte de ti.

Ah. Apoyó la cabeza contra las ramitas trenzadas. *Como mi cara bonita.*

Solté un bufido.

−La piel es solo piel.

Su sonrisa se acercó un poco a una auténtica.

Es de mala educación emplear mis propias armas contra mí, cactus.

−No haberme entrenado, entonces −repliqué, sacándole la lengua. Eso también pareció animarle más de lo que esperaba−. Pero bueno, si insistes, usaré mis propias armas. Cuéntame algo agradable sobre ti.

Si le hubiera dicho que fuera a abrazar a Tared, no se le habría borrado más rápido la débil sonrisa.

Algo... ¿qué?

—Algo positivo. —Me crucé de brazos, sonriendo de oreja a oreja mientras me recostaba entre el montón de almohadones—. Ya sabes, siendo realistas. ¿O esperas convencerme de que no tienes absolutamente nada bueno?

Parpadeó.

Pues...

—Porque, en ese caso, tendrías que pensar que Lyn, Naxi y yo somos estúpidas por pensar que podrías ser mínimamente rescatable —le interrumpí, lo más enérgicamente que pude sin dejar de hablar en susurros—, y eso sí que no me parece realista. ¿Y bien...?

La forma en que desvió los ojos hacia la cortina de cuentas me recordó a un animal acorralado que buscara una vía de escape.

Me subí a su regazo por si acaso estaba pensando en huir, y me planté a horcajadas sobre sus poderosos muslos para que, como mínimo, armara un estrépito si decidía largarse. Sus músculos se tensaron debajo de mí, dejando claro lo inútil que sería intentar mantenerlo en el sitio. Olía a sangre y a verano, una fragancia extraña y salvaje que me hizo sentir un nudo en el estómago. Tragué saliva e intenté concentrarme en su cara, en lugar de en la sensación de sus duros músculos contra mi cuerpo. Intenté no recordar el momento que habíamos vivido en el barco, los lugares por donde habían vagado sus manos...

Había dejado de mirar la puerta. Sus ojos contemplaban mi rostro con toda la intensidad de sus sentidos demoniacos, conscientes de cada chispa inoportuna que ardía en mi interior.

Maldición... No era el momento de distraerse, por deliciosa que fuera la tentación. Ladeé la cabeza, le sostuve la mirada negra como la tinta, y repetí lentamente:

—Dime algo agradable sobre ti, Creon. Te prometo que te recompensaré como es debido.

Algo se encendió en sus ojos, algo que me hizo esperar que me daría la vuelta sobre las mantas y me besaría hasta que mi siguiente frase cayera en el olvido. Pero se desplomó contra la pared sin hacer ningún intento de seducción y signó de forma seca:

Supongo que a veces puedo ser razonablemente inteligente.

Resoplé.

−¿Supones?

Sí. Apretó la mandíbula. *¿No es suficiente?*

−Supongo que te quiero −dije, poniendo mala cara−. ¿Te suena convincente?

Por el amor de los dioses. Se obligó a soltar una carcajada silenciosa. *Esto es una tortura, Em.*

Tal vez le hubieran entrenado para sufrir el corte de cuchillos y el dolor de los puños sin inmutarse, pero había logrado evitar enfrentarse al filo de su propia mente la mayor parte de su vida. Me encogí de hombros y dije:

−Aprendí de los mejores. Inténtalo de nuevo, y que suene un pelín más convincente, por favor.

Yo... Tomó aire con dificultad. Detuvo los dedos; comenzó a trazar unos signos, no los terminó, y finalmente se decidió con un titubeo. *¿Soy lo bastante inteligente?*

No era una maravilla, pero sí un progreso. Me incliné y le di un beso en la frente, respirando el sabor metálico de la sangre que se había mezclado con el aroma familiar de su cuerpo. Se le cortó la respiración al primer contacto con mi piel, y me costó un esfuerzo sobrehumano no arrancarle la camisa y rendirme en el consuelo mucho más fácil e inmediato de encontrar el placer entre sus brazos.

Pero aquello no tenía nada que ver con el consuelo. Ni con el camino más fácil.

Me aparté de él, dejando un palmo de aire muy necesario entre nuestros rostros, y susurré:

−Dime otra cosa.

Tragó saliva y me observó con fijeza, pero mantuvo las manos inmóviles sobre las mantas, como si ni siquiera me hubiera oído.

−Creon. −De no haber sido por lo endebles que eran las paredes de ramitas trenzadas, habría gritado−. Te has convencido a ti mismo de que esta batalla estaba perdida incluso antes de empezar a luchar. Al cuerno con eso. Hay una razón por la que te quiero, y, si tengo que metértela en la cabeza a golpes, lo haré. Trata de verte a través de mis ojos. Dime otra cosa.

Sus labios articularon una maldición muda, pero levantó la mano.

¿No te enamoraste de mí por la cara bonita y el impresionante título?

Resoplé.

—Más bien a pesar del título. Deja de intentar escabullirte de esto.

Yo... Se incorporó un poco, apretando la mandíbula. *¿No soy un cabrón que apuñala por la espalda a la gente que me importa? Quiero decir*, continuó, interpretando correctamente mi ceja enarcada, *supongo que puedo ser leal. Bueno...*

Me eché a reír sin poder evitarlo. Un momento después, me imitó y dejó caer el brazo en las mantas. Se estaba riendo, de forma irónica y casi avergonzada, pero se reía, al fin y al cabo: aquello estaba a muchísima distancia del pozo oscuro en el que lo había encontrado. Me desplomé risueña contra su pecho, disfrutando del retumbar de su corazón, y me pregunté si sería posible amarle con la fuerza suficiente como para que lo entendiera, para resquebrajar esa coraza inhumana de odio hacia sí mismo.

¿Podría hacerlo con sus sentidos demoniacos?

Sus dedos me rodearon la barbilla y me atrajeron hacia él. De pronto, sus labios se acercaron peligrosamente, se entreabrieron una brizna y me atrajeron con su curva seductora. Sus ojos se habían vuelto feroces, hambrientos. En el fondo de sus pupilas se desataba una tormenta, y los nubarrones se arremolinaban... Pero ninguna tormenta podría hacerme daño entre sus brazos, y mi cuerpo me pedía a gritos que me refugiara en esa seguridad embriagadora y dichosa.

Mis intentos de torturarle no iban a continuar mucho tiempo.

—Esto es injusto —jadeé, sin querer rendirme, pero incapaz de apartarme—. Pretendes usar tu cuerpo para conseguir lo que no puedes expresar con palabras.

Hubo un brillo de picardía en sus ojos, un destello de diversión casi infantil que hizo que se me disparara el corazón.

¿No me he ganado un segundo beso con lo de la lealtad?

Ay, que los dioses me ayudaran... Sí, se lo había ganado.

Le di un solo beso en la mandíbula afilada, un casto roce de doncella; si lo prolongaba un instante más, dudaba que fuera capaz de apartarme. Y Creon lo sabía, por supuesto. En sus ojos brillaba

una satisfacción demasiado cercana a la arrogancia, un destello de triunfo que hacía casi imposible creer que se tratara del mismo hombre incapaz de dedicarse un cumplido ni aunque le fuera la vida en ello.

—Esto no funciona así, Alteza —le informé en un ronco susurro, clavándole el índice en el pecho. El temblor de su risa reprimida no ayudaba, maldita fuera—. Aquí el que tiene problemas eres tú. No puedes besarme sin habértelo ganado.

Incluso sus alas temblaron entonces, pero su rostro permaneció grave. Solo lo delataba el brillo de sus ojos, que iluminaba el pozo sin fondo de sus pupilas.

Jamás me atrevería a besarte. Siento un gran respeto por tu honor y tu inocencia.

Sospechaba que mi honor y mi inocencia habían huido de mi cuerpo hacía horas para tomarse algo en algún establecimiento de dudosa reputación. Desde luego, no aparecían por ninguna parte cuando apreté los dientes, levanté la barbilla y dije tajante:

—Bueno, pues yo tampoco voy a besarte.

Una decisión muy respetable.

¿Cómo se las arreglaba para parecer que se estaba riendo, cuando sus sensuales labios ni siquiera se movían? ¿Y por qué de repente sentí que estaba perdiendo aquel juego que había empezado en una posición de victoria asegurada?

—A menos que antes te hagas otro cumplido —añadí rápidamente..., quizá demasiado. Ahí estaba: con eso podría bajarle un poco los humos, ¿no?

Pero no lo pareció. Ni siquiera se inmutó. No dejó de dedicarme esa exasperante sonrisa satisfecha.

Tengo un gusto exquisito para escoger pareja, signó. *Al contrario que tú, si me permites la observación.*

—¡Eso no es un cumplido! No puedes...

Enredó la mano izquierda en mi cabello, y sus labios se posaron en los míos con aire triunfal. Era demasiado tarde para resistirme. Demasiado tarde para pensar. Me rozó el labio inferior con la lengua, buscando una entrada, y cedí por instinto antes de que mi sentido común tomara el mando: abrí la boca. En cuanto se abrió camino, el

mundo se volvió borroso, líquido. Gemí sin poder evitarlo y le agarré la mandíbula con las manos. Sabía a libertad. A noches estrelladas y alas de terciopelo desplegadas, y lo bebí como una adicta, incapaz de saciarme de cada aliento y gemido.

La mano que me agarraba el pelo me echó hacia atrás, rompiendo nuestro beso.

Jadeé, desorientada, al volver a la realidad y encontrarme en la penumbra de la cúpula de las ninfas, rodeada de ramitas trenzadas y del rumor de un bosque rebosante de vida. Mis manos habían dejado a Creon deliciosamente desmadejado debajo de mí, con el pelo alborotado y los labios de un rojo vivo y brillante..., pero su sonrisita me pareció demasiado contenida; demasiado satisfecha.

—Dijiste... —Estuve a punto de olvidar que debía hablar en susurros—. Dijiste que no ibas a besarme...

Su inocente parpadeo no me engañó ni por un instante.

Estaba recogiendo mi premio.

—¡No iba a darte ninguno por ese cumplido de pacotilla!

Se pasó perezosamente la lengua por los labios, sosteniéndome la mirada.

Si así es como besas cuando no estás nada impresionada, creo que dejaré de intentar impresionarte.

El calor floreció en mi vientre, irradiando hasta mis mejillas en un rubor que debía de ser visible incluso en el crepúsculo. Se me escapó una risa aturdida.

—Creon...

Mírame. Se sentó más erguido, con un movimiento tan repentino como el ataque de una víbora. No tenía forma de echarme atrás mientras mantuviera la mano izquierda enredada en mi pelo; lo único que aún nos separaba era su mano derecha, que signaba a una velocidad vertiginosa.

No puedo verme a través de tus ojos, cactus. Se parece demasiado a una mentira. Pero sí puedo sentir que me ves.

Dioses.

La mirada demoniaca, de nuevo.

No habría podido apartar la vista aunque hubiera querido, arrastrada al abismo de sus pupilas como un marinero atraído a las

profundidades por cantos de sirena. Había tantas contradicciones en sus ojos... Súplica y desafío, odio a sí mismo y arrogancia... Tragué saliva y me obligué a contemplarlo: la cruel cicatriz que le atravesaba la ceja, los afilados ángulos de sus pómulos. Sus labios carnosos, capaces de formar sonrisas gloriosas. El pelo negro, suave como la seda, con el que jugueteaba cuando se dormía en mis brazos. Las puntas afiladas de sus orejas, que mostraban manchas de un azul oscuro producto de largos días de lectura, cuando se apartaba el pelo de la cara con los dedos manchados de tinta.

Me invadió un calor que no tenía mucho que ver con la lujuria.

Mírame, articuló sin voz. Sus ojos ardientes se bebieron el tamborileo de mi corazón cuando se inclinó más hacia mí; su cálido aliento me rozó los labios y me olvidé de los premios, de los cumplidos y las recompensas. Me agarró la cadera con la mano derecha y me atrajo hacia sí, mientras trazaba una tortuosa línea a lo largo de mi columna vertebral con la izquierda. No me atreví a cerrar los ojos bajo aquellas caricias de adoración, ni siquiera cuando el placer comenzó a inundarme lentamente.

Finalmente, sus labios encontraron los míos y cerré los párpados.

Su beso fue cálido y lento, pero cargado de promesas peligrosas. La sensación me devoró al instante. Me acarició la comisura de los labios con la lengua, y le permití el paso con un ansia que no podía negar, sin saber a esas alturas quién había ganado la partida, incapaz de preocuparme por ello. Atrapada por la intensidad cada vez mayor de su beso, no podía hacer otra cosa que sentir, que desear. Deslizó la mano de mi espalda a mi pelo y, por un momento, temí que me apartara y me obligara a volver a pensar con sensatez.

En lugar de eso, me echó la cabeza hacia atrás y acercó la boca a la vulnerable piel de mi garganta, trazando una lenta línea de besos por mi cuello.

Se me escapó un gemido.

Con una carcajada silenciosa, retrocedió y apoyó un dedo en mis labios.

Cierto. Silencio. Tragué saliva. Su dedo ardía contra mi boca. Aquellas paredes de ramitas entrelazadas delatarían cualquier ruido; en esas circunstancias, era una locura abandonarme a la necesidad

ardiente que latía bajo mi carne... Pero cada roce que compartíamos era como la liberación de un aliento que había retenido durante días, como aflojar unos músculos que ya ni siquiera me daba cuenta de que tenía agarrotados. Estábamos solos: una libertad tan simple, tan instintiva...

—Seré silenciosa —jadeé—. No te atrevas a dejarme ahora.

Su dedo bajó por mi barbilla, subió por mi mejilla y trazó la línea de mis pómulos. Lo siguió con la mirada, como si estuviera memorizando cada centímetro de mis rasgos. Incluso en la penumbra, sus ojos negros irradiaban una vulnerabilidad cruda, cautelosa, como si se hubieran abierto unas cortinas, revelando cada fragmento roto que había debajo, cada defecto e imperfección, cada cicatriz dolorida.

«Mírame», había dicho.

—¿Me sientes? —susurré.

Un escalofrío lo recorrió. Alcé la mano y pasé las yemas de los dedos por el borde de sus orejas puntiagudas, saboreando su mirada como el ardor profundo de un buen vino, anticipando el temblor que lo sacudió hasta la punta de las alas. Mi mente giraba en un torbellino cálido y perezoso: imágenes sueltas, risas, el resplandor de la magia y unos brazos fuertes e inquebrantables a mi alrededor. Mi cuerpo ardía como el fuego del infierno; mitad amor, mitad pecado.

—Hubo un tiempo en que te odié —añadí en voz baja, rozándole la sien—. ¿Lo entiendes? No solo quiero que sepas lo que siento por ti ahora. Quiero que lo recuerdes y notes la diferencia. Quiero que comprendas, que entiendas de verdad, que la última vez que te mostraste al mundo..., te convertiste en el mundo entero para mí.

Noté que temblaba con tanta violencia como si lo estuviera azotando un viento invernal cargado de escarcha. Bajé las manos hasta su camisa y, despacio, infinitamente despacio, abrí el primer botón y posé los dedos en la piel tensa justo debajo de sus clavículas.

—No olvides que yo también vi lo peor de ti —susurré, inclinándome hacia su rostro—. Y después, descubrí el resto y todo cambió. No soy idiota, Creon. Reconozco el valor, la dedicación, la

empatía y el desinterés cuando los veo. Así que no vuelvas a decirte que estás siendo realista cuando te odias a ti mismo, porque...

Sus labios me hicieron callar.

Me besó como si se estuviera ahogando, como si se sostuviera en el borde de un precipicio tan solo con la punta de los dedos. Yo había sentido aquel pozo oscuro en su interior cuando tuve en mis brazos el saco de Zera: el vacío aullante de la soledad y la culpa. En ese momento, volví a sentirlo. Saboreé ese abismo en sus labios mientras me rodeaba con sus brazos y me apretaba contra su pecho tembloroso. La sangre se aceleró por mis venas, se me subió a la cabeza, llegó a la punta de los dedos, a todos los lugares donde nuestros cuerpos se encontraban. Me aferré a su camisa y alcé el rostro para recibir su beso, rindiéndome al ansia que me devoraba.

Costara lo que costase, impediría que volviera a caer al abismo.

Se separó de mí de golpe y fue sembrando de besos voraces mi mandíbula, mi cuello y mi hombro. Tuve que morderme el labio para no gritar. En la oscuridad, quedamos reducidos al movimiento frenético, a las respiraciones ardientes: incapaz de ver más que siluetas, busqué sus alas y encontré la superficie aterciopelada al primer intento. Creon emitió un gruñido y repetí el gesto, acariciando el punto más sensible justo detrás del hombro.

Me dio la vuelta sobre las mantas.

Sus manos se movían febriles en la oscuridad, subiéndome la falda, separándome los muslos. Unos dedos ásperos se deslizaron bajo mi ropa interior y gemí cuando acariciaron sin piedad la carne resbaladiza, encontrando el punto de mi placer sin esfuerzo, como si ninguna diosa ni magia nos hubieran separado jamás. Apretando los dientes, me arqueé hacia aquella fricción celestial, desesperada por más. Metió un primer dedo en respuesta, y mis gemidos libraron una batalla desesperada por escapar de mi boca.

El mundo se había vuelto demasiado oscuro para leer señas o movimientos de labios. Apenas distinguía su silueta entre mis muslos contra el telón de fondo de ramas y lianas trenzadas. Era una tortura no verle la cara, no saber lo que pensaba... Pero, de algún modo, esas incógnitas intensificaban las sensaciones: la presión de sus dedos, el pulgar que frotaba el punto sensible, la otra mano que

acariciaba mi trasero semidesnudo... Clavé las uñas en las mantas y luché por guardar silencio, por tragarme cada sollozo y cada grito mientras él me llevaba a mi límite sin esfuerzo: conocía mi cuerpo mejor que yo misma.

Tuve que taparme la boca con las manos mientras alcanzaba el clímax, ahogando mis gemidos imparables en el calor de mis propias palmas.

Sus alas batieron en la oscuridad cuando me apartó las manos y me besó como si no pudiera evitarlo, como si tuviera que saborear mis gemidos. Abrí más las piernas y presionó su erección contra mí con una embestida exigente.

Perdí todo rastro de sentido común, y se me escapó un grito contra sus labios.

Me mordió el labio inferior con fuerza: un castigo evidente. Mierda. Sí. Silencio. ¿Pero cómo demonios iba a estar callada cuando se estaba frotando contra mí, cuando deslizaba la mano entre nuestros cuerpos y liberaba su miembro con un rápido gesto? Mi cuerpo se movía por instinto, y a mis pulmones no les importaban los secretos ni las alianzas. Luché contra mi propio aliento, contra mis labios entreabiertos, contra los gritos que peleaban contra mi débil control...

Igual que le debía de suceder a él.

Me quedé rígida durante un instante, jadeante.

¿Era tan distinto aquel silencio impuesto de las ataduras con las que él llevaba viviendo más de un siglo? ¿Acaso Creon no se había sentido en una jaula cientos de miles de veces, no había sufrido la frustración de no poder decir nada? Tal vez aquello nos estuviera poniendo al mismo nivel: me veía forzada a un silencio que iba en contra de todos mis deseos e instintos. Quizá, al menos, esto me enseñaría a entenderlo un poco mejor.

Su miembro se clavó contra el interior de mi muslo, caliente, pesado y húmedo por la excitación, y apreté los dientes para contener el gemido que había estado a punto de escapárseme. Tal vez me costara guardar silencio con el resto de la gente, pero lo haría con él.

Incluso cuando se apretó contra mi entrada y el placer recorrió cada nervio de mi cuerpo.

Incluso cuando me penetró de una sola embestida profunda y llena de pasión desenfrenada, llenándome hasta dejarme sin aliento.

No me dio tiempo a adaptarme, a prepararme. Su respiración se convirtió en un gruñido mientras se retiraba y se hundía de nuevo, poseyéndome de una manera implacable que recibí con ansiedad. Le hundí las uñas en los hombros, enterré las yemas en su pelo. Me clavó los dedos en las caderas y se movió cada vez más rápido, con el frenesí de la bestia que había luchado en la cubierta de aquel barco, que había destruido a un ejército entero, con la furia del amante que haría algo cien veces peor por mí, con la desesperación insondable de un corazón incapaz de perdonarse a sí mismo. No hubo dulzura en aquella liberación, y tampoco elegancia ni control. Algo crudo y salvaje creció entre nosotros, se desató en la oscuridad y hundió sus garras en mi carne, y me entregué a ello en aquel silencio absoluto y terrible.

Me arañó el vientre, los pechos, la garganta. Le rodeé las caderas estrechas con las piernas y me arqueé contra sus implacables embestidas. La armonía silenciosa y desesperada de los jadeos y los golpes de la carne llenó mis oídos, mezclándose con el estruendo de los latidos de mi corazón, desbaratando mis sentidos hasta que pude saborear la presión de sus dedos y oler la oscuridad de la noche. Me rozó la oreja con los dientes. Le arañé las alas con una uña. Gruñó y se hundió con más fuerza, y apenas logré repetir la caricia una última vez mientras contraía cada músculo de mi cuerpo en señal de rendición.

Estallamos juntos: éramos una sola criatura silenciosa de dientes, uñas y miembros convulsos en aquel lecho blando y estrecho.

Me aferré a él durante nuestra liberación compartida, mordiéndome la lengua con tanta fuerza que saboreé la sangre; el dolor no era más que una nota débil discordante en mitad del éxtasis. Los labios de Creon no abandonaron mi piel. Me besó la mandíbula mientras me aferraba a él, y luego la garganta y el hombro hasta que se fue disipando el clímax. Solo entonces se apartó lentamente, se tendió de lado y me estrechó contra su pecho,

con tanta fuerza que sentí los latidos de su corazón a través de las finas capas de su camisa y mi vestido.

Cerré los ojos, luchando por recuperar el aliento y la compostura, la capacidad de pensar en algo que no fuera la sensación de su cuerpo contra el mío. Su aliento era áspero contra mi oído. Sus brazos, cálidos y poderosos. Un ala se enroscó a mi alrededor. No la veía en la oscuridad, pero reconocí el roce aterciopelado, y me di cuenta de que no compartíamos un momento así desde la última noche que habíamos dormido en el Subterráneo: no solo lujuria, sino intimidad tranquila.

Se me escapó un suspiro de satisfacción mientras me acurrucaba aún más contra él.

El tiempo se espesó hasta convertirse en una sustancia almibarada. A lo lejos oía las voces de los demás, que terminaron enmudeciendo. Los grillos se habían callado. Aparecieron los sonidos nocturnos del bosque, el ulular de los búhos y el correteo de los animalillos. Distinguí el rumor lejano del mar: apenas audible, pero infinitamente tranquilizador. Hasta ese momento no me había dado cuenta de lo mucho que añoraba ese sonido familiar de mi antigua vida. Lo había echado de menos en el silencioso Subterráneo y en el vasto continente.

—Con suerte —murmuré somnolienta, acariciando la muñeca que me ceñía la cintura—, mañana por la noche tendremos conversaciones en la oscuridad.

Se tensó un instante, dejó escapar un suspiro largo e inseguro y me soltó para darse la vuelta. Busqué a tientas su cuerpo y lo primero que encontré fue su miembro, aún pegajoso por las huellas de nuestro placer.

—Maldita sea —gruñí, y su respiración sonó a carcajada—. Creo que nos vendría bien un poco de luz.

Una chispa amarilla atravesó la oscuridad y mi manta resplandeció: había cambiado el material para crear luminiscencia, con la misma técnica que se empleaba para hacer los orbes que iluminaban las cortes fae. En aquel brillo espeluznante y plateado, la gloria semidesnuda de Creon se hizo aún más inhumana, más ajena, con sus rasgos afilados resaltados por las sombras. Su miembro se

agitó bajo mi mirada de interés, y me reí entre dientes y lo acaricié antes de que se abrochara.

Por más que me guste tu aprecio, signó una vez terminada la tarea, *creo que deberías dormir un poco antes de salvar el mundo mañana.*

Debería, sí. El día había sido muy largo: mi tarde había pasado a ser una mañana al regresar del bosque de Zera, y sospechaba que me quedaría dormida en un santiamén en cuanto me relajara. Pero miré con aprensión las mantas arrugadas y murmuré:

—No puedes quedarte aquí.

No apartó la mirada; me observó con sus inescrutables ojos demoniacos. A la luz plateada, sus pupilas negras brillaban como un cielo nocturno salpicado de estrellas.

¿Quieres que me quede?

Sí. No. El dilema de siempre: amor frente a deber, deseo frente a estrategia; claro que quería que se quedara, pero ¿y si las espías de Helenka lo veían salir de mi cúpula por la mañana? Tragué saliva y susurré:

—Si estamos en lo cierto sobre la Corte Cobalto...

No había necesidad de terminar esa frase. Si teníamos razón, todo cambiaría. Creon recuperaría su voz y su magia. Tendríamos una oportunidad de ganar aquella guerra. Y a menos que ese misterioso escudo nos diera más problemas de los esperados, al anochecer estaríamos de regreso en el Subterráneo.

Donde podría decirles la verdad a Tared, Beyla y Agenor.

Podíamos aguantar una última noche, después de las muchas que habíamos pasado separados.

—Mañana —musité. Aunque no fuera la continuación más lógica de la frase que había dejado inacabada, esbozó una leve sonrisa y me tendió la mano. Me subí a su regazo, le rodeé los hombros y lo besé con aquella palabra palpitando en mi mente, cálida y sedosa como una promesa: *mañana, mañana, mañana.*

Durante un instante perfecto, no existió nada excepto sus manos y su boca sobre mi cuerpo, sus fuertes piernas debajo, nuestras lenguas danzando unidas al ritmo embriagador de nuestros corazones. Un momento en el que simplemente estaba allí, era suya,

y sus caricias silenciaban todos mis temores y preocupaciones, borrando de mi mente las batallas y los retos que estaban por venir...

Entonces sonó la voz de Tared.

–¿Em? ¿Estás...?

Y silencio.

Un silencio condenatorio y sepulcral.



Capítulo 30

Ni un cubo de agua helada nos podría haber separado más rápido.

Solté un grito ahogado, me aparté de Creon y salté hacia atrás, con un movimiento tan fulgurante que me habría valido felicitaciones en cualquier sesión de entrenamiento. Lejos del lecho. Lejos de la transgresión flagrante e incriminatoria de nuestro beso. Por un instante, me atreví a creer –con todas mis fuerzas– que había sido lo bastante rápida, que estaba lo bastante oscuro, que la voz familiar de Tared no había sonado tan cerca como me había parecido en medio del pánico...

Y entonces me di la vuelta y lo encontré de pie en la puerta, congelado a la mitad del paso, con la mirada fija en Creon como una flecha a punto de dispararse.

Ay, no.

No, no, no, no...

–¿Tared? –atiné a articular, ahogada–. Tared, no es lo que... No...

Ni siquiera me miró. Con los ojos entornados, observaba al fae que estaba en mi cama, en un silencio que creció hasta convertirse

en un rugido en mis oídos. En el exterior, las ninfas parloteaban y los insectos zumbaban en la húmeda oscuridad. Nada era capaz de romper el silencio paralizante entre aquellas finas paredes trenzadas, el instante suspendido entre la pasión y el desastre. A la luz plateada, el rostro de Creon parecía el de una estatua. Tenía una mueca perfectamente esculpida en sus labios, y sus ojos eran tan fríos como el mar más profundo.

El recuerdo del silbido del acero me asaltó sin previo aviso, la sangre salpicando el musgo y el fuego rugiendo en el bosque de Zera.

—Tared —repetí, más desesperada—. Por favor, no...

—Fuera —dijo Tared en voz baja.

No alzó la voz. Su mano ni siquiera se movió en dirección a la espada que portaba a la espalda. Pero su tono era gélido y arrollador, como la corriente fría y mortífera que corre bajo una superficie tranquila de agua, y me erizó el vello de la nuca, aunque aquella palabra no fuera dirigida a mí.

—No va a marcharse —repliqué.

Entonces Tared se volvió hacia mí, con los ojos entrecerrados en una inequívoca advertencia.

—Em...

—No va a irse a ninguna parte. —Se me cerró el pecho, como si llevara un corsé demasiado apretado, y las palabras brotaron sin pensar ni calcular nada. «Mío», gruñó algo en mi interior, en el filo entre defender lo que me pertenecía y ceder. No quería hacer esa elección, pero la hice, espoleada por la promesa que le había hecho: «Te protegeré»—. ¡Tú eres el que ha entrado sin avisar! No estás en posición de echar a nadie ni...

Su brazo me rodeó el hombro antes de que pudiera resistirme.

La noche y el resplandor plateado se difuminaron a mi alrededor y, cuando el mundo recuperó el color nítido, estábamos de pie en medio del bosque, solos. No se veía ni oía a nadie. Las estrellas centelleaban entre las ramas. La brisa nocturna me acarició las mejillas. Me zafé del agarre de Tared y retrocedí un paso, mirando a mi alrededor: no había cúpulas, ninfas ni ninguna otra cosa

reconocible: solo el álfar que tenía delante e hileras interminables de árboles oscuros.

Se me disparó el corazón hasta que sentí que me mareaba.

—¿Dónde estamos?

—Solos —respondió en un tono sereno y, sorprendentemente, nada amenazador—. Lejos de las espías de Helenka. ¿Qué...?

—¡Llévame de vuelta!

—¿A sus garras? —Entrecerró los ojos—. No hasta que hayamos hablado largo y tendido. ¿Qué está pasando aquí exactamente, Em?

Debería haber sido más diplomática, más cauta. Debería haber agradecido que se preocupara por mí, pero... ¿por qué demonios se creía con derecho a arrastrarme de un lado a otro, como si fuera una cría sin voluntad propia? Solté una carcajada.

—Si necesitas que te explique lo que está pasando, tu vida amorosa es aún peor de lo que yo creía.

No pestañeó.

—Em, ¿qué te ha estado haciendo?

—¡Nada! —exclamé con la voz quebrada—. Nada que yo no quisiera.

—Eso no es ninguna excusa —dijo Tared con frialdad. Apretó los dientes un instante, rompiendo la ilusión de su asombrosa calma. A la luz blanca y gris de la luna, su esbelto rostro estaba pálido como la nieve—. No debería aprovecharse de...

—¡No lo ha hecho, joder!

Nos fulminamos con la mirada, respirando rápido. Ninguno parecía dispuesto a retroceder. Tared fue el primero en apartar la vista con un gemido hondo, obligándose a relajar los hombros agarrotados. Pasaron varios segundos en los que abrió la boca, buscó las palabras, se contuvo, volvió a abrirla y luchó por serenarse.

Después, con una calma totalmente artificial, dijo:

— No sé muy bien cómo decirte esto, Em.

Me tragué unas cuantas réplicas mucho más desagradables antes de responder:

—¿Decirme qué?

—Creon... —Hizo un gesto brusco y titubeó un instante—. Mira, sabe cómo manipular a la gente, ¿entiendes? Sabe parecer encantador cuando le viene bien. No te culpo por haberte... encaprichado de él, joder, si se ha esforzado en...

—No lo ha hecho.

—Por supuesto, eso es justo lo que él...

—¿Podrías dejar de tratarme como a una maldita cría, Tared? —Estaba harta de aquello: caminar de puntillas constantemente, tener que defender cada una de mis decisiones a cada instante—. Puedo decidir yo solita lo que siento por él, muchas gracias, y...

Un músculo palpitó en su sien.

—Em.

—¡Estás haciendo justo lo mismo que le echaste en cara a Agenor! —Las palabras salían solas: semanas y semanas de frustración brotaban en un torrente de mis labios—. ¿Es que no lo ves? Le estás diciendo a una mujer adulta adónde tiene que ir, qué tiene que pensar, cómo tiene que manejar...

—¿Y qué quieres que haga? —masculló mientras se le resquebrajaba la fachada de serenidad—. ¿Preferirías que me quedara mirando cómo un peligro terrible se cierne sobre ti? ¿Que te deje apañártelas sola?

—¡No es ningún peligro para mí!

Una risa burlona se escapó de sus labios.

—Es un peligro para todos.

—¡Por los malditos dioses...! —Era incapaz de bajar el tono. Ya no me importaba. Tared estaba a menos de un metro de mí; era mi amigo, el álfar imperturbable que prácticamente me había adoptado, pero me sentía como si nos separara un abismo y fuera incapaz de oírme por más que gritara—. Escúchame, sé que se ha portado contigo como un auténtico cabrón, sé el daño que te ha hecho. ¿Pero se te ha pasado por la imaginación que no sería una amenaza tan grande si pararas de tratarlo a patadas siempre que puedes?

El silencio se hizo más denso mientras Tared inspiraba hondo, lentamente. Sospechaba que estaba intentando controlarse para no llevarme a rastras al Subterráneo y encerrarme lejos del alcance de príncipes fae indeseados.

—Em —dijo. Seco, cortante—. Por favor, no empieces con que es un pobre desgraciado incomprendido.

—¡Pero no entenderás nada si te niegas a entender esto! —¿Y si lo zarandeaba? ¿Serviría de algo? Probablemente no, pero sentía comezón en las manos: estaba deseando hacerlo—. No se esforzó por seducirme, ¿de acuerdo? Se mantuvo alejado de mí para asegurarse de que no sucedería hasta que yo le obligué a dejar de huir. Y si no lo hubiera hecho, nunca habríamos...

Vacilé, sin saber cómo terminar la frase. Era mejor que me callara las únicas opciones que se me ocurrían: «Nunca nos habríamos besado». «Nunca habríamos hecho el amor contra aquella pared». «Nunca nos habríamos enamorado».

Su voz se había vuelto monocorde de nuevo.

—¿Y cuándo, exactamente, ocurrió todo esto?

Ay, joder.

—Yo... —tartamudeé. «Meses. Te he estado ocultando todo desde que nos conocimos»—. Depende de lo que...

—¿Antes o después de la Corte Dorada? —me interrumpió.

Maldición. Pensaba prepararme para aquella conversación, inventar alguna versión de los hechos que, aunque mostrara el desenlace, no hiciera hincapié en las muchas semanas de encuentros en secreto. Había planeado decidir cuántas mentiras piadosas debía contar.

Pero sus preguntas eran implacables. No tenía tiempo para pensar y, si Tared descubría que le había mentido..., ¿volvería a confiar en mí?

—Antes —susurré débilmente.

Tensó la mandíbula.

—¿Antes o después de que te lleváramos al Subterráneo?

El acero de su voz podría haberme saltado la sangre. Sentí que me encogía bajo su mirada, tentada de romper a llorar, suplicar su perdón y esperar que eso pusiera fin a sus preguntas. Pero aún me quedaba algo de orgullo, y no me flaquearon las rodillas ni siquiera cuando el silencio alcanzó una cualidad letal en el aire nocturno.

—Antes. —Tuve que obligarme a pronunciar la palabra.

—Ya veo.

Y, a pesar de todo, no mostraba ni un ápice de furia. Maldito fuera, ¿no podría al menos gritarme un poco? Cualquier cosa habría sido mejor que esa indiferencia insoportable. No quedaba ni rastro del amigo que conocía, con el que bromeaba. No daba la menor pista de lo que estaba pensando bajo su fachada imperturbable.

—Tared... —comencé.

—¿Y no se te pasó por la cabeza —me cortó en seco; cada palabra parecía una cuchilla— la posibilidad de informarnos de la situación en algún momento?

Me aferré a la respuesta —la verdadera— como si fuera un salvavidas.

—Iba...

—¿Tienes idea de cómo me ha afectado todo esto, Em? Permitir que ese cabrón regresara a nuestras vidas, después de todo lo que pasó... —No parecía ni siquiera haber oído lo que intentaba decirle, y entonces me di cuenta de que no había hecho la pregunta para que yo le diera una respuesta. Había explotado, sencillamente, y su furia me arrolló con la fuerza imparable de un maremoto—. Por el maldito ojo de Orin, no he dormido bien ni una sola noche desde que volvió al Subterráneo; no he estado ni un solo minuto sin mirar por encima de mi hombro. ¿Sabes lo mucho que me he preocupado por ti, viendo que los ojos te hacían chiribitas? ¿Sabes la angustia que he pasado por...?

Se calló, jadeante. Su expresión tenía algo lobuno y salvaje que no lograba controlar por más que apretara los dientes. Tras su aparente indiferencia había un animal rabioso que aullaba, exigiendo justicia.

Había sentido la emoción que se ocultaba tras aquella calma estoica cuando sostuve el saco de Zera en los brazos.

—Por Lyn —concluí con un temblor en los labios.

Tragó saliva de forma audible, sin que se aflojara la tensión de su mandíbula.

—Sí.

—Yo... no sabía que eso continuara preocupándote. —No podía respirar. La revelación fue como una jarra de agua helada. Notaba la

hiel en la garganta. «No he dormido bien ni una sola noche»–. Creía que habías hablado con Lyn, que...

–Respóndeme a una cosa: si alguien tuviera tu cuello entre sus manos un día tras otro y estuviera dispuesto a apretar hasta arrebatarte el aire que respiras, ¿te tranquilizaría que alguien te dijera que, en el fondo, ese cabrón no tiene malas intenciones? Llevo meses mirando al abismo de lo que podría ser mi tumba, ¿y así es como me revelas que no estaba acechando a Lyn? ¿No se te ocurrió que podría ser buena idea habérmelo mencionado antes?

Me quedé boquiabierta, atónita. Sus ojos eran esquirlas de acero a la luz de la luna, brillantes como la escarcha.

–Pero... –Mis pensamientos se habían dispersado como hojas arrastradas por el viento–. Pero no era... ¡Incluso Naxi te dijo que no tenías nada de lo que preocuparte, y es un demonio! No me di cuenta...

Abrió los ojos de golpe.

–¿Naxi lo sabía?

Mierda. No tenía que haber dicho eso.

–Bueno, Naxi...

–... es un demonio –concluyó él, con un tono tan mordiente como el ácido–. ¿Se lo has contado a alguien más? ¿O al menos tengo el honor de ser el segundo en enterarse de tu pequeño secreto?

Y solo entonces me di cuenta de la magnitud de mi estupidez.

Porque Lyn lo sabía.

Lyn, que por fuerza era consciente de lo mucho que estaba sufriendo Tared por culpa de mi secreto; Lyn, que me había sugerido amablemente que se lo contara a la familia, pero que no me había presionado, no me había obligado a enfrentarme a mis miedos. Lyn, que, una vez más, se encontraba justo en el centro de aquel desastre. Y yo no había caído hasta ese momento.

Lyn lo sabía, y no se lo había dicho a Tared.

El silencio se alargó demasiado mientras intentaba encontrar las palabras. El rostro de Tared lo decía todo: la rabia estaba dejando paso al agotamiento. Aquella era la expresión de un hombre que se preguntaba qué le quedaba por soportar.

–¿Quién más lo sabía, Em?

–Yo...

Que los dioses me amparasen, ¿qué podía decirle? ¿Por qué no se lo había contado Lyn? No era mi responsabilidad; ella no me había querido cargar con ese peso..., pero eso significaba que lo había soportado ella misma. ¿Y acaso un álfar al límite de su cordura podía ignorar una deslealtad así?

Yo había sentido la agonía del vínculo insatisfecho entre ambos. De haber estado en el lugar de Tared, si sufriera ese dolor, ¿habría sido capaz de ignorar esa traición?

Tared fue demasiado rápido para la espiral de mis pensamientos. Sus palabras sonaron duras y cortantes, pero no lo suficiente. No ocultaban el terror que yacía debajo.

–¿Lo sabía Lyn?

Debería haberlo negado de inmediato.

Pero vacilé, sin saber cuántas mentiras podía permitirme, y en ese instante supe que él lo sabía; la respuesta cayó como un plomo, tan pesada que era imposible pronunciarla en voz alta. La herida de la traición brilló en sus ojos, la conmoción dejó al descubierto su dolor y su ira durante un breve instante, pero aquellos sentimientos no estaban dirigidos hacia mí. Ni siquiera hacia Creon.

–¡Le hice prometer que no se lo diría a nadie! –exclamé atropelladamente. No, no... No podía echarle la culpa a Lyn de mi propia estupidez. Tal vez mi secreto lo hubiera estropeado todo, pero no aquello. No podía provocar más problemas entre ellos. El maldito vínculo no iba a arrastrar a Tared al infierno de los álfar con el corazón roto–. ¡Yo le pedí que se lo callara! ¡No le eches la culpa a ella! Yo... pensaba...

La frase murió en mis labios. ¿En qué narices pensaba?

–Lo siento –exhalé, consciente de lo poco que servía esa disculpa según pronunciaba cada sílaba–. No quería hacer daño a nadie.

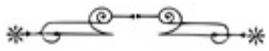
Me sostuvo la mirada durante un segundo que se me hizo eterno, con una expresión indescifrable. El bosque parecía haberse tensado a nuestro alrededor. Las ramas estaban inmóviles contra la brisa nocturna, como centinelas mudos. Era como si los árboles

contuvieran la respiración a la vez que yo, esperando a que Tared dijera algo, a que se me doblaran las rodillas.

Entonces, el álfar hundió los hombros bruscamente. Dio un paso atrás y entreabrió los labios con una mueca que parecía la de una calavera.

—Vete al infierno, Emelin.

Y, sin esperar respuesta, desapareció.



El suelo húmedo del bosque estaba helado cuando me dejé caer contra el árbol más cercano y miré al cielo estrellado con los ojos borrosos.

«Mierda».

Durante minutos enteros, aquella palabra fue el único pensamiento que mi mente fue capaz de formar.

«Debería levantarme y buscar ayuda»; la idea estaba vagamente presente en algún rincón de mi cabeza. Tenía que intentar avisar a alguien y regresar a una zona habitada. Pero mi cuerpo se negaba a obedecer, empeñado en demostrarme que estar tirada en medio de un bosque desconocido no era, ni de lejos, el peor de mis problemas.

Porque ese puesto le correspondía a...

«Vete al infierno, Emelin».

Me estremecí con una violenta arcada. Me abracé las rodillas y enterré la cara contra ellas, jadeando de forma rápida y superficial. Dioses, ¿qué había hecho? ¿En qué estaba pensando? Tantas semanas guardando el secreto para mantener la concordia, y un solo segundo de estupidez había desencadenado más problemas de los que jamás habría imaginado..., muchos más de los que esperaba, sinceramente. ¿Por qué no había mantenido las manos alejadas de Creon unos cuantos días? ¿Por qué había sido incapaz de fingir hasta haberme preparado aquella conversación?

¿Por qué había vuelto a fracasar?

Un escalofrío me recorrió mientras los recuerdos se mezclaban. Eran voces y rostros diferentes, pero producían un efecto similar:

«Me avergüenzo de ti, Emelin». Una vez más, me había esforzado todo lo que podía. Y, una vez más, había fracasado. Y ahí estaba, tirada en el suelo y a punto de llorar, en medio de un bosque de ninfas, temiendo el momento en que tendría que ponerme de nuevo en pie para enfrentarme a los demás y descubrir hasta qué punto lo había destrozado todo por haber robado un beso más de la cuenta.

¿Tared se lo diría a Beyla? Que los dioses me amparasen... ¿Se lo contaría a Edored?

Me sentía como si estuviera de regreso en la cabaña de la Corte Carmesí, con la carta de Valter en mis manos temblorosas. «No nos busques». ¿Y si regresábamos al día siguiente al Subterráneo y descubría que las personas que consideraba mi familia ya ni siquiera me miraban a los ojos? ¿Y si Lyn se enfurecía conmigo por haber traicionado su secreto de una forma tan estúpida? ¿Y si Agenor se enteraba de la catástrofe y decidía que yo no era digna de llevar el apellido de la familia y...?

Un chillido agudo rompió el silencio a muy poca distancia.

Me incorporé de un salto, conteniendo un grito. El rojo brotó de las yemas de mis dedos sin que me diera cuenta, y una ráfaga carmesí cortó la oscuridad bañada por la luna, iluminando el musgo, la corteza y las hojas y haciendo que cayeran un montón de flores.

Solo entonces reconocí la figura emplumada que había aterrizado a mis pies y me miraba indignada.

—¿Alyra? —Me tembló la voz mientras bajaba la mano—. Ay, dioses. Perdona. No pretendía atacarte. No me... No me encuentro en mi mejor momento.

Eso ya lo veía, a juzgar por su mirada reprobadora, y era evidente que consideraba que me estaba recreando excesivamente en mis penas. Sí, podía ser molesto que el hombre con espada en lugar de alas estuviera enfadado para siempre, pero la tenía a ella. Y no iba a irse a ninguna parte, eso lo sabía, ¿no?

Parpadeé ante el aluvión de pensamientos que brotaban como si me pertenecieran, y mis miedos se vieron reemplazados por la sorpresa. ¿Esperaba que Alyra también me abandonara?

—Bueno —dije, un poco a la defensiva—, tú también piensas que soy idiota.

Precisamente por eso no iba a dejarme sola, por el amor de los dioses; un ave en condiciones sabía muy bien cuáles eran sus responsabilidades, y estaba claro que yo era la clase de polluelo que necesitaba un poco de orientación para no caerse del nido, metafóricamente hablando.

—Ah —dije, atónica. ¿Metafóricamente? ¿Las aves sabían lo que eran las metáforas, o estaba interpretando lo que fuera que me estuviera transmitiendo a través del vínculo que se había creado entre nosotras?—. Bueno. Eso es tranquilizador, supongo.

Alyra dio unos saltitos de impaciencia, esperando a que me levantara y la siguiera. Hacía unos minutos, la mera idea de moverme me resultaba inconcebible. Pero ahora me puse en pie con dificultad, no tanto por dejar de aplastar el musgo como por no decepcionar a mi familiar todavía más. Al fin y al cabo, el musgo no podía gritarme ni se avergonzaría de mí. Pero Alyra tenía razón: no podía quedarme ahí toda la noche. Además, Creon probablemente estaría buscándome.

Si no se estaba dedicando a romperle los huesos a Tared, claro.

Me tragué una imprecación y aceleré el paso.

Alyra parecía conocer el camino —o quizá fuera capaz de perderse aparentando total seguridad—, y no me atreví a cuestionarla mientras aleteaba delante de mí. Sus plumas blancas eran claramente visibles incluso en la oscuridad. El bosque de las ninfas estaba más tranquilo por la noche, pero nunca completamente silencioso. Los árboles susurraban a nuestro alrededor como viejas cotillas, y los pájaros nocturnos revoloteaban de rama en rama, rompiendo el silencio a intervalos regulares con su canto. De vez en cuando me parecía oír pasos, pero no sabía si pertenecían a las espías de Helenka o eran solo producto de mi imaginación.

Y de pronto, entre los árboles y el resplandor plateado de la luna, apareció aquella silueta alada que conocía mejor que mis propias manos.

—¡Creon!

Al momento siguiente, me estrechó entre sus brazos, apretándome contra su pecho como si quisiera exprimir hasta el último aliento de mis pulmones. Hundí la cara en su hombro y le

apreté la cintura con los brazos. Cuando repetí su nombre, la voz se me entrecortó con unos sollozos involuntarios, y Creon pareció agarrotar todos los músculos al oír ese sonido.

Conocía esa tensión. Si me permitía albergar un solo pensamiento violento, Creon le estaría poniendo un cuchillo en la garganta a Tared antes de que tomara el siguiente aliento.

—Quédate conmigo —susurré, obligándome a ser racional. La violencia era lo último que necesitábamos en ese momento—. Por favor. Te necesito a mi lado.

Relajó un poco los brazos; no demasiado. Se inclinó hacia atrás, me agarró la barbilla con la mano izquierda y me apartó la cara para mirarme. Con la derecha, signó:

¿Qué te ha hecho ese cabrón?

Sus señas apenas eran visibles en la oscuridad, pero la rigidez de sus dedos dejaba muy claro qué emoción latía debajo: una mezcla de preocupación y de cólera contenida. Estaba luchando por contenerse y no destruir media isla en un arrebato de ira.

Parpadeé y se me escapó una lágrima.

—No estaba muy contento.

Em. Apretó la mandíbula, y la fría luz de la luna le marcó el rostro anguloso. *Estás llorando*.

—¡No quería hacerle daño! —balbuceé, incapaz de apartar la cara—. Tenías razón, debería habérselo dicho hace semanas. Debí...

¿Qué te ha hecho, Em?

Las primeras lágrimas rodaron por mi rostro como la lluvia, patéticas e inútiles. No podía detenerlas por más que lo intentara. Alyra gorjeó a mi lado con un sonido de reproche: «¿Aún no has aprendido que ser sincera pone las cosas más fáciles?», traduje mentalmente, y me rendí.

—Tared se dio cuenta de que Lyn lo sabía y no se lo dijo. —Las palabras brotaron a borbotones, en una cascada imparable—. Le dije que no le echara la culpa, que la tenía yo. Entonces, me mandó al infierno y desapareció y... y...

Creon se había quedado congelado delante de mí.

—¿Y si lo he estropeado todo? —gemí entre sollozos—. ¿Y si ya no quiere volver a verme y ya no puedo vivir con ellos y empiezan a

cuchichear sobre mí otra vez y...?

Cactus. Me agarró el rostro con suficiente fuerza como para que notara dolor, y eso detuvo al instante mis pensamientos en espiral. *Escúchame bien. Que esté enfadado no significa que te odie. Entrará en razón, o Lyn le hará entrar en razón, y entonces tendrás la oportunidad de explicarte. Dale tiempo para que se calme. Es inútil tratar de razonar con un álfar furioso.*

—¿Pero y si...?

¿Y si el océano se congela esta noche?

—Lo encuentro más probable a que Tared decida mañana por la mañana que está encantado de tener a la querida de un fae viviendo en su casa —murmuré, desafiante.

Creon enarcó una ceja sin asomo de diversión.

¿Te ha llamado así?

—No, pero...

Bien. Curvó ligeramente el labio. *De lo contrario, tendría que llevar a cabo un complejo experimento para averiguar en cuantas posiciones pueden doblarse sus rodillas*. *Dale una noche, Em. Puede que mañana por la mañana descubras que la situación es mucho más manejable de lo que esperabas.*

Al día siguiente... La Corte Cobalto. Que los dioses me amparasen, ¿cómo iba a hacer frente a una sola atadura, si ni siquiera era capaz de solucionar aquel conflicto?

Pero me temblaban las rodillas. Se me estaba levantando un dolor de cabeza detrás de los ojos que amenazaba con taladrarme el cráneo. El día había sido demasiado largo y había traído consigo demasiados problemas; por mucho que todos mis instintos me gritaran que mi vida se estaba hundiendo bajo mis pies, tenía que admitir que, si intentaba hacer algo en ese estado, lo único que lograría sería empeorarlo todo.

—No quiero verlos ahora mismo —susurré.

Creon me alzó en brazos sin mediar palabra. Acunándome contra su duro pecho, pasó por encima de un pequeño círculo de setas y de un arbusto de enredaderas espinosas antes de sentarse en la hierba y apoyar la espalda contra un robusto roble. Agitó las alas un

instante y me rodeó con ellas en su regazo, convirtiendo la claridad de la luna en una negrura impenetrable.

Vagamente, me di cuenta de que ni siquiera Alyra protestaba.

El sueño me invadió con sospechosa facilidad. Estaba demasiado agotada para preocuparme. Tal vez fuera magia demoniaca, o algún poder que poseyera ese bosque, o los fuertes brazos que me rodeaban, las alas que me protegían de cada palabra airada, el latido del corazón de Creon contra mi mejilla y el olor cálido y especiado de su piel masculina. Mis pensamientos se volvieron brumosos e insondables y me rendí a un misericordioso olvido temporal, aferrándome a la esperanza de que todo se hubiera solucionado misteriosamente a la mañana siguiente.



Capítulo 31

El amanecer llegó y, para sorpresa de nadie, el mundo no se había arreglado.

Me desperté sola en mi propia cama, bajo un techo de ramitas trenzadas. Creon no estaba por ninguna parte. Alyra dormía posada a mis pies, con la cabecita oculta bajo el ala. Se despertó en cuanto me moví, ahuecó las plumas, saltó de su posadero y me miró con ojillos brillantes de expectación.

Yo no quería moverme.

Pero no podía esconderme en aquella cúpula para siempre, y cuanto más esperara, más difícil sería enfrentarme al mundo. Saqué las piernas de la cama, hice acopio de valor, me puse en pie y agarré de la mochila el primer vestido más o menos limpio que encontré. Aquel día me tocaba ir de negro: encontráramos lo que encontráramos en la Corte Cobalto, sospechaba que necesitaría el color.

El sol acababa de salir, y los brillantes colores del bosque de las ninfas estaban envueltos en un resplandor dorado. El rocío centelleaba en cada hoja y pétalo, reflejando los primeros rayos de

luz y creando un espectáculo deslumbrante mientras me dirigía con cautela hacia el claro donde habíamos comido la noche anterior.

En ese momento estaba casi desierto.

Agenor debía de haberse marchado antes del desafortunado descubrimiento de Tared –o, al menos, eso esperaba; si había que informarle de mis andanzas, prefería hacerlo yo misma–. Aliviada, comprobé que Tared tampoco aparecía por ninguna parte, pero sí vi a Beyla en el amplio espacio entre los árboles fragantes, y la mirada gélida que me dirigió cuando me acerqué de puntillas aplastó mis últimas esperanzas de poder amortiguar el golpe de aquella noticia.

–Buenos días, Emelin –dijo en tono monocorde, centrándose de inmediato en el cuaderno arrugado que estaba leyendo. Tenía la mochila al lado, ya preparada–. Será mejor que hagas el equipaje. Partiremos de inmediato.

«No es el momento de pedir disculpas», decía entre líneas de forma evidente. Tragué saliva, con el estómago revuelto, e igualmente hice un intento inútil.

–Solo quería decirte que siento no haberte contado...

Bajó el cuaderno con tanta rapidez que fue casi una bofetada, y me costó un esfuerzo sobrehumano no brincar hacia atrás como un conejo asustado. La mirada que me echó fue la más cortante que le había visto nunca, y el dolor constante de sus pálidos ojos azules estaba eclipsado por la cólera.

–¿Lo sientes?

–Yo solo... Bueno, quería esperar a que todo el mundo se llevara un poco mejor para poder contároslo...

Fui perdiendo la voz hasta enmudecer. Al recordar la ira gélida de Tared, las esperanzas que había albergado las semanas anteriores parecían patéticas, infantiles hasta un punto humillante. ¿Llevarse mejor, cuando la mitad del grupo esperaba que Creon sedujera a Lyn en cualquier momento?

–Te enamoraste de un verdugo fae –sentenció Beyla, con un filo agudo en su frágil voz– y nos lo ocultaste durante meses. ¿Esperabas que terminara bien, Emelin?

«Terminara». Fue como un golpe de mazo contra un yunque. ¿Aquello era entonces el final?

–No me di cuenta de que hacía daño a nadie al callármelo –murmuré; no tenía ninguna otra excusa para defenderme–. Si alguien me lo hubiera dicho...

–Ah, no te preocupes. –Soltó un bufido y se apartó las trenzas plateadas de los hombros–. No solo te echo la culpa a ti..., lo cual no mejora en absoluto la situación. Vete a empacar ahora mismo. Me niego a permitir que tu falta de juicio entorpezca el trabajo que tenemos que hacer.

Regresé a la cúpula, sintiéndome aún peor que cuando me desperté. Alyra no se apartaba de mí; me seguía como una diminuta escolta.

«No solo te echo la culpa a ti». ¿Se referiría a Lyn? ¿A Naxi? Cualquiera de ellas podría haberme contado la presión que sufría Tared, aunque no hubieran querido desvelar mi secreto. Pero Naxi tenía sus reglas, que le prohibían difundir información sobre la vida interior de los demás, y Lyn...

Eché un vistazo por encima del hombro y vi a Beyla con la nariz metida en su cuaderno. Cambié de rumbo justo antes de entrar en mi refugio. Lyn dormía en la cabaña más alejada del claro. Era un riesgo ir a verla en ese momento –demonios, con un poco de mala suerte me daría de bruces con Tared–, pero no tendríamos tiempo de hablar en cuanto partiéramos a la Corte Cobalto, y si tenía que pasarme todo el viaje intentando adivinar lo que pensaba, me volvería loca. La mejor alternativa era demorarme un poco en hacer el equipaje.

No se oía nada tras la fina pared de ramitas. Me pareció una señal esperanzadora.

–¿Lyn? –susurré, sin atreverme a levantar la voz.

Durante un instante, solo me respondió el silencio. Después, en un susurro y con una sorprendente falta de emoción, dijo:

–Pasa, Em.

Me agaché al cruzar la cortina de cuentas. La fénix también estaba empacando, y tenía ropa a medio doblar y algún puñal sobre la cama. Estaba sentada en el suelo con las piernas cruzadas, todavía con la misma camisa y los pantalones de lino amplios que

había llevado el día anterior, y el pelo rojo revuelto. La sonrisa que me dirigió era tan alegre como un nubarrón de tormenta.

—Buenos días. —Hizo un gesto impotente en dirección a la cama—. Siéntate.

Aparté algunas camisas y obedecí.

Lyn recogió un cepillo del suelo, lo miró un momento como si no supiera qué pintaba ahí, lo metió en la mochila y se volvió hacia mí. Contuvo un gruñido y dijo tan solo:

—Bueno.

Sin más, empezaron a escocerme los ojos.

—No te sientas culpable, Em —dijo con voz agotada, leyendo mi expresión con precisión—. Es un milagro que hayas conseguido mantenerlo oculto tanto tiempo. Tarde o temprano, esto acabaría mal.

—¿Lo sabías? —No era lo que pensaba decirle: las palabras saltaron a mis labios, aunque hubiera querido ser más diplomática—. ¿Sabías que Tared seguía pensando que Creon intentaría algo contigo en cualquier momento?

Ella gimió.

—Tenía mis sospechas. Ya te dije que tenemos mucha experiencia en evitar tocar ese tema.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Se quedó callada un momento, jugueteando con un rizo pelirrojo. Luego, lentamente, preguntó:

—¿Qué habrías hecho si lo hubieras sabido?

Fruncí el ceño, sorprendida.

—Pues... No estoy segura, la verdad. Supongo que me habría parecido muy cruel mantener el secreto...

—Sí —dijo rotundamente—. De hecho, hay muchas cosas que podrían considerarse crueles, habiendo álfar vinculados de por medio.

Esa frase cargaba con demasiado peso; su mirada era demasiado intensa. Mierda...

—No, no quería decir que tú fueras cruel por... Ya sabes.

—¿Por no perdonar ciegamente todos los estropicios de Tared y declararle sin más mi amor eterno? —sugirió con ironía.

—Bueno... Sí. —Me encogí de hombros con impotencia—. Obviamente, no deberían obligarte a sentir nada.

—No. Tiene que haber un límite, ¿verdad? —Su sonrisa era demasiado cautelosa, tanto que parecía fuera de lugar frente a su radiante calidez habitual—. Mira, esta es su tragedia, Em. Nuestra tragedia, posiblemente. Me niego a extenderla más allá y a responsabilizar al resto del mundo, a que los demás adapten sus preferencias en beneficio de un vínculo que nunca debería haber existido, para empezar.

Unas cuantas piezas más del rompecabezas encajaron. Tragué saliva y dije:

—Creo que Beyla no está de acuerdo contigo.

—Ah —exhaló con un bufido—. Por supuesto, Beyla está que trina y me echa la culpa a mí.

Parpadeé. Me sorprendió tanto la velocidad a la que lo había admitido como su resignación agotada.

—Ah, ¿sí?

—Siempre lo hace, cuando pasan estas cosas —explicó Lyn con un encogimiento de hombros forzado—. Considera que yo debería andar con más cuidado, que no comprendo la tortura que supone un vínculo roto, bla, bla, bla. Y tiene toda la razón, desde luego, pero yo lo que digo es que ella no tiene ni la menor idea de lo que supone convertirse en el objetivo de un vínculo de forma involuntaria. Y así estamos.

—¿Involuntaria? —Sonaba siniestro. Intenté imaginarme a Tared forzando un vínculo con una compañera que no lo deseaba, al sereno y despreocupado Tared, que prefería unirse a una búsqueda suicida en un continente asolado por la plaga antes que socavar mi libertad deteniéndome. Fui incapaz de concebirlo, a pesar de la cólera desbordante que me había mostrado la noche anterior.

—No lo hizo a propósito. —No me miró a los ojos; clavó la vista en sus manitas entrelazadas en su regazo. Tenía pecas incluso en los dedos—. No le culpo: era lo último que quería. Pero, aunque no le haga responsable, eso no significa que me haga muy feliz encontrarme en esta situación después de haber intentado por todos los medios no acabar así. Y no, no estoy de acuerdo con Beyla en

que lo más importante del mundo sea sosegar el corazón roto de un álfar.

Una oleada de nerviosismo me recorrió las entrañas, muy cercana a las náuseas. Eso siempre había estado ahí, ¿verdad? Una corriente soterrada de desacuerdo entre mis amigos. La había notado en la ira de Ylfreda cuando llegamos al Subterráneo. En los intentos de Edored de sacar a Creon de la biblioteca, en su cólera contra Lyn cuando ella se lo impidió.

Pero esas discrepancias llevaban soterradas más de un siglo y yo las estaba sacando todas a la superficie. Lyn podría repetir cien veces que yo no tenía la culpa, pero no estarían en esa situación de no ser por mí.

—Deja de culparte, Em —musitó Lyn, mirándome fijamente con sus brillantes ojos ambarinos—. De no ser por ti, tampoco tendríamos ninguna posibilidad de ganar esta guerra.

Sonó a excusa barata, a evasiva más que a verdad. Abrí la boca para preguntar si había algo que pudiera hacer, y caí en la cuenta de que no me lo diría aunque lo hubiera. Me conformé con hacerle la otra pregunta que me ardía en la lengua.

—¿Crees que Tared llegará a perdonarme?

Suspiró y vaciló un instante demasiado largo para mi corazón desbocado.

—No es a ti a quien tiene que perdonar. Dale tiempo; terminará por darse cuenta.

No me tranquilizó demasiado, especialmente viniendo de la persona que siempre era la primera en ofrecer consuelo si había el menor indicio de que hubiera alguno.

—Ya —respondí con voz sorda.

—Vete a hacer el equipaje. Y despierta a Creon si aún no se ha levantado. —Esbozó una sonrisa irónica—. Al menos no tendrás que preocuparte de que todo el mundo se ofrezca a hacer de carabina...

De algún modo, aquello era todo lo contrario a un consuelo. Me obligué a sonreír de todos modos y salí de su refugio. Encontré a Creon despierto, vestido y con la mochila hecha en el suyo.

—Buenos días —lo saludé, intentando sonar despreocupada sin conseguirlo.

Su sonrisa fue igual de débil. Me senté a su lado. Flotaba una inquietante incomodidad en el aire, y no entendía muy bien por qué me había situado a un metro de él, por qué no me había lanzado a su regazo como habría hecho en su habitación del Subterráneo. Por el amor de los dioses, allí no había nadie más. No teníamos absolutamente ninguna razón para comportarnos de forma diferente, solo porque a otras personas –que siempre había sabido que no les haría nada felices la revelación– no les hubiera gustado vernos en ese instante.

Y, sin embargo, no podía negar la vacilación que sentí mientras me obligaba a subirme a su regazo.

Me di cuenta de qué era lo que me descolocaba: la Emelin que yo era con él siempre había sido un secreto, casi una persona distinta de la Emelin que la gente conocía y sobre la que opinaba. Con él, no tenía que preocuparme por el decoro, la moral y otros quebraderos de cabeza. Y, de pronto, la Emelin de Creon había pasado a ser pública, al menos para la gente que me importaba. ¿Significaba eso que yo había traído una audiencia a aquel pequeño mundo que solo era nuestro?

Se me disparó el corazón mientras mi agitación dejaba paso a un principio del pánico. ¿Y si también había arruinado aquello, lo único que había resultado fácil durante todo aquel tiempo?

Estaba cayendo en una espiral. Era consciente de ello, pero me sentía incapaz de inspirar hondo, contener la respiración cinco segundos y bajar mi ritmo cardiaco. Por el amor de los dioses, tenía que recuperar la sensatez. Si me presentaba en la Corte Cobalto temblorosa e incapaz de hacer mella en los escudos mágicos de la Madre, ¿cómo iba a conseguir mejorar la opinión que tenían de mí?

Solo cuando levanté la vista fui consciente de la mirada de Creon, fija en mi rostro. Viéndolo todo, como siempre. Conociéndome, como siempre.

–Soy un desastre –jadeé, contemplando sus manos para no tener que mirarle.

¿Seguro que no quieres que me dedique a grabar unas cuantas marcas artísticas en la carne de nadie?, signó, con una

despreocupación tan llamativa que era evidente que se trataba de una provocación.

Mordí el anzuelo. Era mejor que sentirme hundida.

−Sabes muy bien que eso empeoraría las cosas.

Se rio sin emitir un sonido, y sus músculos se tensaron contra su camisa negra.

Es molestísimo cuando tu sentido común y tu sensatez me impiden dramatizar un poco.

Y así, sin más, se rompió el hielo y desapareció la extraña tensión que nos separaba. Contuve una carcajada y dejé caer la cabeza sobre su poderoso hombro.

−Sí, noto la molestia en vuestro rostro, Alteza.

Las emociones de su cara tenían muy poco que ver con la molestia: las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos almendrados, la sonrisa torcida que caracoleaba en sus labios... Me pasó un dedo por la mejilla en un gesto tan juguetón como amonestador, y tuve que morderme el labio para no explotar en carcajadas.

¿Qué quieres?, preguntó.

Algún día estaría preparada para responder a esa pregunta. Aquel, como de costumbre, no lo estaba.

−Esconderme y no volver a tener que mirarlos a los ojos nunca más −murmuré, al tiempo que se borraban mis ganas de reír−. Lo cual me temo que es impracticable.

Hizo una mueca.

Siempre puedo arrancarles los ojos.

−¡Joder! −Lo fulminé con la mirada, incapaz de reprimir una risita que se acercaba sospechosamente a un sollozo desesperado−. Creo que eso podría dificultarles la lucha.

El leve gesto de diversión de sus labios me indicó que estaba de acuerdo.

−¿Crees que Tared se lo habrá dicho a los demás, aparte de a Beyla?

Lo dudo. Señaló con la cabeza el bosque del exterior. *Sabe que Helenka no debe enterarse, porque pondría en peligro nuestra alianza. Si los demás álfar lo supieran, Edored ya se habría presentado para batirse en duelo conmigo en defensa de tu honor.*

Un puño helado se cerró en torno a mi corazón. Por supuesto, el primer impulso de Edored sería culpar a Creon: entre los álfar, eso era casi un deporte nacional. Pero, tarde o temprano, hasta Edored tendría que aceptar que yo no era una víctima inocente. Y si la reacción de Beyla me servía de pista...

Mucho me temía que, durante unos meses, no habría más partidas de cartas para mí.

—Seamos un poco discretos, entonces —musité con un hilo de voz—. No es necesario que se enteren las ninfas. Y seguramente sea mucho mejor para evitar ataques de nervios que no estemos todo el tiempo pegados en público.

Una sombra se deslizó por su rostro mientras asentía. Fue apenas un destello, como una brizna de aire gélido que se colara a través de unas cortinas cerradas. De pronto, rememoré las palabras de Zera: «Al amor no le gusta que lo den por hecho...».

Aparté ese pensamiento con firmeza. Solo sería durante unos días. Para minimizar los daños. Para mantener contentos a nuestros aliados.

Sonaba sospechosamente parecido a los argumentos que llevaba repitiendo desde hacía semanas.

También reprimí esa idea.

—Debería empezar a hacer el equipaje —dije, deslizándome hasta el borde de la cama, con una mano apoyada en su muslo—. No quiero hacerlos esperar.

Su sonrisa fue ligeramente amarga.

Naxi sigue durmiendo. No hay prisa.

Pero Naxi no llevaba meses mintiendo a sus amigos, no había puesto en peligro sus relaciones amorosas ni había abierto la puerta a las desastrosas consecuencias de la rotura de un vínculo álfar. Llené mi mochila con las manos temblorosas, estremeciéndome ante cada voz que venía del exterior. Oí a Tared; sonaba cortante. Unos minutos después, oí el melodioso sonsonete de Naxi. Creon, evidentemente, no emitió sonido alguno y, sin embargo, supe el momento exacto en que había salido al claro por el silencio abrupto que reinó en el exterior: un silencio repleto de miradas duras que pude sentir incluso a través de la barrera de ramitas trenzadas.

Se me revolvió de nuevo el estómago mientras guardaba mis últimas pertenencias y cerraba la mochila.

Tenía que salir; debía hacerlo. Pero mover las piernas se me antojaba tan imposible como cargar con el saco de pesares de Zera, y lo pospuse hasta que Naxi declaró en voz alta que estaba lista para salir. Ya no podía retrasarlo ni un segundo más.

Las miradas fueron lo peor.

Sentí los ojos de Tared y Beyla clavados en mí en cuanto salí a la luz; me observaban como halcones incluso mientras fingían mantener una conversación. Seguían cada uno de mis movimientos, con una expresión totalmente distinta a la que me habían dedicado hasta ese momento. Me miraban como si me hubiera convertido en Emelin la mentirosa, en lugar de Emelin la chiquilla inocente y enamorada; Emelin la destructora de la paz, en lugar de la salvadora del mundo. El espacio vacío que había entre Creon y yo parecía haberse convertido en algo tangible, vivo, y todos lo estudiaban mientras yo me acercaba insegura, sin saber adónde mirar, qué decir o cómo moverme.

—¡Buenos días, Emelin! —exclamó Naxi alegremente, bendita fuera.

Alyra también soltó un chillido de bienvenida mientras descendía en picado de las copas de los árboles y aterrizaba torpemente en mi hombro. Tared refunfuñó algo parecido a un saludo y, tras una mirada penetrante de Lyn, refunfuñó y se puso a comprobar con dedicación que tenía bien apretados los nudos de su mochila. El rostro pecoso de Lyn se ensombreció, pero permaneció en silencio.

No me atrevía a mirar a Creon por miedo a que ese gesto bastara para encender la mecha. «Culpa mía. Culpa mía. Culpa mía». Las palabras resonaban en mi mente como una canción de cuna.

—Bueno —dijo Naxi tan tranquila, y me pregunté cuántas veces habría interpretado ese papel en el pasado: mostrarse totalmente ajena mientras era muy consciente de la tormenta que reinaba en las mentes que la rodeaban—. ¿Estamos listos para partir?

Sin mediar palabra, Tared le agarró la muñeca y el hombro de Lyn y desapareció. Beyla murmuró una maldición, mirando el espacio

vacío. Luego, enarcó las cejas en dirección a Creon y a mí y nos espetó con frialdad:

—¿A qué estáis esperando?

—A que me prometas que no me hundirás una espada en las costillas, me temo —murmuré, dando un paso hacia ella.

Soltó un bufido, pero me tendió la mano. La agarré de la muñeca y me volví hacia Creon para rodearle el codo con la otra mano.

La mirada de Beyla era cualquier cosa menos tranquilizadora. «Me siento desnudo», había dicho Creon; y, que los dioses me ampararan, de pronto lo entendía.

Nadie pronunció una palabra más. Beyla se desvaneció y los brillantes colores del bosque se distorsionaron a nuestro alrededor. Lejos de Tolya, lejos de las prisiones de las ninfas, de las espías y de los restos de la flota del Sol, hacia lo que yo esperaba desesperadamente que fuera el final de nuestro viaje.

La Corte Cobalto.



Capítulo 32

Aparecimos en un paisaje distinto a todos los que yo había visto en mi vida.

Cuando los colores regresaron a su posición natural y el suelo volvió a ser sólido bajo mis pies, nos encontrábamos en una playa negra como la tinta, rodeada de suaves acantilados y elegantes arcos horadados en la roca. Los jirones de bruma se adherían a la piedra oscura, como una prenda de seda fina que se pegara a la piel. El aire sabía a sal y eucalipto. Ante nosotros, el océano, de un azul intenso, se extendía hacia el horizonte, donde apenas se distinguía una amplia franja de tierra a la luz pálida del sol. Era tan tenue que no acabé de creer lo que veían mis ojos.

El continente.

Tomé aire despacio y me giré. Hacia el interior se divisaba una cadena montañosa que ocultaba el sol a esa hora. Varias cascadas se precipitaban desde los acantilados, cubriendo aquel lado de la bahía de una bruma espesa que creaba la inquietante impresión de

que aquellas formaciones rocosas brotaban de un cielo lleno de nubes.

Un lugar silencioso, casi sereno, como la superficie inmóvil de un lago que escondiera profundidades insondables.

Alyra despegó de mi hombro y planeó por la costa. Solo cuando la seguí con la vista vi a Tared, Lyn y Naxi, que habían aparecido a unos cientos de pasos, al otro lado de la bahía. Beyla ya se acercaba a ellos. Me arriesgué a echar un vistazo a Creon, y vi que estudiaba las rocas cristalinas que nos rodeaban con una mirada suave, casi melancólica.

—Nunca has estado aquí —murmuré, sin querer perturbar el apacible silencio.

Negó con la cabeza, suspiró y señaló a los demás, con la mandíbula tensa.

Vamos a decirles que nos marchamos de aquí.

Parpadeé.

—¿Perdón?

A explorar la isla, aclaró mientras echaba a caminar, trazando unas señas lo bastante descuidadas como para que fuera imposible descifrarlas desde lejos. *No necesitamos recorrer este sitio todos juntos, y no estoy de humor para tolerar la cara de Tared ni un momento más de lo necesario.*

—Ya. Sí. —Forcé una risita e intenté no pensar en la cara que pondría Tared si le anunciaba que iba a marcharme junto a Creon, y solo con él—. ¿Tienes alguna idea de dónde se encuentran las ruinas del castillo?

Se encogió de hombros.

Las alas ayudan.

Por supuesto.

Cuando alcanzamos a los demás, yo aún me estaba mentalizando, pero no hizo falta. En cuanto estuvimos lo bastante cerca, Lyn declaró en ese tono firme que no permitía objeciones:

—... así que, si Em y Creon van a echar un vistazo a lo que sea que forme ese escudo...

Podría haberla besado, pero me las ingenié para mantener una expresión cuidadosamente neutra.

—¿Qué vais a hacer vosotros mientras tanto?

—Buscar rastros de fae, a ver si hay alguno reciente. —Se encogió de hombros, y Beyla asintió con gesto que contenía irritación y conformidad a partes iguales—. Beyla, supongo que conoces la parte este de la isla.

—Sí —suspiró la aludida—. Iré por ese lado. Naxi, ¿me acompañas?

Era la distribución más razonable, en caso de que Lyn y Tared estuvieran dispuestos a seguir juntos a pesar de todo. Beyla desapareció con Naxi sin decir ni una palabra, y me quedé a solas con Creon y las dos personas cuyo amor sin esperanza podía haber terminado de destrozar. Por un momento, los cuatro permanecimos quietos en aquella playa negra y reluciente. Reinó un silencio sofocante, y la tensión insoportable se extendió a nuestro alrededor hasta atenazarnos.

¿Era el momento de disculparme una vez más, o solo empeoraría las cosas?

—Bueno —Tared rompió rotundamente el silencio antes de que yo pudiera recordar cómo mover los labios—. Supongo que nos avisarás si necesitas ayuda con ese escudo.

«Fuera de mi vista», sugería su tono.

No era el momento de pedir perdón, entonces.

—Sí —me obligué a decir, quitándome la mochila para dejarla en la arena—. ¿Nos vemos aquí cuando acabemos?

Apenas tuvieron tiempo de asentir con la cabeza antes de que Creon me agarrara en brazos y despegara hacia el cielo azul pálido de la mañana. Volamos seguidos por Alyra, que parecía un borrón gris y blanco. Aquellos brazos infinitamente familiares me rodeaban, tan fuertes y tranquilizadores como siempre; pero no pude reprimir una punzada de aprensión al pensar en los compañeros que habíamos dejado atrás, en cómo interpretaría Tared el contacto con el hombre que me abrazaba y cada momento que fuéramos a estar a solas.

Qué ironía... Hacía una semana, me habría alegrado de poder gozar de ese momento de libertad, de que no hubiera un montón de álfar corriendo tras nosotros para proteger mi honor y mi inocencia. Y ahora sentía sus miradas acusadoras sobre mí, tan pesadas como

piedras de molino, y seguí notándolas incluso cuando dejamos atrás las primeras cumbres y desaparecimos de su vista.

«Dale tiempo», había dicho Lyn. ¿Pero cuánto?

Bajo nosotros se desplegaba el impresionante paisaje de la isla, y su belleza salvaje disipó por un instante la asfixiante bruma de preocupación de mi cabeza. Las escarpadas montañas se extendían por el interior, cortadas por unos valles que parecían huellas profundas de garras en la piedra negra. Olivos barridos por el viento y algún que otro ciprés robusto cubrían las laderas. Unos estanques profundos en las mesetas más altas reflejaban el cielo azul, rodeados de nubes de vapor que hicieron que me preguntara si el agua que surgía de las profundidades de la tierra estaría caliente. Por todas partes brotaban arroyos y manantiales, que centelleaban por las laderas y terrazas como telarañas de cristal.

Aquello no era bonito como lo sería un jardín meticulosamente cuidado; no era exuberante, colorido ni acogedor. Pero el panorama era magnífico, y su quietud inspiraba una sensación de serenidad, como si estuviéramos pisando el último pedazo de tierra sin mancillar por la guerra y el derramamiento de sangre.

Al menos, hasta que el castillo se alzó ante nosotros.

La Corte Cobalto, encaramada en lo alto de un acantilado en el extremo noroeste de la isla, era una visión grandiosa de una época ya extinguida: un montón de torres desmoronadas y arcos abiertos, rodeados de escombros cubiertos de hiedra. Antaño había debido de ser un lugar idílico, un laberinto de pasillos y grandes salones rodeados de extensos jardines. Los últimos muros de granito azul grisáceo y las altas ventanas apuntadas aún evocaban la serenidad de un refugio luminoso y pacífico, un santuario, incluso, y por un instante tuve la visión de grandes bibliotecas, flores brillantes y lentas puestas de sol sobre el mar susurrante... Pero los jardines se habían convertido en un páramo, apenas un cuarto del edificio seguía en pie, y los torreones que quedaban e alzaban hacia el cielo como dedos esqueléticos.

Un escalofrío me recorrió, una mezcla de nerviosismo y una fascinación por aquel grandioso lugar olvidado.

−Esto debió de ser precioso −exhalé, agarrándome a los tensos hombros de Creon−. ¿Cómo pudo permitir que acabara así?

No contestó mientras descendía, sosteniéndome de las rodillas y las axilas, con la mirada fija en las ruinas. Pero cuando aterrizamos al pie del acantilado, en un estrecho sendero que serpenteaba hacia el castillo, apartó la mirada y signó:

Su especialidad es destruir cosas bellas.

Aquella frase contenía demasiado peso, demasiado significado. Me froté la cara y murmuré:

−La Madre no te destruyó.

Se le escapó una sonrisa irónica mientras plegaba las alas y se giraba hacia mí.

¿Acabas de llamarme bello, cactus?

Solté una carcajada y le agarré el brazo para emprender el ascenso. Allí no había nadie que nos mirara y, gracias a los dioses, todo volvía a ser sencillo.

−Bello, sí, y un cretino vanidoso. ¿Por qué has aterrizado aquí y no más cerca del castillo?

No estaba seguro de si el escudo sería visible para ti, respondió con una chispa de diversión en sus ojos oscuros. *Chocar con un muro en pleno vuelo es una buena forma de perder los dientes.*

−Y eso es malo para una cara bonita.

Dejó escapar una carcajada silenciosa.

Bastante.

No yo hablé ni él signó demasiado mientras subíamos la pendiente. Alyra trazaba amplios círculos a nuestro alrededor, como una luna que orbitase su planeta. Creon me señaló las aguas termales de la llanura al este del castillo. Yo me fijé en la abundancia de pequeños cactus y otras plantas suculentas que crecían a lo largo del camino. Cuando alcanzamos la meseta en lo alto del acantilado, él fue el primero en fijarse en los fragmentos de vidrieras que quedaban en las ventanas apuntadas, y que proyectaban reflejos multicolores en el suelo rocoso. De nuevo me pregunté qué aspecto habría tenido la Corte Cobalto en su apogeo, antes de que un arrogante semidiós tuviera la imprudente idea de dejarse matar.

Pasamos a lo que probablemente fueran los jardines del propio castillo: estanques llenos de barro, fuentes derruidas y un manzanal sorprendentemente frondoso. No veía ningún escudo, y empecé a preocuparme. ¿Y si Beyla se había equivocado? ¿Y si la Madre se nos había adelantado y se había llevado las ataduras? ¿Y si tras la puerta del castillo –una mole colosal de hierro que colgaba torcida de sus goznes– no encontrábamos más que un vestíbulo lleno de polvo y telarañas?

Pero allí, entre las ramas y las hojas doradas...

Un destello.

Me detuve en seco, entrecerrando los ojos ante lo que parecía el cielo nublado de principios de otoño. Allí estaba de nuevo, como la tenue iridiscencia de una organza muy fina: un brillo sobre el azul pálido, y luego nada.

Creon también se había quedado quieto, observándome atentamente.

–No lo ves, ¿verdad? –Yo ya sabía la respuesta: ninguno de mis compañeros había podido ver la extraña magia de superficie–. Cinco, seis pasos por delante. Alyra, por favor, ten cuidado de no chocar...

Me lanzó una mirada indignada mientras volvía a rodearnos. «El hecho de ser un ave no me convierte en idiota», decía su mirada.

Yo no contaba con tanta confianza en mí misma, así que caminé despacio, con la mano extendida para evitar quedarme sin dientes. Sentí la magia en el momento en que chocó con las yemas de mis dedos: fría y sedosa, pero tan infranqueable como una muralla. Más, quizá. La mayoría de los muros podían derribarse con suficiente rojo, pero aquel...

Di un paso atrás, bajé la mano a mi falda negra y lancé una chispa de magia roja al escudo invisible como prueba. Produjo un pequeño crujido, un destello como un relámpago de colores y ningún resultado útil.

–Interesante –murmuré, tocando de nuevo el brillo del muro.

Creon soltó una risita. Cuando volví la vista, se había sentado en la hierba, con las piernas cruzadas y las alas extendidas

perezosamente, como un espectador dispuesto a disfrutar de un espectáculo largamente esperado.

Fruncí el ceño.

–¿Te diviertes?

Tú no me hagas caso. Su sonrisa –deslumbrante, inhumana, tan hermosa y salvaje como el paisaje que nos rodeaba– decía lo contrario. *Es un placer verte trabajar cuando te empeñas en resolver algo.*

Maldito fuera; esa respuesta anulaba cualquier réplica ingeniosa que quisiera lanzarle. Me volví hacia mi objetivo, ladeé la cabeza ante el suave resplandor de la magia y sopesé mis opciones. Podía lanzar una descarga de mi propia iridiscencia y esperar que rompiera las defensas que había creado la Madre, pero no sería nada sutil y, conociendo a aquella víbora, podría ser peligroso. ¿Y si el escudo me devolvía el ataque?

Debía ser más cauta, y descubrí que, sorprendentemente, no me molestaba. Había algo profundamente intrigante en aquella aplicación de una magia que poseía, pero apenas comprendía: era una muestra fascinante de lo que quizá yo misma podría llegar a hacer algún día.

–Voy a necesitar suavidad –murmuré distraídamente–. E iridiscencia. Mucha.

Creon me lanzó un destello amarillo y mi vestido se convirtió en una especie de terciopelo nacarado, un tejido que estaba segura de que nadie había imaginado jamás.

–Podríamos inaugurar una nueva moda antes de que acabe esta guerra –declaré, acariciando la tela con los dedos.

El ritmo de la respiración de Creon delató una carcajada, pero no me volví para verla. Empleé apenas una pincelada de suavidad para el movimiento, levanté una manzana caída a unos cinco metros de distancia y la lancé con toda la fuerza que pude contra el escudo de la Madre.

Rebotó, y la manzana reflejó el impacto: tenía una magulladura como un golpe de martillo.

Lo cual sugería que había hecho bien en no usar los puños para probar la barrera. Romperme los dedos y las muñecas no estaba

dentro de mis planes para esa tarde.

Pasé al menos una hora haciendo experimentos, averiguando las propiedades de aquella barrera de todas las formas que se me ocurrieron. El escudo contenía mucha magia de movimiento, concluí al cabo de un rato; nada, ni siquiera el aire, parecía capaz de atravesarlo. Obviamente, también poseía iridiscencia para anular mis ataques, puesto que ninguna magia de color surtía el menor efecto. Me planteé si tendría alguna influencia en los pensamientos: ¿y si la decisión de Beyla de desentenderse de su descubrimiento y continuar su viaje no hubiera sido enteramente suya? Pero si contenía algo de magia mental, yo no parecía notar sus efectos. En ningún momento me invadió la convicción de estar perdiendo el tiempo.

Creon, que se había entretenido renovando la fuente de mi magia y comiendo manzanas, pareció satisfecho cuando le resumí mis descubrimientos. Me tendió una fruta.

–La cuestión –dije, dándome cuenta del hambre que tenía– es cómo atravesarlo.

¿Has intentado anular su magia?, sugirió.

Lo intenté una y otra vez, agotando la iridiscencia nacarada de mi vestido varias veces. Era como intentar secar un pozo. Cada vez que conseguía bloquear una pequeña parte del escudo, la magia fluía desde los cuatro costados, restaurando las defensas antes de que pudiera siquiera meter un dedo por el agujero que había creado.

Después de media hora de intentar abrirme paso cada vez con más esfuerzo, tuve que admitir mi derrota.

–Es como intentar hacerle un agujero a una cascada –gruñí, dejándome caer junto a Creon para devorar otra manzana. Eran sorprendentemente dulces, y la frustración me había abierto un apetito feroz–. ¿Qué más podemos probar? Si es como agua, podría intentar... No sé, ¿redirigirla?

El encogimiento de hombros de Creon no delataba tensión alguna, como si no supiera perfectamente que aquel muro impenetrable podía ser lo único que lo separara de la voz que llevaba añorando más de un siglo.

Tu eres la experta.

—¿De qué me sirve contar con un anciano príncipe fae si no puede desentrañar misterios mágicos? —dije, poniendo los ojos en blanco.

Me lanzó una mirada teatral.

¿Anciano? Eso duele, Em.

—Ligeramente viejo —me corregí con aire indulgente.

Experimentado, deletreó.

—Vetusto —sugerí.

Enarcó una ceja severa.

Maduro.

Sofoqué una carcajada.

—Eres tan maduro como cualquiera a quien nunca le han permitido ser niño. ¿Quién quiso batirse en duelo conmigo en cuanto aparecí con poderes consagrados a un dios?

Cuestión de estrategia, signó irónicamente. *Necesitaba saber qué grado de amenaza presentabas.*

No me sentía precisamente amenazadora mientras fulminaba con la mirada el escudo e intentaba redirigir la magia, fracasando estrepitosamente a cada intento. Durante una hora, intenté hundir lentamente la barrera hacia dentro, sin éxito. Probé a tirar de ella hacia mí y dejar que me envolviera para pasar al otro lado: nada. Traté de hacer que fluyera a un lado para abrir un pequeño desgarrón, y terminé con una docena de manzanas hechas puré antes de concluir que era inútil. La barrera protectora no alteraba su forma de cúpula en torno a la Corte Cobalto, tan gigantesca que me resultaba imposible imaginar cuántos collares de perlas habría empleado la Madre para levantarla.

Cuando llegué a esa conclusión, el sol ya había pasado su punto más alto y se deslizaba lentamente hacia el oeste. Las sombras de las ruinas creaban una silueta espeluznante. Me senté junto a Creon, que había ido a buscar un arroyo y había creado una cantimplora con hojas caídas y mucha magia amarilla. Unos cuantos tragos aliviaron la sequedad de mi garganta, pero no aliviaron mi frustración.

Cuanto más tiempo pasaba luchando contra aquel muro, más convencida estaba de que ocultaba algo de importancia esencial. Por

todas las magias, ¿qué me impedía descubrir el truco?

Empiezo a pensar que quizá hayamos abordado esto de manera equivocada, signó Creon, contemplando el montón de manzanas magulladas que Alyra picoteaba alegremente.

–¿Tú crees? –mascullé con amargura.

Estoy intentando entender el sistema.

Se pasó una mano llena de cicatrices por la cara, entrecerrando los ojos, concentrado. Me di cuenta en ese momento de que la marca azul brillante del trato que había hecho con Helenka había desaparecido; se había borrado cuando cumplió su promesa y se marchó de la isla.

Sabemos que la Madre invirtió las ataduras en algunos casos, ¿no?

–Sí, eso es lo que dijo Ophion. ¿Estás...? Oh. –Parpadeé–. Espera. ¿No me dijiste que la Madre no ha salido de la Corte Carmesí desde la Batalla Final?

Si la abandonó en algún momento, tuvo que hacerlo muy discretamente.

–Pero entonces... Si las ataduras no están almacenadas en la Corte Carmesí..., tuvo que enviar a alguien a recuperar las que necesitaba.

Exacto. Su sonrisa era cansada, pero satisfecha. *¿Ves por dónde voy?*

–Quienquiera que cruzara este escudo, no pudo emplear magia divina para hacerlo –dije lentamente–. La Madre es... era la única con esos poderes. De ser así, no deberíamos tener que hacer nada al propio escudo para atravesarlo, porque ella no habría podido modificarlo a distancia.

Creon se pasó los dedos por el pelo antes de responder:

¿Podría haber cambiado algo en los propios emisarios? ¿Hacerlos indetectables para el escudo o algo así?

Me levanté de un salto. La energía zumbaba por mis venas; había recuperado la determinación. Tratar de cambiar el escudo, aquel gigantesco e incomprensible despliegue de magia, era como intentar cambiar el color del océano con unas gotitas de pintura. En cambio,

modificar a una persona, de la forma que fuera, parecía un objetivo mucho más alcanzable.

Empecé con manzanas. Parecían los sujetos de prueba más seguros.

A lo largo de hora y media, creé manzanas que no se movían por más que lo intentara, manzanas flotantes, manzanas que soltaban un chisporroteo desconcertante y manzanas que absorbían la magia de una forma que me recordaba vagamente al acero álfar. Sin embargo, ni siquiera la última categoría logró atravesar el escudo de la Madre.

—Maldita sea —estallé cuando mi intento más prometedor rebotó y estuvo a punto de darme en plena cara.

Date tiempo, signó Creon, con un aire entre resignado y divertido. *Ella estudió esta magia durante siglos. Llevas dos días.*

—Esperaba que destruir fuera más fácil que construir —refunfuñé—. Vale. Ayúdame, vamos a pensarlo todo otra vez. El escudo detiene todo movimiento. De eso estamos seguros, ¿no?

Asintió, mirando la barrera invisible con los labios fruncidos.

—Así que necesitamos algo que... no se mueva. Para que el escudo no lo detecte. Pero, si no se mueve —murmuré, fulminando con la mirada las tres manzanas inmóviles que había creado, que parecían haber echado raíces en la hierba y no se podían levantar ni apartar a patadas por más que lo intentáramos—, tampoco puede atravesar el escudo.

Así que necesitamos algo que sea a la vez móvil e inamovible.

Solté un gemido de impotencia.

—Eso suena a uno de esos acertijos imposibles de los cuentos de hadas. ¿También tiene tres patas por la mañana?

Cuatro, me corrigió con una sonrisa. *Tiene tres al anochecer.*

—Pues yo he notado que tú te has despertado con tres patas en más de una ocasión —dije, resoplando.

Echó la cabeza hacia atrás y soltó una de aquellas malditas carcajadas silenciosas.

Un poco de seriedad, Em. Estamos intentando salvar el mundo.

—Vale, vale. —Me senté a su lado y crucé las piernas—. A ti se te dan mejor los acertijos. ¿Cómo resolvemos este?

Tal vez... Miró a Alyra con los ojos desenfocados; estaba picoteando las manzanas inmóviles. *¿Quizá podrías unir la inmovilidad a algo que sí sea capaz de moverse?*

Parpadeé.

Como el aire respecto a nuestro planeta, añadió, un poco cohibido. *¿Recuerdas lo que te conté sobre el investigador fae que voló a unos once kilómetros de altura y descubrió que allí no podía respirar? Parece que el oxígeno se aferra a la superficie de nuestro mundo, lo que significa que está inmóvil, en ese sentido. Pero nosotros seguimos moviéndonos alrededor del sol. Entonces...*

—... se mueve —concluí, aturdida.

Sí.

—Así que, si pudiera crear un... un escudo de inmovilidad alrededor de una manzana... No en la manzana, sino rodeándola... —Tragué saliva—. Dioses. Voy a intentarlo.

Lo más difícil era fijar la magia de movimiento a una superficie sin afectarla. Por más cuidado que pusiera en envolverla, no lograba mantenerla estable, y se deshacía en cuanto apartaba la mano izquierda del suave terciopelo de mi vestido.

Sé rápida, sugirió Creon. *No esperes a comprobar si se ha fijado.*

Lo intenté una vez más: rodeé la fruta con una capa de inmovilidad y exclamé:

—¡Ahora!

Creon me arrebató la manzana del regazo y la lanzó contra el escudo antes de que yo soltara la magia.

Se oyó un chisporroteo.

Un débil sonido de succión.

Y entonces vi la manzana: una manchita roja sobre la hierba bañada por el sol del descuidado jardín. Estaba al otro lado del escudo, brillando inocentemente a tres inalcanzables metros de distancia.

La observamos sin creérnoslo, como si pudiera cambiar de opinión y regresar por su cuenta para atormentarnos. Pero, por más que pestañeé y me pellizqué, era un hecho: la manzana había cruzado el escudo.

—Eres un genio —jadeé, incapaz de quitarle los ojos de encima al milagro.

¿Por soltar un montón de ideas, la mayoría terribles? Sus signos me obligaron a apartar la mirada de la manzana. *El mérito es tuyo, cactus.*

Tragué saliva, mientras la sensación abrumadora de triunfo se iba abriendo paso por mi pecho y llegaba a mi garganta.

—Solo... solo necesito encontrar la forma de mantener el escudo un momento más.

Sí. Tomó un aliento tembloroso que, por primera vez, delató tensión. *Y entonces, podremos cruzar.*

Las señas parecieron quedar suspendidas por un instante entre nosotros. La tentación tomaba la forma de cada signo de sus ágiles dedos llenos de cicatrices.

—¿Deberíamos intentarlo? —susurré—. ¿O...? Bueno, quizá deberíamos avisar primero a los demás...

Cerró los ojos y apretó la mandíbula en cuanto los mencioné. Yo sentía la misma tensión en las tripas, una mezcla de miedo y nerviosismo: los demás, que nos mirarían con esos ojos acusadores y convertirían cada contacto que compartiéramos en algo culpable y vergonzoso. Pero no decírselo significaría ponernos en peligro y no contar con ningún respaldo si las cosas se torcían. Y quedarme encerrada accidentalmente tras el escudo de la Corte Cobalto no era un riesgo que estuviera dispuesta a correr.

Dudo que actuar a hurtadillas vaya a suavizar su enfado, terminó por signar Creon.

Sí. También estaba eso.

—Vamos a avisarlos, entonces. —Me levanté y, para mi sorpresa, advertí que el sol estaba justo sobre el horizonte. Habíamos pasado todo el día allí, sin hacer nada más que experimentos mágicos, y no me había dado cuenta del tiempo que pasaba—. Siempre podemos decirles que entraremos los dos juntos... Pero así, al menos, no podrán quejarse de que no se lo hayamos contado.

Esbozó una sonrisa irónica y me tendió las manos al levantarse. Le agarré la muñeca, le di un beso en la palma y me abracé a él, preparada para volar.



Capítulo 33

Dejamos atrás la carnicería de manzanas –Alyra parecía disgustada, pero nos siguió igualmente– y remontamos el vuelo en dirección a la bahía de arena negra.

A la luz del sol poniente, la isla parecía un lugar totalmente distinto. Al desplazarse las sombras de los valles y las cumbres, parecía que las montañas se habían movido en el transcurso de la tarde. Cuando bajé la vista, vi huecos de cuevas que no había distinguido en el vuelo matutino. Las cascadas parecían casi doradas en el crepúsculo, como si fluyera metal fundido por las laderas escarpadas.

¿Las rocas o el agua tendrían algún poder mágico? La Corte Carmesí contaba con los sabuesos y el Laberinto, y en la Corte Dorada estaban los pixies; sin duda Korok había tenido alguna razón para reclamar aquella isla como la tercera de sus cortes.

Pero eso era una pregunta para más tarde. Ante nosotros apareció la pequeña bahía, cerrada por acantilados y altos arcos de piedra. El agua, de un azul intenso, parecía veteada de espuma cobriza a la luz del sol.

Estaba desierta.

Estuve a punto de preguntarme si era la bahía correcta: Beyla estaría explorando hasta el último momento, por supuesto, pero seguramente Lyn y Tared ya habrían concluido su búsqueda. Pero, al final, reconocí las peculiares siluetas de las formaciones rocosas: la que se adentraba en el mar, semejante a un puño grande entre las olas, y los tres picos afilados que surgían del agua a su alrededor.

Era la bahía de la que habíamos partido, pero no veía en ella a Lyn ni a Tared.

Aterrizamos en la playa, que también reflejaba la luz del sol poniente: unos cristalitos dorados parpadeaban entre la arena negra cada vez que movía la cabeza. Abrí la boca para preguntar dónde creía Creon que encontraríamos a los demás, pero vi un resplandor por el rabillo del ojo y me volví.

Venía de la boca de una cueva que parecía profunda, en las rocas más alejadas del mar. No había rastro de nuestros compañeros, pero el brillo del fuego se reflejaba claramente en la piedra lisa y oscura.

Por supuesto: habrían terminado con la tarea y estarían preparando la cena. Mi barriga gruñó de aprobación y, por un momento, ni siquiera pensé en la mirada decepcionada de Tared. Todo sería más fácil con el estómago lleno.

—¿Listo? —le pregunté a Creon mientras empezábamos a caminar.

No sonrió.

Yo todavía estaba intentando encontrar la expresión adecuada. ¿Debía parecer satisfecha, inocente? Pero estaba claro que no lo era... Y si me esforzaba demasiado en aparentar alegría, seguramente parecería que llevaba todo el día haciendo el amor como loca.

Aún le estaba dando vueltas cuando nos llegó el primer retazo de conversación.

O, mejor dicho, de pelea.

La voz de Lyn, aguda y agitada, fue la primera en atravesar la distancia que nos separaba.

—¡... insistiendo tanto! ¡Estaba asustada, joder! ¿Qué se suponía que...?

Me paré en seco, tan bruscamente que Creon casi se chocó conmigo. La respuesta de Tared, en un tono más bajo, fue imposible

de entender.

—No me lo creo, Tared —fue la respuesta de Lyn—. Que eso lo diga alguien que ni siquiera se atrevió a decirle a su puñetera pareja que se había vinculado a ella...

El silencio podría haber cortado el acero.

Se me paró el corazón un segundo antes de acelerarse violentamente contra mis costillas. Me quedé mirando la entrada de la cueva sin verla, sin sentir la mano de Creon alrededor de mi hombro, sin acabar de entender la respuesta mucho más fuerte de Tared:

—Decidimos que no hablaríamos de...

—¡Porque éramos los únicos implicados! ¿Pretendes que me muerda la lengua cuando haces partícipes del problema a los demás?

Creon tiró de mí hacia atrás.

—Lyn —dijo Tared, y la aspereza de su voz hizo que el recuerdo regresara a mi mente con la intensidad de un incendio: la súplica que latía bajo la superficie, la sensación de que algo se acercaba lenta y peligrosamente al borde de un abismo. Había sentido esa súplica con el saco de Zera en mis brazos, esa necesidad feroz y abrasadora que rozaba la locura: un vínculo del que Tared no podía desprenderse, porque le habría sido más fácil arrancarse el corazón. Sabía lo que estaba diciendo con esa sola palabra, y hubiera preferido no saberlo: «No sigas. No abras esa puerta. ¿No sabes que podrías matarme, que podrías destruirme?».

—¡Lo sé! —El chillido de Lyn parecía casi un sollozo—. ¡Inika, dame fuerzas, ya lo sé! Pero sigues siendo un imbécil, y estoy harta de justificar todo...

—¡Lyn, para, por favor! —A Tared se le quebró la voz, una voz que siempre había sido serena e imperturbable: la voz de aquel hombre que ya era de mi familia.

Me rompí.

Eso no podía estar pasando, no por mi culpa. Los ojos vacíos de Beyla, las palabras que Lyn había pronunciado hacía una eternidad... «Tared se derrumbaría». No podía arriesgarme a que sucediera por mi culpa, por mi maldita ingenuidad. Tenía que decirles que todo

había sido culpa mía, que los dos tenían todo el derecho a estar furiosos conmigo, que yo no merecía...

Creon me agarró de la cintura.

—¡Eh! —Mi grito sonó como el chasquido de un látigo—. ¡No puedes...!

Acto seguido, me tapó la boca.

Luché por liberarme mientras él me arrastraba sin miramientos, como si fuera un fardo de trapos viejos. Por más que me debatí, no sirvió de nada. Sus brazos no cedieron, sus dedos no se movieron ni siquiera cuando le mordí, y al final me rendí y me quedé inmóvil, rabiosa y aterrada. Las voces de mis amigos se fueron apagando mientras Creon me apartaba de ellos. Notaba el corazón en la garganta, a punto de ahogarme. ¿Y si Lyn decía algo más? ¿Y si era algo peor? ¿Y si Tared se estaba derrumbando ya y yo no podía hacer absolutamente nada?

¿Y si lo había arruinado todo?

Creon me soltó tan de repente que solté un grito ahogado y estuve a punto de caerme en la arena. Mis palabras salieron en un chillido:

—¿Qué narices crees que estás haciendo?

Siempre había sido más alto que yo, pero en aquel momento se alzaba sobre mí como una torre oscura y ominosa contra el cielo teñido de rosa y naranja. Sus ojos demoniacos parecían estar midiéndome, y su mirada penetrante era tan intensa que cortaba el aliento.

Luché contra el impulso de apartar la vista y le espeté:

—¿Y bien?

Creon enarcó una ceja, impávido.

Preferiría preguntarte qué creías que estabas haciendo tú.

—¡Lo están destrozando todo! —El pánico hizo que se me atropellaran las palabras. E hice un gesto violento en dirección a la cueva iluminada por el fuego—. No puedo... No podemos...

¿Y de verdad crees, me interrumpió con unas señas duras, casi hirientes, que implicaban más de lo que decían, *que algo de lo que digas o hagas bastará para salvarlos de sí mismos después de llevar décadas así? A menos que les borres la memoria...*

−¡Al menos puedo intentarlo!

Suspiró.

¿Y cómo pensabas hacerlo?

−Yo... iba...

No podía terminar la frase. Mi mente era un lienzo en blanco, o un mar embravecido del que no emergía un solo pensamiento sensato. Los estaba destrozando, después de que me hubieran ofrecido un hogar, una familia, de que hubieran arriesgado sus vidas por mí. Estaba siendo una maldita desagradecida, una ingrata miserable, y tenía que haber algo que pudiera hacer...

−Lyn está enfadada porque él lo está, ¿no? −barboté, sin que las palabras pasaran el filtro de la razón. Fui consciente vagamente de que parecía estar delirando, pero no podía detenerme−. Así que, si pudiéramos calmarlo... Si podemos evitar que deje de estar enfadado con nosotros...

Algo que llevas semanas intentando conseguir, me recordó Creon.

−¿No podemos...? ¿No podemos decirle que todo fue un error? −Mi mente se aferró a ese pensamiento con uñas y dientes: calmar a Tared. Salvar a Tared−. ¿Y si le decimos que hemos roto? Eso ayudaría, ¿no? Eso...

No.

Una única seña. Un gesto brusco, tan tajante que sofocó el resto de mis balbuceos.

Creon se había quedado inmóvil bajo la luz dorada. Su rostro era un contraste brutal con las emociones que retorcían mi mente en un remolino de terror: era una máscara afilada de músculos tensos. Solo se movían sus alas con un temblor leve, un reflejo involuntario que ni siquiera su férreo autocontrol pudo reprimir.

Mierda...

No tenía que haber dicho eso.

−No quería decir... −La arena parecía oscilar bajo mis pies, como si estuviera en la cubierta de un barco. No, no, no*...*−. Creon, ¡no estaba diciendo que quiera romper contigo! Solo que les dijéramos...

Te he oído. Crispó la mandíbula. *Y he rechazado tu sugerencia.*

−Pero...

He dicho que no, Em.

Parpadeé. Me dio un vuelco el corazón.

−Solo intento entender...

¿Que ya no puedo seguir así?, estalló, trazando señas amplias y descontroladas mientras avanzaba hacia mí. *¿Qué necesitas entender? ¿Que estoy harto de mentiras, de secretismo? ¿Harto de andar a escondidas, como si estuviera cometiendo un maldito crimen al amarte?*

−Espera... ¡Espera! −Subí de golpe la voz−. Sí, eso está claro, pero...

Si lo está, ¿por qué seguimos haciendo esto? Signaba a una velocidad vertiginosa, como si las palabras llevaran escociéndole semanas, acumulando presión hasta que las liberase. *Entiendo que estás sometida a una gran tensión, de verdad que lo entiendo. Entiendo que te hayan educado durante toda tu vida para preocuparte por los demás antes que por ti misma; pero no puedes seguir pidiéndome que me muestre vulnerable y, al mismo tiempo, seguir tratándome como si fuera algo de lo que te avergüenzas o...*

−¡No me avergüenzo de ti! −Me tambaleé hacia él, alzando las manos para agarrarle del cuello de la camisa, pero me quedé sin fuerzas a la mitad del gesto−. ¡Solo intento que no se desmorone todo antes de que salvemos el mundo! ¡Lo sabes!

Eso no es ninguna excusa para destruirte a ti misma, signó, sin acercarse a mí ni siquiera un centímetro.

Solté una carcajada estridente.

−No eres quién para hablar. Te recuerdo que te torturaste a ti mismo durante ciento treinta años con la remota esperanza de matar a la Madre algún día.

Mi alternativa era la muerte. Curvó el labio. *Tu alternativa es la felicidad.*

−¡Cuántas veces tengo que decirte que no seré feliz si lo arruino todo! −Se me quebró la voz−. Si tanto sabes, ¿por qué no me dices cómo evitar que los fénix nos rechacen, que las ninfas cancelen nuestra alianza y que mis amigos se destruyan mientras yo vivo tan feliz, ignorando los deseos y necesidades de los demás?

El silencio vibraba.

Los dos pasos que nos separaban parecían una distancia kilométrica, un abismo que ni siquiera las palabras podían cruzar. Creon había cerrado las manos en puños. Respiraba lentamente, de forma controlada, como si estuviera conteniendo la respuesta que quería dar a mi arrebato.

−Creon...

Lo que tienes que hacer, me interrumpió con señas tensas, forzadas, *es darte cuenta de una vez de que no eres un peón en este juego. Que todos y cada uno de ellos, incluso los que fingen que les da igual, los que fanfarronean y actúan como si estuvieran en posición de exigir, estarían jodidamente perdidos sin ti. Tú eres la reina, Em. No eres la pieza que sacrificar. Empieza a actuar como tal, en lugar de agachar la cabeza ante sus amenazas vacías.*

−Vale, pero eso no es...

Y también, continuó como si no me hubiera oído, *averigua qué quieres de mí.*

Una jaula apretada me oprimía las costillas, exprimiendo el aire de mis pulmones.

−Sabes exactamente lo que quiero de ti.

¿Apoyo incondicional, combinado con una conveniente invisibilidad?, declaré con aspereza, con otro temblor involuntario de alas. *¿Todas mis verdades expuestas al mundo, mientras tú te aferras a cualquier mentira que te resulte útil? ¿Se me olvida algo más?*

Le miré fijamente.

¿Algo más?

Al separar los labios, no emití ningún sonido. Veía manchas oscuras que danzaban en el borde de mi visión; solo podía mirar sus fuertes dedos, pensar en las señas que jamás podría borrar de mi retina. Se me había olvidado cómo hablar. Quizá también cómo respirar.

Te quiero tanto que duele, Em. ¿Cómo era posible que esas señales parecieran una puerta a punto de cerrarse en mi cara? *Le has devuelto la vida al corazón negro y feo que tengo dentro, y no estoy seguro de que pueda seguir latiendo sin ti. Pero no puedo conformarme con tener tan solo la mitad de ti. No puedo apartarme*

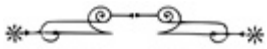
cada vez que alguien nos mira con malos ojos. Y, definitivamente, añadió con un amplio barrido, *no voy a tolerar que digas que hemos roto por cualquier excusa que se te ocurra, sea cierta o no.*

El aire parecía escarcha en mis pulmones, y el frío se filtraba lentamente por mis entrañas hasta mis miembros. Luché por abrir la boca y conseguí entonar un ronco:

—Yo...

Así que diles lo que quieras. Dio un paso atrás y tomó aire, como si estuviera a punto de zambullirse en unas profundidades oscuras sin saber lo que le esperaba al fondo. *Pero yo consideraré que es la verdad.*

Y antes de que pudiera armarme de valor para decir nada, antes de que pensara qué se suponía que debía responderle, se había ido.



La arena seguía caliente cuando me hundí en la playa, o más bien me desplomé; mis rodillas eran incapaces de soportar mi propio peso un momento más.

La verdad.

La maldita verdad.

¿Cómo, por el amor de los dioses, habíamos acabado así? ¿Cómo era posible que estuviera a punto de perder a la única persona que no podía soportar perder, y todo por decir una mentira más?

En retrospectiva... Dioses, mirando hacia atrás, todo cobraba sentido. Con los ojos cerrados y la cara hundida entre los brazos, fui capaz de ver las señales de advertencia que había ignorado por el bien común, las sonrisas tristes a las que no había prestado atención, la incomodidad que había reprimido sin pensar. Una mala elección tras otra. Una cobardía detrás de otra.

«Al amor no le gusta que lo den por hecho», me había dicho Zera, y yo... había hecho justamente eso, ¿no?

Una maldición impotente escapó entre mis labios.

Algo cálido y suave rozó mi pierna desnuda, acompañado de un leve gorjeo que reconocí de forma instintiva. Levanté la cabeza no porque tuviera ganas de hacerlo, sino porque sospechaba que

recibiría un fuerte picotazo en el tobillo si no prestaba la debida atención a mi familiar.

Se había posado en la arena junto a mi bota, con las alas plegadas y las garras recogidas, y me observaba con unos ojillos oscuros que parecían contener un atisbo de compasión. Aquello no hizo más que apretar el nudo de mi estómago. Si hasta Alyra sentía lástima por mí, aquello tenía que ser un desastre aún mayor de lo que pensaba.

—La he cagado, ¿verdad? —murmuré, apoyando la barbilla en las rodillas.

Era cierto, admitió al inclinar la cabecita blanca. Pero también era verdad que había intentado hacer todo lo posible. Los fae eran muy dramáticos con esos temas, y cargar con el peso del mundo sobre mis hombros era una razón bastante válida para cometer algunos errores de juicio.

Gemí, frotándome la cara.

—Empiezas a hablar como Lyn.

Lyn era pequeña y alada, me informó mi mente a través del extraño vínculo que había entre Alyra y yo, y, por tanto, una excelente consejera a la que debía hacer caso en la mayoría de las ocasiones. ¿Había considerado la posibilidad de que Lyn lo resolviera?

—Ni siquiera estoy segura de que pueda resolver sus propios problemas —dije sombríamente—. Y mucho menos los míos.

Alyra erizó las plumas, un gesto muy parecido a un encogimiento de hombros, y apoyó suavemente un lado de la cabecita contra mi bota mientras aguardaba a que yo desarrollara mis pensamientos. Medio sol se había hundido tras la fina franja del continente, y unas llamas cobrizas danzaban entre el mar y el cielo. Demasiada belleza —excesiva— para una noche tan horrible de ira y desamor.

—No puedo perderlo —susurré.

Era una certeza, pero no un consuelo. Porque, si amaba a Creon —y, maldición, lo amaba—, se había acabado el tiempo de las maniobras. Era el fin de las medias verdades diplomáticas, de la distancia estratégica. Sería suya ante todo el condenado mundo, y si enfadábamos a gente de la que no podíamos prescindir, si arruinaba

la vida de mis amigos y perdía el hogar que había encontrado en aquel mundo de lobos contra lobos... Bueno, sería la consecuencia natural.

¿Sería capaz de vivir con tanto egoísmo?

¿Pero cuál era mi alternativa? ¿Dejar de amarlo? Me permití un doloroso segundo para contemplar la opción, para imaginar un mundo en el que no estuviera Creon, o peor aún, para imaginar un mundo en el que estuviera y no fuera mío.

La sola idea hizo que me entraran ganas de cometer un asesinato atroz.

Eso significaba que tendría que enfadar a la gente. Lo cual implicaba que, después de todo, no daba la talla para hacer lo que mis amigos, mis aliados y la humanidad entera necesitaban que hiciera. Así que Valter y Editta quizá hubieran tenido razón al temer, desde niña, que yo acabaría siendo su ruina. Lo que significaba que...

—¡Emelin!

Levanté la cabeza, con el corazón en la garganta.

Naxi se acercaba corriendo por la playa oscura, de puntillas, tan ligera que no dejaba huellas en la arena. Su melena rubia con puntas rosadas revoloteaba contra su rostro con la brisa marina, igual que su falda rosa florida. Su dulzura no encajaba con la belleza agreste y serena de la Corte Cobalto.

—¿Qué pasa? —pregunté, alarmada. Naxi sabía, por fuerza, que no estaba en mi mejor momento. ¿Les habría pasado algo a Lyn y Tared? ¿A Creon?

—Ay, no te asustes —dijo con una risita. Se apartó el pelo de la cara y dio los últimos pasos hacia mí, como si bailara—. Siento mucho interrumpir tu hundimiento, pero acabamos de divisar un grupo de fae al otro lado de la isla. Tenemos que hacer algo.

—Ah. Claro. —Se me cayó el alma a los pies. «Algo». Tendría que atacarlos junto a Creon. Más muerte, más derramamiento de sangre, y ni siquiera había pensado qué decirle—. ¿Cuántos?

Se encogió de hombros.

—Unos treinta.

Eso sugería que no habían ido a por nosotros: la Madre habría enviado una fuerza mayor, después de lo que le había ocurrido a la flota del Sol. Me puse en pie con un gemido ahogado, levanté a Alyra y la dejé en mi hombro.

—Debería ser manejable, ¿no? —murmuré lentamente, fingiendo que me quedaba algo de cerebro para pensar en aquella nueva complicación.

—Debería —asintió Naxi encantada, y recordé con un escalofrío lo que había dicho Creon de ella: «muy poca empatía»—. Lo importante es que no escape ninguno.

Porque un solo fae que huyera informaría a la Madre de que nos había visto en la Corte Cobalto, y su reacción podría ser destruir las ataduras antes de que llegáramos hasta ellas.

—Vale —dije, haciendo acopio de valor—. ¿Significa eso que vamos a atacarlos todos juntos?

Me dedicó una sonrisa cómplice.

—¿No estás emocionada?

No parecía necesario responder; Naxi sabía perfectamente que mi entusiasmo estaba bajo mínimos. Sin embargo... Quizá ella fuera la única persona imparcial de todo el grupo, y, aunque sus normas le impidieran contarme demasiado..., podría ayudarme un poco.

Me aclaré la garganta mientras caminábamos por la playa hacia la entrada de la cueva. Allí estaban Creon y Beyla, ignorándose mutuamente.

—¿Naxi?

—¿Sí? —respondió. Sonaba divertida.

—Solo quería preguntarte... Tared y Lyn...

—No se pelean por tu culpa —respondió, encogiéndose de hombros con despreocupación—. Se pelean entre ellos. No te preocupes; no es problema tuyo.

Me estaba empezando a hartar de ese argumento.

—Vale, pero sigue siendo un problema, y estoy preocupada.

Masculló algo sobre pobres desgraciados atados de pies y manos por sus principios, pero no me ofreció ninguna otra respuesta. Llegamos a la cueva en un silencio tenso. La mirada fulminante de

Beyla no me hirió ni la mitad que la absoluta ausencia de mirada por parte de Creon.

«Consideraré que es la verdad».

Se me hizo un nudo en las tripas. Hasta que pudiera estar a solas con él, hasta que decidiera cuál era mi respuesta a su ultimátum apenas disimulado, tendría que ser muy cuidadosa con mis palabras.

—Bien —dijo Beyla, dedicándome un leve asentimiento como único saludo—. ¿Cuál es el plan?

Lo improvisamos en dos minutos; en realidad, se reducía a un simple «buscarlos y acabar con ellos». Nadie parecía tener paciencia ni serenidad de ánimo para elaborar una estrategia más compleja.

Cuando los álfar nos desvanecieron hasta una cima de la Corte Cobalto —que consideraban que era el destino más probable de los fae recién llegados—, aún no había asumido del todo la realidad de aquella nueva amenaza. Tres cuartas partes de mi mente continuaban ancladas en aquella playa oscura, luchando por tomar decisiones que no quería tomar. No me enteraba de las conversaciones en voz baja de los demás, ni tampoco era consciente de nuestros alrededores; si algún fae hubiera saltado desde un eucalipto con intenciones maliciosas, probablemente no habría reaccionado a tiempo para salvarme.

Afortunadamente, ninguna silueta alada se abalanzó sobre nosotros desde las sombras.

La costumbre y el instinto eran lo único que me mantenía en movimiento. Rodeamos una colina baja y luego subimos la última pendiente que nos separaba del acantilado en que se alzaba el castillo. Las ruinas parecían aún más desoladas bajo un cielo que se oscurecía rápidamente. Mientras contemplaba los muros de piedra destrozados y las torres derruidas, tardé en reparar en nuestros objetivos: el pequeño grupo de fae al pie del acantilado, charlando tranquilamente entre ellos. Encendieron unas antorchas mientras nos acercábamos, sin percatarse de nuestra presencia.

Me tragué una punzada amarga de remordimiento. ¿No podíamos dejarlos en paz? Pero no, encontrarían las huellas de mis intentos de cruzar el escudo de la Madre y, lo que era peor, la manzana fresca

que había conseguido atravesarlo. Una prueba más que suficiente de lo que era capaz de hacer.

Lo que significaba que tenían que morir.

Lo único que deseaba era meterme en mi cama en el Subterráneo y esconderme bajo las mantas durante por lo menos cinco años.

Tared y Beyla habían desenvainado en silencio sus espadas; la hoja de Creon ya brillaba en su mano. Estábamos a treinta metros. A veinte. A diez. Parecía un milagro que aún no hubieran reparado en nosotros, que continuaran totalmente absortos en la conversación y en la tarea que tuvieran que realizar esa noche...

Demasiado milagro, la verdad.

—Esperad —siseó Naxi detrás de mí, en tono sereno pero urgente—. Algo va mal. Están tan tensos como cuerdas de arco. Esto no es...

Y como si la hubieran oído, el grupo de fae se separó.

En una maniobra perfectamente coordinada, se dividieron en dos limpiamente y después se abrieron en abanico hacia atrás, como una flor que desplegara sus pétalos. De repente, el grupo desordenado se había convertido en una formación de batalla en tres filas, con antorchas que formaban una barrera de fuego. Espadas y dagas brillaron bajo las llamas. Manos contra camisas negras y rojas. Ojos fijos en nosotros: los treinta pares nos fulminaban con la mirada como si sus pupilas pudieran atravesarnos.

Me quedé paralizada, y regresé al presente tan bruscamente que me sacudió un estremecimiento.

—Maldita sea... —masculló Tared, parándose en seco—. ¿Desaparecemos?

—No serviría de nada —murmuró Lyn con un hilo de voz—. Ya saben que estamos aquí y por qué. Si la Madre se entera...

Tared volvió a maldecir, pero no movió más que los dedos, que aferraron la empuñadura de su espada con más fuerza. Por el rabillo del ojo, vi a Creon avanzar hacia mí sin hacer un solo ruido. Hubo un destello amarillo, y la textura de mi vestido negro cambió ligeramente, convirtiéndose en suave terciopelo.

A mi derecha, Beyla desenvainó su segunda espada y apretó los labios.

—¿Atacamos?

—Esperemos a ver qué hacen —respondió Lyn, sin quitarles los ojos de encima—. Me gustaría saber si los ha enviado la propia Madre, porque, en ese caso...

No terminó la frase. No hacía falta. Si la Madre había mandado a esos fae a la Corte Cobalto, no serviría de nada matarlos, puesto que ya sabría que habíamos estado allí. Tendríamos que ser rápidos, muy rápidos, para llevarnos todas las ataduras que pudiéramos.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos y susurré:

—¿A qué esperan?

Detrás de mí, Naxi chilló.

Por un momento, pensé que el grito se debía a sus sentidos demoniacos; que había captado otra amenaza inminente antes que los demás. Entonces vi movimiento entre las filas de nuestros oponentes: las alas y las antorchas se apartaban mientras una figura solitaria se abría paso hacia el frente de la formación.

Una figura alta, con el cabello negro y dorado, dolorosamente familiar.

Dioses...

Sentí que el pánico y la risa desquiciada luchaban por imponerse en mi interior: Thysandra acababa de aparecer entre las filas de fae, con su mortífero aspecto habitual, alarmantemente bella y serena. Iba vestida de un rojo agresivo, y plegaba firmemente sus alas salpicadas de oro y cicatrices. Los anillos y brazaletes dorados contrastaban con fuerza contra su piel morena, y balanceaba lentamente una daga curva entre los dedos mientras sonreía despacio.

—Pensaba que serías...

Se interrumpió a la mitad.

Su silencio fue tan abrupto que pensé que había parado también de respirar.

Dejó de balancear la daga. Sus ojos oscuros y calculadores se desorbitaron, fijos en un punto detrás de mí. Entreabrió ligeramente los labios rojos, boqueando para formar palabras. Habría sido cómico si la tensión no hubiera podido cortarse como un cuchillo, si la batalla no hubiera estado a punto de estallar.

–¿Thysandra? –oí murmurar a un fae detrás de ella.

Me arriesgué a echar un vistazo por encima del hombro, a pesar de que sabía exactamente lo que me iba a encontrar. Con el rostro pálido a la luz de las antorchas, Naxi se había quedado inmóvil, mirando a su adversaria, posible asesina y obsesión apasionada durante décadas como si un fantasma acabara de surgir entre las ruinas de la Corte Cobalto.



Capítulo 34

–Oh –dijo Naxi, rompiendo el silencio con una voz extraña: tensa y ronca, como si alguien le estuviera apretando la garganta. Su risita tampoco se parecía en nada a su melodiosa carcajada habitual–. Claro que eres tú.

Era como si los demás no existiéramos. Tampoco los fae que montaban guardia detrás de Thysandra, que intercambiaban miradas nerviosas mientras su comandante permanecía en silencio e inmóvil. Naxi avanzó dos pasos, sin parecer percatarse de mi presencia: habría chocado conmigo si no me hubiera apartado a toda prisa. Sus ojos azules permanecían fijos en su objetivo con una ferocidad hambrienta. Como si ambas estuvieran de regreso a aquel campo de batalla de décadas atrás, como si un solo pestañeo en el momento equivocado pudiera acabar con su muerte.

–Sí –dijo Thysandra lentamente, con frialdad, levantando la barbilla–. Por supuesto que sí.

Naxi soltó otra de esas risitas que helaban los huesos.

–Supongo que te habrás enterado de los nuevos poderes de Emelin y habrás caído en la cuenta de que eran sospechosamente parecidos a aquellos de los que te habló la vieja zorra y...

—No hables así de mi Alta Dama, sabandija —la interrumpió Thysandra, y su voz sonó como el restallido de un látigo.

A dos pasos de mí, Creon dejó escapar un resoplido. Fue la única reacción de nuestro bando. Nadie parecía dispuesto a interponerse entre las dos amantes —o enemigas mortales, o lo que fueran—, y estaba claro que había una buena razón. Por separado, ya eran letales. Estar en medio de sus poderes enfrentados... Reprimí un nuevo estremecimiento.

—Oh —musitó Naxi; aunque su voz parecía de acero, bajo ella brillaba algo de su despreocupación afilada de siempre—. ¿Te refieres a la Alta Dama a la que serviste de forma impecable durante la Batalla Final? ¿O cuando Emelin escapó?

Los ojos de Thysandra se desviaron hacia mi rostro; fue un instante, pero la furia de sus pupilas fue como un puñetazo en la mandíbula. ¿Cuántas noches habría pasado en vela pensando en su traición de aquel día, en la decisión de dejarme marchar a cambio de que entregara su mensaje?

Su fría voz no delató lo que pensaba.

—Mi lealtad nunca ha cambiado.

—No —replicó Naxi casi ronroneando, mientras ladeaba la cabeza—. Pero esa rata sarnosa no parece darse cuenta de lo excepcional que es tu lealtad, ¿verdad? Sigue sin ver lo que haces por ella ni lo mucho que depende de ti. Así que, en cuanto dedujiste que vendríamos aquí, por supuesto que agarraste tus armas y tus soldados y viniste corriendo en busca de gloria, sin avisar a nadie... Porque no se lo has dicho a nadie, ¿verdad, cariño?

Beyla soltó una maldición a mi lado. Me percaté de la inquietud visible de los guerreros fae, a unos quince metros de distancia. Un susurro áspero corrió por sus filas mientras lanzaban miradas turbadas al rostro radiante de Naxi.

Thysandra se envaró más todavía, y sus alas cicatrizadas se crisparon peligrosamente.

—Tenía que actuar con rapidez —murmuró—. Eso era lo único importante.

—Por supuesto —asintió Naxi con aire soñador—. Es una feliz coincidencia que eso supusiera que llegarías la primera. Así nadie

podría llevarse el mérito de tu duro trabajo..., como ocurre siempre.

El destello de dolor en el rostro de Thysandra fue visible incluso a través de la máscara de su furia. Aquello había sido un golpe directo a la herida supurante que yo misma había sentido: el resentimiento mudo de la heroína olvidada de la Corte Carmesí. Tal vez, me di cuenta con un sobresalto, por eso estaba sola aquella mañana a la salida del Laberinto, cuando hui de la isla; no porque hubiera planeado dejarme marchar, sino porque así nadie se atribuiría sus logros, por una vez.

—Te noto muy segura de ti misma y de tus dudosas deducciones —replicó Thysandra, con un temblor de ira apenas perceptible bajo su barniz de compostura. Era un temblor peligroso. Estaba saliendo del estupor; se avecinaba un contraataque—. Como siempre.

Naxi se encogió de hombros.

—¿Me equivoco?

—En primer lugar, me subestimas. —Alzó un poco la barbilla, y fue ese gesto el que me hizo recordar, con un nudo en las tripas, que esa mujer había logrado imponerse a una ninfa asesina con poderes demoniacos y muy poca empatía durante la Batalla Final—. Si de verdad crees que voy a entregarte la victoria porque digas unas cuantas tonterías...

—Ah, no lo esperaba —repuso Naxi—. Pensaba dejar la lucha en manos de nuestros magos fae, la verdad.

Thysandra le dirigió a Creon una mirada repleta de un odio evidente.

—Ya veo. —Soltó una risa despreocupada—. Supongo que has venido aquí en busca de tu voz, Hytherion.

Creon no reaccionó, ni siquiera pestañeó.

—Me estoy cansando de esto —intervino Tared con tono tajante—. Si mantenemos con vida a su ilustrísima, Naxi, ¿te importa que nos pongamos manos a la obra y discutamos después los detalles?

—Te recomiendo encarecidamente que no lo hagas —le cortó Thysandra antes de que Naxi pudiera abrir la boca. Su voz grave se había vuelto inquietantemente dulce—. Suponiendo que quieras recuperar esos recuerdos, Thorgedson.

Se hizo un silencio escalofriante.

«Esos recuerdos». Miré fijamente a Thysandra –la inteligente y estoica Thysandra, cuyos labios mostraban una sonrisa de suficiencia apenas perceptible– y sentí que se me caía el alma a los pies. Nos había estado esperando. Sabía que Creon y yo habíamos derrotado casi sin ayuda a toda la flota del Sol. Tenía que haberse preparado de alguna manera para enfrentarse a nosotros: no había duda.

Efectivamente, la habíamos subestimado.

–Veréis: hay llaves para abrir las defensas de la Corte Cobalto –continuó, y cada palabra parecía bañada en venenosa miel–, y yo tengo en mi poder una de ellas. Mientras hablamos, uno de los míos está dentro del castillo, vigilando desde lejos nuestra agradable conversación, con una buena dosis de rojo a mano. En el instante en que nos ocurra algo –declaró, ensanchando la sonrisa–, perderéis las ataduras para siempre.

El aire marino se había vuelto denso y opresivo, y me quemaba la garganta mientras luchaba por contener mi agitación. De modo que las ataduras se encontraban allí... Estábamos en lo cierto sobre su forma física y su ubicación, incluso teníamos razón en cuál era la manera correcta de abrir una brecha en el escudo que rodeaba las ruinas del castillo. Pero si nos equivocábamos en ese momento, si calculábamos mal...

Los fae no dudarían en destruir las ataduras. Y con ellas desaparecería toda esa magia, todos esos sacrificios.

–Estás amenazando a todo el mundo mágico con la extinción irreversible –intervino Lyn con voz temblorosa–. ¿Eres consciente de ello?

Thysandra se encogió de hombros, indiferente.

–Tiene sentido; al fin y al cabo, vosotros estáis amenazando a mi pueblo con la extinción.

–Eso es... –jadeó Lyn–. Al infierno, ¿qué es lo que quieres?

–Vuestra rendición.

Nadie se movió.

–Puedo garantizar vuestra seguridad hasta el momento en que lleguemos a la Corte Carmesí –añadió Thysandra tranquilamente, como si aquello fuera la prioridad de alguien–. No os preocupéis, yo no tengo por costumbre destripar a los prisioneros... ni

despellejarlos... ni arrancarles la lengua y cortarles los dedos por diversión...

—Ya. Muchas gracias —la cortó Tared secamente—. Qué gran alivio. Supongo que no vas a ofrecernos ninguna garantía de que la Madre será igual de indulgente, ¿verdad?

Thysandra enarcó las cejas oscuras.

—No soy una mentirosa, Thorgedson.

—¿Y no aceptarías ningún otro trato para dejar las ataduras en paz?

—No mataros en el acto es el único trato —replicó rotundamente, y detrás de ella algunos guerreros se atrevieron a soltar una risilla.

La confusión anterior había desaparecido. Nos tenían justo donde querían, donde habían planeado antes de que su comandante sufriera un momentáneo estupor por culpa de la medio demonio. Saborear el triunfo los había hecho olvidar ese instante de incertidumbre.

Naxi tenía las mejillas encendidas y los ojos desorbitados con intensidad febril, como si Thysandra acabara de abofetearla.

—Ya veo —dijo Tared, y su tono monocorde hizo que se me revolviera el estómago. No iba a aceptar aquello, ¿verdad? Tenía que haber algo que pudiéramos hacer para salir de aquella trampa—. En ese caso...

Para mi sorpresa, se quedó callado y se volvió hacia Creon, con las cejas enarcadas en un gesto expectante.

Sin mirarme, Creon signó dos palabras.

Em. Llave.

—Sí —suspiró Tared, con aire derrotado.

¿Era una actuación? No me atrevía a tomarla como tal, pero tampoco sabía qué demonios estaban tramando los dos. Antes de que me arriesgara a echar un vistazo a Creon, Tared continuó hablando:

—Bey, pon a Em a salvo.

Unos dedos se clavaron en mi brazo.

Los colores del mundo se deformaron, y el amarillo fuego se mezcló con el azul oscuro de la noche. Apenas duró un parpadeo. Aparecí, tambaleándome, en un sendero que me resultaba familiar,

en medio de la montaña, bajo el cielo estrellado. Las garras de Alyra se hundían profundamente en mi hombro a través de la gruesa tela. A lo lejos, oí el eco de lo que me pareció la voz de Thysandra; el resplandor de las antorchas iluminaba la ladera de la montaña tras la cima que teníamos delante.

Beyla me soltó el brazo y se llevó el índice a los labios en un gesto elocuente.

Asentí, intentando deducir cuáles eran sus planes: apenas vislumbraba lo que podía estar pensando a partir de las escasas pistas, que debían de ser suficientes para personas que llevaban siglos tramando estrategias. «Em. Llave». La llave mágica que portaba el fae que Thysandra había enviado a la Corte Cobalto para destruir las ataduras...

Detrás del escudo.

Las piezas encajaron.

—Joder —exhalé—. Si ni siquiera lo he intentado con...

Beyla me lanzó una mirada de advertencia por encima del hombro mientras se deslizaba por la colina que nos separaba de los demás. A esas alturas ya distinguía con claridad la voz de Thysandra.

—... no quiero destruir las ataduras, pero si desaparece una sola persona más, no tendré más remedio que dar la señal...

Al parecer, eso era lo que Beyla esperaba que dijera. Giró sobre sus talones, regresó junto a mí con paso ligero y me agarró de nuevo del brazo, sin dar explicaciones.

Esta vez, aparecimos en un acantilado completamente oscuro; la única luz era el resplandor púrpura y naranja del horizonte occidental. A cuatro pasos de nosotras, el mundo parecía terminar en la nada. Los bordes dentados de la roca caían bruscamente hacia el mar. Abajo, las olas rugían y se estrellaban contra la piedra, con esa fuerza arrolladora capaz de destrozar barcos y hundir en las profundidades a personas que no volverían a ser vistas jamás.

—¿Qué estás haciendo? —siseé lo más bajo que pude, pero intentando que me oyera sobre el estruendo del océano. Era incapaz de apartar la mirada del abismo.

—Aquí podemos hablar —respondió Beyla, elevando apenas su inquietante y frágil voz—. Estamos al otro lado de la Corte Cobalto.

Gracias al corazón misericordioso de Orin, la última vez que visité la isla me tomé la molestia de escalar el acantilado; no sé qué habríamos hecho si no hubiera podido aparecer aquí.

Le eché un vistazo al borde y tragué saliva, reprimiendo el impulso de alejarme de él mientras me giraba. Al otro lado, majestuosa y derruida, se alzaba la Corte Cobalto; la mayor parte de las murallas de aquel lado del castillo seguían en pie. A metro y medio, el escudo brillaba plateado entre las ataduras y yo, entre la vida de mis amigos y yo.

—Vale —dije, inspirando profundamente para tranquilizarme. La voz de Thysandra aún resonaba en mis oídos. «Vuestra rendición»... ¿Nos habría sorprendido tan fácilmente, si no hubiéramos estado tan distraídos con nuestras desordenadas vidas amorosas?—. A ver si entiendo el plan: vamos a intentar cruzar el escudo por aquí, nos vamos a deshacer del fae que está esperando la señal para destruir las ataduras, y luego acabaremos con Thysandra y los demás. ¿Es eso?

—Exacto. —Por más hostilidad que me hubiera mostrado durante todo el día, en ese momento no había ni rastro de enfado en su rostro: solo calma y una resolución implacable—. Creon parecía creer que podías entrar.

—He logrado que cruzara una manzana. —Mi voz estuvo a punto de quebrarse—. No un ser vivo, y mucho menos dos.

Alyra me picoteó la oreja con un chillido furioso.

—Ay, mierda. Tres. —La levanté de mi hombro y la fulminé con la mirada mientras aleteaba—. Tienes que prometerme que estarás extremadamente callada. Si oigo un solo chillido tuyo que alerte al bastardo que tiene la llave, te juro que...

—¿La desplumarás para hacer un caldo? —sugirió Beyla, sin una chispa de humor en los ojos.

—Buscaré a alguien con alas más grandes para que me acompañe en futuras aventuras —concluí en su lugar, y recibí un chillido indignado a cambio—. ¿Comprendes?

Alyra revoloteó hasta mi hombro y levantó el pico cerrado con gesto ofendido.

—Bien. —Deslicé la mano izquierda sobre el terciopelo de mi vestido mientras me acercaba al escudo. «Suavidad para el movimiento». Di gracias a los dioses por la sangre fría que había tenido Creon al proporcionarme esa fuente extra de magia en el momento en que nuestros oponentes aparecieron, listos para la batalla. Pero solo era un vestido, y yo no podía restaurar la superficie con mi magia...

Solo tenía un intento. No podía meter la pata.

—Quédate justo detrás de mí —murmuré, levantando la mano derecha—. Intentaré que atravesemos el escudo las dos. Si no funciona, tendremos que volver a por nuestras mochilas y agarrar toda la ropa de lana que encontremos para poder hacer otro intento.

Asintió, con el rostro casi tan pálido como sus trenzas plateadas.

—Entendido.

Cerré los ojos y recordé las manzanas.

Pensé en la magia que había tejido alrededor de su brillante superficie aquella tarde. Parecía haber pasado hace siglos: Creon a mi lado, riendo y bromeando, como si no fuera a decirme media hora después que estaba harto de mis vacilaciones. Pensé en la inmovilidad y en el truco para engañar al escudo y hacerle creer que no nos movíamos mientras lo atravesábamos. Quietud, quietud, quietud...

El poder se deslizó por mi brazo, extraído del exuberante terciopelo de mi vestido, y se filtró por las yemas de los dedos de mi mano derecha mientras iba envolviéndonos.

Di un paso adelante y no encontré resistencia.

Otro paso. Otro flujo de magia. En ese momento, yo era la llave. Estaba moviéndome dentro de la inmovilidad: no atravesaba el escudo, sino que me deslizaba en su interior, tan invisible para la barrera como para los que me rodeaban. Di un paso más, y un silencio ensordecedor se cerró a mi alrededor, como si el mar atronador y la brisa susurrante hubieran dejado de existir.

En ese mismo instante, dejó de brotar magia de mis dedos.

Me tambaleé hacia delante y abrí los ojos, apenas capaz de creer lo que había hecho. Ante mí se extendían los jardines descuidados de la Corte Cobalto: no había ningún escudo que me separase de los

muros derruidos del castillo. Detrás de mí se alzaba una fina cúpula plateada que se elevaba hasta rodear enteramente las ruinas de granito.

Y Beyla se encontraba al otro lado.

El corazón me dio un vuelco y estuve a punto de gritar su nombre, pero recordé justo a tiempo la advertencia que le había hecho a Alyra y cerré la boca. En el silencio opresivo que reinaba bajo la cúpula, el chasquido de mis dientes resonó de forma alarmante.

Con echar un solo vistazo hacia abajo, confirmé lo que me temía: había agotado la suavidad de mi vestido.

Me costó contener una sarta de maldiciones. Beyla movía los labios al otro lado, pero no me llegaban los sonidos y tuve que adivinar lo que estaba articulando. No capté más que palabras sueltas. «Alcanzarte». «Demasiado rápido». «Sola».

Sola.

Se me iluminó la mente: levanté la mano derecha y comencé a trazar las familiares señas, mucho más despacio que Creon por falta de práctica.

No puedo oírte a través del escudo.

Dejó de hablar bruscamente y asintió con los labios apretados. Sus signos fueron todavía más lentos y vacilantes, y la mitad estaban mal: se equivocaba de posición y dirección de algún dedo, pero entendí el mensaje general.

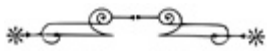
No he podido pasar contigo. No puedo alcanzarte telas suaves ya.

Mis pensamientos giraban tan deprisa que ni siquiera me dio tiempo a sentir pánico. No podía unirse a mí. Era imposible que me proporcionara más combustible para mi magia. Y, mientras tanto, Thysandra estaba obligando a las personas que quería a rendirse ante su ejército. Cada instante que perdía estaban más cerca de terminar en la Corte Carmesí.

Voy a intentarlo, signé, dando un paso atrás. *Escóndete cerca de los demás. Te avisaré cuando haya terminado.*

Sin esperar su respuesta, me di la vuelta y eché a correr, con Alyra en el hombro y el corazón en la garganta. La supervivencia del

mundo mágico, cargada sobre mis hombros, se hacía más pesada a cada paso que daba.



En la oscuridad no veía dónde pisaba. Tropecé con bloques de granito, se me enredaron los tobillos en una planta trepadora tan gruesa como una soga, me golpeé la rodilla contra una fuente rota, con tanta fuerza que tuve que morderme el labio para no gritar... Alyra revoloteaba por delante de mí la mayor parte del tiempo. Su brillante plumaje era como un faro en la noche, pero ni siquiera eso me salvó de unas cuantas caídas bastante feas.

No aminoré el paso; al cuerno con las rozaduras y rasguños de mis rodillas y espinillas. La imagen de aquellas hileras de antorchas se había grabado en mi mente al rojo vivo; no dejaba de pensar en lo que podría estar ocurriéndoles a los demás mientras corría, y las escenas que imaginaba eran cada vez más desagradables. Creon, entregando sus cuchillos. Tared, rindiendo su espada. Naxi, una vez más, a merced de Thysandra. Y con docenas de fae como testigos, Thysandra no la dejaría marchar por segunda vez...

Se me enganchó un pie en un bloque de piedra y volví a perder el equilibrio. Los guijarros afilados se clavaron en mi piel desnuda y, cuando me puse de pie con los dientes apretados, noté la humedad caliente de la sangre corriendo por mi rodilla.

Ya le prestaría atención más tarde. Allí no podía arriesgarme a usar magia azul; en la oscuridad, el destello de color delataría mi presencia.

Corrí dando traspiés todo lo rápido que pude. La Corte Cobalto se cernía sobre mí, y distinguía sus contornos por las estrellas que eclipsaba: torres como muñones, ventanas rotas, muros que antaño habrían sido lisos y ahora lucían boquetes y señales de violencia... El silencio bajo la cúpula era sofocante. Olía a polvo, agua estancada y podredumbre.

Aquello hubiera debido ser un triunfo, pensé con amargura mientras esquivaba un montón de vigas astilladas y casi me daba de bruces contra un árbol muerto. Por fin había llegado al destino que

ni siquiera sabía que existía cuando emprendimos aquella misión descabellada. Las ataduras estaban a mi alcance: era la culminación de meses de trabajo.

Sin embargo, no había sensación de victoria, alegría ni emoción: solo la sensación de la arena cayendo en un reloj, de la muerte aguardando a que se me acabara el tiempo.

¿Los habría encadenado Thysandra, a esas alturas? ¿Intentaría obligar a Tared a aparecer con todos en la Corte Carmesí?

Estarían intentando ganar tiempo, ¿no?

De pronto, distinguí un tenue resplandor azul en medio de la oscuridad. Eché a correr hacia allí, y el brillo fue haciéndose más fuerte según me acercaba. Divisé una puerta torcida en el granito, entreabierta, pudriéndose alrededor de las bisagras. Detrás de ella...

Me detuve en seco, incapaz de contener un grito ahogado.

Las ataduras.

Allí estaban, a unos pasos de mí... Y una vez más, supe que habíamos subestimado la maliciosa inteligencia de la Madre.

Las estanterías de madera se extendían en la oscuridad, como el depósito de una macabra biblioteca de almas. Un pasillo tras otro en la gran sala abovedada de la Corte Cobalto, una estancia tan amplia que no podía ver la pared del fondo desde donde me encontraba. Y, en aquellos estantes interminables, brillando en azul y plata como estrellas en una noche de invierno, había miles y miles de esferas de cristal.

Esferas huecas.

La Madre sabía tan bien como yo lo catastrófico que sería que se destruyeran las ataduras.

Por ese motivo, las había hecho tan frágiles como le había sido posible.



Capítulo 35

Contuve la respiración al dar los primeros pasos en el gran salón de la Corte Cobalto, temiendo que incluso un suspiro bastara para hacer añicos el delicado cristal que me rodeaba.

Alyra aterrizó cautelosamente sobre mi hombro y echó un vistazo a su alrededor, en busca de algún par de ojos donde clavar sus garras.

Pero nadie apareció para enfrentarse a nosotras. De momento.

Entonces me di cuenta de que las ataduras no solo estaban en aquella sala. A mi derecha se abría otra puerta baja, y la luz azul era prueba de que aún más estanterías me esperaban en la sala contigua. Los dioses sabían cuántas estancias habría... «Cientos de miles de personas», había dicho Agenor, y sentí que me mareaba un poco al intentar hacer cuentas. Si tenía que registrar todos los pasillos para encontrar a mi enemigo fae, continuaría vagando por las ruinas cuando Thysandra estuviera poniendo a sus cautivos en manos de la Madre.

Alyra frotó un lado de su cabecita contra mi mejilla, tanto para consolarme como para proponerme algo.

—Ten mucho cuidado —musité, respirando más que pronunciando las palabras—. No queremos dar la alarma. Ni romper ninguna atadura.

Saltó al suelo y torció la cabeza, el equivalente aviar de poner los ojos en blanco.

—Vale, vale. —Forcé una sonrisa—. Esperaré aquí.

Con un leve silbido, se alejó revoloteando y fue subiendo lentamente hasta alcanzar los últimos estantes. Después comenzó a volar en círculos cada vez mayores, comprobando de forma lenta y cuidadosa que no se le escapaba ni un solo pasillo. Cada vez que desaparecía de mi vista, el corazón me daba un brinco, pero siempre regresaba a la bóveda llena de anaqueles interminables: a salvo, aún inadvertida.

Después de cinco minutos que me parecieron cinco horas, aterrizó frente a mí en el suelo de granito liso, con expresión disgustada.

—Vamos a mirar en la siguiente sala, entonces —susurré.

Volvió a despegar en cuanto nos acercamos a la pequeña puerta que había visto antes, y di gracias a los dioses por esas alitas veloces mientras la veía pasar a toda velocidad por los estrechos pasillos sin rozar una sola bola de cristal. Un águila nunca habría podido ayudarme allí.

Apenas había terminado de pensarlo cuando Alyra giró en el aire y regresó a mi lado a toda velocidad. Sentí a través de nuestro vínculo un torbellino de nerviosismo: había un fae cerca de la ventana. Estaba mirando hacia fuera. No, no la había visto. Estaba pendiente de sus camaradas.

Tuve que morderme la lengua para no lanzar un suspiro de alivio. Si continuaba esperando, los demás tenían que seguir allí. Aún no habían partido hacia la Corte Carmesí.

—Guíame —murmuré.

Avanzamos en la penumbra azulada. Las esferas de cristal centelleaban por todas partes y se reflejaban como zafiros en el granito pulido del suelo. Una de esas bolas debía de contener la voz de Creon. Otra, los recuerdos de Agenor de aquel día aciago de la muerte de Korok; otra, los rostros y las voces de los padres de Tared. Pero eran incontables, y no tenían letreros, etiquetas ni

placas: la única identificación eran los números grabados en los anaqueles. ¿Cómo íbamos a encontrar las ataduras de cada uno en aquel gigantesco tesoro de magia?

Ya me lo plantearía más tarde. En ese momento, lo que necesitábamos era al fae que tenía la llave.

Mientras avanzamos entre las hileras de estanterías, vislumbré a cierta distancia un ventanal enorme en el muro sur, que daba al jardín. Esa era la dirección en la que se encontraban los demás. Los pensamientos de Alyra me informaron de que nos acercábamos al fae. Contuve la respiración y doblé las últimas esquinas de puntillas, temiendo oír en cualquier momento el catastrófico estruendo de cristales rotos.

No sucedió.

El fae estaba sentado de espaldas a nosotros, con las grandes alas extendidas. La luz azul se reflejaba en su cabello oscuro y corto y en sus manos blancas como la nieve. Había atado una cuerda gruesa a la esquina superior del estante que tenía a la derecha, y sostenía el extremo en la mano. Estaba preparado para tirar y derribarlo ante la menor señal de problemas.

Y con ello...

Dioses.

Si caía uno solo, derribaría al contiguo, y este al otro, y al siguiente, y al siguiente... De un solo tirón, media sala quedaría hecha añicos antes de que hiciera un segundo movimiento. Aunque hubiera estado dispuesta a sacrificar un estante de ataduras para atacarle, destruiría inevitablemente miles y miles de esferas de cristal.

Me costó horrores no jadear. No había margen de error: tenía que matarlo a la primera, antes de que le diera tiempo a tirar de aquella maldita cuerda.

Pero era imposible que le alcanzara la garganta o el corazón desde esa posición, y un golpe en la nuca no sería lo bastante rápido: tiraría de la cuerda antes de morir. Le daría tiempo a destrozarlo todo.

Un hilo de sudor frío se deslizó por mi espalda. ¿Qué opciones tenía? ¿Cortar la cuerda con magia roja? Me descubriría y

contratacaría, y solo los dioses sabían cuántas estanterías se destruirían durante la pelea. ¿Apuntaba a la mano que sujetaba la cuerda? Si aquel fae tenía suficientes redaños –y debía dar por sentado que los tenía–, daría un tirón con la otra antes de que le lanzara un segundo ataque, y estaríamos en la misma situación desastrosa.

Y mientras tanto, Thysandra mataría a mis amigos.

Por todos los... Debía pensar, y pensar rápido, pero tenía la mente en blanco: lo único que veía era una bola de cristal tras otra reventando contra el suelo de granito. Quizá debería asumir el riesgo...

¿Pero y si estaba pasando algo por alto? ¿Y si la solución era muy sencilla, y todos se enfurecían conmigo por no haberla descubierto?

«No eres un peón en este juego».

Enderecé la espalda.

La tormenta de indecisión amainó, y mis pensamientos se calmaron como niños revoltosos llamados al orden. No, yo no era ningún peón. Estaba salvándolos a todos. Era yo la que había entrado en la Corte Cobalto, traspasando un escudo que ningún otro mortal ni inmortal podría haber cruzado jamás, y...

Tenía mi magia.

Mi magia consagrada.

Al instante, lo vi claro. Era un riesgo, sí, pero tomar el camino más seguro no solía llevar a la victoria. ¿Y qué alternativas tenía, cuando todas las demás opciones acababan con el cristal hecho añicos y la magia perdida?

Habría funcionado congelarlo en el sitio, pero no tenía suavidad ni tiempo para buscarla, así que me arrodillé en silencio y apoyé las yemas de la mano izquierda en el granito pulido. «Lisura para la mente». Extendí la mano derecha hacia el fae que tenía a seis metros y concentré mis pensamientos en las frases más tranquilizadoras, pacíficas y calmantes que se me ocurrieron: «Todo va bien. Los demás están a salvo. Ya no necesito vigilar. Estoy entre amigos».

«Puedo soltar la cuerda».

La magia brotó de las yemas de mis dedos, brillando como la seda y el acero mientras envolvía al fae. Ni siquiera se inmutó. Aquel poder era invisible para él, como toda la magia divina para aquellos que no podían manejarla. No se alarmó cuando extraje más y más lisura de la infinita extensión del suelo y le canté aquella silenciosa nana a través del poder que nos conectaba.

«Estoy a salvo. Todos estamos a salvo. Ya puedo alejarme de las ataduras».

Tensó la mano que sujetaba la cuerda. Agarrotó los hombros, como si se dispusiera a hacer fuerza.

Mi magia vaciló mientras contenía un grito ahogado. Joder... ¿Me había equivocado? ¿La magia mental no funcionaba así? ¿Lo había alarmado, confundido, instigado de alguna manera? ¿Iba a tirar de la maldita cuerda?

«Todo va bien todo va bien todo va bien todo va...».

Aflojó los hombros, con un suspiro hondo que brotó del fondo de sus pulmones..., y soltó la cuerda.

Casi se me doblaron las rodillas de alivio. Pero no, aún no podía parar. ¿Era el momento de matarlo? Y, sin embargo, no quería matar a ese pobre desgraciado, por más que me repitiera que estaba allí para condenar a una lenta extinción a todos los pueblos mágicos salvo al fae. Me faltó el ánimo cuando empezó a tararear una melodía alegre mientras se paseaba frente a la ventana abierta de par en par, con las manos metidas en los bolsillos. Como un niño feliz. Como el hombre que podría haber sido, de no haber pasado siglos entre los despiadados juegos de la Corte Carmesí.

Pensé en Iorgas, cayendo a la deriva hacia el océano mortal, y apreté los ojos.

«Basta».

Paró bruscamente de canturrear.

Abrí los ojos de golpe. El fae continuaba de pie en el mismo sitio, con los hombros caídos y la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Cuando aparté con cautela la mano izquierda del suelo liso, no se movió.

Me levanté sin hacer ruido. No hubo reacción.

Un cauteloso paso adelante. Otro más. Dos más. Seguía sin reaccionar. Avancé de puntillas hasta estar lo bastante cerca como para saltar encima de él y reducirlo por la fuerza, y entonces solté una tosecilla educada.

Ninguna reacción.

Más audaz, me acerqué hasta quedarme delante de él. Me miró fijamente con ojos vidriosos y ausentes, sin advertir mi presencia ni mis movimientos.

Una risa aguda, un poco desquiciada, brotó de mis labios. No reaccionó. Le puse una mano en el hombro y le susurré:

—No te importará que te registre los bolsillos, ¿verdad?

Sus ojos no mostraron ni una chispa de comprensión; nada que indicara que recordara lo que era un bolsillo, y mucho menos que le preocupara su contenido. Le di una palmadita en el hombro y me puse manos a la obra. Fui palpando los costados de su abrigo de lino y luego sus anchos muslos. En el bolsillo izquierdo sonó un crujido de pergamino contra tela, así que metí la mano y saqué la nota.

Sala oeste, decía, *F413*.

Y debajo, en una caligrafía más descuidada: *(CH)*.

CH.

Creon Hytherion.

¿Me estaba volviendo loca? Esa tenía que ser la sala oeste. F413: en el estante que tenía a la derecha estaba grabado el número 413 bajo una de las bolas de cristal. Cuando corrí para alcanzar el otro lado del estante, descubrí una gran F de cobre clavada en el lateral del anaquel.

Se me aceleró la respiración. Tenía sentido, ¿no? Creon había dicho que Thysandra se encargaba de la administración de las ataduras, así que era lógico que supiera cuál de los miles de bolas de cristal le pertenecía a él. ¿Había mandado a su soldado allí a propósito? Tenía sentido. Entre ellos había una hostilidad antigua, y había sonado especialmente venenosa cuando le preguntó si había ido allí para recuperar su voz: llegado el caso, podía servirle para amenazarlo. Thysandra no podía estar segura de que a la Muerte Silenciosa le importaran demasiado los sacrificios que había hecho el

resto del mundo. Sus propias ataduras, sin embargo... Eso sí le afectaría.

Así que le había entregado aquella nota a su subordinado: *Sala oeste, F413.* Y él, nervioso por si olvidaba algo o metía la pata, había añadido la aclaración: *Creon Hytherion.*

Dejé la nota a un lado, con el corazón desbocado. En el bolsillo derecho del fae encontré lo que había estado buscando: una llave pesada, una llave de verdad, forjada en oro y con la cabeza de nácar. Nadie podía negar que la Madre tenía estilo en todo aquel asunto de las prisiones y el reinado del terror.

Entonces, ya tenía todo lo que necesitaba, ¿no?

Eché un vistazo por la ventana. A lo lejos, en un círculo de luz de antorchas, veía a los demás. Se estaban moviendo. Unos fae le ataban a Lyn las manos a la espalda. Debía darme prisa. Pero esa maldita nota, *CH...*

Su voz.

—¿Alyra? —Por supuesto, mi familiar se encontraba justo a mi espalda—. ¿Podrías volar delante de mí y llamar la atención tanto como puedas? Asegúrate de que Beyla te vea.

La pequeña halcón se puso en marcha de inmediato, chillando de alegría mientras salía disparada por la ventana. Respiré lenta y profundamente un par de veces y me guardé la llave en el bolsillo del vestido. Con ese peso en mi cadera, me incliné un poco y le di un toquecito a la esfera número 413.

No se hizo añicos en el acto. Me atreví a soltar el aliento lentamente.

¿Debería usar magia amarilla para fortalecer el material? Pero los dioses sabrían qué efectos secundarios no deseados podía provocar; si iba a experimentar, no debería hacerlo con lo que muy bien podría ser la llave de la magia de Creon. Tenía que extremar el cuidado, pero ese orbe azulado me iluminaría el camino, así que corría menos riesgo de tropezar con los cascotes, y...

Su voz.

Tal vez había confundido mis prioridades durante semanas, si no meses, pero aquello iba a hacerlo bien.

El cristal me pareció sorprendentemente ligero cuando lo levanté y lo acuné contra mi pecho como a un recién nacido. El corazón me atronaba en los oídos. Caminé como si llevara un vaso de agua lleno hasta el borde e intentara no derramar ni una sola gota; cada paso era una decisión consciente, y cada vez que posaba un pie en el granito se me escapaba un suspiro de alivio. Salí de la sala por la primera puerta que encontré. Llegué a un porche desmoronado. Había habitaciones derruidas a mi derecha y una hilera de árboles inmóviles a mi izquierda. Avancé por la ladera del acantilado hacia donde los demás aguardaban.

O, mejor dicho, luchaban.

Se había desatado un infierno en los últimos segundos. Los movimientos giratorios eran difíciles de seguir a aquella distancia. Vislumbré a Beyla, apareciendo y desapareciendo constantemente, lanzando tajos que destellaban en plata a su alrededor cortando alas, miembros y gargantas. A juzgar por los gestos salvajes y los movimientos frenéticos, los soldados gritaban, aunque no podía oír nada. Alrededor de Naxi, los fae caían al suelo como las hojas en otoño. La cuerda con la que habían atado a Lyn humeaba en el suelo mientras la fénix liberaba a Tared. Creon parecía a punto de matar a una docena de enemigos, a pesar de que tenía las manos atadas. Alyra revoloteaba en círculos a nuestro lado del escudo, chillando de forma triunfal cada vez que un fae caía.

Tuve que contenerme para no acelerar, para seguir caminando en lugar de echar a correr. Yo ya había hecho mi parte. Se las podían arreglar sin mí durante un par de minutos.

La atadura de cristal ardía en mis manos, palpitando con la promesa de un objetivo cumplido.

Alyra descendió cuando la alcancé y se posó en mi hombro izquierdo, como de costumbre. Al otro lado del escudo, Creon y los álfar estaban ocupados clavando sus dagas y espadas a todos los oponentes caídos, y comprobando varias veces que ya no les latía el corazón. Solo Thysandra seguía en pie, con una cadena de acero álfar alrededor de las muñecas. Naxi estaba a su lado con una sonrisa feroz. Lyn hablaba, gesticulando como loca.

Cruzar la barrera fue desconcertantemente fácil con la llave en el bolsillo. Un resplandor de magia, una onda de luz, y los sonidos del mundo estallaron de pronto. Voces frenéticas. Silbidos de espada. El olor de las manzanas maduras, el roce del viento fresco sobre mi cara, y...

—¡Em!

Todos se volvieron al oír el grito de Lyn, y reinó un silencio abrupto en el campo de batalla.

Debería haberlos saludado, haberlos tranquilizado sobre el destino de los cientos de miles de ataduras que había dejado atrás. Pero el cristal que tenía en las manos rebosaba de frustración contenida desde hacía tres meses, y se me fueron los ojos hacia Creon de forma inevitable, como un río que desembocara en el mar. Cada fibra de mi ser estaba concentrada en su presencia, como si nada más en el mundo importara ya.

Estaba a unos pasos, inmóvil, con las manos cubiertas de tinta y de sangre. Un instante antes, sus ojos ardían de furia asesina; pero en ese momento se habían apaciguado, y la rabia del combate se le escapaba como los últimos granos de arena que cayeran dentro de un reloj. Su expresión era incrédula, como si su corazón y su mente calculadora fueran incapaces de asimilar lo que estaban viendo.

Movió los labios.

¿Em?

Mi sonrisa brotó de lo más hondo de mi ser.

—Te he traído una cosa.

Durante un último instante, se limitó a quedarse quieto, con el puñal bajo. Lo único que se movía eran los mechones sueltos de su cabello, que se agitaban con la brisa marina.

Después, sonrió.

Fue una sonrisa como un amanecer, que se extendió por su rostro con una luminosidad lenta, casi tímida: asombro maravillado, alivio sincero, que derretía cualquier resto de la fachada de orgullo o crueldad. Una sonrisa que jamás le había visto en presencia de otros. Allí no quedaba ni rastro de la Muerte Silenciosa que conocían. Era Creon, mi Creon, de los pies a la cabeza: complejo, dramático, vulnerable, imposible de resistir.

Me invadió un torrente de palabras que pugnaban por salir de mi boca. Todas las disculpas que había sido incapaz de articular en aquella maldita playa acudieron a mis labios con absoluta claridad: «Lo siento. No sé en qué estaba pensando. Claro que eres mío. Claro que soy tuya. Vamos a devorarnos a besos frente a las mismísimas narices de los puñeteros ancianos fénix».

Pero aquella conversación en la playa había tenido lugar hacía una hora, y él había esperado ciento treinta años el tesoro que yo tenía en las manos. Así que le devolví la sonrisa, con la esperanza de que le transmitiera lo que estaba pensando, y me las ingenié para que mi voz sonara casi serena.

—Bueno, ¿me pongo manos a la obra?

—¡No! —exclamó Thysandra—. ¡No! No tienes ni idea de lo que estás... No puedes...

—No te está pidiendo permiso, Sashka —canturreó Naxi, como una gata a la que hubieran encerrado con un centenar de platitos de nata.

—¡No me llames así!

Naxi soltó una risita.

—Adelante, Em. Haz todo lo que puedas —dijo Lyn, con un tono divertido chispeando bajo la fina pátina de la sensatez y la razón—. Sugiero que los demás nos centremos en borrar nuestro rastro; si la Madre aún no sabe nada de nuestra visita a esta Corte, me gustaría que siguiera siendo así.

Thysandra emitió un sonido estrangulado.

—Sugiero que simulemos un combate en alguna otra isla y dejemos allí los cadáveres —propuso Beyla, envainando por fin sus espadas—. ¿Qué tal Oskya? Estoy segura de que allí no habrá testigos. Luego, si nos deshacemos del desastre de manzanas que ha dejado Em, será como si nunca hubiéramos estado aquí.

Hubo murmullos de acuerdo. Volví a mirar a Creon, que enarcó una ceja y signó secamente:

Puedes ayudar a limpiar cadáveres, si lo prefieres.

—Vete al infierno —dije, soltando una carcajada mientras le tendía la bola de cristal—. Sostén esto, ¿quieres? Voy a necesitar las dos manos.

Creon cambió en el acto el color de mi vestido por un reluciente tono nacarado y después aferró el cristal con suma delicadeza. A la pálida luz azul, su rostro anguloso parecía tenso, concentrado y expectante, con un temblor cercano al miedo. Pero sostenía la esfera de su atadura como si fuera lo más preciado del mundo, y no apartaba los ojos negros de la superficie brillante.

—¿Listo? —murmuré.

Su nuez subió y bajó por su garganta, pero asintió.

Posé la mano izquierda en mi vestido iridiscente y lo acaricié con los dedos para tranquilizarme. A nuestro alrededor, los demás iban de un cuerpo a otro y cuchicheaban; incluso Tared nos daba la espalda con discreción. Inspiré por última vez, saboreé el olor del mar, la piedra y la sangre que se mezclaban en mi garganta, y dejé que la magia iridiscente ascendiera más y más y más por mi brazo izquierdo...

Algo se movió en el borde de mi campo de visión.

Todo sucedió demasiado rápido.

Thysandra se abalanzó contra nosotros con la fuerza desesperada de un animal acorralado, abriendo las alas con un crujido y estirando los brazos para agarrar el orbe brillante. Creon reaccionó antes de que yo pudiera gritar una advertencia. Un cuchillo apareció en su mano libre mientras daba un paso rápido a un lado y giraba el brazo hacia atrás para apuntar y lanzar.

Naxi gritó:

—¡No!

A la mitad del golpe, a Creon se le doblaron las rodillas y se le cayó el puñal.

Y la bola de cristal.

La caída pareció durar una eternidad mientras yo me quedaba paralizada, horrorizada, incapaz de entender qué estaba pasando. Magia demoniaca. Sistema nervioso saturado. Atrápala, atrápala...

La frágil esfera de cristal se hizo añicos contra el suelo rocoso.

Solo captaba destellos entrecortados del mundo a mi alrededor. Beyla había saltado hacia delante y alejaba con las espadas a Thysandra de mí y de los fragmentos de cristal. Lyn le gritaba a

Naxi. La medio demonio gemía disculpas mezcladas con sollozos, algo sobre defender, algo sobre morir.

Me quedé mirando la atadura rota, sabiendo lo que estaba a punto de ocurrir, pero sin acabar de creerlo.

Allí estaban: dos pequeñas volutas de magia que surgían de los añicos, como había sucedido con el vaso en Tolya. Una contenía la magia desatada de Creon: unos poderes tan mortíferos que podrían decidir por sí solos el resultado de aquella guerra. El otro era el precio que había pagado: su voz.

E iban a la deriva en diferentes direcciones.

—¡Em! —chilló Tared, áspero, urgente. Parecía presa del pánico—. Joder, Em, necesitamos su magia. Lo siento, lo siento, pero, por favor...

—Lo siento —gimió Naxi, como haciéndose eco—. ¡Lo siento!

—¿Em? —dijo Beyla detrás de mí en tono de advertencia—. Por el ojo de Orin, no seas estúpida, Em. No puede matar a la Madre hablándole. Él también quiere matarla, ¿no?

«Toma buenas decisiones, Emelin».

Tared seguía hablando. La voz de Lyn sonaba cada vez más aguda. No asimilé nada de lo que decían. Miré fijamente el rostro inexpresivo de Creon mientras yacía en el suelo rocoso, y el rugido de mis pensamientos adormeció el coro constante de voces, de necesidades y expectativas de los demás. Clavé las uñas en mi muslo a través de la tela iridiscente de mi falda y el dolor fue como una bendición que me ayudó a centrarme.

«Toma buenas decisiones».

Necesitábamos su maldita magia. Creon quería matar a la Madre. Había sacrificado más que su voz para ganar aquella guerra. Todo eso era cierto, sin duda. Emelin, el símbolo de la esperanza, no dudaría. La maga sin ataduras ideal del Subterráneo conocía sus deberes. Y, sin embargo...

No quería tomar esa decisión.

Había prometido protegerlo.

Creon ya había sufrido bastante. Ya había perdido demasiado. Aquella fracción de segundo antes de elegir me aportó una claridad que no habría alcanzado ni siquiera tras horas de deliberaciones:

comprendí de pronto que jamás sería Emelin, el símbolo de la esperanza. Yo no era un arma obediente. No era la complaciente salvadora de todo el mundo.

Y eso no me convertía en un fracaso.

Se enfadarían conmigo, y no pasaría nada. No necesitaba que estuvieran contentos para salvarlos. Aunque me consideraran estúpida, y aunque me fuera la vida en ello, iba a salvar el mundo.

Pero iba a hacerlo a mi manera.

La magia salió sola, con un estallido de iridiscencia tan fuerte que sentí un mareo. «Toma buenas decisiones». Ahí estaba la mía: mis poderes se lanzaron contra uno de los zarcillos de la atadura antes de que se disolviera. Con un giro de muñeca, lo arrastré hacia la garganta de Creon con toda mi furia.

Se extendió por su piel de bronce con un brillo nacarado y luego penetró en su interior, como la lluvia en la tierra seca. La segunda voluta de magia había desaparecido, y no fui capaz de lamentarlo.

Reinaba un silencio sepulcral.

Pero, a mis pies, Creon se estremeció.

Caí de rodillas sin pensarlo y le agarré un hombro. Lo zarandeé y agitó un ala ligeramente.

—¿Creon? —exclamé, y hubo otro temblor. Sus pestañas aletearon contra sus mejillas—. ¡Creon!

Se incorporó de golpe, tomando una bocanada de aire, y se dobló sobre sí mismo, agarrándose el cuello. A mi espalda oí la ristra de maldiciones de Tared. Thysandra se reía como una maniaca, tan fuerte que casi no me dejaba oír las protestas rabiosas de Beyla. Pero Creon estaba allí, vivo, jadeando. ¿Qué me importaba que mis aliados gruñeran, cuando tenía príncipes fae dramáticos a los que salvar?

—Creon, respira. —Le agarré de los dos hombros, y él asintió con un jadeo. Apartó una mano de su garganta y me agarró el codo. El pelo negro le caía en cascada, enmarcando su rostro y oscureciéndolo en sombras iluminadas por el fuego—. Tranquilo. No pasa nada. Bebe un sorbo de agua e intenta...

Levantó bruscamente la cabeza, y sus ojos frenéticos se encontraron con los míos. Negros como la tinta, recorrieron mi

rostro con una intensidad capaz de incendiar la roca desnuda bajo nuestros pies. El corazón me dio un vuelco cuando las palabras murieron en mis labios. Me apretó el brazo con los dedos, como una tenaza. Tardé un instante en darme cuenta de que estaba tratando de impedir que le temblaran las manos.

—¿Creon? —susurré de nuevo, como una plegaria.

Tomó aire con un sonido ronco, gutural. Separó los labios y, por un instante, hubiera jurado que hasta el viento contenía la respiración.

—Em. —Sonó como un carraspeo estrangulado—. Emelin.



Agradecimientos

A lo largo de mi carrera como escritora, he descubierto que, cuanto más largo es un libro, más difícil es el proceso de escribirlo. *Azul de mar y almas* es el libro más largo que he escrito hasta la fecha, así que, como era de esperar, estuvo a punto de acabar conmigo.

Debo la victoria a un montón de amigas cuyo apoyo y consejos me permitieron lidiar con los problemas de salud, el estrés y la desesperación habituales en cualquier autor. Así que, sin ningún orden en particular, me gustaría dar las gracias a Colleen (por mandarme a la cama), Elsie (por enseñarme a tener mala leche), Amber (por compartir su sabiduría sobre lo maravilloso que es cantar por la noche), Vela (por ser un oso amoroso y, a veces, uno de urgencias) y Christine (por darme una colleja cada vez que volvía a ponerme en plan hermana mayor).

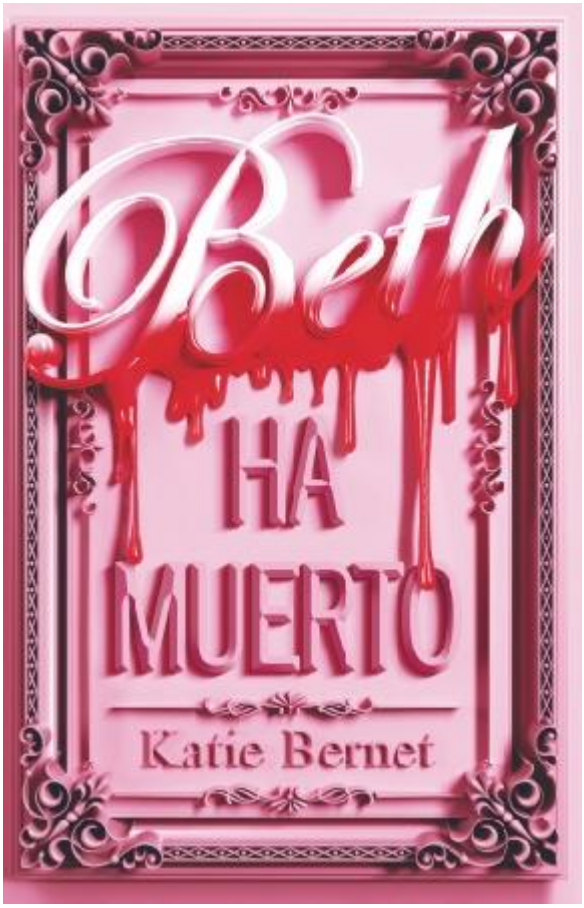
Y, por supuesto, un agradecimiento especial a Erin (por compartir conmigo su polvo de hadas y ser la editora más paciente del planeta) y a Steph (que irrumpe en mi vida con una explosión de purpurina cada vez que me quedo sin palabras).

Por último, como siempre, toda mi gratitud a W., que sigue queriéndome por más que olvide cerrar los armarios de la cocina. Tienes todo mi corazón.

¿SABES YA CUÁL ES TU PRÓXIMO LIBRO?

Si te ha gustado esta historia y no puedes esperar para seguir leyendo, visita nuestra web y redes sociales para estar al tanto de todas las novedades TBR:

Nos vemos en tu próxima lectura



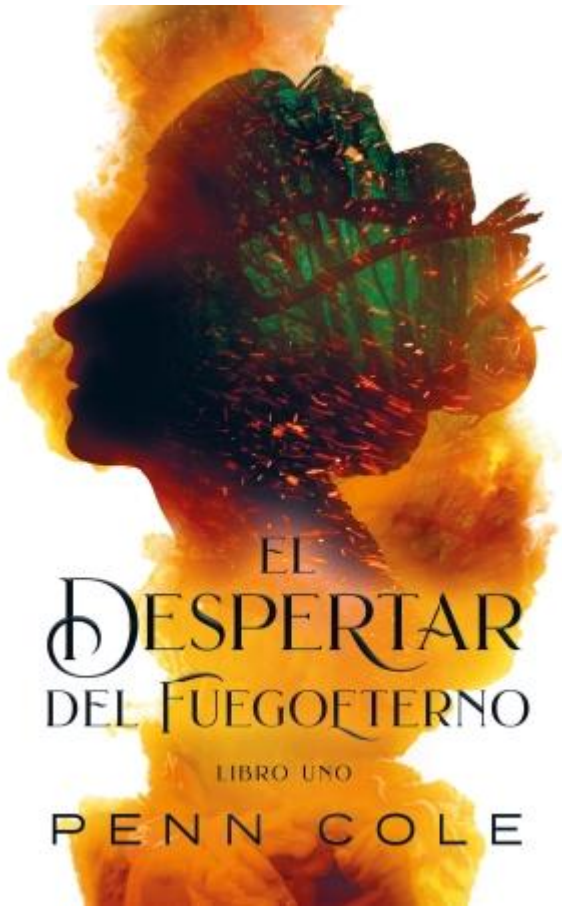
Beth ha muerto

Bernet, Katie
9788410116306
416

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Todo iba bien en la familia March hasta que su padre publicó un libro sobre sus cuatro hijas: Mujercitas . Desde ese momento, la intimidad de las hermanas ha quedado expuesta a la vista del público. Pero ahora, Beth ha aparecido asesinada. Y está claro que Jo, Meg y Amy aún tienen muchos secretos por revelar...

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El despertar del Fuegoeterno

Cole, Penn
9788419621627
512

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A pesar de su juventud, Diem Bellator ya es una reputada sanadora. Su camino en la vida está marcado, y es envidiable para cualquier mortal. Pero a Diem no se le da bien seguir los caminos marcados. Su peculiar aspecto y su temperamento ardiente hacen que

destaque. Y, como saben todos los mortales de su entorno, es mejor no llamar la atención de los Descendientes, los seres semidivinos que dominan todo el mundo conocido. Cuando la madre de Diem desaparece, tras hablar con un oscuro Descendiente marcado por una cicatriz, el futuro de Diem salta por los aires.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La llama del Fuegoeterno (ePub)

Cole, Penn
9788419621894
1056

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Tras su desastrosa coronación, Diem se encuentra en el centro del conflicto entre los Descendientes y los Guardianes. Con sus nuevos compañeros en un bando y los mortales a los que debe proteger en

el otro, Diem debe caminar con cuidado para salvar a las personas que ama... e incluso para evitar que se maten entre sí. Mientras el misterio de su inusual herencia comienza a desvelarse, Diem y Luther emprenden un viaje vertiginoso a través de los reinos, en busca de unas respuestas que resultan ser tan sorprendentes como dolorosas. Pero una poderosa figura procedente del norte tiene planes que podrían cambiarlo todo...

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



El resplandor del Fuegoeterno

Cole, Penn
9788419621658
800

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

El destino de Diem acaba de dar un giro inesperado. Ha recibido un don. O una maldición, según se mire.

Un don que la obliga a ver la luz y las tinieblas en todo lo que la rodea: la sociedad Descendiente, donde no todo es maldad; los rebeldes mortales y su actitud despiadada; sus propios padres, que le han ocultado secretos terribles sobre ella misma; Luther, cuyo exterior oscuro esconde un resplandor que la atrae peligrosamente; Henri, su querido amigo de infancia y quizá algo más... Diem no es la persona que creía ser.

Ahora, tiene que encontrarse a sí misma... si es que no la matan antes.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Un destino de ira y fuego

Tucker, K.A.
9788419621221
640

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Este hombre me ha condenado a muerte. Después de besarme.Una ladrona criada en las calles de Nueva York. Un mundo desconocido gobernado por la magia. Un príncipe traicionado. Una misión peligrosa. Un destino cruel.Ella tendrá que fingir para salvarse. Él deberá confiar en su peor enemiga. Pero el destino tiene sus propios planes...

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)